

PHILIPPE SANDS

Calle Este-Oeste



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Nota al lector

Personajes principales

Prólogo: una invitación

I. Leon

II. Lauterpacht

III. La señorita Tilney de Norwich

IV. Lemkin

V. El hombre de la pajarita

VI. Frank

VII. La hija que está sola

VIII. Núremberg

IX. La niña que decidió no recordar

X. La sentencia

Epílogo: hacia el bosque

Agradecimientos

Fuentes

Créditos

Notas

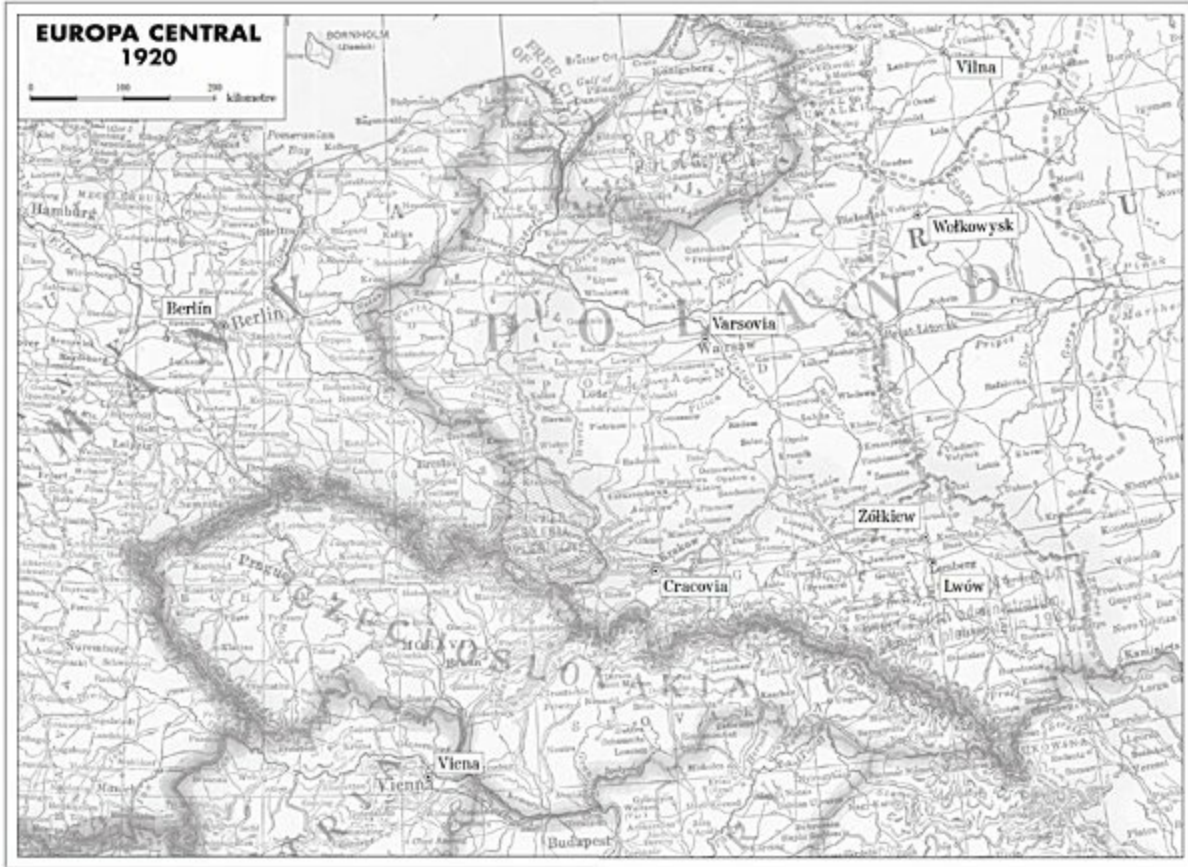
*A Malke y Rosa,
a Rita y Leon,
a Annie,
a Ruth*

La pequeña población se halla en medio de una gran llanura [...]. Comienza con pequeñas chozas y termina con ellas. Al poco las chozas son reemplazadas por casas. Empiezan las calles. Una discurre de norte a sur; la otra, de este a oeste.

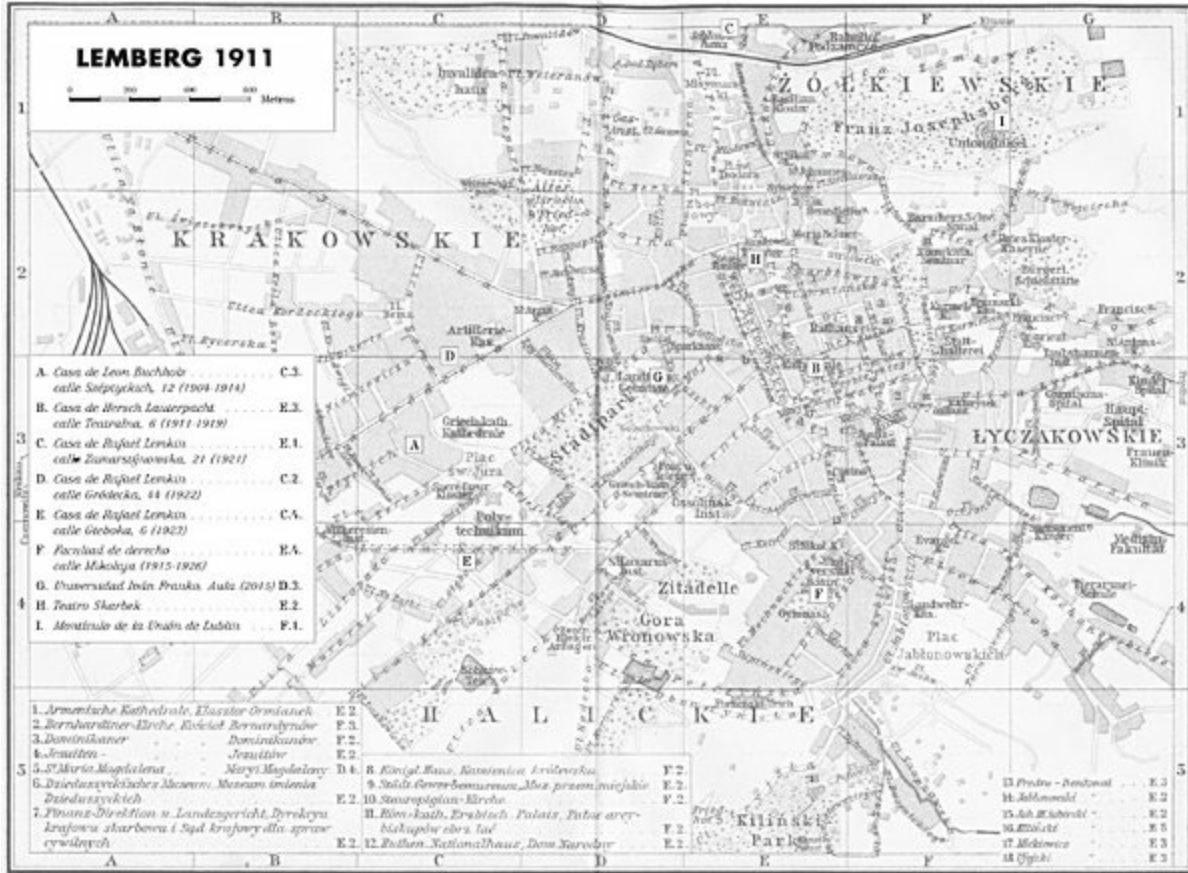
JOSEPH ROTH,
Judíos errantes, 1927

Lo que atormenta no son los muertos, sino los vacíos que dejan en nuestro interior los secretos de otros.

NICOLAS ABRAHAM,
«Notas sobre el fantasma», 1975



© International Mapping, Ellicott City, Maryland



© International Mapping, Ellicott City, Maryland

NOTA AL LECTOR

La ciudad de Lviv ocupa un lugar importante en esta historia. En el siglo XIX se la conoció en general como Lemberg, y se hallaba localizada en las inmediaciones de la frontera oriental del imperio austrohúngaro. Poco después de la Primera Guerra Mundial pasó a formar parte de la recién independizada Polonia, con el nombre de Lwów, hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando fue ocupada por los soviéticos, que la conocían como Lvov. En julio de 1941 los alemanes conquistaron repentinamente la ciudad y la convirtieron en la capital del Distrikt Galizien del Gobierno General, pasando a denominarla de nuevo Lemberg. Cuando el Ejército Rojo venció a los nazis en el verano de 1944, la población pasó a formar parte de Ucrania y a llamarse Lviv, el nombre que en general se utiliza actualmente.

Lemberg, Lviv, Lvov y Lwów son un mismo lugar. El nombre ha cambiado, al igual que la composición y la nacionalidad de sus habitantes, pero su emplazamiento y sus edificios se han mantenido. Fue así incluso cuando la ciudad cambió de manos, lo que ocurrió nada menos que ocho veces en el período transcurrido entre 1914 y 1945. Cómo llamar a la ciudad en las páginas de este libro planteaba, pues, una serie de dificultades, de modo que he utilizado el nombre por el que la conocieron quienes la controlaron en la época sobre la que escribo. (En general he adoptado el mismo enfoque para otros lugares: la cercana Żółkiew es hoy Zhovkva, después de un interregno entre 1951 y 1991 en que se llamó Nésterov en honor de un héroe ruso de la Primera Guerra Mundial, el primer piloto que ejecutó un rizo.)

Pensé en llamarla Lemberg a lo largo de todo el libro, ya que el nombre evoca cierta percepción amable de la historia, además de ser la ciudad de la infancia de mi abuelo. Pero podría interpretarse que dicha opción transmite un mensaje que puede resultar ofensivo para otras personas y más desafortunado aún en un momento en que Rusia disputa el territorio ucraniano. Lo mismo ocurre con el nombre de Lwów, con el que se conoció la población durante dos décadas, y también con el de Lviv, que había sido el

nombre de esta solo durante unos tumultuosos días en noviembre de 1918. Italia nunca llegó a controlar la ciudad, pero, de haberlo hecho, la habría llamado Leopolis, la Ciudad de los Leones.*

PERSONAJES PRINCIPALES

Hersch Lauterpacht, catedrático de derecho internacional, nació en agosto de 1897 en la pequeña población de Żółkiew, a unos kilómetros de Lemberg, adonde se trasladó la familia en 1911. Hijo de Aron y de Deborah (de soltera Turkenkopf), fue el segundo de los tres hijos del matrimonio después de su hermano, David, y antes de su hermana, Sabina. En 1923 se casó con Rachel Steinberg en Viena, y tuvieron un hijo, Elihu, que nació en Cricklewood, Londres.

Hans Frank, abogado y ministro del gobierno, nació en Karlsruhe en mayo de 1900. Tuvo un hermano mayor y una hermana pequeña. En 1925 se casó con Brigitte (de soltera Herbst), y tuvieron dos hijas y tres hijos, al último de los cuales le pusieron Niklas. En agosto de 1942 pasó dos días en Lemberg, donde pronunció varios discursos.

Rafael Lemkin, fiscal y abogado, nació en Ozerisko, cerca de Białystok, en junio de 1900. Era hijo de Josef y Bella, y tenía un hermano mayor y una hermana pequeña. En 1921 se trasladó a Lwów. Nunca se casó y no tuvo hijos.

Leon Buchholz, mi abuelo, nació en Lemberg en mayo de 1904. Hijo de Pinkas, destilador de licores y luego tabernero de oficio, y Malke (de soltera Flaschner), era el menor de cuatro hijos, precedido por su hermano mayor, Emil, y sus dos hermanas, Gusta y Laura. Se casó con Regina «Rita» Landes en Viena en 1937, y al cabo de un año nació allí su hija Ruth, mi madre.

PRÓLOGO: UNA INVITACIÓN

Martes, 1 de octubre de 1946, Palacio de Justicia de Núremberg

Poco después de las tres de la tarde, la puerta corredera de madera situada tras el banquillo de los acusados se abrió y Hans Frank entró en la sala de justicia número 600. Llevaba un traje gris, un tono que se veía contrarrestado por los cascos blancos que exhibían sus escoltas, dos policías militares de rostro sombrío. Las vistas habían pasado factura al hombre que había sido el abogado personal de Adolf Hitler y luego su representante personal en la Polonia ocupada por los alemanes; un hombre de mejillas sonrosadas, nariz pequeña y afilada, y cabello alisado hacia atrás. Frank ya no era el ministro esbelto y fanfarrón loado por su amigo Richard Strauss; de hecho, se hallaba en un considerable estado de confusión, hasta el punto de que, tras entrar en la sala, se dio la vuelta y se encaró en la dirección equivocada, dando la espalda a los jueces.

Aquel día, sentado en la sala abarrotada, estaba el catedrático de derecho internacional de la Universidad de Cambridge. Con gafas y una incipiente calvicie, Hersch Lauterpacht se hallaba en el extremo de una larga mesa de madera, orondo como un búho, flanqueado por sus distinguidos colegas del equipo británico de la acusación. Había sido a Lauterpacht, sentado no muy lejos de Frank y ataviado con un traje negro, a quien se le había ocurrido la idea de introducir la expresión «crímenes contra la humanidad» en el Estatuto de Núremberg, cuatro palabras para describir la matanza de cuatro millones de judíos y polacos en el territorio de Polonia. Lauterpacht llegaría a ser reconocido como la mente jurídica internacional más preclara del siglo XX y uno de los padres del moderno movimiento pro derechos humanos; pero su interés por Frank no era meramente profesional. Durante cinco años, Frank había sido gobernador de un territorio que llegó a incluir la ciudad de Lemberg, donde Lauterpacht tenía una extensa familia, que incluía a sus padres, un hermano, una hermana y los hijos de estos. Al iniciarse el juicio, un año antes, se ignoraba qué había sido de ellos en el reino de Hans Frank.

Otro hombre que tenía un interés especial en el juicio no estaba allí aquel

día. Rafael Lemkin escuchó la sentencia por la radio, desde una cama de un hospital militar estadounidense en París. Tras trabajar primero como fiscal y luego como abogado en Varsovia, huyó de Polonia en 1939, al estallar la guerra, y al final llegó a Estados Unidos. Allí trabajó con el equipo estadounidense de la acusación en el juicio, en colaboración con los británicos. En aquel largo viaje llevó consigo varias maletas, todas abarrotadas de documentos, entre ellos numerosos decretos firmados por Frank. Estudiando aquellos materiales, Lemkin encontró una pauta de comportamiento a la que dio un nombre a fin de describir el delito del que se podía acusar a Frank. Lo llamó «genocidio». A diferencia de Lauterpacht, que se centraba en los crímenes contra la humanidad, un concepto que apuntaba a la protección de los individuos, a él le preocupaba más la protección de los grupos. Había trabajado incansablemente para introducir el delito de genocidio en el juicio de Frank, pero aquel último día del proceso se sintió demasiado indispuerto para asistir. También él tenía un interés personal en Frank: había pasado varios años en Lwów, y sus padres y su hermano habían sido víctimas de los delitos presuntamente cometidos en el territorio de Frank.

«¡Acusado Hans Frank!», anunció el presidente del tribunal.

Frank estaba a punto de saber si en Navidad seguiría vivo y en situación de cumplir la promesa que recientemente le había hecho a su hijo de siete años: que todo iba bien y que pasaría las vacaciones en casa.

Jueves, 16 de octubre de 2014, Palacio de Justicia de Núremberg

Sesenta y ocho años después tuve ocasión de visitar la sala de justicia número 600 en compañía de Niklas, el hijo de Hans Frank, que era un niño pequeño cuando se hizo aquella promesa.

Niklas y yo comenzamos nuestra visita por el ala desolada y vacía de la prisión en desuso situada detrás del Palacio de Justicia, la única de sus cuatro alas que todavía permanece en pie. Nos sentamos en una pequeña celda, como aquella en la que su padre pasó casi todo un año. La última vez que Niklas estuvo en esa parte del edificio fue en septiembre de 1946. «Esta es la única habitación del mundo donde estoy un poquito más cerca de mi padre», me dijo, «sentándome aquí y pensando que soy él, estando aquí durante casi

un año, con un váter abierto, una mesita, una cama pequeña y nada más.» La celda era inclemente, al igual que Niklas con respecto a la cuestión de los actos de su padre. «Mi padre era abogado; sabía lo que hacía.»

La sala de justicia número 600, que todavía se utiliza, no había cambiado mucho desde la época del juicio. Allá por 1946, la ruta desde las celdas requería que cada uno de los veintiún acusados subiera a un pequeño ascensor que llevaba directamente a la sala de justicia, un artilugio que Niklas y yo estábamos ansiosos por ver. Seguía allí, tras el banquillo en el que se sentaban los acusados, y se accedía a él por la misma puerta de madera, que se deslizaba tan silenciosamente como siempre. «Abierta, cerrada, abierta, cerrada», escribió R. W. Cooper, un antiguo corresponsal de tenis sobre hierba que informó cada día sobre el juicio para el *Times* de Londres.¹ Niklas abrió la puerta corredera y entró en el pequeño espacio; luego cerró la puerta tras de sí.

Cuando volvió a salir, se dirigió al lugar donde se había sentado su padre durante el juicio, acusado de crímenes contra la humanidad y de genocidio. Niklas se sentó y se inclinó sobre la barandilla de madera. Me miró, recorrió la sala con la vista, y luego dio un suspiro. Yo me había preguntado a menudo por la última vez que su padre había atravesado la puerta corredera del ascensor y se había encaminado al banquillo de los acusados. Era algo que uno solo podía imaginar, no ver, puesto que no se permitió que hubiera cámaras filmando la última tarde del juicio, el martes 1 de octubre de 1946; se hizo para proteger la dignidad de los acusados.

Niklas interrumpió mis pensamientos. Habló con voz firme y suave: «Esta es una sala alegre, para mí y para el mundo.»²

Niklas y yo estábamos allí, en la sala de justicia número 600, gracias a una invitación que yo había recibido inesperadamente unos años antes. Procedía de la facultad de derecho de la universidad que alberga la ciudad actualmente conocida como Lviv, y era una invitación a dar una conferencia pública sobre mi trabajo en torno a los crímenes contra la humanidad y el genocidio. Me pedían que hablara de los casos en los que había participado, de mi labor académica sobre el juicio de Núremberg, y de las consecuencias del juicio para nuestro mundo moderno.

Hacía tiempo que me hallaba fascinado por el juicio y los mitos de Núremberg, el momento en que se decía que nació nuestro moderno sistema

de justicia internacional. Me sentía cautivado por los extraños detalles que podían encontrarse en las larguísimas transcripciones, por las sombrías evidencias, atraído por los numerosos libros, memorias y diarios que describían con minuciosidad forense los testimonios declarados ante los jueces. Me sentía intrigado por las imágenes, las fotografías, los noticiarios cinematográficos en blanco y negro, y películas como *Vencedores o vencidos*, un filme que en 1961 ganó un Oscar y al que harían memorable tanto el tema que abordaba como el breve flirteo de Spencer Tracy con Marlene Dietrich. Mi interés tenía una razón práctica, puesto que aquel proceso había ejercido una profunda influencia en mi trabajo: la sentencia de Núremberg había hinchado como un potente viento las velas de un movimiento pro derechos humanos todavía en germen. Sí, es cierto que había un fuerte tufillo a «la justicia del vencedor», pero no cabía ninguna duda de que el caso fue un catalizador que abrió la posibilidad de que los líderes de un país pudieran ser juzgados por un tribunal internacional, algo que nunca había ocurrido antes.

Muy probablemente fue mi trabajo como abogado, antes que mis escritos, lo que suscitó la invitación de Lviv. En el verano de 1998 yo había tenido un papel secundario en las negociaciones que llevaron a la creación de la Corte Penal Internacional, en una reunión en Roma, y unos meses después trabajé en el caso Pinochet en Londres. El expresidente de Chile había pedido inmunidad a los tribunales ingleses por los cargos de genocidio y crímenes contra la humanidad presentados contra él por el juez español Baltasar Garzón, y había perdido. En los años siguientes, otros casos permitieron que las puertas de la justicia internacional se abrieran finalmente entre chirridos tras un período de inactividad en las décadas de la Guerra Fría que siguieron al juicio de Núremberg.

Los casos de la antigua Yugoslavia y de Ruanda no tardaron en aterrizar sobre mi escritorio en Londres. Luego seguirían otros, relacionados con diversas acusaciones en el Congo, Libia, Afganistán, Chechenia, Irán, Siria y el Líbano, Sierra Leona, Guantánamo e Irak. Una lista larga y triste que reflejaba el fracaso de las buenas intenciones manifestadas en la sala de justicia número 600 de Núremberg.

Trabajé en varios casos de matanzas. Algunos de ellos se argumentaron como crímenes contra la humanidad, asesinatos de individuos a gran escala, mientras que otros dieron lugar a acusaciones de genocidio, o destrucción de

grupos. Estos dos delitos distintos, con su énfasis diferenciado en el individuo y el grupo, se desarrollaron de forma paralela, si bien con el tiempo el genocidio emergió a los ojos de muchos como el crimen de crímenes, una jerarquía que parecía sugerir que el asesinato de un gran número de personas consideradas como individuos resultaba de algún modo menos terrible. De vez en cuando, yo recababa pistas sobre los orígenes y propósitos de los dos términos y su conexión con una serie de argumentos que se formularon por primera vez en la sala de justicia número 600. Sin embargo, nunca investigué con excesiva profundidad acerca de lo que había ocurrido en Núremberg. Sabía cómo habían nacido aquellos nuevos delitos y cómo habían evolucionado posteriormente, pero lo ignoraba casi todo sobre las historias personales que implicaban, o sobre cómo se habían llegado a argumentar en el caso contra Hans Frank. Tampoco conocía las circunstancias personales en las que Hersch Lauterpacht y Rafael Lemkin habían desarrollado sus distintas ideas.

La invitación de Lviv me ofrecía la posibilidad de explorar aquella historia.

La aproveché por otra razón: mi abuelo Leon Buchholz nació allí. Pude convivir con el padre de mi madre durante muchos años –murió en 1997 en París, una ciudad que amaba y a la que consideraba su hogar–, pero sabía poco de su vida en los años anteriores a 1945, ya que él no quería hablar de esa época. Su existencia abarcó prácticamente todo el siglo XX, y cuando yo lo conocí su familia había disminuido en tamaño. Entendí el hecho, pero no su alcance ni sus circunstancias. Un viaje a Lviv era una oportunidad para saber más sobre aquellos dolorosos años.

Había algunos fragmentos de información disponibles, aunque en su mayor parte Leon había encerrado la primera mitad de su vida en una cripta. Estos debieron de haber sido relevantes para mi madre en los años posteriores a la guerra, pero también eran importantes para mí, acontecimientos que habían dejado rastros persistentes y muchas preguntas sin responder. ¿Por qué yo había escogido el camino del derecho? ¿Y por qué una especialidad del derecho que parecía estar vinculada a una historia familiar no contada? «Lo que atormenta no son los muertos, sino los vacíos que dejan en nuestro interior los secretos de otros», escribió el psicoanalista Nicolas Abraham hablando de la relación entre un nieto y su abuelo.³ La invitación de Lviv era

una oportunidad para explorar esos vacíos que atormentan. La acepté, y luego pasé un verano redactando el texto de la conferencia.

Un mapa mostraba que Lviv se halla casi exactamente en el centro de Europa; no resultaba fácilmente accesible desde Londres, situada como está en el punto medio de las líneas imaginarias que unen Riga y Atenas, Praga y Kiev, y Moscú y Venecia. Es la encrucijada de las fallas que separan el este del oeste, el norte del sur.

Durante todo un verano me sumergí en la bibliografía sobre Lviv. Libros, mapas, fotografías, noticiarios cinematográficos, poemas, canciones..., de hecho, cualquier cosa que pudiera encontrar sobre la ciudad de las «fronteras difusas», como la llamó el escritor Joseph Roth.⁴ Me interesaban en especial los primeros años del siglo xx, cuando Leon vivió en esta ciudad de brillantes colores, los «rojo y blanco, azul y amarillo y un toque de negro y dorado»⁵ de las influencias polaca, ucraniana y austriaca respectivamente. Encontré una ciudad de mitologías, un lugar de profundas tradiciones intelectuales donde chocaron distintas culturas, religiones y lenguas entre los grupos que convivieron en la gran mansión que fue el imperio austrohúngaro. La Primera Guerra Mundial provocó el derrumbamiento de aquella mansión, destruyendo un imperio y desencadenando fuerzas que hicieron que se saldaran viejas cuentas y se derramara mucha sangre. El Tratado de Versalles, la ocupación nazi y el control soviético se combinaron en rápida sucesión para causar cada uno sus propios estragos. El «rojo y blanco» y el «negro y dorado» se desvanecieron, dejando a la moderna Lviv con una población exclusivamente ucraniana, una ciudad dominada ahora por el «azul y amarillo».

Entre septiembre de 1914 y julio de 1944, el control de la ciudad cambió de manos ocho veces. Tras un largo período como capital del «Reino de Galitzia y Lodomeria y el Gran Ducado de Cracovia con los Ducados de Auschwitz y Zator» –sí, ese Auschwitz– del imperio austrohúngaro, la ciudad pasó de manos de Austria a Rusia, luego de nuevo a Austria, después brevemente a Ucrania Occidental, luego a Polonia, luego a la Unión Soviética, después a Alemania, luego de nuevo a la Unión Soviética, y finalmente a Ucrania, que actualmente tiene el control. En el Reino de Galitzia por cuyas calles anduvo Leon de niño convivían polacos, ucranianos, judíos y muchos otros, pero cuando Hans Frank entró en la sala de justicia número 600 el último día del juicio de Núremberg, lo que ocurrió menos de

tres décadas después, toda la comunidad judía se había extinguido, y se estaba expulsando a los polacos.

Las calles de Lviv son un microcosmos del turbulento siglo xx europeo, foco de sangrientos conflictos que desgarraron culturas. He llegado a apreciar los mapas de aquellos años, con calles cuyos nombres cambiaban con frecuencia, aunque no el curso que seguían. Un banco de parque, una magnífica reliquia modernista del período austrohúngaro, se convirtió en un lugar que llegué a conocer bien. Desde allí podía ver pasar el mundo; una excelente atalaya sobre la cambiante historia de la ciudad.

En 1914 el banco estaba en el Stadtpark, el parque municipal. Se hallaba frente al magnífico Landtagsgebäude, el Parlamento de Galitzia, la provincia más oriental del imperio austrohúngaro.

Una década después el banco no se había movido de sitio, pero estaba en otro país, concretamente en Polonia, en el parque Kościuszki. El Parlamento había desaparecido, pero no el edificio que lo albergaba, ahora sede de la Universidad Jan Kazimierz.⁶ En el verano de 1941, cuando el Gobierno General de Hans Frank asumió el control de la ciudad, el banco se germanizó, pasando a formar parte del Jesuitengarten y situado ahora frente a un antiguo edificio universitario despojado de su identidad polaca.

Aquellos años de entreguerras constituían el tema de una bibliografía significativa, pero ninguna obra describía de forma tan evocadora lo que se había perdido como *Mój Lwów* («Mi Lvov»). «¿Dónde estáis ahora, bancos de los parques de Lvov, ennegrecidos por la edad y por la lluvia, ásperos y agrietados como corteza de olivos medievales?», se preguntaba el poeta polaco Józef Wittlin en 1946.⁷

Seis décadas después, cuando llegué a aquel banco en el que un siglo antes pudo haberse sentado mi abuelo, me encontré en el parque de Iván Franko, así llamado en honor de un poeta ucraniano que escribió novelas policíacas y que ahora también honraba con su nombre el edificio de la universidad.⁸



Parlamento de Galitzia, imperio austrohúngaro
© Profesor Philippe Sands QC

Las idílicas remembranzas de Wittlin, en sus traducciones española y alemana, se hicieron mis compañeras, sirviendo de guía a través de la ciudad vieja y de los edificios y calles marcados por el enfrentamiento que estalló en noviembre de 1918. Aquel perverso conflicto entre las comunidades polaca y ucraniana, que pilló en medio o convirtió en objetivos a los judíos, fue lo bastante grave como para aparecer en el *New York Times*, y llevó al presidente estadounidense Woodrow Wilson a crear una comisión de investigación. «No deseo remover las heridas del cuerpo viviente de esos recuerdos, de manera que no hablaré de 1918», escribió Wittlin, para a continuación pasar a hacer exactamente eso,⁹ evocando «el enfrentamiento fratricida entre polacos y ucranianos» que desgajó la ciudad en distintas partes, dejando a muchos atrapados entre las facciones en guerra. Aun así se mantuvieron las cortesías habituales, como en el caso del ucraniano amigo del colegio del joven Wittlin que había interrumpido brevemente la lucha en las proximidades del banco donde yo me sentaba para dejarle pasar y seguir su camino a casa.

«Entre mis amigos reinaba la armonía, aunque muchos de ellos pertenecían a diferentes identidades étnicas que andaban a la greña, y profesaban diferentes religiones y opiniones», escribía Wittlin. Allí estaba el mundo mítico de Galitzia, donde los demócratas nacionales amaban a los judíos, los socialistas bailaban con los conservadores, y los viejos rutenos y rusófilos lloraban junto a los nacionalistas ucranianos. «Juguemos a los idilios»,

escribió Wittlin evocando «la esencia de ser Lvoviano».¹⁰ Él describió una ciudad que era a la vez sublime y grosera, sabia e imbécil, poética y mediocre. «El sabor de Lvov y su cultura es agrio», concluía melancólicamente, como el gusto de una fruta poco común, la *czerecha*, una cereza silvestre que maduraba únicamente en Klepary, un barrio periférico de Lwów. Wittlin denominaba a la fruta *cerenda*, dulce y amarga. «A la nostalgia incluso le gusta falsear también los sabores, diciéndonos que no probemos más que el dulzor de la Lvov actual. Pero conozco a personas para las que Lvov fue una copa de hiel.»

La amargura se encontró tras la Primera Guerra Mundial, suspendida pero no solventada en Versalles. Periódicamente se recrudecería aún con más fuerza, como cuando los soviéticos irrumpieron en la ciudad a lomos de caballos blancos en septiembre de 1939, y de nuevo dos años después, con la llegada de los alemanes en sus tanques. «A primeros de agosto de 1942 llegó a Lvov el gobernador general Doctor Frank», anotaba un residente judío en uno de los raros diarios que se han conservado. «Nosotros sabíamos que su visita no auguraba nada bueno.»¹¹ Aquel mes, Hans Frank, el abogado favorito de Hitler y ahora gobernador general de la Polonia ocupada, subió los escalones de mármol del edificio de la universidad para dar una conferencia en el aula magna en la que anunció el exterminio de los judíos de la ciudad.

Yo llegué a Lviv en el otoño de 2010 para dar mi propia conferencia. Por entonces había descubierto un hecho curioso y aparentemente inadvertido: los dos hombres que introdujeron los conceptos de crímenes contra la humanidad y genocidio en el juicio de Núremberg, Hersch Lauterpacht y Rafael Lemkin respectivamente, habían vivido en la ciudad en el período sobre el que escribió Wittlin. Ambos habían estudiado en la universidad, experimentando la amargura de aquellos años.

Aquella no sería la última de las muchas coincidencias que pasaron por mi escritorio, pero nunca dejaría de ser la de mayor calado. ¡Cuán extraordinario resultaba que, al preparar un viaje a Lviv para hablar sobre los orígenes del derecho internacional, descubriera que la propia ciudad se hallaba íntimamente vinculada a dichos orígenes! Parecía algo más que una mera coincidencia que los dos hombres que hicieron más que nadie para crear el moderno sistema de justicia internacional tuvieran sus orígenes en la misma

ciudad. Igualmente llamativo fue descubrir, en el curso de aquella primera visita, que ni una sola de las personas que conocí en la universidad, o de hecho en toda la ciudad, era consciente del papel de esta en la fundación del moderno sistema de justicia internacional.

A la conferencia le siguió un turno de preguntas, que en general giraron en torno a las vidas de aquellos dos hombres. ¿En qué calles vivieron? ¿Qué estudiaron en la universidad, y quiénes fueron sus profesores? ¿Se conocían entre ellos? ¿Qué ocurrió en los siguientes años después de que abandonaran la ciudad? ¿Por qué hoy nadie hablaba de ellos en la facultad de derecho? ¿Por qué uno de ellos creía en la protección de los individuos y el otro en la de los grupos? ¿Cómo se habían involucrado en el juicio de Núremberg? ¿Qué fue de sus familias?

Pero yo no tenía las respuestas a aquellas preguntas sobre Lauterpacht y Lemkin.

Entonces alguien formuló una pregunta que sí podía responder:

«¿Cuál es la diferencia entre crímenes contra la humanidad y genocidio?»

«Imagine una matanza de cien mil personas que resultan pertenecer a un mismo grupo», expliqué, «judíos o polacos en la ciudad de Lviv. Para Lauterpacht, el asesinato de individuos, si se enmarca en un plan sistemático, sería un crimen contra la humanidad. Para Lemkin, lo importante era el genocidio, el asesinato de muchos con la intención de destruir al grupo del que forman parte. Para un fiscal actual, la diferencia entre ambos conceptos es en gran medida una cuestión de establecer la intención: para probar el genocidio, habría que mostrar que el acto del asesinato venía motivado por una intención de destruir al grupo, mientras que en el caso de los crímenes contra la humanidad no haría falta mostrar tal intención.» Luego expliqué que probar la intención de destruir a un grupo total o parcialmente era notoriamente arduo, dado que las personas implicadas en tales matanzas tendían a no dejar ningún rastro de papeleo que pudiera resultar de utilidad.

¿Importa la diferencia?, preguntó alguien más. ¿Importa que la ley trate de protegerte porque eres un individuo o debido al grupo del que resultas ser miembro? Aquella pregunta corrió por toda la sala, y me ha acompañado desde entonces.

Más avanzada la tarde, se me acercó una estudiante. «¿Podemos hablar en privado, lejos de la gente?», susurró. «Es algo personal.» Nos desplazamos a

un rincón. Nadie en la ciudad conocía ni le importaban Lauterpacht y Lemkin –me dijo–, porque eran judíos. Estaban manchados por sus identidades.

Es posible, respondí, ignorando adónde quería ir a parar.

Entonces me dijo: «Quiero que sepa que su conferencia era importante para mí, *personalmente* importante para mí.»

Entendí lo que me decía; me estaba transmitiendo un mensaje sobre sus propias raíces. Fuera polaca o judía, no era aquel un tema del que hablar en público. Las cuestiones relativas a la identidad individual y la pertenencia a grupos resultaban delicadas en Lviv.

«Entiendo su interés en Lauterpacht y Lemkin», prosiguió, «pero ¿no es el rastro de su abuelo el que debería seguir? ¿No es él el más cercano a su corazón?»

I. Leon



© *Profesor Philippe Sands QC*

Mis primeros recuerdos de Leon se remontan a la década de 1960, cuando él vivía en París con su esposa Rita, mi abuela. Vivían en un apartamento de dos habitaciones con una diminuta cocina en el tercer piso de un destartado edificio del siglo XIX. La casa, situada hacia la mitad de la rue de Maubeuge, estaba dominada por el olor a humedad y el ruido de los trenes procedentes de la Gare du Nord.

Aquí estaban algunas de las cosas que yo podía recordar.

Había un cuarto de baño con azulejos de color rosa y negro. Leon pasaba mucho tiempo dentro, sentado allí solo, ocupando un pequeño espacio detrás de una cortina de plástico. Aquella era una zona prohibida tanto para mí como para mi hermano pequeño, más curioso que yo. A veces, cuando Leon y Rita salían de compras, nos colábamos en el espacio prohibido. Con el tiempo nos volvimos más ambiciosos, examinando los objetos que había en la mesa de madera que le servía de escritorio en aquel rincón del cuarto de baño, sobre la que yacían dispersos papeles indescifrables, en francés o en otras lenguas extranjeras (la caligrafía de Leon era distinta de todas las que yo había visto hasta entonces, con palabras de trazos largos y finos que se extendían por toda la página). El escritorio también estaba lleno de relojes, viejos y rotos, que alimentaban nuestra creencia de que el abuelo era contrabandista de relojes.

A veces llegaban visitantes ocasionales, viejas damas con nombres y rostros extraños. Destacaba entre ellas Madame Scheinmann, vestida de negro con una tira de piel marrón colgándole del hombro, una cara menuda empolvada de blanco y una mancha de lápiz de labios rojo. Hablaba en un susurro con un extraño acento, sobre todo del pasado. Yo no reconocía la lengua (más tarde supe que era polaco).

Otro recuerdo era la ausencia de fotografías. Solo recordaba una, una foto en blanco y negro que se alzaba orgullosa en un marco de cristal biselado sobre una chimenea que no se utilizaba nunca: Leon y Rita el día de su boda en 1937. Rita no sonreía en la fotografía, ni tampoco más tarde cuando la

conocí, algo que advertí pronto y no olvidé nunca. No parecía haber libros de recortes ni álbumes, ni fotos de padres o hermanos (me dijeron que hacía tiempo que ya no estaban), ni recuerdos de familia a la vista de todos. Había un televisor en blanco y negro, y ejemplares sueltos de *Paris Match*, que a Rita le gustaba leer, pero no música.

El pasado pesaba sobre Leon y Rita, un tiempo anterior a París, del que no se hablaba en mi presencia o en una lengua que yo entendiera. Hoy, más de cuarenta años después, me doy cuenta, no sin cierta vergüenza, de que nunca les pregunté a Leon o Rita por su infancia. Si existió la curiosidad, no se le permitió expresarse.

En el apartamento dominaba el silencio. Leon era más accesible que Rita, que daba la impresión de ser una persona distante. Pasaba el rato en la cocina, a menudo preparando mi plato favorito, escalope de ternera con guarnición y puré de patatas. A Leon le gustaba rebañar el plato con un trozo de pan y lo dejaba tan limpio que no hacía falta fregarlo.

Reinaba un sentimiento de orden y dignidad, y de orgullo. Un amigo de la familia que conocía a Leon desde la década de 1950 recordaba a mi abuelo como un hombre comedido. «Siempre de traje, magníficamente arreglado, discreto, nunca quería imponerse.»

Leon me alentó en el camino del derecho. En 1983, cuando terminé la universidad, me regaló un diccionario jurídico inglés-francés. «Para tu incorporación a una vida profesional», garabateó en la guarda. Un año después me envió una carta con un recorte de *Le Figaro*, un anuncio en el que buscaban un abogado con conocimientos de derecho internacional y que hablara inglés para trabajar en París. «Mon fils», decía, ¿qué te parece? «Hijo mío.» Así es como me llamaba.

Solo ahora, muchos años después, he llegado a entender la oscuridad de los acontecimientos que vivió Leon antes de aquella época, para resurgir con la dignidad intacta, con calidez y una sonrisa. Era un hombre generoso y apasionado, con un carácter ardiente que a veces estallaba de manera tan inesperada como brutal, un socialista de toda la vida que admiraba al primer ministro francés Léon Blum y al que le gustaba el fútbol, un judío practicante para quien la religión era un asunto privado que no debía imponerse a otros. No le interesaba el mundo material ni quería ser una carga para nadie. Le importaban tres cosas: la familia, la comida y el hogar.

Aunque yo tenía muchos recuerdos felices, el hogar de Leon y Rita nunca

me pareció un sitio alegre. Incluso de pequeño podía sentir una tensión que rondaba las habitaciones, el peso del desasosiego y el silencio. Iba a verles una vez al año, y todavía recuerdo la falta de risas. Se hablaba en francés, pero si el asunto era privado mis abuelos volvían al alemán, la lengua de la ocultación y de la historia. Leon no parecía tener trabajo, o al menos no de la clase que requería salir de casa por la mañana temprano. Rita no trabajaba. Mantenía las cosas ordenadas, de modo que el borde de la alfombra de la sala de estar estaba siempre recto. Era un misterio cómo pagaban las facturas. «Creíamos que durante la guerra hacía contrabando de relojes», me dijo un primo de mi madre.

¿Qué más sabía yo?

Que Leon nació en un remoto lugar llamado Lemberg y se trasladó a Viena de niño. Aquel era un período del que no hablaba, al menos no conmigo. «C'est compliqué, c'est le passé, pas important.» Eso era todo lo que decía: es complicado, es el pasado, no es importante. Mejor no hurgar, lo entendía, era un instinto protector. En torno a sus padres, su hermano y sus dos hermanas reinaba un completo e impenetrable silencio.

¿Qué más? Se casó con Rita en 1937, en Viena. Su hija, Ruth, mi madre, nació al cabo de un año, unas semanas después de que los alemanes llegaran a Viena para anexionarse Austria e imponer el *Anschluss*. En 1939 se trasladó a París. Después de la guerra, él y Rita tuvieron un segundo hijo, un niño al que llamaron Jean-Pierre, un nombre francés.

Rita murió en 1986, cuando yo tenía veinticinco años.

Jean-Pierre murió cuatro años después, en un accidente de coche, junto con sus dos hijos, mis únicos primos.

Leon vino a mi boda en Nueva York, en 1993, y murió al cabo de cuatro años, a los noventa y cuatro años de edad. Se llevó Lemberg a la tumba, junto con una bufanda que le había dado su madre en enero de 1939. Fue un regalo de despedida de Viena, me dijo mi madre mientras le dábamos el último adiós.

Eso era más o menos lo que yo sabía cuando recibí la invitación de Lviv.

Unas semanas antes del viaje a Lviv, me senté con mi madre en su

luminosa sala de estar, en el norte de Londres, con dos viejos portafolios ante nosotros. Estaban abarrotados de fotografías y papeles de Leon, recortes de periódicos, telegramas, pasaportes, documentos de identidad, cartas, apuntes... Muchos estaban fechados en Viena, pero algunos documentos se remontaban más atrás, a los días de Lemberg. Examiné cada uno de ellos con atención, como nieto, pero también como abogado al que le gusta ensuciarse las manos con las evidencias. Leon debió de conservar determinados documentos por alguna razón. Aquellos recuerdos parecieron albergar información oculta, cifrada en lengua y en contexto.

Aparté un grupito de documentos de especial interés. Estaba la partida de nacimiento de Leon, que confirmaba que había nacido en Lemberg el 10 de mayo de 1904. El documento incluía también una dirección. Había información sobre la familia: que su padre (mi bisabuelo) era un tabernero llamado Pinkas, un nombre que podría traducirse por Felipe. La madre de Leon, mi bisabuela, tenía por nombre Amalie, aunque la llamaban Malke. Nació en 1870, en Żółkiew, a unos veinticinco kilómetros al norte de Lemberg. Su padre, Isaac Flaschner, era comerciante de grano.

Otros documentos fueron a parar también a la pila.

Un desgastado pasaporte polaco, viejo y descolorido, de color marrón claro, con un águila imperial en la cubierta. Emitido a nombre de Leon en junio de 1923 en Lwów, en él figuraba como residente en la ciudad. Me sorprendió, puesto que creía que era austriaco.

Otro pasaporte, este de color gris oscuro, de visión perturbadora. Emitido por el *Deutsches Reich* en Viena en diciembre de 1938, el documento llevaba otra águila en la cubierta, esta vez posada sobre una esvástica dorada. Era un *Fremdenpass*, un pase de viaje, emitido a nombre de Leon porque este había sido despojado de su identidad polaca y convertido en un apátrida (*staatenlos*), privado de la nacionalidad y de los derechos que esta comportaba. Entre los papeles de Leon había tres de aquellos pases: un segundo emitido a nombre de mi madre, en diciembre de 1938, cuando ella tenía seis meses de edad, y un tercero emitido para mi abuela Rita tres años después, en Viena, en el otoño de 1941.

Añadí más documentos al montón.

Un trocito de papel amarillo fino, doblado por la mitad. Una de sus caras estaba en blanco; la otra contenía un nombre y una dirección escritos a lápiz

con trazo firme, en una caligrafía angulosa: «Miss E. M. Tilney, Norwich, Angleterre.»

Tres fotografías pequeñas, todas del mismo hombre, en una pose formal, con el pelo negro, cejas pobladas y un aire ligeramente malicioso. Lleva un traje de raya diplomática y muestra debilidad por las pajaritas y los pañuelos. Al dorso de cada una de ellas hay tres fechas distintas que parecen haber sido escritas por la misma mano: 1949, 1951 y 1954. No hay ningún nombre.

Mi madre me dijo que no sabía quién era la señorita Tilney ni conocía la identidad del hombre de la pajarita.

Añadí una cuarta fotografía a la pila, más grande, pero también en blanco y negro. Esta mostraba a un grupo de hombres, algunos de ellos con uniforme, caminando en procesión entre árboles y grandes flores blancas. Algunos de ellos miran hacia la cámara; otros tienen un aire más furtivo, y hay uno al que reconocí de inmediato, el hombre alto que aparece justo en el centro de la foto, un líder vestido con un uniforme militar que imagino que era verde, y un cinturón negro fuertemente ceñido a la cintura. Conozco a ese hombre, y también al que aparece tras él, el rostro borroso de mi abuelo Leon. Al dorso de la fotografía, Leon escribió: «De Gaulle, 1944.»

Me llevé aquellos documentos a casa. La señorita Tilney y su dirección cuelgan en la pared encima de mi escritorio, junto a la fotografía de 1949, la del hombre de la pajarita. A De Gaulle le concedí la distinción de un marco.

3

Viajé de Londres a Lviv a finales de octubre, aprovechando un hueco en mi calendario de trabajo después de una vista en La Haya, una demanda presentada por Georgia contra Rusia, a la que acusaba de discriminación racial de un grupo. Georgia, mi cliente, alegaba que los georgianos étnicos en Abjasia y Osetia del Sur estaban siendo maltratados en clara violación de una convención internacional.¹ Pasé gran parte del primer vuelo, de Londres a Viena, repasando las alegaciones de otra demanda, esta presentada por Croacia contra Serbia, sobre el significado de «genocidio». El alegato tenía que ver con las matanzas que se habían producido en Vukovar en 1991, que se tradujeron en una de las mayores fosas comunes de Europa desde 1945.

Viajaba en compañía de mi madre (escéptica y ansiosa), de mi tía viuda

Annie (tranquila), que había estado casada con el hermano de mi madre, y de mi hijo de quince años (curioso). En Viena embarcamos en otro avión más pequeño para realizar un viaje de seiscientos cincuenta kilómetros hacia el este, cruzando la línea invisible que antaño marcó el Telón de Acero. Al norte de Budapest, el avión descendió sobre la ciudad balneario ucraniana de Truskavets, a través de un cielo despejado que nos permitió ver los Montes Cárpatos y, a lo lejos, Rumanía. El paisaje en torno a Lviv –las «tierras sangrientas» descritas por un historiador en su libro sobre los terrores infligidos a la región por Stalin y Hitler– era llano, arbolado y agrícola, campos dispersos salpicados de aldeas y granjas pequeñas, de viviendas humanas de color rojo, marrón y blanco. Posiblemente pasábamos justo por encima de la pequeña ciudad de Zhovkva cuando Lviv apareció ante nuestros ojos: la distante extensión de una antigua metrópolis soviética, y luego el centro de la ciudad, las agujas y cúpulas que sobresalían «de la ondulante vegetación, una tras otra», las torres de lugares que yo llegaría a conocer, «de San Jorge, Santa Isabel, el ayuntamiento, la catedral, el Korniaht y los Bernardinos», tan caros al corazón de Wittlin. Veía sin conocerlas las cúpulas de la iglesia de los dominicos, el Teatro Municipal, el Montículo de la Unión de Lublin y la pelada y arenosa Colina Piaskowa, que durante la ocupación alemana «se empapó de la sangre de miles de mártires». ² Con el tiempo me familiarizaría con todos aquellos lugares.

El avión se desplazó por la pista hasta detenerse delante de un edificio bajo; un edificio que no habría estado fuera de lugar en un libro de *Tintín*, como si hubiéramos retrocedido a 1923, cuando el aeropuerto llevaba el evocador nombre de Sknyliv. Había una simetría familiar: la estación de ferrocarril imperial de la ciudad se inauguró en 1904, el año del nacimiento de Leon; la antigua terminal de Sknyliv lo hizo en 1923, el año de su marcha; y la nueva terminal se construyó en 2010, el año en que regresaron sus descendientes.

La antigua terminal no había cambiado mucho en el siglo transcurrido, con su vestíbulo revestido de mármol y grandes puertas de madera, y los guardias inexpertos y agresivos vestidos de verde, al estilo del *Mago de Oz*, gritando órdenes sin autoridad. Los pasajeros hicimos una larga cola que desfilaba lentamente hacia un grupo de cubículos de madera ocupados por adustos funcionarios de inmigración, cada uno de ellos bajo una gigantesca gorra verde que no era de su talla.

«¿Por qué aquí?», me preguntó el funcionario.

«Conferencia», respondí.

Me miró fijamente sin comprender. Luego repitió la palabra, no una, sino tres veces.

«¿Conferencia? ¿Conferencia? ¿Conferencia?»

«Universidad, universidad, universidad», respondí yo.

Eso me valió una sonrisita, un sello y el derecho a entrar. Luego deambulamos por la aduana, entre hombres de cabello negro con relucientes abrigos de piel negros que fumaban.

En un taxi, nos dirigimos al casco viejo, pasando junto a ruinosos edificios del siglo XIX contruidos al estilo de Viena y la gran catedral católica ucraniana de San Jorge, dejamos atrás el viejo Parlamento de Galitzia, y enfilamos la calle principal, cuyos dos extremos cierran respectivamente la ópera y un impresionante monumento al poeta Adam Mickiewicz. Nuestro hotel se hallaba cerca del centro medieval, en la calle Teatralna, llamada Rutowskiego por los polacos y Lange Gasse por los alemanes. Para poder seguir los nombres y mantener el rumbo histórico, me acostumbré a deambular provisto de tres mapas: uno ucraniano moderno (2010), otro polaco antiguo (1930) y otro austriaco también antiguo (1911).

Nuestra primera tarde buscamos la casa de Leon. Yo tenía una dirección de su partida de nacimiento, una traducción inglesa realizada en 1938 por un tal Bolesław Czuruk de Lwów. El profesor Czuruk, como muchos otros en aquella ciudad, tuvo una vida complicada: antes de la Segunda Guerra Mundial enseñaba literatura eslava en la universidad; luego trabajó como traductor para la República Polaca, ayudando a cientos de judíos de Lwów a obtener papeles falsos durante la ocupación alemana. Por tales esfuerzos, los soviéticos le recompensaron con un período de encarcelamiento después de la guerra.³ En su traducción, el profesor Czuruk me decía que Leon había nacido en el número 12 de la calle Szeptyckich, y que lo trajo al mundo la comadrona Mathilde Agid.

Hoy, la calle Szeptyckich se conoce como calle Sheptyts'kykh, y está cerca de la catedral de San Jorge. Para llegar hasta allí a pie, rodeamos la plaza Rynok, admiramos las casas de los comerciantes del siglo XV, pasamos por el ayuntamiento y la iglesia de los jesuitas (que durante la era soviética se cerró y se utilizó como archivo y almacén de libros), y llegamos a la anodina plaza situada frente a San Jorge, donde el gobernador nazi de Galitzia, el doctor

Otto von Wächter, reclutaba a los miembros de la «División de Galitzia de las Waffen-SS».⁴

Desde esta plaza había solo un corto paseo hasta la calle Sheptyts'kykh, así llamada en honor de Andrey Sheptytsky, el célebre arzobispo metropolitano de la Iglesia greco-católica ucraniana que en noviembre de 1942 publicó una carta pastoral titulada «No matarás».⁵ El número 12 era un edificio de dos plantas de finales del siglo XIX con cinco grandes ventanas en la primera de ellas, y situado junto a otro edificio que exhibía una gran Estrella de David pintada con spray en una pared.

En los archivos municipales obtuve una copia de los planos y los permisos de construcción iniciales.⁶ Descubrí que el edificio se construyó en 1878, que estaba dividido en seis pisos, que había cuatro lavabos comunes, y que en la planta baja había una taberna (quizá la misma que regentara el padre de Leon, Pinkas Buchholz, aunque en una guía municipal de 1913 este figuraba como propietario de un restaurante situado varias casas más allá, concretamente en el número 18).

Entramos en el edificio. En la primera planta, un anciano respondió al llamar a su puerta, Yevgen Tymchyshn, que –según nos dijo– había nacido allí en 1943, durante el gobierno alemán. Los judíos se habían ido –añadió–; el apartamento estaba vacío. Tras hacernos pasar, su simpática pero tímida esposa nos mostró con orgullo la amplia y única habitación que constituía el hogar de la pareja. Tomamos té negro, admiramos los cuadros de la pared y hablamos de los retos de la Ucrania moderna. Detrás de la diminuta cocina, al fondo de la casa, había un pequeño balcón, donde Yevgen y yo permanecemos un rato. Él llevaba un viejo gorro militar. Yevgen y yo sonreíamos, el sol brillaba, y la catedral de San Jorge se elevaba tal como lo hacía en mayo de 1904.



Calle Sheptyts'kykh, 12, Lviv, octubre de 2012
© Profesor Philippe Sands QC

4

Leon nació en esta casa, pero sus raíces familiares llevaban a la cercana Zhovkva, conocida como Żółkiew cuando su madre, Malke, nació allí en 1870. Nuestro guía, Alex Dunai, nos condujo a través de un paisaje rural neblinoso y tranquilo de bajas colinas marrones y bosques dispersos, y pueblos y aldeas célebres desde hace tiempo por sus quesos, sus salchichas o su pan. Leon debía de tomar aquel mismo camino un siglo antes para ir a ver a su familia, viajando a caballo y en carro, o tal vez en tren desde la nueva estación. Localicé una vieja guía de horarios de trenes europeos que incluía la línea de Lemberg a Żółkiew; esta pasaba por un lugar llamado Bełzec, que más tarde sería el emplazamiento del primer campo de exterminio permanente que utilizó el gas como instrumento de matanzas masivas.

Encontré solo una única fotografía de familia de aquel período de la infancia de Leon, un retrato de estudio con el fondo pintado. Leon, que por entonces debía de tener unos nueve años, aparece sentado delante de su hermano y sus dos hermanas, entre sus padres.



La familia Buchholz, Lemberg, c. 1913 (de izquierda a derecha: Pinkas, Gusta, Emil, Laura y Malke, con Leon delante)
© Profesor Philippe Sands QC

Todos tienen un aspecto serio, sobre todo Pinkas el tabernero, con su barba negra y el atuendo tradicional de un judío devoto, mirando a la cámara con aire burlón. Malke parece tensa y formal; una dama de busto generoso y bien peinada con un vestido con adornos de encaje y un collar larguísimo. Tiene un libro abierto en el regazo, como un saludo al mundo de las ideas. Emil, el mayor de los hermanos, nacido en 1893, lleva cuello y uniforme militar; está a punto de marchar a la guerra para morir allí, aunque él aún no lo sabe. A su lado está Gusta, cuatro años más joven, elegante y unos centímetros más alta que su hermano. Delante de este se halla Laura, la hermana pequeña, nacida en 1899, que se agarra al brazo de la silla. Mi abuelo Leon aparece delante, un niño pequeño con traje de marinero, los ojos abiertos como platos y orejas de soplillo. Solo él sonreía al dispararse el obturador, como si no supiera lo que hacían los demás.

En un archivo de Varsovia encontré las partidas de nacimiento de los cuatro hijos. Todos habían nacido en la misma casa de Lemberg, y a todos los había traído al mundo la comadrona Mathilde Agid. La partida de nacimiento de Emil estaba firmada por Pinkas, que declaraba que el padre había nacido en 1862 en Cieszanów, una pequeña ciudad al noroeste de Lemberg. El archivo de Varsovia reveló también un certificado de matrimonio de Pinkas y

Malke, una ceremonia civil realizada en Lemberg en 1900. Solo Leon nació dentro de aquel matrimonio civil.⁷

El material de archivo apuntaba a Żółkiew como eje de la familia. Malke y sus padres nacieron allí, siendo ella la mayor de cinco hermanos y la única niña. Así supe de la existencia de los cuatro tíos de Leon –Josel (nacido en 1872), Leibus (1875), Nathan (1877) y Ahron (1879)–, todos ellos casados y con hijos, lo que significaba que Leon tenía una extensa familia en Żółkiew. El tío de Malke, Meijer, también había tenido muchos hijos, proporcionando a Leon una multitud de primos segundos y terceros. Haciendo un cálculo moderado, la familia de Leon en Żółkiew, los Flaschner, superaba con creces los setenta individuos, lo que representaba el 1% de la población de la ciudad. Leon nunca me mencionó a ninguna de aquellas personas en todos los años en que convivimos. Siempre daba la impresión de ser un hombre que estaba solo.

Żółkiew floreció bajo los Habsburgo, convirtiéndose en un centro del comercio, la cultura y el saber, y todavía era importante en la época de Malke. Fundada cinco siglos antes por Stanisław Żółkiewski,⁸ un célebre líder militar polaco, la ciudad estuvo dominada por un castillo del siglo XVI con un magnífico jardín italiano; ambos se mantenían en pie, aunque en mal estado. Los numerosos lugares de culto de la ciudad reflejaban la diversidad de su población: el templo de los dominicos y el católico romano, una iglesia griega ucraniana y, justo en el centro, una sinagoga del siglo XVII, el último recordatorio de la prominencia que antaño tuvo Żółkiew en Polonia como el único lugar donde se imprimían libros judíos. En 1674, el gran castillo se convirtió en la residencia real de Juan III Sobieski, el rey polaco que derrotó a los turcos en la batalla de Kahlenberg, en 1683, poniendo fin a tres siglos de conflicto entre los otomanos y el Sacro Imperio Romano de los Habsburgo.



Żółkiew, Lembergerstrasse, 1890
© Profesor Philippe Sands QC

Żółkiew tenía una población de unos seis mil habitantes cuando Leon iba a ver a la familia de su madre, compuesta por una mezcla de polacos, judíos y ucranianos. Alex Dunai me dio una copia de un exquisito mapa de la ciudad dibujado a mano en 1854.⁹ La paleta de verdes, cremas y rojos, los nombres y números grabados en negro, evocaban un cuadro de Egon Schiele, *La mujer del artista*. El nivel de detalle era asombroso: cada jardín y árbol señalado, cada edificio numerado, desde el castillo real en el centro (número 1) hasta el menor de los lugares en las afueras (número 810).

Joseph Roth describió la estructura de ese tipo de ciudad. Habitualmente en aquella época se alzaba «en medio de una gran llanura, no limitada por ninguna colina, bosque o río»; empezaba con solo algunas «pequeñas chozas»; luego unas cuantas casas, generalmente ordenadas en torno a dos calles principales, una de las cuales discurría «de norte a sur; la otra, de este a oeste». En la intersección entre ambas calles se alzaba un mercado, e, invariablemente, había una estación de tren «al final de la calle Norte-sur».¹⁰ Esto describía perfectamente Żółkiew. Gracias a un registro catastral elaborado en 1879, descubrí que la familia de Malke vivía en la casa número 40 de la parcela 762 de Żółkiew, una construcción de madera en la que muy probablemente había nacido. Se hallaba en el límite occidental de la ciudad, en la calle Este-Oeste.¹¹

En la época de Leon la calle se llamaba Lembergerstrasse. Nosotros la

enfilamos por el este, pasando junto a una gran iglesia de madera, rotulada como Heilige Dreyfaltigkeit en el mapa elaborado con tanto esmero en 1854. Tras el convento de los dominicos, a nuestra derecha, entramos en la Ringplatz, la plaza mayor. Ante nuestros ojos apareció el castillo, cerca de la catedral de San Lorenzo, donde está enterrado Stanisław Żółkiewski y algunos Sobieski menores. Un poco más allá se alzaba el convento de los basilios, coronando lo que antaño debió de ser un glorioso espacio. En aquella fría mañana de otoño, la plaza y la ciudad parecían tristes y marchitas: lo que había sido una microcivilización se había convertido en un lugar lleno de baches y gallinas errabundas.

5

En enero de 1913, la hermana mayor de Leon, Gusta, se fue de Lemberg a Viena para casarse con Max Gruber, un *Branntweinverschleisser* (vendedor de licores). Pinkas asistió a la ceremonia, firmando el certificado de matrimonio en un ambiente de malestar en los Balcanes. Serbia se había aliado con Bulgaria y Montenegro, y, con el apoyo de Rusia, le habían declarado la guerra al imperio otomano. En mayo de 1913 se firmó un tratado de paz en Londres, en el que ofrecían nuevas fronteras.¹² Pero solo un mes después Bulgaria se volvió contra Serbia y Grecia, sus antiguas aliadas, actuando así como catalizadora de la segunda guerra de los Balcanes, que duraría hasta agosto de 1913.¹³ Estos acontecimientos prefiguraron los grandes trastornos que estaban a punto de desencadenarse en la región después de que Bulgaria fuera derrotada por Serbia, que adquirió nuevos territorios en Macedonia, lo que pasaría a verse como una amenaza para el todopoderoso imperio austrohúngaro.

Viena fraguó la idea de una guerra preventiva contra Serbia para frenar a Rusia y a los eslavos. El 28 de junio de 1914, Gavrilo Princip asesinó al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. En el plazo de un mes Viena había atacado a Serbia, incitando a Alemania a atacar a Bélgica, Francia y Luxemburgo. Rusia entró en la guerra al lado de Serbia, apoderándose de Viena y del ejército austrohúngaro, y a finales de julio invadió Galitzia. En septiembre de 1914, el *New York Times* informaba de que Lemberg y Żółkiew habían sido ocupadas por fuerzas rusas después de la «más colosal

de las batallas», en la que participaron un millón y medio de hombres.¹⁴ El periódico describía una «destrucción y demolición de la vida humana milenaria, de proporciones cósmicas, la más espantosa historia de un holocausto jamás vista». Una de las víctimas fue el hermano de Leon, Emil, muerto en combate antes de cumplir los veinte años. «¿Qué era una sola muerte», se preguntaba Stefan Zweig, en comparación con aquella «culpa de proporciones cósmicas, milenaria, la más terrible destrucción y aniquilación masiva jamás vista en la historia?».¹⁵

Pinkas Buchholz se sumió en la desesperación y murió de un ataque al corazón solo unas semanas después, abrumado por el sentimiento de culpa por haber impedido a su hijo Emil emigrar a América un año antes. Pese a mis esfuerzos, no encontré más información sobre las muertes de Pinkas y de Emil, ni tampoco tumbas; solo la confirmación en un archivo vienés de que Pinkas murió en Lemberg el 16 de diciembre de 1914. Fui incapaz de averiguar dónde cayó Emil. El Kriegsarchiv (Archivo de Guerra) de Viena ofrecía la escueta explicación de que «no se dispone de archivos personales».¹⁶ Fue un capricho de la historia: cuando se derrumbó el imperio austrohúngaro, el Tratado de Saint-Germain-en-Laye, firmado en 1919, determinó que todos los archivos de Galitzia habían de permanecer en los diversos estados sucesores.¹⁷ La mayoría de ellos se han perdido.

En el lapso de tres meses Leon había perdido a su padre y a su hermano. A sus diez años era el último varón de la familia. Cuando la Primera Guerra Mundial empujó a la familia hacia el oeste, se trasladó a Viena con su madre y su hermana Laura.

6

En Viena se instalaron en casa de Gusta y su marido, Max Gruber. En septiembre de 1914, Leon se matriculó en la *Volksschule* (escuela primaria) local de Gerhardusgasse, en el distrito 20 de Viena. Sus informes escolares consignaban sus orígenes *mosaisch* (judíos) y sus modestas habilidades académicas. Aquel mismo mes nació la primera hija de Gusta y Max, y sobrina de Leon, Therese, conocida como Daisy. Leon vivía con los Gruber en el número 69 de Klosterneuburger Strasse, cerca de la escuela, en un

apartamento de la primera planta de un gran edificio que posteriormente comprarían Max y Gusta, con ayuda de una hipoteca.

La familia de Leon fue una de las decenas de miles que emigraron de Galitzia a Viena, una migración de *Ostjuden*, judíos orientales. La guerra hizo que un gran número de refugiados judíos acudieran a Viena en busca de un nuevo hogar. Joseph Roth escribió sobre la Nordbahnhof, «adonde llegaban todos ellos», con sus salas de altas paredes impregnadas de los «olores de casa».¹⁸ Los nuevos habitantes de Viena se dirigían a los distritos judíos de Leopoldstadt y Brigittenau.

En 1916, a los doce años, Leon se graduó en la cercana Franz Joseph Realschule. Durante toda su vida conservó la *Schulerausweiskarte*, la tarjeta de identidad de la escuela emitida el 19 de diciembre. Una línea de tinta descolorida tachaba las palabras «Franz Joseph» para indicar la muerte del emperador unas semanas antes. La fotografía muestra a un chico delgado con una guerrera oscura abrochada. Siempre con sus orejas prominentes, exhibe una mirada desafiante y tiene los brazos cruzados.

La Realschule, que estaba especializada en matemáticas y física, se hallaba en el número 14 de Karajangasse, cerca de la casa familiar. Hoy es el Brigittenauer Gymnasium, y cuando fui a verlo con mi hija, ella advirtió la pequeña placa colgada en la pared cerca de la entrada. Esta señalaba el uso del sótano como cárcel de la Gestapo en 1938; un lugar donde estuvo encerrado Bruno Kreisky, que se convertiría en el canciller de Austria después de la siguiente guerra.¹⁹ La directora actual de la escuela, Margaret Witek, encontró los expedientes de clase de 1917 y 1919. Estos mostraban que a Leon se le daban bastante mejor las ciencias que las letras, que hablaba alemán a un nivel «satisfactorio» y que su francés era «bueno».

Después de la Primera Guerra Mundial Malke volvió a Lwów, a un apartamento situado en el número 18 de la calle Szeptyckich, el edificio donde Pinkas regentara antaño un restaurante. Dejó a Leon en Viena bajo la tutela de Gusta, que no tardaría en darle otras dos sobrinas, Herta, nacida en 1920, y luego Edith, en 1923. Leon vivió con ellos durante varios años como joven tío de las niñas, pero nunca hablaría de ellas, al menos a mí. Mientras tanto, su otra hermana, Laura, se casó con Bernard Rosenblum, un operador de balancín. Con el tiempo, Malke dejaría de nuevo Lwów para volver a Viena.



Max Gruber delante de su licorería en Klosterneuburger Strasse, número 69, Viena, c. 1937

© Profesor Philippe Sands QC

Las lagunas que había en mis conocimientos sobre la familia de Leon, en Lemberg, Żółkiew y Viena, se iban llenando poco a poco. De los papeles familiares y archivos públicos obtuve nombres, edades, lugares y hasta profesiones. Cuando empezaron a aflorar los detalles, descubrí que la familia era mayor de lo que había creído.

7

En 1923, Leon estudiaba materias técnicas y relacionadas con la electricidad, y ayudaba a su cuñado Max en la licorería, esperando seguir los pasos formativos de su padre. Encontré varias fotografías en su álbum, entre ellas la de un hombre con aspecto de profesor. Tenía un aire distinguido, llevaba patillas y estaba de pie en un jardín, con una mesita de madera ante sí llena del material necesario para la destilación, hornillos, botellas y tubos. Posiblemente el profesor partía de un líquido de cereales fermentados que contenía etanol. Ese líquido se purificaba para producir un licor, una bebida alcohólica que era el resultado del proceso de separación.

Ese acto de purificación era todo lo contrario de la vida en Viena. En una época de dificultades económicas, con una inflación galopante y fuertes

tensiones, llegaban nuevos refugiados del este a raudales. Los diversos grupos políticos luchaban por formar gobiernos que funcionaran mientras las circunstancias conspiraban para fomentar sentimientos nacionalistas y contrarios a los inmigrantes, junto con una creciente oleada de antisemitismo. Un Partido Nacionalsozialista Obrero Alemán de carácter local, que se había fundado en Austria en 1918, se fusionó con su homónimo alemán. Su líder era un carismático austriaco llamado Adolf Hitler.

En el verano de 1923, dos semanas después de asistir a la boda de su hermana Laura con Bernard Rosenblum, Leon volvió a Lwów para solicitar un pasaporte. Aun después de llevar una década en Viena, descubrió que no tenía la nacionalidad austriaca. Un oscuro tratado firmado en junio de 1919 el mismo día que el Tratado de Versalles, el Tratado de las Minorías Polacas, había convertido a Leon en ciudadano polaco.²⁰

Polonia se había visto obligada a firmar aquel tratado, que imponía obligaciones de protección de las minorías. El artículo 4, un temprano precursor de las modernas convenciones de derechos humanos, disponía, en la práctica, que cualquiera que hubiera nacido en Lwów antes de que se firmara el tratado en 1919 sería considerado ciudadano polaco. No había formularios que rellenar ni solicitudes que presentar. «*Ipsa facto* y sin requerir ninguna formalidad», declaraba el tratado, Leon y otros cientos de miles de ciudadanos de Lwów y Żółkiew y otros territorios se convirtieron en ciudadanos polacos. Aquel capricho legal, una sorpresa a la vez que un fastidio, salvaría más tarde su vida y la de mi madre. Mi propia existencia le debía algo al artículo 4 de aquel Tratado de las Minorías.

Leon había dejado la Lemberg austriaca en vísperas de la Primera Guerra Mundial, antes de que esta se sumiera en un conflicto atroz entre polacos, ucranianos y judíos. Cuando volvió para tramitar su pasaporte, la ciudad era una próspera metrópoli polaca invadida por el chirriante sonido de los tranvías y los «aromas de las pastelerías, los puestos de fruta, las tiendas de ultramarinos, y los salones de té y café de Edward Riedl y Julius Meinel».²¹ La ciudad entraba en un período de estabilidad relativa tras el final de las guerras contra los soviéticos y los lituanos. El 23 de junio de 1923, la Dirección de la Policía de Lwów emitió el nuevo pasaporte polaco de Leon. En él se describía a un joven de pelo rubio y ojos azules, aunque en la fotografía aparecía con gafas y cabello negro. Siempre elegante en el vestir, llevaba una chaqueta oscura, una camisa blanca y una corbata

sorprendentemente moderna, con gruesas rayas horizontales. Aunque tenía diecinueve años, como profesión figuraba la de *écolier*, colegial.

Leon pasó el resto del verano en Lwów, con amigos y familiares, incluida su madre, que seguía viviendo en la calle Szeptyckich. En Żółkiew, posiblemente fuera a visitar al tío Leibus y a la extensa familia de la calle Piłsudski, que vivía en una casa de madera un poco al norte de la gran sinagoga (unas décadas después la calle era un camino lleno de barro y la casa hacía tiempo que había desaparecido). Puede que Leon subiera a las colinas que rodeaban la ciudad, atravesando los magníficos bosques locales de robles y abedules de su extremo oriental, conocidos como *borek*. Era allí donde solían jugar los niños de Żółkiew, en la amplia llanura que se extendía, entre colinas de baja altura, a lo largo de la principal carretera que llevaba a Lwów.

En agosto, Leon acudió al consulado austriaco, situado en la primera planta del número 14 de la calle Brajerowska, cerca de la universidad. En aquel local alquilado, último bastión de la autoridad austriaca, le pusieron el sello que permitía un único viaje de vuelta a Austria. El consulado checoslovaco, situado cerca de la facultad de derecho, le ofreció un visado de tránsito. Entre el gentío, es posible que Leon se cruzara con otros dos jóvenes en las calles de la ciudad; dos hombres que por entonces iniciaban una trayectoria profesional que les llevaría a desempeñar un importante papel en el juicio de Núremberg: Hersch Lauterpacht había dejado la ciudad en 1919 para estudiar en Viena, y podría haber regresado para visitar a su familia e impulsar su candidatura a la cátedra de derecho internacional en la Universidad de Lwów; Rafael Lemkin, que por entonces estudiaba en la facultad de derecho de aquella misma universidad, vivía cerca de Malke, a la sombra de la catedral de San Jorge. Fue aquel un período de formación, influenciado por los acontecimientos ocurridos en la ciudad y en Galitzia en general, en el que se iban configurando las ideas sobre el papel del derecho en la lucha contra las atrocidades masivas.



Fotografía del pasaporte polaco de Leon, 1923
© Profesor Philippe Sands QC

Leon dejó Lwów a finales de agosto. Viajó en tren a Cracovia –un recorrido de diez horas–, y luego a Praga y a la frontera sur de Checoslovaquia, concretamente a Břeclav. La mañana del 25 de agosto de 1923, el tren se detuvo en la Nordwestbahnhof. Desde allí, Leon recorrió a pie la corta distancia que le separaba de casa de Gusta en Klosterneuburger Strasse. Nunca volvió a Lwów ni a Żółkiew, y, por lo que yo sé, jamás volvió a ver a ningún miembro de aquella familia.

Cinco años después, Leon se había convertido en destilador de licores, con su propia tienda en el número 15 de Rauscherstrasse, en el distrito 20 de Viena. Guardaba una fotografía de ese período, tomada en marzo de 1928, una época de renovada depresión económica e hiperinflación. En ella aparece junto a su cuñado Max Gruber en la reunión anual de la Asociación de Vendedores de Licores Vieneses. En compañía de hombres ya mayores, él destaca allí sentado en una sala con paredes revestidas de madera bajo un

candelabro de latón con veintisiete bombillas de cristal; es el hombre más joven presente en una sala en la que no hay mujeres, un tipo normal y corriente de veinticuatro años de edad. En sus labios asoma un esbozo de sonrisa. Si corrían tiempos de inquietud, no se reflejaban en su rostro. Leon conservó el recibo emitido a su nombre por la asociación el día en que se convirtió en miembro de esta, el 27 de abril de 1926. Por ocho chelines, se unió al *establishment* del alcohol.

Ocho décadas después, acudí al número 15 de Rauscherstrasse en compañía de mi hija. Atisbando por la ventana vimos que estaban restaurando el local para convertirlo en un club. Estaban instalando una nueva puerta de roble que llevaba grabada la letra de una canción de Led Zeppelin, «Stairway to Heaven» («Escalera al cielo»). Tengo una sensación especial cuando miro hacia el oeste –decía la canción– y mi espíritu clama por salir.

Leon permaneció varios años en el número 15 de Rauscherstrasse, mientras el malestar político y económico aumentaba en Austria y su entorno. En su álbum de fotos encontré imágenes que sugerían un período despreocupado de felicidad e integración. Había fotografías de tías, tíos y sobrinas, miembros de la familia sin nombre, imágenes de paseos festivos con amigos. En varias de ellas aparecía Leon con su más íntimo amigo, Max Kupferman. Dos jóvenes atildados, riendo, a menudo con traje y corbata, pasando los veranos en las colinas y lagos de Austria.

Los dos hombres hacían excursiones al cercano Leopoldsborg, al norte de Viena, y a la Leopoldskirche, la iglesia que se alza en la cumbre, que cuenta con magníficas vistas sobre la ciudad. Yo los seguí colina arriba para verlo por mí mismo; fue una larga caminata. A veces se aventuraban más al norte, hasta la pequeña ciudad de Klosterneuburg, a orillas del Danubio, un lugar con un monasterio agustino; o al oeste, hasta el pueblo de Pressbaum. Las fotografías eran familiares y modernas, con hombres y mujeres jóvenes en traje de baño y los brazos entrelazados; íntimas y despreocupadas.

Encontré imágenes de vacaciones familiares en lugares aún más alejados, como Bodensdorf, a orillas del lago Ossiach, al norte de Trieste. Había algunos momentos deportivos, con Max y Leon jugando al fútbol, donde su amigo se mostraba como el jugador más dotado, representando al Club de Fútbol de los Chicos del Whisky, un equipo aficionado de cuyos partidos informaba el *Österreichische Spirituosenzeitung*.

Eran imágenes de una vida normal y corriente, de un Leon que había escapado de sus orígenes. No hay «peor suerte que la del judío oriental recién llegado a Viena», escribió Joseph Roth hablando del período de entreguerras;²² pero Leon se construyó una vida entre los judíos que tenían «los pies bien asentados bajo escritorios en el Primer Distrito», los que se habían «hecho “autóctonos”». Aparentemente en alza, ocupaba una posición entre quienes se sentaban en escritorios y el *Ostenjuden* políticamente activo, lector de la *Neue Freie Presse* («Nueva Prensa Libre») socialista, y partidario de los progresistas socialdemócratas, un partido claramente diferenciado de los socialistas cristianos y los nacionalistas alemanes que situaban la identidad, el antisemitismo y la purificación en el centro de sus programas políticos.

9

A finales de enero de 1933, el presidente Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler canciller de Alemania. Leon ocupaba ahora una tienda más grande en el número 72 de Taborstrasse, en el corazón del distrito de Leopoldstadt. Al tiempo que prosperaba el comercio de licores, debió de ver con inquietud los acontecimientos que se producían en la vecina Alemania. Se incendió el Reichstag, los nazis obtuvieron la mayor proporción del voto en las elecciones federales alemanas, y los nazis austriacos gozaban de un apoyo cada vez mayor. Las manifestaciones en Leopoldstadt eran tan frecuentes como violentas.



Leon y Max Kupferman, Viena, 1929
© Profesor Philippe Sands QC

Cuatro meses después, el sábado 13 de mayo de 1933, varios representantes del nuevo gobierno alemán viajaron por primera vez a Austria. Un trimotor del gobierno germano aterrizó en el campo de aviación de Aspern, no lejos de la tienda de Leon. Transportaba a siete ministros nazis bajo el mando del doctor Hans Frank, recién nombrado ministro de Justicia bávaro, y antiguo abogado y confidente de Hitler.²³

La llegada de Frank provocó manifestaciones con grandes multitudes de partidarios, muchos de los cuales llevaban los calcetines blancos hasta la rodilla que señalaban el apoyo a los nazis. El canciller austriaco, Engelbert Dollfuss, no tardó en ilegalizar el Partido Nazi de su país, a lo que siguieron varias otras medidas.²⁴ Dollfuss moriría poco más de un año después de la visita de Frank, asesinado en julio de 1934 por un grupo de nazis austriacos liderados por Otto von Wächter, un abogado local que una década más tarde, como gobernador nazi establecido en Lemberg, crearía la División de Galitzia de las Waffen-SS.



Hans Frank (de pie en el coche) llega a Viena, mayo de 1933

© Niklas Frank

Apenas encontré información sobre la vida de Leon en aquellos turbulentos días. Vivía solo, y aunque de vez en cuando había en sus papeles algún documento que ofrecía algún dato aislado sobre su familia, no encontré cartas u otros informes, ni detalles sobre actividades políticas o de otra índole. Había varias fotografías, más tarde insertadas en un álbum de manera aleatoria. Leon escribió unas palabras al dorso de algunas de ellas, una fecha o un lugar. Reordené las imágenes cronológicamente lo mejor que pude. La fotografía más antigua, de su amigo Max Kupferman, estaba fechada en 1924. La mayoría se habían tomado en la década de 1930, pero a partir de 1938 las imágenes iban disminuyendo.

Había varias fotos relacionadas con el trabajo. Una reunión de hombres con corbata negra acompañados de sus esposas, fotografiados en diciembre de 1930, con nombres y firmas al dorso: Lea Sochi, Max Kupferman, Bertl Fink, Hilda Eichner, Grete Zentner, un tal Metzl y un tal Roth. En otra foto aparece Leon delante de la licorería de su cuñado Max Gruber en Klosterneuburger Strasse. Otras eran de miembros de la familia. Sus sobrinas Herta y Edith Gruber delante de la tienda de su padre, a punto de dirigirse a la escuela. Su hermana Gusta, vestida elegantemente con un abrigo negro en una calle vienesa. Una nota de su sobrina Daisy, de vacaciones en Bodensdorf: «A mi querido tío...» Tres fotografías de Malke vestida de negro; una viuda con el ceño fruncido. Malke en una calle, Malke en un

apartamento, Malke caminando con su hijo en Leopoldsberg. Solo encontré una imagen de Leon con su madre, tomada en 1938, sobre un fondo de árboles bajos.

Varias fotos mostraban a Leon con amigos, muchas de ellas en Klosterneuburg en la década de 1930. Hombres y mujeres en traje de baño que ríen, se tocan y posan. Leon con una mujer desconocida, pero ningún indicio en cuanto a su relación.



Leon y Malke, Viena, 1938
© *Profesor Philippe Sands QC*

Max. Durante años, desde 1924 hasta 1938, al menos una fotografía al año de su mejor amigo, nunca fallaba. Era una constante. Leon y Max a orillas del Danubio en Kritzendorf, al norte de Viena. Leon, Max y una joven con una pelota de fútbol de cuero a los pies. Leon y Max de excursión en el valle de Wachau. Leon y Max delante de un reluciente coche negro. Leon y Max bromeando con un balón de fútbol. Max de pie. Retrato de Max. Max riendo, sonriendo.

Me fijé en lo elegante y bien vestido que iba siempre Leon, pulcro y solemne. En una calle vienesa con un canotier. Con traje en una estación de tren, o quizá fuera un mercado. Parecía feliz, normalmente con una sonrisa, más que como yo le recordaba en años posteriores. En mi boda en Nueva York, a sus noventa años, recuerdo verle sentado solo con aire reflexivo, como si volviera la vista atrás a lo largo de todo un siglo.

En la última fotografía de aquel período, de los días de soltero de Leon, aparecen dos atractivas jóvenes en la calle. Llevan pieles, y tras ellas, acercándose por el fondo, se cierne una nube de tormenta.

10

En 1937 la oscuridad se hizo más siniestra. Hitler denunció varios acuerdos de protección de las minorías, liberando a Alemania de las restricciones del derecho internacional y permitiéndole tratar a su antojo a los grupos minoritarios.²⁵ Pero en Viena la vida cotidiana y el amor seguían su curso. En aquel momento, mientras Europa se precipitaba a trompicones hacia la guerra, Leon decidió casarse.

Su novia era Regina Landes, y el matrimonio se celebró el 23 de mayo de 1937 en el Leopoldstempel, una magnífica sinagoga de estilo morisco de Leopoldsgasse, el mayor templo judío de Viena. Mi abuela Rita surgió de la nada. La primera imagen de ella era con un vestido de novia blanco.

Yo conocía bien esa fotografía, en la que aparece ella con un traje de novia largo y suelto y un ramo de flores blancas, y él con una corbata de lazo negra. Ninguno de los dos sonreía en aquel día feliz. Aquella era la única foto que estaba a la vista en su apartamento en París, la que yo solía quedarme mirando de niño.



Leon y Rita en el día de su boda, mayo de 1937
© Profesor Philippe Sands QC

La novia tenía veintisiete años, era vienesa y austriaca, hija de Rosa Landes, una viuda con la que vivía en Habichergasse, en el distrito 16. Actuaron como testigos del matrimonio el cuñado de Leon, Max, y el hermano mayor de Rita, Wilhelm, que era dentista. Malke asistió junto con Gusta y Laura, acompañadas de sus maridos y de las cuatro sobrinas de Leon. Rita fue llevada al altar por su madre y sus tres hermanos: Wilhelm, su esposa Antonia y su hijo pequeño Emil; Bernhard, su esposa Pearl (conocida como Fini) y Susanne, y Julius. Aquella era la nueva familia vienesa de Leon.

Los familiares de Lemberg y Żółkiew no pudieron hacer el viaje a Viena, pero enviaron sendos telegramas. Encontré dos de ellos. «Os deseamos mucha suerte», escribía el tío Leibus desde Żółkiew. El otro telegrama era del tío Rubin, desde Lwów.

Leon guardó aquellos telegramas de felicitación, testimonio de la sólida comunidad de clase media de la que la nueva pareja formaba parte. Un

mundo de médicos y abogados, comerciantes y peleteros, ingenieros y contables; un mundo del ayer, a punto de desaparecer.

11

La mañana del 12 de marzo de 1938, la Wehrmacht alemana entró en Austria y ocupó Viena, donde fue recibida por enormes y entusiastas multitudes. El día en que Austria pasó a formar parte del Gran Tercer Reich Alemán, Rita estaba embarazada de cinco meses. El *Anschluss* (o anexión) se produjo tras un golpe de Estado del Partido Nazi austriaco para evitar un referéndum sobre la independencia del país con respecto a Alemania.²⁶ «El primer gran quebrantamiento de la paz», anotó el escritor alemán Friedrich Reck en su diario el 20 de marzo de 1938, presa de la desesperación. Fue aquel un día en el que «se ha dejado al criminal salir impune y con ello se le hace parecer más poderoso de lo que es».²⁷

Tres días después, Hitler llegó a Viena para dirigirse a una enorme muchedumbre en la Heldenplatz. Compareció en compañía de Arthur Seyss-Inquart, el recién nombrado gobernador, y tras ellos Otto von Wächter, que acababa de regresar de su exilio alemán.²⁸ Al cabo de unos días, un plebiscito ratificaba la toma del poder, y en toda Austria pasó a aplicarse el derecho alemán. Un primer transporte de 151 opositores austriacos a los nazis partió de Viena en dirección al campo de concentración de Dachau, cerca de Múnich. Los judíos se vieron hostigados, obligados a fregar las calles, y luego atacados por nuevas leyes que les impedían acceder a las universidades y participar en cuerpos profesionales. En el plazo de unas semanas se exigió a los judíos registrar sus activos, propiedades y negocios, una sentencia de muerte para las tiendas de licores regentadas por Leon y su cuñado Max.

Mientras se confiscaban negocios sin compensación alguna, el nuevo gobierno de Arthur Seyss-Inquart le confió a Adolf Eichmann la tarea de dirigir la Zentralstelle für jüdische Auswanderung, el organismo responsable de poner en práctica la «solución del problema judío».²⁹ Se adoptó una política de persecución, junto con la emigración «voluntaria» y la deportación. Una Vermögensverkehrsstelle (oficina de transferencia de activos) se encargó de transferir las propiedades de los judíos a personas no

judías. Otra comisión supervisó la retirada de judíos de cargos públicos en Austria, bajo la dirección de Otto von Wächter.³⁰

Muchos judíos emigraron, o al menos lo intentaron, entre ellos Leon y sus cuñados por parte de Rita. Bernhard Landes se marchó en abril de 1939, precedido por su esposa y su hija; luego siguió la familia de Wilhelm, en septiembre de 1938. Obtuvieron visados de turista para viajar a Australia, pero solo llegaron hasta Londres, donde se quedaron. El hijo de Wilhelm, Emil, tenía entonces seis años. «Recuerdo haber estado en el apartamento de los abuelos de usted en Taborstrasse, de noche», rememoraba. «Recuerdo que marchábamos a pie por delante del edificio y que a mi alrededor había una especie de atmósfera general de temor y emoción.» También recordaba la noche de septiembre en que su familia partió de la Westbahnhof dejando atrás Viena. «Miré hacia abajo desde el compartimento del tren, que estaba muy alto, y vi los rostros preocupados y llorosos; probablemente la madre de mi padre [Rosa] estaba allí de pie, probablemente la abuela de usted [Rita] estaba allí de pie. Había muchos adultos llorando. Se limitaban a quedarse allí de pie, llorando.»

Los hermanos hicieron lo que pudieron para obtener un visado para su madre, Rosa, pero no llegó a Viena visado alguno. Las tres sobrinas de Leon, las hijas de Gusta y Max, sí lograron salir. Daisy, que entonces tenía veinticinco años, fue a estudiar a Londres (más tarde emigraría a Palestina). Herta (que tenía dieciocho) y Edith (de quince) se dirigieron juntas a Italia, y luego a Palestina. Sus padres, Gusta y Max, se quedaron en Viena.

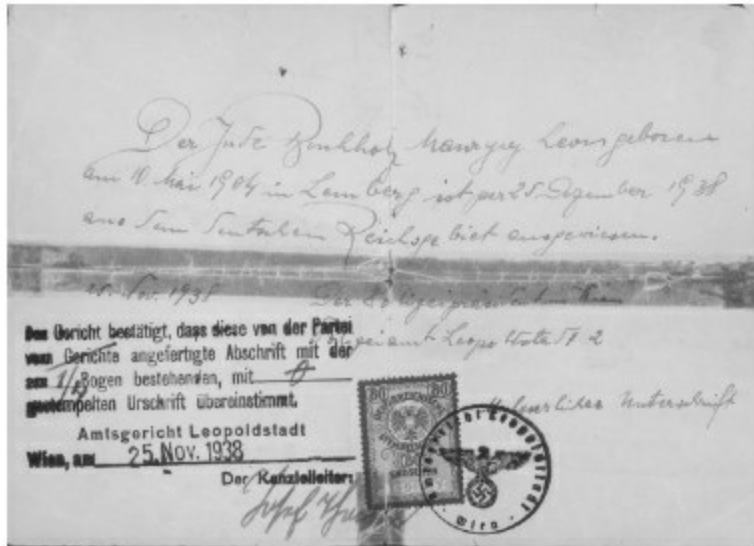
Localicé el formulario que rellenó Leon para la Israelitische Kultusgemeinde Wien (la Comunidad Judía de Viena), un requisito previo para la emigración.³¹ Declaró que era fabricante de «licores y bebidas alcohólicas», que había estudiado electrotecnia y reparación de radios, y que hablaba polaco y alemán. Estaba dispuesto a ir a Australia, Palestina o América (el único pariente extranjero identificado era un «primo» de Rita, un tal P. Weichselbaum de Brooklyn, Nueva York, un nombre que yo no reconocí). También solicitó el permiso de emigración para las dos personas que estaban a su cargo, Rita (que estaba embarazada) y Malke. En el espacio destinado a declarar sus recursos financieros y otros, escribió una sola palabra: «Ninguno.» La tienda de Taborstrasse se había desvanecido, junto con las existencias. Leon estaba en la miseria.

El 19 de julio de 1938, Rita dio a luz a una niña, Ruth, mi madre. Cuatro

meses después fue asesinado un humilde funcionario de la embajada alemana en París, lo que desencadenó la *Kristallnacht* («noche de los cristales rotos») y la destrucción de propiedades y negocios judíos. Aquella noche del 9 de noviembre, el Leopoldstempel, donde se habían casado Rita y Leon, fue incendiado, y miles de personas fueron detenidas.³² Entre los centenares que murieron asesinadas o «desaparecieron» se encontraban dos de los cuñados de Leon. Max Gruber fue detenido el 12 de noviembre, y pasó ocho días en la cárcel antes de ser liberado. Le obligaron a vender su tienda, así como el edificio del que era propietario junto con Gusta, y a hacerlo a bajo precio. El hermano pequeño de Rita, Julius Landes, tuvo menos suerte: desapareció unos días después de la *Kristallnacht* y nunca volvió a saberse nada de él. El único rastro que dejó fue un único documento que revelaba que un año más tarde, el 26 de octubre de 1939, fue transportado hacia el este, a un campo cerca de la ciudad de Nisko, entre Cracovia y Lemberg. Siete décadas después sigue siendo una persona desaparecida.³³

Leon y Rita quedaron atrapados. Antes de transcurrida una semana después de la *Kristallnacht*, Rita fue obligada a cambiar de nombre, y a modificar la partida de nacimiento y el certificado de matrimonio, añadiendo el de «Sara» para indicar su origen judío. Por razones que no están claras, ni Leon ni su hija se vieron sometidos a tal humillación. El 25 de noviembre, Leon fue conminado a presentarse ante las autoridades, y el presidente de la policía de Viena, Otto Steinhaus, emitió una orden de expulsión contra él:

Se requiere al judío Buchholz Maurice Leon que abandone el territorio del Reich alemán antes del 25 de diciembre de 1938.



*Orden por la que se expulsa a Leon del Reich, 25 de noviembre de 1938
© Profesor Philippe Sands QC*

Leon guardó una copia de la orden, pero yo no la vi hasta que mi madre me dio sus papeles para preparar el viaje a Lviv. El papel estaba doblado por la mitad, y estaba guardado junto a un certificado de integridad moral emitido por el jefe de la comunidad judía local. Leyéndola con atención, advertí que la orden de expulsión había sido judicialmente confirmada por el registro del tribunal de distrito de Leopoldstadt.

12

Las circunstancias exactas de la marcha de Leon de Viena siempre han sido un misterio, pero yo suponía que se había ido a París con su esposa e hija.

El 23 de diciembre de 1938 se emitió el pasaporte número 3814 a nombre de su hija, Ruth, lo que parece sugerir que esta se marchó con su padre. Bajo su fotografía, matasellada con una esvástica, el espacio reservado a la firma había sido rellenado por un funcionario: «La titular del pasaporte no sabe escribir.» Ruth tenía entonces seis meses, y se la identificaba como «pequeña» y «apátrida».

Aquel mismo día se emitió el pasaporte número 3816 a nombre de Leon, bajo la autoridad del presidente de la policía de Viena, el mismo hombre que

había ordenado su expulsión. Leon firmó con una *B* grande y orgullosa. El documento, como el de su hija, permitía a Leon viajar por dentro del país y en el extranjero, y le calificaba de «apátrida». Había perdido su nacionalidad polaca –tan repentinamente como la obtuviera en 1919– como consecuencia del discurso pronunciado en septiembre de 1934 por el ministro de Asuntos Exteriores polaco, Józef Beck, ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, renunciando al Tratado de las Minorías Polacas de 1919.³⁴ Aquella pérdida de estatus tendría una ventaja inesperada: como persona apátrida, Leon únicamente podía obtener un pasaporte extranjero (un *Fremdenpass*), y ese tipo de pasaporte no era necesario que estuviera sellado con la gran «J» roja que identificaba a los judíos. De modo que el pasaporte de Leon, como el de su hija, no llevaba la «J» roja.

El tercer pasaporte debería de haber sido el número 3815, emitido a nombre de Rita; pero no estaba. El pasaporte a nombre de Rita que se guardaba entre los papeles de Leon se emitió mucho más tarde, en agosto de 1941, tres años después que los demás, y llevaba un número distinto. Rita se quedó para cuidar de su madre, Rosa, o al menos eso fue lo que me dijeron. Yo había supuesto que el período de separación había sido breve, pero ahora sabía que se había prolongado durante más de tres años. ¿Cómo salió Rita de Viena a finales de 1941? El primo de Ruth, Emil, que abandonó la ciudad en septiembre de 1938, se mostró sorprendido: «Fue un misterio, y siempre lo ha sido», me dijo con voz tranquila. ¿Sabía él que Leon y Rita no se habían ido juntos de Viena? «No, ¿fue así?», me preguntó. ¿Sabía que Rita se había quedado en Viena hasta finales de 1941? «No.»

Intenté averiguar qué había ocurrido con el pasaporte número 3815, pero sin éxito. Muy probablemente se emitió a nombre de Rita, no se utilizó, y luego se desechó. Un amable abogado del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania investigó el asunto, pero no encontró nada en los Archivos Federales. «Parece prácticamente improbable que ese expediente se conserve en fondos documentales públicos alemanes», escribió.

Los pasaportes 3814 y 3816 ofrecían una nueva sorpresa: revelaban que Leon se había ido sin su hija. El único sello que había en el pasaporte de Leon, de la oficina monetaria de Viena, estaba fechado el 2 de enero de 1939. Aparte de eso, estaba vacío, sin nada que indicara cuándo se fue o qué ruta tomó. El pasaporte de su hija, por otro lado, llevaba un sello que mostraba que esta había salido de Austria mucho después, el 22 de julio de 1939, y que

al día siguiente había entrado en Francia. Dado que no viajó con su padre, la pregunta obvia era: ¿quién acompañó a la niña en su viaje?

«No tengo ni la menor idea de cómo se las ingenió el abuelo de usted para salir de Viena», me dijo Emil, el primo de Ruth. «Ni tampoco sé cómo sacó a su hija de Viena, o cómo su abuela escapó de la ciudad.»

13

Leon tenía treinta y cuatro años, a finales de enero de 1939, cuando llegó solo a París, un lugar seguro a pesar de que el gobierno del primer ministro Édouard Daladier había de acomodarse a las realidades políticas, negociando con Hitler y preparándose para reconocer al gobierno de Franco en España. Leon llegó con un pasaporte, una copia de la orden por la que se le expulsaba del Reich, y dos certificados, uno de los cuales confirmaba su integridad moral, mientras que el otro atestiguaba el hecho de que en Viena había regentado una licorería desde 1926 hasta 1938. No tenía dinero.

Yo había imaginado a menudo la huida de Leon de Viena a París, aun sin conocer los detalles. Después de asistir a una conferencia en Viena sobre el accidente de la central nuclear de Chernóbil, en Ucrania, una decisión repentina me llevó a la reconstruida Westbahnhof vienesa, donde compré un billete de tren nocturno, solo de ida, a París. Coincidí en el compartimento con una joven alemana, y estuvimos charlando sobre los años de la guerra, su efecto en nuestras familias y el sentimiento de conexión con aquel pasado. Fue un viaje íntimo, un momento de reconocimiento y de recuerdo, pero no llegamos a intercambiar nuestros nombres.

En París, me dirigí a la casa donde se instaló Leon al llegar, el número 11 de la rue du Malte, un edificio de cuatro plantas situado detrás del Cirque d'Hiver, no lejos de la place de la République. Desde allí, Leon presentó repetidas solicitudes para permanecer en Francia, conservando los numerosos documentos de rechazo que le entregó la Prefectura de Policía, pequeños trocitos de papel cubiertos de tinta azul. Le daban cinco días para marcharse, pero él estuvo apelando cada decisión un mes tras otro durante todo un año. Al final obtuvo permiso para quedarse.



Ruth, París, 1939
© Profesor Philippe Sands QC

En julio de 1939 llegó a París su hija pequeña. Ignoro dónde vivieron y cómo sobrevivió. En agosto alquiló una habitación en el número 29 de la rue de la Lune, un edificio alto y estrecho en una calle angosta, donde vivía cuando Alemania invadió Polonia, el 1 de septiembre de aquel año. A los pocos días, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania, lo que dificultó las comunicaciones con Rita, puesto que Viena se hallaba en territorio enemigo. No se conservaba ninguna carta, solo una fotografía de su hija, enviada a Rita en octubre. «Ruthi corriendo hacia un futuro mejor», escribió Leon en el dorso, añadiendo unas palabras de afecto para otros miembros de la familia sin saber que se habían ido a Inglaterra.

Leon confió a su hija al cuidado de otras personas, y luego se alistó en el ejército francés para unirse a la lucha contra Alemania. Los militares franceses le dieron un documento de identidad en el que se le calificaba de «electricista». En marzo de 1940 se unió al Troisième Régiment de Marche de Volontaires Étrangers (RMVE), una rama de la Legión Extranjera. Unos días después fue transferido a un campo de la costa suroriental, cerca de los Pirineos y de la frontera con España, establecido en Le Barcarès, una larga franja de arena que separaba el Mediterráneo de una gran laguna de agua

dulce. La 7.^a Compañía, de la que era miembro, estaba integrada por varios miles de hombres procedentes de toda Europa. Entre ellos republicanos españoles y comunistas y judíos de Hungría, Checoslovaquia y Polonia.³⁵ Leon guardó algunas fotografías en las que parece un dandy, con sombrero de ala ancha, pantalones bombachos y sobretodo.



Leon, Le Barcarès, 1940
© Profesor Philippe Sands QC

En el plazo de un mes fue retirado del servicio, considerado, a sus treinta y cinco años, demasiado viejo para el combate. Unas semanas después Alemania invadió Francia, Bélgica y Holanda, mientras el antiguo regimiento de Leon era rebautizado como 23.^o RMVE y enviado al norte para combatir activamente a los alemanes en Soissons y en Pont-sur-Yonne. Las hostilidades terminaron el 22 de junio con un armisticio, y el regimiento fue disuelto.

Leon se hallaba de nuevo en París cuando entraron los alemanes, el 14 de junio de 1940, provocando la huida de muchos parisinos. A las pocas

semanas las carreteras de las afueras de París estaban desiertas, y un «aire de venalidad» se cernió sobre la capital mientras los soldados alemanes invadían los restaurantes de los Campos Elíseos y los adolescentes de las Gardes Françaises (un equivalente francés de las Juventudes Hitlerianas) vendían ejemplares de *Au Piloni*, un semanario ferozmente antisemita y antimasón que pedía el linchamiento de Léon Blum y Édouard Daladier.³⁶

Leon estuvo trabajando en una escuela de idiomas, la École Saint-Lazare, situada en el número 102 de la calle homónima, aprovechando su dominio del alemán. Entre sus papeles encontré una nota del director de la escuela, Monsieur Edmond Melfi, certificando su papel como profesor. A Ruth la enviaron fuera de París, a la cercana Meudon. Por entonces tenía dos años, ya andaba, aunque todavía no hablaba, y la ocultaron en una *pouponnière* o guardería privada llamada L'Aube de la Vie («El Amanecer de la Vida»). Sería el primero de varios escondites, cuyos rastros desaparecerían todos ellos de su memoria. Durante los cuatro años siguientes, mi madre fue una niña oculta, separada de su padre, que vivió bajo el falso nombre de Jocelyne Tévé.

14

Leon guardaba solo un documento que ofrecía información sobre la *pouponnière*, una postal de una joven con una amplia sonrisa. Llevaba una chaqueta milrayas y una camisa blanca, con una gran pajarita negra. Tenía el cabello oscuro y recogido por detrás. Era una mujer hermosa, y al dorso de la tarjeta había escrito unas palabras: «Al padre de Ruth, con toda mi amistad. S. Mangin, directora de la Pouponnière “L'Aube de la Vie”, Meudon (Saône et Oise).»

El Ayuntamiento de Meudon me dirigió a la archivera municipal, que localizó los archivos de la guardería. Entre 1939 y 1944, Mademoiselle Mangin cuidó de varios niños en su local del número 3 de la rue Lavoisier, una casita unifamiliar con un pequeño jardín delantero situada en el centro de la población. «No hemos encontrado ningún rastro de Ruth Buchholz en el registro de los niños de los que cuidó esta *nourrice*», me informó Madame Greuillet. «Quizá fuera inscrita en el municipio con un nombre distinto», cosa que ocurría con frecuencia. La archivera me envió los nombres de todos los

niños matriculados en la guardería entre septiembre de 1938 (el primero era Jean-Pierre Sommaire) y agosto de 1942 (el último era Alain Rouzet). De los veinticinco que había, ocho eran niñas. Si inscribieron a Ruth, fue bajo un nombre secreto. Pero era más probable que no constara en los libros.

15

En Zhovkva, a unos mil seiscientos kilómetros al este de París, una mujer que vivía en la calle donde nació Malke me dio otra versión de los acontecimientos de 1939. A sus noventa años, Olga, que tenía dieciséis cuando llegaron los alemanes en septiembre de 1939, me ofreció un nítido relato de primera mano de la ocupación de Polonia. Y lo hizo mientras permanecía de pie ante una gran olla de coles hirviendo, protegida del frío del otoño por una capa de pañuelos de vivos colores, fuertemente anudados.

«Le diré la verdad», me dijo Olga. «Había quizá diez mil personas en Żółkiew, la mitad judíos, el resto ucranianos y polacos. Los judíos eran nuestros vecinos; nosotros éramos sus amigos. Había un médico, era respetado, acudíamos a él. Había un relojero. Todos ellos eran honestos.»

El padre de Olga se llevaba bien con los judíos. Cuando Polonia se independizó, en 1919, fue detenido porque su primera esposa –no la madre de Olga– había sido una firme partidaria de la efímera República Popular de Ucrania Occidental, que existió durante menos de un mes en noviembre de 1918 (Olga y yo hablamos poco antes de que Rusia ocupara Crimea en 2014, una acción que llevaría a otras personas que conocí en Ucrania a sugerir que cabía la posibilidad de que resurgiera una república occidental). «Cuando mi padre estuvo en la cárcel, el judío Gelberg, su vecino, le llevó dinero y comida a prisión, ya que estaba solo. Así que mi padre estaba bien con los judíos.»

Mientras nuestra conversación divagaba, Olga bebía té, se ocupaba de las coles y recordaba cosas de la guerra.

«Primero vinieron los alemanes», lo que asustó a los judíos. «Los alemanes se quedaron en Żółkiew durante una semana, no hicieron demasiado; luego se fueron, de regreso al oeste. Entonces llegaron los rusos a la ciudad.»

Olga estaba en la escuela cuando los soviéticos entraron en la población.

«La primera que llegó fue una mujer, una hermosa mujer soldado a lomos

de un gran caballo blanco que condujo a los soviéticos a la ciudad. Luego vinieron los soldados, y después las armas pesadas.»

Olga sintió curiosidad por la artillería, pero la mujer a caballo le causó una mayor impresión.

«Era hermosa, y llevaba un arma grande.»

Durante dieciocho meses Żólkiew estuvo bajo el control soviético, como un municipio gobernado por comunistas en el que se eliminó la empresa privada. En cambio, otras partes de Polonia fueron ocupadas por la Alemania nazi: el Gobierno General, bajo el dominio del gobernador general Hans Frank. La división fue acordada entre Stalin y Hitler en un pacto secreto, el Pacto Ribbentrop-Mólotov, un acuerdo de no agresión que dividió Polonia mediante una línea trazada al oeste de Lemberg y Żólkiew, dejando a la familia de Leon a salvo en el lado soviético.³⁷ Pero en junio de 1941, Alemania rompió el pacto, poniendo en marcha la Operación Barbarroja.³⁸ Sus fuerzas se desplazaron hacia el este a gran velocidad, de modo que a finales de junio Żólkiew y Lemberg estaban bajo el control alemán.

El retorno de los alemanes atemorizó a los judíos. Olga recordaba las restricciones, la creación del gueto y el incendio de la sinagoga después de su llegada. No conoció personalmente a los Flaschner, la familia de Malke, pero el apellido le sonaba. «Uno de ellos era tabernero», dijo de repente, recordando que había muchas personas con aquel apellido. «Entraron en el gueto de la ciudad, todos los judíos lo hicieron», añadió, refiriéndose al tío de Leon, Leibus, a sus tías y primos, a todos sus parientes, y a los otros tres mil quinientos judíos de la ciudad. Mientras, en la lejana París, Leon ignoraba por completo aquellos acontecimientos.

16

La Viena del verano de 1941 no resultó menos difícil para Rita. Separada de Leon y de su hija durante casi tres años, vivía con su madre, Rosa, y su suegra, Malke. No había nada en los papeles de Leon que arrojara luz sobre aquellos años, de los que Rita no hablaría nunca, ni a su hija ni a mí. Por otros medios, averigüé algo de lo que ocurrió entonces.

En septiembre se aprobó una ordenanza exigiendo que todos los judíos de Viena llevaran estrellas amarillas en la ropa. Se restringió su uso del

transporte público, ya que se les prohibió abandonar el área donde vivían sin autorización.³⁹ El archivo municipal de Viena ofrecía más detalles al respecto. Tras la marcha de Leon, Rita se vio obligada a abandonar el apartamento de Taborstrasse, y se fue a vivir con Malke; primero residieron en Franz Hochedlinger Gasse, luego en Obere Donaustrasse, siempre sin dejar el distrito de Leopoldstadt, donde vivían muchos judíos. Por su parte, Malke había sido desahuciada del apartamento en el que había vivido durante un cuarto de siglo, en Romanogasse, y obligada a trasladarse a un apartamento «colectivo» en Denisgasse. Las deportaciones al este se habían interrumpido en octubre de 1939, pero en el verano de 1941, bajo la férula de Baldur von Schirach, nuevo *Gauleiter* de Viena, empezaron a circular rumores sobre otra posible oleada de deportaciones.⁴⁰

El 14 de agosto se emitió a nombre de Rita un *Fremdenpass*, un pase de viaje válido por un año que le permitía entrar y salir del Reich. Pese a estar registrada como judía, no llevaba el sello de la «J» roja. Dos meses después, el 10 de octubre, la policía de Viena la autorizó a hacer un viaje de ida fuera del país a través de Hargarten-Falck, en Sarre, en la frontera alemana con Francia. El viaje había de completarse el 9 de noviembre. La fotografía del pasaporte resulta sorprendentemente triste; en ella, Rita aparece con los labios fruncidos y los ojos llenos de desasosiego.

Encontré otra copia de aquella foto entre los papeles de Leon; una fotografía que ella le envió de Viena a París. Al dorso había escrito: «Para mi queridísima hija, para mi preciosa hija.»

Me sorprendió que Rita, que estaba registrada como judía, todavía pudiera obtener a aquellas alturas un documento que le permitía viajar. Un archivero del Museo del Holocausto de Estados Unidos, con sede en Washington, calificó el viaje de «improbable», exponiéndome la multitud de pasos que ella habría tenido que dar para obtener el *Fremdenpass*, obstáculos impuestos todos ellos por Adolf Eichmann. El archivero me remitió a un extenso gráfico titulado *Die jüdische Wanderung aus der Ostmark, 1938-1939* («La emigración judía de Austria, 1938-1939»), según me dijo elaborado por el propio Eichmann.⁴¹ A una persona apátrida como Rita, que había perdido su nacionalidad austriaca después del *Anschluss* debido a su matrimonio con un judío ahora también apátrida, se le exigían aún más pasos que a otras.

Para salir de Viena, Rita debió de haber contado con la ayuda de alguien con contactos. En octubre de 1941, Eichmann y su mano derecha, Alois

Brunner, que pronto se trasladaría a París, promulgaron un montón de órdenes de deportación de judíos a gran escala.⁴² Aquel mismo mes, alrededor de cincuenta mil judíos fueron deportados de Viena. Entre ellos estaban la hermana de Leon, Laura, y su hija y sobrina de este, Herta Rosenblum, de trece años de edad. El 23 de octubre, ambas fueron enviadas a Litzmannstadt (Łódź).

Rita evitó la deportación: abandonó Viena el 9 de noviembre. Justo al día siguiente «las fronteras del Reich alemán se cerraron a los refugiados», se interrumpió toda la emigración y se bloquearon todas las rutas de salida.⁴³ Rita escapó en el último minuto. Su fuga o bien fue muy afortunada, o bien fue posible mediante la ayuda de alguien con información privilegiada. Ignoro cuándo llegó Rita a París, o cómo fue hasta allí. El *Fremdenpass* no llevaba sellos ni ninguna otra pista. Otros documentos confirmaban que a comienzos de 1942 estaba en París, reunida ya con su marido.



Pasaporte de Rita, 1941
© Profesor Philippe Sands QC

Malke era ahora el último miembro de la familia de Leon que quedaba en Viena. Dado que sus hijos y nietos habían abandonado la ciudad, su única

compañera era Rosa Landes, la madre de Rita. Las lagunas creadas por el silencio de la familia en torno a los acontecimientos de aquella época pudieron llenarse gracias a los documentos disponibles en numerosos archivos, que ofrecieron detalles sombríos, en blanco y negro, de lo que siguió. Pero primero yo quería ver dónde se habían desarrollado aquellos acontecimientos.

17

Viajé a Viena en compañía de mi hija de quince años para visitar las direcciones reveladas por los archivos. Mi hija, espoleada por las lecciones de historia de la escuela, quería ver un «museo del *Anschluss*», pero no existía tal institución. Nos apañamos con la pared de una única sala de un museo pequeño, privado y bastante increíble, el Museo del Tercer Hombre, un homenaje a la película homónima de Orson Welles, que era una de las favoritas de Rita, y también mías.⁴⁴ La sala seguía el desarrollo de los desafortunados acontecimientos ocurridos entre 1938 y 1945 mediante fotografías, periódicos y cartas. Una copia de la papeleta del plebiscito que siguió al *Anschluss*, organizado para ratificar la unión con Alemania, declaraba el apoyo de la Iglesia católica, firme e inequívoco.

Más tarde anduvimos por las calles de Viena hasta el número 69 de Klosterneuburger Strasse, el edificio donde vivió Leon cuando llegó de Lemberg en 1914. Antaño el hogar de su hermana Gusta y su cuñado Max, la antigua licorería era ahora un supermercado de barrio. Cerca de allí estaba la escuela de Leon –la *Realschule*– en Karajangasse, y su primera tienda, en Rauscherstrasse. Fuimos a Taborstrasse, la casa donde Leon y Rita iniciaron su vida juntos y donde nació mi madre. Era una calle elegante, pero el número 72 se hallaba entre los edificios destruidos por la guerra. Más tarde estuvimos ante el número 34 de Rembrandtstrasse, la última morada vienesa de Malke, un *Wohngemeinschaft* (apartamento compartido) que ocupó junto con otros residentes ancianos. No era muy difícil imaginar el último día, que empezó temprano la mañana del 14 de julio de 1942, con la calle cerrada por las SS para impedir fugas. «¡Van a llevarse a toda la calle, a todos los judíos!», recordaba haber exclamado presa del pánico un residente de una

calle cercana mientras un hombre de las SS marchaba de un lado a otro profiriendo gritos que sonaban a latigazo: «Alles raus, alles raus!»⁴⁵

A Malke, que tenía entonces setenta y dos años, se le permitió viajar al este con una sola maleta. Escoltados hasta la Aspangbahnhof, situada detrás del Palacio Belvedere, ella y otros deportados fueron abucheados y maltratados por los transeúntes, que les escupieron y aplaudieron su marcha.⁴⁶ Tenía el consuelo de no estar completamente sola, ya que viajaba en compañía de Rosa, la madre de Rita. Era una imagen perturbadora ver a dos mujeres ancianas en un andén de la Aspangbahnhof, arrastrando cada una de ellas una pequeña maleta; dos de los novecientos noventa y cuatro judíos vieneses ancianos que se dirigían al este.

Viajaron en el Transporte número IV/4, un tren normal en el que tenían un asiento en un compartimento corriente donde todos llevaban fiambreras con comida y refrescos, una «evacuación» engañosamente confortable. El viaje duró veinticuatro horas y las condujo a Theresienstadt, a sesenta kilómetros al norte de Praga. A su llegada las registraron. Las primeras horas fueron inciertas y traumáticas; tuvieron que quedarse allí esperando, hasta que al final las llevaron a su alojamiento, una única habitación, vacía salvo por unos cuantos colchones viejos dispuestos en el suelo.

Rosa sobrevivió unas semanas. Según su certificado de defunción, murió el 16 de septiembre de pericolicitis. El certificado estaba firmado por el doctor Siegfried Streim, un dentista de Hamburgo que pasó otros dos años en Theresienstadt antes de ser deportado a Auschwitz, donde moriría en el otoño de 1944.⁴⁷

Una semana después de la muerte de Rosa, Malke fue deportada de Theresienstadt en el Transporte Bq-402. Se dirigió en tren al este, más allá de Varsovia, entrando en el territorio de Hans Frank. El viaje se prolongó a lo largo de más de mil kilómetros; veinticuatro horas encerrada en un vagón de ganado junto con otros ochenta *Untermenschen* frágiles y ancianos. Entre las otras mil novecientas ochenta y cinco personas que viajaban en ese transporte se contaban tres de las hermanas de Sigmund Freud: Pauline (Pauli), de setenta y ocho años; Maria (Mitzi), de ochenta y uno, y Regina (Rosa), de ochenta y dos.⁴⁸

El tren se detuvo en un campo, a dos kilómetros y medio de la estación de ferrocarril de la pequeña población de Treblinka. La rutina que siguió a continuación, muy bien ensayada, se realizó bajo la dirección personal del

comandante Franz Stangl.⁴⁹ Si todavía seguía viva, Malke debió de unirse a las hermanas de Freud al bajar del tren menos de cinco minutos después de su llegada. Se ordenó a los pasajeros que se pusieran en fila en el andén, formando dos grupos separados para hombres y mujeres, y luego se los obligó a desnudarse bajo la amenaza de recibir latigazos. Unos trabajadores judíos recogieron la ropa de la que se despojaron y se la llevaron a los barracones. Los que podían andar, caminaron desnudos hasta el campo a lo largo del denominado *Himmelfahrtstrasse*, el «camino al cielo». Después unos barberos les afeitaron la cabeza a las mujeres, y el pelo se metió en fardos para fabricar colchones.

Leyendo el relato de este proceso, recordé una escena de la película *Shoah*, de Claude Lanzmann. El barbero Abraham Bomba, uno de los pocos supervivientes de Treblinka, es entrevistado mientras le corta el pelo a un hombre, presionándole para que dé detalles sobre la tarea que realizó allí, un tema del que resulta obvio que no quiere hablar. Bomba se niega a responder, pero Lanzmann persevera. A la larga el barbero se derrumba, describiendo entre lágrimas lo que hacía, afeitarles la cabeza a las mujeres.⁵⁰

«Me obsesionaban los últimos momentos de los que iban a morir», escribió Lanzmann hablando de su visita a Treblinka, «sus primeros momentos en los campos de exterminio.»⁵¹ Aquellos momentos eran tabú. El corte de pelo, la caminata desnudos, el gas.

La vida de Malke terminó a los quince minutos de haber bajado del tren.

Malke murió asesinada en el bosque de Treblinka el 23 de septiembre de 1942, un detalle del que Leon no se enteraría hasta muchos años después.⁵² A los seis meses de su muerte, su hermano Leibus y toda la familia Flaschner de Żółkiew habían fallecido también. Aunque era imposible conocer las circunstancias exactas, me enteré de la suerte de los judíos de Żółkiew gracias a una de las pocas residentes judías que sobrevivieron, Clara Kramer, que ahora vivía en Elizabeth, Nueva Jersey.

Encontré a Clara por casualidad, a raíz de una fotografía valientemente expuesta en el diminuto museo de Zhovkva, un par de oscuras salas situadas en la planta baja de un ala del castillo medio derruido de Stanisław

Żółkiewski. En la pared del museo colgaban algunas tristes fotos en blanco y negro pequeñas y borrosas, tres o cuatro imágenes granuladas y desenfocadas tomadas en los primeros días de la ocupación alemana, el verano de 1941. En ellas aparecían vehículos blindados, soldados sonriendo abiertamente, la sinagoga del siglo XVII en llamas... Había también una imagen de una de las entradas a la ciudad por la que yo había pasado, la Brama Glińska (Puerta de Glinske), tomada poco después de la llegada de los alemanes.

En lo alto de la imponente puerta de piedra se colgaron tres pancartas, que ofrecían un mensaje de bienvenida local en ucraniano a los recién llegados: *¡HEIL HITLER! ¡Gloria a Hitler! ¡Gloria a Bandera! ¡Viva el Estado Ucraniano Unido Independiente! ¡Viva el líder Stepán Bandera!*



Puerta de Glinske, Żółkiew, julio de 1941
© Lyudmila Bybula

Hacia falta coraje para que un conservador de museo mostrara tales fotografías, que evidenciaban el apoyo local ucraniano a los alemanes. Finalmente localicé a la persona responsable, Lyudmyla Baybula, una empleada municipal que trabajaba en otra ala del castillo. Luda, como me pidió que la llamara, era una mujer de cuarenta y pico años, fuerte y atractiva,

de cabello negro azabache, rostro franco y orgulloso, y unos ojos azules realmente increíbles. Tras haber crecido en un lugar sin judíos, un tema sobre el que pesaba el silencio, había dedicado su vida a estudiar los años de guerra perdidos de su ciudad. Uno de los pocos judíos que quedaban era un amigo de su abuela, una anciana cuyas historias de infancia despertaron el interés de Luda por lo que se había perdido.

Luda empezó a recopilar información, y luego decidió exhibir algo de lo que había encontrado en una pared del museo. Durante una de nuestras conversaciones, mientras almorzábamos encurtidos y sopa de remolacha, quiso saber si yo había leído *Clara's War* («La guerra de Clara»), un libro sobre una niña de Żółkiew que sobrevivió a la ocupación alemana.⁵³ Me dijo que Clara Kramer y otros diecisiete judíos pasaron dos años ocultos bajo el entarimado de una casa ocupada por una pareja polaca, el señor y la señora Valentin Beck, y su hija. En julio de 1944, cuando llegaron los rusos del este, fue liberada.

Compré el libro de Clara y lo leí de un tirón. Curiosamente, uno de aquellos diecisiete judíos era un joven llamado Gedalo Lauterpacht, que resultó ser un pariente lejano de Hersch. Deseando saber más, fui a ver a Clara a Nueva Jersey, y me encontré con una mujer de noventa y dos años encantadora, vivaracha y locuaz. Se las arreglaba bien, y tenía un aspecto radiante y buena memoria, aunque estaba triste porque su marido había muerto unas semanas antes.

«Żółkiew era bonita en la década de 1930», recordaba, con su magnífico ayuntamiento con la elevada torre y el balcón arriba que daba la vuelta completa. «Cada día a mediodía, un policía interpretaba a Chopin con una trompeta», me dijo con una sonrisa. «Recorría los cuatro lados del balcón y simplemente tocaba su trompeta, siempre Chopin.» Tarareó la pieza, pero no podía recordar el nombre.

De niña, Clara iba andando a la escuela, pasando por la Puerta de Lemberg y el teatro municipal. Hacía excursiones de un día a Lwów. «Había un tren unas tres veces al día, pero nadie lo utilizaba», me explicó. «Salía un autobús cada hora en punto, de modo que ese era el medio de transporte que usábamos siempre.» No había verdadera tensión entre las distintas comunidades. «Nosotros éramos judíos, los polacos eran polacos, y los ucranianos sabían que eran ucranianos. Todo el mundo era practicante, religioso.» Ella tenía amigos polacos y ucranianos, y en Navidad su familia

visitaba hogares polacos para admirar los árboles decorados. El verano trajo consigo viajes a otras partes de Polonia, lugares con hermosos bosques que eran distintos de los de Galitzia. Allí, recordaba, los judíos tenían menos libertad para comerciar o para viajar. Fue la primera vez que la insultaron.

Hablaba con cariño de la vieja iglesia de madera de la calle Este-Oeste: «Estaba al lado de donde vivíamos.» Uno de sus vecinos era un anciano Lauterpacht, David –resultó ser tío de Hersch–, que los saludaba cada mañana en la calle. Recordaba el apellido Flaschner y a Leibus, el tío de Leon, aunque no su rostro. ¿Regentaba una taberna?, inquirió. También conocía la calle donde vivían los Flaschner con sus hijos, que luego pasaría a llamarse calle Piłsudski, situada entre su casa y la plaza mayor.

Llegaron los alemanes, pero se fueron de repente, tal como explicaba Olga. «Fue un alivio tener a los soviéticos; los alemanes nos daban mucho miedo.» Habían oído hablar del *Anschluss* en la radio y a unos pocos refugiados vieneses que llegaron en 1938. A ellos les asignaron una pareja vienesa, los Rosenberg, un médico y su esposa. Iban a cenar cada miércoles por la noche. Al principio Clara y sus padres no se creían sus relatos sobre la vida en Viena.

Cuando volvieron los alemanes, en junio de 1941, la vida se hizo más difícil. En la calle, sus amigos de la escuela la ignoraban, volviendo la cabeza cuando se acercaba. «Yo llevaba el brazalete blanco», me explicaba. Un año después se ocultaron bajo el entarimado de los Beck, que vivían enfrente de la vieja iglesia de madera; eran dieciocho, incluidos Gedalo Lauterpacht y el señor y la señora Melman, también parientes de Hersch Lauterpacht.

Clara recordaba vívidamente un día de marzo de 1943 en que la despertaron unos pasos fuera de la casa, junto con el sonido de gritos y lloros. «Sabíamos que llegaría nuestro día en Żólkiew. Eran quizá las tres de la mañana. Me despertó el ruido y luego unos disparos. Se los llevaban al bosque; era el único lugar donde cavar una tumba.» Ella conocía el bosque, el *borek*, donde jugaban los niños. «Era un hermoso bosque. Lo pasábamos bien allí. Pero nosotros no podíamos hacer nada. Podíamos salir de nuestro escondite y unirnos a ellos. Al menos en tres o cuatro ocasiones estuvimos seguros de que era el fin. Yo sabía que así era.»

Era el 25 de marzo. Los judíos de Żólkiew, tres mil quinientos de ellos, fueron obligados a marchar al bosque, hasta un claro donde había unos pozos

de arena. Los pusieron en fila, a dos kilómetros del centro de su pequeña ciudad, y luego los fusilaron.⁵⁴

19

Leon no supo nada de lo acontecido en Żółkiew, Lemberg o Viena. Rita llevaba un año con él en París, pero su situación era precaria, puesto que habían de tomar medidas para evitar las redadas regulares de judíos, las *rafles*. Un año antes, en julio de 1942, trece mil judíos parisinos habían sido internados en el Vélodrome d'Hiver, y luego deportados a Auschwitz.⁵⁵

Aquel verano, Leon y Rita obtuvieron sus documentos oficiales. El 6 de julio de 1943 se emitieron dos minúsculos carnés de identidad a su nombre en Courrières, una pequeña población del noroeste de Francia donde cuarenta años antes se había producido el peor desastre minero de Europa. Los carnés se hallaban entre los papeles de Leon, cada uno de ellos con una diminuta fotografía y dos juegos de huellas dactilares, uno por cada mano. El carné de Leon llevaba el número 433, y mencionaba como lugar de nacimiento Lemberg, en el «Département d'Autriche»; Rita tenía el carné número 434, y su apellido de soltera aparecía erróneamente escrito como Kamper (no Landes, como debería haber sido) junto a una firma obviamente falsa. Ambos carnés declaraban que su nacionalidad era francesa (lo cual no era cierto) y en ambos su apellido aparecía mal escrito como Bucholz (omitiendo una *h*).

Los carnés, que se doblaban por la mitad, eran de cartulina azul delgada y barata. Cuando me puse en contacto con la *mairie* en Courrières, me dijeron que en mayo de 1940 las SS habían destruido la sede del ayuntamiento en la rue Jean Jaurès y habían ejecutado a docenas de residentes locales que se habían resistido a los avances alemanes. Monsieur Louis Bétrémieux, un historiador local, me dijo que era posible que los carnés no fueran auténticos; de hecho, casi con toda seguridad eran falsificaciones: dado que la ciudad era un núcleo de la resistencia francesa, se emitían muchos carnés falsos. Eso me llevó a vincular a Leon a una vida clandestina.⁵⁶



Documentos de identidad de Leon y Rita, 1943
 © Profesor Philippe Sands QC

Descubrí pocas cosas sobre la vida de Leon en el difícil período inmediatamente anterior a la liberación de París por parte de las tropas estadounidenses en agosto de 1944. Su carrera docente había terminado, y ahora trabajaba desempeñando alguna función para una organización judía. No había nada al respecto en los papeles que guardaba mi madre, pero cuando le pregunté a mi tía Annie (la viuda de Jean-Pierre, hijo de Leon y Rita, que nació después de la guerra) si Leon había mencionado alguna vez aquel período, me entregó un montón de documentos que Leon le había dado antes de morir. Estaban en una bolsa de la compra de plástico.

Los documentos arrojaron un resultado inesperado. El grueso de los papeles eran ejemplares de un boletín informativo toscamente impreso, el *Bulletin* de la Union Générale des Israélites de France (UGIF), es decir, la Unión de Judíos Franceses.⁵⁷ La organización se creó durante la ocupación nazi para proporcionar ayuda a las comunidades judías, y el *Bulletin* se publicaba cada viernes. Leon tenía la colección casi completa, desde el número 1 (publicado en enero de 1942) hasta el 119 (mayo de 1944). Sin superar nunca las cuatro páginas, estaba impreso en papel barato, e incluía artículos sobre temas judíos, anuncios (restaurantes del distrito 4, una

funeraria) y necrológicas. Al aumentar el número de deportaciones, el *Bulletin* pasó también a dar detalles de cartas que no podían entregarse debido a que sus destinatarios habían sido enviados a distantes «campos de trabajo» en el este.

El *Bulletin* era asimismo una plataforma de difusión de las normativas nazis, junto con advertencias sobre los peligros que entrañaba su incumplimiento, configurando así una instantánea de la vida en la París ocupada. Una primera ordenanza prohibía a los judíos salir de casa entre las ocho de la tarde y las seis de la mañana (febrero de 1942). Un mes más tarde, una nueva norma prohibía dar trabajo a judíos. A partir de mayo de 1942 se exigió que todos los judíos llevaran una estrella de David en el lado izquierdo del pecho (que podía obtenerse en la sede central de la UGIF, en el número 19 de la rue de Téhéran, el elegante edificio del siglo XIX donde trabajaba Leon). En julio se prohibió a los judíos asistir a teatros u otros lugares de entretenimiento público. Desde octubre se vieron limitados a hacer sus compras solo durante una hora al día, se les prohibió tener teléfono, y luego se los obligó a viajar siempre en el último vagón de cada convoy de metro. Al año siguiente, en agosto de 1943, se emitieron carnés de identidad especiales para ellos.

A medida que aumentaba el número de deportaciones, la UGIF fue objeto de restricciones cada vez mayores, especialmente después de que sus responsables se negaran a hacer efectiva la orden de despedir a sus empleados judíos extranjeros. En febrero de 1943, el comandante local de la Gestapo, Klaus Barbie, dirigió una redada en la sede central, en la que se detuvo a más de ochenta empleados y beneficiarios.⁵⁸ Un mes después, los días 17 y 18 de marzo, varios exempleados de la UGIF fueron detenidos (pude ver que el número 61 del *Bulletin*, publicado aquella semana, no estaba en la colección de Leon). Más tarde, en el verano de aquel mismo año, Alois Brunner ordenó la detención de varios directivos de la UGIF, que fueron enviados a Drancy, y luego a Auschwitz.⁵⁹

Como judío polaco, Leon se hallaba especialmente amenazado, pero de algún modo logró evitar su detención. Mi tía recordaba que le había contado que en cierta ocasión, en el verano de 1943, Brunner había acudido en persona a las oficinas del número 19 de la rue de Téhéran para supervisar las detenciones. Leon se había salvado ocultándose detrás de una puerta.

La bolsa de plástico ofrecía evidencias de otras actividades. Contenía hojas

de papel de carta sin usar del Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta, el Mouvement National des Prisonniers de Guerre et Déportés y el Comité d'Unité et de Défense des Juifs de France.⁶⁰ Estas tres organizaciones, con las que Leon debió de trabajar, tenían oficinas en el número 19 de la rue de Téhéran.

Entre los papeles había dos declaraciones personales, cada una de las cuales ofrecía una detallada descripción del trato dado a los deportados enviados al este. Una se había realizado en París en abril de 1944, y registraba el testimonio de que en Auschwitz «cuelgan a la gente sin razón alguna, mientras suena la música». La otra se había realizado poco después de que terminara la guerra: «En Birkenau trabajábamos en medio de la porquería; en Auschwitz moríamos rodeados de limpieza y orden.» Y terminaba con la afirmación de una evidencia: «En suma, este joven confirma todo lo que se ha dicho en la radio y en los periódicos sobre el tema de los campos de concentración.»

Leon guardó los resguardos de los paquetes postales que envió a los campos y guetos del Gobierno General en la Polonia ocupada por los nazis. En el verano de 1942 hizo veinticuatro viajes a la oficina de correos del boulevard Malesherbes para enviar paquetes a Lina Marx, una mujer del gueto de Piaski, en las inmediaciones de Lublin (el gueto se desmanteló el verano siguiente, pero Lina Marx no se contó entre los pocos que sobrevivieron).

Hubo dos postales que me llamaron la atención, enviadas desde la pequeña ciudad de Sandomierz, en la Polonia ocupada por los nazis, por un tal doctor Ernst Walter Ulmann, deportado de Viena en febrero de 1941. En la primera, enviada en marzo de 1942, el doctor Ulmann explicaba que era un abogado vienés anciano y ya retirado. «Por favor, ayúdeme.» La segunda postal llegó cuatro meses después, en julio, e iba dirigida personalmente a Leon, en el número 19 de la rue de Téhéran. El doctor Ulmann le daba las gracias por un paquete de ayuda humanitaria que contenía salchichas, tomate en lata y pequeñas cantidades de azúcar. Cuando Leon recibió la postal, el atento doctor Ulmann ya había muerto: el gueto desde el que se envió la postal se había vaciado aquel mes, y sus ocupantes habían sido enviados al campo de concentración de Bełżec, más hacia el norte en la misma línea férrea que unía Lemberg y Żółkiew.

En el fondo de la bolsa encontré un bulto de tela amarilla, trozos pequeños

cortados en forma de cuadrados y con los bordes deshilachados. Cada uno de ellos llevaba estampada una estrella de David de color negro, con la palabra «Judío» en el centro. Había cuarenta y tres de tales estrellas, todas ellas en perfecto estado, sin utilizar, listas para ser distribuidas y cosidas a la ropa.

21

Durante sus primeros años en París, Leon y Rita estuvieron separados de su hija, aunque parece ser que de vez en cuando pasaban algo de tiempo con ella. Se conservaban algunas imágenes: pequeñas fotos cuadradas, en blanco y negro, no más de dos docenas. No llevaban fecha, y en ellas aparecía una niña con sus padres, pequeña, de dos o tres años de edad. Llevaba un lazo blanco en el pelo, y Rita permanecía solícita junto a ella con rostro inquieto. Una de las fotos mostraba a mi madre de pie con un niño mayor. En otra aparecía con sus padres, elegantemente vestidos, sentada en una cafetería en un parque; les acompañaba otra pareja mayor, y la mujer llevaba un sombrero que parecía una caja. Un tercer grupo mostraba a Ruth con su madre en París, a los cinco o seis años de edad, quizá hacia el final de la ocupación.

Rita no sonreía en ninguna de aquellas fotos.

Leon y Rita vivían ahora en la rue Brongniart, la calle más corta de París, cerca de sus amigos Monsieur y Madame Boussard, que no eran judíos y estaban pendientes de ellos. En años posteriores, Leon le contó a su hija que Monsieur Boussard le advertía de las redadas, avisándole de que no saliera a la calle y se mantuviera alejado del apartamento. Sin embargo, no había nada sobre los Boussard en los papeles de Leon, ni se los mencionaba en ninguna otra parte. Leon y Rita permanecieron cerca de los Boussard después de la guerra, pero mi madre perdió el contacto con ellos después de que rehusaran asistir a su boda con un inglés, mi padre. Los ingleses –le dijeron– eran unos elementos aún más detestables que los alemanes. Corría el año 1956. Cuando mi madre me contó aquella historia me reí con ganas, pero ella me dijo que no era cosa de risa, que aquello había provocado tensión en la amistad entre las parejas mayores, y que ella nunca volvió a ver a Monsieur Boussard. Muchos años después, tomando el té con Madame Boussard en La Coupole, la famosa cafetería del boulevard du Montparnasse, esta le dijo que Rita

siempre había querido a su hijo, Jean-Pierre, más que a su hija. Mi madre nunca volvió a verla.⁶¹

El 25 de agosto de 1944, Leon y Rita celebraron la liberación de París con los Boussard. Se unieron a la multitud en los Campos Elíseos, saludaron a las tropas estadounidenses, y se preguntaron cómo podían ir a buscar a su hija a Meudon. Leon detuvo un camión del ejército estadounidense lleno de jóvenes soldados, uno de los cuales hablaba polaco.

«Suban», les dijo el soldado. «Les llevaremos a Meudon.» Al cabo de una hora los soldados dejaron a la pareja en el centro de la ciudad. Volvieron a desearles «Buena suerte» en polaco, y luego se fueron.

Aquella noche, todos los miembros de la familia durmieron juntos en su casa en el número 2 de la rue Brongniart, un diminuto apartamento de dos habitaciones situado en el cuarto piso del edificio. Era la primera vez en cinco años que dormían bajo el mismo techo.

22

Volví a examinar de nuevo una fotografía que se hallaba entre los papeles de Leon, y que ya había visto en la sala de estar de mi madre antes de viajar por primera vez a Lviv.



Charles de Gaulle, cimetière d'Ivry, 1944
© Profesor Philippe Sands QC

Envié la imagen a una archivera de la Fundación Charles de Gaulle, en París. Ella me dijo que la foto se había hecho el 1 de noviembre, en el cementerio de Ivry-sur-Seine, justo en las afueras de París. De Gaulle había ido a visitar el Carré des Fusillés, un monumento conmemorativo dedicado a los combatientes de la resistencia extranjera ejecutados por los alemanes durante la ocupación.

«El que lleva bigote es Adrien Tixier, nombrado por el general De Gaulle ministro del Interior del gobierno provisional de la República Francesa en septiembre de 1944», me explicó la archivera. «Tras él está el jefe de la policía de París, [Charles] Luizet» (a la izquierda de la imagen, con gorra de plato), y el prefecto del Sena, Marcel Flouret (a la derecha, con bufanda blanca). «Detrás de Flouret, con bigote, está Gaston Palewski», un nombre que me sonaba: Palewski fue el jefe de gabinete de De Gaulle y amante de la escritora Nancy Mitford, más tarde inmortalizado por esta como *Fabrice*, el ficticio duque de Sauveterre, en su novela *Amor en clima frío*.⁶²

¿Qué hacía Leon con aquella gente?

Una pista la proporcionaba la identidad de los enterrados en el Carré des Fusillés. Entre los ejecutados había veintitrés miembros de la Resistencia francesa, integrantes de los FrancTireurs et Partisans de la Main d'Œuvre Immigrée, combatientes extranjeros que vivían en París.⁶³ El grupo incluía a ocho polacos, cinco italianos, tres húngaros, un español, tres franceses y dos armenios, uno de los cuales era Missak Manouchian, el jefe del grupo. La única mujer era rumana. La mitad de sus integrantes eran judíos.

Los veintitrés miembros de la Resistencia fueron detenidos en noviembre de 1943. Tres meses después aparecieron unos carteles de color rojo intenso en toda la ciudad, y en otras partes de Francia, con varios nombres y rostros bajo un llamativo titular: «L'armée du crime» («El ejército del crimen»). Era *L'affiche rouge*, el famoso cartel rojo que invitaba a los parisinos a ayudar a encontrar a aquellos extranjeros antes de que destruyeran Francia, a sus mujeres y a sus niños. «Son siempre extranjeros quienes asumen el mando de tales acciones, siempre los desempleados y los delincuentes profesionales quienes las ejecutan, y siempre los judíos quienes las inspiran», se declaraba al dorso del cartel.⁶⁴

Unas semanas después, en febrero, todos los miembros del grupo excepto uno fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento en Fort Mont-Valérien. Luego fueron enterrados en el cementerio de Ivry, adonde acudiría De Gaulle

a visitar sus tumbas, junto con Leon. La única excepción fue Olga Bancic, la única mujer del grupo, que apenas sobrevivió un poco más: fue decapitada en Stuttgart unas semanas después, el día de su trigésimo segundo cumpleaños.

Aquellas ejecuciones se conmemorarían en el poema de Louis Aragon «L'affiche rouge». Escrito en 1955, el poema se inspiró en la última carta de Manouchian a su esposa, Mélinée, y más tarde aquellas líneas servirían de inspiración asimismo al cantante Léo Ferré, quien escribió una canción que me resultaba familiar de mi infancia, quizá porque Leon la conocía:

Felicidad para todos, Felicidad para los que sobrevivirán,
Yo muero sin odiar a los alemanes,
Adiós al dolor y al placer.⁶⁵

Cuando De Gaulle fue a visitar las tumbas, Leon formaba parte de la comitiva. ¿Acaso conocía a aquellas veintitrés personas? Uno de los que aparecían en el cartel me resultó familiar, Maurice Fingerwajg, un judío polaco que tenía veinte años cuando fue ejecutado. Reconocí el nombre: Lucette, una amiga de la infancia de mi madre que la acompañaba cada mañana a la escuela una vez finalizada la ocupación, se casó más tarde con Lucien Fingerweig, que era primo del joven ejecutado. Posteriormente el marido de Lucette me dijo que Leon había estado en contacto con el grupo, pero no pudo darme más detalles. «De ahí que estuviera casi en cabeza de la procesión en el cementerio de Ivry», añadió.

Cuando terminó la ocupación de París, Leon no tenía información alguna sobre la suerte de Malke, Gusta o Laura, o de cualquiera de los miembros de la familia de Lemberg y Żólkiew. Había artículos de periódicos que informaban de matanzas en los campos de concentración, y empezaron a aparecer en la prensa los nombres de poblaciones como Treblinka y Auschwitz. Leon debió de temerse lo peor, pero confiando en que las cosas fueran algo mejor.

Surgieron nuevas organizaciones. En marzo de 1945, el Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta creó el Comité Juif d'Action

Sociale et de Reconstruction (Comité Judío de Acción Social y Reconstrucción). Leon trabajaba en la sede de esta última organización, situada en el centro de París, en el Hôtel de Lutèce –que había sido cuartel general de la Gestapo–, cuando se enteró de la noticia del suicidio de Hitler; era el 30 de abril. Una semana después, el general Alfred Jodl firmaba la rendición incondicional. En julio, Leon fue nombrado *chef de service*, aunque el único documento relacionado que guardó entre sus papeles, una tarjeta de identificación gris descolorida, no aclara qué departamento pasó a dirigir. Él nunca me habló de aquella organización, que se dice que surgió de la Resistencia francesa, y que trabajó para reintegrar a los refugiados y a los supervivientes de los campos de concentración a la vida de posguerra. Lo que mi madre recordaba de aquellos días se limitaba al recuerdo de algún visitante ocasional a su casa de la rue Brongniart, algún hombre o mujer indigente invitado a compartir comida y conversación. Más de uno acabó suicidándose.

Leon recibió, no obstante, una noticia alentadora. Separado de su amigo Max durante seis años, en abril encontró una dirección en Nueva York, a la que escribió. En julio llegó la respuesta; alegre por reanudar el contacto, pero no exenta de temor por la suerte de los miembros perdidos de la familia. «Mientras no tenga malas noticias», le escribía Max a Leon, «no perderé la esperanza.»⁶⁶ ¿Qué sabes de tu familia?, le preguntaba Max, añadiendo una lista de aquellas personas sobre las que deseaba obtener información, incluidos sus hermanos desaparecidos. La carta terminaba con expresiones de afecto, alentando a Leon y Rita a trasladarse a Estados Unidos y ofreciéndose a ayudarles con los visados. En enero de 1946, Leon y Rita se registraron en el consulado estadounidense en París para solicitar el permiso de emigración; Rita como austriaca, Leon como polaco.

Más o menos por entonces, *Le Monde* y otros periódicos informaron de que los aliados estaban pensando en la posibilidad de crear un tribunal internacional para procesar a los principales líderes nazis. Luego las especulaciones se convirtieron en hechos: el tribunal tendría ocho jueces, dos

de ellos franceses. Es posible que Leon conociera a uno de ellos, al menos de nombre: Robert Falco, un antiguo juez de la corte de apelación de París.⁶⁷

En octubre de 1945 se presentó ante el tribunal el escrito de acusación formal contra los veintidós imputados. *Le Monde* describió los delitos de los que se los acusaba, haciendo hincapié en uno nuevo denominado «genocidio». ¿Qué significaba aquel delito, inquiría el periódico, y cuáles eran sus orígenes? La respuesta vino en la forma de una entrevista al hombre que se decía que había inventado el término, Rafael Lemkin, a quien se identificaba como un profesor estadounidense. Al preguntarle por las consecuencias prácticas, Lemkin remitió al periodista a los acontecimientos ocurridos en dos lugares con los que Leon se hallaba estrechamente vinculado, Viena y Polonia. «Si en el futuro un Estado actúa de una manera orientada a destruir a una minoría nacional o racial dentro de su población», les explicaba Lemkin a los lectores franceses, «podrá detenerse a cualquiera de los responsables si abandona el país.»⁶⁸

La referencia a los acontecimientos acaecidos en Viena y en Polonia debió de ofrecer a Leon un nuevo recordatorio de una familia de la que no tenía ninguna noticia. Su padre, Pinkas, y su hermano, Emil, habían muerto ambos a finales de 1914; pero ¿qué había sido de los que permanecieron en Viena, Lemberg y Żólkiew?

Leon, en 1945, no tenía ninguna información al respecto, pero ahora yo sí la tenía. Él nunca me dijo que todas las personas de su infancia, todos y cada uno de los miembros de la extensa familia de Galitzia, los Buchholz y los Flaschner, habían sido asesinados. De los setenta o más miembros de la familia que vivían en Lemberg y en Żólkiew cuando estalló la guerra, el único superviviente era él, Leon, el niño sonriente de orejas grandes.

Leon nunca me habló de aquel período, ni tampoco mencionó a ninguno de aquellos familiares. Solo ahora, como consecuencia de haber aceptado la invitación para dar una conferencia en Lviv, podía empezar a entender la envergadura de la desolación con la que vivió durante el resto de una vida que se prolongó hasta finales del siglo xx. El hombre al que yo llegué a conocer en la segunda mitad de su vida era la última persona que quedaba de los años en Galitzia. Aquella era la causa del silencio que yo había percibido de niño, un silencio que dominaba el pequeño apartamento que él compartía con Rita.

A partir de aquellos pocos documentos y fotografías pude reconstruir los

contornos de un mundo desaparecido. Había muchas lagunas, y no solo en forma de individuos. Entre aquellos papeles advertí la ausencia de cartas afectuosas entre Leon y Rita. Esta última le transmitía su más sincero amor a su «preciosa hija». Pero si en algún momento Rita le había manifestado a Leon un sentimiento similar, no quedaba el menor rastro escrito de ello. Y viceversa.

Yo tenía la sensación de que algo más había intervenido en sus vidas antes de que se separaran en enero de 1939. ¿Por qué Leon se fue de Viena solo? ¿Cómo llegó a París su hija pequeña? ¿Por qué se quedó Rita? Volví a repasar los documentos, buscando pistas en aquel trozo de papel con la dirección de la señorita Tilney y las tres fotografías del hombre con pajarita.

No me llevaron a ninguna parte, de modo que acudí a otro sitio vinculado a aquella vida anterior, la pequeña ciudad de Żółkiew. Era el lugar de nacimiento de la madre de Leon, Malke, y también de Hersch Lauterpacht, el hombre que introdujo la expresión «crímenes contra la humanidad» en el juicio de Núremberg.

II. Lauterpacht

El ser humano individual... es la unidad última de todo el derecho.¹

HERSCH LAUTERPACHT, 1943



© *Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC*

Un caluroso día de verano de 1945, unas semanas después de que terminara la guerra en Europa, un profesor de derecho de mediana edad que había nacido en Żółkiew pero que ahora vivía en Cambridge, Inglaterra, esperaba la llegada de unos invitados a comer. Yo lo imaginaba en su estudio, en la primera planta de una sólida casa adosada esquinera de Cranmer Road, sentado ante su gran escritorio de caoba, observando a través de la ventana mientras en el gramófono sonaba *La Pasión según San Mateo* de Bach. Hersch Lauterpacht, que por entonces tenía cuarenta y ocho años, aguardaba inquieto la llegada de Robert Jackson, juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, recientemente nombrado por el presidente Truman fiscal principal en el juicio contra los criminales de guerra nazis en el Tribunal Militar Internacional de Núremberg.

Jackson se dirigía a Cambridge con un problema específico; un problema que deseaba someter «al buen juicio y los conocimientos» de Lauterpacht.² Concretamente, tenía que persuadir a los soviéticos y los franceses de los cargos que había que presentar contra los acusados de Núremberg por los crímenes internacionales perpetrados por los líderes nazis alemanes. Entre Jackson y Lauterpacht existía una relación de confianza mutua que se remontaba a varios años atrás. Hablarían de la lista de delitos, del papel de los fiscales y los jueces, del manejo de las pruebas, de cuestiones de lenguaje.

El único tema del que no iban a hablar era la familia de Lauterpacht: como Leon y otros millones de personas, seguía esperando noticias de sus padres y hermanos, sus tíos y tías, sus primos y sobrinos, una extensa familia perdida en el silencio, en Lemberg y en Żółkiew.

Sobre eso no deseaba hablar con Robert Jackson.

Lauterpacht nació en Żółkiew el 16 de agosto de 1897. Una partida de

nacimiento, desenterrada en un archivo en Varsovia, declaraba que sus padres eran Aron Lauterpacht, un hombre de negocios, y Deborah Turkenkopf.³ Era testigo del nacimiento Barich Orlander, un tabernero que casualmente era pariente lejano de la madre de Leon.

Aron trabajaba en el negocio del petróleo y regentaba un aserradero. Deborah cuidaba de la familia: el hermano mayor de Hersch, David (Dunek), el propio Hersch, y una hermana pequeña, Sabina (Sabka), nacida tres años después de él. Un cuarto hijo había nacido muerto. La familia Lauterpacht era extensa, de clase media, culta y devotamente judía (Deborah mantenía un hogar *kosher*, tenía una apariencia modesta y seguía la tradición de llevar peluca). Una fotografía familiar muestra a Hersch a los cinco años de edad, con los pies apuntando en direcciones opuestas, y sujetando el brazo de un padre de aspecto fornido.⁴

La hermana de Lauterpacht, la niña pequeña encaramada al taburete, con el tiempo tendría una hija, llamada Inka. Cuando me reuní con ella, esta última me describió a Aron y Deborah como unos «maravillosos» abuelos, personas «amables y cariñosas», trabajadoras, generosas y «muy ambiciosas» en lo relativo a sus hijos. Inka recordaba un hogar alegre, lleno de música y de libros, conversaciones sobre ideas y sobre política, y un futuro optimista. La familia hablaba yidis, pero los padres cambiaban al polaco si no querían que los niños les entendieran.



*Familia Lauterpacht, Żółkiew, 1902; Hersch es el primero por la izquierda
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC*

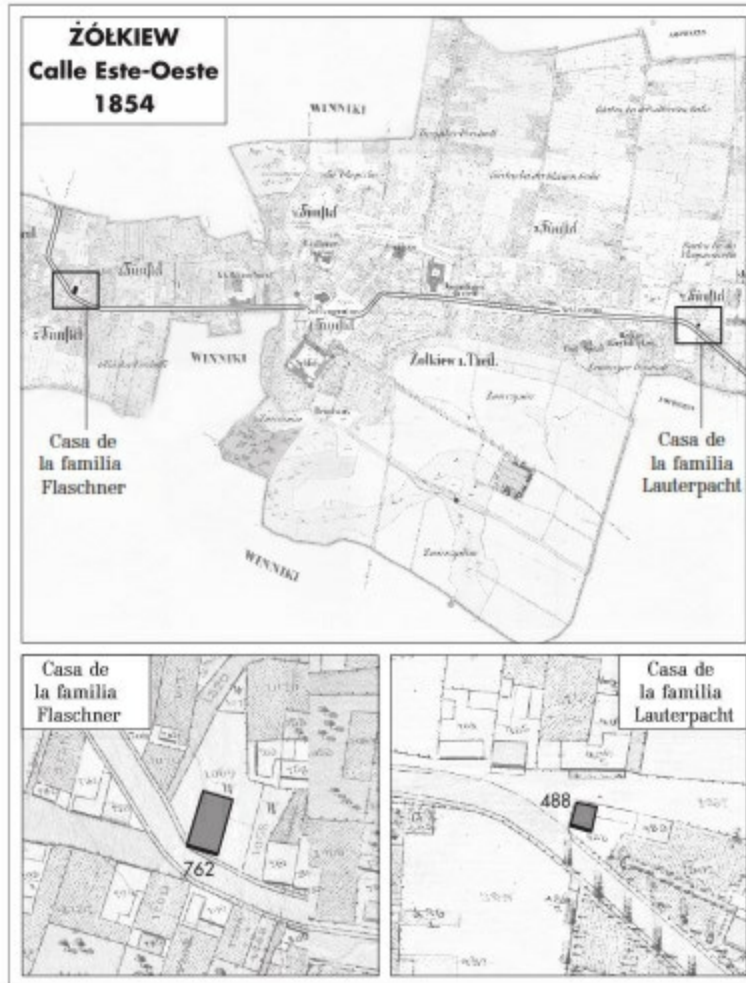
Los registros catastrales de Żółkiew revelaban que la familia Lauterpacht vivió en la casa número 158 de la parcela 488. Eso resultó ser el extremo oriental de la misma calle Este-Oeste en la que había vivido mi bisabuela Malke Buchholz (Flaschner), en la otra punta de la ciudad.

Lyudmyla, la excelente y agradable historiadora de Żółkiew, identificó el punto exacto, ahora cubierto de asfalto, en el límite oriental de la población, en la misma carretera por la que yo había llegado de Lviv.

«Un bonito lugar para poner una estatua», observó Lyudmyla con ironía, y ambos convinimos en que aquello ocurriría algún día. Aquel punto se hallaba cerca del Alter Friedhof (el cementerio viejo) y de la antigua iglesia de madera de la Santísima Trinidad, a la que me llevó Lyudmyla. Pese a lo que parecía sugerir su desgastado exterior de tablillas marrones, el interior de la iglesia estaba impregnado de un olor acogedor a madera y especias. Había un llamativo altar de iconos pintados; era un cálido lugar de adornos dorados,

con rojos y azules intensos, un lugar que daba seguridad y que no había cambiado en cien años. Lyudmyla me dijo también que el tío de Lauterpacht, David, había vivido justo enfrente, en una casa que había desaparecido hacía tiempo. Cerca de allí me señaló otra casa que me dijo que debíamos visitar. Llamó enérgicamente a la puerta de la calle, que terminó abriendo el propietario, un hombre rollizo y alegre con una amplia sonrisa. Pasen, nos dijo, antes de conducirnos al dormitorio delantero, que daba a la iglesia de madera, y luego a una pequeña zona situada entre la cama y la pared. De rodillas, levantó un trozo del parqué, revelando un hueco irregular en el suelo justo lo bastante grande para que pasara un adulto. En aquel espacio, en la oscuridad, Clara Kramer y otros diecisiete judíos se ocultaron durante casi dos años. Entre ellos había varios miembros de la familia Lauterpacht, a menos de un tiro de piedra de donde nació Hersch.

Lauterpacht dejó Żólkiew en 1910, junto con sus padres y hermanos.⁵ Tenía entonces trece años, y se trasladó a Lemberg para recibir una educación mejor; corría el sexagésimo segundo año del reinado liberal del emperador Francisco José. Aquel año, en el Reino Unido, el Derby de Epsom lo ganó un caballo llamado Lemberg, propiedad de un tal Alfie Cox, un soltero inglés sin ninguna conexión evidente con la ciudad.⁶



© International Mapping, Ellicott City, Maryland

Mientras Aron gestionaba un aserradero en las afueras de la población, su hijo, que era ya un muchacho distinguido y elocuente, se matriculó en el Instituto Humanista. Hersch era un lector voraz y un joven seguro de sí mismo, políticamente comprometido y no demasiado inclinado a seguir un camino religioso. Culto, tenaz, intransigente, con un «intelecto muy grande» y una marcada conciencia, sus compañeros lo reconocían como líder. Por entonces las desigualdades sociales basadas en la xenofobia, el racismo, la identidad de grupo y el conflicto invadían las calles de Lemberg, establecidas sobre los cimientos. Esos elementos le afectaron desde temprana edad.

En Żółkiew, Lauterpacht había conocido las fricciones entre distintos grupos, divisiones labradas en la vida cotidiana por cuestiones de fe religiosa y creencia política. Lemberg ofrecía una versión más sangrienta, una ciudad

construida sobre la falla de las ambiciones nacionalistas e imperialistas, como también descubriera Leon. Sin embargo, como familia judía ortodoxa encajonada entre las civilizaciones católica romana y ortodoxa oriental, los Lauterpacht consideraban que vivían en una metrópolis que era el epicentro de la civilización liberal, un firmamento de matemáticos ingeniosos y abogados intrépidos, de cafeterías llenas de científicos, poetas y músicos; una ciudad con una nueva y flamante estación de ferrocarril y un magnífico teatro de la ópera; un lugar que podía visitar perfectamente el mismísimo Buffalo Bill Cody (cosa que hizo en 1905, con su espectáculo del Salvaje Oeste).⁷

Era también una ciudad de sonidos y olores. «Oigo sonar las campanas de Lvov, cada una con un sonido distinto», escribía Józef Wittlin. «Oigo el chapoteo de las fuentes en la plaza del Mercado, y el murmullo de los árboles fragantes que la lluvia de primavera ha limpiado de polvo.» Puede que el joven Lauterpacht frecuentara las mismas cafeterías que Wittlin, todas ellas desaparecidas hace ya tiempo: la Europejska, en la esquina de las calles Jagiellońska y Tres de Mayo (donde «la aparición de un miembro del sexo débil era una inquietante rareza»);⁸ la Sztuka, en una primera planta del pasaje Andriolli («donde la envolvente iluminación se atenuaba cada vez que el violinista de pelo largo Wasserman interpretaba el *Träumerei* de Schumann»), y la Renaissance, en la esquina de las calles Tres de Mayo y Kościuszko (donde se presentaban los camareros de otras cafeterías con llamativas chaquetas y coloridas corbatas y pedían a sus colegas que les sirvieran).

La guerra llegó a Lemberg tres años después de que lo hiciera la familia Lauterpacht. Hersch estaba en la ciudad cuando la ocuparon los rusos, en septiembre de 1914, y el zar Nicolás recibía la noticia de que los austriacos habían sido derrotados y «se retiraban en absoluto desorden».⁹ Era aquella una referencia a la gran batalla en la que probablemente murió Emil, el hermano mayor de Leon. El *New York Times* informó de que los «invasores» rusos se mostraban «amables» y respetaban las iglesias y los «pequeños lugares de oración de los caminos», permitiendo que Lemberg siguiera tan pacífica y bulliciosa como Londres en medio del sangriento caos de la guerra.¹⁰

En junio de 1915, el ejército austrohúngaro reconquistó la ciudad con ayuda de tropas alemanas, generando «un estallido de desenfrenada alegría en toda Austria y Alemania».¹¹ Un mes después, Lauterpacht era reclutado por

el ejército austriaco, aunque parece ser que pasó la mayor parte del tiempo acantonado en el aserradero de su padre. Un amigo lo vio allí en la sala de máquinas, «ajeno» a los sonidos de la maquinaria y de la guerra, inmenso en sus libros, aprendiendo francés e inglés.¹² Lauterpacht llevaba un cuaderno detallado, hoy en posesión de su hijo, en el que registraba los libros que leía, de un amplio abanico de materias, incluidas la guerra y la economía, la religión y la psicología, *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y un tratado sobre marxismo. La música le ofrecía una válvula de escape, especialmente Bach y Beethoven, que le proporcionarían pasión y solaz durante toda su vida. Se decía que tenía «un oído y una memoria musical extraordinariamente buenos», pero su capacidad de interpretación no se extendía más allá de una *Sonata a Kreutzer* que tocaba con dos dedos.¹³

Cuando llegó el momento de decidir sobre su vida en la universidad, sus padres le persuadieron de que siguiera los pasos de su hermano. Así, en el otoño de 1915, se matriculó en la facultad de derecho de la Universidad de Lemberg.

28

Los escritos sobre la vida de Lauterpacht hablaban poco sobre sus días de universidad, qué estudió o dónde vivió, de modo que decidí explorar los archivos municipales de Lviv. Dado que no domino ni el polaco ni el ucraniano, hube de confiar en Ihor e Iván, dos admirables alumnos de la misma facultad de derecho donde había estudiado Lauterpacht un siglo antes (el doctorado de Iván, sobre la base naval soviética de Sebastopol, en Crimea, se revelaría de lo más oportuno, ya que coincidió con la renovación de las incursiones territoriales de Rusia, esta vez en la forma de la ocupación ilegal de Crimea). A la larga, Iván me puso sobre una pista que llevaba al sinuoso edificio del Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv.

La plaza Muzeina, justo al norte del ayuntamiento, me resultaba familiar: albergaba un mercadillo, una biblioteca al aire libre de postales, periódicos y libros que ofrecía una descripción plena del atormentado siglo xx que vivió la ciudad. Mi hijo se compró un reloj de cuco de fabricación soviética (de metal, azul y rojo) mientras yo revolvía en busca de restos del período austrohúngaro, postales polacas y algunos objetos judíos y yidis. Los objetos

más codiciados –a juzgar por su precio– eran los correspondientes a los tres años de control nazi: descubrí la forma característica de un *Stahlhelm* verde oscuro con una esvástica en un lado y un símbolo de las SS en el otro; pero el vendedor me ahuyentó cuando me acerqué demasiado.

El Archivo Gubernamental ocupaba un destartalado edificio del siglo XVIII colindante con un antiguo monasterio de los dominicos, que formaba parte de la iglesia barroca de la Sagrada Eucaristía. En la época soviética la iglesia funcionó como un museo de la religión y el ateísmo; ahora pertenecía a la Iglesia greco-católica ucraniana. Una *babushka* cubierta con un pañuelo guardaba la entrada. «¿Motivo de la visita?», gritó. Iván articuló mecánicamente la contraseña, «Archivo», con la suficiente autoridad como para que se nos permitiera la entrada. El secreto era seguir andando, no detenerse.



Lemberg, 1917. Facultad de derecho, segunda fila a la izquierda; estación de tren,

Se llegaba a la sala de lectura atravesando una descuidada rosaleta y subiendo por una escalera de metal sobre la que se había colocado una alfombra, ahora empapada por la lluvia. Iván y yo entramos en la primera planta, un lugar sin letrero alguno, y enfilamos el pasillo, sin luz y cubierto de detritos de *Lembergiana*. Los documentos llenaban las paredes: la retirada final del ejército austrohúngaro, en noviembre de 1918; la proclamación de la independiente pero efímera República Popular de Ucrania Occidental, en la misma fecha; el cerco alemán a la Lviv soviética, en junio de 1941; la orden del gobernador Hans Frank incorporando Galitzia al territorio de su Gobierno General, en agosto de 1941; otra orden por la que se cerraban todas las escuelas y universidades de Lemberg, en septiembre de 1941...

Al final del pasillo parpadeaba una luz de neón sobre la entrada a la sala de lectura. Allí el archivero tomó nota de los libros que queríamos en presencia de cinco lectores, entre los que se incluían una monja y dos durmientes. Todo estaba tranquilo hasta que se iba la luz, un breve suceso cotidiano que suscitaba una suave conmoción, aunque en una de aquellas ocasiones pude advertir que la monja se ponía a dormir mientras duraba la interrupción del suministro eléctrico. Vengan mañana a las diez a recoger los libros, nos ordenó el archivero. Al día siguiente nos aguardaba una pila de volúmenes, pulcramente dispuestos sobre escritorios de madera; tres torres de polvo, cuero y papel medio desintegrado. Eran los expedientes de los alumnos de la facultad de derecho entre 1915 y 1919.

Empezamos por el otoño de 1915, abriéndonos paso entre cientos de formularios rellenos a mano, páginas ordenadas alfabéticamente por el nombre de cada estudiante, al que se identificaba como polaco o mosaico (judío); había muy pocos ucranianos. Era un trabajo minucioso. Figuraban los nombres, con listas de los cursos realizados, las horas de clase y los nombres de los profesores. El dorso de cada formulario estaba firmado y fechado.

Basándose en el trabajo de su amigo Ihor, Iván descubrió un primer documento de Lauterpacht fechado en el otoño de 1915, poco después de la expulsión de los rusos. Al final reunimos un conjunto casi completo, siete semestres de estudio desde 1915 hasta 1919, los años de formación de Lauterpacht.¹⁴ Había una dirección particular, el número 6 de la calle

Rutowskiego, hoy calle Teatralna, a solo unos números de mi hotel. Yo había pasado por delante, incluso me había fijado en las puertas de metal con sus dos grandes «L» en el centro montadas en marcos circulares también metálicos. ¿Lauterpacht? ¿Lemberg? ¿Lwów?

Descubrí que los estudios de Lauterpacht se habían iniciado con el derecho romano y el derecho público alemán, a lo que le siguió un curso sobre alma y cuerpo, y otro sobre optimismo y pesimismo. De los primeros profesores, solo uno tenía un nombre que me resultaba familiar: Oswald Balzer, profesor de historia del derecho en Polonia y en Austria, dos materias distintas.¹⁵ Balzer era un abogado en activo que llevaba casos esotéricos para los gobiernos de Austria y Galitzia. El más notable, con el que yo mismo me había topado en mi propio trabajo sobre disputas fronterizas, era un conflicto del siglo XIX sobre la propiedad de dos lagos en los montes Tatras. Balzer era un hombre práctico, que sin duda ejerció influencia en Lauterpacht.

El segundo año de estudios, a partir de septiembre de 1916, estuvo marcado por la guerra y la muerte del emperador Francisco José después de un reinado que duró un tiempo récord: más de sesenta y ocho años. Se respiraban aires de cambio mientras seguían librándose batallas en torno a la ciudad; pero las clases no se interrumpieron. Me llamó la atención la ilación de los temas religiosos (derecho cristiano católico, y luego la historia y la cultura de Israel) y la clase diaria sobre pragmatismo e intuitivismo, los dos polos entre los que oscilaría el desarrollo intelectual de Lauterpacht como una fuerte corriente eléctrica. En abril de 1917 aprobó un examen estatal sobre historiografía y ciencias del derecho, en el que obtuvo la máxima calificación («bien»)¹⁶.

Su tercer año se inició en septiembre de 1917 mientras se suavizaba el control austriaco de la ciudad. Lauterpacht tuvo su primera clase sobre derecho penal, impartida por el doctor Juliusz Makarewicz, una conocida autoridad sobre derecho penal austriaco. Luego le siguió una segunda, con el mismo profesor, sobre ciencias penitenciarias. Un tercer curso, sobre procesos adversarios en Austria, fue impartido por el doctor Maurycy Allerhand. Menciono estos nombres porque volverán a aparecer más adelante.

El inicio del cuarto y último año de estudios coincidió con el punto álgido de una serie de drásticos cambios para Lemberg, Europa y el mundo. En noviembre de 1918, cuando la Primera Guerra Mundial llegó a su fin –junto

con el imperio austrohúngaro—, el control de Lemberg cambiaba de manos con cada semana que pasaba.

La vida de Lauterpacht se transformó debido a una decisión secreta que había tomado el archiduque Guillermo de Austria, el llamado «Príncipe Rojo», que por entonces tenía veintitrés años; una decisión que catalizaría un sangriento conflicto entre polacos y ucranianos en Lemberg. Corría el mes de noviembre de 1918 —cuatro años después de que Leon se fuera a Viena— cuando Guillermo ordenó a las unidades polacas del ejército austrohúngaro que se retiraran de Lemberg, reemplazándolas por dos regimientos ucranianos de Fusileros de Sich.¹⁷ El primero de noviembre, los ucranianos tomaron el control de Lviv y la declararon capital de un nuevo país denominado República Popular de Ucrania Occidental.

Estallaron feroces enfrentamientos entre las facciones polaca y ucraniana, atrapando en medio a los judíos, quienes, temerosos de escoger el bando equivocado, el perdedor, optaron por la neutralidad.¹⁸ El conflicto se prolongó más allá del armisticio firmado por Alemania y los aliados el 11 de noviembre, el día en que Polonia se declaró independiente. El derramamiento de sangre llegó a la calle Teatralna, donde vivían los Lauterpacht, causando numerosos daños a la propiedad. Joseph Roth, un amigo de la escuela de Lauterpacht (que compartía nombre con el novelista nacido en la cercana Brody), describía el período que siguió como una época de «fricción y conflicto», mientras el imperio austrohúngaro se desintegraba. «Para proteger a la población judía», explicaba Roth, «se organizó una milicia judía de voluntarios.» Entre sus miembros se contaba Lauterpacht, que estuvo patrullando los barrios judíos «día y noche».¹⁹

Al cabo de una semana los ucranianos habían perdido el control a manos de los polacos, y se alcanzó un acuerdo para poner fin al conflicto.²⁰ Mientras Lviv se convertía en Lwów, el pillaje y el asesinato reinaban en las calles.

Encontré una fotografía de una barricada, en la calle donde la familia Lauterpacht viviría más tarde, espolvoreada con una ligera capa de nieve temprana. Con la foto era más fácil imaginar los acontecimientos de aquellos

tres días, descritos por el *New York Times* bajo el titular de: «1.100 judíos asesinados en los pogromos de Lemberg».²¹ Aquellas palabras aumentaron la presión sobre el presidente Woodrow Wilson para que detuviera el derramamiento de sangre.

Lauterpacht avanzaba con dificultad en sus estudios mientras aquellos sangrientos acontecimientos ponían de relieve los peligros para los grupos minoritarios. Frente a la dura realidad de decenas de miles de individuos atrapados en una lucha entre grupos, y convertido ahora en uno de los líderes de la Organización de Académicos Sionistas de Galitzia, fundó un instituto de secundaria (*Gymnasium*) judío y organizó un boicot a las escuelas polacas. Los jóvenes judíos no podían «sentarse en los mismos pupitres que quienes participaban en los pogromos contra los judíos», explicaba un amigo suyo.²²



Barricada en la calle Sykstuska, Lemberg, noviembre de 1918
© Colección Stepan Haiduchock, Archivo de la Familia Krypiekevych

El desmoronamiento de la autoridad establecida desencadenó un violento nacionalismo al entrar en escena la posibilidad de un nuevo Estado polaco o ucraniano. Entre la población judía hubo diferentes reacciones. Mientras la comunidad antinacionalista de judíos ortodoxos confiaba en una vida tranquila junto a los polacos y ucranianos, algunos abogaban por la creación de un Estado judío independiente en algún lugar del antiguo imperio austrohúngaro. Otros querían mayor autonomía para los judíos en la recién

independizada Polonia, mientras que los sionistas no se conformaban con otra cosa que no fuera un Estado judío independiente en Palestina.²³

Tales cuestiones de identidad colectiva y de autonomía, junto con el auge del nacionalismo y el surgimiento de nuevos Estados tras el final de la Primera Guerra Mundial, se combinaron para situar el derecho en el centro de la escena política. Aquel era un acontecimiento nuevo en su envergadura y su alcance. ¿Cómo podía proteger el derecho a las minorías?, se planteaba. ¿Qué lenguas podían hablar? ¿Podían educar a sus niños en escuelas especiales? Tales preguntas siguen resonando hoy día en todo el mundo, pero por entonces no había normas internacionales que proporcionaran una orientación acerca de cómo abordarlas. Cada país, viejo o nuevo, era libre de tratar como quisiera a quienes vivían dentro de sus fronteras. El derecho internacional apenas planteaba restricciones al trato que la mayoría daba a las minorías, y no había derechos para los individuos.

El desarrollo intelectual de Lauterpacht coincidió con ese momento crucial. Consagrado a la actividad sionista, temía, no obstante, al nacionalismo. El filósofo Martin Buber, que ejercía la docencia y vivía en Lemberg, se convirtió en un referente intelectual, oponiéndose al sionismo como una repugnante forma de nacionalismo y argumentando que un Estado judío en Palestina oprimiría inevitablemente a sus habitantes árabes.²⁴ Lauterpacht, que asistió a las clases de Buber, se sintió atraído por aquellas ideas, identificándose como discípulo del filósofo. Era un primer pálpito de escepticismo con respecto al poder del Estado.²⁵

Mientras tanto, continuaron las clases en la facultad de derecho. Lauterpacht se sumergió en el curso del profesor Roman Longchamps de Berier sobre derecho privado austriaco, a pesar de que Austria se marchitaba. El profesor Makarewicz daba una clase diaria sobre derecho penal austriaco aunque este ya no era aplicable en la polaca Lwów, lo que daba a la clase un aire surrealista. Lauterpacht también hizo un primer curso sobre derecho internacional, impartido en el otoño de 1918 por el doctor Józef Buzek, políticamente activo en Viena y a punto de convertirse en miembro del nuevo Parlamento polaco.²⁶ Las clases debieron de poner de relieve el carácter marginal del tema en una universidad donde abundaba la discriminación y donde cada profesor tenía libertad para decidir si impedía a ucranianos y judíos asistir a sus cursos.

Lauterpacht pensó en trasladarse a otra parte, quizá inspirado por uno de

los libros que anotó que había leído en su cuaderno, *Ghetto Comedies* («Comedias del gueto»), escrito por Israel Zangwill, cuyo rostro no tardaría en aparecer en la portada de la revista *Time*. La obra contenía una serie de relatos que aludían todos ellos a las glorias de la «anglización». En «El modelo de pesares», Zangwill narraba la historia de un tabernero que se iba de Rusia rumbo a Inglaterra debido a la «intolerable» situación en casa. En otra de las historias («Santo Matrimonio») se planteaba una pregunta: «¿No te gustaría ir a ver Viena?»²⁷

30

En 1919, Viena era la capital de los restos de lo que había sido un Estado, el último territorio de una monarquía que había durado casi mil años. Era un lugar de edificios destartados, llena de soldados desmovilizados y prisioneros de guerra que volvían a casa en tropel, con una inflación galopante y una corona austriaca «que se disolvía como gelatina entre los dedos».²⁸ Stefan Zweig describió una «penosa» expedición a una ciudad austriaca abrumada por el hambre y «los ojos amarillentos y peligrosos de los hambrientos», un pan que no era más que unas pocas «migajas negras que sabían a brea y a cola», patatas heladas, hombres que iban de un lado a otro con viejos uniformes y pantalones hechos de sacos no menos viejos, y «un desmoronamiento general de la moral».²⁹ Aun así, seguía ofreciendo esperanza a Leon y su familia, que llevaban allí cinco años. Y para alguien como Lauterpacht, el atractivo de una cultura liberal, la literatura, la música y las cafeterías, además de unas universidades abiertas a todos, debió de ser muy fuerte.

En el verano de 1919, tras finalizar las clases, Lauterpacht abandonó Lwów. Se estaban redibujando las fronteras de Europa, y la cuestión del control de Lwów se hizo confusa: en enero de 1918, el presidente estadounidense, Woodrow Wilson, se había dirigido al Congreso estableciendo sus Catorce Puntos, una serie de ideas sobre el «desarrollo autónomo» de «los pueblos de Austria-Hungría» que también tenía en cuenta la aspiración de un nuevo Estado «habitado por poblaciones indiscutiblemente polacas».³⁰ Las propuestas de Wilson tendrían una

consecuencia imprevista: la moderna ley de derechos humanos se forjaría en el yunque de Lwów y sus alrededores.

En abril de 1919, cuando las negociaciones de Versalles se acercaban a su fin, una Comisión intergubernamental sobre Asuntos Polacos trazó una línea en la frontera oriental de Polonia. Se la denominó Línea Curzon, en honor al ministro de Exteriores británico, y Lauterpacht tuvo un papel secundario en su preparación (aunque jamás escribiera sobre ello), trabajando como intérprete.³¹ Él conocía el territorio y tenía las habilidades lingüísticas necesarias. «Hersch, que tenía veintiún años, fue elegido como intérprete y desempeñó su tarea satisfactoriamente», informaba un amigo. Por entonces hablaba francés, italiano, polaco y ucraniano, y tenía conocimientos de hebreo, yidis y alemán. Incluso sabía algo de inglés. La Línea Curzon se trazó al este de Lwów, incorporando la ciudad a Polonia junto con las áreas circundantes, incluida Żółkiew. Se eludía así el control ruso.³²

Estos acontecimientos coincidieron con ataques a judíos en toda Polonia, lo que suscitó inquietudes en Estados Unidos y en otras partes con respecto a la capacidad de una Polonia recién independizada de salvaguardar a sus minorías alemana y judía. A la sombra de Versalles surgió un *quid pro quo*: Polonia obtendría la independencia si protegía los derechos de las minorías. A instancias del presidente Wilson, el historiador de Harvard Archibald Coolidge elaboró un informe sobre la situación en Lwów y en Galitzia, abogando por que se garantizara a las minorías la protección básica de «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».³³

El presidente Wilson propuso un tratado especial que vinculara la pertenencia de Polonia a la Sociedad de Naciones al compromiso de dar un trato igualitario a las minorías nacionales y raciales. Wilson contó con el apoyo de Francia, pero Gran Bretaña se opuso, temerosa de que a continuación se otorgaran derechos similares a otros grupos, como «los negros americanos, los irlandeses del Sur, los flamencos y los catalanes». La nueva Sociedad de Naciones no debía proteger a las minorías en todos los países, se quejaba un funcionario británico, ya que, en ese caso, tendría «derecho a proteger a los chinos en Liverpool, los católicos romanos en Francia o los franceses en Canadá, dejando aparte otros problemas más serios, como los irlandeses». Gran Bretaña se oponía a cualquier menoscabo de su soberanía –de su derecho a tratar a otros como quisiera– o supervisión

internacional. Y adoptó esa postura aunque el precio fuera más «injusticia y opresión».³⁴

Este era el telón de fondo con el que las delegaciones sionistas y nacionales judías llegaron a París en marzo de 1919, reclamando mayor autonomía, derechos lingüísticos y culturales, y principios de autogobierno y representación. Mientras se debatían todos estos asuntos, se difundió la noticia de que trescientos cincuenta kilómetros al norte de Lwów, en la ciudad de Pinsk, un grupo de soldados polacos había masacrado a treinta y cinco civiles judíos.³⁵ Esto hizo oscilar el péndulo, a la par que las negociaciones de Versalles se traducían en un proyecto de tratado para la protección de las minorías en Polonia. El 21 de mayo se entregó a la delegación polaca en Versalles una copia de dicho proyecto, que reflejaba el llamamiento del presidente Wilson a una «estricta protección» de las minorías.³⁶ Pero el nuevo gobierno polaco lo consideró una interferencia injustificada en sus asuntos internos. Ignacy Paderewski, pianista clásico y jefe de la delegación polaca, escribió directamente al primer ministro británico, David Lloyd George, oponiéndose a todas y cada una de las cláusulas del proyecto de tratado. No cree un «problema judío», le advertía, en Polonia ni en ninguna otra parte. Temeroso de que Varsovia no firmara el tratado, Lloyd George aceptó hacer concesiones.³⁷

Un mes después se firmó el Tratado de Versalles. Su artículo 93 requería a Polonia que firmara un segundo tratado, destinado a proteger a los «habitantes» que se diferenciaban de la mayoría de la población en raza, lengua o religión.³⁸ Se autorizaba a los aliados a «proteger» a dichas minorías, lo que a los ojos de Polonia constituía una nueva humillación, dada la asimetría de las obligaciones impuestas: se otorgaban derechos a algunos grupos, pero no a todos, al tiempo que las potencias victoriosas eludían el cumplimiento de obligaciones equivalentes con respecto a sus propias minorías.

Polonia se vio prácticamente obligada a firmar el documento, conocido como el Pequeño Tratado de Versalles. Su artículo 4 imponía la nacionalidad polaca a todas las personas nacidas en Lwów y sus alrededores, lo que incluía a Lauterpacht y a Leon. Se exigía que Polonia tomara medidas para proteger a todos sus habitantes, «sin distinción de nacimiento, nacionalidad, lengua, raza o religión».³⁹ Las minorías podían controlar sus propias escuelas e instituciones religiosas y sociales, y tendrían derecho a su lengua y libertad

religiosa. Pero el Tratado de las Minorías Polacas iba aún más allá: convertía los derechos de aquellas minorías en «obligaciones de interés internacional» que gozarían de la protección de la Sociedad de Naciones. Cualquier disputa al respecto podría llevarse al Tribunal Permanente de Justicia Internacional, recién creado en La Haya.

Tan revolucionarias obligaciones permitían que algunas minorías de Polonia tuvieran derecho a acceder a la protección internacional, pero no así la mayoría polaca. Esto produjo una reacción contraria: el pequeño tratado se convertiría en una pequeña bomba de relojería, la consecuencia imprevista de una legislación internacional bienintencionada. Unos días después de la firma del Tratado de las Minorías, el presidente Wilson creó una comisión para investigar la situación de los judíos en Polonia, supuestamente a instancias del presidente Paderewski, que había de dirigir Henry Morgenthau, el antiguo embajador estadounidense en el imperio otomano.⁴⁰ El mariscal Józef Piłsudski, jefe del nuevo gobierno polaco, se quejó amargamente del Tratado de las Minorías. «¿Por qué no confiar en el honor de Polonia?», le preguntó a Morgenthau. «Todas las facciones de Polonia se han mostrado de acuerdo en hacer justicia a los judíos, y, sin embargo, la Conferencia de Paz, debido a la insistencia de Estados Unidos, nos insulta *diciéndonos* que debemos hacer justicia.»⁴¹

La comisión visitó Lwów el 30 de agosto de 1919. Sus miembros apreciaron el «aspecto extremadamente hermoso y moderno» de la ciudad, que había sobrevivido en gran parte intacta a los acontecimientos del noviembre anterior a excepción del barrio judío, que fue «incendiado».⁴² La comisión concluyó que, aunque se habían producido «excesos», solo habían muerto sesenta y cuatro personas, una cifra muy inferior a las mil de las que se hablaba en el *New York Times*. También determinó que los responsables eran soldados, no civiles, de manera que sería «injusto condenar al conjunto de la nación polaca» por la violencia de unos cuantos soldados o turbas locales.⁴³

Poco antes de marcharse, el joven asesor jurídico de la comisión, Arthur Goodhart, subió a Vysoky Zamok, la gran colina situada al norte desde la que se dominaba toda la ciudad, en compañía del doctor Fiedler, el presidente del Politécnico de Lwów. Se avecinaban problemas, le dijo el doctor Fiedler a Goodhart, porque los judíos habían pedido escuelas separadas. O los asimilaban, o tendrían dificultades.

Casi un siglo después, subí por el mismo camino que habían tomado Fiedler y Goodhart hasta lo alto de la colina para contemplar una ciudad que en 1919 vivía el punto álgido de una serie de grandes cambios. «No he podido hacer mis exámenes finales», se quejaba Lauterpacht, «porque la universidad ha cerrado sus puertas a los judíos de Galitzia Oriental.»⁴⁴ Decidió hacer caso de la sugerencia del escritor Israel Zangwill y se dirigió a Viena.

Fui a ver la casa que dejó en Lwów, un edificio neoclásico gris de cuatro plantas en la calle Teatralna, en gran parte conservado intacto, que actualmente acoge un «albergue cosaco». Una fotografía de aquella época mostraba el edificio encajonado entre dos iglesias, con la impresionante torre del ayuntamiento detrás. El vestíbulo, con una placa que registraba el nombre del arquitecto (ingeniero A. Piller, 1911), desembocaba en una imponente escalera coronada por una claraboya de cristal. El apartamento de la primera planta tenía un balcón, con unas magníficas vistas de toda la ciudad.

Imaginé a Lauterpacht dejando atrás aquellas vistas. En su camino a la estación, debió de atravesar la vibrante escena descrita por el escritor Karl Emil Franzos, pasando junto a oficiales húsares y elegantes caballeros; boyardos moldavos de «rostro oscuro y taimado» con «grandes anillos de oro»; mujeres de ojos negros con «gruesa ropa de seda y las enaguas sucias»; sacerdotes rutenos de largas barbas; coquetas ya marchitas de camino a Bucarest o a Iași para buscar suerte. También podría haberse tropezado con algunos «viajeros civilizados», judíos polacos emancipados como él mismo que se dirigían al oeste.⁴⁵

Lauterpacht llegó a la Nordwestbahnhof de Viena, una ciudad dominada por la presencia de Freud, Klimt y Mahler. La urbe vivía entonces momentos económicos difíciles, el trauma del final del imperio. Hersch se hallaba en la *Rote Wien* –la Viena Roja–, una ciudad con un alcalde socialdemócrata que bullía de refugiados de Galitzia, y con una inflación y una pobreza rampantes. La Revolución Rusa suscitaba agitación en unos y esperanza en otros. Austria estaba postrada, era un imperio disuelto. El país dependía ahora del carbón de los checos y de los polacos, y del cereal del Banato. No tenía

acceso al mar tras haber perdido la mayor parte de su antiguo territorio, incluida la región de habla alemana de los Sudetes, el Tirol del Sur, Hungría, Checoslovaquia y Polonia, además del Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios. También se había quedado sin Bucovina y Bosnia-Herzegovina. El país tenía prohibido unirse a Alemania, y ni siquiera se le permitía autodenominarse *Deutschösterreich* (Austria alemana).

Los sentimientos de subyugación y humillación exacerbaron el sentir nacionalista. La afluencia de *Ostjuden* procedentes de Galitzia –jóvenes como Lauterpacht y Leon– hizo de estos un objetivo fácil. Coincidiendo más o menos con la llegada de Lauterpacht, cinco mil personas se congregaron ante el ayuntamiento para pedir que se expulsara a todos los judíos de la ciudad. Dos años después, en marzo de 1921, fueron cuarenta mil las que asistieron a un mitin del *Antisemitenbund* para aplaudir el llamamiento del director del Burgtheater, Hofrat Milenkovich, en favor de aplicar unos límites estrictos a los empleos accesibles a los judíos.⁴⁶

El periodista Hugo Bettauer publicó una novela de gran éxito, *La ciudad sin judíos*, que, como su título indica, imaginaba una Viena en la que no había judíos. «Si logré salir del ardiente gueto de Lemberg y llegar a Viena», declaraba uno de los personajes de Bettauer, «supongo que desde Viena también encontraré algún sitio adonde ir.»⁴⁷ En la novela, la ciudad, sin sus judíos, se viene abajo, y con el tiempo se invita a estos a volver, reconociendo que su expulsión había sido un error. Bettauer pagó un alto precio por exponer tales ideas: fue asesinado en 1925 por Otto Rothstock, un joven nacionalsocialista que fue juzgado pero absuelto alegando demencia (más tarde se haría dentista). El periódico nacionalista *Wiener Morgenzeitung* advirtió de que la muerte de Bettauer era un mensaje a «todos los intelectuales que escribían por una causa».⁴⁸

Todos estos acontecimientos impregnaron la vida de Lauterpacht en Viena. Matriculado en la facultad de derecho de la universidad, su profesor era el renombrado filósofo del derecho Hans Kelsen, amigo y colega de universidad de Sigmund Freud.⁴⁹ Kelsen aunaba la vida académica con el trabajo práctico, y durante el conflicto había sido asesor jurídico del ministro de Guerra austriaco. También ayudó a redactar la nueva y revolucionaria constitución de Austria, un modelo que seguirían otros países europeos, la primera con un tribunal constitucional independiente con capacidad para

interpretar y aplicar la constitución, y para hacerlo a instancias de ciudadanos individuales.

En 1921, Kelsen se convirtió en juez del Tribunal Constitucional, poniendo a Lauterpacht en contacto directo con una nueva idea, al menos en Europa, ya que no en América: los individuos tenían derechos constitucionales inalienables, y podían acudir a un tribunal para hacer cumplir tales derechos. Era este un modelo distinto del que protegía los derechos de las minorías, como en Polonia. Las dos diferencias clave –entre grupos e individuos, entre aplicación nacional e internacional– influirían en el pensamiento de Lauterpacht. En Austria se situó al individuo en el corazón del orden jurídico.

En cambio, en el enrarecido mundo conservador del derecho internacional –dominado por la idea de que la ley servía al soberano–, la idea de que un individuo tuviera derechos cuyo cumplimiento podía imponerse aun en contra del Estado resultaba inconcebible. El estado debía ser libre de actuar como deseara, a menos que aceptara voluntariamente unas normas que restringieran su actuación (o que dichas normas fueran impuestas, como en el caso de Polonia en virtud del Tratado sobre los Derechos de las Minorías). En suma, el Estado podía hacer lo que quisiera con sus ciudadanos. Podía discriminar, torturar o matar. Puede que el artículo 93 del Tratado de Versalles, así como el Tratado de las Minorías Polacas que más tarde haría que mi abuelo Leon fuera despojado de su nacionalidad polaca en 1938, ofrecieran protección a algunas minorías en algunos países, pero no garantizaban protección alguna a los individuos en general.

Lauterpacht captó la atención de su profesor, Kelsen, que observó la «extraordinaria capacidad intelectual» de aquel joven de Lemberg con una «mente realmente científica».⁵⁰ También advirtió que hablaba el alemán con el «acento inequívoco de su origen», dado que su pupilo era un *Ostjude*, lo que constituía una «seria desventaja» en la Viena de la década de 1920. Probablemente esa fue la razón de que, cuando Hersch se graduó en junio de 1921, se le diera un simple aprobado, sin ninguna mención especial.

Lauterpacht se sumergió en el estudio del derecho internacional y en la elaboración de una tesis doctoral sobre la nueva Sociedad de Naciones. Trabajó bajo la supervisión de dos profesores: Leo Strisower, que era judío, y Alexander Hold-Ferneck, que no lo era. En julio de 1922 se le concedió un doctorado en ciencias políticas con la calificación de «sobresaliente». La nota sorprendió a Kelsen, que sabía que Hold-Ferneck era un ferviente antisemita

(quince años más tarde, después del *Anschluss*, Hold-Ferneck acusaría públicamente –y erróneamente– a su colega de universidad Eric Voegelin de ser judío, provocando que el distinguido filósofo tuviera que huir a América).⁵¹

En un entorno que exigió que Gustav Mahler se bautizara en el catolicismo romano para poder dirigir la Wiener Staatsoper, Lauterpacht se enfrentó una vez más a la realidad de la discriminación étnica y religiosa.⁵² Ello le condujo hacia una nueva idea sobre la «necesidad vital» de derechos para los individuos. No exento de seguridad en sí mismo, se consideraba un líder intelectual, mientras que sus contemporáneos reconocían en él a un magnífico abogado, un joven erudito con un «mordaz» sentido del humor, alimentado por el deseo de justicia. De cabello oscuro y con gafas, de expresión resuelta y mirada penetrante, era un hombre reservado que vivía «en su propio mundo», pero también políticamente comprometido e involucrado activamente en la vida estudiantil judía. Se convirtió en presidente del Hochschulausschuss, el comité de coordinación de las organizaciones de estudiantes judíos, y en 1922 fue elegido presidente de la Unión Mundial de Estudiantes Judíos, con Albert Einstein como presidente honorario.⁵³

Participaba asimismo en otras actividades más mundanas, ayudando a gestionar una residencia para estudiantes judíos, lo que requirió contratar a una ama de llaves. Para el puesto designaron a una joven llamada Paula Hitler, ignorando que su hermano era el líder de un Partido Nacionalsocialista que crecía con rapidez. Adolf Hitler apareció de repente en Viena en 1921, como un visitante «caído del cielo», en palabras de su hermana, cuando aún no era conocido.⁵⁴

Lauterpacht era muy apreciado como orador, y en un evento universitario en el que participó le presentaron a Rachel Steinberg, una inteligente, resuelta y atractiva estudiante de música de Palestina. Ella se sintió muy impresionada por aquel joven estudiante de derecho «tan tranquilo y amable –ni un movimiento de mano–, tan distinto de los otros estudiantes de Europa oriental».⁵⁵ Le gustó la ausencia de emoción en su carácter, y no tardaron en enamorarse locamente el uno del otro. En su primera cita, ella tocó una de las

primeras sonatas de piano de Beethoven, tal como le había enseñado su profesor; una pieza cuyo nombre no menciona, pero que describe en una carta solo como «muy hermosa, pero no demasiado fácil de ejecutar» (¿quizá fuera la Sonata n.º 8, la *Patética*?). Lauterpacht invitó a Rachel a un concierto en la Musikverein de Viena, con un programa que incluía la Sinfonía n.º 7 de Beethoven, quizá dirigida por Wilhelm Furtwängler. Ella se sintió cautivada tanto por la música como por su compañero, que era cortés y correcto, con un tranquilo y agudo sentido del humor. Y además vestía bien.



Foto de compromiso, Berlín, 18 de diciembre de 1922
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC

Cuando Lauterpacht le pidió que la acompañara a Berlín, ella aceptó la invitación. Se alojaron por separado (ella en el Hotel Excelsior; él en una pensión en el distrito de Charlottenburg), y permanecieron tres semanas en Berlín. La tarde del 17 de diciembre de 1922 –un día después del asesinato del presidente polaco, Gabriel Narutowicz, a manos de un crítico de arte

nacionalista—, Lauterpacht se atrevió a cogerle la mano, la besó en los labios y le declaró su amor. Consciente de su deseo de estudiar en el londinense Royal College of Music, le propuso que se comprometieran, se casaran y se trasladaran a Londres lo antes posible. Ella le respondió que tenía que pensarlo, preguntándose si hablaba en serio.⁵⁶

Sí, así era. A la mañana siguiente volvió al Excelsior con un telegrama de sus padres desde Lwów expresando su alegría por la noticia del compromiso. Lauterpacht se sintió sorprendido, y probablemente irritado, al ver que ella todavía no había escrito a los suyos. Rachel aceptó el compromiso.

Al cabo de un mes, también los padres de Rachel, en Palestina, daban su visto bueno al matrimonio. Lauterpacht escribió desde Berlín para darles las gracias «de corazón». En febrero de 1923 la pareja volvió a Viena, donde se casaron el martes 20 de marzo. Dos semanas después viajaban en tren a través de Alemania, para luego coger un barco rumbo a Inglaterra.

33

Los recién casados llegaron a Grimsby, un puerto pesquero del noreste de Inglaterra, el 5 de abril de 1923. Lauterpacht viajaba con pasaporte polaco; Rachel, con un documento emitido por el gobierno del Mandato británico de Palestina. Él se matriculó en la London School of Economics and Political Science (LSE); ella, en el Royal College of Music. Durante sus primeros meses en Londres vivieron en varias direcciones en diversas partes de la ciudad, incluido un piso junto a Regent Square y otro cerca de Caledonian Road. La LSE, que por entonces se hallaba bajo la influencia de Sidney y Beatrice Webb, un matrimonio de socialistas progresistas, contaba con un avanzado campus en Houghton Street, frente a lo que sería Bush House, la sede de la BBC.

Las clases de Lauterpacht se iniciaron en octubre, después de que fracasara en su intento de ser nombrado catedrático de derecho internacional en Lwów. En la LSE, estudió con Arnold McNair, un profesor de derecho internacional que venía de una distinguida familia de intelectuales escoceses.⁵⁷ McNair, un hombre extremadamente práctico sin demasiado interés en la teoría o la filosofía del derecho, introdujo a Lauterpacht en el método anglosajón, con su especial énfasis en la jurisprudencia y el pragmatismo. Reconoció en su

pupilo un intelecto excepcional, aunque algo introvertido cuando se hallaba entre extraños. Puede que quienes conocieran a Lauterpacht solo de pasada no apreciaran su «verdadera cualidad», señalaba McNair; pero tanto él como su esposa, Marjorie, se convirtieron en «grandes y leales amigos», tal como recordaría Rachel, mientras que Arnold en concreto sería «un gran admirador mío». Los hijos y nietos de los McNair la conocerían como su «tita Rachel».⁵⁸

El enfoque pragmático de McNair se reflejaba en sus escritos, que a día de hoy siguen siendo importantes obras de referencia, sobre los tratados y sobre la guerra. Era un hombre equilibrado, moderado e independiente, rasgos que Lauterpacht apreciaba como propiamente británicos, y bastante distintos de las pasiones de Lwów y de Viena.

Cuando Lauterpacht llegó a Londres, su inglés era tan pobre que le costaba trabajo hacerse entender, incluso a la hora de preguntar cómo llegar a un sitio. Puede que ya hubiera leído en inglés antes de llegar a Londres, pero obviamente no lo había oído hablar. «En nuestra primera reunión apenas pudimos comunicarnos», explicaba McNair, ya que el inglés hablado de su pupilo resultaba «apenas inteligible».⁵⁹ Pero al cabo de dos semanas McNair se quedó «atónito» ante la fluidez del inglés de Lauterpacht, con oraciones bellamente construidas que pasarían a convertirse en un rasgo característico de su escritura. Lo logró asistiendo a un montón de clases, hasta ocho diarias, con el fin de desarrollar su vocabulario y el oído para interpretar los sonidos. Las tardes las pasaba en «interminables» sesiones de cine, aunque no estaba claro de qué podía servirle eso: los grandes filmes del año, *El hombre mosca*, de Harold Lloyd, y el famoso *western* de James Cruze *La caravana de Oregón*, eran películas mudas.

Varias personas que lo conocieron me dijeron que Lauterpacht tenía una voz suave y gutural, y que nunca perdió su acento característico. Solo sería consciente de cómo sonaba su voz muchos años después, tras grabar una charla para el Tercer Programa de la BBC, hoy Radio 3. Cuando se escuchó en antena se quedó «asombrado», consternado por su «marcado acento continental».⁶⁰ Se decía que había apagado la radio, se había servido un generoso vaso de whisky y había jurado que nunca más se dejaría grabar. El resultado es que no se conoce la existencia de ninguna grabación de su voz.

En cuestión de unos pocos años, Lauterpacht llegó a sentirse en Londres como en casa, lejos del constante tumulto de Europa central. Él y Rachel vivían en una casita en el número 103 de Walm Lane, en Cricklewood, un barrio residencial del noroeste de Londres, no lejos de mi casa. Cuando fui a ver la suya, observé que faltaban baldosas de la entrada delantera, pero se conservaban los adornos de madera, ahora pintados de verde. Si alguna vez había problemas de dinero, McNair ayudaba con un pequeño préstamo.

El verano de 1928 fue ajetreado, con un viaje a Varsovia para asistir a un congreso de la Asociación de Derecho Internacional, ahora como miembro del grupo británico. Desde allí se dirigió a Lwów para ver a su familia. Su hermano, David, se había casado con Ninsia, también estudiante de derecho, y tenían una hija pequeña, Erica. Su hermana, Sabina, también se había casado, con Marcele Gelbard (dos años después, en 1930, nacería el único vástago del matrimonio, una niña llamada Inka). En aquel viaje se reunió con viejos amigos y sorprendió a nuevos conocidos con su dominio del polaco, la primera lengua de su infancia en Żólkiew y Lemberg. Un alto miembro de la judicatura polaca le preguntó cómo era que hablaba «tan bien polaco», a lo que él respondió secamente: «Gracias a su *numerus clausus*», una referencia a las normas que le impidieron proseguir sus estudios en Lwów.

Por entonces Lauterpacht había obtenido un tercer doctorado, bajo la supervisión de McNair. Su tesis se tituló: «Fuentes y analogías del derecho internacional en el derecho privado», un título no demasiado llamativo para una obra de verdadera importancia.⁶¹ En ella se investigaba la influencia de las normas nacionales en el desarrollo del derecho internacional, buscando puentes entre ambos sistemas y esperando de ese modo llenar las lagunas existentes en las normas internacionales. Seguía estando influenciado por la creencia de Kelsen en la capacidad de revisión constitucional, y quizá también por las ideas de Sigmund Freud, que arrojaban luz sobre la importancia del individuo y su relación con el grupo. Lauterpacht haría suyo este tema, centrándose en él entre muchos otros.

Un catalizador de su trabajo fue la creación del que sería el primer tribunal de justicia global, uno de los resultados del Tratado de Versalles. El Tribunal Permanente de Justicia Internacional, con sede en La Haya, abrió sus puertas en 1922, y aspiraba a resolver las disputas entre Estados. Entre las fuentes del

derecho internacional que aplicaba –las principales eran los tratados y el derecho consuetudinario–, figuraban «los principios generales del derecho reconocidos por las naciones civilizadas». Estos habían de buscarse en los sistemas jurídicos nacionales, de modo que el contenido del derecho internacional pudiera basarse en las reglas mejor establecidas del derecho nacional. Lauterpacht era consciente de que esta conexión entre derecho nacional e internacional ofrecía una posibilidad «revolucionaria» de desarrollar las normas de modo que se establecieran más límites a los supuestamente «eternos e inalienables» poderes del Estado.

Pragmático e instintivo, como resultado de su propia vida y de las clases de derecho en Lemberg, Lauterpacht creía en la posibilidad de controlar el poder del Estado. Esto se lograría no por mera aspiración, ya fuera de escritores o de pacifistas, sino mediante ideas que fueran rigurosas y arraigadas, con el objetivo de hacer justicia y contribuir al «progreso internacional».⁶² A tal fin, él quería un derecho internacional que fuera menos aislado y elitista, más abierto a las «influencias externas». Su tesis –utilizar los principios generales del derecho nacional para reforzar las obligaciones internacionales– se publicó en mayo de 1927, con una gran acogida en el mundo académico. Hoy, casi un siglo después, se la sigue reconociendo como un trabajo de fundamental importancia.

El libro le valió un amplio reconocimiento y, en septiembre de 1928, un puesto de trabajo como profesor ayudante de derecho en la LSE. McNair pensaba que había sido afortunado en su elección de país. «No creo que fuera del mundo del deporte y del de la Bolsa exista un excesivo sentimiento contra extranjeros concretos», explicaba, quizá con excesivo optimismo, a pesar de que sí había «un gran sentimiento antiextranjero» en el Parlamento y en la prensa. «Felizmente para nosotros», pensaba McNair, Lauterpacht había elegido vivir en Gran Bretaña.⁶³ Aun así, McNair se burlaba de sus pretensiones continentales. Por qué utilizar la palabra «normas», le preguntaba, un término demasiado «culto» para los ignorantes británicos. McNair, siempre práctico, animaba a Lauterpacht a hacerse abogado e incorporarse al mundo jurídico londinense, a adherirse al *establishment*. Desde luego lo hizo, pero solo hasta cierto punto (en 1954, cuando era candidato a ser el juez británico en la Corte Internacional de Justicia, Lauterpacht hubo de hacer frente a la oposición –que resultaría infructuosa– del fiscal general, Sir Lionel Heald, quien alegaba que el «representante» de

Gran Bretaña en el tribunal de La Haya debía «ser y considerarse totalmente británico, mientras que Lauterpacht no puede evitar el hecho de que no reúne ese requisito ni por nacimiento, ni por nombre, ni por educación».⁶⁴

McNair veía a su protegido como un hombre sin «el menor rastro del agitador político en su temperamento», pero con «pasión por la justicia» y el «alivio del sufrimiento».⁶⁵ McNair opinaba que los acontecimientos que había vivido en Lemberg y en Viena entre 1914 y 1922 le habían llevado a creer que la protección de los derechos humanos era una cuestión de «necesidad vital». Los individuos debían «tener derechos internacionales»; una idea innovadora y revolucionaria entonces y, en muchos sitios, todavía hoy.

Si Lauterpacht echaba de menos Lwów, era por su familia, no por el lugar en sí. Sus inquietudes apenas se veían calmadas por las cartas de su madre, que escribía que las cosas no iban «demasiado bien en casa por el momento», una alusión a sus problemas económicos.⁶⁶ En 1928 hizo una primera visita a Londres para ver a su nuevo nieto, Elihu, nacido aquel año. Su hijo le dio la bienvenida, pero le recriminó sus expresiones de individualidad, oponiéndose firmemente a que llevara las «uñas pintadas» y obligándola a quitarse el esmalte de uñas.⁶⁷

Se mostraba igualmente reacio a los intentos de su madre de influir en Rachel, que adoptó el corte de pelo estilo paje y con flequillo que había puesto de moda la actriz Louise Brooks. Lauterpacht, que al ver el nuevo estilo se puso «rojo» de ira, insistió en que volviera a lucir su antiguo moño, lo que provocó una importante riña entre la pareja y la amenaza de Rachel de dejarle. «Puedo y debo tener mi inocente vida privada sin que me acosés.»⁶⁸ Al final, no obstante, Rachel cedió: cuando la conocí, más de cincuenta años después, seguía llevando moño.

Derechos individuales para algunos, pues, pero no para la madre o la esposa.

Cinco años después, en enero de 1933, Hitler accedió al poder, un hecho que suscitó una gran preocupación en Lauterpacht. Siendo como era un ávido lector del *Times*, es posible que leyera los largos extractos de *Mein Kampf*

que publicó el periódico, donde se describían los años que Hitler pasó en Viena y se formulaba la observación de que la cultura judía era una «pestilencia espiritual, peor que la Peste Negra». Un extracto en el que se exponían las opiniones de Hitler sobre los judíos y el marxismo negaba explícitamente «el valor del individuo entre los hombres», subrayando la importancia de «la nacionalidad y la raza» y el papel del destino religioso. «Combatiendo a los judíos realizo la obra del Señor», escribía Hitler.⁶⁹

Los nacionalsocialistas estaban en auge, con graves consecuencias para Lwów y Żółkiew. Polonia firmó un pacto de no agresión con Alemania y desechó el Tratado de las Minorías de 1919.⁷⁰ En septiembre de 1935, Alemania aprobó las denominadas Leyes de Núremberg, destinadas a proteger la pureza de la raza aria. Se prohibió el matrimonio y las relaciones sexuales entre judíos y alemanes; se despojó a los judíos de la ciudadanía y de la mayoría de sus derechos, y se les prohibió trabajar como abogados, médicos o periodistas.⁷¹ Un mundo que tenía muy poco que ver con Cricklewood, en el norte de Londres, donde vivía Hersch.

En 1935, los padres de Lauterpacht, Aron y Deborah, viajaron a Londres y le explicaron que la vida en Lwów era más difícil que nunca, con una economía que se desmoronaba y una discriminación creciente. La familia se había trasladado de la calle Teatralna a la calle Tres de Mayo después de que un período de relativa estabilidad finalizara con la muerte, en mayo, del mariscal Piłsudski. En Walm Lane, en cambio, la vida era confortable. Lauterpacht estaba en alza, había sido ascendido a profesor adjunto a la cátedra de derecho de la LSE, y su reputación iba en aumento. En 1933 había publicado un segundo libro, también muy elogiado: *The Function of Law in the International Community* («La función del derecho en la comunidad internacional»); una obra que Lauterpacht consideraría la más importante de las que escribió, y que abordaba la cuestión del individuo en el derecho internacional.⁷² También había puesto en marcha una colección pionera de informes sobre casos de derecho internacional de tribunales nacionales e internacionales, *Annual Digest and Reports of Public International Law* («Repertorio e informes anuales de casos de derecho internacional público»), hoy llamada simplemente *International Law Reports* («Informes de derecho internacional»); y completó una nueva edición del volumen 2 del *Tratado de derecho internacional público* de Oppenheim —el tratado que utilizaban los ministerios de Exteriores de todo el mundo—, un volumen que trataba sobre

las leyes de la guerra y donde la protección de los civiles ocupaba un lugar esencial. «El bienestar del individuo es el objeto último de todo el derecho», escribió Lauterpacht en el prefacio.⁷³ Aquellas palabras, que resultarían proféticas, representaban una visión radical para una figura cada vez más incorporada al *establishment*.

Lauterpacht no eludía las grandes cuestiones de la época. Así, escribió un artículo titulado «La persecución de los judíos en Alemania» donde proponía que la Sociedad de Naciones tomara medidas para impedir la discriminación por razones de raza o de religión.⁷⁴ Cuando uno lee el artículo en el contexto actual parece algo tímido, ya que Lauterpacht era un pragmático que sabía que el derecho internacional, tal como era entonces, permitía a Alemania perseguir a cualquiera que considerara que no era ario. Aun así, él creía que dicha persecución perturbaba las relaciones internacionales y debería prohibirse en «el derecho público de todo el mundo». Confiaba en que España, Irlanda o Noruega pudieran actuar en una cuestión que era de moralidad política. Pero no lo hicieron, y el artículo no tuvo ningún impacto perceptible.

Lauterpacht también tenía sus detractores. Mientras los judíos salían en tropel de Alemania, el funcionario de la Sociedad de Naciones responsable de los refugiados, James G. McDonald, decidió dimitir en protesta por la inacción de los gobiernos. A fin de redactar una carta de denuncia, buscó la ayuda de Oscar Janowsky, un historiador del City College de Nueva York, que a su vez viajó a Londres para recabar el apoyo de Lauterpacht.⁷⁵ El encuentro fue mal. Puede que Lauterpacht fuera «un jovencito brillante en auge», escribiría Janowsky, pero también era un hombre «autoritario» y prepotente que «pontificaba como un juez» cuando debería estar defendiendo una causa. Lauterpacht se negó a trabajar con uno de los estudiantes de posgrado de Janowsky, lo que suscitó una diatriba sobre la pomposidad y la arrogancia de aquel, y su falta de estatura moral o de generosidad de espíritu. Janowsky escribió de él que era «un calumnioso estereotipo del habitante de Galitzia».

Lauterpacht pretendía «imponer a la fuerza» sus propias opiniones y prescindir de las de los demás. «Nervioso e impaciente» en las reuniones, «demostraba no ser un caballero», y si no se salía con la suya se volvía condescendiente y airado. Consciente de que se había portado mal, Lauterpacht le envió a Janowsky una carta en la que se disculpaba de mala

gana. «Me gusta ver mi propio trabajo despedazado cuando lo someto a la crítica», escribía. «Puede que esté cometiendo el error de creer que otros lo planteaban de la misma forma.»⁷⁶

Pese a las presiones, Lauterpacht se resistió a los llamamientos en favor de consultar al tribunal internacional de La Haya con respecto al trato que Alemania daba a los judíos. La idea era «inadecuada, impracticable y extremadamente peligrosa». Él no era precisamente el más fácil de convencer de entre sus colegas, ya que era consciente de los límites del derecho internacional, cuyas lagunas permitían a los Estados discriminar y adoptar medidas como las Leyes de Núremberg.

En 1933 obtuvo la licencia para ejercer como abogado ante las más altas instancias jurídicas. Luego llegó un primer encargo, de Haile Selassie, que quería una opinión sobre la anexión de Etiopía por parte de Italia. En noviembre de 1936 llegó otro caso, esta vez de un distinguido académico suizo que le pedía una opinión legal sobre la protección de los judíos en la Alta Silesia. Si estos no podían obtener protección diplomática, ¿podían al menos abandonar Alemania con todas sus pertenencias? Lauterpacht se negó a dar una opinión legal orientada a influir en el gobierno británico: el objetivo que pretendía el académico suizo simplemente no era alcanzable.⁷⁷



Rachel, Lauterpacht y Eli, Walm Lane, 1933
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC

Ante los oscuros presagios de la política mundial, Lauterpacht trató de persuadir a sus padres de que se trasladaran definitivamente a Inglaterra. Por entonces Polonia había hecho trizas el Tratado de las Minorías de 1919, de modo que los judíos y otras minorías de Lwów se vieron despojados de la protección jurídica internacional. Pero Aron y Deborah decidieron quedarse en Lwów, que era su hogar.

Un radiante día de otoño, me senté con el hijo de Lauterpacht, Eli, en un estudio con las paredes revestidas de libros en su casa de Cambridge, mientras contemplábamos los manzanos del jardín. Eli estuvo rememorando

su vida en Walm Lane, los tranvías y los viajes diarios al jardín de infancia en compañía de su padre, «de camino a la LSE».

Él recordaba a un padre «totalmente absorto» en su trabajo, que pasaba casi todo el tiempo en un estudio situado en la parte de atrás de la casa, la «habitación silenciosa». Trabajaba con «demasiada intensidad» para poder acostar a su hijo, pero había cierta cercanía, una relación que era «cariñosa», si no «intelectual», con momentos más ligeros. Eli recordaba a sus padres bailando en la sala de estar al compás de la *Carmen* de Bizet, y los paseos por el parque local, un momento que se aprovechaba para repasar las declinaciones y conjugaciones latinas. «Me hacía recitarlas, era muy insistente.»

¿Y la familia de Polonia? Eli tenía una vaga conciencia de la situación. «Mis abuelos vinieron a vernos dos veces», pero él solo recordaba la de 1935, cuando su padre «les rogó que se quedaran». Ellos decidieron que no, prefirieron permanecer con sus otros dos hijos. El joven Eli no tenía ni la menor idea de lo que se avecinaba. «Mi padre debía de ser consciente del incipiente peligro, pero aquella clase de cosas nunca me llegaban.»

¿No hablaban de Lwów?

«No, nunca.»

¿De su influencia?

«En realidad, no.»

¿Pesaba en el ánimo de su padre el temor a la guerra? La pregunta produjo como reacción una mirada burlona y luego un silencio. Eso es interesante, me dijo, pero no. «Se lo guardaba para sí. Puede que lo compartiera con mi madre, pero lo que ocurría en Polonia era completamente silenciado. Nunca hablábamos de la situación en Lemberg. Él encontraba otras cosas de las que hablar.»

Insistí.

«Bueno, aquel fue un período espantoso», terminó concediendo Eli. «Él sabía que podía ocurrir algo terrible, no necesariamente que ocurriría o que ocurriría en la forma en que lo hizo.»

Su padre se mantenía distante para protegerse. Explicaba Eli: «Él se centraba en su vida y en su negocio, y trató de persuadir a sus padres de que vinieran. De vez en cuando había correspondencia, de la que, por desgracia, no tenemos copias. No volvió a Polonia a ver a sus padres. No creo que se mantuviera distante, pero la relación con sus padres era de distanciamiento,

aunque yo sabía que los quería muchísimo. Dudo de que alguna vez mi madre y él se sentaran a preguntarse: “¿Deberíamos hablarle al chico de esto?”.»

¿Hablaba de su pasado polaco?

«No. Lo que sí era de dominio familiar era el hecho de que se había criado en una familia judía ortodoxa de Polonia. Nos llevaba al Séder de Pascua, donde cantaba a la manera tradicional, cosa que a mí me encantaba; de hecho, todavía tengo la melodía en la cabeza. Pero no recuerdo en absoluto haber tenido ninguna conversación sustancial sobre su vida en Polonia.»

¿Nunca?

«No, ni una sola vez.»

Eli permaneció un momento en silencio; luego dijo: «Siempre estaba atareado, no paraba de trabajar.» A ello le siguió un débil y fatigado suspiro.

37

«No parar de trabajar» le valió un nuevo éxito. A finales de 1937, el chico de Żólkiew fue elegido para ocupar la prestigiosa cátedra de derecho internacional de la Universidad de Cambridge.⁷⁸ En enero de 1938, Lauterpacht partió en tren de la estación de King’s Cross para tomar posesión de su nuevo puesto, que llevaba aparejada una beca de investigación del Trinity College. Llegaron cartas de felicitación de Kelsen y sus colegas de la LSE. Philip Noel-Baker, el director de dicha institución, le ofreció una cálida enhorabuena; y lo mismo hizo Sir William Beveridge, un colega que ayudaba a acoger a refugiados alemanes cuando no estaba pensando en cómo crear un moderno sistema de bienestar.⁷⁹

«Mi sentimiento hacia usted siempre ha sido de profunda gratitud», le respondió Lauterpacht a Beveridge, por su ayuda con los refugiados del ámbito académico, y de «gran afecto».

La noticia de Cambridge suscitó una feliz y orgullosa respuesta de Lwów. «¡Mi queridísimo y amado hijo!», escribía Deborah. «Te doy mil veces gracias por esta buena noticia.»⁸⁰ La carta aludía a ciertas dificultades financieras, mencionando que Aron estaba trabajando en la distante Gdansk. «No podemos estar felices juntos», añadía la madre.

En septiembre, la familia se trasladó a una espaciosa casa adosada

esquinera situada en el número 6 de Cranmer Road, en Cambridge, que compraron a los McNair por mil ochocientas libras, en una calle flanqueada de árboles y con casas de generosas proporciones, muchas de ellas con su propia entrada para vehículos. La vivienda estaba equipada con varias salas de estar, comedor, despensa de servicio y cocina con trascocina. Las comidas se servían puntualmente –a la una el almuerzo; a las siete la cena– y se anunciaban mediante un gong de latón. El té se servía a las cuatro y media, a menudo acompañado de un trozo de bizcocho de Fitzbillies, la panadería local, que todavía hoy sigue funcionando.⁸¹

En la primera planta había un dormitorio para Lauterpacht, otro para Rachel y otro para Eli, además de un estudio para el primero. Allí era donde trabajaba, a menudo con música clásica de fondo, sentado en una silla de brazos hecha de nogal, ante un gran escritorio de caoba con la parte superior de cuero, encarado al jardín. Este último tenía manzanos, prunos y ciruelos claudios, que a Lauterpacht le gustaba podar, además de narcisos, rosas y lirios de los valles, sus flores favoritas. Para él era importante que el césped estuviera limpio de malas hierbas y bien cortado por un jardinero, ya que durante toda su vida conservó el temor a pillar un resfriado si sus pies tocaban la hierba mojada. Por esa razón, cuando se daban tales condiciones siempre caminaba apoyándose en los talones, con la punta de los pies hacia arriba para reducir al mínimo el contacto con el suelo. «Era pintoresco», recordaba Eli.

Los Lauterpacht eran acomodados, pero no ricos. La decoración de su hogar era modesta, y durante la primera década no tendrían calefacción central. Una rara concesión al derroche fue la compra de un automóvil por noventa libras, un Standard 9 Saloon azul de segunda mano fabricado en Coventry. Hersch no era precisamente un conductor sosegado, y se ponía extremadamente nervioso si alguna vez la velocidad superaba los ochenta kilómetros por hora.

Los demás vecinos de la calle reflejaban muy bien el nuevo y variado mundo de Lauterpacht. Su vecino de al lado, el del número 8, era el doctor Brooke, un clérigo jubilado. Enfrente, en el 4, vivía David Winton Thomas, titular de una cátedra regia de hebreo y antaño jugador de rugby con los colores de Gales. Un poco más lejos, en el número 13, vivía Sir Percy Winfield, titular de la cátedra Rouse Ball de derecho inglés y la principal autoridad del país en el tema de la responsabilidad extracontractual (el

historiador Simon Schama atribuía a su libro dedicado a este tema, *Winfield on Tort*, que todavía se utiliza, el mérito de haber acabado definitivamente con cualquier interés que pudiera tener en el derecho).⁸²

Sir Ernest Barker, catedrático de ciencia política, vivía en el número 17, y por entonces trabajaba arduamente en su obra *La Gran Bretaña y el pueblo británico*. El profesor Arthur B. Cooker, catedrático emérito de arqueología clásica, vivía en el número 19. El 23 estaba ocupado por el profesor Frank Debenham, catedrático de geografía y primer director del Instituto Scott de Investigación Polar, adscrito a la universidad (de joven había acompañado al explorador Robert Falcon Scott, que daba nombre al instituto, en su última expedición a la Antártida, pero se salvó del aciago último tramo al Polo Sur gracias a una lesión sufrida jugando al fútbol sobre la gruesa capa de nieve).⁸³

A Lauterpacht le gustaba ir andando al Trinity y a la cercana facultad de derecho. Puntilloso y siempre atento a su aspecto –solía dar clase con traje oscuro y toga–, con frecuencia se le veía con un sombrero de fieltro por el que sentía un gran aprecio. En cierta ocasión, durante un viaje en tren de La Haya a Suiza, el apreciado sombrero «salió volando por la ventana y se posó suavemente en la vía», un acontecimiento que consideró que merecía la pena contarle a Rachel por carta, como lo fue asimismo el tiempo que pasó en la Oficina de Objetos Perdidos de Lausana.⁸⁴ El sombrero nunca apareció.

Rachel todavía vivía en Londres cuando su marido dio su primera clase en Cambridge. No demasiado inclinado a la modestia, Hersch juzgó la experiencia como «bastante elocuente». El periódico estudiantil *Varsity* lo describió como «un profesor de primera, con una técnica bien practicada y pulida», que además hacía un gran uso de las manos, «con resultados provechosos». Si había algún defecto apreciable, era que «se queda mirando fijamente por la ventana». *Varsity* señalaba también otro rasgo: «¿Qué chiste privado causa esa pequeña sonrisa que aflora al exterior en sus labios?»⁸⁵ Quizá fuera el asombro por haber hecho aquel viaje de Żółkiew a Cambridge.

En aquel ambiente idílico, el ruido de fondo resultaba cada vez más amenazador. Alemania ocupó los Sudetes; luego atacó Checoslovaquia. Lauterpacht tenía muy presentes Lwów y Żółkiew.

Alemania invadió Polonia el primero de septiembre de 1939. Dos días después, un domingo por la mañana, el primer ministro inglés, Neville Chamberlain, anunció que Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania. La familia Lauterpacht se reunió en el estudio de Cranmer Road para escuchar la emisión: Hersch, sentado en una silla de respaldo alto; su esposa y su hijo, en mullidos sillones cuadrados de color verde; todos congregados ante el aparato de radio marca Pye. Eli, que entonces tenía once años, recordaba la emoción del momento, aunque no era consciente de «lo que significaba en términos de sufrimiento humano». Su padre recibió la noticia con calma. La casa se puso en pie de guerra, se compraron víveres y se colgaron cortinas opacas (utilizadas para impedir que la luz de las ventanas se viera desde el aire). Luego la vida continuó: llegaban huéspedes, Lauterpacht daba clases y escribía... A sus cuarenta y dos años, ya era demasiado viejo para luchar, pero se incorporó a la Home Guard, una organización de voluntarios para la defensa local, donde pasaría a ser conocido afectuosamente como «Lumpersplash».⁸⁶

Los alemanes entraron en Lwów y en Żólkiew en septiembre, pero pronto se retiraron, tal como me había contado la anciana Olga de Żólkiew. Luego los soviéticos tomaron el control. Polonia perdía así su independencia y se convertía en un país dividido por Hitler y Stalin. Las cartas desde Lvov, como la ciudad pasó a llamarse ahora, calificaban la vida bajo los soviéticos de difícil, aunque sin graves peligros.

En junio de 1940, Alemania invadió Francia (fue el momento en que Leon se vio obligado a separarse de mi madre, su hija todavía pequeña). La ocupación de París provocó la decisión de evacuar a Eli y a Rachel a América. Lauterpacht aceptó el encargo de dar una serie de conferencias a petición de la Fundación Carnegie, de modo que en septiembre de aquel mismo año la familia zarpó rumbo a Estados Unidos en el transatlántico *Scythia*, de la naviera Cunard White Star Line.⁸⁷ Tres días después, otro barco que había zarpado de Liverpool, el *City of Benares*, fue torpedeado por un submarino alemán, lo que causó la muerte de doscientas cuarenta y ocho personas, incluidos muchos niños. Los Lauterpacht llegaron a Nueva York a primeros de octubre, y se instalaron en un apartamento en Riverdale, en el Bronx, cerca del río Hudson. Eli se matriculó en la escuela Horace Mann, donde no coincidió con otro antiguo alumno, Jack Kerouac, por un año de diferencia. Lauterpacht se fue a dar sus conferencias.

En Washington, el politólogo británico Harold Laski lo introdujo en las instancias superiores de la comunidad jurídica estadounidense. Estados Unidos, que todavía no estaba en guerra con Alemania, quería ayudar a Londres, pero dentro de los límites que permitían las reglas de la neutralidad. Lauterpacht dedicó tiempo a hablar con funcionarios de la embajada británica y fue a ver al juez Felix Frankfurter al Tribunal Supremo.⁸⁸ Frankfurter, cuya esposa estaba vinculada a Lemberg, agradeció a Laski que les hubiera presentado, lo que llevó al académico de la LSE a expresar su esperanza de que la sensatez y la tolerancia de Lauterpacht pudieran hacer que los estadounidenses entendieran los valores por los que luchaba Gran Bretaña.

Lauterpacht pasó dos meses dando conferencias por todo Estados Unidos, recorriendo casi diez mil kilómetros y visitando quince facultades de derecho y universidades. El tema central de sus conferencias ofrecía una respuesta a los críticos del derecho internacional, subrayando su importancia en un momento de crisis, sobre todo para la protección de los individuos. Sin embargo, las cartas que escribió a casa reflejaban sus dudas y su inquietud por el rumbo de la guerra. «¿Habrà un Cambridge al que volver?», le preguntaba a Rachel. A Eli le ofrecía un sencillo consejo: «Hazlo lo mejor posible; sé modesto; intenta hacer amigos y conservar su amistad.»⁸⁹

En diciembre de 1940, Laski presentó a Lauterpacht a Robert Jackson, el fiscal general del presidente Roosevelt. «La primera semana de enero estaré en Washington; ¿puedo hacerle una visita de cortesía?»,⁹⁰ le escribió Lauterpacht a Jackson, que respondió afirmativamente. Unas semanas más tarde Hersch viajó a Washington, donde se entrevistó con el asesor jurídico del Departamento de Estado y se reunió de nuevo con el juez Frankfurter.

Jackson, que buscaba el modo de ayudar a que Estados Unidos apoyara a los británicos sin verse arrastrado a la guerra, tenía sus propias razones para reunirse con Lauterpacht. «Lo que se necesitaba», le dijo a Lauterpacht, era «una filosofía» que hiciera efectiva la política estadounidense de dar «toda clase de ayuda a los aliados excepto la guerra».⁹¹ Jackson desconfiaba de los juristas estadounidenses, muchos de los cuales se resistían al compromiso.

Lauterpacht quería ayudar, pero sabía que la situación era delicada. Obtuvo luz verde de la embajada británica en Washington para elaborar un memorando legal sobre las distintas opciones que tenía Estados Unidos de ayudar a Gran Bretaña sin violar las reglas de la neutralidad.⁹² Jackson introdujo algunas de aquellas ideas en la Ley de Préstamo y Arriendo que el

presidente Roosevelt presentó al Congreso unas semanas después, una polémica ley que permitía a la administración respaldar a Gran Bretaña y a China.⁹³ Así, el primer esfuerzo de cooperación entre Lauterpacht y Jackson dio sus frutos.

Lauterpacht transmitió también otras ideas, algunas de las cuales llegarían a plasmarse en un discurso que Jackson pronunció en marzo de 1941. En él, el fiscal general rogó a los juristas presentes –un grupo conservador– que adoptaran un enfoque moderno inspirándose en las ideas de Lauterpacht. Quienes violaban la ley debían pagar un precio, explicó Jackson, de modo que debía permitirse que Estados Unidos ayudara a las víctimas. El *New York Times* calificó el discurso de Jackson de «extraordinariamente significativo», aplaudiendo el rechazo a las obsoletas concepciones decimonónicas de derecho y neutralidad.⁹⁴ Encantado sin duda por aquel espaldarazo a sus ideas, Lauterpacht rechazó los honorarios que le ofreció Jackson. Cuando se pronunció el discurso, Hersch se hallaba ya de regreso en Inglaterra, aunque Rachel y Eli se quedaron en Nueva York.

39

Lauterpacht llegó a Cambridge a finales de enero de 1941, después de tres vuelos en un Boieng Atlantic Clipper, a través de las Bermudas, las Azores y Lisboa. Entre sus compañeros de viaje figuraba Wendell Willkie, el candidato republicano derrotado por Roosevelt en las elecciones presidenciales solo unas semanas antes. Ambos pasaron gran parte del vuelo en animada conversación sobre el estado del mundo. Willkie aceptó la invitación de Lauterpacht de visitar el Trinity, pero nunca llegaría a hacerlo.⁹⁵

El regreso de Lauterpacht coincidió con la llegada de uno de los cada vez más raros mensajes que ahora llegaban de Lvov. «¡Querido!», le escribía su hermano, con noticias de que la familia estaba «relativamente bien» y de que «nuestros queridos viejos han envejecido veinte años en este período».⁹⁶ Dada la atenta vigilancia de los censores soviéticos, la carta ofrecía mensajes cifrados. «Nos gustaría verte para poder estar juntos de nuevo», insinuaba David. «De qué modo depende de ti.» Si habían de reunirse, tenía que ser Lauterpacht quien se encargara de hacer los trámites. La familia prefería «estar unida en momentos así»; ¿podía Lauterpacht ir a Lvov a verlos? «Ya

conoces nuestros deseos», concluía David, algo enigmáticamente debido a la censura; «cuídate, besos de todos».

La carta le causó inquietud, pero no ha quedado constancia de los pasos que pudo dar para llevar a la familia a Gran Bretaña. Lauterpacht se concentró en sus clases, en la labor del *Annual Digest* –«pesada», pero que le servía de distracción– y en una nueva edición del *International Law* de Oppenheim.⁹⁷ La comida era un consuelo; dado que en Cambridge las reservas eran limitadas, hacía viajes regulares a su tienda de ultramarinos favorita en Cricklewood, regentada por un tal Ziedman. Este era una «bendición», le explicaba Lauterpacht a Rachel; de algún modo lograba tener «todo el aceite de freír que yo quería» y otros artículos imposibles de conseguir.⁹⁸

También escribir le daba consuelo. Una de las cartas que envió iba dirigida a Leonard Woolf, a quien conocía de sus días en la LSE, expresando sus condolencias por la muerte de Virginia.⁹⁹ Otra se la envió a Rachel en Nueva York, manifestando su preocupación por el rumbo de la guerra después de que Yugoslavia se incorporara al bando de los alemanes, aunque más positivo con respecto a la recuperación de Adís Abeba, un raro éxito para su antiguo cliente Haile Selassie.¹⁰⁰ Una carta a Eli lo reprendía por quejarse de la vida en Nueva York mientras en Gran Bretaña la gente vivía «en un estado de ansiedad más apremiante y con toda clase de preocupaciones».¹⁰¹

En abril de 1941, Hersch recibió una invitación para dar una conferencia en el Wellesley College de Massachusetts. En mayo dio una charla en el Royal Institute of International Affairs de Londres sobre «La realidad del derecho de las naciones», en la que una vez más se centró en la problemática de los individuos. También clamó contra el pesimismo y el cinismo, presentando argumentos positivos en favor del derecho internacional y de la esperanza. Esto tenía algo de desafío, dada la amplia información que circulaba en torno a las «graves violaciones» que se estaban produciendo en toda Europa. Aquellos actos perpetrados por Estados sin ley, declaró a su audiencia, debían ser cuestionados por los gobiernos, por los juristas internacionales y por «la voluntad y el esfuerzo del ciudadano».¹⁰²

Lauterpacht encontró una voz que extraía su fuerza de la adversidad y hablaba de «los derechos y obligaciones de hombre». Su pasión se vio alimentada por la llegada de una breve carta de su padre, escrita el 4 de enero de 1941. «¡Queridísimo!», le escribía cariñosamente a su hijo, asegurándole

que sus cartas «nos han producido una extraordinaria alegría». Él se sentía «plenamente tranquilizado» por la noticia de que la familia se hallaba sana y salva en América. En Lvov todos estaban «perfectamente sanos», pero nada más. Esperaban que las cosas se arreglaran. Enviaban saludos del tío David de Żółkiew. «Saludos de todo corazón y besos para todos.»¹⁰³ Su madre añadía una línea de besos.

Luego se hizo el silencio. «Escribe a menudo a mi familia», le instó Hersch a Rachel, dándole una dirección de Lvov, que ahora estaba en la «Rusia soviética»: Ulica Obrony Lwów, una calle llamada así en honor de los «Defensores de Lvov».¹⁰⁴ La familia seguía viviendo en la calle Tres de Mayo.

40

En junio, Hitler abandonó el Pacto Ribbentrop-Mólotov y ordenó a las tropas alemanas avanzar hacia el este, internándose en la Polonia ocupada por los soviéticos. En el plazo de una semana Żółkiew y Lvov estaban en manos alemanas y se produjeron varias detenciones de académicos, entre ellos el profesor de derecho privado austriaco de Lauterpacht, Roman Longchamps de Berier. Detenido por el simple delito de ser un intelectual polaco, fue ejecutado al día siguiente en la denominada «Masacre de los profesores de Lwów», junto con sus tres hijos.¹⁰⁵

Inka, la sobrina de Lauterpacht, me hizo un relato de primera mano de aquellos días, un equivalente a la descripción de Clara Kramer de la llegada de los alemanes a Żółkiew. Me reuní con Inka –hija única de la hermana de Lauterpacht– en el verano de 2010 en París, en su pequeño y ordenado apartamento, situado en las inmediaciones de la Torre Eiffel. Era una mujer apasionada que revoloteaba como un gorrión por la habitación con gran energía. Al final nos acomodamos en la mesa del comedor, cubierta con una tela de color blanco intenso, iluminados por un único rayo de sol limpio y brillante. Me ofreció té negro en una delicada taza de porcelana. Bajo la ventana abierta, me habló con voz suave, carente de emoción.

Habíamos extendido sobre la mesa un mapa de Lwów de 1938. Me dijo que por entonces tenía ocho años, mientras señalaba la casa de mi abuelo Leon, en una calle por la que ella solía pasear. Me pidió que le enseñara los

pocos documentos que yo había traído. Le mostré un certificado emitido a nombre del padre de Leon, Pinkas Buchholz, en 1890. «Dice que nació en 1862», exclamó ella, con un acento que me recordó al de mi abuelo. Este había aprobado el examen para la fabricación de aguardiente, pero solo con un *assez bon*, «bastante bien». Ella sonrió: «¡No es lo mismo que «bien»!»

El padre de Inka, Marcele Gelbard, era abogado, siguiendo la tradición familiar, como su propio padre. Los dos hombres eran rubios; de hecho, Gelbard significaba «barba amarilla» en alemán, y era un apellido otorgado en el período austrohúngaro. El recuerdo que Inka tenía de Lauterpacht en aquella época era vago, ya que este se trasladó a Gran Bretaña antes de que ella naciera. Cuando hablamos de Żólkiew, me dijo: «¡Oh, querido, lo dice usted mal! No pronuncia usted la zeta. Se pronuncia “Julkiev”. La zeta es como una jota. Una jota suave.» Luego añadió, con un suspiro: «La conozco bien, la ciudad de mi madre, de mis tíos y abuelos, adonde fui después de la guerra.»



Inka (derecha), con Rachel y Lauterpacht, Londres, 1949
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC

Seguimos examinando el mapa de 1938 de Lwów. Aunque ella nunca volvió después de 1945, pudo enseñarme la casa donde vivieron los padres de Lauterpacht, sus abuelos Aron y Deborah, en el número 64 de la calle Tres de Mayo, adonde se trasladaron desde la calle Teatralna. El lugar estaba cerca de la calle Szeptyckich, a unos minutos a pie de la casa donde nació Leon, una «zona menos prestigiosa». «Solíamos comer en el Bristol o en el George», recordaba, dos lujosos hoteles.

«Yo podía deambular por toda Lwów hasta que cumplí los nueve años. Luego eso cambió, cuando vinieron los rusos; fue el final de la vida que conocíamos.»

Tomó un sorbito de té; luego otro.

«Déjeme que le enseñe unas fotos.» Pasamos a su dormitorio y abrió un armario ropero, del que sacó una cajita de madera con fotografías de sus padres. Había también una carta de Lauterpacht, enviada en la década de 1950, y una foto tomada en Londres ante el Palacio de Westminster en la que aparecía Inka en compañía de su tía y su tío, y en la que este último llevaba la peluca propia de un recién nombrado «consejero real», un título honorífico que se concede en el Reino Unido a juristas destacados.

Volvimos a la sala de estar. Antes de que los soviéticos ocuparan Lwów en septiembre de 1939, se vivía bien. Inka asistía a una pequeña escuela privada, ajena a la discriminación. «Mis padres me lo ocultaban, y en la escuela nadie hablaba de esas cosas.» Su padre era un hombre respetado, un excelente abogado, y tenía buenos amigos, la mayoría de ellos judíos. Por casa circulaban algunos que no lo eran, polacos que «venían a tomar cócteles», seguidos de los judíos, que venían a cenar más avanzada la tarde. No había ucranianos en su vida.

Las cosas cambiaron «de inmediato» con la llegada de los soviéticos. «Nos dejaron quedarnos en el mismo apartamento, solo que no podíamos ocuparlo en su totalidad. Primero nos dieron dos habitaciones, luego se nos permitió ocupar una habitación y la cocina y el derecho a usar el retrete y el baño.» Todavía recordaba la dirección, el número 258 de la calle Tres de Mayo, o quizá era el número 87, cerca de la casa de los Lauterpacht, también en la misma calle. Esta discurría paralela a la calle Sykstuska, donde se tomó la fotografía de la barricada durante las batallas de noviembre de 1918.

Su madre, una mujer «tremendamente encantadora», recibió numerosas proposiciones de los rusos. «¡El coronel que vivía en nuestro apartamento se

enamorado de ella!», exclamó Inka. Aquellos años no fueron tan malos. Luego llegaron los alemanes, en julio de 1941, y la situación empeoró muchísimo.

«La vida continuó porque mi padre hablaba alemán, pero no fue así para la mayoría de los judíos. Tuvieron que dejar sus vecindarios a menos que vivieran en el barrio judío. Por alguna razón, a nosotros nos permitieron quedarnos en una habitación en nuestro apartamento; nunca fue requisado del todo.»

De vez en cuando, durante un período de varios días, se iniciaban *Aktionen* para detener a judíos en la calle, concretamente a los que no llevaban el brazalete con la estrella de David. Su padre era conocido y tenía que ir con cuidado, pero a su madre la conocía menos gente, de modo que a veces salía sin llevar *le truc*; «la cosa», como llamaba Inka al brazalete.

«Era desagradable y peligroso. No nos gustaba. Antes de la guerra, en la calle no se sabía quién era judío. Ahora se sabía.»

Examinamos unas cuantas fotografías en blanco y negro que yo había traído. Una de ellas era una postal de la famosa sinagoga del siglo xvii de Żółkiew en estado ruinoso. ¿Recordaba ella el edificio? «No.»

Mientras Inka observaba la postal, acercándosela al rostro, ocurrió algo extraño. Sonó el timbre. Era el portero, que traía una única carta. Inka la miró y me dijo: «Es para usted.» Curioso, dado que era la primera vez que veía a Inka. Ella me dio la carta, que en realidad iba dirigida a ella, y procedía de la Asociación de Mártires de Żółkiew. La abrí, saqué un folleto y lo puse sobre la mesa.

En el anverso había una imagen de la vieja sinagoga de Żółkiew. Era la misma que yo acababa de enseñarle a Inka, la que ella no recordaba. Por una simple coincidencia, ahora tenía dos copias.

En agosto de 1941, Lemberg y Galitzia fueron incorporadas al Gobierno General de Alemania. Cuando Hans Frank se convirtió en gobernador, Lauterpacht planeaba regresar a Estados Unidos, dar clases en el Wellesley College y ocupar un pequeño espacio para trabajar en la Biblioteca de Derecho de Harvard.

Los días previos a la partida se hicieron eternos, mientras iban calando las

consecuencias de la ocupación alemana. «Ya sabes todo lo de Lwów», le escribió a Rachel. «No me gusta expresar mis sentimientos, pero el asunto me acompaña constantemente como una pesadilla.» Aunque no era posible ocultar los temores, la vida continuaba, como si hubiera «dividido su personalidad». Era «perfectamente normal» en su relación cotidiana con la gente, examinando mociones, ayudando a sus colegas del Trinity o recibiendo a generales. Pero también hubo más compromiso político: antes de partir rumbo a Estados Unidos, añadió su nombre a una lista de académicos de Cambridge que ofrecieron su apoyo a la Academia de Ciencias soviética por las «luchas heroicas» de dicho país «contra el enemigo común». ¹⁰⁶

Lauterpacht regresó a Nueva York en agosto de 1941 y pasó el primer trimestre del curso académico en Wellesley. También estuvo de visita en Harvard, al tiempo que pasaba los fines de semana en Nueva York con Rachel y Eli. En octubre viajó a Washington para reunirse con Francis Biddle, el sucesor de Jackson en la fiscalía general, que buscaba argumentos legales que permitieran a Estados Unidos atacar submarinos alemanes. Lauterpacht había permanecido en contacto con Jackson y le había dado la enhorabuena cuando fue nombrado juez asociado del Tribunal Supremo estadounidense. Jackson le respondió con una cálida nota y una separata del discurso de La Habana. Lauterpacht le ofreció su ayuda con otro discurso, este acerca de cómo poner fin a la «anarquía internacional», ¹⁰⁷ pero cuando le transmitió sus ideas la guerra ya había dado un giro decisivo: el 7 de diciembre, Japón atacó a las fuerzas navales estadounidenses estacionadas en Pearl Harbor, lo que llevó a Estados Unidos a declarar la guerra a Japón. A los pocos días, Alemania declaraba a su vez la guerra a Estados Unidos. La situación militar y política se había transformado cuando los dos hombres se reunieron en Washington a comienzos de 1942.

Más o menos por entonces, nueve gobiernos europeos en el exilio –entre los que se contaban los de Polonia y Francia– se reunieron en el Palacio de St. James, en Londres, para coordinar su respuesta ante las noticias que llegaban sobre el «régimen de terror» de Alemania. Circulaban historias terribles, relatos de encarcelamientos y expulsiones masivos, de ejecuciones y matanzas. Ello llevó a los gobiernos en el exilio a hacer pública una declaración, en enero de 1942, expresando su deseo común de utilizar el derecho penal para castigar a los «culpables» y «responsables» de las atrocidades. ¹⁰⁸ Sus autores serían «perseguidos, entregados a la justicia y

juzgados», una idea que se convirtió en uno de los objetivos oficiales de la guerra.

Los nueve gobiernos crearon una comisión de crímenes de guerra destinada a recabar información sobre las atrocidades y sus autores, un organismo que luego se convertiría en la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas.¹⁰⁹ Churchill autorizó a los abogados del Estado británicos a investigar los crímenes de guerra alemanes bajo la dirección del procurador de la Corona, David Maxwell Fyfe.¹¹⁰ En cuestión de unos meses, el *New York Times* informó de que el gobierno polaco en el exilio había identificado a diez grandes criminales.¹¹¹ El primer nombre de la lista era el de Hans Frank, justo por encima del gobernador Otto von Wächter, el compañero de clase de Lauterpacht en Viena.

Sobre este telón de fondo, a finales de enero Jackson pronunció un discurso titulado «La anarquía internacional» en el Hotel Waldorf. Redactado con ayuda de Lauterpacht, que asistió como invitado, el discurso describía la guerra y las atrocidades, y la necesidad del derecho y los tribunales, «los mejores instrumentos [...] hasta ahora ideados para doblegar la violencia».¹¹² Lauterpacht contaba ahora con un defensor de sus ideas en las más altas esferas del gobierno estadounidense. Lo que él y Jackson no sabían era que las atrocidades estaban a punto de aumentar de nivel en la escala del horror: tres días antes, en un chalé del distrito de Wannsee, en las inmediaciones de Berlín, una conferencia de altos mandos nazis había acordado en secreto la denominada «Solución Final».

Lauterpacht pasó varias semanas en Nueva York, donde estuvo trabajando con personal de la embajada británica, asistió a conferencias y se reunió con el gobernador, Herbert Lehman. Hasta tuvo tiempo de distraerse con Rachel yendo al cine. No demasiado cautivada por Bette Davis en *El hombre que vino a cenar*, la pareja sí disfrutó, en cambio, con *Pimpinela Smith* en el Rivoli de Broadway.¹¹³

Entendí por qué viendo la película siete décadas después. El héroe, un académico de Cambridge interpretado por el actor e ídolo de masas Leslie Howard (que murió al cabo de un año cuando su avión fue derribado por la Luftwaffe sobre el Atlántico), se enfrenta a los «guturales y los camisas pardas» y se dedica a salvar clandestinamente a víctimas del terror nazi, incluida su propia hija. «Puede que caiga Singapur», afirmaba alegremente el

autor de la reseña sobre el filme en el *New York Times*, «pero los británicos todavía son capaces de hacer melodramas que te hielan las venas.»¹¹⁴

42

En marzo de 1942, Lauterpacht volvió a Inglaterra, poco después de que Japón ocupara Singapur y mientras Alemania trataba de ampliar su control sobre la región oriental de Europa. Sin noticias de Lemberg, Lauterpacht escribía con frecuencia a Rachel y a Eli, que ahora estudiaba en la Academia Phillips de Andover, en Massachusetts. «Estoy algo deprimido [...] por las noticias de la guerra», les decía; estaban «pasando un período muy malo».¹¹⁵

La situación alimentaria, que se caracterizaba por lo exiguo de las raciones, no mejoraba su estado de ánimo. «He abandonado por completo los quehaceres domésticos», y, por otra parte, las tiendas ya no hacían entregas: «Tienes que ir a buscarlo todo tú mismo.» El jardín ofrecía un rayo de luz, con unos narcisos que proporcionaban «un glorioso espectáculo»; una modesta compensación por la pérdida de su equipaje en el mar, en algún punto entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Hersch se centró en una nueva edición del *Tratado de derecho internacional público* de Oppenheim y en el noveno volumen de *International Law Reports*, que había de incluir casos de los primeros años del conflicto. Estos tenían que ver con la Guerra Civil española, la conquista italiana de Abisinia y «la legislación y las prácticas del régimen nazi en Alemania», con sus «inquietantes características generales».¹¹⁶ Lauterpacht seleccionó los casos con gran esmero. Escogió una sentencia del Tribunal Supremo de Alemania, una apelación de un judío alemán condenado por mantener relaciones sexuales con una mujer aria, violando así las Leyes de Núremberg de 1935. El caso planteaba una cuestión legal algo novedosa: ¿y si el acto sexual se producía fuera de Alemania? El Tribunal Supremo sentenció que las Leyes de Núremberg regían también para un acto sexual que se había realizado en Praga, con un razonamiento que era una maravilla de simplismo teleológico: el objetivo de las Leyes de Núremberg se vería socavado si no se aplicaban a los actos realizados en el extranjero. Así, un judío alemán que cohabitara con una ciudadana alemana de sangre germana fuera del Reich «debe ser castigado [...] si ha persuadido a la mujer alemana

de que se una a él en el extranjero con ese fin». ¹¹⁷ Una decisión así, comentaba Lauterpacht, confirmaba la necesidad de un tribunal de revisión internacional.

Las actividades de Lauterpacht no se limitaban al ámbito académico. Siguió ofreciendo asesoramiento a Jackson, a quien veía como un bastión contra el aislacionismo norteamericano cuando Estados Unidos entró en la guerra, un hombre al que «escuchaba la Administración». ¹¹⁸ Escribió a Eli y a Rachel, que estaban en Estados Unidos, hablándoles de su participación en un nuevo proyecto, consistente en examinar «la cuestión de los denominados crímenes de guerra» y cómo castigar a los alemanes culpables de delitos internacionales en territorios ocupados. ¹¹⁹ El proyecto se inició en junio de 1942, cuando se eligió a Arnold McNair para presidir el «Comité de Crímenes de Guerra» destinado a implementar la Declaración del Palacio de St. James. ¹²⁰ McNair invitó a Lauterpacht a unirse a su equipo, y a primeros de julio este asistió a una primera reunión del comité. McNair le pidió que elaborara un memorando sobre cuestiones legales.

«Se me han subido los humos», le dijo a Rachel cuando el comité decidió utilizar su enfoque como «modelo» de trabajo. La reunión le ofreció asimismo otras oportunidades, ya que en ella participaban juristas de los gobiernos en el exilio con sede en Londres. Con ello, le escribió a su esposa, esperaba hacer «mucho bien [...] a las minorías de Polonia oriental», ya que los polacos serían «el factor principal» en la solución para las minorías en la posguerra. ¹²¹ Este trabajo le llevó a centrarse de una manera práctica en la justicia y en la responsabilidad de los individuos, y no solo de los Estados a los que servían.

Aquel verano aterrizó en su escritorio otro nuevo proyecto: el Comité Judío Estadounidense le invitó a escribir un libro acerca de la legislación internacional de los derechos humanos, ofreciéndole unos generosos honorarios (dos mil quinientos dólares más gastos). El tema era a la vez nuevo y atractivo, de modo que aceptó, diciendo que escribiría un libro «sobre la Declaración Internacional de Derechos del Individuo (o algo así)». ¹²² Empezó a trabajar en el libro el primero de julio, esperando, no sin cierto optimismo, tenerlo terminado a finales de año.

En diciembre puso a prueba algunas nuevas ideas sobre derecho internacional en una conferencia pronunciada en Londres, en una atmósfera

de «solemnidad». Según le dijo a Rachel, fue bastante bien, aunque se produjo «cierta veneración embarazosa por tu marido». Su tema central fue un llamamiento a los gobiernos para que abrazaran la «revolucionaria inmensidad» de una nueva legislación internacional que protegería los derechos fundamentales del hombre.¹²³

43

Lauterpacht no sabía que su trabajo en el nuevo libro, en el verano de 1942, coincidió con una visita a Lemberg del gobernador general Hans Frank para celebrar el primer aniversario de la incorporación de Galitzia al Gobierno General. En el mismo momento en que Lauterpacht se centraba en una declaración internacional de derechos, Frank ponía en marcha la implementación de la Solución Final en Galitzia, tal como se había acordado en la Conferencia de Wannsee. El impacto en la familia de Lauterpacht fue tan inmediato como devastador.

Inka Katz me explicó lo que ocurrió. Ella recordaba la visita de Frank, el miedo que engendró y las consecuencias que trajo. Su abuelo Aron fue el primero al que se llevaron, el 16 de agosto, del apartamento que compartía con el hermano de Lauterpacht, David; al anciano lo sacaron de un armario del cuarto de baño donde se había ocultado.

«Dos días después, el 18 de agosto, los alemanes se llevaron a mi madre, y hermana de Hersch, Sabina.» Inka hablaba con absoluta calma. «Mi madre iba por la calle cuando fue asaltada por soldados ucranianos y alemanes.» Ella estaba sola en casa y vio lo que ocurría desde allí por una ventana. Su padre estaba trabajando a unas casas de distancia, en su viejo apartamento. «Alguien fue a decirle que se habían llevado a mi madre», me explicó Inka; fue un portero quien se lo dijo. «Yo supe lo que había pasado. Lo vi todo por la ventana.»

¿Qué edad tenía?

«Tenía doce años, ya no era una niña. Dejé de ser una niña en 1939. Yo entendía lo que estaba ocurriendo, conocía los peligros y demás. Vi a mi padre correr en pos de mi madre, detrás de ella, por la calle.»

Hizo una pausa y contempló la extensión de París a través de la elegante

ventana de su apartamento, bebiendo a sorbos su té negro. «Supe que había terminado.»

Estuvo observando desde la ventana de arriba, recordando aquellos detalles para los que un niño tiene una memoria especial.

«Yo observaba con discreción; no era valiente. De haberlo sido, habría corrido tras ella. Pero sabía lo que estaba pasando. Recuerdo muy bien la escena, el vestido de mi madre, sus altos tacones...»

¿Sabía que tal vez era posible que no volviera a ver a su madre?

«Nada de “tal vez”. Lo sabía.»

Así se llevaron los alemanes a la hermana de Lauterpacht ante los ojos de su hija.

«Mi padre no pensó en mí. ¿Y sabe qué? A mí eso me gustó. Para él, simplemente se habían llevado a su esposa, la mujer a la que tanto amaba. Se trataba solo de conseguir que volviera.»

Inka admiraba el hecho de que su padre, con su traje gris oscuro, fuera en busca de su esposa.

Entonces se lo llevaron a él. Nunca regresó. Inka se había quedado sola.

«No supe nada más de ellos. Se habían llevado a miles de personas. ¿Quién sabe qué fue de ellos? Pero yo sabía lo que iba a pasarles. Al cabo de unos días dejé el apartamento, porque sabía que los alemanes vendrían a requisarlo. Mi abuela se fue al gueto; yo me negué, no podía imaginarme allí. Acudí a mi institutriz, la antigua institutriz; seguía teniendo una estrecha relación con mis padres porque mi padre se había portado bien con ella. No era judía, aunque podía haberlo sido. Le expliqué lo que había pasado, y ella me dijo: “Ven y quédate conmigo.” No era solo una institutriz, era más que eso. Era... ¿cómo lo llaman ustedes, un ama de cría? Mi madre no me amamantó; lo hizo ella. Ella me dio el pecho.»

Mientras hablábamos, Inka sirvió dos tazas de un oscuro té ruso.

«Fui allí, aunque no por mucho tiempo, por los registros. “Es mi sobrinita”, le decía la institutriz a todo el que preguntaba. La verdad es que yo no parecía en absoluto judía, pero desde luego tampoco parecía sobrina suya. De hecho no la creían, así que me envió al campo a vivir con su familia.» Pero Inka no pudo quedarse allí mucho tiempo.

«Me marché por otros motivos. Había un hombre al que le gustaban los niños pequeños. Yo ya sabía de qué iba; había leído sobre esas cosas, conocía los chistes que se hacían sobre aquellos hombres. Así que me marché. Fui a

vivir con otra persona a la que mi padre había ayudado. Eso era a finales de 1942, todavía en los alrededores de Lwów, pero no en el gueto judío. No me quedé mucho tiempo. La mujer fingía que yo era una prima, o una sobrina, o la hija de su prima. Pero no funcionó. Su familia empezó a inquietarse. Yo les oía detrás de la puerta; les oía decir: “No parece de la familia.” Y era verdad.»

De modo que Inka volvió a marcharse. «Fue muy difícil. Ya no sabía adónde ir. Vagaba por las calles durante todo el día y dormía donde podía. En Polonia, en aquella época, la entrada principal de los bloques de pisos se cerraba por las noches, a las diez o las once, así que entraba antes de esa hora, y subía muy silenciosamente hasta la buhardilla, en un edificio donde no me conocieran. Allí podía dormir, en las escaleras junto al *grenier* [el desván]. Era aterrador cuando llegaba alguien en plena noche. Tenía miedo, estaba sola, y me preocupaba que me entregaran a la policía.»

Inka prosiguió, con voz calmada: «Esto duró un mes o dos. Era a finales de otoño. Mi madre me había dicho dónde estaban sus joyas, dónde estaba el dinero. Vivía de eso. Entonces me robaron. Una mañana me desperté y se lo habían llevado todo. No quedaba nada.»

Sola y desesperada, aquella muchacha de doce años encontró a una clienta y amiga de su padre, una anciana, dispuesta a acogerla durante dos meses.

«La gente empezó a hablar, así que tuve que dejarla. Ella era católica; habló de meterme en un convento. Fuimos juntas. Las monjas dijeron sí, nos la quedaremos.»

El convento estaba en las afueras de la ciudad.

«No recuerdo el nombre», dice Inka. «Era muy pequeño, no era conocido. Había doce monjas, vinculadas a los jesuitas.»

Inka habla despacio, en un susurro, como si se acercara a un incómodo desenlace.

«Las monjas dijeron que había una condición para que pudiera quedarme: mi familia nunca debía saberlo.» Inka se sintió momentáneamente incómoda; estaba a punto de romper un silencio que había guardado toda su vida.

«Dijeron que debía bautizarme. No tenía elección. Quizá fue una suerte que por entonces yo no fuera más practicante de lo que soy ahora. Tuve la suerte de crecer en un hogar que no era demasiado religioso.»

Setenta años después, Inka seguía sintiéndose incómoda. Era una mujer

que trataba de asimilar la sensación de que, de algún modo, había abandonado a su grupo para salvarse.

44

Lauterpacht, que no sabía nada de lo que le ocurría a aquella sobrina a la que no había visto nunca, decidió renunciar al alcohol e iniciar una cura de adelgazamiento. No fue por orden de ningún médico, sino solo una prudente medida de precaución. O eso fue lo que se dijo a sí mismo, mientras continuaba con sus tareas en la Home Guard y seguía pensando en el posible contenido que habría de tener una declaración de derechos. Ignoraba que el 16 de agosto se habían llevado a su padre. Ese mismo día, Hersch envió un memorando a la sede del Comité de Crímenes de Guerra, en Londres, en el que exponía la penuria de la práctica internacional en lo relativo a los procesos por crímenes de guerra.¹²⁴

Las noticias y rumores del este llegaban con cuentagotas. En septiembre apareció un artículo en el *Times* sobre las atrocidades nazis en Polonia. Este despertó un sentimiento de afinidad con los colegas judíos de Cambridge, que se reflejaría en una carta a Rachel: «Anoche fui a la sinagoga de los refugiados alemanes como muestra de mi solidaridad con sus sufrimientos.» También envió paquetes de comida a la vacía Lemberg, dirigidos a David, inconsciente de la situación en la ciudad.

Habían pasado ya dieciocho meses sin noticias de la familia. Resultaba difícil encontrar consuelo. Hersch solía escuchar música, que generaba en él cierto sentimentalismo por el recuerdo de una vida pasada.

«Son las seis de la tarde de un domingo y he estado ayunando todo el día», le escribía a Rachel en diciembre, en un día de ayuno y de intercesión por los judíos asesinados en Polonia. «Sentí que me apetecía participar.»¹²⁵

Tenía a Lwów siempre presente. «Mis seres queridos están allí, y no sé si están vivos. La situación allí es tan terrible que resulta bastante concebible que puedan preferir la muerte a la vida. Llevo todo el día pensando en ellos.»

45

Durante el siguiente año se alteró el curso de la guerra. Rachel volvió a Cambridge en el verano de 1943, aunque Eli se quedó en Estados Unidos. Lauterpacht pasaba muchas horas solo en su estudio, escuchando a Bach, escribiendo y contemplando el jardín, viendo cambiar las hojas, preocupado en silencio por la familia atrapada en alguna parte de Lwów. El ciruelo claudio perdía sus frutos, el césped se cortaba con menos frecuencia; pero, mientras los oscuros días del invierno envolvían a Lauterpacht, él se centraba en los acontecimientos positivos. En septiembre capituló Italia. Fue un «día de júbilo», declaró Lauterpacht. Por primera vez en años, escribió que sentía que «valía la pena vivir», y empezó a «presenciar la caída del mal». Aquello ofrecía una señal tangible del «triumfo de las fuerzas del progreso».¹²⁶

Hersch dio una serie de conferencias para poner a prueba las nascentes ideas sobre los derechos del hombre. El proyecto se estaba alargando más de lo que esperaba; el principal obstáculo era encontrar formas prácticas de situar al individuo en el centro de un nuevo ordenamiento jurídico. Dio una conferencia en Londres; luego otra en Cambridge, durante la cual leyó «solemnemente» en voz alta un esbozo de su Declaración Internacional de Derechos del Hombre, en lo que un miembro del público calificaría de «ocasión histórica».¹²⁷ Su pensamiento había evolucionado. «Para que la Declaración de Derechos sea eficaz, debe imponerse su cumplimiento no solo por parte de las autoridades del Estado, sino también por parte de actores internacionales.» Ello evocaba la posibilidad de un tribunal internacional.¹²⁸ Mientras, Hersch le ofrecía a Eli una sencilla descripción de sus condiciones de trabajo: «Imagínate el estudio, con las ventanas abiertas y los emotivos compases de *La Pasión según San Mateo* de Bach llenando la habitación, y te harás una idea de la atmósfera.»¹²⁹

Los alemanes se hallaban ahora en retirada en toda Europa. El trabajo del Comité de Crímenes de Guerra se hacía más apremiante en la medida en que las ideas de Lauterpacht iban impregnando la labor de la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas, creada un año antes por los gobiernos aliados. La dimensión internacional permitió renovar los contactos con los miembros estadounidenses de la comisión, así como con Philip Noel-Baker, su antiguo colega en la LSE y ahora miembro del gobierno británico, lo que ofrecía acceso al poder e influencia.

En marzo de 1944, Hersch completó un «artículo bastante grande» sobre crímenes de guerra, con el que esperaba influir en una posible decisión en un

juicio. También ofreció ayuda al Congreso Judío Mundial en su investigación de las atrocidades, explicándole a Rachel –que volvía a estar en Nueva York– que el congreso quería que un comité especial investigara «los terribles crímenes de guerra que Alemania ha perpetrado contra los judíos». Sin embargo, él se centraba sobre todo en la protección de los individuos, no de los grupos o las minorías, consciente de que el Tratado de las Minorías Polacas no había logrado sus objetivos. Aun así, la situación de los grupos no podía ignorarse, y él razonaba que, dado que los judíos eran «las mayores víctimas de los crímenes alemanes», resultaba «apropiado» que «las atrocidades antijudías fueran objeto de una investigación y un informe especiales». ¹³⁰

Lauterpacht no era el único que pensaba en tales asuntos. En noviembre se publicó otro libro en Estados Unidos, escrito por un antiguo fiscal polaco llamado Rafael Lemkin. Titulada *El dominio del Eje en la Europa ocupada*, la obra adoptaba un enfoque distinto del de Lauterpacht, ya que su objetivo era la protección de los grupos, y a tal fin acuñaba un término para definir un nuevo delito, el de «genocidio», la destrucción de grupos. Lauterpacht escribió una reseña del libro para la revista *The Cambridge Law Journal*, insinuando que no era demasiado partidario de las ideas de Lemkin.

El libro de Lemkin era «imponente» y ofrecía una «instructiva» descripción de las leyes y decretos alemanes, con «acertadas e interesantes observaciones». Era un producto «inestimable» de una «laboriosidad e ingenio prodigiosos». Pese a ello, el tono de Lauterpacht era tibio y distante, especialmente en lo relativo al término acuñado por Lemkin, «que él llama “genocidio”, un nuevo término para definir la destrucción física de naciones y grupos étnicos». Puede que constituyera «un erudito registro histórico», concluía Lauterpacht, pero «no puede decirse precisamente que el volumen sea una contribución al derecho». Hersch elogiaba al Fondo Carnegie para la Paz Internacional por haber publicado el libro, pero no hacía ninguna mención del autor por su nombre. La reseña mostraba su escepticismo con respecto al nuevo término y su utilidad práctica. La implicación estaba clara: a Lauterpacht le preocupaba la posibilidad de que la protección de los grupos socavara la protección de los individuos. Aquella no debía constituir el principal foco del derecho. ¹³¹

Le comenté el asunto a Eli. Él pensaba que el hecho de que su padre no mencionara a Lemkin por su nombre solo era el reflejo de «una evaluación

académica imparcial». «Mi padre no conoció a Lemkin, y yo nunca oí que viniera a casa», añadió. Percibí cierta reticencia en él, de modo que le presioné un poco más.

«Tengo el recuerdo, muy vago, de que mi padre no pensaba demasiado en Lemkin», me dijo Eli. «Lo consideraba un compilador, no un pensador.» A Lauterpacht padre no le entusiasmaba el concepto de genocidio. «Puede que se tomara a mal la intromisión en el ámbito del derecho internacional de un concepto personal como el de genocidio, no respaldado por la práctica. Probablemente lo consideraba un planteamiento que no era factible, que era poco realista. Él era pragmático, siempre atento a no forzar demasiado las cosas.»

¿Un «concepto personal» porque afectaba a la situación de su propia familia?, inquirí.

«Puede que pensara que lo de genocidio era pasarse un poco.»

¿Pasarse un poco porque no era factible?

«Exacto. Mi padre era un hombre muy práctico, y le preocupó que los jueces pudieran abordar o no ciertas cuestiones, consciente de que los jueces no pueden resolver todos los problemas.»

¿Su padre temía que dar mayor relevancia al papel de los grupos socavara al individuo?

«Sí, ese habría sido un factor», respondió Eli. Luego me remitió a la séptima edición del *Tratado de derecho internacional público* de Oppenheim, redactada después de la guerra, que se mostraba muy despectiva con respecto al concepto de genocidio. Dicho concepto estaba repleto de «lagunas, artificios y posibles peligros», y Lauterpacht escribió que constituiría un «retroceso» en relación con la protección de los derechos humanos individuales.

A finales de 1944, Lauterpacht había enviado ya las pruebas corregidas de su libro sobre los derechos individuales. Por entonces, mientras Leon se reunía con su esposa e hija en la recién liberada París, Eli se hallaba de regreso en Cambridge, trenzándose así de nuevo las hebras de otra familia.

de Yalta, en Crimea, donde tomaron varias decisiones importantes. Europa quedaría dividida. Lvov, liberada por el Ejército Rojo unos meses antes, formaría parte de Ucrania, bajo el dominio soviético, y no de Polonia como querían los estadounidenses.¹³² Los líderes alemanes serían tratados como criminales y juzgados.

Tres meses después, el conflicto en Europa había llegado a su fin. El 2 de mayo, Harry Truman, que se convirtió en presidente tras la muerte de Roosevelt, designó a Robert Jackson para dirigir el equipo de la acusación en el juicio de los principales criminales de guerra nazis. Al cabo de unas semanas, el 26 de junio, se firmó en San Francisco la Carta de las Naciones Unidas, por la que los gobiernos acordaban introducir un nuevo compromiso con los «derechos humanos fundamentales», para respetar «la dignidad y el valor de la persona humana».¹³³

En junio, Columbia University Press publicó el libro de Lauterpacht sobre su propuesta de una declaración internacional de derechos del hombre.¹³⁴ Reflejando su esperanza en un nuevo ordenamiento jurídico universal, Hersch invocaba el compromiso de Churchill con «la entronización de los derechos del hombre» para situar la protección del individuo en el centro del orden jurídico internacional. El prefacio de Lauterpacht planteaba como objetivo poner fin a la «omnipotencia del Estado». Las reacciones al libro fueron mayoritariamente positivas: «persuasivo», «penetrante», «impresionante», «lleno de ideas», una combinación «pragmática y realista» de teoría del derecho y conocimiento político... Pero hubo también quienes criticaron su esperanza de que «el segregacionismo y los campos de exterminio» dejaran de ser asuntos regidos exclusivamente por leyes nacionales, argumentando que sus ideas eran peligrosas, y no eran más que el recuerdo de una constelación de ideas del siglo XVII hacía largo tiempo desaparecidas. Lauterpacht, se decía, era «un eco del pasado más que un augurio del futuro».¹³⁵

Los artículos preliminares expuestos en el libro se presentaban como una «innovación radical en el derecho internacional». Con poco en lo que basarse a modo de precedente, aparte de un modesto esfuerzo del Institut de Droit International y las ideas de H. G. Wells y de diversos comités internacionales establecidos durante el período bélico, el proyecto de Lauterpacht incluía nueve artículos sobre derechos civiles (libertad, religión, expresión, reunión, privacidad, igualdad y demás). Algunos temas se dejaban al margen, y, por

ejemplo, no se hacía mención alguna de la prohibición de la tortura o la discriminación de las mujeres. Resulta igualmente llamativo, visto retrospectivamente, su enfoque en relación con la situación de las personas de color en Sudáfrica y el «espinoso problema de la auténtica privación de derechos de grandes sectores de la población negra en algunos estados de Estados Unidos», un reconocimiento de la *realpolitik* necesario para posibilitar que aquellos dos países se involucraran en una declaración internacional. Otros cinco artículos trataban de otros derechos políticos (elecciones, autogobierno, derechos de las minorías, etc.) y, en una medida limitada, de derechos económicos y sociales relativos al trabajo, la educación y la ayuda pública en caso de «necesidad inmerecida». Lauterpacht guardaba silencio en torno a los derechos de propiedad, quizá un guiño al viento político del este y a diversas consideraciones políticas en el Reino Unido.

En el contexto de la Carta de las Naciones Unidas y las ideas expuestas en su propio libro, Lauterpacht acogió favorablemente la idea de un juicio por crímenes de guerra y el nombramiento de Jackson como fiscal. A su vez, el juez estadounidense acudió a él en busca de ayuda. Los dos hombres se reunieron en Londres el primero de julio, cuando se iniciaron los trabajos de cara a la redacción de un acuerdo para crear el primer tribunal penal internacional que había de juzgar a los líderes alemanes.¹³⁶ Pero aun entonces, un año después de que Lemberg hubiera sido liberada del dominio alemán, Hersch no tenía la menor noticia sobre la suerte de su familia.

A finales de julio, un caluroso domingo por la mañana, Jackson salió del Hotel Claridge's, en Mayfair, para dirigirse a Cambridge, donde tenía una reunión con Lauterpacht. Jackson deseaba beneficiarse de la ayuda del académico para resolver las dificultades que afrontaban las Cuatro Potencias, en particular los cargos que había que presentar contra los acusados. Nunca se había planteado un caso así, y había «pertinaces y profundas» diferencias con los soviéticos y los franceses.¹³⁷

Las Cuatro Potencias estaban de acuerdo en algunos puntos. El tribunal ejercería su jurisdicción sobre individuos, no sobre Estados, y no se permitiría a los acusados ocultarse tras la autoridad del Estado. Habría ocho jueces, dos por cada uno de los países aliados, un titular y un suplente. Los estadounidenses, británicos, franceses y soviéticos nombrarían cada uno de ellos a un fiscal.

Sin embargo, seguía habiendo diferencias en cuanto a los procedimientos a

seguir. ¿Los acusados alemanes serían interrogados por los jueces, como en el sistema francés, o por los fiscales, como en el angloamericano? De todas las dificultades, la más seria era la relativa a la lista de delitos que imputar a los acusados. Las diferencias se centraban en la redacción del borrador del artículo 6 del Estatuto del Tribunal Militar Internacional de Núremberg, el instrumento rector de la nueva corte internacional.

Los soviéticos querían tres delitos: agresión, atrocidades contra civiles en la comisión de la agresión y violaciones de las leyes de la guerra. Los estadounidenses aceptaban estos tres delitos, pero querían dos más: librar una guerra ilegal y la criminalidad ligada a la pertenencia a las SS o a la Gestapo.¹³⁸ Jackson buscó la ayuda de Lauterpacht para salvar distancias, preocupado por la posibilidad de que los franceses respaldaran a los soviéticos. Jackson había regresado hacía poco de Alemania, donde había visitado las oficinas privadas de Hitler, para encontrarse con la noticia de que Churchill y los conservadores habían perdido las elecciones generales ante los laboristas, que podrían simpatizar más con los soviéticos y los franceses. Temía, pues, que el nuevo gobierno británico apoyara a los soviéticos. A su regreso a Londres, el sábado 28 de julio, Jackson recibió nuevas propuestas británicas sobre el juicio, las cuales, de modo alarmante para él, habían sido aceptadas por los franceses.¹³⁹

Estos eran los asuntos que ocupaban la mente de Jackson cuando se dirigió a Cambridge al día siguiente, en compañía de su hijo, Bill, dos secretarios y un abogado. Jackson llevó a Lauterpacht a almorzar a «una vieja y encantadora taberna rural», que posiblemente estuviera en el pueblo de Grantchester, y luego regresaron a Cranmer Road. Era un caluroso día de verano, así que se sentaron en el jardín, sobre un césped recién cortado «tan liso como una pista de tenis y segado al ras».¹⁴⁰ Un olor dulce impregnaba el jardín, algo que a Lauterpacht le encantaba que sus visitantes apreciaran. Mientras hablaban, entró un chiquillo de un jardín vecino, y Rachel sirvió té y café. No hay constancia escrita de si se sirvió o no bizcocho de Fitzbillies.

Jackson expuso las dificultades. En general, los franceses e ingleses apoyaban el planteamiento soviético, de modo que la cuestión era encontrar la mejor forma de presentar una solución. Lauterpacht sugirió que se insertaran títulos en el texto como una manera de introducir soluciones de compromiso. Ello podría ayudar a desarrollar la ley de una forma progresiva.

Sugirió que se reemplazara el término «agresión» por el de «el crimen de

la guerra», y que sería preferible referirse a las violaciones de las leyes de la guerra como «crímenes de guerra». Los títulos harían que a la opinión pública le resultara más fácil entender las acciones que se juzgaban, lo que sería útil para recabar apoyos, incrementando la legitimidad de los procesos.¹⁴¹ Jackson respondió positivamente a su idea sobre los títulos.

Pero Lauterpacht le ofreció otra idea más. ¿Qué le parecería introducir un nuevo término en el derecho internacional para abordar las atrocidades perpetradas contra civiles, una cuestión sobre la que los rusos y los estadounidenses estaban divididos y en la que él tenía un interés personal implícito? Y a continuación lo soltó: ¿por qué no referirse a las atrocidades perpetradas contra civiles individuales como «crímenes contra la humanidad»?

En 1915 ya se había utilizado una versión de esta formulación, cuando los ingleses y los estadounidenses condenaron las acciones turcas contra los armenios; pero aquella declaración no era legalmente vinculante. El término se utilizó asimismo en los trabajos de la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas, pero, una vez más, no de una forma que fuera legalmente vinculante.¹⁴² A Jackson también le gustó la idea, un práctico y atractivo paso adelante. Y dijo que lo pensaría.

Más tarde, el grupo fue a visitar el Trinity College, recorrió la gran biblioteca Christopher Wren y estuvo paseando por los jardines privados de la institución. Jackson admiró los árboles. A Katherine Fite, una de sus juristas, le gustaron las callejuelas «traseras» y los pequeños puentes sobre el río Cam; «lo más hermoso que recuerdo de Inglaterra», le escribió a su madre.¹⁴³

Tras su regreso a Londres, el 31 de julio Jackson distribuyó un borrador revisado del estatuto. En él utilizaba la idea de los títulos de Lauterpacht e incluía las nuevas definiciones de los delitos. Allí aparecía por primera vez negro sobre blanco una referencia a los «crímenes contra la humanidad». «Debemos introducir términos para dejar claro que estamos abordando la persecución, etc., de judíos y otros en Alemania, así como fuera de ella»,

explicó Jackson a los aliados, «tanto antes como después del inicio de la guerra.»¹⁴⁴

Aquel lenguaje ampliaría las protecciones del derecho internacional, incorporando al juicio actos perpetrados por Alemania contra sus propios ciudadanos –judíos y otros– antes de que estallara la guerra. Daría cobertura a la expulsión de Leon del Reich en noviembre de 1938 y a las medidas dirigidas contra millones de otras personas que se adoptaron antes de septiembre de 1939. Ningún Estado sería ya libre de tratar a sus ciudadanos como le diera la gana.

El 2 de agosto, las Cuatro Potencias se reunieron en un último intento de llegar a un acuerdo. Sir Hartley Shawcross, el resuelto nuevo fiscal general británico, aficionado a herir susceptibilidades y al que se describía como «el hombre de mejor aspecto de la vida pública inglesa», asistió en compañía de David Maxwell Fyfe, su predecesor, retenido en aras de la continuidad.¹⁴⁵ La discusión del borrador del artículo 6 –con los títulos de Lauterpacht– resultaba extremadamente conflictiva, de modo que se dejó para el final. El general soviético Iona Nikitchenko se opuso firmemente a los títulos: debían eliminarse, porque «complican las cosas». Su ayudante, el profesor A. N. Trainin, se mostró a favor de los títulos «desde un punto de vista teórico», pero se opuso a su imprecisión. Así pues, había que quitarlos. Jackson discrepó categóricamente. La clasificación era útil. Los títulos, que le había sugerido un eminente erudito en derecho internacional de quien no dio el nombre, eran «convenientes». Ayudarían a la opinión pública a entender las diferencias entre los distintos delitos; el apoyo público era importante.

Los soviéticos cedieron, permitiendo que los crímenes contra la humanidad pasaran a formar parte del derecho internacional, que aspiraba a la protección de los individuos. Una semana después, el 8 de agosto, se adoptó, firmó y publicó el texto definitivo; fue un día histórico. Según el artículo 6(c) del estatuto, se otorgaba poder a los jueces del tribunal para castigar a individuos que hubieran cometido crímenes contra la humanidad, que, según su definición, abarcaban

el asesinato, el exterminio, la esclavización, la deportación y otros actos inhumanos cometidos contra población civil, antes o durante la guerra; o la persecución por motivos políticos, raciales o religiosos en ejecución de aquellos crímenes que sean competencia

del Tribunal o en relación con ellos, constituyan o no una vulneración de la legislación interna del país donde se perpetraron.¹⁴⁶

Merece la pena leer detenidamente el párrafo, fijándose especialmente en el solitario punto y coma de la tercera línea, que causaría un problema. Lauterpacht consideró que el texto era demasiado general, pero no le preocupó que el uso del punto y coma pudiera dar al tribunal jurisdicción sobre actos cometidos antes de que se iniciara la guerra. «El párrafo 6(c) del acuerdo –Crímenes contra la humanidad– es claramente una innovación», informó al Ministerio de Exteriores británico, pero era una innovación progresista, que ofrecía «una pieza fundamental de legislación internacional». Afirmaba que el derecho internacional no era solo un derecho «entre Estados», sino «también el derecho de la humanidad». Quienes lo transgredieran no tendrían inmunidad, aun en el caso de que fueran líderes, un reflejo de la «conciencia ultrajada del mundo».¹⁴⁷

Shawcross le dio a Lauterpacht un asiento en la nueva Ejecutiva Británica de Crímenes de Guerra, que reemplazaba al comité de McNair. ¿Asistiría a la preparación del juicio, le preguntó Shawcross, y ayudaría a redactar la argumentación de los británicos? Lauterpacht aceptó la invitación. Al cabo de unos días recibió una nota de Jackson, dándole las gracias por su hospitalidad en Cambridge y por el «concienzudo memorando» sobre los delitos. No se han seguido todas sus sugerencias, señalaba Jackson, pero «todo ello ayudó a clarificar nuestro pensamiento sobre el tema». Jackson aludió indirectamente a la posibilidad de una futura cooperación. «De vez en cuando volveré a Londres y le veré de nuevo.»¹⁴⁸

El artículo 6 del estatuto representaba un salto profesional e intelectual, pero apenas ofrecía consuelo a nivel personal. Habían pasado ya cuatro años sin noticias de Lemberg o de Żółkiew. «Papá no habla mucho», le decía Rachel a Eli, «nunca muestra mucha emoción.»¹⁴⁹

Unos días después de que se adoptara el estatuto, alguien observó una pequeña discrepancia en la redacción del artículo 6(c) sobre los crímenes

contra la humanidad: el problema del punto y coma. Este había causado una discrepancia entre la versión rusa, por una parte, y los textos inglés y francés, por la otra. Rápidamente se acordó una enmienda para que las versiones inglesa y francesa se amoldaran al texto ruso. Esta se llevó a cabo el 6 de octubre, cuando se quitó el punto y coma y se sustituyó por una coma.¹⁵⁰

Las consecuencias podían ser importantes. El punto y coma parecía permitir que un crimen contra la humanidad cometido antes de 1939, el año en que estalló la guerra, pasara a ser competencia del tribunal; en cambio, la coma de reemplazo parecía tener el efecto de situar los acontecimientos ocurridos antes de que empezara la guerra fuera de la jurisdicción del tribunal. No habría castigo para tales actos si los crímenes contra la humanidad tenían que estar vinculados a la guerra. Serían los jueces quienes decidirían si era esa la intención, o si tendría ese efecto.

Unos días después de la desaparición del punto y coma, Shawcross se quejó a Lauterpacht de otro cambio, los términos de los cargos concretos contra los acusados individuales. Las Cuatro Potencias estaban teniendo «grandísimas dificultades» con el escrito de acusación, un documento que a Shawcross no le gustaba «en absoluto». «Creo que algunas de las acusaciones que contiene difícilmente superarían la prueba de la historia, o, de hecho, un examen jurídico mínimamente serio.» Posiblemente Shawcross se refiriera a la inesperada introducción de un nuevo término en el escrito de acusación, el de «genocidio». Se había añadido en el último momento a instancias de los estadounidenses y a pesar de la firme oposición de los británicos. Hersch no lo habría dejado pasar. «Tendremos que limitarnos a sacar el mayor partido posible de este documento más bien insatisfactorio», le dijo Shawcross a Lauterpacht.¹⁵¹

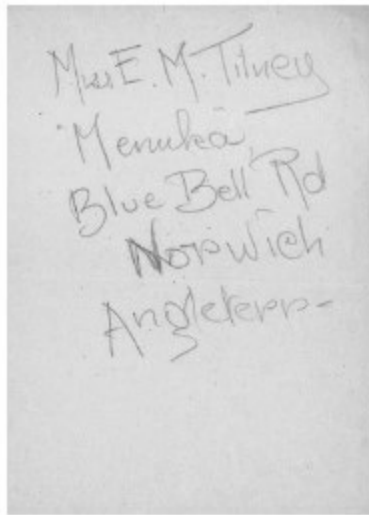
Se decidió que el juicio se celebraría en el Palacio de Justicia de Núremberg, que iba a abrir sus puertas en noviembre de 1945. Los aliados identificaron a veinticuatro principales acusados, entre los que figuraban Hermann Göring (el vicescanciller de Hitler), Albert Speer (el ministro de Armamento y Producción de Guerra) y Martin Bormann (el secretario personal del Führer). El séptimo nombre de la lista interesaría especialmente a Lauterpacht: Hans Frank, el gobernador general de la Polonia ocupada, cuyo territorio incluía Lemberg y Żółkiew.

«Si le resultara posible estar aquí durante unos días al principio», le sugirió

Shawcross, «será de gran ayuda para nosotros.» No cobraría honorarios, pero se cubrirían sus gastos.

Una vez más, Lauterpacht aceptó la invitación.

III. La señorita Tilney de Norwich



Ms E. M. Tilney
Menkha
Blue Bell Rd
Norwich
Angleters-

© Profesor Philippe Sands QC

«¿Quién era la señorita Tilney?», le pregunté a mi madre.

«Ni idea», respondió sin mucho entusiasmo.

Luego añadió: «Creo que era la mujer que me trajo de Viena a París en el verano de 1939», insistiendo en que no tenía más información. Eso era lo que Leon le había dicho muchos años después. «Pas important.» No era importante.

Parece ser que la señorita Tilney recogió a Ruth, que por entonces solo tenía un año de edad, directamente de manos de su madre, Rita. La entrega se produjo en la Westbahnhof. Se despidieron, y la señorita Tilney y la niña subieron al tren rumbo a París; un momento extremadamente difícil para una madre. A su llegada a la Gare de l'Est, la señorita Tilney le entregó la niña a Leon. Luego escribió su nombre y dirección con lápiz en un trozo de papel. *Au revoir*. Nunca volverían a verse.

«¿Ella te salvó la vida?»

Mi madre asintió con la cabeza.

«¿Y no quisiste saber quién era, verla, averiguar más cosas, darle las gracias?»

«No.»

«¿No querías saber por qué hizo lo que hizo?»

«No.»

El modo en que mi madre abandonó la Viena ocupada por los alemanes, tres días después de su primer cumpleaños y sin la compañía de ninguno de sus progenitores, resultaba algo oscuro. Yo entendía su reticencia a hurgar en los recuerdos.

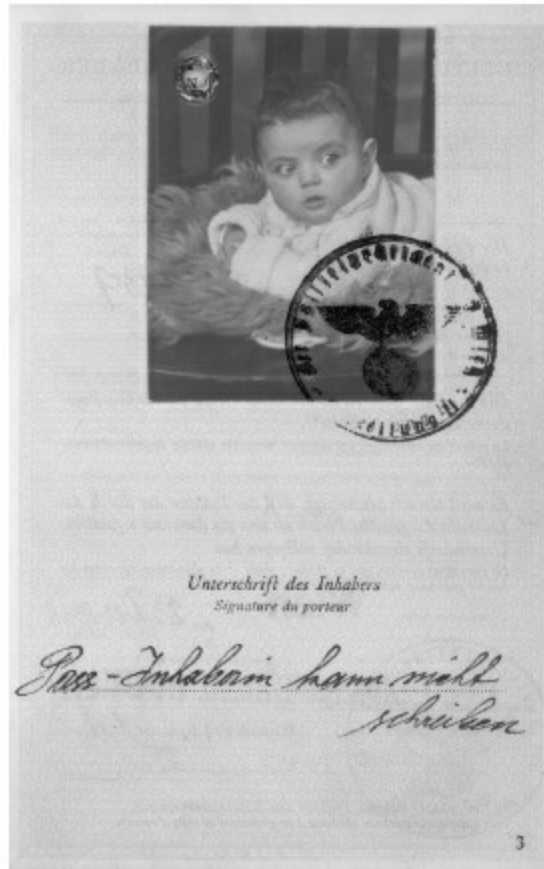
Nadie que quedara vivo conocía los detalles, y los documentos que pude encontrar apenas ofrecían pistas. Estaba el pasaporte emitido a nombre de mi

madre en diciembre de 1938, con tres sellos descoloridos y unas cuantas esvásticas. Uno de los sellos, que llevaba la fecha del 4 de mayo de 1939, autorizaba a la niña a hacer un viaje de ida a Austria, con derecho a volver. Había un sello de salida estampado dos meses y medio después, el 22 de julio, en la ciudad austriaca de Feldkirch, en la frontera suiza, al este de Zúrich. Al día siguiente, 23 de julio, se estampó un sello de entrada en Francia, con el rótulo de «Entrée». El pasaporte llevaba una esvástica en la cubierta, pero carecía de la «J» de color rojo vivo: no se identificaba a la niña como *Jude*.

Rita se quedó en Viena. Aquel hecho siempre había inquietado a mi madre, planteando preguntas acerca de las circunstancias en las que Rita había elegido –si es que tenía elección– no acompañar a su única hija a París. ¿Necesidad o decisión? La opción de la necesidad tenía su aliciente.

Aparte del pasaporte, la única otra pista era el trozo de papel amarillento que aguardaba pacientemente entre los documentos de Leon. No tendría más de cinco centímetros de lado, estaba doblado por la mitad, y llevaba unas palabras escritas a lápiz con trazo firme en uno de sus lados: «Miss E. M. Tilney, “Menuka”, Blue Bell Rd, Norwich, Angleterre.» Ningún mensaje, solo un nombre y una dirección.

Durante dos años, el papel amarillo estuvo colgado sobre mi escritorio. De vez en cuando le echaba un vistazo, preguntándome dónde se escribió, quién lo escribió y qué podría haber hecho que la señorita Tilney emprendiera un viaje tan peligroso, si es que de verdad lo hizo. La información debía de ser importante, ya que Leon guardó el trozo de papel durante el resto de su vida, seis décadas.



© Profesor Philippe Sands QC

La dirección de Norwich estaba a unos ciento sesenta kilómetros al noreste de Londres, más allá de Cambridge, a la altura de los Broads de Norfolk. No pude encontrar ninguna casa llamada Menuka, un nombre con ciertas connotaciones de clase media inglesa.

Empecé examinando los registros del censo y las guías telefónicas de Norwich de comienzos del siglo xx, y me sorprendió encontrar nada menos que cinco mujeres con el nombre de E. M. Tilney. Dos de ellas podían descartarse por su edad: Edna M. Tilney habría sido demasiado joven para viajar a Viena (había nacido en 1924), y Edith M. Tilney demasiado mayor (había nacido en 1866). Eso dejaba tres nombres:

1. E. M. Tilney, nacida en 1915, en el cercano pueblo de Blofield.
2. Elsie M. Tilney, nacida en 1893, con siete años de edad en el censo

nacional de 1901, y que vivía en el número 95 de Gloucester Street, Norwich, con sus padres.

3. Edith M. V. Tilney, sin fecha de nacimiento, que se casó con un tal señor Hill en 1940.

En la guía telefónica figuraba una E. M. Tilney en Blofield. Si era la misma persona, ahora tendría noventa y cinco años. Llamé a aquel número durante varios días y al final pude hablar con Desmond Tilney, que tenía un fino acento de Norfolk. «Mi hermana Elsie May murió hace tres años», me dijo con tristeza. ¿Hizo un viaje a Viena en 1939?

«¡Ah!, pues no lo sé, nunca he oído nada al respecto.» Me dijo que lo preguntaría. Al cabo de dos días me llamó para informarme, decepcionado, de que su hermana no hizo ningún viaje al extranjero antes de la guerra.

Pasé a Elsie M. Tilney, nacida en 1893. Según el censo nacional de 1901, vivía en una casa unifamiliar con sus padres, Albert (dependiente de papelería) y Hannah, y cuatro hermanos y hermanas. Una búsqueda por el nombre y la fecha de nacimiento produjo dos nuevos resultados en Internet. El 1 de enero de 1960, una mujer del mismo nombre y edad desembarcó del buque *Stirling Castle* (de la naviera Union Castle) en el muelle de Southampton, procedente de Durban, Sudáfrica. El manifiesto del barco identificaba a la señorita Tilney –llamada Maud de segundo nombre– como una «misionera» que volvía de Basutolandia. Catorce años después, en octubre de 1974, una mujer del mismo nombre y edad había muerto en el condado de Dade, en Florida.

La información sobre el fallecimiento de la mujer incluía un código postal. Por una tarifa de seis dólares, obtuve cinco números y una ciudad: 33134, Miami. Una búsqueda por el apellido Tilney y el código postal dio como resultado varios Tilneys en la zona, dos de los cuales murieron en 1974. Uno era Frederick, el nombre del hermano pequeño de Elsie Maud Tilney, según el censo británico de 1901. En las páginas blancas de Miami encontré varios Tilneys en el mismo código postal. La primera a la que llamé, unos días después, fue Germaine Tilney.

«Sí, yo conocí a Elsie Tilney», me dijo Germaine Tilney con voz resuelta. Elsie era tía de su difunto esposo, la hermana mayor de su suegro, el doctor Frederick Tilney. Habían pasado cuarenta años desde la muerte de la tía Elsie, de modo que Germaine no recordaba demasiadas cosas de ella, «una dama refinada» que entró en sus vidas a mediados de la década de 1960. Se dedicó a labores de misionera como cristiana evangélica, y luego se retiró a Florida para estar con su hermano Fred. «Era callada, retraída y recatada.» De vez en cuando asistía a las comidas familiares, normalmente los domingos.

Germaine no tenía ninguna fotografía y recordaba poco sobre la vida anterior de la señorita Tilney, aparte de un hermano en Norwich, un predicador llamado Albert, y diversas misiones en lugares remotos. «Es posible que pasara tiempo en el Norte de África», aventuraba Germaine, profundizando en su memoria, pero no tenía información sobre los años de guerra ni de ningún viaje a Viena. El tema de la guerra resultaba algo delicado, ya que Germaine era de origen alemán. Una vez finalizada, me dijo, «Mi marido, Robert, no tardó en reunir a toda la familia para decir que nunca volveríamos a hablar de la guerra». Durante el conflicto, su suegro, Frederick, y la esposa de este, Nora, alojaron a soldados británicos de visita destacados en Miami.

Germaine me preguntó qué sabía de Frederick, el hermano de la señorita Tilney.

«Nada», le respondí. Ella me contó que había tenido una vida interesante. Llegó a Estados Unidos en la década de 1920, «se convirtió en un famoso culturista y descubrió a Charles Atlas, con quien hizo amistad».¹ Germaine me remitió a la autobiografía de Fred, *Young at 73 - and Beyond!* («Joven a los setenta y tres... ¡y más allá!»). Encontré un ejemplar (que más tarde regalaría a mi madre por su septuagésimo tercer cumpleaños) y una foto de Fred. En el libro, este describía una infancia dura, pobre y accidentada en Norwich, con un padre autoritario (también predicador), y luego su prolongada colaboración y amistad con Charles Atlas.

Germaine me presentó a su sobrino John. Nuestra única conversación telefónica se cortó, no está claro si de manera intencionada o accidental. Pero me proporcionó una excelente pista.

«Elsie Tilney odiaba a los alemanes», me dijo John repentinamente sin dar más explicaciones. «Simplemente los odiaba.» ¿Ocurrió algo durante la guerra? Él no recordaba los detalles.

Empezaban a revelarse los vagos contornos de una vida. La señorita Tilney venía de una familia de predicadores, estuvo de misionera en África meridional, no le gustaban los alemanes, y vivió sus últimos años en Coconut Grove, Miami. Rastreeé diversos archivos de misiones africanas (más abundantes e interesantes de lo que cabría imaginar), que me proporcionaron una pista que a su vez me llevó a un archivo de la biblioteca de la Universidad del Witwatersrand. Allí encontré documentos sobre la misión de la señorita Tilney en Sudáfrica después de la guerra. Entre los papeles había varias cartas manuscritas.²

Comparé la caligrafía de las cartas con la del trozo de papel. Eran idénticas. La misionera y la señorita E. M. Tilney de Bluebell Road eran la misma persona. Las cartas sugerían un carácter resuelto y proporcionaban información sobre el tiempo que había pasado en Portugal y, antes de eso, en Francia. De modo que acudí a diversos archivos franceses, de los que surgió una única carta, fechada en febrero de 1942, y escrita por un oficial militar francés a un tal Otto Landhäuser, comandante del Frontstalag 121. Descubrí que se trataba de un campo de internamiento alemán situado en la ciudad balneario de Vittel. La carta identificaba a veintiocho prisioneras retenidas en el campo que los alemanes querían intercambiar por prisioneros en manos de los británicos. Entre los nombres figuraba el de «Elsie M. Tilney, nacida en 1893», con pasaporte británico, e internada por los alemanes en Vittel.³

Germaine había mencionado a un hermano, el predicador Albert Tilney, lo cual abrió una nueva línea de investigación. Resultó que Albert había estado vinculado a un templo evangélico independiente, la Surrey Chapel de Norwich, fundada por Robert Govett, famoso teólogo inglés y miembro del Worcester College de Oxford. Govett fundó el templo debido a su deseo de ser más fiel a las Escrituras, motivado por la lógica («audaz a la hora de llevar un argumento a su conclusión racional»), la independencia (rechazando «las doctrinas ordinarias del protestantismo post-Reforma») y la sencillez (empleando «un lenguaje directo y llano que todos pudieran entender».⁴ Encontré una copia del folleto que celebraba el centenario del templo, publicado en 1954, que incluía información sobre un grupo misionero creado en 1903.⁵ Contenía una lista de todos los misioneros del templo. Entre ellos figuraba una misionera que en 1920 había dejado Norwich para viajar a Argelia, y había también una fotografía granulosa en blanco y negro. En ella aparecía una joven de aspecto resuelto y facciones duras, con el cabello sobre

la frente y un vestido sencillo a la vez que elegante. Después de dos años de búsqueda, estaba contemplando a la señorita Elsie Tilney.

52

Surrey Chapel resultó ser una floreciente comunidad, en el corazón de Norwich, bajo la dirección de su pastor, Tom Chapman, al que le envié un correo electrónico. Me contestó en menos de una hora, emocionado ante aquella «fascinante investigación», y confiando en que se tratara de «¡la misma Elsie Tilney!». Chapman reenvió mi correo electrónico a la doctora Rosamunde Codling, la archivera del templo. A la mañana siguiente recibí un correo electrónico de la señorita Codling, que estaba «casi segura» de que su señorita Tilney y la mía eran la misma.



Elsie Tilney, 1920
© Surrey Chapel (Norwich)

La doctora Codling vinculó a la señorita Tilney con su hermano el predicador, Albert (me envió asimismo uno de los folletos de este, *Los creyentes y su juicio*, que hace años podía solicitarse a «A. J. Tilney, 66 Hall

Road, Norwich, por 6 d. la docena, 3/6 por 100, sin gastos de envío»). Luego siguieron otras referencias a la señorita Tilney, que encontré en el boletín de noticias del templo. La doctora Codling me explicó que era una «valiente» opositora del modernismo. Su «esfera de trabajo» era fácil de identificar: «los judíos».

Unas semanas después hice el que sería el primero de varios viajes a Norwich. La doctora Codling estaba ansiosa por ayudar, ya que era la primera vez que ella (o que alguien en Surrey Chapel) oía hablar de la historia que yo les había contado, y encantada de que el hijo de una «judía salvada» se hubiera puesto en contacto con ellos. Fui recibido con gran cordialidad tanto por el pastor como por la doctora Codling, que invitaron a nuestra reunión a Eric, un miembro de más edad de la congregación. Eric recordaba a la señorita Tilney como «una dama joven y guapa, con una voz dulce y suave». Dijo esto último con cierta malicia. «Uno no asocia a las misioneras con lo de ser guapas, ¿verdad?», añadió, preguntándose en voz alta si alguna vez llegó a casarse (no había constancia escrita de que lo hiciera). Eric recordaba a la señorita Tilney en la escuela dominical, hablando de África, un tema exótico del que los niños sabían poco. «Teníamos un mapa del imperio británico, pero no sabíamos nada sobre la cultura y la población africana, o sobre el islam», explicó Eric. «Todo lo que llegamos a saber lo aprendimos de ella, de las fotos que traía y los cuadros que pintaba.» Era una mujer «especial», apasionada por Argelia. Eso era a mediados de la década de 1930.

La doctora Codling me acompañó a ver los archivos de Surrey Chapel, en la Oficina de Archivos de Norwich, donde pasamos una tarde examinando un gran número de documentos, buscando cualquier signo de las actividades de la señorita Tilney.⁶ No resultaron difíciles de encontrar: era una ávida escritora de cartas, y también escribió artículos breves para varias revistas evangélicas, revelándose como una elocuente y sagaz observadora. Mientras Europa abrazaba el fascismo y el antisemitismo, ella eligió otro camino. El material de archivo dejaba claro que vivía en París cuando Leon llegó a la ciudad, en la primavera de 1939.

Se unió a Surrey Chapel en febrero de 1903, cuando tenía diez años, y en 1920 inició su labor misionera en Argelia y Túnez, donde estuvo trabajando durante más de una década. En noviembre de 1927 se estableció en la pequeña población de Nabeul, en la costa mediterránea de Túnez, donde

trabajó con una tal Madame Gamati. Escribió sobre sus visitas a hogares judíos, y sobre la «gran» acogida de la que era objeto cuando trataba de salvar a judíos llevándolos a Jesús (no se menciona ningún éxito en ese sentido).⁷ De vez en cuando volvía a casa; y, así, pasó el verano de 1929 en Bournemouth, en la convención estival de la Misión del Norte de África. Alguien hizo una fotografía de grupo, en la que ella aparece con un niño en brazos; una de las pocas imágenes que encontré de ella.⁸

En la década de 1930 dedicó sus actividades al bienestar de los judíos, tras unirse a otra institución evangélica ya consolidada, la Misión Mildmay. Una nota de despedida elaborada por Surrey Chapel comenzaba con una referencia a su principio rector: «El judío primero.» Se mantuvo en estrecho contacto con David Panton, a la sazón el pastor del templo, influenciada por sus escritos en la revista *The Dawn*, de la que era editor. Sin duda debió de ver el comentario que escribió Panton después de que el *Times* publicara un artículo, el 25 de julio de 1933 (que probablemente leyó también Lauterpacht en Cricklewood), sobre un discurso de Hitler, bajo el titular de «Combatiendo a los judíos realizo la obra del Señor». Panton arremetió contra la «furia antisemita» del Führer, calificándola de irracional y demente; un odio que era «puramente racial y fanático», sin la menor base religiosa. Las opiniones de Hitler eran «completamente independientes del carácter o la conducta del judío individual», escribía Panton. El artículo debió de espolear a la señorita Tilney, que por entonces vivía en Yerba, Túnez. Un año después, en la primavera de 1934, se trasladó a Francia para emprender una nueva actividad: dedicarse a «trabajar entre los judíos de París».⁹

En octubre de 1935, la señorita Tilney se había instalado en París. Las «Notas Misioneras» del templo informaban de un artículo publicado en otra revista, *Trusting and Toiling*, en el que describía cómo había escapado por poco de un grave accidente. Caminando por una concurrida avenida parisina, la señorita Tilney había estado a punto de caer de la acera a la calzada cuando «un caballero tiró de ella hacia atrás justo a tiempo para evitar que fuera atropellada por un automóvil».¹⁰ De particular interés, de hecho un motivo de regocijo, era el hecho de que su salvador resultaba ser «¡¡JUDÍO!!».

En 1936, la señorita Tilney se trasladó a la casa de la Misión del Norte de África en París. Por entonces hablaba un francés y un árabe excelentes, e informó de una visita que hizo a la mezquita de París, un edificio que para ella no tenía encanto alguno a causa de su «doctrina que niega el Evangelio».

Aun así, esta le ofreció un excelente cuscús en un entorno árabe y la oportunidad de rezar en silencio y dar testimonio de su fe (tuvo el placer de ofrecerle el Evangelio de Lucas a un camarero de Túnez que estaba «realmente encantado»). Escribió sobre el interior de la mezquita, la «exótica belleza de sus flores, su follaje y sus fuentes en el patio bañado por el sol», pero se fue de allí sintiéndose «triste, triste» porque todo «parecía revelar una insidiosa negación de nuestro Señor». ¹¹

Los años 1936 y 1937 se dividieron entre París y Gabès, en el sur de Túnez, donde su labor estuvo marcada por un brote de fiebre tifoidea. Pasó un tiempo con los árabes en cuarentena, y atendiendo a «una querida y asustada anciana judía», pero aun así fue capaz de ver el lado bueno porque el brote de fiebre tifoidea abrió «muchas puertas judías y musulmanas», permitiéndole observar a «un joven muchacho judío [...] leyendo atentamente el Evangelio de San Mateo». En París, trabajó en la iglesia baptista de la avenue du Maine, en el distrito 14. «He tenido el privilegio de ayudar y dar testimonio a los sufrientes refugiados judíos alemanes», escribió a sus amigos de Norwich. ¹²

En septiembre de 1937 se hallaba de nuevo en París, entrevistando a refugiados judíos austriacos y alemanes en la iglesia baptista, trabajando junto al diácono André Frankl, representante en París de una organización religiosa denominada Junta Estadounidense de Misiones entre los Judíos (Frankl, nacido en 1895 y nieto de un rabino húngaro, se convirtió del judaísmo al cristianismo, y en 1914 luchó en el ejército austrohúngaro en el frente oriental, como hiciera Emil, el hermano de Leon). La señorita Tilney escribió que el pastor de la iglesia baptista, Monsieur Vincent, «abría de par en par su iglesia –y su corazón– a los judíos». Ella hablaba en las reuniones con los judíos, trabajaba con los refugiados y asistía a las entrevistas para decidir qué ayuda podían ofrecerles. ¹³ En enero de 1939, cuando Leon llegó a París, todavía trabajaba en la iglesia baptista, y debía de estar allí cuando él la conoció buscando ayuda para salir adelante en el exilio. Ocasionalmente las actividades de la señorita Tilney aparecían publicadas en *Trusting and Toiling*, junto con noticias sobre la difícil situación de Lemberg, donde «estudiantes judíos de la Universidad de Lwów, en Polonia, fueron atacados por alborotadores antisemitas». ¹⁴

La iglesia baptista de la avenue du Maine era un punto de referencia para los refugiados de Austria y Alemania, incluidos intelectuales, académicos y

doctores, que contaban también con la ayuda del Service d'Aide aux Réfugiés. La iglesia ofrecía una «olla común» diaria a cientos de refugiados como Leon. Las reuniones de los viernes por la tarde resultaban «especialmente emotivas, ya que la mayor parte de la sala estaba integrada por refugiados judíos de Alemania, Austria y Checoslovaquia».¹⁵ Siete décadas después, pasé una tarde en la iglesia baptista en compañía de Richard Gelin, su actual pastor. Este compartió conmigo material de archivo, entre otra, información sobre los numerosos bautismos realizados por judíos con la esperanza de que aquel acto los salvara del peligro inminente. Los archivos incluían mucho material sobre la ayuda proporcionada por la iglesia a los refugiados judíos y sus hijos, y varios libros en los que se describía la valiente labor de Henri Vincent. No encontré ninguna referencia a Leon ni a la señorita Tilney, pero había varias fotografías que mostraban a refugiados judíos de Austria y Alemania, ofreciendo una imagen impactante. En una de ellas aparecía un grupo sentado en el vestíbulo de la iglesia, «personas en apuros aguardando a ser recibidas».¹⁶ Me imaginé a Leon en aquella sala, menesteroso y callado, solo en París.

El 15 de julio de 1939, *Trusting and Toiling* informaba de que la señorita Tilney estaba trabajando en París. Una semana más tarde, no sin cierto riesgo, viajó hasta Westbahnhof, en Viena, para recoger a una niña pequeña. Allí se encontró con Rita, que confió a su cuidado a una niña que acababa de cumplir el año. Yo sabía por mi madre que se decía que Rita había ido a la estación en compañía de la hermana de Leon, Laura, que había llevado a su única hija, Herta, de once años, esperando que también pudiera viajar a París con la señorita Tilney. Pero en el último momento Laura decidió que Herta no viajara, ya que la perspectiva de la separación le resultaba demasiado dolorosa. La decisión era comprensible, pero resultaría catastrófica: al cabo de dos años, en octubre de 1941, la joven Herta fue deportada al gueto de Litzmannstadt (Łódź) junto con su madre. Unos meses más tarde, los alemanes habían matado a Herta y a Laura.

La señorita Tilney viajó en tren a París con solo una de las niñas. En la Gare de l'Est se reunió con Leon. Ignoro cómo este le expresó su agradecimiento o si volvió a verla alguna vez. Ella escribió su nombre y dirección en un trozo de papel que luego le entregó, y ambos se dirigieron hacia distintas partes de París.

Podría haber puesto fin a la investigación sobre la señorita Tilney en ese punto, pero sentía curiosidad por saber qué pasó después, por qué actuó como lo hizo, qué fue lo que motivó sus compasivos actos. Estaba en París cuando estalló la guerra un mes más tarde, trabajando con la Misión del Norte de África y esperando obtener una *carte d'identité* francesa que le permitiera quedarse en Francia. Su trabajo era de una «gran» variedad, cuidando de «sus protegidos judíos», de los que se sentía muy cerca,¹⁷ al tiempo que solía viajar con frecuencia a El Havre y a otros puertos franceses a fin de garantizar que sus «protegidos» partían sanos y salvos cuando se iban a América. Entonces, en junio de 1940, el ejército alemán ocupó París.

La señorita Tilney quedó atrapada en la ciudad durante varios meses, sin ningún contacto con el exterior. El silencio preocupó a sus amigos, y *Trusting and Toiling* invitó a sus lectores a rezar por ella y por aquellos «cuya suerte es ahora más amarga que nunca».¹⁸ Surrey Chapel votó a favor de enviarle dinero para ayudarla –la imponente suma de diez libras–, pero este tardó más de un año en llegar, lo que la obligó a depender del apoyo de la embajada estadounidense. En septiembre de 1940 escribió finalmente diciendo que había estado enferma, pero que ahora estaba mejor, disfrutando del sol, acumulando deudas y «pensando constantemente en la familia, los amigos y sobre todo en Surrey Road».¹⁹

Los miembros del templo estaban tan preocupados que acudieron a Lord Halifax, el ministro de Exteriores de Churchill, aunque sin éxito. El registro declaraba escuetamente que el ministro «presentó sus respetos a todo el mundo, pero eso es todo».²⁰ A ello le siguió un nuevo silencio. Los extranjeros enemigos en Francia estaban siendo internados, y, a comienzos de 1941, la señorita Tilney fue enviada a un cuartel militar en Besançon junto con varios cientos de mujeres británicas. En mayo fue transferida al Frontstalag 121, en la ciudad balneario de Vittel –en la parte oriental de Francia–, y allí fue internada en el Grand Hotel (actualmente parte del Club Med), donde pasaría cuatro años.²¹

En febrero de 1942, los ingleses y los alemanes intentaron acordar un intercambio de prisioneros, pero el plan se quedó en nada. Surrey Chapel le envió dos libras para un tratamiento dental, y a comienzos de 1943 llegaron noticias preocupantes de que al parecer sufría desnutrición. Sus cartas eran

breves; en ellas «anhelaba el día de la paz».²² El tercer aniversario de su internamiento trajo inquietantes acontecimientos. Había dos mil quinientos extranjeros enemigos retenidos en los diez hoteles del campo, separados de la ciudad balneario por una cerca de tres metros coronada con alambre de espino. La mayoría de las mujeres procedían de Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos, pero en abril de 1943 llegó un grupo de cuatrocientos hombres, mujeres y niños judíos, sobre todo polacos del gueto de Varsovia, a los que se había permitido salir de allí porque tenían pasaportes sudamericanos.²³ Trajeron consigo historias increíbles de asesinatos y matanzas. La señorita Tilney, que trabajaba en la oficina central, la *Kommandantur*, gestionando expedientes y archivos, se enteró de que el hombre responsable del campo, el comandante Landhäuser, había recibido órdenes de Alois Brunner y Adolf Eichmann de detener a todos los judíos de Varsovia que había en Vittel para ser transportados al este. Se decía que tenían pasaportes falsos.²⁴

En enero de 1944, el comandante Landhäuser transfirió a los judíos de Varsovia del Hotel Providence al Hotel Beau-Site, separado del recinto general. Ello provocó una gran conmoción en el campo. En marzo se embarcó a un primer grupo de ciento sesenta y nueve judíos de Varsovia en los vagones del Transporte número 72, con destino a Auschwitz.²⁵ Entre ellos estaba el poeta Isaac Katzenelson, que ocultó sus últimos poemas en una botella en el recinto del campo, la cual fue recuperada más tarde. Uno de aquellos poemas llegaría a ser bastante célebre, «Canto del pueblo judío sacrificado».²⁶

Hubo alguna resistencia. Varios de los judíos de Varsovia se suicidaron, saltando desde las plantas superiores de un hotel o tomando veneno. Otros trataron de escapar, entre ellos un joven polaco llamado Sasha Krawec, que buscó la ayuda de su profesora de inglés, la señorita Tilney. Eso lo descubrí en *Sofka: The Autobiography of a Princess* («Sofka: Autobiografía de una princesa»), un libro de Sofka Skipwith, otra de las internas (que, por una feliz coincidencia, era tía abuela de mi vecino en Londres). El libro ofrece un relato de la desaparición de Sasha Krawec poco antes del transporte a Auschwitz. «Nos dio la impresión de que la señorita Tilney, una trabajadora de mediana edad de la *Kommandantur* que se había mostrado extremadamente amable con Sasha, tuvo algo que ver en ello.»²⁷

Sofka Skipwith tenía razón. La señorita Tilney ocultó a Sasha Krawec

durante más de seis meses hasta el 18 de septiembre de 1944, cuando llegaron las tropas estadounidenses. «Solo después de liberado el campo se descubrió que había pasado aquellos meses en el cuarto de baño de ella», escribió Sofka.²⁸ Uno de los internos le decía a Albert, el hermano de la señorita Tilney, que su hermana siempre «se ponía en último lugar», que guardaba los pasaportes de todos, y que, «con gran riesgo personal [...] ocultó durante un período de dieciséis semanas a un joven judío condenado a ser enviado a un campo de aniquilación en Polonia. Un interno anónimo la delató a los alemanes, pero por suerte la acusaron de ocultar a una niña, y, en consecuencia, pudo negar las acusaciones».²⁹ Otro interno le aseguró a Albert que salvar a Sasha Krawec había sido uno de los «actos excepcionalmente valientes de esta guerra», que nunca había conocido a nadie «tan valeroso y trabajador, tan entregado en la buena labor que realizaba». La señorita Tilney era «una de las personas más valientes que he conocido nunca».³⁰

Tras la liberación, fue una de las últimas personas en abandonar el campo de Vittel, trabajando para el VI Ejército estadounidense y luego como «secretaria y recepcionista» en el Hotel Ermitage, una unidad del denominado «grupo de hoteles de descanso» del VII Ejército (donde la consideraban una persona concienzuda, capaz, imaginativa y leal).³¹ Después volvió a París y a la iglesia baptista de la avenue du Maine, llevándose consigo algunas pertenencias de otras personas que también habían sido internadas. Más tarde, la señorita Tilney dejó Francia para iniciar una nueva labor misionera en África meridional, donde pasó gran parte de la década de 1950. Cuando se jubiló, se trasladó a Florida para estar junto a su hermano Fred en Coconut Grove (Fred era todo un personaje; en 1955 fue condenado por fraude postal por un juez de Miami, que le ordenó dejar de vender sus falsos «líquidos de musculación», comercializados bajo la marca Vi-Be-Ion, una mezcla de levadura de cerveza y condimento de verduras). «Aquí en Coconut Grove solían andar juntos», explicaba Germaine Tilney, «el doctor Tilney, el señor Atlas y Elsie.»

La señorita Tilney murió en 1974, y sus papeles se destruyeron. Incapaz de averiguar dónde estaba enterrada, me puse en contacto con la encargada de las necrológicas del *Miami Herald*. Después de investigar un poco, esta determinó que la señorita Tilney había sido incinerada y sus cenizas esparcidas en la bahía Vizcaína, en la costa Atlántica del sur de Florida.

No había constancia alguna de que le hablara nunca a nadie de Viena o de Vittel. Ni en Surrey Chapel, ni en Florida.

Pocos de los demás internos mencionados en *Sofka* seguían todavía vivos, pero pude localizar a Shula Troman, una artista de noventa años. Internada en Vittel durante tres años hasta 1944, vivía en el pueblecito de Ploumilliau, en la Bretaña, a corta distancia del Atlántico. Nos encontramos en París, en el barrio de Le Marais; concretamente en Chez Marianne, su restaurante favorito, en la rue des Rosiers. Se presentó con un conjunto de color rojo vivo, una gran risa y mucha energía. El sentimiento que mejor describe mi primera impresión de Shula es el de adoración; y resultó ser persistente.

El internamiento de Shula en Vittel se debió a un error administrativo. Ella vivía en un pueblecito francés, solicitó una *carte d'identité*, y el secretario del ayuntamiento vio en su partida de nacimiento que había nacido en la Palestina británica (adonde su padre se había trasladado en 1923 desde Varsovia). Shula no lo desengañó cuando él hizo constar que su nacionalidad era británica. Más tarde, como judía obligada a llevar una estrella amarilla, la referencia accidental a la nacionalidad británica le salvó la vida cuando los alemanes la detuvieron en París.

A la larga, en la primavera de 1941, la enviaron a Vittel, a la sexta planta del Grand Hotel. «Una habitación grande y bonita con vistas a un patio, una especie de suite, con cuarto de baño», me explicó en un tono bastante alegre. La vida en el campo no era demasiado dura, aunque hubo períodos difíciles, especialmente cuando en 1943 llegaron los judíos del gueto de Varsovia, que contaban historias «increíbles». Recibió clases de arte de un apuesto joven inglés, Morley Troman, del que se enamoró. Más tarde se casaron. Ella formaba parte de un grupo literario y político, que incluía también a Sofka Skipwith y a su más íntima amiga, Penelope «Lopey» Brierley.



Shula (derecha), con Lopey Brierley, Vittel, 1943
© Shula Troman

Shula me mostró una foto suya con su amiga Lopey, que copió un poema de Charles Vildrac al dorso de la imagen: «Une vie sans rien de commun avec la mort» («Una vida sin nada en común con la muerte»).

De vez en cuando montaban espectáculos inofensivos, a la par que traviosos, a los que asistía la señorita Tilney, incluida una noche de «canciones orientales». «Fue maravilloso», recordaba Shula con los ojos brillantes. «En la fila delantera se sentaban todos los dignatarios, el comandante Landhäuser en el centro, y la gente de la Gestapo a su lado como invitados de honor. No les habíamos dado la letra, de manera que no tenían ni idea de lo que cantábamos. Les gustó mucho una canción que decía “¡Viva el pueblo de Israel! ¡Israel vivirá por siempre!”». Cantábamos en hebreo, así que

no nos entendían. Toda la fila delantera se levantó y aplaudió, nos aclamó y nos pidió un bis. Fue maravilloso.»

Soltó una carcajada. «Nosotros cantamos muy fuerte, y ellos aplaudieron muy fuerte. Lo realmente delicioso fue que más tarde lo descubrieron. ¡Nos prohibieron volver a hacer más espectáculos!»

Shula recordaba con cierto afecto a Landhäuser, el hostelero que se convirtió en comandante del campo y que en la Primera Guerra Mundial había estado internado en un campo de prisioneros de guerra en Inglaterra. «Le caían bien los detenidos ingleses, fueran cristianos o judíos», explicaba Shula. «Después de la liberación, me dio su tarjeta y nos invitó a ir a verle.»

Al principio, no obstante, ella había advertido la presencia de una solterona inglesa muy rara sobre la que albergaba cierto recelo. «La señorita Tilney trabajaba en la *Kommandantur*, con los documentos y archivos de los internos; a mí me daba miedo, recelaba de ella.» Era una señora de edad indefinida, canosa, «muy flaca» y «reservada» que se mantenía aislada y era profundamente religiosa. Era *rétrécie*, tirante, encogida. A Shula le inquietaba la posibilidad de que la inglesa fuera una confidente; y tenía también otra preocupación: esperaba que mantuviera en secreto su origen judío.

La relación con la señorita Tilney cambió inesperadamente en el verano de 1941. «Yo iba andando por un pasillo cuando observé que la señorita Tilney venía hacia mí. Me puse nerviosa, porque sabía que trabajaba en la *Kommandantur*, y yo quería guardar las distancias. Cuanto más se me acercaba, más me inquietaba. Entonces ocurrió algo muy extraño. En el momento en que me alcanzó, cayó de rodillas, extendió la mano, me cogió la mía, y la besó. Eso me dejó *estomaquée* [pasmada], y no sabía qué hacer o decir. Entonces la señorita Tilney me dijo: “Sé que usted forma parte de las personas que salvarán el mundo; usted es una de las elegidas.”»

Shula me miró desde el otro lado de la mesa del restaurante. «¿Se da cuenta de lo espantoso que fue eso?», me preguntó. «Allí estaba yo», prosiguió, «confiando en que nadie supiera mi secreto, que era judía, y no realmente británica. ¿Puede imaginarse lo aterrador que era, lo que podía significar?» Le preocupaba la posibilidad de que la reclasificaran como apátrida, con todo lo que ello implicaba de cara a una posible deportación. «Entonces la señorita Tilney me dijo: “No se preocupe, yo cuidaré de usted,

haré todo lo posible por protegerla.” Era muy extraño. Para todos los demás ser judío era un peligro, pero para la señorita Tilney era algo especial.»

Shula hizo una pausa; luego añadió: «Ella era justo lo contrario de la época.»

La señorita Tilney estuvo siempre atenta a proteger a la joven. Más tarde, tras la liberación, Shula se enteró de cómo se había salvado Sasha Krawec. «Estábamos en el patio del campo, libres, atónitos, en una especie de tierra de nadie bajo el control inglés. Mi amiga Rabbit [Madeleine Steinberg] se quedó destrozada cuando los judíos fueron trasladados a otro hotel y luego llegaron los transportes a Auschwitz. Creíamos que se habían llevado a Sasha. Y entonces, de repente, seis meses después, estaba allí en el patio, pálido, exhausto, medio loco, al borde de la desesperación. Parecía una persona enloquecida por la droga, pero estaba vivo, salvado por la señorita Tilney. Y en ese momento supimos cómo lo había salvado: ella le dijo que si había otro transporte le diera una señal, cosa que él hizo, y entonces pidió que fuera a verla, cosa que él hizo, vestido de mujer.»

Shula se quedó de nuevo en silencio, y luego dijo en voz baja: «Eso fue lo que hizo la señorita Tilney.» Entonces se echó a llorar. «Une femme remarquable.» Sus palabras apenas resultaron audibles.

Rosamunde Codling, la archivera de Surrey Chapel, organizó una reunión con otra miembro de la congregación, alguien más que recordaba a Elsie. Al principio Grace Wetherley, una anciana que se acercaba a los noventa años, se mostró remisa a reunirse conmigo porque desconfiaba de los abogados. Pero al final cedió, y nos reunimos un domingo por la mañana después del servicio religioso. Su rostro destacaba entre la multitud, fuerte y arrugado, con la mirada atenta y brillante, y el cabello de un hermoso blanco intenso. Sí, recordaba a la señorita Tilney, de comienzos de la década de 1930, en la escuela dominical, tras regresar de sus viajes al Norte de África.

«Recuerdo mejor a su hermano, aunque a mí Bert no me gustaba», me dijo Grace con toda la intención. «Él no tenía el carácter de su hermana, era un poco errático.» Los recuerdos fueron volviendo con mis preguntas. «En 1935 me tocó sentarme a su lado», precisó Grace con entusiasmo. «Era

absolutamente valiente y consagrada a los niños, eso era lo que la movía.» Hizo una pausa. «Eso es lo que *nos* mueve.» Una sonrisa iluminó su rostro. «Cuando yo era adolescente, no diría que la idolatraba, esa no es la palabra adecuada, pero estaba llena de admiración por aquella mujer. Era valiente.»

Grace era consciente de las habladurías que había en la congregación sobre las actividades de la señorita Tilney, de los rumores. «Decían que estaba salvando a bebés judíos.» Pero no conocía los detalles, ya que ninguno de los bebés apareció nunca por el templo. «Fue durante la guerra, porque ella estaba en el extranjero, y la idea era deshacerse de los judíos. Era valiente, vio a aquellos pobres niños y los salvó. Hizo una enorme labor, poniendo en peligro su propia vida.»

Nos sentamos, con aire meditabundo. «Ahora usted ha venido a vernos», me dijo Grace con una sonrisa. «No creo que fuera solo porque los que morían eran niños judíos», añadió. «La cuestión, como de costumbre, es que Hitler lo hizo todo mal. A ella la movía la compasión humana. Al fin y al cabo, se supone que los cristianos apuestan por cualquiera que tenga problemas.» Luego rememoró aquella época y sus propios esfuerzos. «¿Qué retos he afrontado yo?», preguntó en voz alta. «No muchos. A mí no se me llevaría la Gestapo. Ella podía perderlo todo; podía haber perdido la vida en cualquier momento.»

Grace sabía que habían internado a la señorita Tilney. «No sé por qué», prosiguió, «pero ella era un auténtico incordio en el continente, tratando de salvarles la vida a quienes Hitler quería muertos.» Se sentía orgullosa de haber conocido a la señorita Tilney, una mujer que tuvo la «suerte de escapar con vida». Luego puso punto final a nuestra conversación. «Era compasiva, brillante, magnánima.» Hizo una pausa. «Y un auténtico incordio.»

Grace estaba contenta de que yo hubiera acudido a su congregación.

«¡Qué bien que nos haya encontrado! ¡Es magnífico que haya visto la luz!»

«¿No te interesaba saber qué era lo que había motivado a la señorita Tilney?», le pregunté a mi madre. «¿Y qué diferencia habría?», me respondió. Pero yo seguía queriendo entender por qué la señorita Tilney

había actuado como lo hizo, haciendo un viaje a Viena para salvar a una bebé judía y ocultando a Sasha Krawec, con un gran riesgo personal.

Había pistas, proporcionadas por Grace Wetherley y otros, de modo que acudí de nuevo a Surrey Chapel para hablar con Rosamunde Codling. Esta indagó un poco y volvió, algo vacilante, con cierta información.

«Es un poco delicado», me dijo; pero tenía una respuesta, y bastante concreta, en un sentido literal. «Tenía que ver con el gran amor en Cristo de la señorita Tilney hacia los judíos.» Continúe, le dije. «Parece ser que la movía una interpretación literal de la Epístola de Pablo a los Romanos.»

Rosamunde me remitió a las líneas pertinentes de la famosa epístola, líneas con las que se hizo evidente que mi madre –y por extensión yo mismo– estábamos en deuda. Juntos, leímos el texto de Romanos 1, 16: «A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos primeramente, pero también de los gentiles.»

Luego me remitió a otra línea, Romanos 10, 1: «Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios por los israelitas es que se salven.»

Rosamunde creía que esos eran los textos que habían hecho que la señorita Tilney considerara que su misión era trabajar con los judíos «a fin de ganarlos para Cristo». Entendí sus dudas al plantear la cuestión, ante la posibilidad de que yo me sintiera ofendido por la idea de que la motivación de la señorita Tilney era la ideología religiosa. Pero no tenía ningún motivo para preocuparse.

Tom Chapman aprobó sus investigaciones. Él creía que la señorita Tilney había actuado motivada por la compasión humana, junto con una firme creencia –compartida por otros miembros de Surrey Chapel– en la puntualización de «los judíos primeramente». Su predecesor, David Panton, había adoptado una interpretación literal de Romanos que apuntaba a una profunda simpatía hacia los judíos y su papel crucial en la realización de los objetivos de Dios. Tom pensaba que aquello era justo lo contrario del credo nazi.

«Lo que dice Pablo», me explicó Tom, «es que uno demuestra su fe en Dios como cristiano expresando simpatía y amabilidad hacia los judíos.»

Así pues, ¿la señorita Tilney había viajado a Viena con la esperanza de que la niña se hiciera cristiana? La pregunta resultaba embarazosa. «En ella había una exaltación de los judíos, un deseo general de hacer el bien a quienes

pasaban dificultades», prosiguió Tom, «y a ello se unía una postura teológica que incrementaba las sensibilidades.» ¿Una mezcla de compasión y teología, entonces?

Sí, pero la motivación básica era la compasión, ligeramente reajustada por un elemento teológico. «Ella era consciente de la persecución de los judíos en Alemania y en Austria, y su postura era la verdadera antítesis del antisemitismo dominante en Alemania.»

Yo sabía que la Epístola de Pablo a los Romanos era controvertida, sobre todo porque trataba temas como la homosexualidad y los derechos de las mujeres en la Iglesia. También sabía que era importante, por cuanto profetizaba que Cristo no volvería hasta que los judíos se hubieran convertido, que la Segunda Venida no se produciría hasta que todos los judíos aceptaran al mismo Dios. Esto le planteaba un reto a la señorita Tilney, cuya doctrina cristiana dictaba que la salvación era una cuestión individual, que cada judío tenía que decidir por sí mismo, como un acto personal. El individuo, no el grupo. De modo que la señorita Tilney tenía mucho trabajo entre manos; una consecuencia de la escisión entre Martín Lutero y la Iglesia católica durante la Reforma: esta última se centraba en una interpretación de las Escrituras que apuntaba a la conciencia individual, a la negación del grupo.

«Ese fue el principio de nuestro concepto del individuo en el mundo moderno», me explicó un conocido con inclinaciones teológicas; los orígenes de los modernos derechos humanos, la focalización en el individuo.

Como Tom Chapman, yo entendía que la señorita Tilney había actuado motivada por algo que estaba más allá de la ideología. Sus escritos, la decisión de trasladarse a París, el hecho de que hablara árabe y francés..., todo ello apuntaba a algo más. Al escribir sobre su visita a la mezquita, había observado la hermosura de esta y la belleza de personas concretas. Se mostraba ideológicamente firme y segura con respecto a aquellas cosas en las que creía, pero eso no le impedía ver los matices y la diversidad de la vida, a las personas que no pensaban igual, y quería pasar tiempo con ellas.

La señorita Tilney fue una mujer compasiva, no una ideóloga entregada a una labor misionera. No es que se limitara a esconder a gente, sino que se desvivía por hacerlo. «Las personas solo son capaces de un gran heroísmo cuando creen en algo apasionadamente», me sugirió un amigo cuando le

conté su historia. «No basta un principio abstracto para ser heroico; ha de haber algo que sea emocional y esté profundamente motivado.»

IV. Lemkin

Los ataques a grupos nacionales, religiosos y étnicos deberían pasar a considerarse delitos internacionales.¹

RAFAEL LEMKIN, 1944



© Hans Knopf/Collier's Magazine

Un cálido día de primavera, en la ciudad de Nueva York, Nancy Lavinia Ackerly, una estudiante de Louisville, Kentucky, estaba sentada en la hierba de Riverside Park, cerca del campus de la Universidad de Columbia. Corría el año 1959, y Nancy se hallaba en compañía de un amigo indio, disfrutando de un modesto pícnic. Cuando un hombre de edad avanzada elegantemente vestido con traje y corbata se acercó a ellos caminando despacio, Nancy se fijó en su mirada afable. Con un marcado acento centroeuropeo, preguntó: «Sé decir “te quiero” en veinte idiomas distintos. ¿Puedo enseñároslo?»²

Sí, por favor, hágalo, le respondió Nancy, hágalo. El hombre se unió a ellos, y en el curso de una conversación llena de digresiones Nancy se enteró de que era el autor de la Convención sobre el Genocidio. Se llamaba Rafael Lemkin, y era originario de Polonia.

Nancy y Lemkin entablaron amistad. Ella solía ir a verle a su casa en la calle Ciento doce Oeste, un espacio lleno de libros y papeles, una única habitación con un sofá cama, pero sin teléfono ni cuarto de baño. Lemkin estaba en la miseria y enfermo, pero Nancy no lo sabía. Cuando llevaban unos meses siendo amigos, él le preguntó si podría echarle una mano con sus memorias: ¿estaría dispuesta a ayudarlo a «pulir el lenguaje»? Durante todo el verano trabajaron juntos en el texto, al que Lemkin dio el título de *Totally Unofficial* («Totalmente extraoficial»).

Pero no pudo encontrar un editor dispuesto a publicarlo, y el libro acabó varias docenas de manzanas al sur de la Universidad de Columbia, en las entrañas de la Biblioteca Pública de Nueva York.³ Muchos muchos años después, un generoso académico estadounidense mencionó el texto y me envió una fotocopia. Me llegó a Londres, donde lo leí con atención y con sumo interés. Aunque sus lagunas se hicieron evidentes de inmediato, disfruté de la lectura de aquel texto mecanografiado con una fuerte impronta de Lemkin. Había un pasaje que me resultó particularmente atractivo, apenas unas líneas sobre los estudios de Lemkin en Lwów que reproducían una conversación con un profesor anónimo (algunas versiones del texto hacen

referencia a más de un profesor), escritas sin duda mucho tiempo después. Aun así, el pasaje me llamó la atención, y a la larga me permitiría descubrir que Lemkin y Lauterpacht habían tenido los mismos profesores en la misma facultad de derecho.

«Nací [...] [y] viví mis diez primeros años en una granja llamada Ozerisko, a unos veinte kilómetros de la ciudad de Wołkowysk», escribía Lemkin en sus memorias.⁴ Su vida se inició en el claro de un bosque en junio de 1900, no lejos de Białystok. La granja se hallaba a varios cientos de kilómetros al norte de Lemberg, en un territorio que Rusia le había arrebatado a Polonia anexionándose un siglo antes, en 1795. Dicho territorio se conocía como Rus Blanca, o Lituania. Al norte se extendía Prusia Oriental, al sur la actual Ucrania, al este Rusia y al oeste la actual Polonia. Ozerisko, que en la actualidad es la población bielorrusa de Aziaryska, era tan pequeño que pasaba más o menos desapercibido.

Aquel fue el lugar de origen de Lemkin, el segundo de los tres hijos de Bella y Josef, nacido entre Elias y Samuel. Su padre trabajaba como agricultor arrendatario en unas tierras que polacos y rusos se disputaban desde hacía mucho, atrapando en medio del conflicto a su población judía. La vida era una lucha constante, decía su padre, como tres en una cama compartiendo una sola manta. «Cuando el de la derecha tira de la manta hacia sí», solo el que estaba en medio podía estar seguro de seguir abrigado.⁵

Los Lemkin vivían con otras dos familias, y sus hijos formaban una «pandilla feliz». Lemkin recordaba una infancia idílica, con gallos y otros animales, un perro enorme llamado Riabczyk, un gran caballo blanco, y el «susurro metálico» del balanceo de las guadañas segando campos de trébol y de centeno. Abundaba la comida: pan negro, cebollas crudas, budín de patatas... Él echaba una mano en la granja, situada cerca de un gran lago resguardado por abedules blancos con los que él y sus hermanos construían pequeñas balsas y jugaban a piratas y vikingos. De vez en cuando, el idilio se veía interrumpido por un funcionario zarista, que venía a hacer cumplir las normas que prohibían a cualquier judío ser dueño de una granja. Josef Lemkin eludía la ley mediante sobornos, que le pagaba a un policía con

mostacho vestido de uniforme y con brillantes botas negras que montaba a horcajadas de un caballo grande.⁶ Fue el primer funcionario al que Lemkin le tuvo miedo.

El estudio de la Biblia se inició a los seis años de edad, y dio a conocer a Lemkin a unos profetas que predicaban la justicia entre los hombres y la paz entre las naciones. Luego pasó a recibir clases en una aldea vecina, donde sus abuelos regentaban una casa de huéspedes, y de boca de su madre, Bella, que era una ávida lectora, oyó por primera vez las fábulas de Iván Krylov, relatos de justicia y decepción. Al final de su vida, Lemkin recitaría la historia del zorro que invitó a comer a la cigüeña, ofreciéndole la comida en un plato llano. La cigüeña le correspondió entonces invitándole a comer de una botella con el cuello estrecho. La injusticia no salía a cuenta; tal era la moraleja de aquella fábula infantil.⁷

Bella le cantaba a menudo, melodías sencillas que podían inspirarse en los poemas de Semión Nadson, un escritor romántico ruso del siglo XIX cuya canción-poema «El triunfo del amor» repudiaba la violencia. «Mirad cómo el mal oprime a la humanidad», escribía Nadson sobre el mundo, tan «enfermo de tortura y sangre».⁸ Los escritos de Nadson inspirarían más tarde a Serguéi Rajmáninov, quien, el mismo año en que nació Lemkin, se inspiró en otro poema suyo («Melodiya») para componer su Opus 21, número 9, una pieza romántica para piano y tenor que expresaba la esperanza en la posibilidad de una humanidad mejor.



A petición mía, un colega de Bielorrusia se desplazó a Aziaryska, a tres horas en coche de Minsk, para echar un vistazo. Allí encontró un grupo de casas de madera, en cada una de las cuales vivía una anciana viuda. Una de ellas, una mujer de ochenta y cinco años, le dijo con una sonrisa que era demasiado joven para recordar a Lemkin, y le remitió a un cementerio judío abandonado. Aquello podría serle de ayuda, añadió.

Cerca de la aldea, mi amigo se tropezó con el pueblo de Mižeryčy, hogar de una familia de la nobleza bielorrusa, los Skirmunt, famosos en otros tiempos por su colección de libros franceses y polacos. «Quizá fuera por eso por lo que la madre de Lemkin hablaba tantas lenguas», sugirió mi amigo.

Aquellos años no fueron un puro idilio. Lemkin supo de los pogromos y de la violencia de las turbas contra los judíos. En Białyostok, en 1906, cuando Lemkin tenía seis años de edad, un centenar de judíos fueron asesinados en uno de tales incidentes. Él los imaginó con el estómago abierto y relleno de plumas de almohada, aunque parece más probable que esa imagen se inspirara en un poema del poeta judío Jaim Najman Biálik, «En la ciudad masacrada», que ofrecía una vívida descripción de otra atrocidad distinta perpetrada más de mil quinientos kilómetros al sur, y uno de cuyos versos hablaba de un «estómago hendido, lleno de plumas».⁹ Lemkin conocía la obra de Biálik, y, de hecho, su primer libro publicado (en 1926) sería una traducción del hebreo al polaco de una novela del poeta, un libro titulado *Noach i Marynka*.¹⁰ Pude encontrar un ejemplar en la biblioteca universitaria de Jerusalén: se trata de un relato sobre un joven amor entre un muchacho judío y una muchacha ucraniana (la versión inglesa lleva por título *Behind the Fence*, «Tras la cerca»), de una historia de conflicto entre grupos.

En 1910, los Lemkin dejaron Ozerisko para trasladarse a otra granja en la cercana Wołkowysk. La mudanza estuvo motivada por el deseo de mejorar la educación de los hijos, permitiendo que Lemkin se matriculara en una escuela municipal. Allí se convirtió en admirador de Tolstói («creer en una idea significa vivirla», le gustaba decir) y de *Quo Vadis*, una novela histórica de Henryk Sienkiewicz sobre el amor y la antigua Roma.¹¹ A Nancy Ackerly le contó que tenía once años cuando leyó la novela, que le llevó a preguntarle a su madre por qué no había intervenido la policía cuando los romanos

arrojaban a los cristianos a los leones. Lemkin mencionaba temas similares en sus memorias, como, por ejemplo, el relato de una «matanza ritual» de judíos que al parecer había ocurrido en Kiev en 1911; unos hechos que hicieron que él y otros alumnos judíos de la escuela fueran objeto de mofa debido a su afiliación religiosa.

59

En 1915, la Primera Guerra Mundial llegó a Wołkowysk. En sus memorias –que, aparte de estar incompletas, llegué a la conclusión de que tampoco se hallaban del todo exentas de cierto toque de aderezo creativo–, Lemkin escribió que a su llegada los alemanes causaron destrozos en la granja de la familia, y volvieron a hacerlo en 1918, cuando se marcharon, si bien dejaron intactos los libros de Bella. Lemkin, que era un buen estudiante con una enorme facilidad para los idiomas, asistió a un instituto en Białystok. Al finalizar la guerra, Wołkowysk pasó a formar parte de Polonia, y Lemkin, como Lauterpacht y Leon, adquirió la nacionalidad polaca.



Lemkin, Białystok, 1917
© YIVO Institute for Jewish Research

El final de la Primera Guerra Mundial trajo consigo una tragedia distinta para la familia Lemkin. En julio de 1918 la pandemia mundial de gripe llegó a Wołkowysk, y entre sus numerosas víctimas se contó el hermano pequeño de Lemkin, Samuel.

Fue más o menos por entonces, a sus dieciocho años, cuando Lemkin decía

que había empezado a pensar en la destrucción de grupos. Uno de sus temas de interés fue la masacre de armenios ocurrida en el verano de 1915, que había aparecido en las noticias. Murieron «Más de 1,2 millones de armenios», en sus propias palabras, «por la única razón de que eran cristianos».¹² Henry Morgenthau, el embajador estadounidense en el imperio otomano que posteriormente elaboraría un informe sobre las matanzas de 1918 en Lwów, describió la masacre de armenios como «el mayor crimen de todos los tiempos».¹³ Para los rusos, se trataba de «crímenes contra el cristianismo y la civilización»,¹⁴ una formulación que también utilizaron los franceses, aunque estos, atentos a las sensibilidades musulmanas, la cambiaron por «crimen contra la humanidad y la civilización». «Se asesinó a una nación y se dejó en libertad a los culpables», escribió Lemkin, identificando al «más terrible» de sus autores como Talat Pashá, un ministro otomano.¹⁵

60

El relato de Lemkin pasaba ligeramente por alto el período que siguió al final de la Primera Guerra Mundial. Así, solo mencionaba por encima sus estudios en Lwów; diversos esbozos biográficos escritos por otros autores sugieren que estudió filología, pero tampoco ofrecen más detalles. Volví a los archivos de Lviv con la ayuda de Iván y de Ihor, mis dos colaboradores ucranianos, para ver qué podía encontrar; pero salimos con las manos vacías. ¿Era posible que las descripciones de la vida de Lemkin estuvieran equivocadas? ¿Acaso era un fantasioso? Pasamos un verano entero sin llegar a ninguna parte, hasta que me tropecé casualmente con una referencia en un anuario universitario que mencionaba que en el verano de 1926 se le había concedido un doctorado en derecho. Se incluía el nombre de un supervisor, el doctor Juliusz Makarewicz, el mismo hombre que enseñó derecho penal a Lauterpacht. Era este un hecho curioso a la par que notable: resultaba que los dos hombres que incorporaron los conceptos de «genocidio» y de «crímenes contra la humanidad» al juicio de Núremberg y al derecho internacional habían compartido un mismo profesor.

Volvimos al archivo municipal para buscar de nuevo. Iván examinó sistemáticamente todos y cada uno de los volúmenes que hacían relación de

los estudiantes de la facultad de derecho entre 1918 y 1928, una minuciosa tarea. Un día de otoño, Iván me llevó a una mesa cargada con pilas de libros, treinta y dos volúmenes encuadernados, cada uno de los cuales contenía cientos de páginas de expedientes de estudiantes.

Buscando a Lemkin, examinamos miles de páginas. Muchos de aquellos volúmenes hacía años que no se abrían; otros llevaban la marca de algún investigador reciente, un diminuto fragmento de papel insertado como punto de lectura. Después de varias horas llegamos al volumen 207, el catálogo del decanato correspondiente al curso académico 1923-1924, letras *H-M*.¹⁶ De repente, al volver una página, Iván dio un grito: tenía una firma, «R. Lemkin».

Los garabatos de color negro, trazados con mano firme, confirmaban los estudios realizados en Lwów. Iván y yo nos abrazamos; una mujer de avanzada edad con una blusa rosa sonrió. Lemkin había firmado el documento en 1923, anotando la fecha y el lugar de nacimiento (24 de junio de 1900, Bezwodne), los nombres de sus padres (Josef y Bella), su ciudad natal (Wołkowysk), una dirección en Lwów y una lista completa de las asignaturas cursadas durante aquel año académico.

Pronto reunimos un expediente académico completo, desde su matriculación en octubre de 1921 hasta su graduación en 1926. Un documento de 1924 –el *Absolutorium*– enumeraba todas las asignaturas cursadas, y un *Protokoł egzaminu* (certificado de examen) de 1926 confirmaba la concesión de un doctorado en derecho el 20 de mayo de ese año.¹⁷ Los documentos incluían otra información nueva: un diploma de secundaria obtenido en el instituto de Białystok el 30 de junio de 1919; la inscripción tres meses después en la facultad de derecho de la Universidad Jaguelónica de Cracovia; la llegada a la facultad de derecho de Lwów el 12 de octubre de 1921.

Aun así, faltaba un año entero de su vida, desde el verano de 1920 en adelante. Lemkin no hacía mención alguna de Cracovia en sus memorias ni, aparentemente, en ninguna otra parte. Allí estudió historia del derecho y varios temas polacos, pero no derecho penal ni internacional. Un erudito polaco afirmaba que combatió como soldado en la guerra polaco-soviética, y el propio Lemkin mencionó indirectamente en una ocasión que le habían herido en 1920, cuando el mariscal Piłsudski expulsó a las fuerzas bolcheviques de Polonia oriental. Pero sus memorias guardaban silencio

sobre el tema. El profesor Marek Kornat, un historiador polaco, me dijo que Lemkin fue expulsado de la Universidad de Cracovia cuando se descubrió que su hoja de servicio en el ejército polaco, de 1919, era inexacta (solo había servido como ayudante voluntario de un juez militar). Frente a este hecho, las autoridades de la Universidad de Cracovia decidieron expulsarlo (en comparación con la liberal Lwów, aquel era «un sitio muy conservador», me sugirió el profesor Kornat).¹⁸

61

«En Lwów», escribía Lemkin en sus memorias, «me matriculé para estudiar derecho.» Ofrecía pocos detalles al respecto, pero, armado con los recién descubiertos registros universitarios, pude descubrir las asignaturas que cursó y las direcciones donde vivió.

Pasó cinco años –desde 1921 hasta 1926– en la Universidad de Lwów, adonde llegó dos años después de que se fuera Lauterpacht. Durante ocho semestres cursó cuarenta y cinco asignaturas, empezando en septiembre de 1921 con temas tan diversos como el derecho canónico, la judicatura polaca y el derecho romano, con clases impartidas por muchos de los mismos profesores que enseñaron a Lauterpacht. Durante aquel primer año vivió en la parte occidental de la ciudad, en el número 6 de la calle Stebona (hoy calle Hlyboka), mientras Polonia salía de una prolongada guerra con Rusia a la que finalmente había puesto fin el trazado de una nueva frontera. Situada a unos doscientos cincuenta kilómetros al este de la originaria Línea Curzon, en la que Lauterpacht había trabajado en 1919, esta nueva frontera situaba a cuatro millones de ucranianos bajo el control polaco.

El edificio en el que vivía Lemkin, de cuatro plantas de altura, estaba ricamente decorado, con la figura de una mujer joven tallada en piedra sobre la entrada y flores primorosamente labradas encima de cada ventana, como en un reflejo del concurrido mercado de flores que ocupaba el solar abandonado de enfrente cuando yo fui a visitarlo. El lugar estaba cerca del Politécnico de Lemberg, cuyo presidente, el doctor Fiedler, había compartido en 1919 un paseo hasta lo alto de Vysoky Zamok (también conocida como la Colina del Castillo) con Arthur Goodhart, un joven abogado que trabajaba para el

presidente Woodrow Wilson, para advertirle de los problemas que se avecinaban.

El año siguiente, Lemkin estudió derecho penal polaco con el doctor Juliusz Makarewicz, que se había reinventado a sí mismo después de enseñarle derecho penal austriaco a Lauterpacht. Otras asignaturas abarcaban el derecho mercantil internacional (con el profesor Allerhand) y el derecho de propiedad (con el profesor Longchamps de Berier), dos docentes cuyas vidas se verían segadas tras la llegada de los alemanes en 1941. En ese segundo año, Lemkin vivió en el número 44 de la calle Gródecka (hoy calle Horodotska), un imponente edificio paladiano situado en una calle principal que conducía a la ópera, bajo la larga sombra proyectada por la catedral de San Jorge. El lugar se hallaba a no mucha distancia de la casa donde nació mi abuelo Leon, en la calle Szeptyckich.

El tercer año, a partir del otoño de 1923, Lemkin se dedicó al derecho penal, con otras dos asignaturas impartidas por el profesor Makarewicz. También cursó una primera asignatura de derecho internacional, impartida por Ludwik Ehrlich, el titular de la cátedra que Lauterpacht había solicitado sin éxito.¹⁹ Por entonces Lemkin se había mudado de nuevo, esta vez a un barrio más pobre de clase obrera situado en la parte «mala» de la ciudad, al que se llegaba pasando bajo la arcada de un puente que dos décadas después, en la Lemberg ocupada por los alemanes, serviría de puerta de entrada al gueto judío. Hoy, el número 21 de la calle Zamarstynowska (actualmente calle Zamarstynivs'ka) tiene un aspecto oscuro y sombrío; es un bloque de pisos necesitado de cuidado y atención.



Calle Zamarstynivs'ka, número 21, Lviv, 2013
© *Profesor Philippe Sands QC*

Cada nuevo hogar parecía menos grandioso que el anterior, como si Lemkin se hallara en una trayectoria descendente.

En sus memorias, Lemkin no hacía mención alguna de ninguno de aquellos lugares ni de su vida en Lwów. Lo que sí mencionaba era un juicio «pintoresco y de lo más sensacional» celebrado en Berlín en junio de 1921, tres meses antes de que iniciara sus estudios. El acusado era un joven armenio, Soghomon Tehlirian, que había asesinado a un exministro del gobierno otomano llamado Talat Pashá en la capital germana. El juicio se celebró en una sala abarrotada (entre el público se sentaba un joven estudiante de derecho alemán llamado Robert Kempner, que un cuarto de siglo después ayudaría a Lemkin en Núremberg), y estuvo presidido por un juez que tenía el apropiado nombre de doctor Erich Lehmborg. Tehlirian, un estudiante «más pequeño de lo normal, con el rostro de un sombrío color pálido» y que sentía debilidad por las clases de baile y por la mandolina, argumentaba que había matado a Talat Pashá para vengar el asesinato de su familia y de los armenios de Erzurum, su ciudad natal.²⁰

El abogado defensor de Tehlirian jugó la carta de la identidad de grupo, argumentando que el acusado era simplemente un vengador de la «extensa y paciente» familia de los armenios. Su testigo estrella fue Johannes Lepsius, un misionero protestante alemán de sesenta y dos años que implicó a los turcos en la masacre de armenios perpetrada en 1915. El juez Lehmborg indicó a los miembros del jurado que debían dejar libre a Tehlirian si consideraban que había actuado falto de libre albedrío debido a un estado de «confusión interior». El jurado tardó menos de una hora en acordar un veredicto de «inocente», un hecho que provocó una gran conmoción.

El juicio fue objeto de una amplia cobertura en la prensa y se convirtió en tema de debate en clase.

«Traté del asunto con mis profesores», escribía Lemkin en sus memorias.²¹ No ofrecía ninguna pista con respecto a las identidades de dichos profesores, pero expresaba su preocupación por la justicia de unas normas que permitían a Turquía maltratar impunemente a tantos de sus ciudadanos armenios. Lemkin dudaba de que Tehlirian hubiera actuado como «un autoproclamado representante legal de la conciencia de la humanidad» que pretendía defender el orden moral mundial. Lo que más le molestaba, no obstante, era la idea de que el asesinato de armenios inocentes quedara impune.

En años posteriores, Lemkin evocaría con frecuencia las conversaciones con sus profesores. Tehlirian hizo lo correcto, les dijo a estos. ¿Y qué hay de la soberanía, le preguntó uno de aquellos profesores anónimos, el derecho del Estado a tratar a sus ciudadanos como le plazca? En sentido estricto, el profesor tenía razón: por entonces el derecho internacional permitía a un Estado hacer lo que quisiera. Por extraño que parezca, no había ningún tratado que impidiera a Turquía actuar como lo hacía y matar a sus propios ciudadanos. Soberanía significaba soberanía, total y absoluta.

Pero la soberanía, replicó Lemkin, se había concebido para otros fines, como la política exterior, o la construcción de escuelas y carreteras, o la garantía del bienestar de las personas. No para dar a un Estado el «derecho a matar a millones de personas inocentes». Si lo hacía, el mundo necesitaba una ley contra aquel tipo de conducta. En el relato que hace Lemkin de una conversación con un profesor, que no se pudo verificar, el nivel de la discusión se fue intensificando hasta dar lugar a un grandioso momento de epifanía.

«¿Acaso intentaron siquiera los armenios hacer detener al turco [Pashá] por la masacre?»

«No había ninguna ley conforme a la cual se le pudiera detener», respondió el profesor.

«¿Ni siquiera por desempeñar un papel en el asesinato de tanta gente?», repuso Lemkin.

«Tomemos el caso de un hombre que tiene unas cuantas gallinas», replicó a su vez el profesor. «Va y las mata. ¿Por qué no? Eso no es asunto de usted. Si interfiere, es una injerencia ilegal.»

«¡Los armenios no eran gallinas!», dijo Lemkin secamente.

El profesor ignoró el comentario del joven, y luego cambió de enfoque.

«Cuando uno interfiere en los asuntos internos de un país, está infringiendo la soberanía de dicho país.»

«Entonces ¿es un crimen que Tehlirian se cargue a un hombre, pero no lo es que este se haya cargado a un millón de hombres?», preguntó Lemkin.

El profesor se encogió de hombros. Lemkin era «joven y vehemente».

«Si supiera usted algo de derecho internacional...»

¿Era exacto este relato? Lemkin volvería a aquella conversación durante toda su existencia, explicando siempre que el juicio de Tehlirian le había cambiado la vida.²² Bob Silvers, director de *The New York Review of Books*, recuerda haber oído el mismo relato en una clase impartida por Lemkin en la facultad de derecho de Yale en 1949 (el recuerdo que tenía Silvers de su profesor era el de un hombre «solitario, ambicioso, complicado, emotivo, aislado y efusivo», alguien que no era exactamente encantador, pero que «*intentaba* encantar a la gente»).²³ Lemkin le mencionó la historia a un dramaturgo, y a varios diplomáticos y periodistas. Yo sentía curiosidad por la identidad del profesor anónimo con quien había mantenido aquella conversación concreta. Había una pista obvia: en un entorno tan formal como un aula, él debía de conocer al profesor lo bastante bien para sentirse capaz de desafiarlo.

Acudí al profesor Roman Shust, decano de la facultad de historia de la Universidad de Lviv, un hombre del que se decía que lo sabía «todo» sobre el

pasado de la institución. Nos reunimos el mismo día en que el Tribunal Europeo de Derechos Humanos volvía de nuevo sobre la cuestión que tanto preocupara a Lemkin, sentenciando que Turquía no podía criminalizar que se hiciera referencia a las matanzas de armenios como «genocidio», un término que aún no se había inventado cuando se produjeron las matanzas en 1915.²⁴

El decano Shust ocupaba un pequeño despacho en el edificio del antiguo Parlamento austrohúngaro, hoy parte de la universidad. Shust, un hombre corpulento con una abundante cabellera gris y una sonrisa cordial y seductora, se espatarró en una silla, aparentemente divertido de que un distante académico de Londres pudiera estar interesado en viejas historias de su ciudad. Había oído hablar de Lemkin, pero no de Lauterpacht, y había expresado un gran interés en el material de archivo que Iván y yo habíamos descubierto.

«¿Sabía usted que, cuando estuvieron aquí los nazis, en 1941, examinaron los expedientes de los alumnos para encontrar a los judíos?», reflexionó el decano. Luego me señaló la línea del formulario donde Lemkin había escrito «mosaico» para identificar su nacionalidad. Los estudiantes fueron a los archivos para deshacerse de sus papeles, y lo mismo hicieron los profesores, como Allerhand, que había dado clases a ambos hombres.

«¿Sabe lo que le ocurrió al profesor Allerhand?», me preguntó el decano. Asentí con la cabeza, aunque ignoraba los detalles.

«Asesinado en el campo de Janowska», precisó; justo aquí, en el centro de esta ciudad.²⁵ «Un policía alemán estaba matando a un judío», prosiguió. «El profesor Allerhand quiso llamarle la atención, de modo que se le acercó y le hizo una sencilla pregunta: “¿Es que no tiene usted alma?” El agente se volvió hacia Allerhand, sacó su arma y le mató de un tiro. El relato se encontró en las memorias de otro prisionero.»

Dio un suspiro.

«Intentaremos ayudarle a encontrar al profesor que habló con Lemkin.» Luego me explicó que en la década de 1920, como hoy, los profesores tenían una amplia diversidad de opiniones políticas. «Algunos nunca aceptaron a alumnos judíos o ucranianos en sus clases; otros hacían que los judíos se sentaran en la parte de atrás de las aulas.» El decano Shust observó con detenimiento los formularios de Lemkin. «¡Malas notas!», exclamó, probablemente debido a su «nacionalidad», que habría engendrado una «actitud negativa» por parte de algunos profesores, posibles partidarios del

Partido Nacional Democrático. Me explicó que el líder de dicho partido, Roman Dmowski, era un archinacionalista con sentimientos «ambivalentes» con respecto a las minorías.²⁶ Yo recordé la conversación que Henry Morgenthau mantuvo con Dmowski en Lwów, en agosto de 1919. Polonia es solo para los polacos, consta que le dijo a Dmowski el diplomático estadounidense, junto con la explicación de que su «antisemitismo no es religioso: es político». Dmowski afirmó que no tenía prejuicios, políticos o no, hacia ningún judío que no fuera polaco.

El decano volvió a llevar la conversación a los acontecimientos de noviembre de 1918, las «eliminaciones» de judíos, como él los denominaba. Los estudiantes estaban expuestos a las «opiniones negativas» de algunos profesores, principalmente los más jóvenes, menos tolerantes que los de la época austriaca. «Cuando Lemkin estuvo aquí, Lwów era una sociedad multilingüe y multicultural, y la tercera parte de la población de la ciudad era judía.» Recuerde esto, añadió el decano, siempre.

Juntos, contemplamos una fotografía de los profesores de Lemberg, tomada en 1912.²⁷

El decano señaló a Juliusz Makarewicz, en medio del grupo, el de la barba más larga. Probablemente fuera él el profesor anónimo al que Lemkin citaba tanto, me dijo el decano, porque les enseñó derecho penal tanto a Lauterpacht como a él. Entonces hizo una breve llamada telefónica, y al cabo de unos minutos entró en el despacho una colega suya. Zoya Baran, profesora adjunta, era la residente experta en Makarewicz. Elegante, categórica e interesada en el tema, nos resumió un largo artículo que había escrito recientemente sobre Makarewicz en ucraniano.²⁸

Ella no podía afirmar «con certeza» que Makarewicz fuera el profesor anónimo, nos explicó la profesora Baran, pero era «probable» que así fuera. «Makarewicz era de origen judío, aunque luego se bautizó como católico. Publicó trabajos sobre minorías nacionales, que se convirtieron en la plataforma ideológica del partido político al que apoyaba, el Partido Democrático Cristiano Polaco, conocido como Chadecja.»

¿Cuáles eran sus opiniones sobre las minorías, los judíos y los ucranianos?

«Las minorías nacionales que nunca pretendieron gobernar el país eran toleradas», nos dijo sin rodeos. «¿La minoría eslava? Odiada. ¿Los judíos? Emigración.» Agitó una mano en el aire con desdén.



Facultad de derecho, Lemberg, 1912; Juliusz Makarewicz, con barba, aparece en el centro, el segundo desde abajo
 © Profesor Adam Redzik

Makarewicz, prosiguió, creía que las minorías nacionales eran «peligrosas», especialmente cuando constituían la «mayor parte» de la población en una región concreta, y más aún «cuando vivían en las fronteras del estado». A Lwów se la trataba como una ciudad fronteriza, de modo que Makarewicz debía de considerar que los judíos y ucranianos de Lwów representaban un «peligro» especial para la recién independizada Polonia. Zoya nos dio otra idea: Makarewicz «era políticamente de derechas»; detestaba el Tratado de las Minorías Polacas de 1919 porque discriminaba a los polacos: las minorías podían quejarse a la Sociedad de Naciones si se violaban sus derechos, pero los polacos no.

Makarewicz era un nacionalista y un superviviente. En 1945, la KGB lo detuvo y lo desterró a Siberia. Liberado a raíz de la intervención de un grupo de profesores polacos, volvió a la Lvov controlada ahora por los soviéticos para seguir dando clase en la facultad de derecho. Murió en 1955.²⁹

«¿Le gustaría ver las aulas donde estudiaron Lauterpacht y Lemkin?», me preguntó el decano. Sí, respondí, me gustaría mucho.

A la mañana siguiente me reuní con Zoya en Prospekt Shevchenka, a la

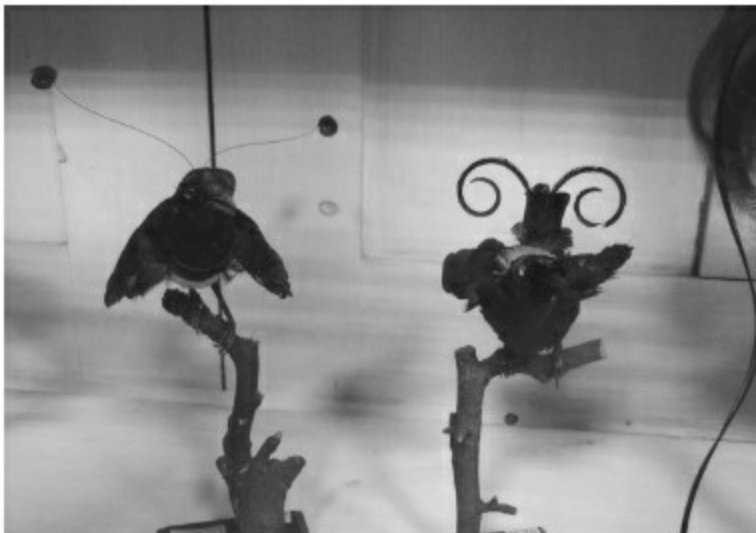
sombra del monumento a Myjailo Hrushevsky, el más distinguido historiador ucraniano del siglo xx. Estuvimos cerca del edificio que antaño albergó el Café Escocés, donde en la década de 1930 se reunían diversos eruditos para resolver oscuros y complejos problemas matemáticos. Zoya llegó acompañada de un estudiante de doctorado llamado Roman, que había encontrado una lista de todas las asignaturas impartidas por el profesor Makarewicz entre 1915 y 1923, en el aula N13 del antiguo edificio de la facultad de derecho, en el número 4 de la calle Hrushevskoho (antes calle Mykolaja Suroeste). Situado a corta distancia, era este un imponente edificio decimonónico austrohúngaro de tres plantas con el exterior bicolor: la planta baja era de un tono crema, mientras que los pisos superiores eran de color ocre. En la fachada, algunas placas dejaban constancia de las lumbreras que habían atravesado sus puertas, aunque sin mencionar a Lauterpacht ni a Lemkin, ni, de hecho, a ningún abogado.

El oscuro interior estaba alumbrado por globos de cristal que colgaban del techo, con suficiente luz para iluminar las destartaladas aulas y la pintura que se agrietaba y desconchaba en las paredes. No resultaba difícil imaginar a los estudiantes de derecho refugiándose del frío y de los conflictos de las calles en aquel templo de orden y normativas. Ahora era la sede de la facultad de biología, cuyo decano nos recibió y luego nos acompañó al museo zoológico situado en uno de los pisos superiores. La notable colección que este albergaba se remontaba al período austrohúngaro: cinco salas abarrotadas de cadavéricos objetos. Mariposas y polillas; luego peces, incluyendo al espantoso *Lophius piscatorius*, el pez sapo de temible dentadura también conocido como rape. Un escuadrón de lagartos y reptiles, seguidos de esqueletos de mamíferos, poderosos y pequeños. Un pelícano disecado observaba la ciudad por la ventana; improbables monos trepaban por las paredes; pájaros de todos los colores y matices, formas y tamaños posibles colgaban de los techos y se posaban en ataúdes de cristal. Miles de huevos, meticulosamente ordenados según su género, tamaño y geografía. Un águila volaba en picado, observada por búhos de un blanco puro. Admiramos la *Schlegelia wilsonii*, un ave del paraíso capturada en Papúa Nueva Guinea, una criatura decimonónica de exquisita belleza y color.



*Antiguo edificio de la facultad de derecho en la calle Hrushevskoho, número 4, 2012
© Profesor Philippe Sands QC*

«Los austriacos se inspiraron en estos pájaros para diseñar sus sombreros», explicó el director. Un pequeño pájaro de plumas negras y amarillas tenía dos plumas en forma de espiral en la cabeza: una se enroscaba hacia la izquierda; la otra, hacia la derecha. En un lugar tan incongruente, ofrecía un crudo recordatorio de que Lviv no tenía ningún museo dedicado a sus antiguos residentes, los grupos que habían desaparecido hacía tiempo: los polacos, los judíos y los armenios. Lo que tenía era una magnífica colección zoológica, un recordatorio de los sombreros que llevaban los desaparecidos.



Nuestra siguiente parada fue el aula en la que estudió el célebre escritor ucraniano Iván Franko, conservada tal como estaba a comienzos del siglo xx. Franko fue un escritor y activista político ucraniano que murió en Lemberg, en 1916, en la más absoluta pobreza. Ahora había una gran estatua suya, justo en la acera opuesta, frente al despacho del decano Shust y esa aula dedicada a su memoria. Llamamos a la puerta y entramos. Los estudiantes alzaron la vista, con la clase interrumpida, sentados –como debieron de hacer Lauterpacht y Lemkin– en gradas de madera en aquella aula que daba a un patio interior. Los brillantes rayos del sol penetraban con fuerza en la sala, atravesando la luz de ocho faroles de latón que colgaban del techo. El aula era elegante y sencilla, luminosa, aireada y espaciosa; un lugar de aprendizaje, de orden y calma, de estructura y jerarquía.

En una sala como aquella, si no en aquella misma, Lauterpacht y Lemkin aprendieron derecho. En el otoño de 1918, en este edificio, Makarewicz dio su última clase sobre el derecho penal en el imperio austrohúngaro. En noviembre, mientras la ciudad se sumía en la violencia, Lauterpacht dejó las barricadas para sentarse en aquella aula, y durante ese mes el poder estuvo cambiando cada semana, pasando de los austrohúngaros a los polacos, luego a los ucranianos y luego de nuevo a los polacos. Mientras la ciudad cambiaba de manos, el profesor Makarewicz siguió enseñando el derecho penal de un imperio que había dejado de existir.

Cuando Lemkin se sentó en aquellos mismos bancos de madera, cuatro años después, Makarewicz enseñaba derecho penal polaco. Puede que hubiera cambiado la hora –la clase de Lauterpacht con Makarewicz era a las diez de la mañana; la de Lemkin, a las cinco de la tarde–, pero el aula N13 era una constante. Un poco como el conde Morstin, el viejo gobernador de Galitzia en la novela corta de Joseph Roth *El busto del emperador*, que realiza un ritual diario ante un busto de piedra del emperador Francisco José años después de su muerte. «Mi antiguo hogar, la monarquía, ella sola, era una gran mansión», reflexionaba Morstin; pero ahora la mansión se hallaba «dividida, separada, escindida».³⁰

Mientras el control de la ciudad pasaba de un grupo a otro, Makarewicz seguía adelante a trancas y barrancas. El país cambiaba, el gobierno

cambiaba, los estudiantes cambiaban, las leyes cambiaban, pero el aula N13 permanecía. También en años posteriores, en la época de las leyes soviéticas, luego los decretos alemanes de Hans Frank y luego más leyes soviéticas, Makarewicz adaptó sus asignaturas para tener en cuenta las nuevas realidades. Después de cada clase, el gran superviviente salía de la facultad de derecho, subía por la calle Drahomanova y pasaba por delante de la biblioteca universitaria, ascendiendo lentamente la colina hasta la casa que él mismo se hizo construir, en el número 58. Allí podía entrar en su hogar y aislarse del mundo.

65

Lemkin terminó la universidad en 1926. Más o menos por entonces completó la traducción de la novela corta de Biálik y un libro sobre el derecho penal ruso y soviético, al que Juliusz Makarewicz contribuyó con un prefacio.³¹ Los tiempos eran difíciles, económica y políticamente: era la época en que el mariscal Piłsudski lideró un golpe de Estado que derribó a un gobierno electo. Lemkin creía que la alternativa –los antisemitas nacionaldemocráticos de Dmowski– habría sido aún peor.

Dos semanas después del golpe, otro asesinato político llamó la atención de Lemkin. Esta vez le afectaba más de cerca, ya que la víctima fue el presidente antibolchevique de la efímera República Popular de Ucrania Occidental surgida en 1918, el general Simon Petliura, muerto a tiros en la rue Racine de París. Y lo que era aún peor: el asesino era Samuel Schwartzbard, un relojero judío que quería vengar las muertes de judíos en Rusia supuestamente ordenadas por Petliura.³² El juicio de Schwartzbard ofrecía un nuevo espectáculo mediático, seis años después del asunto Tehlirian, que Lemkin podía seguir con atención. Entre los testigos se contaban escritores célebres, como Israel Zangwill por la acusación y Maksim Gorki por la defensa, pero la atracción principal era una enfermera de la Cruz Roja ucraniana. Haia Greenberg, que afirmaba haber presenciado un pogromo en febrero de 1919, testificó que los soldados de Petliura asesinaban mientras tocaba una banda militar.

El jurado deliberó menos de una hora, y luego declaró a Schwartzbard «inocente» debido a que sus actos no habían sido premeditados. El *New York*

Times informó de que los cuatrocientos espectadores apretujados en la sala de justicia parisina –«judíos con barba blanca de la Europa central y occidental», «chicas a la moda con el pelo cortado a lo *garçon*» y «ucranianos de rasgos eslavos»– recibieron el veredicto con «vivas a Francia».³³ Lemkin se sintió satisfecho. «No podían ni absolver a Schwarzbard [*sic*] ni condenarle», escribió, incapaz de castigar al vengador de las muertes de «cientos de miles de sus hermanos inocentes, incluidos sus padres».³⁴ Asimismo, el tribunal no sancionaría «tomarse la justicia por la propia mano a fin de mantener los estándares morales de la humanidad». En opinión de Lemkin, la conclusión más ingeniosa era declarar a Schwarzbard demente y luego ponerlo en libertad.

Lemkin siguió el juicio desde Varsovia, donde trabajaba como secretario del tribunal de apelación, después de pasar varias temporadas como actuario y fiscal en Brzezany, a unos cien kilómetros al sureste de Lwów. Bajo el patrocinio del profesor Makarewicz, los dos juicios (el de Tehlirian y el de Schwarzbard) actuaron como catalizador de su pensamiento. «De manera lenta pero segura», en sus propias palabras, iba «madurando» en él la decisión de hacer algo para desarrollar una serie de nuevas normas internacionales para proteger a los grupos. Su «carrera judicial» en los tribunales de Varsovia le ofreció una plataforma en ese sentido, junto con los numerosos libros escritos para llegar a tener «audiencia e influencia».³⁵ La erudición académica era una plataforma para el activismo jurídico.

Cuando Hitler accedió al poder, Lemkin tenía ya a sus espaldas seis años como fiscal del Estado. El chico de la granja de Wołkowysk se había establecido y estaba en contacto con los principales abogados, políticos y jueces de Polonia. Había publicado libros sobre el código penal soviético, el código penal fascista italiano y la ley revolucionaria sobre amnistías polaca, por regla general más descriptivos que analíticos.³⁶ Había encontrado a un nuevo mentor, Emil Stanisław Rappaport, juez del Tribunal Supremo de Polonia y fundador de la Universidad Libre de Polonia en Varsovia, donde Lemkin daba clases.

Además, participaba en los esfuerzos en la Sociedad de Naciones por desarrollar el derecho penal, asistiendo a conferencias y estableciendo una red de contactos por toda Europa. En la primavera de 1933, en preparación de una reunión que había de celebrarse en octubre en Madrid, escribió un breve texto donde proponía nuevas normas internacionales para prohibir la

«barbarie» y el «vandalismo».³⁷ Estas, creía, eran más necesarias que nunca, dado que los ataques a judíos y otras minorías se multiplicaban a la sombra de Hitler. Le atemorizaba *Mein Kampf* como un «proyecto de destrucción», llevado a la práctica por la nueva Ley Habilitante adoptada por un Reichstag apático para dar poderes dictatoriales a Hitler.

Lemkin, que era un idealista práctico, creía que un derecho penal adecuado podía realmente prevenir las atrocidades. En su opinión, los tratados sobre minorías eran insuficientes, de modo que imaginó nuevas normas para proteger «la vida de los pueblos»: para impedir la «barbarie», la destrucción de grupos, y el «vandalismo», los ataques a la cultura y el patrimonio.³⁸ Tales ideas no eran del todo originales, ya que se basaban en las opiniones de Vespasian V. Pella, un erudito rumano que promovió la idea de una «justicia universal», el principio de que los tribunales nacionales de todo el mundo deberían poder juzgar a los autores de los delitos más serios (seis décadas después, la «justicia universal» para el delito de tortura atrapó al senador Pinochet en los tribunales ingleses). Lemkin no mencionaba el anterior trabajo de Pella sobre «actos de barbarie o vandalismo capaces de provocar un peligro común», aunque sí atribuía al rumano el mérito de haber elaborado la lista de delitos a lo que se aplicaría la «justicia universal» (como la piratería, el esclavismo, la trata de mujeres y niños, y el narcotráfico). El texto de Lemkin fue publicado por Pedone, una editorial con sede en la rue Souflot de París que era la editora oficial de la Sociedad de Naciones.

Lemkin esperaba formar parte de la delegación polaca en la conferencia de Madrid, pero, cuando se disponía a viajar, le llamó Emil Rappaport para alertarle de que había un problema: el ministro de Justicia se opone a que vaya, le dijo el juez, debido a los esfuerzos de la *Gazeta Warszawska*, el diario asociado al Partido Nacional Democrático de Dmowski.³⁹ Lemkin no viajó a Madrid, pero confiaba en que se debatiera su texto, que podría servir para crear «un movimiento de ideas». En las actas oficiales de la reunión se documentaba que el texto se distribuyó, pero no había evidencia alguna de que se debatiera.

Unos días después de finalizada la conferencia, mientras Alemania anunciaba su salida de la Sociedad de Naciones, la *Gazeta Warszawska* atacó personalmente al «fiscal Lemkin». «No es difícil adivinar los motivos que indujeron al señor Lemkin a presentar este proyecto», se quejaba el periódico el 25 de octubre, «considerando que pertenece al “grupo racial” más expuesto

al peligro de la “barbarie” y el “vandalismo” practicados por algunas naciones.»⁴⁰ El periódico informaba de que sería un «dudoso honor» para Polonia que uno de sus representantes, Lemkin, fuera «autor de un proyecto de esta clase».

En el plazo de un año, Polonia firmó un pacto de no agresión con Alemania y denunció el Tratado de las Minorías de 1919. El ministro de Exteriores, Beck, declaró a la Sociedad de Naciones que Polonia no se había vuelto contra las minorías, pero deseaba el mismo trato que se daba a otros países: si a estos no se los obligaba a proteger a sus minorías, tampoco debería obligarse a hacerlo a Polonia. Mientras el *New York Times* informaba de una «deriva hacia el Reich», Lemkin dejó su trabajo como fiscal del Estado.⁴¹

66

Pasando a ejercer la práctica privada como abogado de derecho mercantil, Lemkin cogió un despacho en la avenida Jerozolimskie (de Jerusalén) de Varsovia. Le fue lo bastante bien como para comprar una casita en el campo, acumular una colección de obras de arte y trasladarse a un apartamento en un bloque modernista situado en el número 6 de la calle Kredytowa, más cerca del centro de la ciudad. Desde allí llevaba su bufete (en 2008, cuando se colocó una placa en el lugar para conmemorar al «destacado jurista y erudito polaco de reputación internacional», el edificio albergaba una oficina del partido Narodowe Odrodzenie Polski –Restauración Nacional Polaca–, un partido político menor de ideología neofascista).

Lemkin intentaba publicar un libro al año, centrando su interés en la reforma del derecho y el terrorismo, una inquietud que estaba de actualidad, dados los numerosos asesinatos políticos de figuras destacadas (el asesinato en 1934 del rey Alejandro I de Yugoslavia, cuyo hijo, el príncipe heredero Pedro, tendría a Lauterpacht como tutor en Cambridge, fue el primero filmado en película).⁴² Las conexiones de Lemkin se ampliaron, pasando a incluir a visitantes de tierras distantes que llegaban con nuevos incentivos. El profesor Malcolm McDermott, de la Universidad Duke de Carolina del Norte, que llegó a Varsovia para traducir al inglés uno de los libros de Lemkin, trajo también la oferta de un puesto docente en su universidad.⁴³

Lemkin la rechazó, porque su madre quería que su hijo se quedara en Polonia.

Bella, que visitaba Varsovia con frecuencia, cuidó de su hijo cuando este cayó enfermo con pulmonía doble en el verano de 1938. A su regreso a Wołkowysk, relató a su nieto Saul sus impresiones sobre el apartamento del tío Rafael y su fabuloso ascensor moderno, su reputación entre la intelectualidad de Varsovia y su imponente círculo de amigos. Lemkin, le explicó al joven, había mantenido largas conversaciones con hombres importantes sobre su campaña contra la «barbarie» y el «vandalismo». Según Saul, algunos le escucharon, pero su tío también afrontaba una dura oposición: sus ideas, le decían, pertenecían «al pasado», y Hitler solo utilizaba el odio con fines políticos y en realidad no tenía la intención de destruir a los judíos. Debía refrenar sus «fantásticas predicciones».

En marzo de 1938, Alemania se anexionó Austria. Seis meses después, cuando el primer ministro británico, Neville Chamberlain, aceptó la demanda de Hitler de que Checoslovaquia debía ceder los Sudetes a Alemania, Lemkin viajó a Londres por motivos de trabajo. El viernes 23 de septiembre cenó en el Reform Club, en Pall Mall, con Herbert du Parcq, un juez del tribunal de apelación, y también se les unió John Simon, el ministro de Economía y Hacienda. Simon les habló de la reunión de Chamberlain con Hitler, explicándoles que los británicos negociaban porque no estaban preparados para la guerra.⁴⁴

Al cabo de una semana, Chamberlain comparecía ante la famosa puerta negra del número 10 de Downing Street después de otro encuentro con Hitler. «Paz para nuestro tiempo», declaró; los habitantes de Gran Bretaña podían dormir tranquilos en sus camas. Aún no había pasado un año cuando Alemania estaba en guerra con Polonia. Un millón y medio de efectivos de la Wehrmacht alemana entraron en el país junto con las SS y la Gestapo, mientras la Luftwaffe llevaba el temor y las bombas a Varsovia, Cracovia y otras ciudades polacas del este, incluidas Lwów y Żólkiew. Lemkin permaneció en Varsovia durante cinco días; se fue el 6 de septiembre, mientras los alemanes se acercaban a la ciudad.

Cuando los cielos quedaron en silencio, se dirigió a Wołkowysk, al norte de Lwów, a través del pantanoso distrito de Polesia. Lemkin estaba atrapado entre los alemanes, al oeste, y los soviéticos, que ahora se aproximaban por el este. La independencia de Polonia se había desvanecido mientras el país se

veía dividido en dos en virtud del pacto entre los ministros de Exteriores de Stalin y Hitler, Mólotov y Ribbentrop. Cuando Gran Bretaña y Francia entraron en la guerra, Lemkin prosiguió su camino hacia el norte; dado su atuendo urbano y sus gafas de montura cara, temía que los soviéticos lo identificaran como un intelectual polaco y un «habitante de gran ciudad». Fue detenido por un soldado ruso, pero se las arregló para persuadirle de que le dejara ir.

En la provincia de Volinia, descansó cerca de la pequeña ciudad de Dubno, refugiándose con la familia de un panadero judío. ¿Por qué los judíos querían escapar de los nazis?, le preguntó el panadero. Lemkin le habló de *Mein Kampf* y de la intención de hacer caer a los judíos «como moscas». El panadero se mofó; él no sabía nada de aquel libro, ni podía creer que aquellas palabras fueran ciertas.

«¿Cómo puede destruir Hitler a los judíos, si tiene que comerciar con ellos? Hace falta gente para llevar a cabo una guerra.»

Aquella no era como otras guerras, le dijo Lemkin. Era una guerra «para destruir pueblos enteros» y reemplazarlos por alemanes. El panadero no quedó convencido. Él había vivido tres años bajo el dominio de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial; no fue bueno, pero «de algún modo sobrevivimos». El hijo del panadero, un muchacho de veintitantos años y rostro encendido, entusiasta e impaciente, discrepaba: «No entiendo esta actitud de mi padre y de todas las personas como él que hay en la ciudad».⁴⁵

Lemkin pasó dos semanas con la familia del panadero. El 26 de octubre, Hans Frank fue nombrado gobernador general de la Polonia ocupada por los alemanes, el territorio situado al oeste de una nueva línea fronteriza que dejaba Żółkiew, Lwów y Wołkowysk bajo el control de la Unión Soviética. Atrapado en el lado soviético, Lemkin cogió un tren a Wołkowysk abarrotado de viajeros temerosos. El tren llegó a su destino durante el toque de queda, de modo que Lemkin pasó la noche en los lavabos de la estación para evitar ser detenido. Por la mañana temprano se dirigió a casa de su hermano Elias, situada en el número 15 de la calle Kościuszko, evitando las calles principales. Golpeó discretamente en la ventana, luego apoyó los labios en el cristal y susurró: «Rafael, Rafael.»

Bella expresó un júbilo que Lemkin nunca olvidaría. Lo acostaron, y se quedó dormido arropado con una vieja manta familiar, preocupado por el desastre acaecido en Polonia. Le despertó el olor a tortitas, que devoró con

crema agria. Bella y Josef se sentían seguros en Wołkowysk, y no querían marcharse con él. Soy un jubilado, le explicó Josef, no un capitalista. Elias era un mero empleado, había renunciado a la propiedad de la tienda, de modo que los soviéticos le dejarían en paz. Solo se iría Lemkin, rumbo a Estados Unidos, donde vivía Isidor, el hermano de Josef.

Bella estaba de acuerdo en que él debía marcharse, pero tenía otra inquietud. ¿Por qué no se había casado? Aquel era un tema delicado. Años después, Lemkin le diría a Nancy Ackerly que estaba tan plenamente absorto en su trabajo que no tenía «tiempo para la vida de casado, ni fondos para sustentarla». Una característica llamativa de todo el material que encontré sobre Lemkin era que no contenía el menor indicio de una relación íntima, aunque parece ser que varias mujeres expresaron interés en él. Bella insistió, diciéndole a su hijo que el matrimonio era un medio de protección, que un hombre «solitario y sin amor» necesitaba a una mujer después de «cortar» el apoyo de su madre. Lemkin no le dio una respuesta alentadora. Le vino a la mente un verso del poema épico de Goethe *Hermann y Dorotea*, como le ocurría siempre que Bella sacaba el tema: «Toma una esposa para que la noche se convierta en la parte más hermosa de tu vida.» Yo he leído el poema, pero he sido incapaz de discernir ninguna pista evidente que pueda explicar su estado de soledad o la pertinencia del verso.⁴⁶ Lemkin respondió con afecto a los esfuerzos de Bella, le puso las manos en la parte posterior de la cabeza, le acarició el pelo, la besó en los ojos, pero no le hizo promesa alguna. «Tienes razón.» Eso fue todo lo que pudo decir, con la esperanza de que su inminente vida de nómada le trajera mayor fortuna.

Dejó Wołkowysk por la tarde. El momento de la partida se alargó: algún que otro beso, un cruce de miradas, silencio, negación de lo irreversible.

Aquel día de otoño en Wołkowysk estaba presente el sobrino de Lemkin, Saul. No sin cierto esfuerzo, logré localizarle en Montreal, donde vivía en un pequeño apartamento en la planta baja de un edificio que había conocido mejores tiempos, en un distrito lleno de inmigrantes. Tenía un aspecto llamativo: unos ojos profundos y tristes tallados en un rostro inteligente, y una descuidada barba gris que le daba el aire de algún personaje

decimonónico de Tolstói. El tiempo no había sido generoso con aquel hombre culto y apacible.

Saul, bien entrado en los ochenta, estaba sentado en un sofá lleno de trastos y rodeado de libros. Lloraba el reciente fallecimiento de su compañera, que era el tema del que realmente quería hablar, junto con sus problemas oculares y el sentido de la vida con un solo riñón (el otro lo había «perdido en 1953», aunque no me dio detalles al respecto). Sí, recordaba la visita del tío Rafael en el otoño de 1939, cuando él tenía doce años y vivían en una calle «que llevaba el nombre de un famoso héroe polaco». Cuando Rafael se fue, sabían que posiblemente jamás volverían a verse.

Hasta 1938, Saul y sus padres vivieron en una casa en Wołkowysk con Bella y Josef. Luego Lemkin les compró a sus padres una casa en propiedad por unos cinco mil eslotis (alrededor de mil dólares). Por entonces era mucho dinero, explicó Saul, debía de irle bien como abogado. Sus abuelos, «maravillosas» personas, eran granjeros de los alrededores de Wołkowysk. Bella era la más literaria de la pareja, leía constantemente, mientras que Josef se interesaba en la política, la prensa yidis y la vida de la sinagoga. «Rafael no era creyente», dijo Saul, sin que yo le diera pie.

Su tío iba a verles dos veces al año, más o menos en las festividades. En la Pascua judía, Bella enviaba a Saul a la concurrida tienda a fin de «aprovisionarse para la visita del tío». La llegada del «profesor y abogado», como le calificaban respetuosamente, era siempre un gran acontecimiento, que introducía la política y «cierta fricción» en el hogar familiar. En una visita anterior, en abril de 1939, Lemkin apareció con un periódico francés, un objeto inusual. Hubo división de opiniones en relación con un artículo que informaba de que el mariscal Pétain había sido nombrado embajador en Madrid, por ser de derechas, para apaciguar a Franco. «A mi tío no le gustaban ni Pétain ni Franco.»

Saul pensaba que Lemkin era «muy conocido» en Polonia. Mi tío vivía en un magnífico edificio en una calle famosa, ¡con un fabuloso ascensor!, aseguraba, aunque nunca había estado en Varsovia ni había llegado a conocer a sus «amigos de la alta sociedad». Indagué sobre la vida amorosa de Lemkin, mencionando el relato que aparecía en sus memorias en torno a una visita a Vilna siendo adolescente y el paseo por una ladera con una muchacha que llevaba un uniforme escolar de color marrón. Lemkin quería besarla, pero

aquel instinto se vio «sofocado en mí por algo que no pude entender», escribió. Aquellas palabras eran ambiguas.

«No sé por qué mi tío no se casó nunca», me dijo Saul con indiferencia. «Supongo que tuvo la posibilidad, ya que tenía contactos»; pero nunca hubo ninguna conversación sobre amistades femeninas. Saul recordaba vagamente un evento producido en Viena, cuando estaban presentes Eduardo VIII y Madame Simpson; pero ¿compañías femeninas? De eso no sabía nada. «Probablemente había alguna amiga», añadió, pero no recordaba ninguna información al respecto. «¿Exactamente por qué no se casó? Pues no lo sé.»

Los soviéticos expropiaron el hogar familiar, pero permitieron quedarse a la familia. También se mudó allí un oficial; y Saul empezó a asistir a una escuela de habla rusa. «Cuando vino mi tío en octubre de 1939, tras huir de Varsovia, estuvimos hablando. Que los rusos y los alemanes se unieran significaba que las cosas iban a ir muy mal. Eso es lo que oí, lo que recuerdo que dijo.»

Saul desprendía un aire de profunda tristeza.

¿Conservaba alguna fotografía de Bella y Josef? «No.»

¿De su tío? «No.»

¿De algún otro miembro de la familia de aquel período? «No», repitió con pesadumbre. «No queda nada.»

Lemkin viajó en tren de Wołkowysk a Vilna, la ciudad donde casi besó a aquella chica, que ahora estaba ocupada por los soviéticos. Rebosaba de refugiados polacos y de productos del mercado negro, visados, pasaportes y los «fideos» (dólares) que Lemkin, pensando ya en Estados Unidos, identificó como un símbolo de libertad. Se reunió con conocidos de la época de la Sociedad de Naciones, entre ellos Bronisław Wróblewski, un distinguido criminólogo. He fracasado en mis esfuerzos en torno a la «barbarie» y el «vandalismo», le dijo a Wróblewski, pero «seguiré intentándolo».⁴⁷

Bella y Josef escribieron a Lemkin para expresar la felicidad que habían experimentado al poder pasar tiempo con él. La carta mostraba un tono familiar, un tenue optimismo, ciertas inquietudes apenas veladas. También

llegó la noticia de que un amigo de Lemkin, Benjamin Tomkiewicz, iba de camino a Vilna con un presente, una pequeña tarta que olía al horno de Bella. El profundo pesimismo de Tomkiewicz ofrecía un contrapunto al temperamento, más alegre, de Lemkin: aquella difícil situación, pensaba este último, ofrecía algunas oportunidades y auténticos retos, el fin de la cómoda existencia en Varsovia, con sus generosos honorarios como abogado, sus muebles refinados y su casita de campo. Se había acostumbrado demasiado a una vida de autoridad y contactos, con su «falso prestigio». Aquellos días habían pasado, pero no lo lamentaba.

Lemkin se puso a escribir para salir de Vilna. El 25 de octubre solicitó un visado temporal para viajar a Noruega o Suecia. «He podido salvar la vida de milagro», explicaba en francés, y ahora era vital que pudiera salir de allí. «Se lo agradeceré toda mi vida», añadía, subrayando que lo único que necesitaba era un visado y que «mi situación financiera no es mala» (en el remite puso la dirección del consulado letón en Vilna).⁴⁸ También le envió una carta a Karl Schlyter, exministro de Justicia de Suecia, solicitando un visado sueco; y otra al conde Carton de Wiart, un diplomático belga, indagando sobre la posibilidad de viajar a Bélgica; y una tercera al profesor McDermott, en Carolina del Norte, preguntando por la posibilidad de ocupar un puesto de docente en Duke. Escribió asimismo al equipo de madre e hija que regentaban la editorial Pedone para hacerles saber que estaba sano y salvo. ¿Habían recibido el manuscrito enviado antes de que los alemanes llegaran a Varsovia, el nuevo libro sobre los contratos internacionales? La vida continuaba.

De Vilna se dirigió al oeste, hacia la costa báltica, en dirección a Suecia. En Kaunas le dijo a un conocido que la vida de refugiado le resultaba molesta; que era como ser un fantasma en busca de certeza y esperanza. Las tres cosas que él había querido evitar en la vida le habían acabado ocurriendo: «llevar gafas, perder el pelo y convertirme en un refugiado». Otro conocido, el doctor Zalkauskas, un juez retirado, le preguntó cómo Polonia había podido «desaparecer en tres semanas». Esas cosas pasan, respondió él estoicamente (Lemkin volvería a ver al juez años después en Chicago, trabajando como ascensorista en el Hotel Morrison).⁴⁹

Una carta de la editorial Pedone adjuntaba las pruebas de imprenta de su nuevo libro, junto con varias separatas de su artículo de 1933 sobre la barbarie y el vandalismo. Las pruebas se corrigieron y se devolvieron a París,

y el libro se publicó unos meses después. Lemkin dejó Kaunas con un visado para viajar a Suecia. Tras detenerse en Riga, la capital de Letonia, estuvo tomando té con el historiador Simón Dubnow, autor de *Historia de los judíos en Rusia y Polonia*.⁵⁰ «La calma precede a la tormenta», le advirtió Dubnow a Lemkin; Hitler pronto estaría en Letonia.

69

Lemkin llegó a Suecia a comienzos de la primavera de 1940. Estocolmo era una ciudad neutral y libre, que le permitía gozar de sus costumbres y su comida mientras aguardaba la esperada invitación de Carolina del Norte y disfrutaba del tiempo que pasaba con sus anfitriones, los Eberstein. La posibilidad de viajar a Estados Unidos en barco desde Bélgica se desvaneció: en mayo de 1940 los alemanes ocuparon Bélgica y Holanda; Francia cayó al mes siguiente; luego vinieron Dinamarca y Noruega, y, más tarde, Lituania, Letonia y Estonia. Todos los amigos a los que había ido a ver estaban –o pronto estarían– bajo el dominio nazi. El pesimismo de Simón Dubnow se reveló bien fundado: el historiador sería asesinado dos años después de que Lemkin dejara Riga, cerca de su casa.

Las semanas de espera en Estocolmo se transformaron en meses. Karl Schlyter le sugirió que podía dar clase en la universidad, de modo que hizo un curso intensivo de sueco. En septiembre de 1940 dominaba dicho idioma lo bastante como para dar clases en sueco sobre control de divisas y para escribir un libro sobre el tema, también en la lengua recién aprendida. Llegaron cartas de Bella y Josef que le ofrecieron raros momentos de felicidad, teñidos de inquietud en relación con su bienestar bajo los soviéticos.

Inquieto y ambicioso, incapaz de indolencia, Lemkin buscó un proyecto de mayor envergadura. Un mapa de Europa le permitió hacerse una idea de cómo «la tela rojo sangre con la araña negra sobre campo blanco» se extendía por todo el continente.⁵¹ La curiosidad innata de Lemkin afrontó la naturaleza de la ocupación alemana. ¿Cómo se imponía exactamente el dominio nazi alemán? Creyendo que la respuesta podría encontrarse en los pormenores de las promulgaciones legales, empezó a recopilar decretos y ordenanzas nazis, como otros podrían coleccionar sellos. Como abogado,

sabía que los documentos oficiales a menudo reflejaban objetivos subyacentes sin declararlos explícitamente, y que un solo documento podía ser menos revelador que una colección de ellos. El grupo resultaba más valioso que la suma de sus partes individuales.

Lemkin empezó a pasar tiempo en la biblioteca central en Estocolmo, recopilando, traduciendo y analizando, buscando las pautas del comportamiento alemán. Los alemanes eran ordenados, ponían muchas decisiones por escrito, producían documentos y dejaban un rastro de papel, pistas de una concepción más amplia. Eso podría conducir a la «evidencia irrefutable» del delito.⁵²

Buscó la ayuda de terceros. Una de sus fuentes de información era una empresa sueca anónima que tenía una oficina en Varsovia y que previamente había contratado sus servicios como abogado. Fue a visitar la sede central en Estocolmo para pedirles un favor: quería saber si las oficinas que tenía la empresa repartidas por toda Europa podrían recoger ejemplares del boletín oficial que los alemanes publicaban en los países ocupados, y luego enviárselos a Estocolmo. Su conocido en la empresa le dijo que sí.⁵³

Empezaron a llegar a Estocolmo decretos, ordenanzas y otros documentos de toda Europa. Lemkin los leía todos, tomaba notas, acotaba el texto, traducía. Las pilas se multiplicaban, complementadas por materiales obtenidos de la biblioteca central de Estocolmo, que albergaba documentos procedentes de Berlín.

A medida que Lemkin iba trabajando en los decretos, fue encontrando temas comunes, elementos de «una trama concentrada». Realizado de forma paralela a los esfuerzos de Lauterpacht en torno a la protección de los individuos –de los que por entonces aún no era consciente–, el trabajo de Lemkin identificó la destrucción sistemática de las naciones sobre las que los alemanes tomaban el control como un objetivo total. Algunos documentos estaban firmados por Hitler, y en ellos se ponían en práctica ideas difundidas en *Mein Kampf* sobre el *Lebensraum*, la creación de un nuevo «espacio vital» para ser habitado por los alemanes.

Había un primer decreto polaco firmado por Hitler el 8 de octubre, un mes después de que Lemkin dejara Varsovia. La Polonia ocupada por los alemanes recibía un nuevo nombre: Eingegliederte Ostgebiete (Territorios Orientales Incorporados), y pasaba a ser absorbida por el Reich. Era este un territorio donde se podía «germanizar» el suelo y la gente, hacer de los

polacos personas «sin cabeza y sin cerebro», liquidar a la intelectualidad y reorganizar a las poblaciones como mano de obra esclava.⁵⁴ Otro decreto había sido firmado el 26 de octubre por el recién nombrado gobernador general, Hans Frank, que declaraba con regocijo que su territorio pronto estaría libre de «agitadores políticos, tipos con negocios turbios y explotadores judíos». Se darían «pasos decisivos», anunciaba Frank.⁵⁵ Una copia de un tercer decreto, fechado el primero de agosto de 1941, por el que Galitzia y Lemberg se incorporaban al Gobierno General, se conservaría entre los papeles de Lemkin en los archivos de Columbia.

Lemkin siguió el rastro, aquellos «pasos decisivos» que configuraban un patrón. El primer paso solía ser la ley de desnacionalización, que hacía a los individuos apátridas al cortar el vínculo de nacionalidad entre los judíos y el Estado, limitando así la protección de la ley. A esta la seguía la «deshumanización», que eliminaba los derechos legales de los miembros del grupo objetivo. Esta pauta de dos pasos se aplicó en toda Europa. El tercer paso era matar a la nación «en un sentido espiritual y cultural»: Lemkin identificó decretos de comienzos de 1941 que apuntaban a la «destrucción completa» de los judíos en «pasos graduales». Individualmente, cada decreto parecía inocuo, pero cuando se tomaban en conjunto y se examinaban independientemente de las fronteras, se revelaba un propósito de mayor envergadura. A cada judío individual se le obligaba a registrarse, a llevar un distintivo con la estrella de David –una marca de fácil identificación–, y luego a trasladarse a determinadas zonas concretas, los guetos. Lemkin encontró los decretos por los que se creaba el gueto de Varsovia (octubre de 1940), y luego el de Cracovia (marzo de 1941), señalando la pena de muerte para quienes abandonaran dichos guetos sin permiso. «¿Por qué pena de muerte?», se preguntaba Lemkin. ¿Acaso era un modo de «acelerar» lo que estaba «ya previsto»?

La incautación de propiedades convertía al grupo en «indigente» y «dependiente del racionamiento». Los decretos limitaban las raciones de carbohidratos y proteínas, reduciendo a los miembros del grupo a «cadáveres vivientes». Con el espíritu quebrantado, los individuos se volvían «apáticos con respecto a sus propias vidas», sometidos como estaban a trabajos forzados que además causaban numerosas muertes. Para los que seguían con vida, había ulteriores medidas de «deshumanización y desintegración» mientras se les dejaba aguardar la «hora de su ejecución».⁵⁶

Inmerso en estos materiales, Lemkin recibió una carta del profesor McDermott de Carolina del Norte, en la que le ofrecía un puesto como docente y un visado.

70

Esta vez, Bella y Josef convinieron en que debía marcharse, por más que Lemkin se sintiera desgarrado ante la perspectiva de no poder «cuidar de ellos» desde la lejana América. Aun así, el viaje a Estados Unidos no se hallaba exento de riesgos, ya que la ruta atlántica estaba vedada por la guerra y en Estocolmo abundaban los rumores de que el paso por la Unión Soviética pronto iba a cortarse. Lemkin decidió partir de inmediato por la ruta larga: primero hasta Moscú, luego a través de la Unión Soviética y hasta Japón, después cruzando el Pacífico hasta Seattle, y luego atravesando Estados Unidos en tren.

Haría el viaje con unas pocas pertenencias personales y muchos decretos, embalados en varias maletas grandes de piel junto con las páginas de sus notas. Se obtuvieron los correspondientes visados, y luego los Eberstein ofrecieron una cena de despedida en su honor. La mesa adornada con pequeñas banderas polacas –de color rojo y blanco– dejaría en él un perdurable recuerdo.⁵⁷

Después de una breve parada en Letonia, que le permitió echar un último vistazo en la «dirección general» de Wołkowysk, llegó a Moscú. Allí, alojado en un anticuado hotel con un frío vestíbulo y una habitación enorme, deambuló por las calles, admiró la plaza Roja y el Kremlin y las puntiagudas cúpulas de la catedral de San Basilio, que le recordaron los libros de su infancia, al poeta Nadson y la dulce voz de su madre. Cenó solo en aquella ciudad donde la gente parecía andrajosa y apenas sonreía.

A la mañana siguiente se despertó cubierto de picaduras, porque la Revolución de 1917, de la que él no era precisamente un partidario, «no había abolido las pulgas». Partió de la estación de Yaroslavsky para realizar el viaje en tren más largo del mundo: diez días hasta Vladivostok, a cinco mil ochocientos kilómetros al este, en un compartimento donde viajaban también una pareja polaca y sus hijos pequeños. El tren hizo su recorrido dejando atrás pequeñas y sombrías ciudades soviéticas, un melancólico paisaje gris de

nieve donde las horas pasaban despacio, y donde solo el vagón restaurante ofrecía una distracción: a Lemkin le gustaba esperar hasta que alguien que pareciera ruso tomara asiento antes de abalanzarse al asiento de enfrente para poder conversar en la lengua de su infancia. Lemkin, que era una criatura sociable, descubrió que los rusos eran «más gregarios» cuando comían.

Cinco días después, el tren se detuvo en la estación de Novosibirsk, a mitad de camino en la travesía del territorio soviético, tan concurrida como la parisina Gare du Nord o la estación Victoria de Londres. Dos días más tarde, el sol brillante, el agua de color azul oscuro y las montañas anunciaron la presencia del lago Baikal, al norte de Mongolia, un lugar de una pureza y magnitud que Lemkin supo apreciar.⁵⁸ Pasaron otros dos días antes de que se detuvieran en una pequeña estación con un nombre escrito en ruso y en yidis. Habían llegado a la Región Autónoma Judía creada por Iósif Stalin, el comisario de minorías, en 1928. Mientras Lemkin estiraba las piernas, dos hombres andrajosamente vestidos leían *La Voz de Birobidzhán*. «Un puñado de personas desplazadas, arrancadas de sus raíces», reflexionó Lemkin. Siete décadas después, la situación seguía siendo difícil, pero al menos existían.

Cuarenta y ocho horas más tarde el tren entraba en Vladivostok, una ciudad con «poca estima por la belleza». Lemkin pasó la noche en un feo hotel y luego cogió un barco rumbo a Tsuruga, a un millar de kilómetros a través del océano, una ciudad portuaria de la costa occidental de Japón. En la atmósfera de cansancio e inquietud del barco, Lemkin reconoció a un compañero de viaje, un distinguido senador y banquero polaco de una familia que había sido rica. Desaliñado y despeinado, sin parar de moquear, parecía uno de los personajes de *La marcha Radetzky* de Joseph Roth: un hombre incapaz de advertir la presencia de la constante «gota cristalina» que residía en la punta de su nariz.⁵⁹

El barco llegó a Tsuruga en los primeros días de abril de 1941, dos meses después de que dejara Estocolmo, y un año y medio después de abrazar por última vez a Bella y Josef. Lemkin trabó amistad con una joven pareja y viajó con ellos a Kioto, la capital histórica de Japón. Allí admiró los edificios y los kimonos, y el viejo cerezo de la plaza pública, frente al gran Buda. Fueron al teatro y no entendieron ni una palabra, pero sí pudieron apreciar la «impresión de tortura y dolor» que los actores transmitían solo mediante «expresivos temblores faciales y corporales». La actuación estuvo precedida por una ceremonia del té, realizada en silencio, con jóvenes geishas

ofreciendo sus servicios, ataviada cada una de ellas con un kimono con un motivo único, expresión de su individualidad. La belleza de la ceremonia no se vio igualada por el té verde, demasiado amargo para el gusto de Lemkin. Luego visitó las dependencias de las geishas, sorprendido por el hecho de que la mayoría de los hombres presentes estuvieran casados.

En Yokohama se compró un kimono, se sentó en la terraza del hotel, contempló las luces del puerto y estuvo pensando en Wołkowysk. Al día siguiente embarcó en el *Heian Maru*, un barco moderno, para realizar el último trayecto del viaje hasta Estados Unidos. Entonces Lemkin se relajó, sabiendo que las maletas y los decretos alemanes estaban a salvo en la bodega, e hizo amistad con otro de los viajeros, Toyohiko Kagawa, el líder cristiano japonés cuya detención un año antes había generado una gran publicidad. El delito de Kagawa había sido pedir perdón por el trato que Japón había dado a los chinos; ahora iba de camino a Estados Unidos para argumentar en contra de la guerra. Los dos hombres estaban preocupados por el estado del mundo.⁶⁰

71

Después de una breve parada en Vancouver, cuyas luces parecían ofrecer «un presagio de seguridad», el *Heian Maru* zarpó para cubrir el último tramo hasta Seattle. El viernes 18 de abril el barco entró en el puerto dominado por picos coronados de nieve, con Lemkin en cubierta bajo un limpio cielo azul, como el día en que bombardearon Varsovia. Se descargaron las maletas, y los pasajeros hicieron cola aguardando a ser inspeccionados por un amable funcionario de la aduana. Cuando le llegó el turno a Lemkin, el funcionario miró sus maletas, y luego al polaco. «¿Cómo iban las cosas en Europa? ¿Muy mal?»⁶¹ Lemkin asintió con la cabeza. El oficial abrió las maletas y se mostró sorprendido al ver aquel montón de papel, pero no hizo preguntas. «Yo también soy de allí. Mi madre todavía vive en Shannon», añadió, poniendo la mano en el hombro de Lemkin. «Bien, amigo, ¡adelante!»

Lemkin pasó un día entero en Seattle, y luego se embarcó en un tren nocturno a Chicago. Se sentó en un vagón observatorio que tenía el techo de cristal abovedado; fue una nueva experiencia contemplar cómo cambiaba el horizonte al pasar por Leavenworth –una ciudad construida al estilo de

Baviera—, rebasar las Montañas Rocosas, atravesar el Parque Nacional de los Glaciares y las llanuras de Montana, y acercarse a Fargo, en Dakota del Norte. Comparados con los atemorizados europeos y los retraídos japoneses, los estadounidenses parecían relajados. En Chicago fue a visitar el Loop, el distrito comercial, que era como estar «en el estómago de una enorme ballena industrial». Sus intentos de entablar conversación fracasaron. «El de mi derecha solo gruñó “¿Eh?” en voz muy fuerte, y el tipo del otro lado no sacaba la nariz de su sopa y no me prestó la menor atención.» Un tren nocturno le llevó a través del paisaje de ensueño de los Apalaches, como si descendiera del cielo. En una breve parada en Lynchburg, Virginia, Lemkin se sorprendió al ver que los lavabos de la estación tenían dos puertas, una rotulada «Para blancos» y la otra «Para gente de color».

Le preguntó a un mozo de cuerda negro si las personas «de color» tenían que utilizar un lavabo especial. En Varsovia, recordó, había «un solo negro en toda la ciudad», un bailarín de un popular club nocturno, al que no se le exigía que utilizara un lavabo distinto. El mozo de cuerda se quedó perplejo ante aquella pregunta.⁶²

El tren se detuvo en la estación de Durham, Carolina del Norte, el 21 de abril, un cálido día de primavera en que la atmósfera de la estación estaba impregnada de olor a tabaco y a transpiración humana. Lemkin divisó a McDermott. Habían pasado cinco años, pero la conversación prosiguió donde la habían dejado, hablando de viajes, artículos, gobiernos, comercio, minorías... McDermott se mostró desconcertado ante la envergadura del equipaje de Lemkin y su contenido. Al llegar al campus, Lemkin lloró; era la primera vez que se permitía tal manifestación emocional. Aquello era muy distinto de una universidad europea, sin recelos ni angustia, con el olor a hierba recién cortada, los chicos ataviados con camisas blancas desabrochadas y las chicas con ligeros vestidos de verano, cargados con sus libros, y todos sonrientes. Una sensación idílica recuperada.⁶³

No había tiempo para descansar, ya que el rector de la universidad le pidió que pronunciara un discurso en una cena para hablar del mundo que había dejado atrás. Él habló de un lugar lejano donde un hombre llamado Hitler conquistaba territorios y destruía grupos. Habló de la historia, de los armenios y de la opresión, mirando constantemente a una anciana que estaba en las primeras filas, una mujer de ojos brillantes y sonrisa benévola. «Si a cien kilómetros de aquí estuvieran matando a mujeres, niños y ancianos, ¿no

irían corriendo a ayudar?», preguntó, sin dejar de mirarla.⁶⁴ La pregunta generó un ensordecedor e inesperado aplauso.

Dado que había finalizado el semestre, no había oportunidad de dar clase. Así que Lemkin volvió a sus maletas y decretos, dejando abierta la puerta de su despacho para acoger a la constante afluencia de visitantes con ganas de hablar. Miembros del cuerpo docente, estudiantes y bibliotecarios iban y venían, espoleados por la curiosidad de conocer a aquel polaco de frente ancha y maneras corteses. Asistió como observador a varias clases, atraído por la diferencia que había entre una facultad de derecho estadounidense – centrada en los casos, el debate y la discrepancia– y la tradición europea –que hacía hincapié en los códigos y en la deferencia–. A los estudiantes estadounidenses se los animaba a cuestionar las cosas, no a esperar que se les pusiera todo en bandeja. ¡Qué extraordinario resulta que a un profesor pueda importarle lo que piensa un alumno, reflexionaba Lemkin, y qué distinto de Lemberg!

Lemkin agradeció la generosidad del decano H. Claude Thorack, que le ofreció ayuda con los decretos alemanes. También ayudó el personal de la biblioteca, como lo hicieron los miembros del cuerpo docente con los que trabó amistad, que tenían insólitos vínculos con su país natal. El juez Thaddeus Bryson le dijo que se llamaba así en honor de un héroe militar polaco –Tadeusz Kościuszko– que había luchado por la independencia estadounidense.⁶⁵ Extraordinario, le dijo Lemkin, en Wołkowysk su hermano Elias vivía en una calle cuyo nombre rendía homenaje al mismo hombre.

La universidad le organizó una serie de conferencias por toda Carolina del Norte más o menos en la misma época en que Lauterpacht realizaba su propia gira de conferencias por el país. Lemkin se compró un magnífico traje claro, y una corbata de seda que tenía un atisbo de color. Vestido con este elegante atuendo –del que encontré una foto–, se convirtió en una imagen familiar en el campus y en sus viajes por todo el estado. En sus conferencias hablaba de Europa, expresando inquietud a la par que emoción. Su pasión era evidente, como lo era su marcado acento centroeuropeo.

McDermott invitó a Lemkin a realizar un viaje a Washington, lo que le

ofrecía la oportunidad de reencontrarse con viejos colegas de la época de la Sociedad de Naciones y de reunir un grupo de personas que apoyaran su trabajo sobre los decretos. Le gustó Washington, la «tenue elegancia» de la calle Dieciséis y la extravagancia de la avenida Massachusetts, la simplicidad de los monumentos y la falta de pretensiones. Visitó la embajada polaca y la Biblioteca del Congreso, donde se reunió con el bibliotecario de derecho John Vance, al que conocía de un congreso celebrado en La Haya cuatro años antes.⁶⁶ El bibliotecario, un hombre delgado y amable, llevaba patillas y un generoso bigote, y tenía un timbre de voz que se adaptada a las necesidades de todo el mundo. Vance le ofreció a Lemkin acceso a los recursos de la Biblioteca del Congreso y su propia libreta de direcciones. Luego le presentaron a un alto cargo jurídico militar, el coronel Archibald King, jefe de la División de Planes de Guerra del Cuerpo Jurídico del ejército estadounidense.⁶⁷



Lemkin con un traje claro, Washington, sin fecha
© American Jewish Historical Society, Nueva York y Boston

Lemkin expuso sus ideas sobre la barbarie y el vandalismo al coronel King, que escuchó pacientemente antes de revelar su creencia de que los

juristas de Alemania sin duda respetarían las leyes de la guerra. Lemkin le explicó las medidas que se habían tomado en Alemania y en los territorios ocupados, y que había documentos que lo probaban. King pidió verlos. La guerra de Alemania iba dirigida «contra los pueblos», le explicó Lemkin, lo que violaba las leyes internacionales. ¿Alemania había rechazado oficialmente las regulaciones de La Haya? «Oficialmente no», respondió Lemkin, «pero sí extraoficialmente.» Luego le habló al coronel King de Alfred Rosenberg, el principal teórico de Hitler, pero King no había oído hablar de él.

Alemania quería «cambiar toda la estructura de población de Europa durante mil años», le explicó Lemkin, haciendo que «ciertas naciones y razas» desaparecieran por completo. King se quedó desconcertado, y le dijo que estudiaría el asunto.

73

De regreso en Carolina del Norte, mientras Lemkin seguía trabajando en los decretos, llegó una carta de Bella y Josef. El desgastado sobre, que había realizado un lento viaje, contenía un diminuto trozo de papel fechado el 25 de mayo de 1941. Josef le agradecía a Lemkin las cartas que este había enviado, le decía que se sentía mejor, y que la temporada de la patata había terminado y gracias a ello podía pasar más tiempo en casa. «Por el momento no nos falta de nada.» También le daba a su hijo unos cuantos nombres y direcciones en Estados Unidos, y Bella le tranquilizaba diciéndole que todo estaba «perfectamente bien» y que tenían todo lo que necesitaban. Era un mensaje de supervivencia. Escribe más, le pedía Bella; «cuídate y sé feliz».⁶⁸

Unos días después, el 24 de junio, mientras Lemkin escuchaba música en la radio, se interrumpió el programa. «El ejército alemán ha invadido Polonia oriental.» Los alemanes habían roto el pacto con Stalin, enviando tropas al este, a Lvov y Żółkiew, a Wołkowysk y más allá. Lemkin sabía lo que vendría a continuación.

«¿Ha oído la noticia», le preguntó alguien cuando entró en la facultad de derecho, «sobre la Operación Barbarroja?» Aquel día y los siguientes escuchó muchas veces «lo siento», ya que sus colegas y alumnos, sombríos y silenciosos, entendían bien las consecuencias que aquello implicaba.

Abrumado por los malos presagios, continuó con su trabajo. «No se desanime, sea fuerte», le alentaba McDermott.⁶⁹

La Wehrmacht se dirigió hacia el este, acompañada de las SS, extendiendo el imperio del gobernador Frank. En una semana tomaron Żólkiew; luego, al cabo de un día o dos, ocuparon Lvov y mataron al profesor Roman Longchamps de Bérier junto con sus tres hijos. Aquel mismo día, más al norte, caía en manos alemanas Wołkowysk, justo fuera de los límites del Gobierno General de Frank. La familia de Lemkin se hallaba sometida ahora a los decretos alemanes con los que él tan familiarizado estaba.

Aquel día trajo también otra noticia: Ignacy Paderewski, el fundador de la moderna Polonia, el hombre que se había opuesto al Tratado de las Minorías de 1919, había muerto en Nueva York mientras realizaba una gira de conciertos (enterrado inicialmente en el Cementerio Nacional de Arlington, medio siglo después sus restos serían trasladados a la catedral de San Juan en Varsovia). Poco antes de caer enfermo, Paderewski había dado una conferencia pública en la que había recordado a la audiencia la distinción entre el bien y el mal, y el papel del individuo y del grupo. «Sin duda es importante para los individuos, como para los grupos de individuos, seguir en esa vía», a fin de evitar un sufrimiento innecesario y una destrucción absurda.⁷⁰

En septiembre, cinco meses después de su llegada a territorio estadounidense, Lemkin daba su primera clase en la facultad de derecho de la Universidad Duke. Ese mismo mes viajó a Indianápolis para asistir al congreso anual de la Asociación de Abogados de Estados Unidos, donde pronunció una conferencia sobre el control totalitario y añadió su nombre a una resolución redactada por John Vance en la que se condenaban las atrocidades alemanas.⁷¹ El magistrado del Tribunal Supremo estadounidense Robert Jackson pronunció el discurso de sobremesa, titulado «El reto de la anarquía internacional». La charla estuvo entreverada de ideas inspiradas en Lauterpacht, un hombre cuyo trabajo empezaba a conocer Lemkin. Sin embargo, este sin duda ignoraba que otro antiguo estudiante de Lwów había tenido un papel en la redacción de las palabras de Jackson.

«Alemania fue a la guerra quebrantando las obligaciones impuestas por sus tratados», les dijo Jackson a los asistentes, liberando así a Estados Unidos de la obligación de tratar a todos los beligerantes por igual. Terminó su discurso con las esperanzadoras palabras de que habría «un imperio de la ley al que

deferirán las naciones soberanas, diseñado para proteger la paz de la sociedad de naciones». ⁷² Aquel discurso debió de hallar resonancias en Lemkin.

74

Un año después de su llegada a Durham, Lemkin pronunció su propio discurso en la reunión anual de la Asociación de Abogados de Carolina del Norte. Norman Birkett, un juez inglés, se unió a él en el estrado. Tardé cierto tiempo en localizar la crónica completa de la reunión, pero al final la encontré.

El decano de la facultad de derecho, Thorack, presentó a Lemkin haciendo un breve relato de su huida de Polonia. El polaco había sabido hacía poco que los alemanes se habían apropiado de su país natal, explicó el decano, y su magnífica colección de pinturas sobre la administración de justicia, que «se remontaba a la Edad Media», había sido expropiada y enviada a Berlín. Luego leyó en voz alta una breve biografía. «La universidad del doctor Lemkin» se había fundado en una fecha tan antigua como el año 1661, y se llamaba «la Universidad de Lvov, que se deletrea L-v-o-v». Se invitó a cualquiera que fuera capaz de sugerir una pronunciación mejor a encontrarse con Thorack y Lemkin al final de la tarde.

Lemkin habló sobre «el derecho y los juristas en los países europeos sojuzgados». Describió el «oscuro panorama» que dibujaban los decretos nazis de la vida en Europa, leyes que socavaban los tribunales, encarcelaban a los juristas y violaban el derecho internacional. Mencionó a Hans Frank, en cuyas manos creía que se hallaba el destino de sus padres y de millones de polacos. ¿Protegería Frank los derechos de los civiles en la Polonia ocupada? La pregunta se contestaba sola. Hizo alusión a un trabajo que Frank había presentado a la Academia de Derecho Alemán en diciembre de 1939, en el que afirmaba que el derecho no era más que aquello «que resulta útil y necesario para la nación alemana». Tales palabras, declaró Lemkin, constituían una «cínica negación del derecho internacional» y provocaban «la más profunda aversión». La concepción de Frank subordinaba el individuo al Estado y estaba diseñada «para subordinar todo el mundo a Alemania».

Lemkin también aprovechó la ocasión para reafirmar sus ideas sobre la barbarie y el vandalismo, recordando su propio papel en la conferencia de

Madrid, en octubre de 1933. Explicó que el presidente de la conferencia le había dicho que no debía hablar de Alemania, pero que él decidió ignorar el consejo: «Cuando leía esta propuesta [sobre la necesidad de nuevas leyes], la delegación alemana, integrada por el presidente del Tribunal Supremo de Alemania y el rector de la Universidad de Berlín, profesor Kohlrausch, abandonó el salón de actos.»⁷³

Esta historia me sorprendió. Las actas oficiales de la reunión de Madrid confirmaban que entre los presentes se contaban Kohlrausch y el presidente del Tribunal Supremo alemán (Erwin Bumke, que presidió el tribunal sobre cuyo fallo había informado Lauterpacht previamente aquel mismo año, aquel en el que se sentenciaba que la prohibición del Reich de las relaciones sexuales entre alemanes y judíos se aplicaba también a los actos realizados fuera de Alemania). En Madrid estuvieron dos colegas de Lemkin, Vespasian Pella y el juez Schlyter, además del juez Rappaport, que encabezaba la delegación polaca. Pero Lemkin no aparecía en la lista de los presentes.⁷⁴

En realidad no había estado en Madrid, ni había leído el trabajo en voz alta, ni había visto a los dos alemanes salir de la sala. Era todo un pequeño adorno; sin consecuencias materiales, pero adorno al fin.

75

En la primavera de 1942, cuando se corrió la voz sobre el trabajo de Lemkin con los decretos, le ofrecieron un puesto de asesor en Washington, en la Junta de Guerra Económica,⁷⁵ cuyo papel era coordinar el esfuerzo bélico de Estados Unidos tras el ataque a Pearl Harbor y su entrada en la guerra. Trabajar en la junta, que estaba presidida por el vicepresidente de Estados Unidos, Henry Wallace, proporcionaba a Lemkin acceso directo a los niveles superiores de la vida política estadounidense.

De modo que se fue a Washington, una ciudad volcada en el esfuerzo de guerra, rebotante de energía y poblada de uniformes militares. El trabajo en la junta era todo un reto: nadie allí parecía saber mucho acerca de lo que estaba ocurriendo en la Europa ocupada o qué se traían exactamente entre manos los alemanes. A los colegas de Lemkin no les preocupaba demasiado la información que él intentaba transmitir, absortos como estaban en sus propios cometidos e indiferentes a las preocupaciones de aquel polaco algo

emotivo que parecía un tipo solitario. Las inquietudes de este se veían como algo «teórico» y «fantástico». «¿De verdad los nazis han empezado a poner en práctica esos planes?», le preguntaba un colega. Todo el mundo conocía las historias de las atrocidades alemanas durante la Primera Guerra Mundial, y, sin embargo, la mayoría de ellas habían resultado ser falsas. ¿Por qué ahora la situación iba a ser distinta?⁷⁶

Desanimado, Lemkin encontró tiempo para relacionarse y disfrutar de los círculos informales. Reunió en torno suyo a unas cuantas almas gemelas, incluida Katherine Littell, la esposa del fiscal general adjunto Norman Littell (el número de mujeres casadas con las que se relacionaba constituía un rasgo notable del material de archivo). Los Littell presentaron a Lemkin al vicepresidente Wallace, con quien tenían una estrecha relación (Norman Littell anotaría en su diario que el vicepresidente parecía estar «enormemente interesado en la colección de decretos nazis de Ralph Lemkin»). Más tarde se pidió a Lemkin que ayudara al vicepresidente a redactar el borrador del discurso que este tenía que pronunciar en el Madison Square Garden de Nueva York (un primer texto argumentaba que Estados Unidos solo sería una auténtica democracia si contemplaba la posibilidad de que «un hombre de color fuera elegido presidente» del país;⁷⁷ aquella línea, algo avanzada a su época, se eliminó cuando Littell le sugirió a Wallace que esas palabras podrían causarle problemas si alguna vez se presentaba como candidato a la presidencia).

De vez en cuando, Lemkin se reunía con Wallace en el amplio despacho que este tenía en el edificio del Senado estadounidense, confiando en hacer que se involucrara en su trabajo sobre los decretos. Pero el vicepresidente, concluyó Lemkin, estaba más interesado en los campos de maíz de Ohio. «Tenemos una deuda con los agricultores del mundo», le dijo Wallace; en eso era en lo que deberían centrarse. Wallace no convenció a Lemkin, que se sentía incapaz de penetrar en los «solitarios sueños» del vicepresidente; de modo que, alentado por los Littell, decidió apuntar más alto: al propio presidente Roosevelt. Esa, al menos, fue su interpretación.

Preparó un memorando, pero resultaba demasiado largo. Si quiere que Roosevelt lo lea, le dijeron, redúzcalo a una página. ¿Cómo podían comprimirse así las atrocidades? Revisó su enfoque, y decidió plantearle a Roosevelt una idea distinta: proscriba las matanzas masivas, escribió; conviértalas en un crimen, el «crimen de los crímenes». Lemkin propuso un

tratado para hacer de la protección de los grupos uno de los objetivos de la guerra y transmitir una advertencia clara a Hitler. Se envió el memorando, pasaron las semanas, y llegó una respuesta negativa. El presidente reconocía el peligro, pero no era el momento de actuar. Sea paciente, se informaba a Lemkin; habrá una advertencia, pero todavía no.⁷⁸

Como un doliente en su propio entierro, sin noticias de Wołkowysk, Lemkin se sintió dominado por la melancolía. Pero, una vez más, se levantó y decidió olvidarse de los políticos y estadistas: escribiría un libro apelando directamente al pueblo estadounidense.

76

Seguían llegando a Carolina del Norte documentos procedentes de Estocolmo, de la Biblioteca del Congreso y de amigos de toda Europa. Con respecto a las acciones alemanas, estos ofrecían detalles (las raciones de alimentos y el número de calorías asignados a cada individuo en función del grupo al que pertenecía) y también rumores de ejecuciones masivas y deportaciones. Los decretos recopilados formaban parte de un marco más amplio, un sistema para masacrar. Lemkin utilizó aquellos materiales para impartir un curso en la Escuela de Gobierno Militar de Charlottesville. Los estudiantes quedaron impresionados.

La idea de escribir un libro aspiraba a hacer que tales materiales resultaran más ampliamente asequibles. «Soy de Missouri; enséñemelo», era la reacción que él esperaba, siempre optimista. Quería persuadir al pueblo de Estados Unidos mediante la argumentación y la evidencia, en un tono que fuera a la vez objetivo y académico. Envío una propuesta al Fondo Carnegie para la Paz Internacional, en Washington, donde terminó en el escritorio de George Finch, que le dio luz verde.⁷⁹ Termine el manuscrito, le dijeron a Lemkin, y Carnegie le dará al material una forma publicable. Acordaron una longitud de doscientas páginas, unos honorarios (quinientos dólares) y unos gastos modestos. El momento era perfecto, con los crímenes de guerra en la agenda internacional, tras la Declaración del Palacio de St. James. En octubre de 1942, el presidente Roosevelt habló sobre los «bárbaros crímenes» cometidos en los países ocupados, pidiendo que sus autores respondieran «ante los tribunales de justicia». Declaró que los «criminales de guerra» serían

obligados a entregarse, que se establecería su responsabilidad individual por medio de «todas las evidencias disponibles», y que se estaba creando una comisión de las Naciones Unidas para investigar crímenes de guerra.⁸⁰

Lemkin tenía una valiosa materia prima para respaldar aquellos esfuerzos. De modo que aceptó poner los decretos a disposición de la junta, pero insistió en una condición: había que dejar constancia de la procedencia de cada uno de los documentos. A tal efecto, la primera página de cada uno de ellos llevaría una breve nota indicando que la colección había sido recopilada por Rafael Lemkin cuando trabajaba en las facultades de las universidades de Estocolmo y Duke, y como asesor de la Junta de Guerra Económica.

Aunque se elevó la moral de Lemkin, este seguía preocupado por su familia y además se hallaba afligido por problemas de salud. Tenía cuarenta y dos años, y la tensión peligrosamente alta, pero ignoraba el consejo médico de reducir el ritmo y descansar mientras llegaba a Washington cada vez más información sobre matanzas masivas en Europa. En diciembre, el ministro de Exteriores polaco en el exilio publicó un panfleto titulado «El exterminio masivo de judíos en la Polonia ocupada por Alemania». Se basaba en el material proporcionado por Jan Karski (otro graduado de la facultad de derecho de Lwów), que colaboraba con la resistencia polaca en Varsovia.⁸¹

Lemkin dedicó un año entero a la redacción del texto, aunque se permitió algunas pausas. En abril de 1943 asistió junto con los Littell a la inauguración del Monumento a Jefferson en Washington, donde estuvieron charlando con los actores Edward G. Robinson y Paul Muni. Llegó el presidente Roosevelt con su capa negra, en medio de las aclamaciones de la multitud, y se quedó a unos pasos de Lemkin, con Eleanor Roosevelt a su lado. «Ralph se llevó la mejor de las impresiones», anotó Littell en su diario, «ya que nunca había visto al presidente.» A Lemkin le llamó la atención la «rara naturaleza espiritual» de los Roosevelt. «¡Qué afortunados son», les dijo a los Littell, «por tener a dos personas con tan inequívoca capacidad de liderazgo espiritual en la nación!»⁸²

Lemkin terminó el texto en noviembre. Pese a haber omitido materiales, superaba las setecientas páginas, mucho más de la longitud acordada con Carnegie, lo que irritó a Finch. Eligieron un título –*El dominio del Eje en la Europa ocupada*– que no era probable que diera lugar a un bestseller ni en Missouri ni en ningún otro sitio. En el prefacio, Lemkin explicaba que quería que los hombres y mujeres decentes de todo el mundo anglosajón supieran de

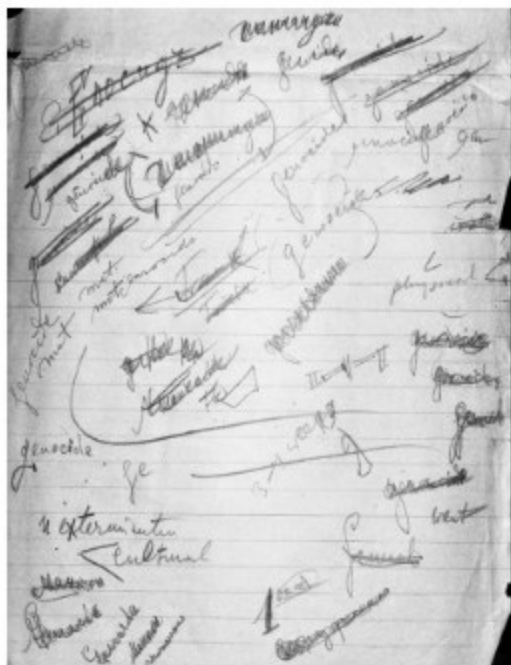
la despiadada crueldad de los alemanes hacia determinados grupos, basándose en «información y evidencias objetivas». Se centraba sobre todo en el trato dado a los «judíos, polacos, eslovenos y rusos», pero de al menos un grupo, los homosexuales, no hacía mención alguna. Escribía sobre las fechorías de los «alemanes», antes que de los «nazis», no haciendo más que una referencia a los «nacionalsocialistas», y argumentaba que «el pueblo alemán» había «aceptado libremente» lo que se había planeado, participando voluntariamente en las medidas y sacando un gran provecho de su implementación. El deseo de proteger a los grupos no le impedía señalar a los alemanes como grupo. Lemkin agradecía la ayuda de un pequeño círculo de amigos, no ofrecía ninguna dedicatoria, y firmaba el 15 de noviembre de 1943.

El dominio del Eje no era precisamente una lectura ligera. Organizado para cubrir «cada una de las fases de la vida» bajo la ocupación, el libro estaba dividido en tres partes. Los primeros ocho capítulos trataban de las «Técnicas de ocupación alemanas», abordando cuestiones administrativas, el papel del derecho y de los tribunales, y otros temas diversos como las finanzas, el trabajo y la propiedad. Había un breve capítulo dedicado al «estatus legal de los judíos».

Seguía el capítulo 9, donde Lemkin descartaba la «barbarie» y el «vandalismo» y creaba una palabra nueva, una mezcla del término griego *genos* (tribu o raza) y *cidio* (del latín *cidere*, matar).

A este capítulo le dio el título de «Genocidio».

En los archivos de la Universidad de Columbia encontré algunos restos de sus papeles. Entre ellos había una hoja suelta de papel rayado amarillo con garabatos a lápiz de Lemkin. Había escrito la palabra «genocidio» más de veinticinco veces, para luego tacharla e intercalar algunas otras palabras: «Exterminio», «Cultural», «Físico»... También jugó con otras posibilidades, como «met-enocidio».⁸³



Garabatos de Lemkin, c. 1945

© Raphael Lemkin Papers, Rare Book & Manuscript Library, Columbia University in the City of New York

En medio de la página, oculta entre la maraña, había otra palabra, también tachada, con una línea que partía de ella, como una flecha. La palabra parece ser «Frank».

El genocidio definía los actos «dirigidos contra individuos, no en su calidad de tales, sino como miembros de grupos nacionales», escribía Lemkin en el capítulo 9. «Los nuevos conceptos requieren términos nuevos.»⁸⁴ No está claro cuál fue la evolución que le llevó a elegir aquella opción.⁸⁵ Un año antes, había hecho una propuesta al gobierno polaco en el exilio, en Londres, utilizando el término polaco *ludobójstwo*, traducción literal del alemán *Völkermord* (asesinato de pueblos), una formulación utilizada por el poeta August Graf von Platen (en 1831), y luego por Friedrich Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia* (1872). Pero cambió el término por el de «genocidio» sin ofrecer ninguna explicación. La palabra escogida representaba una reacción contra el «gigantesco plan» de Alemania de realizar un cambio permanente en la biología de los territorios ocupados. El «exterminio de naciones y grupos étnicos» requería acabar con la intelectualidad, destruir la cultura y transferir la riqueza. Se despoblarían

territorios enteros mediante la inanición u otras formas de matanzas masivas. Lemkin describía las distintas etapas de la destrucción, con ejemplos, como un fiscal que presenta su acusación.

La segunda parte del libro abordaba las medidas adoptadas en diecisiete países ocupados, de la A (Albania) a la Y (Yugoslavia). En cada territorio, el libro detallaba las etapas en que se oprimía a diversos grupos, incluyendo a judíos, polacos y gitanos, mientras que a los discapacitados se los mencionaba solo de pasada. Lemkin perfeccionaba su anterior análisis. Una vez ocupado el país, se daba al grupo objetivo un estatus definido, y luego cada miembro del grupo debía definirse por sí mismo, en el caso de los judíos mediante un brazalete con una estrella de David «de al menos diez centímetros de ancho». Luego seguía la prohibición de ciertas actividades, después la confiscación de propiedades, y luego la prohibición de moverse libremente y de utilizar el transporte público. A continuación se creaban guetos adonde se trasladaba a los grupos y se los amenazaba con la muerte si los abandonaban. Después venía el transporte masivo de los territorios ocupados a un área central especialmente designada: el Gobierno General de Hans Frank. Esta era un área de liquidación, que al principio se lograba reduciendo las raciones de comida a niveles de inanición, luego mediante disparos en el gueto, y después por otros medios. Lemkin sabía de los transportes, del uso de «trenes especiales» que se dirigían a un destino «desconocido». Calculaba que habían matado ya a casi dos millones de personas.⁸⁶

El análisis era detallado y original, y estaba respaldado por evidencias que se especificaban en la última parte del libro: cuatrocientas páginas de decretos, traducidos al inglés. Ahí estaban los pormenores, los instrumentos de la muerte registrados, accesibles e irrefutables. Muchos de los documentos procedían de Polonia y estaban firmados por Frank, incluyendo su primera proclama. «Con el establecimiento del Gobierno General», decretaba Frank, «los territorios polacos se han incorporado de forma segura a la esfera de interés alemana.»⁸⁷ Lemkin parecía tener la mira puesta en Frank, un abogado cuyas opiniones eran la antítesis de todo aquello en lo que él creía.

Física y emocionalmente agotado, Lemkin mantuvo pese a ello una perspectiva práctica. Las normas existentes eran insuficientes; hacía falta algo nuevo. El nuevo término iba acompañado de una nueva idea, un tratado global para proteger a los grupos frente al exterminio, para castigar a sus

verdugos ante cualquier tribunal del mundo. Los países dejarían de ser libres de tratar a sus ciudadanos como quisieran.

Lemkin pasó los primeros meses de 1944 en Washington, escribiendo artículos y realizando labores de asesoría, y trató de mejorar su formación haciendo varios cursos en la facultad de derecho de Georgetown (le fue mejor en derecho penal que en derecho constitucional, donde obtuvo un triste aprobado).⁸⁸ Aquel verano, mientras aguardaba la publicación de su libro, se sintió alentado por el giro decisivo que dio la guerra. El Ejército Rojo avanzaba con rapidez hacia el oeste, y a finales de julio había tomado Lemberg, Żółkiew y Wołkowysk. A su paso descubrió terribles atrocidades. En agosto, el periodista ruso Vasili Grossman, que escribía para la revista del Ejército Rojo, describió lo que encontraron en un artículo titulado «El infierno de Treblinka». ¿Cómo pudo ocurrir eso?, se preguntaba Grossman. «¿Fue algo intrínseco? ¿Fue cuestión de herencia, educación, ambiente o condiciones externas? ¿Fue cuestión del destino histórico, o de la criminalidad de los líderes alemanes?»⁸⁹

Aquellas preguntas y descripciones empezaron a tener efecto en Estados Unidos, un país ahora más receptivo gracias a las advertencias de Jan Karski y, en menor medida, de Lemkin. El presidente Roosevelt le encargó un informe a Henry Morgenthau Jr., hijo del hombre que en noviembre de 1918 informara sobre el pogromo de Lemberg contra los judíos que llevó a Lauterpacht a las barricadas. A diferencia de su padre, el joven Morgenthau, entre otros, pidió que se tomaran medidas inmediatas para impedir «el completo exterminio de los judíos en la Europa controlada por los alemanes». La inacción haría que se acusara a la administración estadounidense de ser parcialmente responsable.⁹⁰ El *New York Times* publicó los primeros artículos sobre campos de exterminio en Polonia, incluido uno que se centraba especialmente en los asesinatos cometidos en Lwów, en el campo de Janowska.⁹¹ La Junta de Refugiados de Guerra, creada por Roosevelt unos meses antes, publicó un informe más detallado, titulado «Los campos de exterminio alemanes de Auschwitz y Birkenau».⁹²

Este era el fértil contexto en el que finalmente apareció el libro de Lemkin,

en noviembre de 1944. El 3 de diciembre apareció una primera reseña en el *Washington Post*, y un mes después el *New York Times* dedicaba la primera página de su sección de reseñas de libros a un artículo en general positivo pero no exento de crítica. «Una guía muy valiosa», escribía Otto Tolischus, antiguo corresponsal en Berlín del periódico y ganador de un Premio Pulitzer, a quien, sin embargo, le preocupaba el hecho de que el libro merecía llegar a un público más amplio del que le permitiría su «árido legalismo». Pero también tenía objeciones más serias, oponiéndose a la invectiva de Lemkin contra los alemanes y a la afirmación de que sus terribles actos reflejaban un «militarismo nacido de la brutalidad innata del carácter racial alemán». Cuestionaba asimismo la aseveración de Lemkin de que «la inmensa mayoría del pueblo alemán llevó a Hitler al poder mediante unas elecciones libres», señalando la ironía de que el autor pretendiera proteger a determinados grupos culpando a otro.⁹³

En general, las reseñas fueron favorables, pero no todo el mundo apreció el hecho de que la obra se centrara en los grupos. En cierto archivo encontré una airada carta enviada a Lemkin por Leopold Kohr, un académico austriaco refugiado (un individuo notable, a quien se debe la idea de que «lo pequeño es hermoso», que luego popularizaría uno de sus discípulos, E. F. Schumacher). La carta llevaba adjunta una reseña que Kohr decidió no publicar. *El dominio del Eje* era una obra «extremadamente valiosa», escribía Kohr en su borrador de reseña, pero «peligrosa».⁹⁴ Lemkin había utilizado los hechos de forma selectiva, y debería haber dirigido su ataque contra los nazis, no contra los alemanes («El doctor Lemkin no menciona ni una sola vez el *nacionalsocialismo*», se quejaba Kohr, no con absoluta veracidad, puesto que el capítulo sobre genocidio sí utiliza el término, aunque solo sea en una ocasión).

Kohr se quejaba de que el libro parecía un texto de periodismo político, no una obra académica, porque Lemkin se centraba en hechos que confirmaban sus ideas preconcebidas, presentando solo una visión parcial. Era aquel «un método prusiano de escribir historia». No obstante, la mayor crítica se reservaba para el capítulo 9, que posiblemente fuera el «más interesante», pero que presentaba profundas deficiencias. Al hacer de los grupos el «principal beneficiario» de la protección y el derecho internacionales, Lemkin había caído en una trampa, adoptando un «pensamiento biológico» como el que había llevado al antisemitismo y al antigermanismo. Kohr le

decía a Lemkin que se equivocaba al centrarse en la responsabilidad de los grupos antes que en la de los individuos, y que debería haber adoptado un enfoque que hiciera «del individuo, no del grupo, su principal objeto de interés». El camino que había tomado, «aunque no siempre termina en Hitler, lleva hacia él».

Aquella crítica brutal se formuló de manera privada. No me causa placer «atacar a los amigos», escribía Kohr, ignorando que sus inquietudes habrían tenido eco en Cambridge, en el Reino Unido, donde Lauterpacht estaba terminando un libro que se centraba en los derechos de los individuos.

78

Seis meses después de la publicación de *El dominio del Eje*, la guerra en Europa había terminado, Roosevelt había muerto y Wołkowysk se hallaba de nuevo bajo el control soviético. Lemkin, sin noticias de su familia, se sumergió en los aspectos prácticos del deseo del presidente Truman de que se celebrara un juicio por crímenes de guerra contra los principales líderes alemanes, con Robert Jackson como fiscal jefe.

Lemkin se puso en contacto con Jackson más o menos en el mismo momento en que el ejército estadounidense detenía a Hans Frank en Baviera, el 4 de mayo.⁹⁵ Informó a Jackson de que su libro estaba disponible en la biblioteca del Tribunal Supremo, adjuntándole una copia de su artículo «Genocidio: un delito moderno» (con un pie de autor en el que se describía a Lemkin como un polaco con un «punto de vista» internacional). El artículo reconstruía los tenaces esfuerzos de Lemkin, desde su texto breve de Madrid hasta la publicación del libro, cuyo objetivo era que cualquier nazi que pusiera «el pie en el extranjero» fuera capturado.⁹⁶

Jackson leyó el artículo y añadió sus propias anotaciones. Subrayó una cita que Lemkin atribuía al mariscal de campo Gerd von Rundstedt, profundamente involucrado en la Operación Barbarroja. Se decía que, mientras avanzaba hacia el este, Von Rundstedt había señalado que uno de los grandes errores de Alemania en 1918 había sido el de «salvar la vida civil de los países enemigos», que se tendría que haber matado a una tercera parte de sus habitantes mediante una «subalimentación organizada».⁹⁷ Estas

palabras por sí solas, sugería Lemkin, justificaban que se presentaran cargos criminales contra el mariscal de campo.⁹⁸

El 6 de mayo, el *Washington Post* publicó un editorial sobre la necesidad del justo castigo en el que se citaba el libro de Lemkin.⁹⁹ Por entonces se había pedido prestado a la biblioteca del Tribunal Supremo un ejemplar de *El dominio del Eje* que se había llevado al despacho de Jackson, donde permanecería durante más de un año, hasta su devolución en octubre de 1946. Jackson le dio las gracias a Lemkin por el libro mientras reclutaba a un equipo jurídico para los procesos judiciales, entre cuyos miembros figuraban abogados del Departamento de Guerra, donde Lemkin había trabajado como asesor.¹⁰⁰ El principal abogado de Jackson era Sidney Alderman, el genial y brillante responsable del departamento jurídico de la red ferroviaria Southern Railway, que pasó un fin de semana entero inmerso en el libro de Lemkin.¹⁰¹

El 14 de mayo, el equipo de Jackson había completado un memorando de planificación. En él se resumían las evidencias necesarias para procesar a individuos por la «aniquilación de minorías raciales», pero no se hacía mención alguna del «genocidio». Dos días más tarde, con el memorando preliminar en la mano, Jackson se reunió con su equipo jurídico en el Tribunal Supremo y añadió personalmente el término «genocidio» a la lista de posibles delitos.¹⁰² El detallado informe que envió a las delegaciones de la Conferencia de Londres presentaba esa lista, que incluía el «genocidio», descrito por Jackson como la «destrucción de minorías raciales y poblaciones subyugadas».¹⁰³

Lemkin se esforzó mucho en conseguir que lo contrataran. El viernes 18 de mayo le presentaron a Alderman, que había sido alumno de la Universidad Duke. Este le dijo a Lemkin (de quien creía erróneamente que era alemán) que *El dominio del Eje* era «exhaustivo» y «muy interesante», y que podía servir como un «texto básico» para el equipo de Jackson. Hablando de cómo podía utilizarse el «genocidio» en el juicio, Alderman entendía que Lemkin se sintiera «muy orgulloso» del término y de su propio papel como inventor de este.¹⁰⁴ A finales de aquel mismo mes, Lemkin asistió a una reunión en el Departamento de Justicia. Se discutía un tema controvertido, relacionado con el papel que había de desempeñar la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) –la precursora de la Agencia Central de Inteligencia (CIA)– a la hora de recabar pruebas contra los acusados.¹⁰⁵ Uno de los miembros del equipo que asistieron a la reunión fue Bill, hijo de Jackson, que por entonces tenía treinta

y seis años, y que hasta entonces no conocía a Lemkin (Bill Jackson fue una de las pocas personas que trabajaron tanto con Lemkin como con Lauterpacht, y participó en la reunión celebrada en Cranmer Road unas semanas más tarde, cuando se incorporó el concepto de «crímenes contra la humanidad» al Estatuto de Núremberg). Bill no se sintió demasiado impresionado por Lemkin, que le pareció un hombre apasionado y un «erudito de talento», pero poco práctico y sin la menor idea sobre el tipo de caso que estaba preparando el equipo. Aun así, tanto el joven Jackson como Alderman debieron de pensar que Lemkin era lo bastante entendido para justificar la invitación de unirse al equipo, aunque solo fuera para vigilar a la OSS.¹⁰⁶

El 28 de mayo, Lemkin empezó a trabajar en la Oficina de Crímenes de Guerra como miembro oficial del equipo de Jackson.¹⁰⁷ La decepción no tardaría en llegar, ya que sus ideas fueron rechazadas. Aunque se le reconocían sus conocimientos sobre la realidad de las atrocidades alemanas, el problema tenía que ver más bien con su estilo y temperamento. Algunos miembros del grupo de Jackson pensaban que no se le daba bien jugar en equipo; otros, que carecía de instinto de litigante y no sabía cómo llevar un caso. Concluyendo que Lemkin no estaba a la altura de la tarea, Alderman acudió a Telford Taylor, otro de los abogados del equipo, con vistas a excluir a Lemkin del núcleo de este.

Acordaron «eliminarlo» del círculo dirigente y utilizarlo para labores secundarias, como una «enciclopedia» disponible durante la preparación del juicio. Pese a calificarlo como «el primero entre los refugiados» y la confianza depositada en sus materiales, se vio desplazado a la periferia.¹⁰⁸ Cuando el equipo de Jackson partió rumbo a Londres en julio, Lemkin no viajaba con ellos. Se quedó en Washington, decepcionado, colaborando con un «grupo de trabajo de escalón de retaguardia» para desarrollar ideas sobre los delitos de los que se acusaría a los alemanes.¹⁰⁹

En Internet encontré una referencia a una primera edición firmada de *El dominio del Eje*. El librero me informó de que ya estaba vendido, pero cuando le dije que lo que me interesaba era la inscripción de Lemkin, me

puso en contacto con el comprador. Unos días más tarde llegó una amable nota de un abogado que trabajaba en el Departamento de Justicia, en Washington: Eli Rosenbaum, el legendario cazador de fugitivos nazis, me enviaba una fotografía de las palabras «Al doctor Robert M. Kempner, con mis mejores deseos, R. Lemkin, Washington, 5 de junio».

El nombre me resultaba familiar: Kempner, un colega de Lemkin en la Oficina de Crímenes de Guerra, había pasado parte del verano de 1921, cuando era un joven estudiante de derecho, sentado en la galería pública de una sala de justicia de Berlín observando el juicio de Tehlirian. En 1933 había sido expulsado del Reich debido a su participación en los procesos judiciales contra Hitler, y su conexión con Lemkin en Washington ofrecía un vínculo directo con el juicio que inspirara al primero. También la fecha del 5 de junio era importante: fue el día en que los aliados se reunieron en Berlín para repartirse Alemania y acordar el castigo de los «principales líderes nazis». Entonces pusieron en práctica el acuerdo alcanzado tres meses antes en Yalta, el compromiso de «imponer a todos los criminales de guerra un justo y pronto castigo».¹¹⁰

En julio, el equipo de Jackson se reunió en Londres con sus colegas británicos, franceses y soviéticos para trabajar en la lista de delitos que iban a incluirse en el Estatuto de Núremberg. El acuerdo se cerró y se firmó el 8 de agosto. En la lista de delitos enumerados en el artículo 6 se incluían los crímenes contra la humanidad –a instancias de Lauterpacht–, pero no el genocidio. Lemkin, amargamente decepcionado, sospechó que los británicos habían actuado de forma taimada. «Ya saben ustedes cómo son», recordaba Bob Silvers haberle oído decir a Lemkin de estos últimos durante una clase en Yale décadas después.

Aunque el genocidio hubiera quedado excluido del Estatuto de Núremberg, Lemkin sabía que los delitos enumerados en el artículo 6 todavía tenían que desarrollarse para dar lugar a cargos concretos contra los acusados. Esto ofrecía una nueva oportunidad para introducir el cargo de genocidio. No logré averiguar exactamente cómo consiguió una invitación para viajar a Londres a fin de trabajar con el equipo de Jackson de cara a preparar las acusaciones, pero parece que fue a instancias del coronel Murray Bernays, que dirigía la oficina de Jackson y pensaba que el conocimiento enciclopédico de Lemkin podía resultar útil. Bernays, que era uno de los

pocos defensores de Lemkin, creía que este podría ayudar en lo relativo a los crímenes perpetrados en la Polonia ocupada.¹¹¹

No obstante, Bernays halló cierta resistencia. El comandante James Donovan, responsable del departamento jurídico de la OSS, se opuso a la idea y envió un memorando secreto al núcleo dirigente del equipo de Jackson, quejándose de que el trabajo de Lemkin era «insuficiente», y afirmando que había mejores eruditos polacos disponibles. Donovan creía que Lemkin era demasiado apasionado y se dejaba llevar por un «enfoque emocional» que no resultaba apropiado para asuntos jurídicos tan complejos. También pensaba que tenía «dificultades de personalidad», una opinión que tenía su respaldo, pero que finalmente no prevaleció.¹¹² El coronel Bernays se ofreció a responder por el polaco, pero regresó a Washington poco después de que Lemkin llegara a Londres.¹¹³ No había nadie más dispuesto a acogerlo bajo sus alas, pero de algún modo se las arregló para quedarse, como un elemento discordante, prácticamente sin supervisión, sin que se le asignara su propio despacho ni número de teléfono.¹¹⁴

80

En Londres, Lemkin hablaba con cualquiera dispuesto a escucharle, lo que a la larga sería su perdición. Se multiplicaron las quejas de que era ingobernable y se entregaba a devaneos no autorizados. Se amontonaron los rumores de que había organizado sesiones informales con miembros de la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas, y de que mantenía reuniones no autorizadas con figuras prominentes vinculadas a la Organización Sionista Mundial. Llegaron protestas a la oficina del comandante Donovan en Washington afirmando que Lemkin seguía su propia agenda y se atribuía el mérito del trabajo de otros.¹¹⁵ La gota que colmó el vaso fue la noticia de que Lemkin había informado privadamente a la prensa, y luego había puesto al personal de Jackson en una situación embarazosa al quejarse de que a los miembros de la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas no se les habían proporcionado ejemplares de *El dominio del Eje*.

«Cuanto antes se largue Lemkin de Londres», le dijo Donovan a Telford Taylor, «mejor.»¹¹⁶ Pero Lemkin defendió su puesto el tiempo suficiente

para marcar una diferencia. El obstinado «cabrón», diría más tarde Bill Jackson, de algún modo logró aguantar durante todo septiembre y hasta bien entrado octubre, mientras proseguían los trabajos para la formulación de los cargos.¹¹⁷ De alguna forma se las arregló para convertir a Sidney Alderman en un aliado en la cuestión del genocidio, frente a la considerable oposición de otros miembros del equipo de Jackson, presionados por políticos estadounidenses en cuyos estados se exigía a negros y blancos utilizar lavabos distintos.¹¹⁸ También los ingleses se oponían firmemente a la inclusión del cargo de genocidio; una oposición liderada por Geoffrey Dorling «Khaki» Roberts, un corpulento y cejudo abogado de instancias superiores y consejero real que se hallaba muy próximo a Hartley Shawcross.¹¹⁹ A los estadounidenses les gustaba Roberts, admiraban el hecho de que jugara al rugby en Oxford y en la selección inglesa, pero no pensaban mucho en él como abogado.

La oposición de Khaki Roberts podría haber ayudado a Lemkin. Alderman asumió su causa, de modo que el «genocidio» acabó figurando en un primer borrador del escrito de acusación. Los británicos reafirmaron su oposición a un término que resultaba «demasiado sofisticado» y «extravagante» para incluirlo en un documento legal serio. Alderman le dijo a un colega que los graduados de la Universidad de Oxford «eran incapaces de entender qué significaba el término».¹²⁰ Por su parte, Lemkin se mostraba «enormemente complacido» de que los ingleses no hubieran logrado deshacerse de la controvertida palabra.

El 6 de octubre, las Cuatro Potencias llegaron a un acuerdo en torno a un escrito de acusación que contenía cuatro cargos, el último de los cuales era el de crímenes contra la humanidad. Sin embargo, el genocidio no se introducía en este apartado, como había esperado Lemkin, sino en el cargo número 3, el relativo a los crímenes de guerra. Este incluía el maltrato y el asesinato de civiles en territorios ocupados, y el argumento de que los acusados habían «llevado a cabo un genocidio deliberado y sistemático».

La incómoda perseverancia de Lemkin había dado resultado. Aquella era la primera vez que se utilizaba el término en un instrumento internacional, junto con una definición extraída más o menos directamente del libro de Lemkin. El genocidio era

el exterminio de grupos raciales y religiosos, de las poblaciones civiles de ciertos

territorios ocupados para destruir determinadas razas y clases de personas y grupos nacionales, raciales o religiosos, en particular judíos, polacos, gitanos y otros.¹²¹

La destrucción de grupos figuraría en el juicio de Núremberg, lo que representaba un momento de triunfo personal para Lemkin. Sus años de cargar con documentos por todo el mundo habían dado fruto, aunque no sin un coste.¹²² Tres días antes de que se acordara el escrito de acusación, un médico militar estadounidense, el capitán Stanley Vogel, diagnosticó a Lemkin nasofaringitis, un resfriado común, lo que ofrecía la excusa perfecta para mandarlo de vuelta a Washington, justo en el momento en que Lauterpacht se disponía a viajar en sentido inverso, de Cambridge a Núremberg. Cuando se presentó el escrito de acusación ante el tribunal, el 18 de octubre, Lemkin se hallaba ya de nuevo en Estados Unidos, exhausto, pero satisfecho. «Fui a Londres y logré que en Núremberg se incluyera el cargo de genocidio contra los criminales de guerra nazis», escribiría más tarde. «Incluí el genocidio en el escrito de acusación de los juicios de Núremberg.»¹²³

Tanto los crímenes contra la humanidad como el genocidio formaban ahora parte del juicio.

V. El hombre de la pajarita



© *Profesor Philippe Sands QC*

Entre los papeles de mi abuelo, yo había encontrado una pequeña fotografía en blanco y negro, tomada en 1949, en un ángulo no del todo recto. En ella aparece un hombre de mediana edad que mira directamente a la cámara con una leve sonrisa en los labios. Lleva un traje de rayas, un pañuelo blanco pulcramente doblado en el bolsillo de la chaqueta y una camisa blanca. Su pajarita de lunares acentúa su aspecto ligeramente malicioso.

Durante dos años tuve una fotocopia de la fotografía colgada en la pared sobre mi escritorio, compitiendo con la señorita Tilney. Una vez resuelto cuál había sido el papel de esta última, observaba cada día la imagen de él, sintiéndome a la vez provocado y frustrado. «Si eres bueno me encontrarás», parecía decirme. Ocasionalmente incitado a hacerlo, hice lo posible por aceptar el reto, realizando tímidos esfuerzos, inevitablemente infructuosos por carecer de un nombre propio. Escaneé la foto, probé programas de reconocimiento facial en Internet... Nada.

Una y otra vez volvía a repasar la modesta información que figuraba al dorso de la fotografía: «Herzlichste Grüße aus Wien, September 1949» («Mis mejores deseos desde Viena, septiembre de 1949»). La firma, de trazo resuelto, era indescifrable.

Intenté extraer todo lo que pude de aquellas palabras, del pequeño sello rojo, el nombre y la dirección del estudio donde se había realizado la fotografía: «Foto F. Kintschel, Mariahilferstrasse 53, Wien VI.» La calle todavía existía, pero el estudio había desaparecido hacía tiempo. Pasé horas tratando de descifrar la firma, sin éxito, y examiné detenidamente las otras dos fotografías del mismo hombre. La que estaba fechada en «Londres» el «8 de agosto de 1951» era del mismo tamaño, y también llevaba un sello del estudio fotográfico Kintschel, pero en este caso de color azul. Aquel día estival el hombre llevaba una corbata con rayas diagonales, y de nuevo un pañuelo doblado en el bolsillo de la chaqueta. ¿No bizqueaba un poco?



«Mis mejores deseos desde Viena, septiembre de 1949»
© Profesor Philippe Sands QC

La tercera foto era mayor que las demás, de tamaño postal. No llevaba marca de estudio ni firma. En ella el individuo aparecía con una corbata oscura con un motivo de rombos y de nuevo un pañuelo doblado. La nota manuscrita al dorso rezaba: «Wien-London, Oktober 1954.» El hombre había engordado un poco, y ahora resultaban visibles los contornos de una incipiente papada. En efecto, *era bizco*. Había escrito en tinta azul: «Zur freundlichen Erinnerung an einen Grossvater» («En cariñoso recuerdo de un abuelo»). ¿Había muerto un abuelo? ¿Acaso había sido abuelo él?

La primera vez que le pregunté a mi madre por aquel hombre, ella me aseguró que no sabía quién era. Insistí. Bueno, me respondió, en cierta ocasión le había preguntado por él a Leon. «Me dijo que no era importante, y eso fue todo.» De modo que no volvió a sacar el tema, quedándose con sus propias dudas.

Así que Leon sabía quién era y había guardado otras dos fotografías suyas, una tomada en agosto de 1951, y la otra en octubre de 1954. ¿Por qué conservaría Leon las tres fotos si el hombre no era importante?

En realidad, mi madre me aclaró más tarde que ella las había encontrado entre los papeles de Rita tras la muerte de esta en 1986. Entonces las puso con los papeles de Leon, donde permanecieron durante una década. Presionándola un poco más, mi madre compartió conmigo un fugaz recuerdo de la infancia, oscuro pero real. Le parecía recordar una visita de aquel hombre al apartamento de París, en la rue Brongniart, después de la guerra. Luego se produjo una discusión entre Leon y Rita, se levantaron la voz, hubo ira, y luego reconciliación. «Mis padres tenían muchas discusiones como aquella.» Eran intensas, pero luego se olvidaban.

La información se iba filtrando poco a poco. Quizá el hombre de la pajarita estuviera vinculado a la solitaria partida de Leon de Viena en enero de 1939. Las circunstancias generales –la llegada de los alemanes, el destierro del Reich– eran bastante claras, pero la decisión de Leon de irse solo, sin su esposa y su hija pequeña, no resultaba tan fácil de explicar. Quizá el hombre de la pajarita estaba relacionado en algún aspecto con la vida de Rita en Viena después de que Leon se fuera. Tal vez fuera un nazi. Rita pasó tres años separada de su marido y su hija, ya que no huyó de Viena hasta octubre de 1941, un día antes de que Eichmann cerrara las puertas.

82

Pasó el tiempo sin que lograra hacer ningún progreso. Dejé las tres fotografías a un lado, dispuesto a rendirme. Me centré en Lemberg, Lwów, Lvov, Lviv, Lauterpacht, Lemkin... Entonces, de repente, tuve un inesperado golpe de suerte.

Poco después de mi primera visita a Lviv, asistí a la celebración del nonagésimo cumpleaños de un amigo, una fiesta que se celebró en el Wigmore Hall, una sala de conciertos de música clásica de Londres. El centro de la celebración fue Milein Cosman,¹ una destacada pintora de cuerpo menudo pero de inteligencia y cordialidad ilimitadas, viuda de Hans Keller, un distinguido musicólogo.² Ella y su marido llegaron por separado a Gran Bretaña antes de la guerra como refugiados, ella procedente de Alemania, él

de Austria. En la década de 1950 se mudaron a una casita en Willow Road, en el norte de Londres, cerca de Hampstead Heath. Cuarenta años después mi esposa y yo compramos la casa, que sigue siendo nuestra residencia (se halla frente a Willow Cottages, donde vive el sobrino de Sofka Skipwith).

Hans Keller trabajó en el Tercer Canal de BBC Radio, un canal centrado en los contenidos artísticos y culturales, lo que les permitió a él y a Milein conocer a muchos de los grandes músicos y directores de orquesta del siglo XX. Conocieron a Furtwängler (que «definitivamente no era un nazi», me dijo Milein en tono apasionado) y a Karajan («un simpatizante nazi y oportunista», opinaba con bastante contundencia). En 1947 dibujó a Richard Strauss poco antes de su muerte; el retrato, junto a una extensa familia formada por otros dibujos de Milein, está expuesto en Wigmore Hall, el lugar donde se reunieron un centenar o más de amigos y familiares para celebrar su aniversario.

Milein me remitió a una amiga, pariente de su difunto esposo. Inge Trott tenía noventa y un años, era tremendamente inteligente y resultó exhibir también una afable picardía.³ Nacida en Viena, llegó a Londres en 1938, a los diecisiete años de edad. Después de la guerra encontró trabajo en el King's College de Londres como ayudante de laboratorio del profesor Maurice Wilkins, que más tarde compartiría el Premio Nobel con Francis Crick y James Watson, a quien Inge se encargaría de llevar muestras de esperma en Cambridge. Inge se sentía orgullosa de su aportación como transportista de los materiales que revelaron los secretos del ADN.

En nuestra conversación hablamos de Viena, del carácter austriaco, del *Anschluss*... Ella recordaba la llegada de los alemanes, los desfiles, las humillaciones, la requisa del hogar familiar por un soldado alemán que llevaba un uniforme gris... Le mencioné la foto del hombre de la pajarita, el texto manuscrito, la firma indescifrable.

«Mándeme una copia», me dijo Inge. «Veré si puedo leer la firma.» Probablemente usted no puede descifrarla porque está en alemán antiguo, añadió.

«La echaré al correo.»

«No», replicó Inge con voz firme. «Escanéela y envíemela por correo electrónico; será más rápido.»

Aquella tarde seguí sus instrucciones, y al día siguiente llegó una

respuesta: «He podido leer todo el texto del dorso de la foto, salvo la firma, porque está al revés.» Escanéela de nuevo, pero «esta vez del derecho».

83

Pasó un día. Sonó el teléfono.

«Su nombre es Lindenfeld», me dijo Inge con certeza antes de que se filtrara un discreto matiz de duda. «Bueno, también podría ser Lindenfels, con una s, pero no lo creo.»

Luego regañó a Herr L.: «De verdad que no entiendo por qué la gente hace deliberadamente sus firmas ilegibles.»

El momento parecía extrañamente teatral. Con un nombre, se revelarían nuevas vías de exploración. Ahora podría buscar todos los Lindenfeld (o Lindenfels) que hubieran vivido en Viena en 1949, y luego cruzar los datos con los de las personas del mismo nombre que hubieran estado allí en 1939. Algo bastante sencillo, pensé, con un juego de listines telefónicos de aquellos años. Un estudiante de doctorado de la Universidad de Viena me ayudó en mi investigación inicial, y luego conté con la ayuda de una investigadora privada. Frau Katja-Maria Chladek, una especialista en genealogía vienesa establecida en dicha ciudad, era una mujer alegre, cortés y de una fabulosa eficiencia.

El estudiante de derecho encontró la guía telefónica de Viena de 1939. No había Lindenfels, pero sí diez Lindenfeld. Nueve de aquellas entradas correspondían a hombres, con sonoros nombres wagnerianos: Bela, Emil, Erwin, Kurt, Max, Mendel, Rudolf y Siegfried.

La siguiente tarea era encontrar una guía telefónica de 1949 para contrastar los nombres. Este reto resultó más difícil, pero a la larga Frau Chladek, la investigadora privada, encontró un ejemplar, y luego me informó de sus hallazgos. En 1949, los diez Lindenfeld que vivían en Viena en 1939 se habían reducido a solo uno. Su nombre era Emil, me dijo Frau Chladek, que en su opinión no era un nombre judío. La implicación que dejaba entrever era que algo iba mal.

Emil Lindenfeld vivía en el número 87 de Gumpendorferstrasse, en el distrito 6 de Viena, cerca del estudio Foto Kintschel de Mariahilferstrasse. Frau Chladek me explicó que desde su apartamento solo habría tenido que

andar diez minutos hasta el estudio para recoger las fotos. El listín telefónico, que lo clasificaba como «miembro de la administración pública», seguía incluyéndolo hasta 1969, año en que su nombre desaparecía. «Creo que murió en 1968 o 1969», me dijo Frau Chladek.

Luego prosiguió su investigación en la biblioteca municipal de Viena, que reveló que Emil Lindinfeld estuvo viviendo en la misma dirección durante dos décadas a partir de 1949. «Creo que hay bastantes posibilidades de que sea la persona que buscamos.» Ella se mostraba esperanzada, alentadora incluso, pero eso no significaba que el hombre de la pajarita fuera Emil Lindinfeld. El siguiente paso era determinar la fecha de su muerte. Con dicha información, Frau Chladek creía que podría obtener su *Verlassenschaftsabhandlung*, el expediente de sucesiones que revelaría detalles sobre su familia y tal vez contuviera una foto. ¿Estaba dispuesto a autorizarla a seguir adelante con la investigación? Por supuesto que sí.

Yo disfrutaba de sus mensajes, siempre alegres y entusiastas. Un par de semanas después de nuestra última conversación me envió otro correo electrónico con nueva información, parte de la cual resultaba, según sus propias palabras, «muy sorprendente». Emil Lindinfeld era un comerciante nacido el 2 de febrero de 1896 en la ciudad polaca de Kopychyntsi. En el expediente, la referencia a Polonia aparece tachada y reemplazada por «URSS». Murió el 5 de junio de 1969, en Viena.

«Ahora viene mi sorprendente noticia.»

Frau Chladek había localizado el *Totenbeschauprotokoll* de Herr Lindinfeld, el documento oficial que registraba sus circunstancias personales en el momento de su muerte. «Se había escrito el nombre propio Emil, pero luego se había borrado», me explicó. En su lugar, una «persona anónima» había insertado un nombre propio distinto: Mendel. Cambiar un nombre era algo excepcional, una circunstancia con la que ella se había encontrado solo raras veces en su trabajo. ¿Su interpretación? Que «él era judío», pero ese hecho no era público. Frau Chladek pensaba que era un «judío secreto».

Dado que el *Protokoll* proporcionaba también otra información, Frau Chladek creía que debíamos obtener el expediente de sucesiones completo de Herr Lindinfeld. Eso fue lo que hizo, y de hecho este resultó útil. «Su madre era Sara Lindinfeld, que tuvo su última residencia en Londres, Gran Bretaña», me escribió Frau Chladek. Eso podía explicar las referencias a

Londres al dorso de las fotografías de 1951 y 1954, que quizá tuvieran que ver con visitas a su madre.

Frau Chladek tenía otra información. Cuando estalló la guerra, en 1939, Emil Lindenfeld estaba casado con Lydia Sturm, que era judía. Tenían una hija llamada Alice. En algún momento de 1939, la esposa de Lindenfeld, Lydia, y su hija, Alice, abandonaron Viena rumbo a Londres. Esto ofrecía un paralelismo directo con la vida de Rita: a finales de 1939, tanto Emil como Rita vivían solos en Viena, alejados de sus cónyuges e hijos, enfrentándose a la guerra, a los nazis y a la soledad.

Pero Frau Chladek aún tenía más. Cuando murió Emil Lindenfeld, su hija, Alice, vivía en Flushing, Nueva York, y estaba casada con Alfred Seiler. Alfred y Alice tuvieron dos hijos, Sandra y Howard, nacidos en la década de 1950. Los puntos de conexión iban tomando forma. El nacimiento de Sandra, en 1952, podía explicar la referencia en la fotografía de 1954 a la circunstancia de ser abuelo.

Lo que yo necesitaba era una foto de Emil Lindenfeld, pero Frau Chladek me dijo que en los expedientes no había ninguna. Sin embargo, ahora tenía otra pista con los nombres de sus nietos, de modo que la búsqueda se desplazó a Nueva York.

84

No pude encontrar el nombre de Alice Seiler en ningún directorio de Flushing. Tampoco había ninguna información local disponible sobre Sandra y Howard Seiler, los nietos, ni en Flushing ni en ninguna otra parte del área de Nueva York.

Facebook me ofreció una vía de salida. Entre sus cientos de millones de usuarios había un Howard Seiler que vivía en Florida. La pista era que había cursado la enseñanza secundaria en Flushing. La fotografía de Facebook mostraba a un hombre de cincuenta y pocos años, lo que cuadraba con la fecha de nacimiento que me había dado Frau Chladek. Entre los «amigos» de Howard figuraba una tal Sandra, apellidada Garfinkel.

Envié un mensaje a Howard; no hubo respuesta. Entonces hice una búsqueda de Sandra Seiler Garfinkel y encontré una dirección en Massapequa, Long Island, no lejos de Flushing. Su teléfono no era público,

pero el pago de una pequeña suma produjo un número de diez dígitos. De modo que una calurosa tarde de verano londinense marqué el número, no sin cierta inquietud.

Respondió una mujer con un marcado acento neoyorquino. Le dije que estaba buscando a Sandra Seiler, la nieta de Emil Lindenfeld, de Viena. A ello le siguió un largo silencio y luego un «Soy yo». Más silencio, y luego: «Esto es muy extraño. ¿Qué quiere?»

Le expliqué, de forma abreviada, que era posible que mi abuela hubiera conocido a su abuelo en Viena antes de la guerra. «Mi abuelo era Emil Lindenfeld; y vivió en Viena», me dijo Sandra. Se mostraba escéptica, no hostil, ni simpática, ni antipática. Me relató una breve historia de su familia.

«Emil estaba casado con Lydia, mi abuela. Cuando los nazis llegaron a Viena, en marzo de 1938, pero antes de que empezara la guerra, Lydia abandonó Viena con su hija, mi madre, Alice, que entonces tenía catorce años. Se fueron a Londres, donde mi abuela estuvo trabajando como criada. Después de la guerra, Alice y Lydia vinieron a Estados Unidos, pero Emil se quedó en Viena. Nos dijeron que no podía viajar a Estados Unidos porque tenía tuberculosis. En 1958 murió mi abuela Lydia, y entonces Emil vino a Estados Unidos. Yo tenía seis años. Se quedó seis semanas, me estuvo enseñando alemán, y luego se marchó. Esa fue la única vez que lo vi en mi vida.»

¿Conservaba alguna fotografía de Emil? «Sí, desde luego.» Incluso podría haber alguna en Internet, añadió. Su madre murió en 1986, pero su padre había vivido hasta una fecha bastante reciente. «Escribió un libro sobre sus experiencias en tiempos de guerra; está en Internet, con fotografías.» Me dio los detalles, y mientras hablábamos busqué el libro de su padre. Me apareció enseguida, con el alegre título de *From Hitler's Death Camps to Stalin's Gulags* («De los campos de exterminio de Hitler a los gulags de Stalin»).⁴ En la web se invitaba al lector a echar un vistazo al interior del libro, cosa que hice sin dejar de charlar. Era una obra breve, de menos de doscientas páginas. Deslicé rápidamente el cursor, comprobando las fotografías. Al llegar a la página 125 asomó a la pantalla un rostro familiar, un hombre con un traje oscuro, un pañuelo blanco doblado en el bolsillo de la chaqueta y una corbata oscura. Bajo la fotografía aparecía un nombre: Emil. En la página siguiente había una foto de la esposa de Emil, Lydia, junto con otras dos de Sandra y Howard, sus nietos.

Pedí disculpas a Sandra por mi silencio. Había tres fotografías de Emil que llevaban décadas entre los papeles de mi abuelo, y yo llevaba varios años intentando averiguar quién era aquel hombre. Sandra lo entendió; era una mujer generosa. ¿Podía leerle en voz alta las palabras que rodeaban aquella foto en las memorias de su padre?, me preguntó. Ella no se había visto capaz de leer el libro, publicado solo después de la muerte de su padre.

Leí el texto en voz alta. Emil Lindenfeld-Sommerstein era un amigo de la infancia del padre de Alfred. Se casó con Lydia Sturm, hija de un hombre que tenía una fábrica de *Posamentrie* en Jägerndorf, en los Sudetes, donde se hacían «elegantes manteles, colchas y demás». Fruto del matrimonio nació una hija, Alice, a la que en 1939 se envió a Inglaterra en «uno de los famosos *Kindertransport*». Lydia le siguió poco después, tras obtener un permiso para trabajar como empleada doméstica. Una única frase hacía alusión a la vida de Emil en Viena tras la partida de su esposa e hija: «Emil pudo quedarse en Viena durante la ocupación nazi como “submarino”, ocultándose con parientes y amigos no judíos. Los padres de Alice nunca volvieron a reunirse, y el padre siguió viviendo en Viena.»⁵

Emil Lindenfeld se quedó solo en Viena, como Rita, y luego pasó a ocultarse «con parientes no judíos». Esto sugería que posiblemente no era del todo judío, o quizá simplemente permaneció en Viena como si no lo fuera. Después de la guerra, Emil y Lydia se separaron, a diferencia de Leon y Rita, que volvieron a reunirse en París.

La lectura de aquel relato del yerno de Emil me trajo a la memoria el recuerdo de mi madre acerca de que el hombre que yo ahora sabía que era Emil Lindenfeld había ido a ver a Rita y Leon en París después de la guerra. Cuando salió de su apartamento, sus padres habían discutido. Una deducción obvia –aunque no la única– era que Rita y Emil habían sido amantes, y que él había ido a París después de la guerra para reunirse con ella y persuadirla de regresar a Viena. En ese momento no le dije nada de ello a Sandra, aunque más tarde, al conocernos mejor, compartiríamos aquellos pensamientos.

Le di las gracias a Sandra por responder a mi llamada telefónica. Ella me pidió que le enviara una copia de la fotografía de su abuelo, la que tenía colgada en la pared sobre mi escritorio, cosa que hice. Al cabo de un par de días me escribió. Nuestra conversación telefónica la había animado a desenterrar los papeles de Emil, que tras su muerte se habían enviado de Viena a Nueva York. Conservaba sus álbumes de fotos, algunas de las cuales

podían remontarse al período anterior a la guerra. Si mis abuelos tenían fotografías de Emil, ¿era posible que Emil tuviera fotografías de Leon y Rita?

«Envíeme una foto de sus abuelos», me sugirió Sandra. Yo le envié las fotos de los pasaportes de Leon y Rita de la época nazi. La de Rita, que debió de tomarse alrededor de 1941, era aquella en la que tenía un aire de tristeza. Durante mucho tiempo yo había creído que se debía a la separación de su marido y su hija; ahora empezaba a preguntarme si podía estar relacionado con otra cosa, si quizá tenía que ver con Emil.

85

Al día siguiente llegó un lote de correos electrónicos de Sandra. Me escribía diciendo que había examinado los álbumes de Emil y había encontrado varias fotografías de Rita, pero solo una de Leon (una imagen de él con Rita y mi madre en una calle de París en la década de 1950; una foto que mi madre también tiene en su álbum).

Abrí los correos electrónicos de Sandra con agitación. Las fotografías podían ayudar a explicar el silencio que pesaba sobre aquel período. Eran fotos en blanco y negro, ocho de ellas, que habían sobrevivido intactas al paso del tiempo. Yo no había visto nunca ninguna de aquellas fotografías de Rita, las que me enviaba Sandra. Cada una de ellas me resultó inesperada.

La primera era un retrato de estudio de Rita, ligeramente desenfocada. Sonreía, con una expresión glamourosa que yo no le había visto nunca. Estaba hermosa, y llevaba el rostro cuidadosamente maquillado, con un marcado y llamativo lápiz de labios.

La siguiente fotografía me proporcionó una sorpresa aún mayor. Tomada en una fecha desconocida, era una imagen de Rita con la madre de Leon, Malke, que debía de ser una de las últimas fotos de mi bisabuela. Me pareció familiar. Malke tenía un aspecto elegante, con sus largos párpados inclinados, sesgados como los de Leon. Llevaba una camisa oscura con botones sencillos y el cabello plateado cepillado hacia atrás. La expresión de su rostro mostraba una dignidad y una calma algo marchitas; ignoraba aún lo que estaba por llegar.

Pero había algo extraño en aquella foto que yo solo reconocía a medias. Entonces comprendí que ya la había visto, pero solo la mitad, la parte en la que aparecía Malke. Mi madre tiene una copia de esa mitad, cortada por en medio, de modo que la otra parte, en la que aparece Rita sonriente, había sido arrancada. Solo ahora, en aquella versión completa, pude ver que en la foto original Malke no estaba sola, que Rita estaba con ella.

La siguiente fotografía, la tercera, mostraba a Rita repantigada en una tumbona en un jardín, en primavera, o quizá en verano. En la cuarta aparecía de pie con un jersey de rayas y zapatos de vestir, sola en un jardín. Puede que fuera el mismo jardín.



Rita y Malke, Viena, c. 1938
© *Profesor Philippe Sands QC*

Las últimas fotografías vinieron en un grupo de cuatro. Daba la impresión de que se habían tomado el mismo día, de nuevo en un tranquilo jardín. Las hojas de los árboles y arbustos rebosaban de vida, joven y vibrante. Puede que fuera primavera. La gente parecía pacífica y relajada. En una, Rita estaba sentada sola en un banco, y tras ella se veía a Emil Lindenfeld y otras tres mujeres tendidos en la hierba. Sonreían y reían a carcajadas en animada

conversación. Todos miraban a la cámara y al desconocido fotógrafo, con aire despreocupado.

En la siguiente fotografía aparecía Rita en el mismo banco, con un sombrero. Una tercera mostraba a una mujer desconocida, de nuevo en aquel banco, junto a un hombre con sombrero y *Lederhosen* (pantalones de cuero), que además llevaba los *Weißstrümpfe* (calcetines blancos) que, según pude descubrir más tarde, representaban una muestra de simpatía hacia los nazis. Aquí el contexto lo era todo, y aquel hecho daba a los calcetines un sentido siniestro.

La última imagen mostraba a Rita de pie entre dos hombres. No reconocí al de su derecha, pero el de la izquierda era Emil, con *Lederhosen* y calcetines blancos; tenía su brazo entrelazado con el de Rita. Ella sonreía, elegante y tranquila, más hermosa de lo que yo la había visto nunca (más tarde le enseñé la foto a mi tía, que tuvo la misma reacción: «Nunca la había visto así, jamás»). Emil, con las manos metidas en los bolsillos, tenía cierto aire malicioso, la cabeza inclinada hacia atrás, y una leve sonrisa como si le hubieran pillado desprevenido.

Rita llevaba un vestido floreado de color oscuro. Mirando con atención, aunque la imagen no era demasiado nítida, pude ver que llevaba un anillo de boda en la mano derecha, presumiblemente el mismo que llevo yo en la actualidad.

¿Cuándo se habían hecho aquellas fotos? Quizá fueran imágenes inocentes tomadas antes de 1937, antes de que Rita y Leon se casaran. O quizá fueran posteriores a enero de 1939, cuando Leon se fue de Viena a París. Yo había imaginado a menudo aquel período, con Rita sola en Viena, sin su hija y su marido, cuidando de su madre. Aquella, nos dijeron, fue la razón de que se quedara, viviendo una época de oscuridad, de abrumadora tristeza. Pero las fotografías transmitían una serenidad que no concordaba con los tiempos, mientras la guerra hacía estragos y los judíos de Viena estaban contra las cuerdas, recluidos en guetos o camino del exterminio.

¿Aquellas cuatro fotografías llevaban alguna fecha? Sandra me dijo que estaban pegadas en las páginas del álbum. Podía intentar despegarlas, pero le preocupaba la posibilidad de dañarlas. Venga a verme, me dijo, la próxima vez que esté en Nueva York.

«Podemos intentar despegarlas entre los dos.»



*Rita y Emil (derecha), con un hombre desconocido, Viena
© Profesor Philippe Sands QC*

Varias semanas después cogí un tren en la estación Pensilvania de Manhattan con destino a Massapequa, en la costa de Long Island, para pasar el día con Sandra Seiler, la nieta de Emil Lindenefeld.

Era un viaje de menos de una hora en el ferrocarril de Long Island. Sandra me aguardaba en la estación de tren, sentada en su coche; tenía el cabello rubio y llevaba unas gafas de sol negras. Me invitó a comer a la orilla del mar, en una marisquería. Después nos dirigimos a su casa, donde conocí a su marido y a una de sus hijas. Allí estaban los álbumes de fotos de Emil, listos para que los examináramos. Sacó el volumen que contenía las imágenes de Rita. Queríamos fechas.

Las fotografías eran pequeñas y estaban fuertemente adheridas a las

oscuras páginas del álbum, tal como me había dicho Sandra, tan firmemente como el día en que se pegaron. Las despegamos con el mayor cuidado posible, ya que no queríamos estropearlas. Yo esperaba que las fotos se hubieran tomado a mediados de la década de 1930, antes de que Rita y Leon se casaran. Esto sería lo más sencillo.

Las cuatro primeras fotografías –incluida la de Malke junto a Rita– se despegaron de las páginas sin revelar fecha alguna. Luego vino el segundo grupo, «el cuarteto del jardín», como las llamaba Sandra. Con más cuidado aún, para no dañar el dorso, despegué las cuatro fotos de su página.

Cada una de ellas llevaba al dorso el sello de un estudio, Foto-Kutschera, en el distrito 4 de Viena. Aparte de eso, solo había un trazo a lápiz apenas perceptible en la esquina superior derecha; un número de cuatro cifras: 1941.

En cuestión de semanas encontré la dirección donde vivió Emil Lindenfeld en 1941, un próspero barrio en el centro de Viena, fuera del área judía; una ubicación donde posiblemente Emil no vivió como judío. Era el número 4 de Brahmsplatz, un magnífico edificio construido a finales del siglo XIX, situado unas casas más abajo del hogar que antaño fuera propiedad de los Wittgenstein.

Fui a ver el lugar. Junto al número 4 había un gran jardín, un banco, hierba..., como en la escena de las cuatro fotografías. ¿Podría ser aquel el jardín donde Rita y Emil se fotografiaron en 1941? Recordé cuán relajados se los veía, con un aire de intimidad que trascendía la foto.

Emil Lindenfeld y Rita estuvieron juntos en 1941, tal vez en aquel mismo jardín. No se indicaba el mes, pero Rita se fue en octubre, y las fotografías del jardín parecían haber sido tomadas en primavera. Me decidí por abril de 1941. ¿Se quedó Rita en Viena para estar con Emil? Era imposible saberlo, y tal vez no importara. En noviembre ella ya no estaba en Viena.

Leon se había marchado precipitadamente en enero de 1939, solo. Al cabo de unos meses envió a buscar a su hija, beneficiándose de la ayuda de la señorita Tilney. Rita se quedó en Viena. Yo ignoraba por qué Leon se había marchado sin su hija y por qué había enviado a buscarla más tarde. Pero las nuevas fotos sugerían que la partida de Leon tenía algo que ver con Emil Lindenfeld.

VI. Frank

La comunidad tiene prioridad sobre las atomizadoras tendencias individualistas y liberalistas del egoísmo del individuo.¹

HANS FRANK, 1935



© *Niklas Frank*

En mayo de 1945, unos días después de que Hitler se suicidara, mientras Lauterpacht colaboraba con abogados ingleses en la investigación de delitos y Lemkin presionaba para formar parte del equipo de fiscales de Robert Jackson, el gobernador general Hans Frank aguardaba la llegada de los estadounidenses. Y lo hacía en el salón de su cancillería, localizada ahora en el viejo Café Bergfrieden, en la pequeña población bávara de Neuhaus am Schliersee.² El personal que le acompañaba se reducía a solo tres individuos, incluido Herr Schamper, el chófer. Tras un brutal reinado en la Polonia ocupada, Frank había vuelto a las inmediaciones del hogar familiar, a unos cincuenta kilómetros al sur de Múnich.

Mientras Frank aguardaba, los aliados preparaban el procesamiento de los principales líderes nazis, incluido el propio Frank. Este había sido abogado de Hitler y uno de los más destacados juristas del nacionalsocialismo, que actuó contra los derechos de individuos y grupos motivado por una ideología que anteponía el amor al Führer y el concepto de comunidad nacional a todo lo demás. Durante cinco años fue el rey de la Polonia ocupada, con esposa y amante, cinco hijos, treinta y ocho volúmenes de detallados diarios y una colección de cuadros entre los que se incluía un famoso retrato de Leonardo da Vinci. Incluso se había llevado *La dama del armiño* a Schliersee, y esta descansaba ahora en el *Andachtsraum*, una falsa capilla.

El viernes 4 de mayo, un jeep militar estadounidense detuvo su marcha. El teniente Walter Stein se bajó de un salto, se dirigió al edificio, entró por la puerta principal y preguntó: «¿Quién de ustedes es Hans Frank?»

Frank nació el 23 de mayo de 1900 en Karlsruhe, cerca de la Selva Negra, de padre protestante y madre católica. Como Lauterpacht y Lemkin, fue el segundo de tres hijos. La familia pronto se trasladó a Múnich, donde Frank

asistió a la escuela. En junio de 1916 su hermano mayor, Karl, murió de una enfermedad inesperada. Cuando sus padres se separaron pasó un año en Praga con su madre, pero vivió mayoritariamente en Múnich con su padre, que trabajó como abogado antes de ser inhabilitado por estafar a sus clientes.³

Al terminar la Primera Guerra Mundial, Frank fue reclutado en la Wehrmacht, y luego estuvo relacionado con una milicia derechista privada. Se unió a una organización de conservadores anticomunistas y antisemitas, la Sociedad Thule, lo que le permitió asistir a reuniones en las que se daba rienda suelta a una ferviente aversión hacia el Tratado de Versalles. En enero de 1920, en la Mathäser-Bräu de Múnich, Frank vio hablar a Adolf Hitler en calidad de miembro destacado del Partido Obrero Alemán (Deutsche Arbeiterpartei, o DAP), uno de los precursores del NSDAP, el Partido Nazi (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, o Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). El mes siguiente asistió a una reunión con Hitler en la Hofbräuhaus y estuvo presente en la proclamación de un programa político del NSDAP, al que a la larga se incorporaría.

En 1923, como estudiante, se unió a las Sturmabteilung, las Tropas de Asalto, más conocidas como SA. Aquel mismo año respaldó con entusiasmo el *putsch* de Hitler, un intento de derrocar al gobierno de Weimar, uniéndose a una marcha hasta el centro de Múnich, donde montó un puesto de ametralladoras en el lado este del Puente del Museo de la ciudad. El fracaso del pronunciamiento y la detención de Hitler despertaron el interés de Frank en la política *völkisch*. Temiendo problemas legales, huyó a Italia. Dos años después, en 1925, se encontró con Hitler en una calle de Múnich, en lo que sería un presagio de sus futuras perspectivas.⁴

Tras completar sus estudios jurídicos en la Universidad de Kiel y graduarse en 1924, trabajó como abogado en la práctica privada y dio clase en la facultad de derecho de la Universidad Técnica de Múnich. Concienzudo y oportunista, antes que intelectual, brillante o ambicioso, en octubre de 1927 experimentó un repentino cambio de trayectoria cuando vio un anuncio en el periódico *Völkischer Beobachter* en el que se buscaba a un abogado para representar a acusados nazis en un juicio que iba a celebrarse en Berlín. Frank solicitó el puesto, fue contratado, y acabó entrando en un mundo de procesos políticos de alto nivel.

Se convirtió en una de las lumbreras jurídicas de los nazis, y defendió al

partido en docenas de juicios. Uno de los más notorios fue un juicio por traición celebrado en Leipzig en septiembre de 1930, en el que estaban involucrados tres oficiales militares acusados de crear una célula nazi en la Reichswehr. Frank, que defendió a los tres, llamó a Hitler como testigo. Con ayuda de Frank, Hitler utilizó la sala de justicia para atraer la atención de los medios de comunicación afirmando que él solo aspiraría al poder político por medios legales, lo que en la práctica equivalía a un compromiso público con el que se daría en llamar «juramento de legalidad» (*Legalitätseid*). Aquella publicidad cimentó la relación entre los dos hombres, si bien Hitler nunca tendría demasiado tiempo para abogados o sutilezas legales, aunque fueran tan flexibles como las de Frank.

Con su carrera en auge, Frank fue elegido miembro del Reichstag tras casarse en 1925 con Brigitte Herbst, que era cinco años mayor que él y trabajaba como secretaria en el Parlamento bávaro. Su verdadero amor, no obstante, era Lilly Weidert (después Grau), hija de un banquero muniqués, si bien la relación se vio interrumpida por las presiones de la familia de ella, que juzgaba a Frank inadecuado. Brigitte, que era una mujer de aspecto corriente, pero con una fuerte voluntad, no tardó en darle dos hijos. Luego siguieron tres más, el último de los cuales fue Niklas, nacido en 1939.

Mientras amplios sectores de Alemania mostraban su adhesión a Hitler, Frank aprovechaba al máximo sus conexiones con los líderes del partido, posicionándose como un «teórico» del derecho. En 1931 publicó un largo artículo sobre la «jurisprudencia de la decadencia» judía, un enfoque del derecho, argumentaba, que distanciaba a los alemanes de la necesidad de entender la diferencia entre el bien y el mal. Introducido ahora en los círculos del poder, después de que Hitler fuera nombrado canciller, en abril de 1933 Frank se convirtió en el ministro de Justicia del estado de Baviera.⁵

Cuatro meses después de que Hitler asumiera el poder, la mañana del sábado 13 de mayo, Hans Frank aterrizó en un avión trimotor del gobierno alemán en el aeródromo de Aspern, en la periferia oriental de Viena, no lejos de la licorería de Leon en Leopoldstadt.⁶ Según informó un periódico, tras abrirse la puerta del avión siete ministros alemanes pusieron el pie en suelo

austriaco, encabezados por un radiante Frank, en la que constituía la primera visita de representantes del nuevo gobierno nazi de Alemania. El Reichstag había sido destruido recientemente por el fuego, se habían celebrado elecciones federales (en las que los nazis obtuvieron la mayor proporción de votos), y se había adoptado nueva legislación que permitía al nuevo gobierno de Hitler aprobar leyes que se apartaban de la Constitución. Muchos en Austria contemplaban estas medidas con inquietud, incluido el diminuto canciller Engelbert Dollfuss.

Se sabía que Frank tenía una estrecha relación con el Führer debido a sus servicios como abogado. Las numerosas comparecencias judiciales de Hitler antes de 1933 se habían difundido ampliamente, y en los medios se había publicado al menos una foto en la que aparecía Hitler en las escaleras del palacio de justicia, con Frank a su lado vestido con la preceptiva toga.



Hitler con Hans Frank delante de un tribunal alemán, 1928

© Niklas Frank

Aquellas imágenes ayudaron a Frank. Sus años de leales servicios a los nacionalsocialistas lo convirtieron en una figura familiar, a la vez que temida. En cuestión de semanas tras haber sido nombrado ministro de Justicia, firmó una serie de medidas destinadas a «purificar» el sistema judicial de Baviera. Estas iban específicamente orientadas a los judíos, a quienes se prohibía la entrada en los tribunales, además de destituir a todos los jueces y fiscales judíos.⁷ La implicación directa de Frank en tales medidas, junto con su conexión con Hitler, hizo que la visita a Austria resultara poco grata y contara con la oposición del canciller Dollfuss por considerarla un acto hostil. Frank tampoco ayudó mucho con el discurso que había dado poco antes de la visita, en el que amenazó con una intervención violenta si Austria no se alineaba con la nueva dirección de Alemania.⁸

Dos mil simpatizantes recibieron a Frank en el aeródromo de Viena, cantando «Deutschland über Alles» y el «Horst Wessel Lied», el himno nazi. El séquito de Frank fue conducido a la Casa Parda (Braunes Haus) de Viena a través de calles flanqueadas por ciudadanos que lanzaban vítores o silbidos dependiendo de su afiliación política. Muchos de los partidarios de Frank llevaban calcetines blancos, símbolo de apoyo a la causa nazi. Por la tarde, Frank se dirigió a una gran multitud de partidarios para conmemorar el 250.º aniversario de la liberación de Viena de los turcos (una victoria debida a Juan III Sobieski, rey de Polonia, y celebrada con la construcción del castillo de Żółkiew, en una de cuyas paredes yo había encontrado las fotografías allí colocadas por una valerosa conservadora ucraniana). Frank transmitió un saludo personal de Hitler. El Führer pronto estaría con ellos «para visitar la tumba de sus padres».⁹

Más tarde, Frank se reunió en privado con varios periodistas. El corresponsal del *New York Times* destacaría el estilo del ministro bávaro, que se había dirigido a aquel grupo de veinte personas «como si hubieran sido veinte mil».¹⁰ Levantaba constantemente la voz, proclamando a gritos sus objeciones frente a cualesquiera opiniones negativas expresadas hacia él o hacia Hitler. «Es solo una cuestión de *qué* medidas se tomarán», amenazó, si Austria no se alineaba con Alemania.

Desde Viena, Frank se dirigió a Graz, donde declaró ante una gran multitud que un insulto a él era un insulto a Hitler, y luego a Salzburgo. La visita causó una auténtica conmoción en Austria, donde el gobierno Dollfuss manifestó que Frank no era bienvenido. La noticia del viaje tuvo una amplia

difusión en todo el mundo, y es probable que llegara a oídos de Lauterpacht en Londres y de Lemkin en Varsovia. También debió de llegar a los ciudadanos bien informados de Lemberg y Żółkiew, muchos de los cuales seguían los acontecimientos de Austria.

Una semana después de la partida de Frank, el canciller Dollfuss pronunció un discurso para tranquilizar a sus ciudadanos, unas palabras que se retransmitieron, traducidas, en Estados Unidos.¹¹ Austria no emularía al gobierno alemán tomando medidas contra los judíos; aquel era un país inspirado en concepciones modernas según las cuales «todos los ciudadanos tienen los mismos derechos». Estaba haciendo referencia a la Constitución austriaca redactada por Hans Kelsen, profesor de Lauterpacht, que garantizaba derechos individuales para todo el mundo.

La visita de Frank dejó impronta, dando aliento a muchos que en Austria se sentían predispuestos en favor de los planteamientos nazis. Un año después Dollfuss había muerto, asesinado por un grupo de simpatizantes nazis liderados por Otto von Wächter, un hombre de treinta y tres años que había sido compañero de clase de Lauterpacht en la Universidad de Viena y que luego huyó a Alemania.¹²

90

El de 1935 fue un buen año para Frank. Compró una amplia casa de campo en Baviera (la Schoberhof, cerca de Schliersee), que ochenta años después tuvo ocasión de visitar, poco antes de que fuera derribada, con el blasón y las iniciales de Frank todavía visibles en su despacho bajo las vigas. Ayudó en la elaboración de las denominadas Leyes de Núremberg, una serie de leyes antisemitas que despojaban a los judíos de sus derechos de ciudadanía y prohibían las relaciones sexuales extramaritales entre alemanes y judíos. En agosto presidió una reunión conjunta de la Akademie für Deutsches Recht (la Academia de Derecho Alemán, que él mismo había fundado un par de años antes) y el XI Congreso Penal y Penitenciario Internacional, celebrada en la Ópera Kroll (que hacía las funciones de sede del Reichstag tras el incendio de este).¹³

Frank había fundado la academia con el propósito de ofrecer una visión intelectual e ideológica destinada a los abogados alemanes. Como presidente,

pronunció el discurso de apertura del congreso, eligiendo como tema la «política penal internacional», lo que le daba la oportunidad de exponer algunas ideas sobre la futura dirección del derecho penal. Allí dio la réplica a Lemkin y quienes, como él, presionaban para que se elaborara una nueva lista de delitos internacionales y un tribunal penal internacional. Frank, que era un magnífico orador, cautivó a la multitud, a pesar de que (al igual que el Führer) hablaba en un tono curiosamente agudo, producto del entusiasmo, la intensidad y el poder.

El discurso de Frank se centró en cuestiones de profundo interés para Lauterpacht y Lemkin, aunque ninguno de los dos figuraba entre el público. Sí estuvo presente Vespasian Pella, el profesor rumano que escribió sobre la barbarie y el vandalismo. En cambio, no asistió el juez Emil Rappaport, mentor de Lemkin y miembro del comité organizador del congreso.¹⁴ Frank expresó sus firmes objeciones a la idea de una justicia universal, a la que se oponía alegando que, lejos de fortalecerlo, destruiría el derecho penal internacional. Ninguna ley u organización internacional resolvería las diferencias entre el bolchevismo y el nacionalsocialismo, y no habría políticas comunes para los Estados que no compartieran «los mismos principios morales». También atacó las ideas del profesor Henri Donnedieu de Vabres, otro de los colegas de Lemkin, mencionando su nombre a pesar de que este no había hecho acto de presencia. Unas semanas antes, Frank le había invitado a dar un discurso en la academia sobre el tema de los delitos internacionales y la «guerra agresiva».¹⁵

Frank descartó las ideas de Donnedieu porque requerirían la creación de un superestado. ¿Y la propuesta del francés en favor de «un tribunal internacional de justicia penal»? Un mito. ¿El derecho universal? «Un sueño vano.» ¿Ampliar la lista de delitos internacionales? Nunca. En cambio, una idea que sí le gustaba a Frank era la de criminalizar el boicot judío global contra Alemania.

¿Qué era lo que quería Frank? La «no interferencia en los asuntos internos de los Estados extranjeros» era una magnífica idea que él defendía para protegerse frente a cualquier crítica a Alemania. Que hubiera jueces independientes, pues, pero solo hasta cierto punto. Él quería un gobierno fuerte basado en valores que protegieran la visión de la «comunidad nacional», un sistema jurídico que estuviera informado por la «idea de comunidad», que debía prevalecer sobre todo lo demás. En la nueva

Alemania no habría derechos individuales, de modo que anunció una oposición total a las «atomizadoras tendencias individualistas y liberalistas del egoísmo del individuo» («Igualdad completa, sumisión absoluta, absoluta pérdida de individualidad», consignaba en su diario el escritor Friedrich Reck, citando *Los demonios*, de Dostoievski, como un reflejo de la clase de ideas expresadas por Frank).¹⁶

Frank enumeró asimismo todos los avances positivos acaecidos desde 1933, entre ellos el nuevo enfoque de la política penal de Hitler, del que el mundo debería aprender. Entre tales innovaciones se incluían la «profilaxis eugenésica», la «castración de delincuentes morales peligrosos» y la «detención preventiva» de cualquiera que amenazara a la nación o a la «comunidad nacional». Quienes no debían tener hijos serían esterilizados (lo que él describió como un «proceso natural de eliminación»), los indeseables serían deportados, y se adoptarían nuevas leyes raciales para impedir «la mezcla de razas absolutamente incompatibles». Ante aquella audiencia internacional no hizo ninguna mención explícita de judíos ni gitanos, pero los presentes sabían de quién hablaba. También guardó silencio sobre el azote de la homosexualidad, un tema que ya había abordado previamente aquel mismo año el código penal del Reich (que él ayudó a redactar), y que criminalizaba todos los actos homosexuales. La nueva Alemania, declaró, sería «racialmente intacta», lo que le permitiría «deshacerse del delincuente como un cuerpo sano se deshace de los gérmenes de la enfermedad». La metáfora procedía de los textos de Julius Streicher, editor del periódico antisemita *Der Stürmer*, con quien él y Donnedieu habían cenado en febrero.

Es fácil imaginar su voz en su tono más agudo. «El nacionalsocialismo ha abandonado el falso principio de humanidad», proclamó con estridencia, frente a todo comportamiento «humano excesivo». Se estaban preparando castigos adecuados, que se impondrían para expiar las violaciones del deber de lealtad a la comunidad. Los nazis estaban librando una «guerra contra el crimen de una vez por todas».

La reacción de la audiencia fue heterogénea. La mayoría de los cuatrocientos sesenta y tres delegados presentes eran alemanes y respondieron con una gran ovación. Los demás no se mostraron tan comprensivos. Geoffrey Bing, un joven abogado inglés que más tarde se convertiría en diputado laborista (y en el primer fiscal general de la Ghana independiente), escribió un texto en el que expresaba su horror ante la visión

de aquellos funcionarios, criminólogos y reformadores extranjeros aclamando las «monstruosas propuestas» de Frank.¹⁷ Bing hacía una clara advertencia: cuidado con la nueva estirpe de juristas que se estaba apoderando de Alemania, hombres como el doctor Frank, «un fanático exponente del principio de la represalia y la intimidación».

91

Cuatro años después, cuando Alemania invadió Polonia y se repartió el país con la Unión Soviética, se mandó llamar a Frank a Silesia para celebrar una reunión personal con Hitler.¹⁸ Tras la audiencia, Frank fue nombrado gobernador general de la Polonia ocupada por los alemanes, es decir, el representante personal del Führer en el área conocida como Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados, una población de 11,5 millones de personas en un territorio que abarcaba Varsovia en el norte y Cracovia en el oeste. Asumió el cargo el 25 de octubre de 1939: el decreto de Hitler establecía que Frank respondía personalmente ante el Führer –un hecho que más tarde resaltaría Lemkin– y ordenaba que toda la administración estuviera «dirigida por el gobernador general». Ahora Frank estaba personalmente al mando; y su esposa, Brigitte, se convertía en reina.¹⁹

En una primera entrevista, Frank explicó que ahora Polonia era una «colonia», y sus habitantes, «esclavos del Gran Imperio Mundial Alemán» (los juristas de Berlín procuraron asegurarse de que las leyes internacionales que gobernaban los territorios ocupados no se aplicaran aquí: en la práctica el Gobierno General se trató como una parte anexionada del Reich, de modo que en él regía la ley alemana, supuestamente libre de las restricciones del derecho internacional).²⁰ En una singular humillación a Polonia, Frank se instaló, junto con su gobierno, en el castillo de Wawel, en Cracovia, la antigua residencia de los reyes polacos. Más tarde le acompañarían durante un tiempo Brigitte y sus cinco hijos, incluido el menor de todos, Niklas, nacido unos meses antes en Múnich. Otto von Wächter, recién llegado de Viena, fue nombrado gobernador de Cracovia, uno de los cinco cargos de confianza de Frank.

Hans Frank actuó como un soberano, y, de hecho, a los polacos se les decía que se hallaban plenamente sujetos a su poder: aquel no era un «Estado

constitucional» en el que la gente tuviera derechos, y no habría protección alguna para los grupos minoritarios. Varsovia resultó muy dañada en el breve conflicto, pero Frank decidió no reconstruirla. En lugar de ello firmó una serie de decretos, muchos de los cuales terminarían en el equipaje que Lemkin acarreó por todo el mundo. El mandamiento de Frank abarcaba un extenso territorio y numerosas materias, que iban desde la fauna (protegida) hasta los judíos (no protegidos). A partir del primero de diciembre se ordenó que todos los judíos de más de doce años llevaran en la manga derecha una tira blanca de al menos diez centímetros de ancho, con una estrella de David azul, tanto en la ropa de casa como de calle.²¹



© International Mapping, Ellicott City, Maryland

Para ahorrar fondos públicos, se obligó a los judíos a fabricarse sus propios brazaletes.

Desde el comienzo de su reinado, Frank empezó a llevar un diario

(*Diensttagebuch*) donde consignaba sus actividades y sus logros.²² Para cuando dejó Cracovia había al menos treinta y ocho volúmenes incriminatorios que se habían conservado, once mil páginas tamaño folio de entradas diarias mecanografiadas por dos secretarios.²³ Las entradas más antiguas reflejaban el sentimiento de permanencia que caracterizaba a todas las acciones del régimen, señalando que el territorio sería un lugar donde poner en práctica el deseo de Himmler de que «todos los judíos fueran evacuados de los territorios recién obtenidos del Reich».²⁴ Los polacos serían tratados con brutalidad: preocupado por la posibilidad de que quisieran celebrar la independencia del país, el 11 de noviembre Frank aprobó un decreto que prohibía la exhibición de cualquier cartel conmemorativo, con pena de muerte para cualquier infractor.²⁵ Frank asumió un control total sobre la vida y la muerte, y trató de ejercerlo poniendo en práctica ideas expresadas en el congreso de Berlín de 1935: en su Gobierno General, la «comunidad del pueblo» sería el único estándar jurídico, de modo que los individuos se someterían a la voluntad del soberano, el Führer.

En octubre de 1940, Hans Frank viajó a Berlín para cenar con Hitler en su apartamento privado y hablar del futuro de su territorio. Los demás invitados fueron Baldur von Schirach, el nuevo gobernador del Reich en Viena, y Martin Bormann, el secretario personal de Hitler. Frank dio su personal visión de los progresos del Gobierno General. La nota que escribió Bormann sobre la reunión daba constancia de los primeros éxitos: «El ministro del Reich doctor Frank informó al Führer de que las actividades del Gobierno General podían considerarse un gran éxito. Los judíos de Varsovia y otras ciudades estaban ahora encerrados en los guetos, y Cracovia quedaría muy pronto limpia de ellos.»²⁶

Los esfuerzos de Frank fueron muy celebrados. ¿Y qué pasaba con los judíos que –como Rita y Malke– permanecían en Alemania o Austria? Los cuatro hombres hablaron del papel de Frank y de su gobierno, en particular de la bien recibida oferta de ayuda para las «deportaciones» de aquellos judíos al este. Al principio Frank planteó ciertas objeciones, pero no tardó en capitular:

El *Reichsleiter* Von Schirach, que había tomado asiento al otro lado del Führer, comentó que todavía tenía a más de cincuenta mil judíos en Viena de los que tendría que encargarse el doctor Frank. El miembro del partido doctor Frank respondió que eso era imposible. Entonces el *Gauleiter* Koch señaló que hasta ese momento tampoco él había transferido ni a los polacos ni a los judíos del distrito de Ziechenau, pero que ahora, obviamente, esos judíos y polacos tendrían que ser aceptados por el Gobierno General.

Así, Frank fue desautorizado, y se tomó la decisión de transferir a los judíos vieneses a su territorio. El gobernador general volvió a Cracovia sabiendo que su población estaba a punto de incrementarse con una importante afluencia de nuevos habitantes. Haría lo que se le había dicho.

93

El territorio de Frank no tardó en expandirse. Tras el ataque de Hitler a los soviéticos en junio de 1941 con la Operación Barbarroja, el ejército alemán invadió el territorio polaco controlado por la Unión Soviética (y la antigua provincia austrohúngara de Galitzia), que el primero de agosto pasó a incorporarse al Gobierno General. Frank tomó el control de Lemberg, que se convirtió en la capital del Distrikt Galizien, con su propio gobernador, Karl Lasch.²⁷ Hans Frank había utilizado su poder para evitar la detención de unos cuantos intelectuales en Cracovia; pero no hizo lo mismo en Lemberg con el que fuera profesor de Lauterpacht y de Lemkin, Roman Longchamps de Berier. Para él no habría clemencia.

La expansión trajo consigo nuevos retos. El rápido éxito de la Wehrmacht, que avanzaba hacia el este por tierras con una abundante población judía, dio a Frank el control de más de 2,5 millones de judíos en todo el territorio del Gobierno General. La cifra era aún mayor –3,5 millones– si se incluían las «mezclas» judías. Frank planificaba el futuro de esta población con Himmler, y aunque los dos hombres no siempre estaban de acuerdo en todo, el gobernador general, que estaba ansioso por complacer, optó en última instancia por no causar problemas. Himmler decidía, y Frank obedecía.

En diciembre, en una reunión ministerial en el castillo de Wawel, Frank informó acerca de una conferencia sobre el futuro de los judíos que había de celebrarse en Berlín. Celebrada en el distrito de Wannsee, bajo la dirección del *Obergruppenführer* de las SS Reinhard Heydrich, la conferencia marcaría

el punto de partida de una «gran migración judía».²⁸ Frank informó al gabinete de que el secretario de Estado, doctor Josef Bühler, asistiría en representación suya, advirtiéndole a sus colegas de que eliminaran «cualquier sentimiento de piedad» y despejaran cualquier duda en torno al significado del término «migración». «Debemos aniquilar a los judíos allí donde los encontremos y donde sea posible», explicó, a fin de mantener la estructura del Reich. Leyendo esta entrada de su diario, tan fielmente transcrita, me pregunté si sus ministros cuestionaron alguna vez la prudencia de consignar tales declaraciones por escrito.

La Conferencia de Wannsee se celebró en enero de 1942, mientras Lauterpacht cenaba con Robert Jackson en el Waldorf Astoria de Nueva York y Lemkin escudriñaba los decretos de Frank en un pequeño despacho universitario en Durham, Carolina del Norte.²⁹ Las actas de la conferencia, que corrieron a cargo de Adolf Eichmann, registraban un acuerdo «para purgar el espacio vital alemán de judíos por medios legales», una técnica que recibía la denominación de «emigración forzada».³⁰ Se elaboró una lista de judíos, once millones en total, el 20 % de los cuales se hallaban bajo el control de Frank. «Se peinará toda Europa de Oeste a Este», le dijo Bühler a Frank a su regreso de Berlín. Los «judíos evacuados» de Austria –solo quedaban ya cuarenta y tres mil setecientos– serían trasladados a «guetos de tránsito», y luego transportados al este, al territorio del Gobierno General de Frank. Los judíos de mayor edad que vivían en Austria o Alemania serían enviados primero a un gueto para ancianos en Theresienstadt. Mis bisabuelas Malke Buchholz y Rosa Landes se contarían entre ellos.

Ansioso por desempeñar un papel útil, Frank le transmitió su entusiasmo a Bühler, que expresó el apoyo de su jefe a Heydrich y al resto de los presentes en Wannsee. El Gobierno General estaría absolutamente encantado, declaró Bühler en la conferencia, «de que la solución final a esta cuestión se iniciara en el *Generalgouvernement*». El territorio ofrecía numerosas ventajas, con un buen transporte y abundante mano de obra, de modo que el traslado de los judíos podía iniciarse «rápidamente». Los organismos administrativos del Gobierno General proporcionarían toda la ayuda necesaria, añadió Bühler, que terminó su presentación en Wannsee con una petición.

En una traducción aproximada, las actas de Eichmann consignaban así la inequívoca oferta: por favor, permitan que la cuestión judía se resuelva lo más rápidamente posible, y permítannos tener el honor de empezar.

Bühler volvió a Cracovia e informó a Frank de que la oferta de ayuda total del Gobierno General había sido aceptada con entusiasta gratitud. Esto coincidió con la llegada a Cracovia del periodista italiano Curzio Malaparte, enviado por el periódico *Corriere della Sera* para entrevistar a Frank. El gobernador general, que sentía debilidad por Italia y por Mussolini (que era amigo personal suyo), estuvo encantado de recibir a Malaparte en Wawel, ofreciéndole una cena privada a la que fueron invitados varios altos funcionarios con sus esposas. Entre los invitados figuraban Otto von Wächter, el gobernador de Cracovia, y Josef Bühler, que acababa de regresar de la Conferencia de Wannsee.

Malaparte se sintió impresionado por los detalles, los ceñidos uniformes grises, los brazaletes rojos y las esvásticas. Frank, que como buen anfitrión les obsequió con magníficos vinos, se sentó en la cabecera de la mesa, en una silla alta de respaldo recto, cerca de Bühler. Malaparte se fijó en el cabello negro y brillante de Frank, en su ancha frente blanca como el marfil y sus ojos saltones con párpados gruesos y pesados, así como en las mejillas sonrosadas de Bühler, el sudor de sus sienes y sus pupilas que refulgían de deferencia hacia Frank. Cada vez que este último hacía una pregunta, Bühler era el primero en responder, en voz alta y tono servil: «Ja, ja!»³¹



*Frank (centro) organiza una cena en el castillo de Wawel, sin fecha
© Niklas Frank*

¿Sabía Malaparte que Bühler acababa de regresar de Berlín, de la Conferencia de Wannsee? ¿Habló Bühler de Heydrich, de las medidas acordadas, de la «solución total de la cuestión judía en Europa»? El caso es que el italiano no informó de tales asuntos en el artículo que envió al *Corriere della Sera*, que se publicó el 22 de marzo de 1942.³² Apenas mencionaba nada sobre los judíos –salvo una referencia de pasada a la confiscación de propiedades, cosa que trajo problemas–, pero en cambio rebosaba de adulación a Frank: «Es un hombre de gran estatura, fuerte, ágil», escribía el italiano, «de labios finos, nariz delgada y aquilina, ojos grandes, frente amplia, iluminada por una prematura calvicie.»

Frank, que hablaba el italiano con fluidez, debió de sentirse encantado con aquella descripción suya, en la que se le calificaba de líder «sentado en el trono de los Jagellones y los Sobieski», de modo que se estaba produciendo un renacimiento de la gran tradición polaca de la realeza y la caballería.

«Mi única ambición», se afirmaba que había dicho Frank, «es elevar al pueblo polaco al honor de civilización europea.»³³ Después de la cena se retiraron al apartamento privado de Frank. Repantigados en mullidos sofás vieneses y grandes sillones tapizados de suave piel, los hombres estuvieron hablando, fumando y bebiendo. Dos ayudas de cámara vestidos con librea azul iban y venían por la sala, ofreciendo café, licores y dulces. La opulencia

era notable: mesas venecianas lacadas de color verde y dorado rebosantes de botellas de añejo coñac francés, cajas de puros habanos, bandejas de plata llenas de fruta escarchada y los famosos bombones Wedel.

Frank invitó a Malaparte a su estudio privado, que disponía de una rara doble galería: una parte daba al exterior, desde donde se dominaba la ciudad, y la otra al interior, de cara al patio escalonado renacentista del castillo. En el centro del estudio había una enorme mesa de caoba, desnuda y reluciente a la luz de las velas, desaparecida desde hacía ya tiempo cuando tuve ocasión de visitar la habitación siete décadas después.

«Aquí pienso en el futuro de Polonia», le dijo Frank a Malaparte.

Los dos hombres salieron a la galería exterior para admirar la ciudad que se extendía a sus pies.

«Ese es el burgo alemán», explicó Frank, apuntando con el brazo alzado hacia una mancha en la colina de Wawel netamente recortada en el cegador reflejo de la nieve. Malaparte tomó nota del ladrido de los perros y de los soldados que custodiaban al mariscal Piłsudski en su tumba, muy por debajo del castillo.

Aquella noche hacía un frío glacial, hasta el punto de que a Malaparte le lloraban los ojos. Volvieron al estudio, donde se unió a ellos Frau Brigitte Frank. Se acercó al italiano y le puso la mano en el brazo con delicadeza. «Venga conmigo», le dijo. «Quiero revelarles su secreto.» Atravesaron una puerta situada en un extremo del estudio y entraron en una pequeña habitación con las paredes desnudas y enjalbegadas. Era el propio «Nido del Águila» de Frank, anunció Brigitte, un lugar donde reflexionar y tomar decisiones, completamente vacío salvo por la presencia de un piano Pleyel y una banqueta de madera.

Frau Frank abrió el piano y acarició el teclado. Malaparte se fijó en los gruesos dedos que tanto detestaba su marido.

«Antes de tomar una decisión crucial, o cuando está muy cansado o deprimido, a veces incluso en medio de una reunión importante», le explicó al italiano, «se encierra en esta celda, se sienta ante el piano y busca reposo o inspiración en Schumann, Brahms, Chopin o Beethoven.»

Malaparte permaneció en silencio.

«Es un hombre extraordinario, ¿verdad?», susurró Frau Frank, mientras una mirada de orgullo y afecto cruzaba su rostro severo, glotón y devoto. «Es

un artista, un gran artista, con un alma pura y delicada», añadió. «Solo un artista como él puede gobernar Polonia.»

Aquella tarde en Cracovia Frank no tocó el piano. Pero unos días después Malaparte tuvo la oportunidad de oírle tocar en Varsovia, cuando el gobernador general viajó a la ciudad a fin de reunirse con Himmler para hablar de los reveses sufridos en el frente ruso y de diversos cambios de personal en su territorio. Himmler y Frank acordaron que Otto von Wächter, el gobernador de Cracovia, se trasladara a Lemberg, unos trescientos kilómetros al sur, para convertirse en gobernador del Distrikt Galizien. Sustituiría a Karl Lasch, acusado de corrupción, del que se rumoreaba que tenía una aventura con Frau Frank y, según decían algunos, era el padre del pequeño Niklas Frank.

95

En nuestro primer encuentro, Niklas Frank y yo nos sentamos en la terraza del Hotel Jacob, en las afueras de Hamburgo, desde donde se dominaba el río Elba. Era a comienzos de la primavera, y tras un día plagado de vistas judiciales –Hamburgo es la sede del Tribunal Internacional del Derecho del Mar–, nos hallábamos a la sombra de un árbol de olor fragante con una botella de Riesling y un generoso plato de quesos alemanes.

Niklas era un hombre de setenta y tres años, barbudo y de rostro vulnerable, reconocible por las fotografías de su niñez. Tenía un aire académico, amable, apacible pero a la vez acerado, con su propio temperamento y su propia agenda. Solo tenía tres años cuando Malaparte visitó el castillo de Wawel en la primavera de 1942, de modo que no recordaba al italiano, aunque sí sabía lo que este había escrito de su padre. Yo conocía ese hecho gracias al libro que escribió el propio Niklas en la década de 1980, y que fue el catalizador de nuestra reunión. Después de trabajar durante muchos años como periodista para la revista *Stern*, en 1987 publicó *Der Vater* («El padre»), un implacable y despiadado ataque a su propio padre, una obra que rompía el tabú que parecía obligar a los hijos de altos cargos nazis a honrar a sus padres (y a no hablar más de la cuenta). Había una versión abreviada del libro publicada en inglés con el título de *In the Shadow of the Reich* («A la sombra del Reich»), aunque Niklas me diría más tarde

que estaba descontento con la traducción y que se habían omitido algunas secciones. Yo había encontrado un ejemplar del libro en Internet –diez peniques más gastos de envío–, que leí en un fin de semana. Más tarde localicé al traductor –Arthur Wensinger, profesor emérito de Lengua y Literatura Alemana en la Universidad Wesleyana–, que fue precisamente quien me presentó a Niklas. En otra curiosa coincidencia, resultó que el traductor de Niklas Frank había pasado los años de la guerra en la Academia Phillips de Andover, donde había sido compañero de clase de Eli Lauterpacht.



Niklas Frank con sus padres, Wawel, 1941

© Niklas Frank

Así fue como Niklas y yo nos encontramos unas semanas después en Hamburgo. Me cayó bien desde el principio; era un hombre generoso, con un gran sentido del humor y una lengua mordaz. Me habló de su infancia en Cracovia y Varsovia, de la vida en el castillo de Wawel, de los retos que planteaba haber tenido un padre como Hans Frank. Cuando a comienzos de la década de 1990 viajó a Varsovia como periodista para entrevistar a Lech Wałęsa, recién elegido presidente de Polonia, los dos hombres se reunieron

en el Palacio Belvedere, en la misma sala donde Malaparte había visto tocar el piano a Hans Frank.

«Recuerdo que yo corría alrededor de la mesa, mientras mi padre permanecía en el lado opuesto. Mi único deseo era que me abrazara. Yo lloraba, porque él no paraba de llamarme *fremdi* [extraño], como si yo no fuera un miembro de la familia. “Tú no perteneces a esta familia”, me decía mi padre, y yo lloraba.» Imagino que debí de parecer desconcertado, ya que Niklas me ofreció una explicación.

«Solo más tarde descubrí que mi padre creía que yo no era hijo suyo, sino de su mejor amigo, Karl Lasch, el gobernador de Galitzia; durante un breve tiempo fue amante de mi madre.» Niklas se enteró de lo ocurrido con el tiempo gracias a las cartas y diarios de su madre. «Era una auténtica escritora», me explicó, «siempre anotando las conversaciones, incluso la que mantuvo con mi padre cuando Lasch murió de un tiro» (tras ser acusado de corrupción, en la primavera de 1942 Lasch fue destituido de su puesto como gobernador de Galitzia, donde le reemplazaría Otto von Wächter, y luego fue ejecutado o bien se suicidó).³⁴

En realidad, las cartas de Brigitte Frank dejaban claro que Frank era el padre de Niklas. Años después se confirmó la verdad cuando Niklas fue a ver a Helene Winter (de soltera Krafczyk), que había sido la secretaria personal de Frank en los años de Wawel. «Cuando me acercaba a su casa advertí un levísimo movimiento de la cortina. Más tarde le pregunté: “Frau Winter, ¿me parezco a Herr Lasch?”» Frau Winter palideció. Era cierto; se había estado preguntando si él se parecería a Frank o a Lasch, y se había sentido aliviada al ver que el parecido era con Frank.

«Ella amaba a mi padre; estaba enamorada de él.» Niklas hizo una pausa, y luego añadió con una franca rotundidad de la que yo había llegado a disfrutar: «Fue su última querida; era una mujer muy guapa.»

Los sentimientos de Niklas hacia su padre y los miembros de su familia no se habían atemperado con los años. Niklas me explicó que la hermana de Frank, Lily, vendía los contactos de la familia. «Le gustaba ir al campo de concentración de Płaszów», cerca de Cracovia, donde vivían. «Cuando se demolió el gueto de Cracovia, miles de judíos fueron a Auschwitz, y otros a Płaszów. Nuestra tía Lily iba a verlos a Płaszów y les decía: “Soy la hermana del gobernador general; si tienes algo de valor que darme, puede que te salve

la vida.»» ¿Y cómo se había enterado él de aquello?, le pregunté. «Por las cartas de mi madre», me respondió.

Niklas decía que Brigitte Frank había mantenido buenas relaciones con los judíos hasta 1933. Incluso después de que los nazis tomaran el control siguió comerciando con ellos, comprando y vendiendo pieles y bisutería de la clase que requería su nuevo estatus. «Durante los primeros meses después de que tomaran el poder ella siguió tratando con los judíos», lo cual contrariaba al padre de Niklas. «No puedes hacer eso», solía decir este. «Yo soy el ministro de Justicia y tú tratas con judíos; y voy a echarlos a todos.»

¿Y cómo era la relación de Niklas con su padre? Él no recordaba más que un solo momento de afecto, que se produjo en el castillo de Wawel, en el cuarto de baño de su padre, junto a la bañera, que estaba empotrada en el suelo.

«Yo estaba de pie a su lado; él se estaba afeitando. De repente me puso un poco de espuma en la nariz.» Niklas lo explicaba con cierto tono melancólico. «Fue el único momento privado, *íntimo*, que recuerdo.»

Más tarde Niklas y yo fuimos a ver el castillo de Wawel, recorrimos las estancias privadas de Frank, las salas de estar, el cuarto de baño. Nos detuvimos ante el espejo mientras Niklas me mostraba cómo su padre se había inclinado hacia él, poniéndole un poquito de espuma de afeitar en la punta de la nariz.

«Esto no ha cambiado», me dijo Niklas, admirando la bañera empotrada junto al dormitorio de su padre. Sobre la puerta, en el dintel del siglo XVI, leímos las palabras que había grabadas en la piedra: *Tendit in ardua virtus*, «La virtud se esfuerza en lo difícil».

Malaparte tuvo otra cena con Frank, esta vez en Varsovia, en el Palacio Brühl, que ya había visitado previamente en 1919, cuando el nuevo primer ministro polaco, Ignacy Paderewski, había estado interpretando preludios de Chopin. Ahora Malaparte se sentó en un sofá en una de las salas privadas del palacio, recordando el rostro fantasmal de Paderewski bañado en lágrimas. ¡Qué diferencia suponía un cuarto de siglo! Ahora el que tocaba era Frank, sentado ante un piano, con la cabeza inclinada y la frente pálida y húmeda de

sudor. Malaparte observó la expresión de sufrimiento reflejada en los «orgullosos» rasgos del gobernador general, escuchó su fatigoso aliento, le vio morderse el labio. Frank tenía los ojos cerrados, y los párpados le temblaban de emoción. «Es un hombre enfermo», pensó Malaparte. En esta ocasión, las notas puras y sediciosas de un preludio de Chopin fluyeron de las manos del alemán. Malaparte afirmaría haber experimentado un sentimiento de vergüenza, de rebelión.

El relato de esta velada no apareció en los artículos que Malaparte escribió para el *Corriere della Sera* en 1942. Lejos de ello, pertenece a su novela *Kaputt*, publicada en 1944, cuando la suerte de Frank había cambiado. En esa versión, que puede que sea veraz o no, Malaparte cuenta que observó a Frau Brigitte Frank sentada junto a su esposo, con un ovillo de lana para tejer en el regazo.

«¡Toca como un ángel!», susurró la reina de Polonia.

Cesó la música; Frank hizo ademán de acercarse a ella. Brigitte tiró el ovillo de lana y se acercó a su vez a su esposo, le cogió la mano y se la besó. Malaparte esperaba que Frau Brigitte cayera de rodillas en un acto de adoración, pero, en lugar de ello, levantó las manos de Frank y se las mostró a los invitados.

«¡Mirad!», dijo con aire triunfal. «¡Mirad cómo están hechas las manos de los ángeles!»

Malaparte se fijó en las manos de Frank, pequeñas, blancas y delicadas, totalmente distintas de las de su esposa.

«Me sentí sorprendido y aliviado al no ver ni una sola gota de sangre en ellas», escribiría en las páginas de la novela, en una época en la que consignar tales pensamientos por escrito ya no entrañaba riesgo.³⁵

En el Palacio Belvedere, el hogar de Frank en Varsovia, Malaparte asistió a un almuerzo en honor de Max Schmeling, el boxeador alemán que noqueó a Joe Louis en el duodécimo asalto del combate celebrado entre ambos púgiles en junio de 1936 en el Yankee Stadium de Nueva York. Frank tenía ganas de desahogarse.

«*Mein lieber Malaparte*», le dijo Frank al italiano, según narra este en la novela, «el pueblo alemán es víctima de una abominable difamación. Nosotros no somos una raza de asesinos [...]. Su deber, como hombre honesto e imparcial, es contar la verdad. Podrá usted decir, con una clara conciencia,

que los alemanes en Polonia son una amplia, pacífica y activa familia [...]. Eso es lo que es Polonia: un honesto hogar alemán.»

«¿Y qué hay de los judíos?», preguntó Malaparte.

«¡Piense un poco!», intervino el gobernador de Varsovia, Ludwig Fischer. «Ahora viven más de un millón y medio de judíos en el mismo espacio en el que antes de la guerra vivían trescientas mil personas.»

«¡A los judíos les gusta vivir así!», exclamó riendo Emil Gassner, jefe de prensa de Frank.

«No podemos obligarles a vivir de manera distinta», explicó Frank.

«Sería contrario a la Ley de las Naciones», sugirió Malaparte, con una sonrisa.

Frank reconoció que la zona de Varsovia donde estaban alojados los judíos podía ser un poco restringida, pero la «mugre» en la que vivían era su hábitat natural.

«Es triste que mueran como ratas», añadió, aunque, consciente de que sus palabras podían malinterpretarse, aclaró que se trataba de una «mera constatación de los hechos».

Luego la conversación pasó a girar en torno al tema de los niños.

«¿Cuál es el índice de mortalidad infantil en el gueto de Varsovia?», le preguntaron al gobernador Fischer.

«El cincuenta y cuatro por ciento», interrumpió Frank, con notable precisión.

Los judíos eran unos degenerados; no sabían cuidar de sus hijos, no eran como los alemanes. Aun así, fuera de Polonia existía una mala impresión equivocada que había que corregir.

«Si hay que creer a los periódicos ingleses y americanos, parece que en Polonia los alemanes no se dedican a otra cosa que a matar judíos de la mañana a la noche», prosiguió. «Sin embargo, usted lleva más de un mes en Polonia, y no podrá decir que haya visto arrancar un solo pelo de una cabeza judía.»

Malaparte no dejó constancia de si hubo respuesta, mientras Frank alzaba un vaso de cristal de Bohemia lleno de *Türkischblut* de color rojo intenso.

«Beba sin temor, mi querido Malaparte: no es sangre judía. *Prosit!*»

El siguiente tema de conversación fue el cercano gueto de Varsovia.

«Dentro de los guetos disfrutaban de la más completa libertad», explicó Frank. «Yo no persigo a nadie.»

Tampoco mataba a nadie.

«Matar judíos no es el método alemán.» Tales acciones constituirían una pérdida de tiempo y un derroche de fuerzas. «Los deportamos a Polonia y los encerramos en guetos. Allí son libres de hacer lo que quieran. Dentro de los guetos polacos viven como en una república libre.»

Entonces Frank tuvo una idea.

«¿Ya ha ido a ver el gueto, mi querido Malaparte?»

97

Compré un ejemplar de la primera edición de *Kaputt* en italiano, que me dejó claro que la traducción inglesa seguía fielmente el texto original, donde Malaparte ofrecía una descripción completa de su visita al gueto de Varsovia.³⁶ Aunque yo había llegado a la conclusión de que las palabras de Curzio Malaparte no debían tomarse al pie de la letra, vale la pena repetir aquí el relato de la excursión. En él, Malaparte deja constancia de su partida del Palacio Belvedere, sentado en el primer coche con Frau Wächter y el gobernador general Frank, seguido de un segundo vehículo ocupado por Frau Frank y Max Schmeling, y otros invitados en dos coches más. En la entrada a la «Ciudad Prohibida», frente a una puerta en el muro de ladrillo rojo que los alemanes habían construido alrededor del gueto, los coches se detuvieron y descendieron todos sus ocupantes.

–¿Ve este muro? –me preguntó Frank–. ¿Le parece a usted el terrible muro de hormigón erizado de ametralladoras sobre el que escriben los periódicos ingleses y americanos? –Y añadió, sonriendo–: Los desdichados judíos tienen todos ellos el pecho delicado. Al menos este muro les protege del viento [...].

»Y aun así –dijo Frank riendo–, aunque salir del gueto se castiga con la muerte, los judíos entran y salen a su antojo.

–¿Saltan el muro?

–No, no –respondió Frank–. Salen por pequeños agujeros de rata que excavan de noche bajo el muro y que durante el día cubren con un poco de tierra y hojas. Se arrastran a través de esos agujeros y se internan en la ciudad para comprar comida y ropa. El mercado negro del gueto se abastece principalmente a través de tales agujeros. De vez en cuando una de las ratas cae en una trampa; son niños de no más de ocho o nueve años. Arriesgan la vida con auténtico espíritu deportivo, eso es jugar limpio, *nicht wahr?*

–¿Arriesgan la vida? –grité.

–Básicamente –respondió Frank– no arriesgan otra cosa.

–¿Y usted lo llama jugar limpio?

–Sin duda. Todo juego tiene sus reglas.

–En Cracovia –dijo Frau Wächter–, mi marido ha construido un muro de diseño oriental con elegantes curvas y gráciles almenas. Desde luego, los judíos de Cracovia no tienen de qué quejarse. Un elegante muro de estilo judío.

Todos rieron mientras clavaban los pies en la nieve helada.

–*Ruhe!*, ¡Silencio! –exclamó un soldado que se ocultaba de rodillas detrás de un montón de nieve a unos pasos de distancia de nosotros con el fusil apoyado en el hombro. Otro soldado, arrodillado tras él, miró por encima del hombro de su compañero, que de repente disparó. La bala dio en la pared justo al borde de un agujero.

–¡Fallé! –comentó el soldado alegremente, deslizándose otro cartucho en el tambor.

Frank se acercó a los soldados y les preguntó a qué disparaban.

–A una rata –contestaron riendo a carcajadas.

–¿A una rata? *Ach, so!* –dijo Frank, arrodillándose a su vez y mirando por encima de los hombros de los soldados.

También nosotros nos acercamos, y las damas reían y daban grititos levantándose las faldas hasta las rodillas como hacen las mujeres cuando oyen hablar de ratones.

–¿Dónde está? ¿Dónde está la rata? –preguntó Frau Brigitte Frank.

–Está en la trampa –dijo Frank riendo.

–*Achtung!* ¡Cuidado! –dijo el soldado apuntando.

Un mechón negro de cabello enmarañado asomó del agujero excavado bajo el muro; luego aparecieron dos manos que se posaron sobre la nieve.

Era un niño.

Otro disparo, y de nuevo la bala erró el blanco por unos centímetros. La cabeza del niño desapareció de nuevo.

–Deme el fusil –ordenó Frank en tono impaciente–. Usted no sabe manejarlo.

Le arrebató el fusil al soldado y apuntó. La nieve caía en silencio.

Aquella fue una visita al gueto de carácter social, en compañía de esposas y amigos, y quizá incluso de hijos. Pensé en Sasha Krawec, el joven que pasó seis meses oculto en la habitación de Elsie Tilney en Vittel, una de las ratas que escaparon de Frank. Le pregunté a Niklas por el relato de Malaparte, por la supuesta visita al gueto de Varsovia. ¿Era posible que Frank hubiera cogido el arma y apuntado a un judío?

Su madre había leído *Kaputt*. «Tengo ese recuerdo de ella en el sofá, muy enfadada por el libro de Malaparte. Este había escrito que mi padre tenía los dedos muy largos; desde luego eran muy largos. ¿O quizá escribía sobre los dedos de mi madre?»

«Sobre los de su padre», le dije yo. Malaparte había descrito los dedos de Brigitte como «gruesos». Niklas asintió con la cabeza; luego sonrió enseñando los dientes. «Mi madre estaba agitada, iba de un lado a otro, realmente contrariada. “No es cierto”, decía, “son mentiras, nada más que mentiras.”»

¿La visita al gueto había ocurrido realmente?

«Todos fuimos a visitar los guetos», me dijo Niklas en un susurro. Él recordaba una de aquellas visitas, posiblemente al gueto de Cracovia, el que había construido Wächter. «Mi hermano Norman fue a visitar el gueto de Varsovia; mi hermana Sigrid visitó el de Cracovia. Yo fui a ver el de Cracovia con mi madre.» Más tarde compartió conmigo una copia de una serie de fragmentos de una película casera que guardaba su padre y que llevaba por título «Cracovia». Intercalados entre las escenas familiares y las imágenes de Frank en el trabajo, había también algunos momentos rodados en el gueto. En una breve escena, la cámara se detiene en una niña con un vestido rojo.

Mirando directamente a la cámara, la niña sonríe; una sonrisa hermosa, larga y esperanzadora que no he olvidado nunca. Como tampoco el vestido rojo, una imagen repetida por el director Steven Spielberg en la película *La lista de Schindler*. El mismo gueto, el mismo vestido, ficción, hecho... ¿Era posible que Spielberg hubiera visto esta película, que Niklas me dijo que no era de dominio público, o se trataba solo de otra coincidencia?

Le pregunté a Niklas si su padre y Malaparte podían haber visitado juntos el gueto de Varsovia.

«Podría ser», me respondió. «Pero yo no creo que él matara personalmente a ningún judío, y desde luego mi madre tampoco lo creía.»

Sin embargo, en el seno de la familia había surgido una diferencia en torno a esta importante cuestión. Norman, el hermano mayor de Niklas, ya fallecido, tenía un recuerdo distinto.



Niña con vestido rojo
© Niklas Frank

«Norman fue a visitar el gueto con Schamper», añadió Niklas, refiriéndose al chófer de su padre. «Y me dijo que él podía imaginar perfectamente que nuestro padre le arrebatara el arma a un soldado.»

En el verano de 1942, Frank tenía enemigos en puestos elevados y necesitaba estar en guardia. En junio y julio pronunció cuatro grandes discursos sobre temas jurídicos en torno al imperio de la ley y su importancia.³⁷ Enfrentándose a Himmler, que por entonces se dedicaba activamente a dirigir los planes para exterminar a los judíos y con quien se hallaba en abierta discrepancia con respecto al ejercicio del poder en el territorio polaco ocupado, subrayaba la necesidad de un sistema jurídico que reconociera el imperio de la ley, con tribunales apropiados y jueces independientes. Hablando en las grandes universidades de Berlín, Viena, Heidelberg y Múnich, respondía así a las presiones de varios altos

magistrados preocupados al ver que en el Reich se estaba socavando la justicia. Frank quería un Reich sometido a la ley.

«La mente jurídica siempre reconocerá que la guerra tiene prioridad sobre todo lo demás», declaró a su audiencia en Berlín el 9 de junio. Sin embargo, hasta en tiempos de guerra debía haber seguridad jurídica, porque la gente necesitaba un «sentido de justicia». Había en sus frases una asombrosa ausencia de ironía dados los actos que él mismo estaba supervisando en Polonia. Él tenía sus propias ideas sobre la justicia, organizada en torno a dos temas claramente definidos: la «gobernanza autoritaria», por una parte, y la «independencia judicial», por otra. La ley debía ser autoritaria, pero debía ser aplicada por jueces independientes.³⁸

Aquellos cuatro discursos no fueron bien recibidos por Himmler, que se quejó de ello a Hitler. Quizá Frank debería haber sido más juicioso al elegir sus palabras. El caso es que no tardó en producirse una fuerte reacción contra los discursos. Primero fue interrogado por la Gestapo, y luego, en una visita a Schoberhof, supo que había sido despojado de todas sus funciones, salvo una.

«Brigitte, el Führer me ha dejado el Gobierno General», le dijo a su esposa. Según Niklas, Frau Frank se sintió aliviada de poder mantener su posición.

Si Frank sentía una auténtica preocupación por la orientación del Reich, cosa que Niklas dudaba, esta no era nada comparada con el otro problema de su vida. La política no dejaba de ocupar un segundo plano después de los asuntos del corazón: Lilly Grau, el amor de su infancia, la mujer con la que había querido casarse, resurgió inesperadamente del pasado. Llegó en la forma de una carta, en la que le decía a Frank que su único hijo había desaparecido en el frente ruso. ¿Podía ayudarla? La petición suscitó una fuerte reacción y un deseo arrollador. Frank fue a ver a Lilly a su casa de Bad Aibling, Baviera; era la primera vez que se veían en casi dos décadas.

«De inmediato ardió en nosotros una llama incontrolable», anotó Frank en su diario. «Nos reunimos una vez más, tan apasionadamente que ahora no hay vuelta atrás.» Una semana más tarde se encontraron en Múnich, después de que Frank lograra escapar de Cracovia el tiempo suficiente para poder dedicarle un día y una noche de atención personal. «Una reunión solemne y transfigurada de dos seres humanos que se inflamaban el uno al otro y a los que nada podía refrenar durante mucho tiempo», escribió.³⁹ El pasaje me hizo reír a carcajadas la primera vez que lo leí.

Frank decidió escapar de su matrimonio sin amor con Brigitte para estar con Lilly. Una semana después de la «inflamación» de Múnich, fraguó el más original y terrible de los planes para librarse de Brigitte, invocando las decisiones adoptadas en la Conferencia de Wannsee para conseguir el divorcio. Mientras Malke Buchholz estaba a punto de ser transportada a Treblinka, mientras se detenía a los Lauterpacht en Lemberg y se sacaba a la fuerza a los Lemkin del gueto de Wołkowysk, Hans Frank invocó aquella clase de cosas para decirle a su esposa que él estaba profundamente involucrado en acciones criminales –«las cosas más horribles»– y que ella debía distanciarse de él para protegerse. Le dio los detalles de un asunto tan secreto como terrible, que pasaría a conocerse como la Solución Final. El horror le ofrecía una vía a la felicidad personal, una salida de la vida cotidiana con una esposa autoritaria y codiciosa. A fin de salvarla de su vinculación con el gobernador general, él estaba dispuesto a ofrecerle «el mayor de los sacrificios», el divorcio, para que pudiera evitar que la Solución Final la salpicara. Así, el exterminio masivo ofrecía a Frank un camino hacia Lilly y la felicidad.⁴⁰

Brigitte Frank no mordió el anzuelo; no se mostró más dispuesta a aceptar sus argumentos de lo que lo estaban Hitler o Himmler a aceptar las ideas que Frank había expuesto en sus cuatro discursos. La reina de Polonia disfrutaba de un estilo de vida opulento, con castillos y escoltas, y no estaba dispuesta a tirarlo por la borda. Prefería correr el riesgo, pagar el precio, aguantar. «¡Prefiero ser la viuda de un *Reichsminister* que una esposa divorciada!», les dijo a sus amigas. Niklas me explicó los detalles, que su madre consignó negro sobre blanco en su diario. Hans me ha hablado de «las cosas más horribles», escribió Brigitte, asuntos de los que no conviene hablar abiertamente. Puede que un día ella los compartiera: «los detalles más tarde, pero solo en privado».⁴¹

Al cabo de unos días Frank cambió de opinión. Llamó a Brigitte a la sala de música del castillo de Wawel para decirle que Karl Lasch se había pegado un tiro. Ella se quedó sorprendida ante la reacción de su esposo. «Declara que el divorcio ya no es necesario», escribió. La tarde fue «armoniosa», y el cambio de opinión «totalmente incomprensible».

Pero aquel verano de altibajos no había terminado aún. Dos semanas después Frank volvió a pedirle que pusieran fin a la relación, culpando a Brigitte de su infelicidad. «Alguien le había dicho que yo no era una buena

nacionalsocialista», escribió, «y daba la impresión de que le hubieran aconsejado que se divorciara.»

Al día siguiente todo volvió a ir bien. Frank le compró una joya, un talismán para compensar el sufrimiento que él había causado. Pero en el plazo de un mes había vuelto a cambiar de opinión, renovando la petición de un divorcio inmediato.

«Ya no queda nada físico entre nosotros», le dijo a Brigitte. Ahora era Lilly quien se hacía cargo de sus necesidades (y al parecer también otra dama llamada Gertrud).

Brigitte mantuvo una admirable compostura durante aquel difícil período, quizá porque su control sobre Frank era total. Según Niklas, incluso escribió a Hitler pidiéndole que intercediera para evitar el divorcio. Le envió al Führer la foto de una familia feliz, con una matriarca protectora de sus tres hijos y sus dos hijas, una auténtica y modélica familia nazi.

La fotografía debió de ayudar, puesto que Hitler intervino para prohibirle a Frank que se divorciara. Brigitte Frank tenía un verdadero poder sobre su marido. «Mi padre amaba al Führer más que a su familia», me diría Niklas en otra ocasión.



Tal era el estado de turbación personal en el que se hallaba inmerso Frank cuando viajó a Lemberg en el verano de 1942. Controlaba el territorio de Galitzia, pero no a su esposa ni sus emociones, y, desde luego, tampoco sus impulsos físicos.

Era el aniversario de la incorporación de Lemberg al Gobierno General como capital del recién germanizado Distrikt Galizien. Frank llegó la mañana del viernes 31 de julio, después de un viaje de tres días que se inició en Ternópil, luego se desvió hacia el sur, a Chortkiv y Zalischyky, y después hacia el este, a Kosiv y Yaremche. El último tramo, un breve salto en dirección noreste, le llevó finalmente a la Ciudad de los Leones. En medio de constantes rumores sobre posibles ataques, Frank viajó en vehículo blindado y en tren. La *Gazeta Lwowska* informó de que, ante su presencia, los rostros de sus nuevos súbditos «resplandecen de felicidad», y muchos de ellos le expresaban su gratitud: los niños le ofrecían flores; las mujeres le obsequiaban con ramos de rosas, cestas de pan, sal y fruta.⁴²

Lemberg se hallaba ahora firmemente bajo el control alemán. La principal tarea de Frank era restaurar el gobierno civil bajo la férrea mano del gobernador Otto von Wächter, que había reemplazado a Lasch unas semanas antes.⁴³ Tras la expulsión de los soviéticos, Frank tenía planes para la ciudad. Enfascado en importantes diferencias políticas con Himmler, pretendía participar plenamente en todas las decisiones clave. Cuanta más capacidad de supervisión y responsabilidad tuviera, más sería reconocido como líder. A tal efecto, aplicó el principio de «unidad de administración», tal como había explicado a los líderes del partido en Cracovia. Encaramado en esta pirámide de poder, se describía a sí mismo como «fanático». «El jefe superior de las SS y la policía están subordinados a mí, la policía es un componente del gobierno, el jefe de las SS y la policía en el distrito están subordinados al gobernador.»⁴⁴ Frank se hallaba en el vértice; Wächter, un escalón más abajo.

El argumento era sencillo. Se consideraba que, dentro del Gobierno

General, Frank lo sabía todo, era el responsable de todas las acciones. Recibía informes de todas las actividades, incluidas las de los Einsatzgruppen de la Policía de Seguridad y las del Sicherheitsdienst o SD. Se le enviaban copias de todos los documentos clave. Al saberlo todo, era el responsable de todo, y creía que aquel poder duraría siempre sin tener que rendir cuentas a nadie.

Su tren se detuvo en la principal estación de ferrocarril de Lemberg, la misma de la que habían partido Lauterpacht y Lemkin. Eran las nueve de la mañana cuando se encontró con su colega Otto von Wächter, gobernador de Galitzia, un hombre alto y rubio de porte militar, un impecable y apuesto nazi en comparación con Frank. Sonaron las campanas de la iglesia; tocó una orquesta militar. Los dos hombres viajaron juntos de la estación al centro de la ciudad por calles decoradas con banderas del Reich, pasando ante el que fuera el primer hogar de Leon, ante la residencia estudiantil de Lemkin y cerca del lugar donde vivió Lauterpacht. Grupos de estudiantes flanqueaban Opern Strasse (o calle Operowa) agitando banderines, mientras Frank entraba en la plaza mayor, que se extendía ante el Teatro de la Ópera, y rebautizada ahora como Adolf-Hitler-Platz.⁴⁵



El Teatro de la Ópera de Lemberg durante la visita de Frank, agosto de 1942
© Narodowe Archiwum Cyfrowe (NAC; Archive del Estado Polaco)

Aquella tarde, Frank inauguró un teatro recién restaurado, el «santuario del arte» que era el Teatro Skarbek.⁴⁶ Compareció orgulloso ante una audiencia

de dignatarios a los que presentó a Beethoven y a Fritz Weidlich, un director de orquesta poco conocido que después de la guerra se desvanecería en la oscuridad austriaca. Frank había deseado que dirigiera Von Karajan, o Furtwängler, recordando una maravillosa tarde de febrero de 1937 en la que acudió a la Sala Filarmónica de Berlín en presencia de un radiante Führer. Aquel concierto en Berlín le produjo momentos de indescriptible emoción cuyo recuerdo le hacía «estremecerse en un éxtasis de juventud, fuerza, esperanza y gratitud», según escribió en su diario.⁴⁷

Aquella tarde habló con igual pasión, de pie en medio de la orquesta. «Nosotros los alemanes no vamos a tierras extranjeras con opio y medidas similares como los ingleses», declaró. «Traemos arte y cultura a otras naciones», y música que era un reflejo de la inmortal nación del *Volk* alemán.⁴⁸ El caso es que tuvieron que apañárselas con Weidlich, que abrió el concierto con la Obertura Leonora n.º 3, opus 72, de Beethoven, seguida de la Novena Sinfonía, a la que añadió sus voces el coro de la Ópera de Lviv.

100

A la mañana del día siguiente, sábado primero de agosto, Frank asistió a los actos con los que se conmemoraba el aniversario de la incorporación del Distrikt Galizien al Gobierno General, celebrados en el Teatro de la Ópera y en la Sala Grande del antiguo Parlamento de Galitzia.⁴⁹ Siete décadas después, cuando la universidad me invitó a dar una conferencia sobre dicha ceremonia, hablé en aquella misma sala, ante una fotografía de Frank dando uno de sus discursos, en el que celebró la transferencia del poder del gobierno militar al civil, ahora bajo el control de Wächter.

Cuando habló Frank, el edificio de la universidad se cubrió de banderas rojas, blancas y negras. Para llegar a la Sala Grande, Frank ascendió por la escalera central y ocupó un asiento en el centro del estrado. Tras ser presentado, se desplazó hasta un atril de madera adornado con guirnaldas de hojas, bajo un águila posada sobre una esvástica. La sala estaba abarrotada, y el discurso había sido elogiado en la *Gazeta Lwowska* afirmando que anunciaba el retorno de la civilización a la ciudad. «Las normas europeas de orden social» llegaban a Lemberg. Frank le dio las gracias a Wächter por su «magnífico liderazgo» después de dos años como gobernador de Cracovia.

«He venido aquí para darle las gracias y expresar nuestra gratitud en nombre del Führer y el Reich», le dijo Frank a Wächter, que estaba sentado en el estrado a su derecha.⁵⁰



Frank, Sala Grande del antiguo Parlamento de Galitzia, 1 de agosto de 1942
© Narodowe Archiwum Cyfrowe (NAC; Archive del Estado Polaco)

Frank declaró ante la audiencia de líderes del partido que el antisemitismo de Hitler estaba justificado y que Galitzia era la «fuente primigenia del mundo judío». El control de Lemberg y sus alrededores le permitía abordar el núcleo del problema judío.

«Apreciamos lo que nos ha dado el Führer con su presente del distrito de Galitzia, ¡y no estoy hablando aquí de sus judíos!», gritó, de nuevo demasiado fuerte. «Sí, todavía tenemos unos cuantos por aquí, pero nos encargaremos de ello.» Era un buen orador, de eso no cabía duda, capaz de mantener la atención de la audiencia.

«Por cierto», añadió, haciendo una pausa para dar un efecto dramático y dirigiendo sus palabras a Otto von Wächter, «hoy no parece haber nada de esa escoria rondando por aquí. ¿Qué ocurre? Me dijeron que antaño había en esta ciudad miles y miles de esos primitivos pies planos, pero no se ha dejado ver ni uno solo desde mi llegada.» El público prorrumpió en aplausos.⁵¹ Frank tenía la respuesta a la pregunta. La entrada al gueto de Lemberg se hallaba solo a unos cientos de metros del atril en el que hablaba. Y él lo sabía, puesto que su administración había elaborado el mapa de *Umsiedlung der Juden* («reasentamiento de los judíos») justo un año antes, con los siete distritos del gueto donde vivían todos los judíos de la ciudad. Según su decreto, poner el pie fuera del gueto sin permiso se castigaba con la muerte.⁵²

Él no sabía exactamente quién estaba en aquel gueto, pero sí cómo exaltar a la audiencia.

«¡No me digan que los han tratado mal!», prosiguió. ¿Quizá la gente al final se había sentido ultrajada por ellos? En cualquier caso, Frank declaró a su público que él estaba solucionando la cuestión judía. Se acabó permitirles viajar a Alemania. El mensaje era claro, y sus palabras fueron recibidas con un «vivo aplauso».

Aquella misma tarde Frank se reunió con Frau Charlotte von Wächter, la esposa del gobernador. Según anotó en su diario, esta pasó una parte considerable del día con él:

Frank vino a desayunar a las nueve en punto y se marchó de inmediato con Otto. [Yo] debería haber ido, pero no lo hice. Estoy en casa con la señorita Wickl. Después dormí profundamente. Muy cansada. A la cuatro en punto [...] [me enviaron] a Frank, que quería jugar de nuevo al ajedrez. Gané dos veces. Después de eso se fue a acostar, enfadado. Luego volvió y se marchó enseguida en el coche.⁵³

El diario no hacía mención alguna de los otros acontecimientos del día, ni de las decisiones que tomó su esposo bajo la mirada vigilante del gobernador general Frank, que no tardarían en ponerse en práctica.

Una semana después de la visita de Frank se inició la gran redada de Lemberg. *Die Grosse Aktion* empezó a primera hora de la mañana del lunes

10 de agosto, reuniendo a muchos de los judíos que quedaban en el gueto y fuera de él, y reteniéndolos luego en el patio de un colegio, antes de ser trasladados al campo de Janowska, en el centro de la ciudad.⁵⁴ «Había mucho que hacer en Lemberg», le escribió el gobernador Wächter a su esposa el 16 de agosto, aludiendo en una línea a la «*Grosse Aktion* contra los judíos» y en otra a unas partidas de ping-pong jugadas «con gran entusiasmo».⁵⁵ Heinrich Himmler llegó a Lemberg el 17 de agosto para hablar con el gobernador Wächter y con Odilo Globocnik, responsable de la construcción del campo de exterminio de Bełżec, a unos ochenta kilómetros al noreste.⁵⁶ Durante la cena en casa de Wächter, la conversación abordó el futuro de los judíos de Lemberg y las áreas circundantes, incluida Żółkiew. En el plazo de dos semanas, más de cincuenta mil personas viajarían por la línea férrea que llevaba a Bełżec.

Entre los miles de personas que se vieron atrapadas en *die Grosse Aktion* se encontraba la familia de Lauterpacht; fue entonces cuando su joven sobrina Inka vio por la ventana cómo se llevaban a su madre, un momento que recordaría años después, especialmente la luminosidad de su vestido y sus zapatos de tacón alto. También se llevaron a los padres de Lauterpacht y al resto de su familia extensa. Muy probablemente fue también entonces cuando desapareció la familia de mi abuelo en Lemberg, incluido el tío Leibus, con su esposa e hijos. Lo único que quedó de ellos fue un telegrama de felicitación de boda enviado a Leon y Rita en 1937.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, el *Krakauer Zeitung* informaba de otro discurso de Frank, esta vez anunciando el «éxito real» de su administración. «Ahora apenas se ven judíos», declaraba Frank, ni en Lemberg, ni en Cracovia, ni en ninguna de las otras ciudades, pueblos o aldeas bajo su control.⁵⁷

Consciente de mi interés en Lemberg, Niklas Frank mencionó que conocía al hijo de Otto von Wächter, el gobernador del Distrito Galizien, que en 1919 había sido compañero de clase de Lauterpacht en la Universidad de Viena. Horst, me explicó Niklas, había adoptado «una actitud bastante diferente de la mía» en asuntos de responsabilidad parental. Niklas añadió asimismo que

aquel enfoque no era inusual, que la hija de Himmler «jamás quiso hablar conmigo después de que escribiera mi libro».

Niklas consiguió una invitación de Horst von Wächter para ir a verle a Schloss Hagenberg, el imponente castillo del siglo XVII donde vive, a una hora al norte de Viena. Construido en torno a un patio interior, el barroco castillo, con sus cuatro pisos de altura, es una impenetrable estructura de piedra de aspecto amenazador que ha conocido días mejores. Horst y su esposa, Jacqueline, ocupaban unas pocas habitaciones escasamente amuebladas. Me cayó bien el amistoso y apacible Horst, un hombre de generosas proporciones que llevaba una camisa rosa y sandalias, con gafas, el cabello gris y, a juzgar por una fotografía de su padre, la misma amplia sonrisa de este. Era amable y encantador, y parecía cautivado (¿o acaso apresado?) por la gloria marchita del castillo, comprado un cuarto de siglo antes con el dinero de una pequeña herencia. No había calefacción central, y el fuego alimentado con leña, bajo una cornisa barroca medio derruida y rodeado de paredes descoloridas, apenas lograba mantener a raya el frío intenso de mediados de invierno.

En una de las habitaciones, bajo las vigas que sostienen el altísimo techo, Horst guardaba la biblioteca de su padre, la «sección nacionalsocialista» de la historia familiar. Me invitó a echar un vistazo. Elegí un libro al azar de la abarrotada estantería. La primera página contenía una dedicatoria manuscrita en una pequeña y pulcra caligrafía alemana. Al *SS-Gruppenführer* doctor Otto Wächter, «con mis mejores deseos en el día de su cumpleaños». La firma, de color azul oscuro y algo emborronada, era inequívoca: «H. Himmler, 8 de julio de 1944».

Mi impresión al ver la firma se vio acrecentada por el contexto: el libro era una reliquia familiar, no un objeto de museo, ofrecido al padre de Horst como muestra de aprecio. Por los servicios prestados. Representaba una línea directa entre la familia de Horst y los líderes de la Alemania nazi. (En una visita posterior descubrí un ejemplar de *Mein Kampf*, regalo de su madre a su padre cuando eran novios. «No sabía que estaba ahí», me dijo Horst con evidente placer.)

En la habitación que le servía de estudio, Horst había reunido unos cuantos álbumes familiares. Se sentía igualmente cómodo con aquellas páginas, que albergaban el material de una vida familiar normal: imágenes de hijos y abuelos, vacaciones esquiendo, paseos en barca, fiestas de cumpleaños... Pero

intercaladas entre aquellas imágenes nada inusuales había también otras fotografías. Agosto de 1931, un hombre desconocido cincelando una esvástica en una pared; una fotografía sin fecha de un hombre saliendo de un edificio bajo una hilera de brazos alzados haciendo el saludo nazi, con el pie de foto «El doctor Goebbels»; tres hombres en conversación en una cochera de ferrocarril, sin fecha, con las iniciales «A. H.». Examiné esta última más de cerca. El hombre del centro era Hitler; a su lado, el fotógrafo Heinrich Hoffmann, que fue quien le presentó a Eva Braun. Al tercer hombre no lo reconocí. Horst me dijo: «Puede que se trate de Baldur von Schirach; no es mi padre.» Yo no estaba tan seguro.



*A. H. con Heinrich Hoffmann y un hombre desconocido, c. 1932
(del álbum de Otto von Wächter)
© Horst von Wächter*

Pasé las páginas. Viena, otoño de 1938. Wächter de uniforme sentado en su escritorio en el palacio de Hofburg, con aire pensativo, examinando unos papeles. En la página había escrita una fecha: 9 de noviembre de 1938. La *Kristallnacht* se inició unas horas después.

Otra página: Polonia, finales de 1939 o comienzos de 1940, imágenes de edificios incendiados y de refugiados. En el centro de la página, una foto pequeña y cuadrada muestra a un grupo de personas angustiadas. Puede que estén en un gueto. Según el relato de Malaparte, a la esposa de Wächter, Charlotte, le gustaba el muro del gueto de Cracovia, con su diseño oriental de «elegantes curvas y gráciles almenas», ofrecido a los judíos, según Frau Wächter, como un lugar de confort (al final resultó que la fotografía se había tomado en el gueto de Varsovia, junto al número 35 de la calle Nowolipie, cerca de un pequeño pasaje que llevaba a un mercado).

El grupo incluye a un joven muchacho y a una mujer de edad avanzada, abrigados para protegerse del frío. Me llamó la atención un brazalete blanco que identificaba a su portadora, una anciana con un pañuelo, como judía. A unos pasos detrás de ella, en el centro de la imagen, un niño mira directamente a la cámara, hacia el fotógrafo, muy probablemente la propia esposa de Wächter, Charlotte, en una visita al gueto similar a la narrada por Malaparte. Charlotte había estudiado en la Wiener Werkstätte del arquitecto Josef Hoffmann, y tenía buen ojo para la composición.

Las páginas de aquellos álbumes familiares albergaban otras imágenes notables. Los Wächter con Hans Frank. Wächter con su División de Galitzia de las Waffen-SS. Wächter con Himmler en Lemberg. Estas situaban a Otto von Wächter en el corazón de las operaciones alemanas, eran recuerdos personales de crímenes internacionales cometidos a gran escala. Sus implicaciones eran ineludibles, por más que Horst pareciera reacio a reconocerlas.



*Escena callejera, gueto de Varsovia, c. 1940
(del álbum de Otto von Wächter)
© Horst von Wächter*

Horst nació en 1939, como Niklas, y solo tenía un recuerdo vago de su padre, que a menudo estaba fuera de casa. La actitud que adoptó con respecto a este, un líder político acusado de crímenes de guerra por el gobierno polaco en el exilio, difería de la que eligió Niklas en su intento de asimilar el legado de Otto.

«Tengo que encontrar la parte buena de mi padre», me dijo en una de nuestras primeras conversaciones. Había emprendido una misión rehabilitadora, en contra de las probabilidades y de los hechos. Nuestras charlas, inicialmente vacilantes, se fueron haciendo más relajadas. «Mi padre era un buen hombre, un liberal que lo hizo lo mejor que pudo», me dijo en otra ocasión, intentando convencerse a sí mismo. «Otros habrían sido peores.»

Horst también me dio un detallado perfil biográfico de su padre, con numerosas notas a pie de página. Lo estudiaré. «Por supuesto», se apresuró a responderme. «Luego ya volverá.»

En plena matanza, y todavía preocupado por su matrimonio, Frank encontró tiempo para poner en práctica otra brillante idea: invitó a la famosa editorial Baedeker a elaborar una guía turística del Gobierno General para animar a potenciales visitantes. En octubre de 1942, Frank escribió una breve introducción, que leí en un ejemplar obtenido en una librería de viejo de Berlín. El libro, con la habitual cubierta roja, contenía un gran mapa desplegable grabado en tinta azul claro que mostraba los límites exteriores del territorio de Frank.⁵⁸ Dentro de aquellas fronteras, Lemberg se hallaba al este, Cracovia al oeste y Varsovia al norte. Las fronteras incluían los campos de Treblinka, Belzec, Majdanek y Sobibor.

«Para quienes vengan al Reich desde el este», escribió Frank en la introducción, «el Gobierno General es el primer atisbo de una estructura que ofrece una fuerte impresión de hogar.» Para los visitantes que partieran del oeste para dirigirse al Reich, sus tierras ofrecían un «primer saludo de un mundo oriental».

Karl Baedeker añadió unas palabras personales para dar las gracias a Frank, que había sido quien había inspirado aquella nueva y feliz incorporación a la colección Baedeker. La elaboración fue supervisada por Oskar Steinheil, que visitó la zona en el otoño de 1942, con el respaldo personal del gobernador general. ¿Qué fue lo que Herr Steinheil vio, pero decidió no mencionar, en su recorrido en coche y en tren? Baedeker esperaba que el libro lograra «transmitir» la impresión de la enorme labor de organización y construcción realizada por Frank «en las difíciles condiciones de guerra de los últimos tres años y medio».

El visitante se beneficiaría de grandes mejoras, ya que la provincia y sus ciudades habían «adquirido un aspecto distinto», haciendo accesibles una vez más la cultura y la arquitectura alemanas. Los mapas y los planos de las ciudades se habían modernizado y los nombres se habían germanizado, todo ello conforme a los decretos de Frank. El lector descubría que el Gobierno General tenía una extensión de ciento cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados (el 37 % del antiguo territorio polaco) y albergaba a dieciocho millones de personas (un 72 % polacos, un 17 % ucranianos [rutenos] y un 0,7 % alemanes). Se había borrado del mapa a un millón de judíos o más («libre de judíos» era la fórmula utilizada para referirse a varios pueblos y

ciudades). Puede que el lector atento advirtiera el extraño error, incluida la referencia al hecho de que la población de Varsovia solía abarcar a cuatrocientos mil judíos, ahora desaparecidos.

Había ocho páginas dedicadas a Lemberg (y un mapa de dos páginas); a Żółkiew solo se le dedicaba una, aunque era una ciudad «digna de verse» por su legado germánico del siglo XVII.⁵⁹ La Ringplatz era «característicamente alemana», mientras que la iglesia barroca de los dominicos (que databa de 1655) y la iglesia católica (reconstruida en 1677) albergaban pinturas de un artista alemán. Los turistas germanos se sentirían tranquilizados por la cercana presencia de asentamientos alemanes. El único lugar de culto de Żółkiew que no aparecía en la guía era la sinagoga del siglo XVII, destruida por el fuego en junio de 1941. Tampoco se hacía mención alguna de los judíos de Żółkiew ni del gueto en el que vivían cuando se publicó el libro. En el plazo de seis meses tras su publicación casi todos ellos habían sido asesinados.

El volumen no daba ninguna pista con respecto al uso que se hacía de las áreas «densamente arboladas» de los alrededores de Żółkiew, ni la menor información sobre la miríada de campos de concentración esparcidos por todo el territorio de Frank. Los editores mencionaban solo de pasada las conexiones que ofrecía la estación de tren de Bełżec con el resto de Galitzia, y apenas una fugaz referencia a la pequeña población de Auschwitz, localizada en la Reichstrasse número 391, la principal ruta que entonces conectaba Varsovia con Cracovia.⁶⁰

La publicación de la guía Baedeker coincidió con una descripción muy distinta, la que apareció en el *New York Times* bajo el titular de «Polonia acusa a 10 personas de la muerte de 400.000».⁶¹ El artículo identificaba a un grupo al que calificaba como los «diez impíos», destacados miembros del Gobierno General acusados de crímenes de guerra por el gobierno polaco en el exilio. «El gobernador alemán es el número 1.»

Aquella era una referencia a Frank, cuyos crímenes se decía que incluían la ejecución de doscientos mil polacos, el traslado de cientos de miles más a Alemania y la creación de los guetos. Otto von Wächter aparecía como el

número 7 de la lista, aunque se le identificaba erróneamente como «J. Waechter», gobernador de Cracovia (puesto que había dejado en marzo de 1942, cuando fue transferido a Lemberg). Según el periódico, la especialidad de Wächter era «el exterminio de la intelectualidad polaca».



Castillo de Wawel, Cracovia, 16 de agosto de 1942; Frank (delante) y Wächter (el cuarto por la izquierda)

© Narodowe Archiwum Cyfrowe (NAC; Archive del Estado Polaco)

Le envié una copia del artículo a Horst von Wächter, que me había pedido que le enseñara todo lo que encontrara que hiciera referencia a las actividades de su padre en Polonia. Su primera reacción fue señalar los errores. El artículo trataba a todos los vicegobernadores de Frank «como criminales por igual», se quejaba Horst, como hacían los polacos. Me invitó a volver a Hagenberg sin Niklas, acompañado de un fotógrafo. Hablamos de los acontecimientos ocurridos en Lemberg en agosto de 1942. Sobre ellos había un relato escrito por el cazador de nazis Simon Wiesenthal, que afirmaba haber visto a Wächter en el gueto de Lemberg a comienzos de 1942 y aseguraba que el gobernador estaba «personalmente al mando» cuando su madre fue separada de él y enviada a la muerte el 15 de agosto de aquel año.⁶² Horst se mostró escéptico, argumentando que el día en cuestión su padre no estaba en Lemberg. Más tarde encontré una foto de Wächter con

Frank en el castillo de Wawel, tomada el 16 de agosto, el día después de que Wiesenthal afirmara haber visto a Wächter en el gueto de Lemberg.⁶³

Estos acontecimientos seguirían teniendo consecuencias mucho después y a grandes distancias. Por ejemplo, le hablé a Horst de una sentencia dictada en marzo de 2007 por un juez federal de Estados Unidos, por la que se despojaba a un tal John Kalymon, residente en Michigan, de su ciudadanía estadounidense. El juez dictaminó que en agosto de 1942 Kalymon había sido miembro de la policía auxiliar ucraniana, que había participado en *die Grosse Aktion* y que estaba directamente implicado en la matanza de judíos.⁶⁴ La sentencia se basaba en un informe experto elaborado por un académico alemán, el profesor Dieter Pohl, que incluía algunas referencias a Wächter.⁶⁵ El informe de Pohl me condujo a otros documentos conservados en la sede del Departamento de Justicia estadounidense en Washington, tres de los cuales implicaban directamente a Wächter en los acontecimientos de 1942. Se los enseñé a Horst, tal como me había pedido.

El primero era una nota sobre una reunión celebrada en Lemberg en enero de 1942, justo antes de la llegada de Wächter, que llevaba por título «Deportación de los judíos de Lemberg».⁶⁶ En ella se anunciaba un viaje sin retorno a Belzec y a las cámaras de gas previsto para marzo. «Si es posible, debe evitarse el término “reasantamiento”», precisaba el documento, atento a los matices del lenguaje y de la verdad. Wächter debía de haber estado al tanto de su suerte.

El segundo documento era una orden de marzo de 1942 firmada por Wächter.⁶⁷ Iba destinada a restringir el empleo de judíos en todo el territorio de Galitzia, se promulgó dos días antes de la primera operación en el gueto (el 15 de marzo) y entró en vigor al día siguiente de los traslados a Belzec (el primero de abril). La orden cortaba el acceso al mundo de los gentiles para la mayoría de los judíos trabajadores, un paso que Lemkin identificaba como un precursor necesario del genocidio.

Por más nocivos que fueran estos dos documentos, el tercero resultaba devastador. Era un breve memorando de Heinrich Himmler al doctor Wilhelm Stuckart, ministro del Interior del Reich en Berlín.⁶⁸ Fechado el 25 de agosto, se envió mientras se llevaba a cabo *die Grosse Aktion*. «Recientemente he estado en Lemberg», le escribía Himmler a Stuckart, «y he mantenido una conversación muy franca con el gobernador, el *SS-Brigadeführer* doctor Wächter. Le he preguntado abiertamente si quiere ir a

Viena, porque yo habría considerado un error, estando allí, no haberle planteado esta cuestión, de la que soy bien consciente. Wächter no quiere ir a Viena.»

Una franca conversación en la que se evocó la posibilidad de una partida y de otras opciones profesionales alternativas, una salida, un retorno a Viena. Pero Wächter rehusó; decidió quedarse. Aceptar habría puesto fin a su carrera. Y lo hizo con pleno conocimiento de *die Grosse Aktion*, como dejaba claro una carta que me enseñó Horst, y que su padre le había enviado a su madre el 16 de agosto. Esta declaraba que, tras la marcha de Frau Wächter, «había mucho que hacer en Lviv [...] recoger la cosecha, suministrar trabajadores (¡ahora ya hay 250.000 del distrito!), y la actual *Grosse Aktion* contra los judíos».

Himmler terminaba su propia carta de aquel período con un pensamiento adicional: «Ahora falta ver cómo se conducirá Wächter en el Gobierno General como gobernador de Galitzia después de nuestra conversación.»

Wächter debió de conducirse a plena satisfacción de Himmler, puesto que siguió en el puesto y permaneció en Lemberg otros dos años. Como jefe civil, pues, tuvo un papel en *die Grosse Aktion* de agosto de 1942.

La carta de Himmler no ofrecía la menor ambigüedad o vía de escape. Cuando se la enseñé a Horst, él se la quedó mirando con rostro inexpresivo. Si tuviera ahora delante a su padre, ¿qué le diría?

«La verdad es que no lo sé», me respondió Horst. «Es muy difícil..., quizá no le preguntara nada en absoluto.»

Se hizo el silencio en la desolada habitación. Al cabo de un rato, Horst rompió con una idea exculpatoria: su padre se vio superado por la situación, su inevitabilidad y sus proporciones catastróficas, por las órdenes y su inmediatez. Nada era inevitable, le sugerí por mi parte a Horst, ni la firma, ni la supervisión que ejerció. Wächter podía haberse marchado.

Esto suscitó otro largo silencio, que dejó espacio al sonido de la nieve y el crepitar de los leños en el fuego. Frente a un documento así, ¿cómo podía Horst no condenar a su padre? ¿Era aquel un padre al que se pudiera querer, o era otra cosa?

«No puedo decir que quisiera a mi padre», me aclaró Horst. «Quería a mi abuelo.» Miró hacia el retrato del viejo militar que cuelga sobre su cama.

«De algún modo tengo una responsabilidad por mi padre, de ver qué ocurrió realmente, decir la verdad y hacer lo que pueda por él.»

Luego reflexionó en voz alta: «Tengo que encontrar algún aspecto positivo».

En cierta forma, había creado una distinción entre su padre y el sistema, entre el individuo y el grupo del que era líder.

«Sé que todo el sistema era criminal y que él formaba parte de este, pero no creo que él fuera un criminal. Él no actuó como un criminal.»

¿Podía su padre haberse alejado de Lemberg y de las sanguinarias operaciones que supervisó su administración?

«No había ninguna posibilidad de salir del sistema», susurró Horst. Los documentos del Departamento de Justicia estadounidense decían otra cosa. Aun así, Horst logró encontrar el modo de dar una imagen aséptica del material, calificándolo solo como «desagradable» o «trágico».

Era difícil comprender su reacción, pero a mí me produjo tristeza antes que ira. Al no condenarlo, ¿no estaba perpetuando los males de su padre?

«No.» Horst, simpático, cordial y comunicativo, no me ofreció nada más; era incapaz de condenar. Era culpa del Gobierno General de Frank, de las SS, de Himmler. Todos los demás miembros del grupo eran responsables, pero no Otto. Al final me dijo: «Coincido con usted en que él estaba plenamente dentro del sistema.»

Una grieta.

«Indirectamente fue responsable de todo lo que ocurrió en Lemberg.»

¿Indirectamente?

Horst guardó silencio durante largo rato. Tenía los ojos húmedos, y me pregunté si había llorado.

Frank se sentía orgulloso de que el *New York Times* le identificara como criminal de guerra. A comienzos de 1943 anunció en una reunión oficial: «Tengo el honor de ser el número uno.»⁶⁹ Aquellas mismas palabras fueron consignadas en su diario sin el menor sentimiento de vergüenza. Incluso cuando el curso de la guerra se volvió desfavorable para los alemanes, él siguió creyendo que el Tercer Reich duraría mil años, sin sentir la menor necesidad de mostrar contención en relación con el trato dado a polacos y judíos o las palabras que había pronunciado sobre ellos. «Tienen que

marcharse», había declarado a su gabinete. «En consecuencia, voy a abordar los asuntos judíos con la perspectiva de que los judíos desaparezcan.»⁷⁰

«Desaparezcan.» Aquellas palabras generaron aplausos, alentándole a ir más allá, dado que nunca sabía cuándo detenerse. Serán borrados del mapa allí donde se encuentren, prosiguió, siempre que haya oportunidad. De ese modo se mantendrían la unidad y la integridad del Reich. ¿Cómo procedería exactamente su gobierno? «No podemos matar a tiros a esos tres millones y medio de judíos; no podemos envenenarlos», explicó. «Pero sí podemos dar los pasos necesarios que de una forma u otra llevarán a su eficaz exterminación.» También esas palabras quedaron registradas en su diario.

El 2 de agosto, Frank dio una recepción en los jardines del castillo de Wawel. Fue una oportunidad para que los funcionarios del partido reflexionaran sobre los acontecimientos. Había habido reveses en el frente ruso, pero se habían hecho buenos progresos en otras partes. En marzo se había vaciado el gueto de Cracovia, en un solo fin de semana, bajo la eficaz dirección del *SS-Untersturmführer* Amon Göth (más tarde representado por el actor británico Ralph Fiennes en el filme *La lista de Schindler*).⁷¹ El motivo fue que Frank ya no quería seguir viendo el gueto desde Wawel. En mayo se había logrado aplastar finalmente una revuelta en el gueto de Varsovia, una represión cuyo último acto había sido la destrucción de la Gran Sinagoga. El artífice fue el *SS-Gruppenführer* Jürgen Stroop, que describiría los detalles con orgullo en un informe elaborado para Himmler.⁷² Ahora vivían en Varsovia un millón de personas menos, lo que llevaba a Frank a confiar en que la población pudiera reducirse «aún más» si el gueto era «completamente demolido».

Pero el curso de la guerra estaba cambiando. En Italia, Mussolini había sido depuesto y detenido por orden del rey, y los intelectuales polacos hablaban cada vez más abiertamente de las atrocidades perpetradas en los cercanos campos en Auschwitz y Majdanek. Frank esperaba que el descubrimiento en Katyn de los cuerpos de miles de oficiales e intelectuales polacos, asesinados por los soviéticos y enterrados en fosas comunes en 1940, mejorara las relaciones entre alemanes y polacos. Pero no fue así, y hubo de anotar, consternado, cómo la opinión pública polaca comparaba Katyn con «el masivo índice de mortalidad de los campos de concentración alemanes» o el «fusilamiento de hombres, mujeres e incluso niños y ancianos durante la imposición de un castigo colectivo».⁷³

La fiesta celebrada en Wawel ofreció un refugio frente a todo eso. Aquel radiante día de agosto, el diario de Frank registró nuevas líneas de combate con palabras claras y tajantes: «Por una parte la esvástica; por otra los judíos.» Describió asimismo los progresos realizados en su territorio: tras haber «empezado con 3.500.000 judíos», ahora su territorio contenía solo «unas pocas empresas con trabajadores» judíos. ¿Qué había ocurrido con el resto? «Todos los demás digamos que han emigrado.» Frank era consciente de su papel y de su responsabilidad:⁷⁴ «Todos somos, por así decirlo, cómplices», anotó con descuidada dejadez.⁷⁵

Su relación con Hitler y con Himmler parecía haber mejorado, puesto que el Führer le ofreció, sin la menor ironía, nombrarle presidente de un centro internacional de estudios jurídicos. Con su posición como gobernador asegurada, tenía trabajo y amigos, y una tregua había calmado las aguas de su matrimonio. Lilly Grau no se hallaba muy lejos; y además estaba la música, una nueva pieza compuesta en su honor por Richard Strauss después de que Frank interviniera para impedir que el chófer del compositor fuera reclutado y enviado al frente oriental:

*¿Quién entra en la habitación, tan ágil y esbelto?
Contemplad a nuestro amigo, nuestro ministro Frank.*

El texto era localizable, de modo que busqué la partitura, pero sin éxito.⁷⁶ «Desapareció», me dijeron, sin duda por buenas razones relacionadas con la reputación de su autor.

Frank apreciaba la música y el arte que lo rodeaban. Como gobernador general, adoptó la desinteresada política de asumir la custodia de importantes tesoros artísticos polacos, firmando decretos que permitieron la confiscación por razones de «protección» de famosas obras de arte que pasaron a formar parte del patrimonio artístico alemán. Todo fue bastante sencillo. Algunas piezas fueron a Alemania, como los treinta y un dibujos de Alberto Durero sacados de la colección Lubomirski de Lemberg y entregados personalmente a Göring.⁷⁷ Otras se alojaron en el castillo de Wawel, algunas de ellas en las habitaciones privadas de Frank, quien elaboró un catálogo magníficamente encuadernado en el que se enumeraban todas las grandes obras de arte celosamente expoliadas en los primeros seis meses. El catálogo revelaba una extraordinaria variedad de exquisitos y valiosos objetos: pinturas de maestros

alemanes, italianos, holandeses, franceses y españoles; libros ilustrados; miniaturas y grabados en madera indios y persas; el renombrado retablo del siglo xv de Veit Stoss instalado en la basílica de Santa María de Cracovia, desmontado por orden de Frank y enviado a Alemania; artesanía de oro y plata, antigüedades de cristal, vidrio y porcelana; tapices y armas antiguas; monedas y medallas raras... Todo ello saqueado de los museos de Cracovia y de Varsovia, arrebatado de catedrales, monasterios, universidades, bibliotecas y colecciones privadas.

Frank se reservó algunas de las mejores piezas para sus habitaciones. Sin embargo, no todo el mundo compartía sus gustos. Niklas entraba raras veces en el despacho de su padre, pero recordaba un cuadro especialmente «feo», que representaba a una mujer con «una venda alrededor de la cabeza» y el pelo «liso y perfectamente peinado» con una raya recta. Frank utilizaba aquel cuadro para dar ejemplo a su hijo. «Así es como deberías peinarte», le decía a Niklas, señalando a la mujer, que llevaba «un animalito blanco» en brazos, una criatura que parecía una rata. Ella acariciaba al animal con una mano, pero no lo miraba a él, sino al vacío. «Hazte esa misma raya», le decían a Niklas. El cuadro, pintado en el siglo xv por Leonardo da Vinci, era un retrato de Cecilia Gallerani, *La dama del armiño*.⁷⁸ La última vez que lo vio fue en el verano de 1944.



Niklas me contó esta historia mientras Cecilia Gallerani estaba de visita en Londres, como principal atracción de una importante exposición de Leonardo da Vinci en la National Gallery. Fui a verla una grisácea mañana de diciembre. La famosa belleza era la amante de Ludovico Sforza, duque de Milán, al que dio un hijo. Posó para el retrato aproximadamente en 1490, sosteniendo el armiño como símbolo de pureza. En 1800 el cuadro se incorporó a la colección de la princesa Czartoryska, en la Polonia controlada por los rusos, y desde 1876 estuvo colgado en el museo Czartoryski de Cracovia, donde permaneció durante sesenta y tres años (con un breve interludio en Dresde, durante la Primera Guerra Mundial) hasta que Frank lo sustrajo. Fascinado por la belleza y el simbolismo de la pintura, este la mantuvo cerca de sí durante cinco años.

Niklas recuerda la pintura con temor y con una sonrisa. De pequeño le daba miedo aquella criatura parecida a una rata, y se oponía a los intentos de su padre de hacerle llevar el pelo como Cecilia. Él y su hermano Norman recordaban el cuadro en habitaciones distintas; era «uno de esos puntitos de mi memoria», como la espuma de afeitar en el cuarto de baño.

En mi primera visita a Wawel, los conservadores preparaban el regreso de Cecilia Gallerani. Después de un recorrido por las estancias privadas de Frank, el director de fotografía me llevó a su despacho para enseñarme una gran caja plana envuelta en terciopelo descolorido. La tapa llevaba un rótulo, «El castillo de Cracovia», y estaba forrada de fino terciopelo arrugado de color rojo. «Cuando los nazis se fueron, se lo dejaron; lo encontramos en el sótano.»

Dentro, impreso en una gran tarjeta, había un alegre mensaje: «A Herr Gobernador General el Ministro del Reich Dr. Frank, con ocasión de su cumpleaños el 23 de mayo de 1944, de parte de su Oficina Jurídica con gratitud.» El texto iba acompañado de ocho firmas de leales servidores que, pese a la proximidad de los soviéticos, se habían tomado la molestia de encargar una serie de magníficas fotografías en blanco y negro en las que se

mostraba el esplendor de Wawel, sus habitaciones y objetos. Entre ellas había una foto de *La dama del armiño*, enmarcada con los característicos motivos de color rojo, blanco y negro del período nazi.

107

Cuando visité de nuevo el castillo de Wawel, en compañía de Niklas, Cecilia Gallerani ya había vuelto. El director del museo y los dueños del cuadro nos dejaron pasar un rato a solas con ella, por la mañana temprano, antes de que abriera el museo. Habían pasado setenta años desde la última vez que Niklas se plantara delante de ella. Ahora lo hizo una vez más, empequeñecido ante el poder de la pintura.

Aquella tarde, Niklas y yo cenamos en un restaurante local en el casco viejo de Cracovia. Hablamos de la escritura, de las palabras y el tiempo, de la responsabilidad. Hacia el final de la cena, tres personas se levantaron de una mesa contigua. Al pasar junto a nosotros, la mujer que parecía ser la de edad más avanzada entre ellas nos dijo: «No hemos podido evitar oír su conversación; su libro parece interesante.» Hablamos, y se unieron a nosotros. Eran una madre con su hija y su yerno. La madre era una académica serena y distinguida, profesora de química en Brasil. Había vuelto a la ciudad donde nació y de la que se vio obligada a marcharse en 1939, a la edad de diez años, por ser judía. Volver no le había resultado fácil. Me pregunté qué parte de nuestra conversación había oído realmente. Resultó que no mucho.



Niklas Frank y Cecilia, 2014
© Profesor Philippe Sands QC

La hija, que había nacido en Brasil mucho después de la guerra, había adoptado una postura más dura que su madre. Nos dijo: «Me gusta estar en Cracovia, pero nunca olvidaré lo que han hecho los alemanes. Ni siquiera quiero hablar con ningún alemán.»

Niklas y yo intercambiamos una mirada.

En eso la madre miró a Niklas y le preguntó: «¿Y usted es un judío de Israel?»

Niklas le respondió de inmediato: «Todo lo contrario. Soy alemán; soy hijo de Hans Frank, el gobernador general de Polonia.»

Hubo un breve silencio.

Entonces Niklas se levantó y se fue a toda prisa del restaurante.

Más tarde me reuní de nuevo con él.

«Tenían todo el derecho a tener unas opiniones tan contundentes», me dijo. «Siento horror por el daño que les han hecho los alemanes, a la madre, a su familia.»

Yo intenté consolarle.

El de 1944 fue un año difícil para el padre de Niklas. Hubo varios atentados contra su vida, incluido uno que se produjo mientras viajaba en tren de Cracovia a Lemberg. Aquel verano los aliados liberaron París; los alemanes se retiraron del oeste y del este, replegándose hacia el interior.

Las noticias del este y la rapidez del avance del Ejército Rojo resultaban especialmente inquietantes. Pero Frank todavía encontró tiempo para pensar en los judíos que aún quedaban en su territorio, no más de cien mil. Había que encargarse de ellos, declaró en una reunión de miembros del partido nazi celebrada en Cracovia, puesto que eran «una raza que debe ser erradicada».⁷⁹

Dos días después del discurso, pronunciado a comienzos de la primavera, los soviéticos penetraron en el territorio del Gobierno General, acercándose rápidamente a Cracovia y a Wawel. En mayo, Frank celebró su cuadragésimo cuarto cumpleaños. Sus colegas de confianza le ofrecieron un presente, las cincuenta fotografías de la caja forrada de terciopelo, incluida la de *La dama del armiño*.

El 11 de julio, el jefe de la policía alemana en Cracovia fue objeto de un audaz intento de asesinato por parte de la resistencia polaca. Frank respondió ejecutando a varios prisioneros polacos.⁸⁰ El 27 de julio, Lemberg cayó en manos de los soviéticos.⁸¹ Mientras Wächter escapaba a Yugoslavia, la sobrina de Lauterpacht, Inka Gelbard, podía caminar de nuevo libremente por las calles. También Żólkiew fue liberada, permitiendo a Clara Kramer salir del sótano en el que había pasado casi dos años. El primero de agosto se inició una revuelta en Varsovia.⁸² Sin intención de echarse atrás, Frank ordenó nuevas medidas, más duras que nunca.

En septiembre, Frank se centró en los campos de concentración ubicados en su territorio. Su diario registra una conversación con Josef Bühler sobre el campo de Majdanek que constituye la primera mención de aquel lugar de muerte.⁸³ Tras la liberación del campo dos meses antes, los soviéticos habían difundido una película documental sobre la terrible situación que habían descubierto, haciendo especial hincapié en el calvario de los mil quinientos prisioneros judíos que aún quedaban allí.

ciudad llevándose consigo el cuadro de Cecilia Gallerani. A comienzos de 1945, cuando los rusos se aproximaban por el este lo suficiente como para que se oyera el fuego de artillería, Frank ordenó a su personal que le preparara *La dama del armiño* para viajar con él a Baviera.

En aquellas últimas semanas Frank se dedicó a atar cabos sueltos. Completó dos ensayos, uno titulado «Sobre la justicia» y el otro, «El director de orquesta». Organizó una última visita al Teatro de la Ópera de Cracovia, una representación de *Orfeo y Eurídice*. Vio varias películas, entre ellas *Siete años de mala suerte*, con Hans Moser, el renombrado actor austriaco que tiempo atrás había representado el papel protagonista en la versión fílmica de *La ciudad sin judíos*.⁸⁴ Por entonces las perspectivas eran más prometedoras, aunque Frank olvidaba el hecho de que Moser se había negado a divorciarse de su esposa judía, Blanca Hirschler.

Frank escogió el 17 de enero de 1945 como el día de su marcha. El cielo de Cracovia era de un azul profundo, no se veía ni una nube y los rayos del sol bañaban la ciudad. Dejó el castillo de Wawel a la 13.25 de la tarde en un Mercedes negro (con matrícula «EAST 23») conducido por su chófer, Herr Schamper, en un convoy que transportaba también a sus más estrechos colaboradores y al menos treinta y ocho volúmenes de su diario de vuelta a Baviera. Llevaba consigo *La dama del armiño*; Frank afirmaría más tarde que como forma de acción preventiva para que «no pudiera expoliarse en mi ausencia».

El convoy se dirigió al noroeste hacia Oppeln, luego a Schloss Seichau (Sichów), donde Frank se escondió durante unos días con el conde Von Richthofen, un viejo conocido. La mayoría de las obras de arte robadas de Cracovia ya habían sido trasladadas allí. Brigitte y casi todos los niños, incluido Niklas, se quedaron en Schoberhof. Cuatro días después de dejar Wawel, Frank y los taquígrafos Mohr y Von Fenske, que habían transcrito fielmente su diario cada día desde octubre de 1939, destruyeron la mayoría de los documentos oficiales que se habían llevado del castillo. Los diarios, sin embargo, no sufrieron daños, preservando así las pruebas de sus hazañas.

Luego Frank se dirigió hacia el sureste, a Agnetendorf (hoy Jagńiatków), para ver a otro de sus amigos, el novelista y premio Nobel Gerhart Hauptmann. Tras tomar té con el escritor y simpatizante nazi, Frank continuó rumbo a Bad Aibling, donde, necesitado de afecto, se reunió con Lilly Grau.

Desde Bad Aibling había solo un corto trayecto al pueblo de Neuhaus am Schliersee, el hogar familiar de Frank.⁸⁵

El 2 de febrero, Frank creó una cancillería del Gobierno General en el exilio, manteniendo así una apariencia de autoridad. Estableció su sede en el número 12 de Joseftalerstrasse, el antiguo Café Bergfrieden, donde pasaría doce semanas.⁸⁶ De vez en cuando iba a ver a Brigitte y a los niños a Schoberhof, pero también pasaba tiempo con Lilly en Bad Aibling (según Niklas, tras la muerte de Lilly, muchos años después, se encontró una fotografía de Frank en su mesilla de noche). En abril murió el presidente Roosevelt, y le sucedió el vicepresidente, Harry Truman. Tres semanas después la radio alemana anunciaba la muerte del Führer.

Era el final de la guerra y del Reich nazi. El miércoles 2 de mayo, Frank divisó tanques estadounidenses dirigiéndose hacia Schliersee. Dos días después, el viernes 4 de mayo, le hizo un último regalo a Brigitte, un fajo de billetes que ascendían a cincuenta mil reichsmarks.⁸⁷ Norman, el hermano de Niklas, que estaba presente en el momento en que Frank se despidió de su esposa, señalaba que el adiós se produjo sin que hubiera un último beso o un intercambio de palabras de afecto. Frank temía más que nunca a Brigitte ahora que su autoridad declinaba. Niklas consideraba que ella tenía una parte de responsabilidad por alentar a su esposo, aprovecharse de su posición de poder y negarle el divorcio en el verano de 1942. «Si mi madre le hubiera dicho: “¡Hans, mantente al margen de eso, te lo ordeno!”, él se habría mantenido al margen.» Para él, esta era una explicación, no una excusa.

Niklas tiene su propia interpretación del poderoso control que Brigitte ejercía sobre su esposo pese a la crueldad del comportamiento de este hacia ella. «Él era cruel para ocultar el secreto de su homosexualidad», me dijo Niklas. ¿Cómo lo sabía? Por las cartas de su padre y el diario de su madre. «Siempre daba la impresión de que mi Hans luchaba denodadamente, una y otra vez», confesaba Brigitte, «por liberarse de su relación de juventud con hombres», una referencia al tiempo que había pasado en Italia. Era el mismo Frank que se mostró favorable a la adopción en 1935 del párrafo 175a del código penal del Reich, por el que se ampliaba la prohibición de la homosexualidad.⁸⁸ Tal comportamiento era la «expresión de una disposición opuesta a la comunidad nacional normal», había declarado entonces Frank, que debía ser castigada sin piedad «si no queremos que la raza perezca». «Yo creo que era gay», me dijo Niklas.

Tras la despedida entre Frank y Brigitte, el ex gobernador general se dirigió de nuevo a la sede de su falsa cancillería. Se sentó a esperar en la sala principal de la antigua cafetería, en compañía de su ordenanza, su chófer y su secretario, los tres fieles hasta el final. Estuvieron tomando café.

Un vehículo, un jeep del ejército estadounidense, se detuvo ante la puerta principal.⁸⁹ Luego se paró el motor. El teniente Walter Stein, del VII Ejército de Estados Unidos, bajó del vehículo, miró a su alrededor, se dirigió a la cafetería, entró, examinó la sala, y preguntó quién era Hans Frank.

«Soy yo», respondió el ministro del Reich y antiguo gobernador general de la Polonia ocupada.

«Se viene usted conmigo. Está detenido.»

Stein sentó a Frank en la parte de atrás del jeep; los diarios se colocaron en el asiento delantero; luego el jeep se puso en marcha. En algún momento, Stein volvió a Joseftalerstrasse para recoger fragmentos de película, que permanecerían en poder de la familia de aquel hasta que le fueron devueltos a Niklas décadas después. Este último me permitió ver la película, que mostraba imágenes de Frank acariciando a un perro, trenes pasando por delante de la cámara, una visita al gueto de Cracovia, la niña del vestido rojo...

La dama del armiño se quedó en Joseftalerstrasse, donde sería recogido unas semanas después junto con un par de Rembrandts. En cambio, el cuadro de Rafael *Retrato de un joven* desapareció, convirtiéndose en una de las pinturas perdidas más célebres del mundo. Niklas creía que Brigitte podía haberla intercambiado por leche y huevos con un granjero local. «Quizá ahora esté colgado sobre una chimenea en Baviera», me sugirió maliciosamente.

En junio, el nombre de Frank apareció en una lista de posibles acusados para un juicio penal de altos funcionarios alemanes.⁹⁰ La inclusión del «carnicero de Varsovia», como había pasado a ser conocido, fue aprobada por Robert Jackson, con el apoyo del gobierno polaco en el exilio.⁹¹ Frank fue trasladado a una prisión cerca de Miesbach y golpeado por los soldados del ejército estadounidense que habían liberado Dachau. Intentó suicidarse,

primero cortándose la muñeca izquierda y luego metiéndose un clavo oxidado hasta la garganta. Pero no lo consiguió, y después fue trasladado a Mondorf-les-Bains, una ciudad balneario luxemburguesa, donde se le alojó en un hotel requisado, el Palace, junto con otros destacados nazis. Allí fue interrogado.⁹²

Una de las personas que visitaron el hotel fue el economista John Kenneth Galbraith, que por entonces tenía un permiso para ausentarse del Departamento de Guerra estadounidense. Galbraith escribió un artículo sobre el Palace, publicado en la revista *Life* junto a un anuncio de cápsulas de vitamina B en el que aparecía una Dorothy Lamour increíblemente encantadora. El economista no se dejó impresionar por el grupo de Frank, que pasaba la mayor parte del tiempo caminando por la galería y contemplando las vistas. Galbraith observó los rasgos de cada uno de los prisioneros, señalando el hábito de Julius Streicher, fundador del periódico *Der Stürmer*, que de repente interrumpía su paseo y, sin previo aviso, se volvía hacia la baranda, donde «se ponía tieso en posición de firmes y levantaba el brazo haciendo el saludo nazi». Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo de Hitler, parecía un «vagabundo neoyorquino», mientras que Hermann Göring daba la impresión de ser un «sinvergüenza no demasiado inteligente».⁹³

En tan distinguida compañía, Frank, ahora un hombre afligido y de aspecto desaliñado, llenaba las horas llorando o rezando. A primeros de agosto fue interrogado por un oficial del ejército estadounidense. Sus palabras reflejaban un estado de ánimo agitado y sus débiles esfuerzos por escabullirse de la responsabilidad que se le venía encima. En este primer período de cautiverio, Frank intentó dar una imagen aséptica del papel que había desempeñado. Su posición en Cracovia era «increíblemente difícil», le dijo a su interrogador.⁹⁴ Se habían concedido «poderes especiales» a las SS, y habían sido estas las que habían cometido «todas aquellas espantosas atrocidades». Ellas, no él, habían actuado contra el movimiento de resistencia polaco y contra los judíos. Pero inadvertidamente confirmó su conocimiento de los hechos al afirmar que había librado «una lucha constante» para evitar «lo peor». A veces se echaba a llorar mientras hablaba.

Frank explicó que él nunca había sido un hombre políticamente activo, que inicialmente su papel se limitaba a asuntos legales (como si eso pudiera ser una defensa), que se enemistó con Hitler en 1942, tras los cuatro grandes

discursos pronunciados en universidades de toda Alemania. Negó tener conocimiento de la existencia de campos de concentración en Polonia, ni siquiera en el área sobre la que él gobernaba. Solo supo de ellos por los periódicos después de que los soviéticos tomaran el control. ¿Auschwitz? Estaba fuera de su territorio. Sus diarios le exonerarían; por eso los conservaba. «Si Jackson recibe mis diarios podré comparecer como un luchador por la ley y la justicia en Polonia.»

¿Quiénes eran los responsables? Los «líderes alemanes». Las SS. La «camarilla» de Himmler y Bormann. No el «pueblo alemán». ¿Los polacos? «Un pueblo valiente, un buen pueblo.» ¿Las pinturas que se había llevado a Alemania? Preservadas «para el pueblo polaco».

¿Era consciente de su responsabilidad? Sí, estaba «lleno de remordimientos» porque no había tenido el valor de matar a Hitler. El Führer le temía, le dijo a su interrogador, porque él era «un hombre poseído por la pasión de un Mateo». Aquella era la primera de varias referencias que encontré en las que Frank mencionaba al personaje principal de la obra de Johann Sebastian Bach sobre la pasión y el consuelo, el perdón y la clemencia. Eso me hizo recordar que Frank era un hombre extremadamente culto, que había leído mucho, enormemente interesado en la música clásica y bien relacionado con destacados escritores y compositores.

El 12 de agosto de 1945 fue trasladado a la celda penitenciaria número 14 del Palacio de Justicia de Núremberg, detrás de la sala de juicios. A finales de ese mismo mes los fiscales hicieron pública una lista de acusados, veinticuatro «criminales de guerra» que habrían de comparecer ante el Tribunal Militar Internacional.⁹⁵ Frank se hallaba entre los primeros de la lista.

Al cabo de unos días fue sometido a un nuevo interrogatorio en presencia de un intérprete del ejército estadounidense que por entonces tenía veinte años de edad.⁹⁶ Hoy Siegfried Ramler vive en Hawái, sin acordarse demasiado de las preguntas que se hicieron, pero con un claro recuerdo del hombre al que se las formularon. «Sí, claro», me dijo Siegfried, «Frank tenía una mirada segura y penetrante; hubo un fuerte contacto visual conmigo.» Frank le pareció «interesante e impresionante», elocuente, culto, un hombre de «mente clara» y «superado por el fanatismo», que reconocía «la culpa colectiva, pero no la suya propia». ¿La responsabilidad del grupo, pero no la

del individuo? Sí. «Los actos que él realizó los cometió alguien con una mente clara», añadió Ramler. «Él sabía que había hecho mal; pude verlo.»

El 18 de octubre, poco después de que Lemkin hubiera terminado su trabajo con el escrito de acusación y cuando este se disponía a regresar a Washington, Frank fue acusado formalmente. Sus circunstancias habían cambiado en la década transcurrida desde que despotricara contra la idea de un tribunal penal internacional, en el verano de 1935. Aquel tribunal era ahora una realidad en la que él se veía atrapado, y uno de los ocho magistrados que iban a juzgarle no era otro que el profesor Henri Donnedieu de Vabres, el hombre del mostacho que había pronunciado un discurso en su Akademie für Deutsches Recht en 1935 y con el que había estado cenando.

El vínculo entre los dos hombres preocupaba a los soviéticos, que, por otra parte, tampoco se dejaban impresionar por la recién descubierta devoción religiosa de Frank: a finales de octubre, en una celda vacía situada tras el Palacio de Justicia, Frank fue bautizado en la fe católica. De ese modo afrontaría los delitos de los que se le acusaba, entre los que se incluían el de crímenes contra la humanidad y el de genocidio en la Polonia ocupada.

La convergencia entre las vidas de Frank, Lauterpacht y Lemkin quedaba así formalizada en el Palacio de Justicia de Núremberg, en las palabras que contenía el escrito de acusación.

VII. La hija que está sola

1. Wien am 6. Februar 1939

Diese Niederschrift ist
seitens eines gutgesinn-
ten Freundes für die Fa-
milie Buchholz ange-
sichts einer überstän-
den Gefahr, ihrer zum
Erlöschen bedrohte jün-
ge Liebesche, verfasst wor-
den.
Da dieselbe nunmehr glück-
licherweise der vollstän-
digen Genesung entgegen-
geht, eben in Form eines
Glückwunsches gedacht ist
zum Andenken gewidmet.

Heine

© Profesor Philippe Sands QC

En octubre de 1945, mientras el diario *Le Monde* informaba de la conversión de Frank al catolicismo, Leon trabajaba en el Hôtel Lutetia, en el boulevard Raspail. Anteriormente ocupado por la Gestapo, el hotel era ahora sede de varias organizaciones de ayuda, entre ellas el Comité Juif d'Action Sociale et de Reconstruction, donde Leon trabajaba como *chef de service*. Al final de la jornada volvía de su trabajo con personas desplazadas a su pequeño apartamento, situado en un cuarto piso en la rue Brongniart, para estar con Rita y con su hija.

No había noticias de Viena, Lemberg o Żólkiew. Conforme iban surgiendo detalles sobre lo que había ocurrido, aumentaban sus temores de que a su madre en Viena, a sus hermanas, a la familia de Polonia, les hubiera ocurrido lo peor. En julio su hija celebró su séptimo cumpleaños, el primero que pasaba en compañía de ambos progenitores. Mi madre no tenía ningún recuerdo de aquellos días aparte de cierta sensación de agitación y de ansiedad, de que no era un tiempo de tranquilidad. Yo le conté todo lo que había descubierto: las circunstancias de la partida de Leon, el viaje a Viena de la señorita Tilney, la relación de Rita con Emil Lindendorf, la marcha de esta de Viena en octubre de 1941, el cierre de las puertas de la ciudad...

Solo entonces me habló de la existencia de otro documento; un documento que estaba escondido, que se había guardado aparte de los otros papeles. Era algo nuevo para mí: una carta manuscrita enviada a Leon poco después de que se desplazara de Viena a París. Fechada el 6 de febrero de 1939, y recibida en París, ofrecía otra visión de la vida que había dejado atrás en Viena.

El documento, de doce páginas y elegante caligrafía, estaba firmado por un hombre llamado Leon Steiner. Este, que se calificaba a sí mismo de *Seelenarzt*, «médico del alma», era un psiquiatra que firmaba la carta como *psycho-graphologe* (psicografólogo). No pude encontrar el menor indicio o registro escrito de aquel hombre, ni de nadie con ese nombre que tuviera una cualificación médica de cualquier tipo.

El texto estaba escrito en una vieja caligrafía alemana. Necesitado de ayuda, volví a acudir a Inge Trott, que me envió una traducción completa al inglés, que luego fue revisada por otra amiga que hablaba alemán. Una primera lectura sugería por qué aquella carta podía haberse guardado aparte.

Herr Steiner incluía un breve preámbulo:

El presente manuscrito ha sido redactado por un amigo bienintencionado de la familia Buchholz en vista del peligro que amenazaba a su joven matrimonio por amor. Dado que por fortuna este matrimonio se encamina ahora a una plena recuperación, mi manuscrito está destinado a adoptar la forma de una felicitación y un recordatorio.

Luego iba al grano. «Querido Herr Buchholz», empezaba.

El autor describía los esfuerzos que había realizado para restaurar el matrimonio, y replicaba con contundencia a la crítica de Leon de que «el médico del alma Steiner no ha hecho bien su trabajo». Podía haberse ahorrado usted sus injustificados comentarios, añadía Herr Steiner. Se refería al «comportamiento» de Rita, frente al cual Leon había «colmado de duras acusaciones» a su esposa, con la consecuencia de que Steiner solo había podido iniciar su labor psicológica tras la «satisfactoria partida» de Leon de Viena, ocurrida solamente unos días antes. Steiner había supuesto –«debido a un malentendido»– que Leon estaba «lleno de ira y hostilidad», que había dejado Viena «con la firme intención de abandonar para siempre el hogar solo recientemente establecido». La decisión de marcharse se había tomado ante la «discordia» y los «lamentables conflictos» del joven matrimonio. Y estos eran el resultado de los «fastidiosos excesos» de Rita (sobre los que no se daba explicación alguna) y de sus «defectos» (de los que no se facilitaba el menor detalle).

2.) Lieber Herr Buchholz!
Gelegentlich meines letzten
Besuches, bei Ihrer mir lieb
gewordenen Familie, hat
mir Ihre Frau Gemälin
einen an mich gerichteten
freundlichen Gruß übermit-
telt, wofür ich mich bestens
bedanke.
Ferner haben Sie auch eine
mich peinlich berühren-
de Bemerkung, folgenden
Inhaltes hinzugefügt:
„Der Seelenarzt Steiner, hat
diesmal nicht gut ge-
arbeitet.“
Falls Sie lieber Buchholz
blos einmal Oheenzüge
sein könnten, wie ich mich
bemühe, d. h. wie energisch

Carta de Leon Steiner a Leon Buchholz, 6 de febrero de 1939
© Profesor Philippe Sands QC

La carta dejaba claro, pues, que la marcha de Leon se produjo en un momento de gran conflicto con Rita, y quizá debido a ello. No se exponía la naturaleza del conflicto. En ese contexto, Herr Steiner describía sus esfuerzos por aplicar a la situación «todos los métodos psicoanalíticos» a su disposición, reflejando el deseo de no dejar «nada por hacer». Explicaba que también él, como Leon, había colmado de acusaciones a Rita («¡honestamente las merecía!»), y que a la larga su trabajo se había visto «coronado por el éxito». Pese a las calumnias de Leon, finalmente Rita había «reconocido sus defectos», lo que abría la puerta a «una plena recuperación».

Alcanzar siquiera ese punto no carecía de considerables dificultades, añadía Steiner, dada la «mala situación predominante» en la familia. Y

continuaba: «Influencias externas y potencialmente perjudiciales –admitidas por ambas partes– creaban conflictos lamentables», una situación de «discordia» que amenazaba con hacerse «hostil».

Steiner explicaba que el éxito se basaba en lo que él había logrado descubrir, y que permanecía oculto; a saber: el «profundo amor» de Leon hacia su esposa y también «hacia la preciosa hija que está sola». Esta parecía ser una referencia a mi madre, que por entonces tenía solo unos meses. Steiner predecía que Leon empezaría a echar de menos a los dos seres, a aquellas personas a las que amaba «con toda su alma». Rita «anhelará su compañía», anticipaba, tras haber percibido los «renacidos sentimientos de amor» reflejados en una única frase de una reciente carta de Leon. Armado con esa expresión de afecto, Steiner intentaba preparar a Rita –«igualmente llena de renacido amor»– para un futuro felizmente casada. Al final se despedía con optimismo, expresando su esperanza de que la «firme creencia en Dios» de Leon les ayudara a ambos a superar los obstáculos que sin duda habrían de afrontar en «el nuevo mundo». Sobre la vida en Viena más allá de la familia, sobre la usurpación del poder por parte de los alemanes o sobre las nuevas leyes, Herr Steiner no tenía nada que decir.

Algo había ocurrido, había habido «lamentables conflictos», y entonces Leon se fue. De qué pudo tratarse exactamente era algo que aquella peculiar y tortuosa carta, que adoptaba una actitud defensiva, no dejaba claro. Las aduladoras palabras de Steiner estaban cifradas, cargadas de ambigüedad, sujetas a interpretación. Inge Trott me preguntó si quería saber lo que ella pensaba que significaba la carta. Sí, quería saberlo. Entonces me sugirió que tal vez la carta implicaba que se había planteado una cuestión en torno a la paternidad de la «hija que está sola». Inge me dijo que era una expresión curiosa. La elección de las palabras le había hecho pensar aquello, ya que ella era consciente de que por entonces una información de aquella naturaleza – que la niña podía tener un padre distinto– no era un asunto que pudiera comunicarse de manera explícita.

Repasé la carta con nuestra vecina alemana, que corrigió la traducción. Coincidió con Inge en que la referencia a la «hija que está sola» resultaba

«difícil», extremadamente ambigua. Pero no aceptaba, en cambio, que estuviera relacionada necesariamente con una cuestión de paternidad. Un profesor de alemán de la escuela de mi hijo se ofreció a leer la carta. Él tendía a coincidir con la opinión de mi vecina antes que con la de Inge, pero no quiso ofrecer su propia interpretación.

Otro vecino, un escritor de novelas que recientemente había sido galardonado con el Premio Goethe por su dominio del alemán, me señaló otra posible lectura. «Bastante raro», me escribió en una carta manuscrita que me pasó por debajo de la puerta. El término *Seelenarzt* podía ser «peyorativo», o quizá «autoirónico». Por el estilo de la carta, concluyó que muy probablemente Herr Steiner era «medio intelectual» o quizá solo un «autor sombrío y tortuoso». Lo que realmente podía estar diciendo el autor –con una especie de vengativo triunfalismo– no estaba claro. «Me da la sensación de que se la está colando a Herr Buchholz de mala manera, pero ¿qué es lo que le está colando?» Ese mismo vecino me sugirió que le enseñara la carta a un especialista en lingüística alemana. Encontré dos e, incapaz de decidir por cuál optar, les envié la carta a ambos.

El lingüista número 1 dijo que la carta era «extraña», con errores gramaticales, oraciones incompletas y numerosos errores de puntuación. Herr Steiner parecía tener un «déficit de lenguaje», añadió, y fue un poco más allá, ofreciendo un diagnóstico concreto: «Parece un texto escrito por alguien con una forma más suave de la afasia de Wernicke», un trastorno del lenguaje causado por daños en el hemisferio izquierdo del cerebro. O podía ser que Herr Steiner simplemente se hubiera visto obligado a escribir bajo una enorme presión –al fin y al cabo, en Viena corrían tiempos difíciles–, de modo que había vertido como churros grandes cantidades de pensamientos «plasmados apresuradamente en el papel». «Yo no veo ninguna implicación sobre el origen de la niña», concluyó este lingüista, aparte de la presencia de «problemas familiares durante los cuales el padre de la niña abandonó a la familia».

El lingüista número 2 se mostró un poco más generoso con Herr Steiner. Al principio pensó que las referencias a la esposa y a la niña podían aludir a una sola persona, una «con dos personalidades». Pero luego le enseñó la carta a su esposa, que discrepó de él (ella tiende a tener más experiencia en la comprensión de significados sutiles, me explicó). La esposa compartía la

intuición de Inge Trott de que la referencia a «la hija que está sola» era intencionadamente sutil, que podía significar que el padre era una persona «desconocida», o que Herr Steiner simplemente no «quería pronunciarse».

Las opiniones no eran concluyentes. Ofrecían indicios, pero nada más, de que Leon abandonó Viena en circunstancias de considerable tensión y conflicto. Puede que estas estuvieran ocasionadas por cuestiones en torno a la paternidad de la niña o puede que no.

Que Leon podía no ser mi abuelo biológico era una idea que no se me había ocurrido nunca. Parecía una posibilidad de lo más improbable. En cierto modo no me resultaba perturbadora; puesto que él había actuado como mi abuelo y se había sentido como tal, él *era* mi abuelo, con independencia de cualquier consideración biológica. Pero las implicaciones para otras personas, sobre todo para mi madre, resultaban más difíciles de admitir. Era un asunto inesperadamente delicado.

113

Sopesé el asunto durante varias semanas, preguntándome qué hacer a continuación. Aquel proceso se vio interrumpido por un correo electrónico de Sandra Seiler, desde Long Island. También ella había estado pensando en su abuelo Emil Lindendorf, en las fotografías vienesas de él y Rita tomadas en un jardín en 1941. Había hablado con un amigo, y había surgido una idea.

«La idea de que podría haber pasado algo entre ellos tiene perfecto sentido», me escribió. Como Rita, Emil Lindendorf decidió quedarse en Viena después de que su esposa y su hija se fueran en 1939. Los dos estaban solos en Viena, sin cónyuge ni hijos. Pasaron tres años, y luego Rita se marchó. Después de la guerra Emil estaba solo, y fue en busca de Rita.

«Estuve todo el día dándole vueltas a aquello», me escribía Sandra.

Sentados en la sala de estar de Sandra unos meses antes, despegando fotografías de las páginas del álbum de Emil, habíamos mencionado la posibilidad de hacer una prueba de ADN «para estar seguros». Parecía una idea desleal, de modo que la descartamos. Pero siguió rondándonos.

Sandra y yo continuamos intercambiando correos electrónicos, y el tema de la prueba de ADN volvió a salir. Yo ya había explorado la posibilidad, le dije. Resultó ser complicado: averiguar si dos personas compartían un mismo

abuelo no era en absoluto un ejercicio sencillo; era mucho más fácil tratar de establecer si ambas compartían una misma abuela. Un abuelo compartido era un asunto más complejo desde un punto de vista técnico.

Me remitieron a una académica del departamento de genética de la Universidad de Leicester, especialista en la exhumación de fosas comunes. Ella, a su vez, me puso en contacto con una empresa que estaba especializada en tales asuntos. Existía una prueba para evaluar la probabilidad de que dos individuos de distinto género –Sandra y yo– pudiéramos compartir un mismo abuelo. Funcionaba comparando coincidencias entre segmentos de ADN (en unidades denominadas *centimorgans*). La prueba tomaba el número de segmentos coincidentes y luego sus tamaños, además del tamaño total del conjunto de todos los segmentos (o bloques) coincidentes, entre dos o más individuos. A partir de esos centimorgans y bloques era posible estimar si dos individuos estaban emparentados. La prueba no era definitiva; solo una estimación, meramente la evaluación de una probabilidad. No requería nada más que una muestra de saliva.

Después de meditarlo un poco, Sandra Seiler y yo acordamos proceder. Llegaron los materiales de la empresa. Una vez pagada cierta cantidad recibías un kit, frotabas la parte interior de la mejilla con un bastoncillo de algodón, lo metías en un contenedor de plástico sellado, enviabas el paquete a Estados Unidos, y luego esperabas. Sandra fue más valiente que yo. «Anoche froté bastante vigorosamente y hoy lo he echado al correo», me escribió con entusiasmo.

Yo esperé dos meses antes de frotar, ya que no estaba seguro de si realmente quería saberlo. Por fin froté, lo eché al correo y esperé.

Transcurrió un mes.

Llegó un correo electrónico de Sandra. Los resultados de la prueba de ADN estaban disponibles en la web. Eché un vistazo al sitio, pero la información era tan complicada que fui incapaz de determinar qué significaba, de modo que envié un correo electrónico a la empresa pidiendo ayuda. Mi contacto allí, Max, respondió puntualmente, detallándome paso a paso los resultados.

Max me explicó que tenía «alrededor de un 77 % de ascendencia judía y un 23 % de ascendencia europea». Estas cifras estaban sujetas a un amplio margen de error (el 25 %), debido a la mezcla histórica entre judíos asquenazíes y europeos. Algunos podrían encontrar «interesante» este material, añadió, en el sentido de que tales resultados tendían, según sus palabras, a «respaldar la idea de que los judíos, además de estar vinculados por su religión, son un pueblo-nación vinculado, entre otras cosas (cultura, lengua, etc.), por un origen genético común». No le hice ningún comentario a Max en torno a aquella observación, que me pareció que planteaba toda clase de cuestiones sobre la identidad, sobre el individuo y el grupo.

Max fue al grano. Puede que yo estuviera emparentado de manera «muy distante» con Sandra, me dijo, pero de hecho estaba más estrechamente emparentado con él. En ambos casos, probablemente la conexión no era más que un único ancestro común, un solo individuo que habríamos compartido «hace muchas generaciones». Había «cero posibilidades» de que Sandra y yo compartiéramos un mismo abuelo.

Era un alivio. Supongo que en realidad nunca dudé de la conclusión. O eso fue lo que me dije a mí mismo.

Leon abandonó Viena solo. Quizá lo hiciera debido a sus dudas sobre la paternidad, o porque él y Rita no se llevaban bien, o porque fue desterrado, o porque estaba harto de los nazis o les temía, o porque tuvo la oportunidad de irse, o debido a Herr Lindenfeld, o por otros miles de razones posibles. Pero no cabía duda de que él era el padre de «la hija que está sola».

Había, no obstante, otras incertidumbres. Leon se fue solo. Unos meses después Elsie Tilney viajó a Viena para recoger a su hija. Rita lo permitió, y como consecuencia se quedó sola. Se casaron en 1937, al cabo de un año nació una niña, luego hubo «discordia» en el matrimonio, «lamentables conflictos» en la relación. Acudieron al «médico del alma». Ocurría algo más, y yo aún no sabía qué era.

VIII. Núremberg



© Patrick Lawrence QC

La primera vez que entré en la sala de juicios número 600 del Palacio de Justicia de Núremberg me sorprendió su atmósfera de intimidad y la calidez creada por el revestimiento de madera. Me resultó extrañamente familiar, distinto del espacio crudo y frío que yo esperaba, y ni de lejos tan grande. Observé la presencia de una puerta de madera situada directamente detrás de los asientos donde se habían sentado los acusados, pero en aquella mi primera visita no le hice demasiado caso.

Ahora había vuelto, acompañado por Niklas Frank y ansioso por atravesar aquella puerta. Mientras Niklas deambulaba por la sala, yo permanecía bajo las ventanas, tras el espacio antaño ocupado por la larga mesa de los jueces. Las banderas de los cuatro victoriosos aliados habían desaparecido hacía tiempo de mi recorrido por la parte más externa de la sala, a lo largo de la pared con la gran pantalla blanca, pasando por detrás del estrado de los testigos, y luego siguiendo la pared de la izquierda hasta el espacio situado detrás de los asientos donde los acusados se sentaron en dos filas de bancos de madera.

Niklas abrió la puerta corredera, entró y volvió a cerrarla. Pasó un ratito, luego la puerta se abrió de nuevo, salió y caminó despacio hacia el lugar donde su padre se había sentado durante casi un año. En aquella sala, los fiscales se habían dejado la piel para obtener condenas, mientras los acusados trataban de justificar sus actos y salvarse de la soga. Los abogados argumentaron puntos oscuros, los testigos dieron sus testimonios, los jueces escucharon. Se plantearon preguntas, que a veces se respondieron. Se examinaron y estudiaron minuciosamente las pruebas: documentos, fotografías, imágenes en movimiento, piel... Hubo conmoción, lágrimas, drama y mucho tedio. Así, aparentemente fue una experiencia judicial ordinaria; pero en realidad nunca había habido ninguna como aquella: era la primera vez en la historia humana que se llevaba a juicio a los líderes de un Estado ante un tribunal internacional por crímenes contra la humanidad y genocidio, dos delitos nuevos.

A primera hora de la mañana del primer día del juicio, el 20 de noviembre de 1945, Hans Frank se despertó en una pequeña celda con un lavabo abierto en la prisión situada detrás de la sala de justicia. Alrededor de las nueve en punto fue escoltado por un guardia con un casco blanco a lo largo de una serie de pasillos hasta el pequeño ascensor que lo llevó a la sala de justicia. Atravesó la puerta corredera de madera y luego fue conducido hasta la primera fila del banquillo de los acusados. Se sentó al lado de Alfred Rosenberg, el principal teórico racial de Hitler, a seis asientos de Hermann Göring. Los fiscales se situaban a la derecha de Frank, en torno a cuatro largas mesas de madera, agrupados por nacionalidades. Los rusos, con uniforme militar, eran los que quedaban más cerca de los acusados. Luego venían los franceses, y después los ingleses. Los estadounidenses eran los que ocupaban la posición más alejada. Detrás de los fiscales se sentaban los miembros de la prensa acreditada, que no paraban de charlar ruidosamente. Por encima de ellos había unos pocos afortunados que habían obtenido acceso a la galería pública. Directamente enfrente de Frank se situaba el estrado de los jueces, todavía vacío, detrás de una hilera de taquígrafas.

Frank llevaba un traje gris y las gafas oscuras que le caracterizarían durante todo el juicio. Llevaba la mano izquierda cubierta con un guante y la mantenía apartada de la vista; una evidencia del fallido intento de suicidio. Estaba tranquilo y no mostraba ninguna emoción obvia. Otros catorce acusados siguieron a Frank a la sala de justicia, se sentaron a su izquierda y en la segunda fila. Arthur Seyss-Inquart, mano derecha de Frank y *Reichskommissar* de los Países Bajos, se sentó justo detrás de él. Había tres acusados ausentes: Ley se había suicidado, Ernst Kaltenbrunner estaba indispuerto y Martin Bormann aún no había sido detenido.¹

Aquella mañana Lauterpacht estaba en la sala, observando a los acusados, pero Lemkin se hallaba de regreso en Washington. Ninguno de los dos sabía qué había sido de su familia, desaparecida en algún lugar de Polonia. Tampoco tenían la menor información con respecto al papel que podía haber desempeñado Frank en su destino.

Exactamente a las diez en punto entró un ujier en la sala por otra puerta, esta situada cerca de la mesa de los jueces. «El tribunal entrará ahora», anunció; unas palabras que fueron inmediatamente traducidas al alemán, al

ruso y al francés a través de seis micrófonos elevados y un tosco sistema de auriculares, otra de las novedades del juicio.² Entonces se abrió una pesada puerta de madera enfrente de Frank, a la izquierda. Entraron ocho hombres de edad avanzada caminando despacio –seis de ellos vestidos con una toga negra y los dos soviéticos de uniforme militar–, y se dirigieron a la mesa de los jueces. Frank conocía a uno de ellos, aunque habían pasado diez años desde la última vez que habían estado juntos, en Berlín: Henri Donnedieu de Vabres, el juez francés.

El magistrado que presidía la sala, el inglés Sir Geoffrey Lawrence, juez del tribunal de apelación, se sentó en el centro del estrado. Calvo y de aspecto dickensiano, había sido nombrado solo unas semanas antes por Clement Attlee, el primer ministro británico,³ y elegido para presidir el juicio por los otros siete jueces porque era la única persona sobre la que habían logrado ponerse de acuerdo. Él y su esposa, Marjorie, vivían en una casa en el número 15 de Stielnerstrasse, en las afueras de la ciudad, una mansión que antaño había pertenecido a un fabricante de juguetes judío y que más tarde se había utilizado como comedor de las SS.

Cada una de las cuatro potencias aliadas había designado a dos jueces, y los acusados hicieron lo que pudieron para recabar algo de información sobre cada uno de ellos. En el extremo izquierdo –desde la posición de los acusados– se sentaba el teniente coronel Aleksandr Volchkov, un antiguo diplomático soviético, junto al general de división Iona Nikitchenko, un inflexible abogado militar de rostro severo que antaño había actuado como magistrado en los juicios propagandísticos de Stalin.⁴ Luego venían los dos jueces británicos, que posiblemente ofrecían ciertas esperanzas a Frank. Norman Birkett –que en la primavera de 1942 había compartido estrado con Lemkin como docente en la Universidad Duke– había sido predicador metodista, luego parlamentario y después juez. A su derecha estaban Sir Geoffrey Lawrence, abogado especializado en instancias superiores, y luego el más veterano de los estadounidenses, Francis Biddle, que había sucedido a Robert Jackson como fiscal general de Roosevelt y antaño había trabajado con Lauterpacht. Luego venía John Parker, un juez de Richmond, Virginia, todavía amargado por su fracasado intento de llegar al Tribunal Supremo estadounidense.⁵ Por último, los franceses ocupaban el extremo derecho de la mesa: Henri Donnedieu de Vabres, profesor de derecho penal en la Sorbona, y Robert Falco, juez del Tribunal de Apelación de París, apartado de la

judicatura a finales de 1940 por ser judío. Detrás de los jueces colgaban las cuatro banderas aliadas, un recordatorio de quiénes eran los vencedores;⁶ no había ninguna bandera alemana.

El juez Lawrence abrió la sesión. Aquel juicio era «único en la historia de la jurisprudencia mundial», empezó diciendo, para ofrecer luego una breve introducción antes de que se leyera el escrito de acusación en voz alta.⁷ Tanto Frank como los demás acusados, todos ellos hombres bien educados, escucharon cortésmente. Cada una de las acusaciones fue formulada por un fiscal de las cuatro potencias aliadas. Empezaron los estadounidenses con el primer cargo, conspiración para cometer crímenes internacionales. Luego pasaron el testigo a los ingleses y a la oronda figura de Sir David Maxwell Fyfe, que formuló el segundo cargo, crímenes contra la paz.

El tercero corrió a cuenta de los franceses: crímenes de guerra, incluido el delito de «genocidio». Frank debió de preguntarse por el significado de aquel término y cómo había llegado a formar parte del proceso, ya que el fiscal Pierre Mounier acababa de convertirse en la primera persona que lo utilizaba en un tribunal de justicia. El cuarto y último cargo, «crímenes contra la humanidad», lo formuló un fiscal soviético; otro nuevo término sobre el que Frank debió de reflexionar, enunciado por primera vez en un juicio público.

Una vez formulados los cargos, los fiscales procedieron a enumerar la letanía de hechos terribles, matanzas y otros actos de horror que se imputaban a los acusados. El equipo soviético, que abordó las atrocidades cometidas contra judíos y polacos, pronto se centró en las perpetradas en Lvov, mencionando las *Aktionen* de agosto de 1942, una cuestión que Frank conocía de primera mano, pero que Lauterpacht solo podía imaginar. El fiscal soviético se mostró sorprendentemente preciso con las fechas y cifras. Entre el 7 de septiembre de 1941 y el 6 de julio de 1943, les dijo a los jueces, los alemanes mataron a más de ocho mil niños en el campo de Janowska, en el corazón de Lemberg.⁸ Leyendo la transcripción del proceso, me pregunté si Frank debió de recordar el discurso que había dado en el auditorio de la universidad el primero de agosto o la partida de ajedrez que jugó y perdió con Frau Wächter. En las imágenes del noticiario cinematográfico, Frank no mostraba ninguna reacción perceptible.

La primera jornada se hizo larga. Una vez establecidos los hechos generales, los fiscales pasaron a los actos individuales de cada uno de los acusados. Primero Hermann Göring, luego Joachim von Ribbentrop, Rudolf

Hess, Ernst Kaltenbrunner, Alfred Rosenberg. Después Hans Frank, cuyo papel fue resumido por el fiscal estadounidense Sidney Alderman, el hombre que había apoyado a Lemkin en la cuestión del genocidio. No necesitó más que unas cuantas frases para resumir el papel de Frank. El antiguo gobernador general debía de saber lo que podía esperar puesto que su abogado, el doctor Alfred Seidl, había sido informado de los detalles.⁹ Alderman describió el papel de Frank en los años anteriores a 1939, y luego su nombramiento como gobernador general por parte de Hitler. Se afirmó que Frank ejercía cierta influencia personal sobre el Führer y había «autorizado, dirigido y participado» en crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad.¹⁰ Los acontecimientos de Polonia y Lemberg se situaron en el centro del proceso.

Lauterpacht escribió a Rachel, que había ido a ver a sus padres a Palestina, para describirle aquella jornada «llena de emoción»; un día que nunca olvidaría, pero del que solo hablaría en raras ocasiones. «Fue una experiencia inolvidable ver, por primera vez en la historia, a un Estado soberano en el banquillo.»¹¹

Mientras Lauterpacht escuchaba a los soviéticos hablar de las matanzas de Lemberg, seguía sin saber absolutamente nada sobre el paradero de su familia. La prensa advirtió su presencia como importante miembro del equipo dirigido por el imponente Sir Hartley Shawcross. El joven grupo de abogados británicos se veía «fuertemente reforzado por el profesor Lauterpacht, de la Universidad de Cambridge», informaba el *Times*, describiéndole como «una eminente autoridad en derecho internacional». Había viajado de Cambridge a Núremberg un día antes y se había alojado en el Grand Hotel, un establecimiento con un magnífico bar que se ha conservado igual hasta hoy. Se le había adjudicado el pase número 146, que le daba acceso general a todo el edificio («Este pase permite la entrada a su propietario en la zona de seguridad y la sala de justicia»).



Núremberg, 20 de noviembre de 1945; Shawcross (mirando a la cámara) entra en la sala de justicia, seguido de Lauterpacht
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC

Cuando los soviéticos formularon las acusaciones de crímenes contra la humanidad, la protección de los individuos pasó a ocupar el centro de la escena. Lauterpacht debió de escuchar las referencias al «genocidio», un concepto poco práctico que él no aprobaba, un término que temía que pudiera socavar la protección de los individuos. Le preocupaba la posibilidad de que el énfasis en el genocidio reforzara los instintos latentes de tribalismo, potenciando quizá la percepción de un «nosotros» y un «ellos», y enfrentando a un grupo contra otro.

La proximidad de los acusados, incluido Frank, le causó una profunda impresión. «Mi mesa estaba a una distancia de unos catorce metros del acusado», le explicó a Rachel, lo que le permitía una observación detallada. Era una «gran satisfacción» poder contemplar los rostros de los acusados mientras se leía públicamente la lista de sus delitos.¹² En cambio, no le dijo nada a Rachel sobre los terribles hechos descritos la jornada inicial, los acontecimientos ocurridos en Lemberg en el verano de 1942. ¿Estuvo observando a Frank con especial atención? ¿Advirtió Frank la presencia de Lauterpacht? En otro momento le pregunté a Eli si sabía dónde se sentaba su padre, en la galería pública, con los fiscales británicos o en otra parte; pero me respondió que no tenía ninguna información al respecto. «Mi padre nunca

me habló del asunto», me explicó, «y no hay ninguna foto suya en la sala de justicia.» Lo único que se conservaba era una única fotografía publicada en la revista *Illustrated London News* en la que aparecía el equipo de fiscales fuera de la sala.¹³

Un grupo de doce hombres con traje y el rostro serio. Shawcross se sienta en el centro, con las piernas y los brazos cruzados. A su derecha, mirando al fotógrafo, se sienta un sombrío David Maxwell Fyfe, y a su lado, al principio de la primera fila, Lauterpacht mira a la cámara con los brazos cruzados. Parece confiado, incluso satisfecho.



El equipo de fiscales británicos, Núremberg, Illustrated London News, diciembre de 1945 (en primera fila, de izquierda a derecha: Lauterpacht, Maxwell Fyfe, Shawcross, Khaki Roberts y Patrick Dean)

© Getty Images

Me pregunté dónde se había sentado Lauterpacht en la sala de justicia número 600. Una cálida tarde de septiembre me dirigí al archivo de Getty Images, escondido en un barrio periférico del oeste de Londres. Allí encontré numerosas fotos del juicio, incluyendo una inestimable colección encargada por el *Picture Post*, un periódico ya desaparecido que tenía a varios fotógrafos presentes en la sala del juicio. Había contactos —«sacados por un fotógrafo alemán», me dijo el archivero con una sonrisa irónica— y muchos negativos, cada uno de ellos plasmado en un frágil rectángulo de cristal fino,

lo que requería el uso de un visor especial. Era este un ejercicio que exigía mucho tiempo, puesto que había que sacar cada placa de cristal de un sobre protector de papel translúcido, luego colocarlo en el visor y finalmente enfocar este último. En el transcurso de una tarde pasaron por mis manos centenares de pequeños sobres con sus placas de cristal, en una laboriosa búsqueda de Lauterpacht. Pasaron muchas horas, pero finalmente lo vi, entrando en el tribunal el primer día del juicio, con aire receloso, vestido con traje oscuro y camisa blanca, y sus familiares gafas redondas apoyadas en el puente de la nariz. Andaba detrás de Hartley Shawcross, que miraba fijamente a la cámara con cierto desdén. Los dos hombres estaban a punto de ver a los acusados.

Examiné todas y cada una de las pequeñas y numerosas placas de cristal, escudriñando los diminutos rostros, confiando en encontrar otra en la que apareciera Lauterpacht. Había tantas personas en el tribunal aquel día que el ejercicio era como buscar un rostro familiar en un cuadro de Brueghel. Al final lo encontré, y casualmente a escasa distancia de Frank.

La fotografía se había tomado la jornada inicial desde la buhardilla situada sobre la sala de justicia, mirando hacia abajo. Los acusados aparecían en la esquina inferior derecha, con la figura dominante de Hermann Göring bien visible, inclinándose hacia delante, vestido con un traje de color claro demasiado grande para él. En el banquillo, cinco puestos a la izquierda de Göring, justo antes de que la imagen se viera interrumpida por el umbral de la apertura que había permitido tomarla, pude ver la cabeza medio inclinada de Frank. Estaba sentado junto a Alfred Rosenberg, que parecía estar mirando algo en el regazo de Frank.

En la parte central de la foto, conté cinco largas mesas de madera, cada una con nueve o diez asientos a su alrededor. El equipo de fiscales británicos se sentaba en la segunda mesa contando por la izquierda. Allí estaba David Maxwell Fyfe, sentado a la izquierda del fiscal soviético, que se hallaba de pie en el atril dirigiéndose a los jueces, que quedaban todavía más a la izquierda, fuera de imagen. Lauterpacht aparecía en el extremo de aquella misma mesa, con las manos apretadas bajo la barbilla, con aire absorto y reflexivo. Miraba en dirección a los acusados, y solo unas pocas mesas y sillas le separaban de Frank.

Este último debía de tener muchas preocupaciones aquel día. Según les explicó a Alfred Rosenberg y Baldur von Schirach, el antiguo *Gauleiter* de

Viena que supervisó la deportación de más de quince mil judíos vieneses – entre ellos Malke Buchholza Theresienstadt, le había escrito Brigitte diciéndole que había enviado a Niklas y a sus otros hijos a mendigar pan por las calles.

«Dígame, Rosenberg, ¿eran necesarios toda esa destrucción y sufrimiento?», preguntó Frank. «¿Qué sentido tenía toda esa política racial?»¹⁴

Baldur von Schirach oyó explicar a Rosenberg que él no esperaba que su versión de política racial se tradujera en matanzas y en guerra. «Yo solo buscaba una solución pacífica.»

118

Frank declaró el segundo día, en presencia de Lauterpacht. Como a los demás acusados, le dieron dos opciones: «culpable» o «inocente». Los cinco que hablaron antes que él optaron por «inocente».

«Hans Frank», llamó el juez Lawrence con voz grave y ponderada, invitando al jurista alemán a tomar la palabra. A Martha Gellhorn, la corresponsal de guerra estadounidense que estaba aquel día en el tribunal, le llamó la atención el «rostro pequeño y vulgar» de Frank, sus mejillas sonrosadas que enmarcaban una «afilada naricita», y su «pelo negro y lustroso». ¹⁵ Le pareció que tenía un aire paciente, como un camarero en un restaurante vacío, silencioso y tranquilo en comparación con Rudolf Hess, que no paraba de moverse nerviosamente.

Las gafas oscuras de Frank mantenían al resto del mundo apartado de sus ojos, que podrían haber revelado algo parecido a una emoción. Había tenido mucho tiempo para sopesar los pros y los contras de las dos opciones, y para pensar detenidamente en las oportunidades que ofrecían a la fiscalía los treinta y ocho volúmenes incriminatorios de sus diarios. Si había pensado en expresar algún grado de responsabilidad, quizá solo el mínimo necesario para diferenciarle de los demás acusados, no estaba dispuesto a mostrarlo.

«Me declaro inocente.»¹⁶ Habló con determinación, y luego volvió a sentarse en el duro banco. Encontré una foto en la que aparecía con la mano izquierda enguantada apoyada en la baranda del banquillo y la chaqueta abotonada hasta arriba, alzándose erguido y orgulloso, y mirando con firmeza

a los jueces, mientras era observado con curiosidad por uno de los abogados defensores.



*«Me declaro inocente»; Hans Frank, 21 de noviembre de 1945
© Getty Images*



Palacio de Justicia de Núremberg, 20 de noviembre de 1945
© Niklas Frank

Ninguno de los acusados escogió la opción de «culpable». Aunque en general se comportaron con corrección, hubo un único incidente ocasionado por Göring, que de repente se levantó para dirigirse al tribunal, propiciando la inmediata y firme intervención del juez Lawrence. Siéntese y no hable. Göring no ofreció resistencia, en un momento que ilustra el silencioso cambio de poder que se había producido. En su lugar, se invitó a Robert Jackson a exponer los argumentos de la acusación.

Durante la hora siguiente, Jackson pronunció palabras que le harían famoso en todo el mundo. Lauterpacht se sentaba cerca detrás de su admirado colega, observándolo mientras daba los pocos pasos que le separaban del atril de madera, en el que colocó ordenadamente sus papeles y una pluma. Desde un ángulo distinto, tras las filas de la defensa alemana y observando atentamente al estadounidense, Frank podía estudiar los rasgos del principal artífice de la acusación.

«El privilegio de abrir el primer juicio de la historia por crímenes contra la paz del mundo impone una grave responsabilidad», dijo Jackson, construyendo cuidadosamente cada palabra para señalar su importancia.¹⁷ Habló de la generosidad de los vencedores y la responsabilidad de los vencidos, de los agravios deliberados, malignos y devastadores que había que condenar y castigar. La civilización no toleraría que se la ignorara, y no debían repetirse. «Que cuatro grandes naciones, eufóricas por la victoria y agraviadas por la ofensa, renuncien a la venganza y sometan voluntariamente a sus enemigos cautivos al juicio de la ley constituye uno de los tributos más significativos que el poder ha rendido nunca a la razón.»¹⁸

Hablando con voz tranquila y pausada, Jackson captó la intensidad única de aquel prolongado momento en la sala de justicia, lo reforzó y ofreció una salida práctica. Sí, el tribunal era «novedoso y experimental», reconoció, creado con el fin de «utilizar el derecho internacional para afrontar la mayor amenaza». Pero también se pretendía que fuera práctico, no orientado a vindicar oscuras teorías legales, y, desde luego, no se dedicaba a «castigar delitos menores cometidos por personajillos». Los acusados eran hombres que habían tenido un gran poder, que habían utilizado «para desencadenar males que afectan a todos los hogares del mundo».

Jackson habló de la «pasión teutónica por la minuciosidad de los acusados», de su propensión a dejar constancia de sus actos por escrito. Describió el trato dado a los grupos nacionales y a los judíos, las «matanzas de incontables seres humanos a sangre fría», la comisión de «crímenes contra la humanidad». Eran ideas de las que había hablado con Lauterpacht en Nueva York en 1941, y de nuevo, cuatro años después, en el jardín de Cranmer Road; los mismos temas que había planteado en Indianápolis en septiembre de 1941, cuando Lemkin le oyó exigir un «imperio de la ley» contra la anarquía internacional.

Jackson se detuvo en la persona de Hans Frank, que pareció animarse al escuchar su nombre. «Abogado de profesión, lo digo con vergüenza», y una de las personas que habían contribuido a redactar las Leyes de Núremberg. Jackson presentó los diarios de Frank, extrayendo frases con facilidad de aquel registro cotidiano de reflexiones privadas y discursos públicos, en la que constituía una primera indicación del papel central que iban a desempeñar los diarios en el proceso. «No puedo eliminar a todos los piojos y judíos en solo un año», había dicho Frank en 1940. Un año después hablaba

con orgullo del millón y pico de polacos que había enviado al Reich. Y todavía en 1944, pese a que los soviéticos se estaban acercando ya a Cracovia, Frank seguía en sus trece, proclamando que los judíos eran «una raza que hay que eliminar».¹⁹ Los diarios eran una mina de oro que había que explotar. Si Frank tenía el menor barrunto del uso que se iba a dar a sus palabras, desde luego no lo dejó entrever.

Tan rica evidencia permitió a Jackson terminar su alegato con una sencilla petición. El juicio era un «esfuerzo por aplicar la disciplina de la ley a estadistas», y su utilidad se mediría por su capacidad de poner fin a la anarquía, del mismo modo que la nueva Organización de las Naciones Unidas ofrecía la perspectiva de avanzar hacia la paz y el imperio de la ley. Pero la «verdadera parte demandante», les dijo Jackson a los jueces, no eran los aliados, sino la propia «civilización». Dado que los acusados habían llevado al pueblo alemán a tan bajo «extremo de miseria», desencadenando odios y violencia en todos los continentes, la única esperanza de estos era que el derecho internacional no supiera estar a la altura de la moralidad. Los jueces debían tener claro que «las fuerzas del derecho internacional» estaban «del lado de la paz, de manera que los hombres y mujeres de buena voluntad, en todos los países, puedan tener “permiso para vivir sin permiso de nadie, al amparo de la ley”».²⁰ Lauterpacht reconoció las palabras citadas por Jackson, que pertenecían al poema de Rudyard Kipling «La vieja cuestión», que evocaba los hechos acaecidos en la Inglaterra de 1689, la lucha por someter al todopoderoso soberano inglés a las restricciones de la ley.

Mientras hablaba Jackson, Lauterpacht no dio ninguna muestra de emoción. Él era un hombre pragmático, estoico, paciente. El discurso de Jackson, le diría luego a Rachel, había sido magnífico e histórico, un «gran triunfo personal».²¹ También halló satisfacción en la contemplación de los rostros de Frank y los demás acusados, obligados a oír el relato de sus atrocidades. En cuanto terminó Jackson, Lauterpacht se acercó a él y le estrechó la mano, un contacto que duró «un minuto largo». Sin duda debió de advertir al menos una notable omisión en las palabras de Jackson: pese al apoyo ofrecido a Lemkin en mayo, y luego de nuevo en octubre, cuando se completó el escrito de acusación, Jackson no empleó el término «genocidio».

Lauterpacht dejó Núremberg el tercer día del juicio para volver a Cambridge y a sus clases. Viajó en compañía de Shawcross, al que necesitaban en Londres por asuntos de gobierno. Ello obligó a retrasar el discurso inicial de los ingleses hasta el 4 de diciembre, ya que Shawcross no deseaba que su ayudante, Maxwell Fyfe, fuera el primer orador británico.

El viaje de vuelta a casa de Lauterpacht se alargó debido al mal tiempo. Cuando el pequeño avión aterrizó en el aeropuerto de Croydon, él se sentía enfermo. Siempre había dormido mal, pero las últimas noches se le habían hecho todavía más duras, atormentado por los detalles que había escuchado en la sala de justicia. Las palabras escritas en los diarios de Frank, los temores e incertidumbres con respecto a su familia de Lwów, la sensación de fracaso y el sentimiento de responsabilidad por no haber logrado persuadirles de que se trasladaran a Inglaterra... A aquellas preocupaciones personales se sumaban sus dudas profesionales sobre la poca calidad del discurso inicial de Shawcross, que estaba mal estructurado y tenía una débil base jurídica.²²

Después del gran discurso inicial de Jackson, los ingleses estaban obligados a subir el listón, le dijo primero a Rachel y luego al propio Shawcross, lo cual no era tarea fácil, ya que el fiscal general había escrito importantes partes del discurso. Shawcross le pidió a Lauterpacht que mejorara el borrador, una invitación que no podía rechazar. Ignorando las instrucciones de su médico de que hiciera reposo, Lauterpacht dedicó toda una semana a la tarea, que representaba una oportunidad para promover sus propias ideas sobre la protección de los individuos y los crímenes contra la humanidad. Escribió el borrador de su puño y letra, y luego le pasó el manuscrito a la señora Lyons, su fiel secretaria, que mecanografió el texto para su posterior revisión. El texto final mecanografiado ocupaba treinta páginas, que se enviaron en tren desde Cambridge a la estación de Liverpool Street en Londres para su entrega en el despacho de Shawcross.

Eli conservaba el manuscrito original de su padre, donde pude ver cómo abordaba este el principal tema que le había asignado Shawcross, el recurso de Alemania a la guerra, que Lauterpacht presentaba mejor ordenado.²³ Luego introducía argumentos sobre el tema por el que sentía mayor pasión, los derechos del individuo. El texto que redactó se inspiraba de manera bastante evidente en las ideas que ya había formulado en *An International Bill of the Rights of Man*, publicado unos meses antes. La esencia de su pensamiento se resumía en una sola frase: «En el pasado la comunidad de

naciones ha proclamado y afirmado con éxito el derecho a interceder en nombre de los derechos violados del hombre pisoteado por el Estado de forma deliberada para sacudir la conciencia moral de la humanidad.»²⁴

Estas palabras invitaban al tribunal a dictaminar que los aliados tenían derecho a utilizar la fuerza militar para proteger los «derechos del hombre». El argumento, al que en ocasiones se alude como «intervención humanitaria», era polémico entonces y sigue siéndolo hoy. De hecho, el mismo día en que vi por primera vez el manuscrito original de Lauterpacht, el presidente estadounidense, Barack Obama, y el primer ministro británico, David Cameron, intentaban persuadir al Congreso y al Parlamento de sus respectivos países de que la intervención militar en Siria estaba legalmente justificada para proteger los derechos humanos de cientos de miles de individuos. Los argumentos que presentaron –sin éxito– se basaban en ideas expresadas por Lauterpacht, reflejadas en el concepto de crímenes contra la humanidad, actos tan atroces que daban derecho a otros a actuar en calidad de protectores. Lauterpacht argumentaba que él no hacía más que desarrollar ideas ya existentes, normas bien establecidas. El argumento –que en 1945 era muy ambicioso– se planteaba ahora desde su posición de abogado, no de erudito.

El borrador de Lauterpacht no hacía referencia alguna al genocidio, ni a los nazis, ni a los alemanes como grupo, ni a los crímenes contra los judíos o los polacos, ni, de hecho, a los crímenes contra cualesquiera otros grupos. Lauterpacht daba la espalda a la identidad de grupo en el ámbito del derecho, ya fuera como víctima o como verdugo. ¿Por qué ese planteamiento? Él nunca lo explicó del todo, pero a mí siempre me ha dado la impresión de que tenía que ver con lo que había experimentado en Lemberg, en las barricadas, observando por sí mismo cómo un grupo se volvía contra otro. Más tarde pudo comprobar de primera mano cómo el deseo del derecho de proteger a algunos grupos –tal como se reflejaba en el Tratado de las Minorías polaco– podía crear una fuerte reacción violenta. Las leyes mal diseñadas podían tener consecuencias imprevistas, provocando los mismos males que pretendían evitar. Yo simpatizaba instintivamente con la visión de Lauterpacht, que venía motivada por un deseo de reforzar la protección de cada individuo independientemente de a qué grupo resultaba pertenecer; de limitar la poderosa fuerza del tribalismo, no de potenciarla. Al centrarse en el

individuo, y no en el grupo, Lauterpacht quería reducir la fuerza del conflicto intergrupal. Era esta una visión racional, ilustrada, y también idealista.

El principal valedor del argumento contrario era Lemkin. Este no se oponía a los derechos individuales, pero creía que centrarse excesivamente en los individuos era ingenuo, que equivalía a ignorar la realidad del conflicto y la violencia: se atacaba a los individuos *por* ser miembros de un determinado grupo, no debido a su calidad de individuos. Para Lemkin, el derecho debía reflejar el verdadero motivo y la intención real, las fuerzas que explicaban por qué se mataba a determinados individuos de determinados grupos objetivo. Para él, centrarse en el grupo era el planteamiento práctico.

Pese a sus orígenes comunes, y el deseo compartido de un planteamiento eficaz, Lauterpacht y Lemkin discrepaban claramente en las soluciones que proponían a una importante cuestión: ¿cómo podía ayudar el derecho a evitar las matanzas? Proteged al individuo, decía Lauterpacht; proteged al grupo, decía Lemkin.

120

Lauterpacht completó el borrador del discurso para Shawcross y lo envió a Londres el 29 de noviembre, sin hacer referencia alguna al genocidio ni a los grupos. Luego se permitió una modesta celebración, un paseo en la oscuridad hasta el bar de profesores del Trinity College y una sola copa de oporto.²⁵ Al día siguiente, Shawcross envió una educada nota de agradecimiento.

Shawcross volvió a Núremberg sin Lauterpacht para pronunciar el discurso inicial británico. El 4 de diciembre, el fiscal general se dirigió al tribunal poco después de la proyección de la que sería la primera de una serie de desoladoras películas sobre los campos de concentración, que dejó a muchos de los presentes en un estado de considerable aflicción. El brutal contenido del granuloso filme en blanco y negro acrecentó la aureola de calma metódica adoptada por Shawcross en su discurso mientras enumeraba los actos de agresión nazis cometidos en toda Europa. Empezando por Polonia en 1939, pasó luego a 1940 y a Bélgica, Holanda, Francia y Luxemburgo; luego a Grecia y Yugoslavia a comienzos de 1941, y finalmente a Rusia en junio de 1941, en la Operación Barbarroja.

Los argumentos jurídicos de Shawcross se inspiraron en gran medida en el

borrador de Lauterpacht. Un largo pasaje del discurso utilizaba las palabras del académico de Cambridge para argumentar que el concepto de crímenes contra la humanidad estaba bien establecido, y que desde hacía tiempo la «comunidad de naciones» había afirmado «el derecho a interceder en nombre de los derechos violados del hombre pisoteados por el Estado de forma deliberada para sacudir la conciencia moral de la humanidad».²⁶ Esta parte del discurso ocupaba quince páginas impresas, doce de las cuales habían sido escritas por Lauterpacht. En lo relativo a los crímenes contra la humanidad y los derechos de los individuos, Shawcross reprodujo las palabras exactas de Lauterpacht, argumentando de manera convincente que el tribunal debía erradicar la tradición de que los soberanos podían actuar como quisieran y eran libres de matar, mutilar y torturar a su propio pueblo.

Lauterpacht había instado a Shawcross a anticiparse a los argumentos de los acusados, a la posibilidad de que estos afirmaran que, dado que los Estados no podían cometer delitos conforme al derecho internacional, de ello se seguía que los individuos que servían a dichos Estados tampoco podían ser culpables de delitos. Pero Shawcross declaró al tribunal que un Estado podía ser criminal, y entonces era imperativo reprimir sus crímenes por medios «más drásticos y más efectivos que en el caso de los individuos». Los individuos que actuaban en nombre de tal Estado eran «directamente responsables» y había que imponerles los castigos pertinentes. Göring, Speer y Frank estaban en su punto de mira.

El núcleo del argumento de Shawcross era obra de Lauterpacht. «El Estado no es un ente abstracto», proclamó el fiscal general británico, empleando una formulación que se repetiría con frecuencia ante el tribunal y también mucho después. «Sus derechos y deberes son los derechos y deberes de los hombres»; sus acciones, las de los políticos, que «no deberían poder buscar inmunidad tras la personalidad intangible del Estado». Eran palabras radicales, que abrazaban el concepto de responsabilidad individual, situando los «derechos humanos fundamentales» y los «deberes humanos fundamentales» en el corazón de un nuevo sistema internacional. Si eso era una innovación, concluyó Shawcross, era una innovación que había que defender.

Siguiendo el ejemplo de Lauterpacht, Shawcross no hizo mención alguna del genocidio. Mientras el jurista hablaba en Núremberg, Lauterpacht daba una conferencia en Cambridge sobre el papel del juicio a la hora de potenciar

la protección de los individuos. Tras la conferencia, T. Ellis Lewis, uno de los profesores de Trinity Hall, envió una nota de agradecimiento por una «ejecución excelente»: «Ha hablado usted con convicción, de cabeza y de corazón, y con la imparcialidad que uno espera de un jurista que conoce su tema.»²⁷

121

Durante las primeras semanas del juicio se presentaron ante los jueces argumentos legales novedosos y terribles evidencias sin parangón. Además de documentos tales como los diarios de Frank, se expusieron ante ellos objetos grotescos –piel humana tatuada, una cabeza reducida– y se proyectaron películas en la gran pantalla blanca que colgaba al fondo de la sala. La aparición de Hitler en un corto provocó una conmoción entre los acusados. «¿Es que no sienten la tremenda fuerza de su personalidad?», se oyó decir a Von Ribbentrop, «¿cómo volvía loca a la gente?» La fuerza de su personalidad era *erschütternd*. Estremecedora.²⁸

Otros filmes suscitaron reacciones más comedidas, especialmente las escenas rodadas en campos y guetos de toda Europa. Una película privada –realizada por un soldado alemán que participó en un pogromo en Lemberg– ofreció, según la revista *New Yorker*, una especie de acompañamiento «a los textos leídos en voz alta del diario de Frank, el gobernador general nazi de Polonia».²⁹ ¿Acaso aquella interacción de palabras e imágenes hizo reflexionar a este último sobre la prudencia de sus actos en Varsovia o la decisión de no destruir sus diarios? ¿Recordó la orden de Hitler de que había que «arrasar» Varsovia? ¿O el telegrama de autobombo que envió al Führer –descubierto más tarde por los soviéticos– en el que evocaba lo maravilloso que resultaba ver Varsovia «envuelta en llamas»? ¿O el informe, finamente encuadernado, elaborado por el general de las SS Jürgen Stroop sobre la destrucción del gueto? ¿O su propia visita al gueto de Varsovia en compañía de Curzio Malaparte? ¿O la niña del vestido rojo, la que sonreía en la película casera que había conservado consigo hasta el final de su reinado?

Si hubo alguna de tales reflexiones, el rostro de Frank no las reveló: no mostró ninguna emoción más allá de algún que otro reflejo ocasional de «tensa atención», ocultando siempre los ojos tras sus gafas oscuras.³⁰ Al

parecer, no era porque sintiera vergüenza, sino porque se concentraba en los argumentos legales, elaborando afanosamente notas de protesta y de reacción a tales filmes. La película sobre Varsovia ofrecía solo una versión de una historia que resultaba más compleja, declaró a los jueces su abogado, Seidl, que pidió que se concediera a Frank el derecho a replicar de inmediato. Su solicitud fue rechazada. Frank tendría la oportunidad de dirigirse al tribunal, pero más adelante.

Las películas fueron visionadas por la prensa, además de los observadores presentes en la galería pública. A lo largo del juicio hubo entre el público una serie de visitantes notables, entre los que se contaron Fiorello La Guardia, el antiguo alcalde de Nueva York, escritores como Evelyn Waugh y John Dos Passos, académicos, oficiales militares e incluso actores. Los visitantes se sentían atraídos por los artículos que aparecían cada día en los medios de comunicación, la perspectiva de ver la «energía teatral» de Hermann Göring, resplandeciente con su «ropa exclusiva».³¹ También se sentaban en la galería pública unos cuantos familiares de los jueces y fiscales, entre ellos Enid Lawrence, la hija de veintiún años del juez Lawrence, que presidía el proceso.

Enid Lawrence, que más tarde se convertiría en Lady Dundas, más conocida como Robby, me invitó a tomar el té en su tranquilo y ordenado apartamento de Kensington. Era una de las pocas personas que aún quedaban que podían ofrecer un relato de primera mano de las jornadas iniciales de la vista. Viuda de un héroe de la batalla de Inglaterra, hablaba con resignada energía y claridad de su primera visita a Núremberg, en diciembre de 1945, cuando se alojó con sus padres.³² Había llevado un pequeño diario de bolsillo cuyas entradas había escrito a lápiz, y en esta ocasión lo utilizó para refrescar la memoria.

Viajé a Núremberg por asuntos oficiales, me explicó, ya que durante la guerra trabajó para los aliados, y, una vez terminada esta, en el empleo de agentes dobles. Fue a Núremberg para entrevistar al acusado Alfred Jodl, uno de los jefes de operaciones de la Wehrmacht. «Un hombre menudo y bastante agradable», me dijo, y también bastante dispuesto a cooperar. Él no tenía la

menor idea de que la joven que lo entrevistaba era hija del juez que presidía el proceso, ni de que dedicaba el tiempo libre a visitar los sitios de Núremberg.

Ella admiraba a su padre, un «hombre honrado» no contaminado por la ambición o la ideología, con poco interés en los debates teológicos sobre el genocidio o los crímenes contra la humanidad, o las sutiles distinciones entre la protección de los grupos o de los individuos. Había sido nombrado a instancias de Winston Churchill, que, como él, pertenecía a un club privado cuyos miembros se reunían para cenar y hablar de política, The Other Club. El trabajo, tal como su padre lo veía, consistía simplemente en aplicar la ley a los hechos, y hacerlo de manera rápida y equitativa. Esperaba estar de vuelta en casa en cuestión de seis meses.

La presidencia le llegó por azar, añadió Robby, porque fue el único juez que todos estuvieron dispuestos a aceptar: «Los rusos no querían a los americanos; los americanos no querían a los rusos ni a los franceses; los franceses no querían a los rusos.» Su padre nunca escribiría sobre el juicio, al menos en detalle, a diferencia de Biddle, el juez estadounidense, que escribió un libro,³³ o de Falco, el juez francés, que llevó un diario que no se publicaría hasta setenta años después del juicio.³⁴

«Mi padre no aprobaba el diario de Biddle», me dijo Robby con aspereza. Las decisiones que los jueces tomaban en privado debían mantenerse en privado.

Enid llegó a conocer a los otros jueces. ¿El general Nikitchenko? «Estaba controlado por Moscú.» Su suplente, el teniente coronel Volchkov, con quien tuvo ocasión de bailar más de una vez, era «más humano». Le enseñó a decir «te quiero» en ruso (su padre seguiría en contacto con él después del juicio, pero un día las cartas se interrumpieron, y el Foreign Office le aconsejó que mantuviera las distancias). Donnedieu era viejo y «bastante inaccesible». Su padre estaba mucho más próximo a Falco, el suplente francés, y después del juicio ambos se hicieron buenos amigos. También le gustaba Biddle, «un americano estilo Ivy League».

De entre los fiscales, al que más admiraba Robby era Maxwell Fyfe, porque estaba «encima de todo» y era un abogado comprometido que había estado presente en la sala durante todo el juicio. Yo interpreté el comentario como una crítica velada a Shawcross, que solo compareció en las vistas en momentos clave, pero en general no hizo acto de presencia, a diferencia de

Jackson, que permaneció en Núremberg durante todo un año. Robby se mostró reticente a decir nada más, pero no era la primera persona que expresaba una marcada aversión hacia Shawcross, a quien muchos consideraban altivo y prepotente, aunque un buen abogado.

A primeros de diciembre, Robby pasó cinco días en la sala de justicia número 600. Esta era mayor que las salas de juicios inglesas, y la traducción simultánea a través de auriculares constituía una novedad. La escena era arrolladoramente masculina: todos los jueces, todos los acusados y todos los fiscales eran varones. Las únicas mujeres eran las taquígrafas y las traductoras (una de ellas, con una gran mata de cabello rubio, era conocida entre los jueces como «el almiar apasionado»),* y algunas periodistas y escritoras.

Enid recordaba a los acusados como «una pandilla memorable». Göring destacaba entre los demás porque «así lo pretendía», en gran medida era el líder. Hess era «muy visible», con un comportamiento «muy peculiar», que incluía extraños y constantes movimientos faciales. Kaltenbrunner tenía un «rostro fino y alargado, parecía muy cruel». Jodl tenía un «aspecto agradable»; su jefe Wilhelm Keitel «parecía un general, un soldado». Franz von Papen era «muy bien parecido». Ribbentrop atrajo una gran atención de la prensa de Londres debido a lo conocido de su nombre. Hjalmar Schacht era «pulcro y distinguido». ¿Albert Speer? «Sencillamente extraordinario», debido a su porte y su control. ¿Streicher? «Absolutamente horrible.» Robby Dundas sonrió mientras añadía: «Tenía un aspecto horrible; todo en él era horrible.»

¿Frank? Sí, también recordaba a Hans Frank, con sus gafas oscuras. Parecía insignificante, encerrado en sí mismo. Robby me recordó que por entonces los periódicos ingleses publicaron una despiadada caricatura suya, obra del dibujante David Low.³⁵ «Puede que haya diversidad de opiniones con respecto a quién merece el premio a la “persona más repugnante presente”», escribió Low, pero él se sentía obligado a votar sin duda alguna por Frank, «el carnicero de Varsovia». La combinación de su fija mirada de desprecio y su mascullar entre dientes le hacía acreedor del voto del dibujante.

«¿Era él el que lloraba todo el rato?», preguntó Robby de repente, lo que me hizo recordar que otros también habían hablado de las lágrimas de Frank.

Sí, le respondí. Ella estaba en el tribunal el día en que se proyectó una película sobre Hitler, que hizo que Ribbentrop y otros lloraran desconsolados.

Los momentos de horror seguían vivos. Recordaba la evidencia de una mujer comandante de Dachau, que hacía «pantallas para lámparas con piel humana». Mientras hablaba, sacudía despacio la cabeza, como si tratara de ahuyentar aquel recuerdo, y bajó la voz hasta hacerla casi imperceptible.

«La mayor parte del tiempo era muy aburrido; entonces pasaba algo, y mi reacción era el horror.» Hizo una pausa. «Fue horrible...»

Robby oyó la lectura de varios extractos del informe de Strop, titulado «El gueto de Varsovia ya no existe».

Sentada en la galería pública, también estuvo escuchando mientras se leían en voz alta fragmentos del diario de Frank. Palabras tales como: «Que condenemos a 1.200.000 judíos a morir de hambre debería ser solo una anotación marginal.»³⁶

Vio piel humana, según se explicó, procedente de cuerpos de Buchenwald. Recordó que había oído hablar de tatuajes hechos en carne viva.

Todas aquellas evidencias tuvieron un profundo efecto en Robby Dundas, que había persistido durante más de siete décadas. «Aborrezco a los alemanes», dijo de repente y del modo más inesperado. «Siempre lo he hecho.» Luego, una sombra de pesar asomó a su rostro tímido y algo coqueto. «Lo siento mucho», dijo en voz tan queda que apenas pude oír sus palabras. «Es solo que no les he perdonado.»

¿Y qué fue de Lemkin? Cuando habían pasado dos meses de un juicio que había empezado bastante bien para las ideas que él propugnaba, todos sus esfuerzos parecieron haber quedado en nada. El primer día, los fiscales franceses y soviéticos hicieron mención del genocidio a la entera satisfacción de Lemkin. Luego vinieron los estadounidenses y los británicos, pero estos evitaron mencionar el término. Para su consternación, transcurrió el resto de noviembre y todo el mes de diciembre –treinta y un días de vistas– sin que se pronunciara el vocablo en el tribunal.

Lemkin seguía los acontecimientos desde Washington, alejado de Núremberg por el equipo de Jackson. Era frustrante leer las transcripciones

diarias cuando llegaban a la Oficina de Crímenes de Guerra, donde trabajaba como asesor, leer reportajes que no hacían mención alguna del genocidio. Puede que los senadores del Sur de Estados Unidos estuvieran coaccionando a Jackson y su equipo, temerosos de las implicaciones que el cargo de genocidio podía tener en la política local con respecto a los amerindios y los afroamericanos.

El equipo de Jackson se esforzó activamente en mantener a Lemkin alejado del juicio. Después de las dificultades que había causado en Londres en el mes de octubre, con su díscolo comportamiento, eso no era ninguna sorpresa. Ahora sus talentos se dirigían, en cambio, a la preparación de otro juicio por crímenes de guerra, que se esperaba que diera comienzo en abril de 1946, en Tokio. Aun así, se le había encargado la tarea de investigar las actividades de Karl Haushofer, un general alemán de la Primera Guerra Mundial que más tarde había sido académico en Múnich, además de conocido del escritor Stefan Zweig. Se decía que Haushofer había sentado las bases intelectuales del concepto de *Lebensraum*, la necesidad de obtener mayor espacio vital para los alemanes mediante la apropiación de territorios de otros, y que Rudolf Hess había sido su ayudante de investigación. Lemkin recomendó que se procesara a Haushofer, pero Jackson se opuso alegando que su actividad se había limitado a «la docencia y la escritura». En su momento, el asunto crearía polémica después de que Haushofer y su esposa se suicidaran.³⁷

El 20 de diciembre, el tribunal interrumpió sus sesiones por las vacaciones de Navidad. Donnedieu volvió a su piso en el boulevard Saint-Michel de París, donde le aguardaba una carta de Lemkin acompañada de un ejemplar de *El dominio del Eje*. La respuesta, que Lemkin recibió en enero de 1946, debió de haber despertado el deseo del jurista polaco de reincorporarse al juicio. «Tal vez tenga el placer de volver a verle en Núremberg», escribía tentadoramente el juez francés. Los dos hombres se conocían desde la década de 1930, de las reuniones de la Sociedad de Naciones. «Me alegra mucho haber recibido su carta y sus noticias», añadía Donnedieu, en una fina caligrafía, sorprendido de que la carta de Lemkin hubiera tardado tanto en llegar. «Soy juez en el Tribunal Militar Internacional», proseguía, como si Lemkin no lo supiera.³⁸

El francés valoraba el libro de Lemkin como una obra «importante». No había leído todas sus páginas, admitía, porque sus responsabilidades solo le permitían tiempo para leerlo «por encima». Pero sí había leído el capítulo 9 y

creía que el vocablo «genocidio» era «muy correcto», un término que designaba «de forma expresiva» el «terrible crimen que ocupa la atención de nuestro Tribunal». Lemkin debió de sentirse alentado por aquellas palabras, aunque a la vez era lo bastante sagaz como para reconocer su ambigüedad. Al fin y al cabo, Donnedieu era un hombre que había sido capaz de aceptar la invitación de Frank de ir a verle a Berlín en 1935.

«Por desgracia, Polonia ha sido la víctima principal», proseguía el juez francés. Una afirmación curiosa, dado que el juez había visto las pruebas. Desde luego que Polonia era una víctima, pero ¿la víctima principal? Quizá estaba siendo cortés con Lemkin, que era polaco; quizá ignoraba que Lemkin era judío. ¿Ha sabido algo de «nuestro amigo Rappaport»? preguntó el magistrado, aludiendo al juez del Tribunal Supremo polaco, el hombre que en octubre de 1933 había advertido a Lemkin de que no viajaría a Madrid. (Rappaport sobrevivió a la guerra y fue nombrado presidente del Tribunal Supremo Nacional de Polonia, donde se celebraron los juicios penales de Amon Göth –al que haría famoso la película *La lista de Schindler*–, el colega de Frank Josef Bühler, y el comandante de Auschwitz Rudolf Höss, todos ellos condenados a muerte.)³⁹

Donnedieu mencionaba que había perdido a un yerno en la guerra, muerto un año antes, «en la Resistencia», y que estaba en contacto con Vespasian Pella, que se encontraba en Ginebra escribiendo un libro sobre crímenes de guerra. La carta de Donnedieu llegó primero a la dirección de Londres desde la que Lemkin había escrito unos meses antes, y desde allí se reenvió a Washington. Finalmente Lemkin la recibió en el pequeño apartamento que tenía en el hotel Wardman Park. Si pretendía que el genocidio tuviera alguna fuerza en aquel juicio, Lemkin sabía que tenía que desplazarse a Núremberg.

Cuando le planteé por primera vez el tema de cómo o cuándo se había enterado su padre de lo que les había ocurrido a sus propios padres y a otros miembros de su familia en Lemberg y en Żólkiew, Eli me respondió, más bien secamente, que no lo sabía. En casa nunca se había mencionado el tema. «Supongo que quería protegerme, así que nunca se lo pregunté.» Aquel era

un silencio familiar, el mismo escogido por Leon y por muchos otros, y respetado por quienes los rodeaban.

La improbable cadena de acontecimientos que llevó a la reunión entre Lauterpacht y su sobrina Inka solo se reveló en una conversación que mantuve con Clara Kramer, que había sido vecina de los Lauterpacht en Żółkiew. Uno de sus compañeros cuando estuvo oculta en Żółkiew fue un hombre llamado Melman, que se desplazó a Lemberg tras la liberación de la ciudad para averiguar quién podía haber sobrevivido. Allí acudió a un comité de asistencia judío, donde dejó una lista de nombres, los pocos judíos que habían sobrevivido en Żółkiew, entre quienes se incluían algunos Lauterpacht. La lista se colgó en una pared de la oficina del comité, a la que casualmente se dirigió Inka tras abandonar el convento que le había dado refugio durante la ocupación alemana. Vio los nombres de Żółkiew, se puso en contacto con Melman, y luego viajó a la ciudad. Allí le presentaron a Clara Kramer.

«Melman volvió acompañado de aquella hermosa belleza», me explicó Clara con emoción. «Era guapísima, como una Virgen, mi primera amiga cuando abandoné mi escondite.» Inka, tres años más joven que Clara, se convirtió en su mejor amiga, y durante muchos años mantuvieron una estrecha relación, «como hermanas». Inka le habló a Clara de su tío, un famoso profesor de Cambridge llamado Hersch Lauterpacht. Tratarían de encontrarlo con ayuda de los Melman y de un hombre llamado Patrontasch, otro superviviente de Żółkiew que había sido compañero de clase de Lauterpacht en Lemberg allá por 1913. Los Melman e Inka dejaron la Polonia ocupada por los soviéticos para dirigirse a Austria, donde terminaron en un campo de refugiados cerca de Viena. En algún momento –Clara no recordaba las circunstancias exactas–, Patrontasch se enteró de que Lauterpacht participaba en el juicio de Núremberg. Quizá por un periódico, me dijo Clara. «El tío de Inka está en Núremberg, y voy a intentar verle», le dijo Patrontasch a Melman.

Dado que vivía fuera del campo, Patrontasch podía viajar con libertad. «Aceptó ir a buscar al famoso profesor Lauterpacht», me dijo Clara. De modo que viajó a Núremberg, donde se plantó en la entrada del Palacio de Justicia, custodiada por tanques. Se quedó allí esperando, sin conseguir entrar, porque no deseaba armar un escándalo.

«No iban a dejarle entrar», añadió Clara, «así que se limitó a quedarse allí,

día tras día, durante tres semanas. Cada vez que salía un civil, él susurraba: «¿Hersch Lauterpacht? ¿Hersch Lauterpacht?» Clara utilizaba su cuerpo para describir los gestos de Artur Patrontasch, colocando sus suaves manos a modo de bocina. Hablaba en voz tan queda que apenas podía oírla. «¿Hersch Lauterpacht? ¿Hersch Lauterpacht? ¿Hersch Lauterpacht?»

En algún momento un transeúnte oyó los susurros, y, reconociendo el nombre, se detuvo para decirle a Patrontasch que conocía a Lauterpacht. «Así fue como Inka encontró a su tío.» A partir de aquella conexión inicial, varias semanas después surgió un contacto directo. Clara no recordaba el mes exacto, pero fue durante los primeros días del juicio. Justo antes de finalizar el año, en diciembre de 1945, Lauterpacht recibió un telegrama con información sobre su familia. No había detalles, pero sí la suficiente información para darle esperanzas. «Espero que al menos la niña esté viva», le escribió Lauterpacht en Nochevieja a Rachel, que estaba en Palestina. A comienzos en 1946 se enteró de que Inka era el único miembro de la familia que había sobrevivido. Pasaron unas semanas, y luego, en primavera, Inka y Lauterpacht empezaron a intercambiar correspondencia.

Clara me preguntó si podía contarme otra cosa. Era algo reticente a hacerlo, me dijo, porque estaba hablando con un inglés.

«A decir verdad, hubo un momento en que llegué a odiar a los ingleses más que a los alemanes.» Se disculpaba por ello. ¿Por qué?, quise saber.

«Los alemanes dijeron que me matarían, y lo intentaron. Luego, mucho después, yo estaba en un campo de personas desplazadas y quería ir a Palestina, y los ingleses no me dejaban. Durante un tiempo los odié tanto como odiaba a los alemanes.»

Sonrió, añadiendo que su opinión había cambiado desde entonces. «Tenía diecisiete años; a esa edad se te permiten esa clase de sentimientos.»

A comienzos de 1946, Frank encontró un confidente. En ausencia de su esposa, Brigitte, o de su amante, Lilly Grau, su nuevo interlocutor era el doctor Gustave Gilbert, el psicólogo del ejército estadounidense encargado de supervisar su salud mental y espiritual. Gilbert llevaba un diario en el que

describió numerosas conversaciones, y del que publicó largos extractos después de que terminara el juicio (*Nuremberg Diary*, editado en 1947).

Frank confiaba en el psicólogo, y se sentía lo bastante cómodo con él como para hablar de muchos de los temas que ocupaban sus pensamientos, tanto personales como profesionales. Le habló de su esposa y de su amante, del suicidio y el catolicismo, del Führer («¿Puede imaginar a un hombre que planeara todo esto a sangre fría?»). Le contó vívidos sueños, incluidas inexplicables y violentas fantasías sexuales que en ocasiones le producían «poluciones nocturnas» (como las denominaba el doctor Gilbert).⁴⁰ Este último no era reacio a compartir con otros las confidencias que obtenía; en una cena celebrada en casa de Robert Jackson, le dijo al juez Biddle que entre los acusados había tres «homos», uno de los cuales era Frank.⁴¹

Durante las vacaciones de Navidad, el doctor Gilbert hizo una visita rutinaria a Frank en su pequeña celda. El antiguo gobernador general preparaba afanosamente su defensa, aparentemente inquieto por su decisión de no destruir los diarios, que ahora estaban utilizando los fiscales con gran éxito. Entonces, ¿por qué no los destruyó?, inquirió el doctor Gilbert.

«Escuché... el Oratorio de Bach, *La Pasión según San Mateo*», le explicó Frank al estadounidense. «Cuando oí la voz de Cristo, algo pareció decirme: “¿Qué? ¿Afrontar al enemigo con un falso rostro? ¡No puedes ocultarle la verdad a Dios!” No, la verdad debe salir, de una vez por todas.»⁴² La monumental obra de Bach era evocada con frecuencia por Frank, al que ofrecía consuelo con su mensaje de piedad y de perdón.

Aquella referencia me incitó a asistir a varias interpretaciones de *La Pasión según San Mateo* tanto en Londres como en Nueva York, e incluso a una en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig, donde Bach había escrito la obra. Quería entender qué partes de esta podía haber tenido Frank en mente, cómo había hallado consuelo en su celda de la cárcel. El aria más conocida era «Erbarme dich, Mein Gott, um meiner Zähren willen» («Ten piedad de mí, Dios mío, advierte mi llanto»). Puede que el doctor Gilbert entendiera que aquel llanto era por la debilidad del individuo, que expresaba una contrición que suplicaba piedad, que hablaba en nombre de la humanidad en su conjunto. ¿Apreciaba Frank la intención de Bach? De ser así, seguramente habría escogido otra obra. Una década antes había clamado en Berlín contra la idea de que los individuos tuvieran derechos; y ahora se refugiaba en una

obra musical que, como era bien sabido, respaldaba el derecho del individuo a la redención.

El doctor Gilbert le planteó a Frank el tema de su conversión al catolicismo en su celda los días previos al comienzo del juicio. Frank masculló algo sobre los sentimientos de responsabilidad, sobre la necesidad de ser sincero. ¿Era posible que no fuera más que un síntoma histérico, una reacción a la sensación de culpabilidad? Frank no respondió a aquella sugerencia. El psicólogo estadounidense percibió un resto de sentimientos positivos hacia el régimen nazi, aunque también de enemistad hacia Hitler. A comienzos de enero, el abogado de Frank preguntó si el Vaticano estaba ayudando a la acusación y si Frank debía abandonar el seno de la Iglesia. Aquella pregunta hizo reflexionar a Frank.

«Es como si yo fuera dos personas», dijo Frank cuando le escuchaba el doctor Gilbert. «Yo, yo mismo, el Frank de aquí, y el otro Frank, el líder nazi.»⁴³ ¿Era una argucia, o estaba siendo sincero?, se preguntó en silencio el doctor Gilbert.

«A veces me pregunto cómo aquel Frank pudo haber hecho aquellas cosas. Este Frank mira al otro Frank y le dice: “¡Hum, qué canalla eres, Frank! ¿Cómo pudiste hacer tales cosas? Sin duda te dejaste llevar por tus emociones, ¿verdad?”.»

El doctor Gilbert no dijo nada.

«Estoy seguro de que, como psicólogo, lo encontrará muy interesante..., como si yo fuera dos personas distintas. Estoy aquí, yo mismo..., y ese otro Frank de los grandes discursos nazis ahí en el juicio.»

Gilbert siguió en silencio. Pero, cuanto más callaba él, más hablaba Frank.

«Fascinante, ¿verdad?», añadió Frank, un poco a la desesperada.

Fascinante y esquizoide, pensó Gilbert, y, sin duda, diseñado para salvar a Frank de la soga.

A lo largo del mes siguiente, el juicio pasó de las cuestiones relacionadas con evidencias de carácter general a los relatos individuales en la medida en que fueron compareciendo testigos que ofrecieron testimonios personales de

primera mano. Uno de aquellos testigos fue Samuel Rajzman, un contable de habla polaca y solitario superviviente de Treblinka.

El relato de Rajzman me resultó especialmente fascinante y de interés personal, ya que Treblinka era el lugar donde habían matado a Malke. Leon solo se enteró de los detalles al final de su vida, cuando mi madre le enseñó un libro que contenía una larga lista con los nombres de los detenidos en Theresienstadt. Entre aquellos miles de nombres figuraba el de Malke Buchholz, junto al que se especificaba que había sido transportada de Theresienstadt a Treblinka el 23 de septiembre de 1942. Leon cogió el volumen y se retiró a la privacidad de su habitación, donde mi madre le oyó llorar. Al día siguiente no hizo comentario alguno sobre el libro. Tampoco habló nunca de Treblinka, al menos en mi presencia.

Samuel Rajzman compareció en el estrado la mañana del 27 de febrero, tras ser presentado a los jueces como un hombre que había «vuelto del otro mundo».⁴⁴ Llevaba traje oscuro y corbata y lo observaba todo atentamente a través de unas gafas. Su rostro arrugado y anguloso tenía cierta expresión de asombro y desconcierto por estar vivo; y ahora se sentaba a unos pasos de Frank, en cuyo territorio se situaba Treblinka. Mirando a aquel hombre, uno no se hacía idea del camino que había recorrido o de los horrores que había presenciado.

Habló con voz comedida y tranquila del viaje desde el gueto de Varsovia en agosto de 1942, del transporte en tren en condiciones inhumanas: ocho mil personas apretujadas en vagones de ganado. Él era el único superviviente. Cuando el fiscal ruso le preguntó por el momento de la llegada, Rajzman le explicó cómo les habían hecho desnudarse y caminar a lo largo del *Himmelfahrtstrasse*, el «camino al cielo», un corto paseo hasta la cámara de gas, cuando de repente un amigo de Varsovia lo sacó de la fila y se lo llevó: los alemanes necesitaban un intérprete; pero antes le hicieron cargar la ropa de los muertos en trenes vacíos que partían de Treblinka. Pasaron dos días; luego llegó un transporte procedente de la pequeña población de Vinegrova en el que venían su madre, su hermana y sus hermanos. Él los vio caminar hacia las cámaras de gas, sin poder intervenir. Varios días después le entregaron los papeles de su esposa, junto con una fotografía en la que aparecía esta con su hijo.

«Eso es todo lo que me han dejado de mi familia», declaró en la sala de justicia, en aquella reveladora comparecencia pública. «Una fotografía.»

Luego hizo un vívido relato del asesinato a escala industrial, detallando actos individuales de horror e inhumanidad. Una niña de diez años fue conducida al *Lazarett* (hospital) junto con su hermana de dos, custodiadas por un alemán llamado Willi Mentz, un lechero con un bigotito negro (más tarde Mentz volvería a su oficio, que siguió ejerciendo hasta que fue condenado a cadena perpetua en el juicio de Treblinka, celebrado en Alemania en 1965). La mayor de las niñas se lanzó sobre Mentz mientras este sacaba su arma. ¿Por qué quería matar a la pequeña? Rajzman describió cómo vio a Mentz coger a la niña de dos años, recorrer la breve distancia que le separaba de uno de los crematorios, y arrojarla dentro de un horno. Luego mató a su hermana.

Los acusados escucharon en silencio; dos hileras de rostros avergonzados. ¿Frank pareció venirse abajo?

Rajzman continuó con voz monótona. Una mujer anciana fue conducida al *Lazarett* junto con su hija, que estaba de parto, y a la que hicieron tenderse sobre un trozo de hierba. Los guardias observaron mientras daba a luz. Luego Mentz le preguntó a la abuela a quién prefería que matara primero. La mujer mayor pidió ser la primera.

«Obviamente, hicieron justo lo contrario», declaró Rajzman al tribunal, hablando en voz muy queda. «Mataron primero al recién nacido, luego a la madre del bebé, y por último a la abuela.»

Rajzman habló también de las condiciones del campo, así como de la falsa estación de tren. El subcomandante, Kurt Franz, construyó una estación de ferrocarril de primera clase con carteles falsos. Posteriormente se añadió un restaurante imaginario, y se colgaron horarios con horas de salidas y de llegadas. Grodno, Suwałki, Viena, Berlín... Era como un decorado de cine. Para que la gente se tranquilizara, explicó Rajzman, «de modo que no hubiera incidentes».

¿El objetivo era psicológico, tranquilizar a la gente cuando se acercaba el final?

«Sí.» Rajzman seguía hablando con voz tranquila, monocorde.

¿A cuántas personas se exterminaba cada día? Entre diez y doce mil.

¿Cómo se hacía?

Al principio, con tres cámaras de gas; luego hubo otras diez.

Rajzman contó que él estaba en el andén cuando llegaron las tres hermanas de Sigmund Freud. Era el 23 de septiembre de 1942. También vio cómo el

comandante Kurt Franz se encargaba de la petición de trato especial de una de las hermanas.⁴⁵

Después de leer esta transcripción del juicio con los detalles sobre la llegada de las hermanas Freud procedentes de Theresienstadt, busqué los datos del transporte en el que estas habían llegado. Cuando los encontré, examiné los demás nombres de la lista, un millar de ellos, y a la larga encontré el de Malke Buchholz. Rajzman debía de estar en el andén cuando llegó.

127

Decidí ir a visitar Treblinka, o lo que quedaba de ella. La oportunidad llegó con una invitación para dar dos conferencias en Polonia, una en Cracovia y la otra en Varsovia, que estaba a solo una hora del emplazamiento de Treblinka. La conferencia de Cracovia fue en el Instituto Allerhand, llamado así en honor del profesor que había enseñado tanto a Lauterpacht como a Lemkin, asesinado en Lemberg por el delito de preguntarle a un guardia si tenía alma. La de Varsovia fue en el Instituto Polaco de Asuntos Internacionales. En ambos eventos hubo una buena asistencia de público, con numerosas preguntas sobre Lauterpacht y Lemkin. Dominaron las cuestiones de identidad. ¿Diría yo que eran polacos o judíos, o ambas cosas? ¿Eso importaba?, respondí.

En Varsovia conocí a un historiador del derecho polaco, Adam Redzik, que me habló de Stanisław Starzyński, el que fuera profesor de Lauterpacht y Lemkin en Lemberg. Él creía que había que atribuirle a Starzyński el mérito de haber salvado sin querer a Lauterpacht, al apoyar a otro candidato a la cátedra de derecho internacional de Lwów en 1923. Fue el profesor Redzik quien me dio la fotografía de los profesores de Lemberg, una imagen tomada en 1912 en la que aparecen dieciocho hombres, todos con bigote o barba, incluido Makarewicz, junto con Allerhand y Longchamps de Berier, que serían asesinados por los alemanes en Lemberg.⁴⁶

En la conferencia de Varsovia, se sentaba entre el público un antiguo ministro de Exteriores polaco, Adam Rotfeld. Más tarde, él y yo estuvimos charlando de Lwów, que, por otra parte, está cerca de la población de Przemyślany, donde él había nacido. Hablamos de los derechos de las

minorías, del tratado de 1919, de los pogromos contra los judíos, de Núremberg... Sí, me dijo, probablemente Makarewicz fue el profesor que inspiró a Lauterpacht y a Lemkin. ¡Qué ironía, reflexionó, que un hombre con tan firmes simpatías nacionalistas fuera la persona que catalizó el conflicto entre Lauterpacht y Lemkin, entre los individuos y los grupos!

Más tarde, mi hijo y yo fuimos a visitar el nuevo Museo del Alzamiento de Varsovia. Una de las salas estaba dominada por una gran fotografía en blanco y negro de la familia Frank, extendida a lo largo de una pared entera. Yo ya conocía la imagen, puesto que Niklas Frank me la había enviado unos meses antes. Cuando se hizo la foto él tenía tres años, y en ella aparece vestido con un conjunto a cuadros blancos y negros y unos relucientes zapatos negros, cogido de la mano de su madre. De pie, de espaldas a su padre, parece triste, como si quisiera estar en otro sitio.

Desde Varsovia, mi hijo y yo nos dirigimos en coche a Treblinka. El paisaje era monótono, plano, gris. Tras salir de la carretera principal, pasamos junto a bosques cada vez más densos, pueblos e iglesias. De vez en cuando rompía la monotonía una estructura de madera aislada, una casa o un granero. Nos detuvimos en un mercado para comprar galletas y un tiesto con flores de color rojo sangre. En el coche había un mapa que mostraba que Treblinka estaba en la ruta hacia Wołkowysk.

No quedaba nada tangible del campo en Treblinka, destruido apresuradamente por los alemanes cuando se fueron. Había un modesto museo que albergaba unas cuantas fotografías granuladas y documentos raídos, y una tosca maqueta del campo, reconstruido a partir de los recuerdos de los escasos supervivientes. Un puñado de decretos gubernamentales flotaban tras un cristal protector, algunos con la firma de Frank; uno de ellos autorizaba la pena de muerte en octubre de 1941.

Otro documento estaba firmado por Franz Stangl, el comandante, objeto de un inquietante libro de la escritora Gitta Sereny. Junto con la firma de Stangl aparecía el familiar sello redondo del Gobierno General: Treblinka, 26 de septiembre de 1943. He aquí una prueba irrefutable de que la autoridad de Frank incluía el campo. Una firma negra, indeleble y definitiva en cuanto a cuestiones de responsabilidad.

Cuando los soviéticos descubrieron el campo, el artículo de Vasili Grossman «El infierno de Treblinka» ofreció otro relato inmediato y brutal. «Pisamos la tierra de Treblinka», escribió, «levantando fragmentos de hueso,

dientes, hojas de papel, ropa y toda clase de cosas. La tierra no quiere guardar secretos.»⁴⁷ Corría el mes de septiembre de 1944.

La entrada llevaba a un camino de tierra y hierba aplastada, con traviesas de hormigón que señalaban el emplazamiento de la línea férrea por la que Rajzman, las hermanas Freud y Malke viajaron hasta la que sería la última parada de su vida, un andén. Ni rastro de las camisetas medio podridas y los cortaplumas sobre los que escribiera Grossman; ni rastro de los zapatos de niño con pompones verdes. Ya no estaban allí las fichas, los pasaportes, las fotografías y las cartillas de racionamiento, enterrados en un bosque que más tarde se despejaría para instalar unas traviesas de ferrocarril y un andén con un significado simbólico, para llevar a la imaginación a un viaje interior.

Bajo el infinito cielo gris se construyó un monumento conmemorativo a base de piedras toscamente talladas; cientos de ellas, como lápidas, o campanillas blancas, clavadas en el suelo. Cada una de ellas marcaba una aldea, pueblo, ciudad o región de donde se arrancó a un millón de individuos. Era aquel un lugar de reflexión, dominado por el cielo, como entonces, enmarcado por abetos verdes que se proyectaban hacia lo alto. El bosque estaba en silencio, como un guardián de secretos.

Más tarde nos dirigimos a una población cercana para comer. Pasamos junto a la abandonada estación de tren del pueblo de Treblinka, a unos tres kilómetros del campo, la que utilizaron Willi Mentz y otros trabajadores alemanes y ucranianos. Cerca estaba la población de Brok, donde comimos en un triste restaurante. Al fondo se oía una radio a bajo volumen; sonaba una melodía familiar que atravesaba la sala, una canción escrita en la década de 1980 durante los disturbios de Los Ángeles. «No pienses demasiado en lo que ya no existe, o en lo que aún ha de ser.»

Leonard Cohen era popular aquellos días en Polonia, junto con su mensaje: en todo había una grieta; así es como entraba la luz.

La conclusión del testimonio de Samuel Rajzman coincidió con una nueva fase del juicio. Göring fue el primero de los acusados en exponer sus argumentos, en marzo de 1946. Al acercarse el turno de Frank, este sabía que afrontaba un auténtico reto si pretendía salvarse de la horca, lo que no iba a

ser tarea fácil. Sus diarios, informaba el *New Yorker*, se habían utilizado para «remacharle», y habían sido invocados con frecuencia por los soviéticos.⁴⁸

El jueves 18 de abril fue el día de Frank en el tribunal. Siguió a Ernst Kaltenbrunner y Alfred Rosenberg, que intentó persuadir al tribunal de que la palabra «exterminio» no tenía un significado literal, y, desde luego, no hacía referencia a matanzas masivas.⁴⁹ Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, compareció como testigo de Kaltenbrunner, ofreciendo una detallada descripción del gaseo y entierro de «al menos dos millones y medio de víctimas» a lo largo de tres años.⁵⁰ Mientras Höss hablaba sin el menor arrepentimiento o emoción, Frank escuchaba atentamente. En privado, Höss le dijo al doctor Gilbert que la actitud predominante en Auschwitz era de absoluta indiferencia. «Nunca se nos pasó por la cabeza» cualquier otro sentimiento.⁵¹

Con ese telón de fondo, Frank podía esperar dar la impresión de ser una persona reflexiva y prudente, bastante menos culpable que el vecino que se sentaba a su derecha, si es que tales asuntos podían medirse por alguna escala. Hasta el momento de su comparecencia en el estrado estaba indeciso, dudaba entre ofrecer una enérgica defensa de sus actos o adoptar un enfoque más sutil, alegando ignorancia de algunos de los horrores. Otra opción, que no había que descartar, era expresar cierto grado de responsabilidad. ¿Qué decisión había tomado cuando se dirigió al estrado?

Todas las miradas estaban fijadas en él; no llevaba sus gafas oscuras, pero ocultaba su mano dañada, la izquierda. Parecía nervioso y algo retraído. De vez en cuando miraba hacia los otros acusados, que ahora se sentaban a su derecha, como si buscara su aprobación (que no llegaba). El doctor Seidl le hizo unas cuantas preguntas sobre su carrera profesional hasta el momento en que fue designado gobernador general.⁵² Seidl se mostró vacilante. Leyendo la transcripción, observando lo que pude encontrar en los noticiarios cinematográficos, me dio la impresión –desarrollada a partir de mi propia experiencia en los tribunales– de que el doctor Seidl no sabía con qué sorpresa podía salir su cliente en respuesta a sus preguntas.

Frank empezó a cogerle el tranquillo. Hablaba con creciente confianza, y con voz fuerte y segura. Yo le imaginé en un tipo de tribuna distinta. El doctor Seidl le preguntó por su papel en Polonia tras ser nombrado por Hitler. «Yo era el responsable», respondió Frank.

«¿Se siente culpable de haber cometido... crímenes contra la humanidad?»

«Esa es una cuestión que tiene que decidir el Tribunal.» Frank explicó que en los cinco meses que llevaban de juicio había descubierto cosas de las que no había sido del todo consciente, lo que quizá era una alusión a Höss. Ahora tenía «una idea plena» de las horribles atrocidades cometidas. «Me invade un profundo sentimiento de culpa.»⁵³

Aquello sonó como una especie de admisión y una advertencia al doctor Seidl. Así interpretaron sus palabras los demás acusados, como lo hicieron otras personas presentes en la sala.

¿Instituyó usted guetos judíos?

Sí.

¿Instituyó usted distintivos para señalar a los judíos?

Sí.

¿Instituyó usted trabajos forzados en el Gobierno General?

Sí.

¿Conocía usted la situación de Treblinka, Auschwitz y otros campos?

Aquella era una pregunta peligrosa. Frank había oído las evidencias presentadas por Rajzman y el testimonio presencial de Höss, tan terrible. De modo que la eludió.

«Auschwitz no estaba en el área del Gobierno General.» En sentido estricto, eso era correcto, aunque se hallaba lo bastante cerca de Cracovia, donde él trabajaba, para que le llegara el olor.

«Yo nunca estuve en Majdanek, ni en Treblinka, ni en Auschwitz.»

No había forma de saber si aquello era cierto. Los atentos jueces debieron de advertir la fugaz maniobra de evasión, el hecho de que no había respondido a la pregunta formulada.

¿Participó usted alguna vez en la aniquilación de judíos?

Frank reflexionó, con expresión burlona. Y dio una respuesta cuidadosamente elaborada.

«Digo que “sí”, y la razón por la que digo que “sí” es porque, después de haber vivido los cinco meses de este juicio, y especialmente después de haber escuchado el testimonio del testigo Höss, mi conciencia no me permite descargar la responsabilidad únicamente en estas personas secundarias.»

Aquellas palabras causaron una auténtica conmoción entre los acusados, que él debió de advertir. Quería dejar claro lo que estaba diciendo: él nunca había instalado personalmente ningún campo de exterminio o promovido su existencia. Sin embargo, Hitler había descargado una espantosa

responsabilidad en su gente, y, por lo tanto, dicha responsabilidad también era suya. Un paso adelante, un paso atrás.⁵⁴

«Llevamos años luchado contra los judíos.» Estaba obligado a reconocer aquellas palabras. Sí, había hecho «las más horribles declaraciones»; los diarios testificaban contra él, no había escapatoria.

«En consecuencia, mi deber no es otro que responder a su pregunta a este respecto con un “sí”.» Se hizo un silencio en la sala. Luego añadió: «Pasarán mil años, y esta culpa de Alemania aún no se habrá borrado.»⁵⁵

Aquello fue demasiado para algunos de los acusados. Se vio a Göring sacudir la cabeza indignado, susurrar a un vecino y hacer circular una nota por el banquillo. Otro acusado expresó su disgusto por el hecho de que Frank asociara su culpa individual a la de todo el pueblo alemán. Había una diferencia entre la responsabilidad del individuo y la del grupo. Algunos de los que oyeron este comentario posiblemente advirtieran su ironía.

«¿Ha oído cómo decía que Alemania quedará deshonrada durante mil años?», le susurró Fritz Sauckel a Göring.⁵⁶

«Sí, lo he oído.» El desprecio hacia Frank era evidente. No iba a tener una noche fácil.

«Supongo que Speer dirá lo mismo», añadió Göring. Frank y Speer eran unos pusilánimes. Unos cobardes.

Durante la pausa para comer, el doctor Seidl invitó a Frank a pulir su reconocimiento de culpa, a restringirlo. Frank rechazó la petición. «Me alegro de haberlo sacado, y voy a dejarlo así.»⁵⁷ Más tarde dejó entrever al doctor Gilbert que tenía la esperanza de haber hecho lo suficiente para evitar la horca. «Yo sabía lo que estaba pasando. Creo que los jueces se sienten de veras impresionados cuando uno de nosotros habla de corazón y no intenta eludir su responsabilidad. ¿No piensa usted lo mismo? Me sentí realmente satisfecho por el modo en que les impresionó mi sinceridad.»

Otros acusados manifestaron su desdén.⁵⁸ Speer dudaba de la honestidad de Frank. «Me pregunto qué habría dicho de no haber entregado su diario», comentó. Hans Fritzsche se sintió molesto de que Frank asociara su culpa a la de todos los alemanes. «Es más culpable que ninguno de nosotros», le dijo a Speer. «Él sabe de todas esas cosas.»

Rosenberg, que llevaba cinco meses sentándose al lado de Frank, estaba horrorizado. «“¿Alemania quedará deshonrada durante mil años?” ¡Eso es ir muy lejos!»

Ribbentrop le dijo al doctor Gilbert que ningún alemán debería decir que su país quedaría deshonrado durante mil años.

«Me pregunto cuánto había de auténtico en ello», comentó Jodl.

El almirante Karl Dönitz compartía las preocupaciones de Fritzsche. Frank debería haber hablado solo por sí mismo como individuo. No era quién para hablar en nombre del conjunto de los alemanes.

Después del almuerzo, el doctor Seidl formuló unas cuantas preguntas más, y luego tomó el relevo el fiscal estadounidense Thomas Dodd, que planteó el tema del arte expoliado. Frank consideró ofensiva la sugerencia de que había hecho algo malo.

«Yo no coleccioné cuadros ni busqué tiempo durante la guerra para apropiarme de tesoros artísticos.»⁵⁹ Todo el arte fue registrado, y permaneció en Polonia hasta el final. Dodd le respondió que aquello no era cierto, recordándole los aguafuertes de Durero que se habían llevado de Lemberg. Eso fue antes de mi época, replicó Frank. ¿Y las pinturas que se había llevado a Alemania en 1945?, ¿y el Leonardo?

«Los estaba protegiendo, pero no para mí.» Eran todos muy conocidos; nadie podía apropiarse de ellos. «No puedes robar una *Mona Lisa*.» Aquella era una referencia a Cecilia Gallerani. En un extremo del banquillo, Göring permanecía con rostro inexpresivo; en el otro, se vio sonreír abiertamente a algunos de los acusados.

La postura de Frank suscitó comentarios en todo el Palacio de Justicia.⁶⁰ Yves Beigbeder, que estaba en el tribunal aquel día, me confirmó ese hecho. Cuando hablé con él tenía noventa y un años de edad, y se había retirado a la ciudad suiza de Neuchâtel después de una distinguida carrera en las Naciones Unidas y de haber escrito varias obras sobre derecho penal internacional. Todavía se sentía afectado por el testimonio de Frank, que había oído cuando era un graduado en derecho de veintidós años que trabajaba como secretario jurídico para el juez francés Donnedieu, que era su tío.

Donnedieu nunca hablaba a su sobrino del juicio, ni siquiera durante las pausas para comer. «Mi tío era muy reservado; yo podía hacerle cualquier pregunta, pero él no me expresaba ninguna opinión en absoluto. Mi tía era

igual; se limitaba a permanecer muy callada.» Beigbeder no recordaba haber conocido a Lauterpacht o a Lemkin, pero ya entonces conocía su nombre y su reputación, así como los argumentos que defendía cada uno de ellos. Sin embargo, no se fijó especialmente en la batalla de ideas que dividía a los dos hombres de Lemberg en torno al individuo y el grupo. «¡Yo era demasiado joven e ignorante!» Ahora, muchos años después, reconocía su importancia y vitalidad como punto de partida del moderno derecho internacional. En ocasiones, Donnedieu y Falco hablaban de Lemkin de manera desenfadada. Aquel hombre estaba «obsesionado» con el genocidio: eso era lo que recordaba oírles decir.

Frank presentó su defensa un mes después de la llegada de Beigbeder a Núremberg. Había rumores de que adoptaría un enfoque distinto de los demás, de modo que Beigbeder se aseguró de estar presente en el tribunal. Según recuerda, Frank fue el único acusado que reconoció cierto grado de responsabilidad. Eso causó impresión, y llevó a Beigbeder a escribir un artículo para un periódico protestante francés, *Réforme*, mencionando el «inesperado reconocimiento de culpa».⁶¹

«Frank pareció aceptar cierta responsabilidad», me dijo. «No era completa, por supuesto, pero el hecho de que reconociera cierta responsabilidad era importante, y diferente, y todos lo advertimos.»

Pregunté a Beigbeder por la conexión de su tío con Frank. ¿Le mencionó Donnedieu alguna vez que había conocido a Frank en la década de 1930 y que incluso había ido a Berlín invitado por él? Inicialmente la pregunta solo provocó un silencio, y luego: «¿A qué se refiere?» Le hablé del viaje de Donnedieu a Berlín para hablar en la Akademie für Deutsches Recht. Más tarde le envié una copia del discurso que Donnedieu pronunciara aquel día, titulado, bastante irónicamente, «El castigo de los delitos internacionales».⁶² Frank respondió a las ideas de Donnedieu con un ataque, calificándolas como «una importante fuente de peligro y de confusión». También le envié una fotografía, que resultó ser claramente una auténtica sorpresa para Beigbeder. «Yo no sabía que mi tío ya conocía a Hans Frank hasta que usted me lo dijo. Eso es de lo más sorprendente.»

Frank y Donnedieu tenían un interés mutuo en mantener su conexión en secreto. No obstante, el juez Falco lo sabía, anotando en su diario que su colega francés había cenado con Frank e incluso había conocido a Julius Streicher. También lo sabían los soviéticos, que se opusieron al

nombramiento de Donnedieu como juez. *Le Populaire*, un periódico socialista francés, publicó un artículo con un titular inequívoco: «Un juez nazi en el tribunal de Núremberg».⁶³

130

Frank compareció en el estrado un Jueves Santo, el día después de la jornada en la que habitualmente se representaba *La Pasión según San Mateo* en Leipzig, en la iglesia de Santo Tomás. Dodd escribió a su esposa en Estados Unidos diciéndole que él había esperado que Frank se mostrara «irascible», dado el «perverso» historial de Polonia, pero que al final no había habido necesidad de demasiadas repreguntas: Frank había admitido prácticamente su culpa, en el que había sido uno de los momentos más dramáticos del juicio.

«Se ha hecho católico», escribía Dodd, «y supongo que eso ha influido.»⁶⁴

Frank estaba tranquilo. Había saldado su deuda, había cruzado la puerta negra, se sentía optimista. Los jueces franceses, ingleses y estadounidenses debían de haber apreciado su sinceridad. Dios era un generoso anfitrión, le dijo al doctor Gilbert, que le preguntó qué le había hecho tomar el rumbo que había elegido.

Frank le explicó que «la gota que había colmado el vaso» había sido un artículo de periódico.

«Hace unos días leí en el periódico la noticia de que el doctor Jacoby, un abogado judío de Múnich que era uno de los mejores amigos de mi padre, había sido exterminado en Auschwitz. Luego, cuando Höss declaró cómo había exterminado a dos millones y medio de judíos, comprendí que él había sido el hombre que había exterminado fríamente al mejor amigo de mi padre –un anciano excelente, íntegro y amable– y a millones de personas inocentes como él, ¡y yo no había hecho nada para impedirlo! Es verdad que yo no lo maté en persona, ¡pero las cosas que yo dije y las cosas que dijo Rosenberg hicieron que aquello fuera posible!»⁶⁵

Como Brigitte Frank, también él halló consuelo en la creencia de que no había matado a nadie en persona. Tal vez eso lo salvara.

IX. La niña que decidió no recordar



© *Herta Peleg*

Leon eligió el camino del silencio. Nada se comentó sobre Malke, sus hermanas Laura y Gusta, la familia de Lemberg y de Żólkiew, o los otros familiares de Viena, incluidas sus cuatro sobrinas.

Una de aquellas sobrinas era Herta, la hija de once años de su hermana Laura, que tenía que haber viajado a París junto con la señorita Tilney y mi madre en el verano de 1939, pero no lo hizo. Leon no habló nunca de ella.

Tampoco dijo nada de su hermana Gusta ni del marido de esta, Max, que permanecieron en Viena hasta diciembre de 1939.

Yo sabía poco sobre las tres hijas de Gusta y Max –Daisy, la mayor; Edith, la más pequeña, y la mediana, que también se llamaba Herta–, salvo que habían logrado salir de Viena en septiembre de 1938. Las tres se dirigieron a Palestina, y en la década de 1950 mi madre estuvo en contacto con dos de ellas.

Cuando mi madre y yo nos disponíamos a hacer nuestro primer viaje a Lviv, ella evocó el recuerdo de aquellas tres hermanas, las sobrinas de Leon, «desaparecidas hacía largo tiempo». Dos de ellas, Edith y Herta, tuvieron hijos; quizá valdría la pena tratar de localizarlos. Yo tenía un lejano recuerdo de aquella generación; un recuerdo de la infancia, pero nada más.

Ahora iba a intentar encontrarlos y oír sus historias. Una serie de nombres y viejas direcciones acabaron revelando un número de teléfono, que me llevó hasta Doron, el hijo de Herta, sobrina de Leon e hija mediana de Gusta y Max. Doron, que vivía en Tel Aviv, me dio una sorpresa: su madre estaba vivita y coleando, y residía allí cerca, en una residencia de ancianos con unas magníficas vistas al Mediterráneo. A sus noventa y dos años, era una mujer animosa y activa que jugaba cada día al bridge y cada semana completaba al menos dos crucigramas en alemán.

No obstante, Doron me advirtió de que había una dificultad: ella se había negado categóricamente a hablar con él sobre los acontecimientos anteriores a la guerra, rehusando contar demasiadas cosas sobre la vida en Viena antes de diciembre de 1938, cuando ella se marchó de la ciudad. De modo que él

apenas tenía información y no sabía casi nada sobre aquel período. «Un misterio», lo llamaba. Por lo que yo sabía, ella era la única persona viva que estuvo en Viena con Malke y Leon, y que podía conservar recuerdos de aquella época. Puede que no quisiera hablar, pero quizá se podía estimular su memoria. Quizá recordara la boda de Leon y Rita en la primavera de 1937, o el nacimiento de mi madre al cabo de un año, o las circunstancias de su propia marcha de Viena. Quizá pudiera arrojar luz sobre la vida de Leon en Viena.

Aceptó reunirse conmigo. Otra cosa es que hablara o no de aquella época.

Dos semanas después, me hallaba ante la puerta principal de la residencia de Herta Gruber en Tel Aviv, acompañado de su hijo Doron. Al abrirse, reveló la presencia de una dama menuda y bien conservada con una espléndida cabellera teñida de color rojo. Se había arreglado; vestía una camisa de un blanco inmaculado, y una línea de lápiz labial rojo intenso recién aplicado discurría a lo largo de su boca, bajo unas cejas enarcadas maquilladas con lápiz de ojos de color marrón.

Pasé dos días en compañía de Herta, rodeado de fotos de familia, documentos e imágenes de Viena de la década de 1930. Yo los había traído de Londres, confiando en estimular su memoria. Ella también tenía sus propios documentos, incluido un pequeño álbum que guardaba muchas fotos de familia que eran nuevas para mí.



Herta Rosenblum (prima de Herta Gruber), c. 1938
© Herta Peleg

La primera se había tomado en 1926, cuando Herta tenía seis años; era de su primer día de escuela, y en ella aparecía de pie ante la licorería de Max. Verano de 1935; unas vacaciones en el lago Balatón. Invierno de 1936; vacaciones escolares en la estación de esquí de Bad Aussee. Un apuesto novio, fotografiado en 1936. En el verano siguiente, con amigos en un campo del Alto Adigio, cogiendo flores. Vacaciones en Döbling y en la costa dalmata de Yugoslavia, 1937. Una imagen de Viena, tomada en un parque municipal, cerca de un lago con barcas, a comienzos de 1938, antes del *Anschluss*. La vida de una feliz adolescente en una situación acomodada.

Entonces llegaron los alemanes, y los nazis tomaron el control; la vida se interrumpió. Las páginas que seguían incluían una foto de familia en la que aparecía Herta con sus padres y sus dos hermanas, justo antes de que esta se fuera de Viena. También salía en la foto la abuela Malke, que poco después iba a quedarse sola. Luego venía una página en la que Herta había escrito la fecha: el 29 de septiembre de 1938, el día de su partida de Viena. Se marchó con su hermana pequeña, Edith, y viajaron en tren desde Viena hasta Brindisi, en el sur de Italia. Desde allí, tomaron un barco rumbo a Palestina.

Metida entre aquellas páginas había una fotografía sin fecha de su prima, también llamada Herta, hija única de Laura, la hermana de Leon. Era una niña a la que yo no había visto nunca, con gafas, y que aparecía de pie en la calle, con expresión inquieta junto a una muñeca de largas trenzas que estaba en el suelo. Las dos llevaban sombrero. Aquella era la Herta que se había quedado atrás en una decisión de última hora, la niña que no podía soportar estar separada de su madre, que decidió que Herta no viajara con la señorita Tilney. Dos años después, ella y su madre morirían en el gueto en Łódź.



Malke y Ruth, 1938
© Herta Peleg

Había fotos de Leon. Un retrato del día de su boda, sin la novia, realizado por Simonis, un conocido estudio de fotos de sociedad. Cuatro fotografías de mi madre, tomadas en Viena, durante el primer año de su vida, en brazos de Malke. Era una tierna imagen, nueva para mí. Malke parecía exhausta, con expresión cansada.

El término que mejor describía la actitud de Herta era el de «neutro». No estaba ni contenta ni descontenta de verme. Simplemente yo estaba allí.

Recordaba al tío Leon; le gustaba hablar de él: al hacerlo se animaba, y su mirada se avivaba. Sí, me dijo, sé quién es usted, su nieto. Pero lo trataba como un mero hecho, sin el menor asomo de emoción. En realidad, en ningún momento durante los dos días que pasamos juntos manifestó tristeza o felicidad o cualquier otro de los sentimientos que residen entre esos dos extremos. Hubo otra cosa curiosa: en las muchas horas que compartimos, Herta no me hizo ni una sola pregunta.

Al poco de iniciar nuestra conversación afloró el hecho de que Herta ignoraba por completo qué había sido de sus padres. Sabía que habían muerto, pero no cómo ni cuándo. Le pregunté si quería saber qué les había ocurrido.

«¿Él lo sabe?» La pregunta iba dirigida a su hijo, no a mí. Parecía sorprendida ante la perspectiva de obtener nueva información.

«Dice que sí», respondió Doron. Hablaron en hebreo; yo solo pude inferir la dulzura con la que él le contestó.

Rompí el silencio y le pregunté al hijo si ella quería saberlo.

«Pregúnteselo», me dijo Doron, encogiéndose de hombros.

Sí, replicó ella, quería conocer los detalles, todos.

Habían pasado muchos años entre los hechos que yo describí y nuestro encuentro en el pequeño apartamento de Herta en Tel Aviv. Sus padres murieron asesinados, le dije, hace setenta años, después de que usted y sus hermanas dejaran Viena. Las circunstancias fueron terriblemente desafortunadas. Descubrí que Gusta y Max encontraron sitio en un barco de vapor, el *Uranus*, que había de navegar Danubio abajo hacia Bratislava, llevándoles a ellos y a varios cientos de exiliados judíos más hasta el mar Negro, desde donde cogerían otro barco rumbo a Palestina.

El *Uranus* zarpó de Viena en diciembre de 1939, pero el viaje se vio interrumpido por una confluencia de acontecimientos desafortunados, naturales y antinaturales, debidos respectivamente al hielo y a la ocupación. A finales de año, el barco había llegado a Kladovo, una población de Yugoslavia (actualmente en Serbia). Allí la posibilidad de seguir avanzando quedó bloqueada por el hielo que había traído un invierno especialmente frío y caprichoso. Gusta y Max pasaron aquel invierno glacial a bordo del abarrotado barco, sin que se les permitiera desembarcar durante varios meses, hasta la primavera siguiente. Entonces los llevaron a un campo situado cerca de Kladovo, donde permanecieron varios meses más.¹ En noviembre de 1940

embarcaron en otra nave, que se dirigió de nuevo en dirección a Viena, Danubio arriba, hasta la ciudad de Šabac, cerca de Belgrado. Resultó que estaban allí en abril de 1941, cuando Alemania atacó y ocupó Yugoslavia. Y allí se quedaron, sin poder seguir viaje.

En su momento fueron detenidos bajo la autoridad de los alemanes. Se separó a los hombres de las mujeres. A Max se lo llevaron a Zasavica, en Serbia, a una campiña donde a él y a los demás hombres del barco los obligaron a ponerse en fila y luego los fusilaron. Era el 12 de octubre de 1942. Gusta sobrevivió unas semanas más; después fue transportada al campo de concentración de Sajmište, cerca de Belgrado. Fue allí donde la mataron, se ignoraba el día exacto, en el otoño de 1942.

Herta escuchó con atención aquel relato, que le conté con cierta inquietud. Cuando terminé, esperé a ver si tenía alguna pregunta, pero no había ninguna. Lo había oído y lo había entendido. Entonces escogió ese momento para darme una explicación de su actitud ante el pasado, el silencio y el recuerdo.

«Quiero que sepa que no es cierto que lo haya olvidado todo.»

Eso fue lo que dijo, con su mirada firmemente posada en la mía.

«Es solo que hace muchísimo tiempo decidí que esa era una época que no deseaba recordar. No he olvidado. He decidido no recordar.»

En el transcurso de aquellos dos días, las fotografías de su álbum y otras cargadas en mi ordenador portátil habían hecho que la memoria de Herta se abriese un poco. Al principio era como si no hubiera luz alguna; luego un destello, un resplandor, una luz intermitente. Herta recordó algunas cosas, pero otras se habían enterrado a demasiada profundidad para emerger.

Le mostré una foto de Laura, su tía, la hermana de su madre. Ningún recuerdo. Luego una fotografía de boda, Leon y Rita, una foto del templo donde se casaron. Tampoco esas imágenes causaron impresión alguna. Me dijo que no lo recordaba, aunque sin duda debió de haber asistido a la boda. El nombre de Rita no le decía nada. Rita, le dije yo, Regina, pero no hubo ningún destello de reconocimiento, nada. No, no lo recuerdo. Era como si Rita nunca hubiera existido. Herta no tenía ningún recuerdo del nacimiento

de mi madre en julio de 1938, un par de meses antes de que se fuera a Brindisi. Sabía que Leon tuvo una hija, pero nada más.

Volvieron otros recuerdos, pero apenas una ráfaga.

El rostro de Herta se iluminó cuando le enseñé una fotografía de Malke. Mi abuela, me dijo, «una mujer muy muy amable», aunque «no muy alta». Herta reconoció una imagen del edificio de Klosterneuburger Strasse donde vivían, en el número 69. Recordó el interior («tres dormitorios y otro para la criada, un gran comedor donde la familia se reunía para las comidas»). El tema de las comidas familiares catalizó otro recuerdo, que su hijo ya me había contado previamente, de cierta ocasión en que la hicieron comer sosteniendo un libro debajo de cada brazo, para que mantuviera los brazos rectos mientras comía.

Le puse delante otra foto del edificio tomada solo unos meses antes, cuando fui a verlo con mi hija. No ha cambiado, me dijo. Señaló una gran ventana situada en la esquina del primer piso.

«Desde esta habitación, mi madre me decía adiós con la mano cada mañana, cuando me iba a la escuela.»

La tienda de su padre estaba en la planta baja. Me señaló las ventanas y me describió detalladamente el interior. Las botellas, los vasos, el olor. Los simpáticos clientes.

Ahora se mostraba casi comunicativa, recordando vacaciones de verano en lagos austriacos y otras esquiando en Bad Aussee («maravilloso»), visitas al Burgtheater y a la Wiener Staatsoper («sofisticada y emocionante»). Pero cuando le mostré la foto de una calle cerca de su casa que se había engalanado con esvásticas, afirmó no tener recuerdo alguno de tal escena. Era como si todo lo sucedido a partir de marzo de 1938 se hubiese borrado. Herta tenía la misma edad que Inge Trott, que recordaba la llegada del ejército alemán y la toma del poder de los nazis. En cambio, ella no recordaba nada de eso.

Profundizando, con algo de estímulo, recordó un lugar llamado Lemberg y un viaje en tren para visitar a la familia de Malke. Żólkiew le sonaba, pero no podía recordar si había estado.

El nombre de Leon produjo el más vívido de los recuerdos familiares. Herta lo llamó su «querido» tío Leon; era como un hermano mayor, ya que solo tenía dieciséis años más que ella. Siempre estaba allí, era una presencia constante.

«Era muy agradable; yo le quería.» Se detuvo, sorprendida por lo que acababa de decir. Luego lo repitió, por si se me había pasado por alto: «Le quería de verdad.»

Herta me contó que crecieron juntos y vivieron en el mismo apartamento después de que Malke volviera a Lemberg en 1919. Estaba presente cuando ella nació en 1920; por entonces era un colegial vienés de dieciséis años. La madre de Herta, Gusta, era su tutora en ausencia de Malke.

Durante años, Leon fue una constante en su vida. Cuando Malke volvió de Lemberg, se mudó a un apartamento situado en el mismo edificio, propiedad de Gusta y Max (más tarde encontré los papeles que mostraban que Max y Gusta vendieron el edificio por una miseria a un nazi local unos meses después del *Anschluss*). Malke fue una presencia tranquilizadora y matronal durante toda la infancia de Herta, especialmente en las grandes reuniones familiares de las festividades religiosas. Por lo que ella podía recordar, casi no había religión en la vida familiar; raras veces iban a la sinagoga.

«Creo que Leon quería muchísimo a su madre», me dijo Herta de repente, sin venir a cuento. «Era muy atento con ella», y ella con él, ya que era su único hijo tras el fallecimiento de Emil, que había caído al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Además, me recordó Herta, faltaba la figura del padre. Mientras examinábamos los álbumes de fotos, sus facciones se suavizaban visiblemente cada vez que se tropezaba con una imagen de Leon.

Reconoció el rostro de otro joven, que aparecía en varias fotografías. Pero el nombre se le escapaba. Max Kupferman, le dije, el mejor amigo de Leon.

«Sí, desde luego», me respondió Herta. «Lo recuerdo, era amigo de mi tío, siempre estaban juntos. Cuando venía, lo hacía siempre acompañado de su amigo Max.»

Eso me llevó a preguntarle por las amistades femeninas. Herta sacudió la cabeza con firmeza, y luego sonrió, con una sonrisa afectuosa. También su mirada se hizo más expresiva. «A Leon todos le preguntaban siempre: ¿cuándo vas a casarte?»

Volví a preguntarle por posibles novias. Pero ella no recordaba a ninguna.

«Siempre estaba con su amigo Max.» Eso fue lo único que dijo, repitiendo las palabras.

Doron le preguntó si creía que Leon podía ser gay.

«Por entonces no sabíamos qué era eso», respondió Herta. Lo dijo con un

tono monocorde; no se mostró sorprendida ni escandalizada. Ni lo confirmaba ni lo negaba.

134

De regreso en Londres, volví a examinar los papeles de Leon y recopilé todas las fotografías que pude encontrar, que no estaban en ningún orden evidente. Dejé aparte todas las imágenes de Max, poniéndolas en orden cronológico lo mejor que pude.

La primera foto era un retrato formal, realizado por el Atelier Central de Viena en noviembre de 1924. Al dorso de la pequeña imagen cuadrada, Max escribió una inscripción: «A mi amigo Buchholz, con mis recuerdos.» La última imagen de Max que aparecía en el álbum de Leon se tomó doce años después, en mayo de 1936; en ella se ve a los dos hombres tendidos en un campo de hierba con un balón de fútbol de cuero. Max la firmaba como «Mackie».

Entre 1924 y 1936, durante un período de doce años, Leon guardó unas cuantas docenas de fotos de su amigo Max. Parecía que no pasaba un solo año sin que hubiera una fotografía, y a menudo había varias.

Los dos hombres de excursión un día festivo. Jugando al fútbol. En una función. Una fiesta en la playa, con chicas, y los brazos entrelazados. De pie junto a un coche en el campo.



Leon (izquierda) y «Mackie», 1936

A lo largo de doce años, desde los veinte de edad hasta solo unos meses antes de casarse con Rita, cuando tenía treinta y tres, las fotografías señalaban una estrecha relación. No estaba claro que fuera o no íntima en otro sentido. Pero verlas ahora, con los recuerdos de Herta en mente, parecía apuntar a cierta clase de intimidad. Él decía que no quería casarse.

Max logró salir de Viena, aunque yo ignoraba cuándo o cómo. Se dirigió a Estados Unidos, primero a Nueva York y luego a California. Mantuvo el contacto con Leon, y muchos años después, cuando mi madre se encontraba en Los Ángeles, se reunió con él. Mi madre me explicó que se casó a una edad muy avanzada y que no tuvo hijos. ¿Y cómo era? Cordial, simpático y gracioso, me respondió. «Y extravagante.» Me lo dijo sonriendo, con una sonrisa de complicidad.

Volví a la única carta de Max que encontré entre los papeles de Leon. Se había escrito en mayo de 1945, el día 9, el mismo día en que Alemania capituló ante la Unión Soviética. Era la respuesta a una carta enviada por Leon desde París un mes antes.

Max describía la pérdida de varios miembros de su familia, la sensación de seguir vivo y su renovado optimismo. Las palabras transmitían un palpable sentimiento de esperanza. Como Leon, abrazaba la vida, que veía como un vaso medio lleno.

La última línea mecanografiada me llamó la atención, como hiciera ya la primera vez que la leí, aunque entonces fuera de un modo distinto, sin contexto, sin haber oído a Herta. ¿Estaba Max dejándose llevar por el recuerdo de Viena cuando escribió aquellas palabras, en las que ofrecía «besos sinceros», antes de cerrar la misiva con una pregunta?

«¿Debería hacer extensivos los besos», escribía Max, «o son solo para tu esposa?»

X. La sentencia



© Patrick Lawrence QC

Después de que Frank terminó de exponer sus argumentos, los demás acusados presentaron sus defensas, y luego los fiscales hicieron sus alegatos finales. Los estadounidenses decidieron que Lemkin no participara en sus esfuerzos, pero los británicos sí acudieron a Lauterpacht, que trabajó en colaboración con Shawcross. En consideración a la «enorme ayuda» que había proporcionado en los alegatos iniciales, Shawcross le pidió a Lauterpacht que elaborara los argumentos jurídicos finales y los aplicara a los hechos. «En cualquier caso, debo estarle sumamente agradecido por su asesoramiento.»¹

Lauterpacht necesitó un tiempo para recuperarse de su primer viaje a Núremberg varios meses antes. Y lo hizo sumergiéndose en la docencia y en la escritura, incluido un artículo que reflejaba los desafíos planteados por el juicio, la tensión entre el «realismo» y los «principios». Un «sano realismo» y un enfoque pragmático eran ambos necesarios, concluía, pero a largo plazo el compromiso con los «principios» era más importante y debía prevalecer.² No abordó las ideas de Lemkin, pero, de haberlo hecho, habría dicho que eran erróneas en sus principios y poco prácticas.

En la primavera de 1946, Lauterpacht se sentía triste y abatido. Rachel estaba inquieta por su salud y su estado de ánimo, y por un insomnio que le llevaba a preocuparse en exceso por cuestiones menores de la vida cotidiana, como la cuota de afiliación al Club Athenaeum de Pall Mall. Las terribles noticias que le había dado Inka sobre la muerte de sus padres y de toda la familia le pesaban enormemente, aun careciendo de los detalles. Rachel le dijo a Eli que en la intimidad de la noche su padre «gritaba terriblemente en sueños», una reacción a «las bestialidades que había oído describir».³

La supervivencia de Inka ofrecía un rayo de luz. Lauterpacht dedicó tiempo y energía a persuadirla de que se trasladara a Inglaterra para vivir con ellos en Cambridge. Él tenía derecho a traerla, le explicó, como su pariente vivo más cercano, pero no podía traerse a los Melman, que eran quienes cuidaban de ella en un campamento de desplazados de Austria. Lauterpacht

entendía que Inka se sintiera inclinada a permanecer con los Melman, la pareja que le daba seguridad y continuidad después de los «horribles sufrimientos» por los que había pasado. «Sabemos mucho de ti», escribió a aquella joven que por entonces tenía quince años, «porque tu abuelo Aron te quería mucho y hablaba de ti con mucha frecuencia.»⁴ Él quería respetar sus deseos hasta cierto punto. Le correspondía a *ella* decidir su futuro, le escribió, pero debería ir a Inglaterra, donde las condiciones de vida serían «más normales».

Rachel intervino para poner fin a aquel estancamiento. Entiendo tus «temores y dudas», le dijo a Inka, pero Hersch es tu pariente más próximo, el hermano de tu madre. «Yo conocí a tu madre y la quería mucho», le escribió Rachel. «Creo que es bueno que vengas con nosotros a tu propio hogar y tu propia familia.» Y añadió una línea que debió de influir en ella: «Serás nuestra propia hija, nuestra niña.» Más tarde, aquel mismo año, Inka viajó a Inglaterra para mudarse a vivir con ellos en Cranmer Road.

Durante aquel intercambio de correspondencia con Inka, Lauterpacht volvió a Núremberg, armado ahora con el conocimiento de que su familia había sido destruida por los mismos hombres a los que estaba procesando. El 29 de mayo fue a consultar con David Maxwell Fyfe y el equipo jurídico británico encargado de elaborar los alegatos finales. Estos habían de presentarse unas semanas después, a finales de julio, de modo que Shawcross propuso un reparto de tareas: los juristas ingleses de Núremberg tratarían los hechos relativos a los acusados individuales, mientras que Lauterpacht abordaría «la parte jurídica e histórica del caso». Su tarea sería persuadir a los jueces de que no había obstáculos para declarar a los acusados culpables de crímenes contra la humanidad ni de ninguno de los otros delitos. Su parte será «el principal elemento del discurso», le explicó Shawcross.⁵

Lemkin permanecía frustrado en Washington, deliberadamente apartado de la acción, como un extraño. Solo ahora intentó una vez más encontrar el modo de volver a Europa, al ver que el concepto de genocidio se excluía del juicio y no se escuchaba su voz. Creía que solo él podía hacer que el

genocidio se reincorporara al proceso, y para eso tenía que estar en Núremberg.

Por entonces trabajaba a tiempo parcial como asesor del Departamento de Guerra estadounidense (con unos honorarios de veinticinco dólares al día), vivía solo, estaba preocupado por la suerte de su familia –aún no tenía noticia alguna– y seguía el juicio a través de informativos y transcripciones. Tenía acceso a algunas de las pruebas, y estaba especialmente atento a los detalles que revelaban los diarios de Frank. Estos eran como «minuciosos registros», escribió, que ofrecían una descripción de «cada palabra “oficial” pronunciada o acto “oficial” realizado». A veces parecían «un mal guión de Hollywood»; las palabras de un hombre desalmado, cínico y arrogante, sin piedad en el corazón ni el menor sentido de la inmensidad de sus crímenes. Los diarios habían puesto a Frank en su punto de mira.⁶

Pero la vida no era solo trabajo y preocupación. Lemkin también alternaba –más activamente que Lauterpacht–, y se convirtió en una especie de hombre de mundo. Hasta tal punto, de hecho, que el *Washington Post* le incluyó en un número dedicado a los varones capitalinos «nacidos en el extranjero» y sus opiniones sobre las mujeres estadounidenses.⁷ Entre los siete que aceptaron participar, al doctor Rafael Lemkin se le identificaba como un «erudito», el sensato jurista internacional polaco que había escrito *El dominio del Eje*.

Lemkin no renunció a la oportunidad de compartir sus opiniones sobre las mujeres estadounidenses. Soltero empedernido como era, juzgaba a las damas de Washington «demasiado francas, demasiado honestas» para que le resultaran atractivas, y pensaba que carecían de lo que él consideraba «las cualidades tentadoras y sutiles de la coqueta europea». Sí, era cierto que en Estados Unidos «prácticamente todas las mujeres» eran «atractivas» porque la belleza estaba «muy democratizada». Las mujeres europeas, en cambio, solían ser «amorfos y a menudo feas», lo que implicaba que uno tenía que acudir a los «estratos superiores de la sociedad» para encontrar auténticas bellezas. Había asimismo otra distinción: a diferencia de las estadounidenses, las mujeres europeas utilizaban su intelecto para cautivar a los hombres, para desempeñar «el papel de “geishas” intelectuales». Aun así, le dijo al entrevistador, independientemente de cuáles fueran los defectos de las mujeres estadounidenses, él «se conformaría» encantado con una.

Nunca lo hizo. Cuando le pregunté por los asuntos del corazón a Nancy

Ackerly, la «princesa druida» que Lemkin conoció en el Riverside Park de Nueva York, ella recordó que le había dicho que «no tenía tiempo para la vida de casado, ni los fondos para sustentarla». Unas semanas después, el correo le trajo unas cuantas páginas de poesía de Lemkin, treinta poemas que este escribió y compartió con Nancy. La mayoría se centraban en los hechos que habían afectado al trabajo de su vida, y lo hacían desde una afortunada ambigüedad, pero había unos cuantos que trataban de asuntos del corazón. Ninguno de ellos iba dirigido de manera evidente a una mujer, pero había dos que parecían dirigirse a hombres.⁸ En «Amor asustado», escribía:

¿Me amaré él más
si cierro la puerta
cuando llame esta noche?

El otro, que no llevaba título, empezaba con estas líneas:

Señor, no luche,
deje que mi beso corresponda
a su pecho con amor.

Exactamente a qué hacían alusión esas palabras es materia de especulación. Pero está claro que Lemkin vivía una existencia solitaria y aislada, y había pocas personas a su alrededor con las que podía compartir su frustración por los progresos del juicio. Quizá se sintiera fortalecido por la esperanza en la primavera de 1946, cuando en Polonia se iniciaron varios juicios penales de ámbito nacional bajo la batuta de su antiguo mentor Emil Rappaport, casos en los que se imputaría el delito de genocidio a diversos acusados. En Núremberg, en cambio, el término simplemente desapareció, y, tras la primera salva en las jornadas iniciales, pasaron ciento treinta días de vistas sin que el genocidio se mencionara en absoluto.

De modo que en mayo Lemkin inició una nueva campaña de escritura intensiva de cartas destinada a influir en personas clave que podían ayudar a cambiar el rumbo del juicio. Las cartas que encontré eran prolijas y bastante desesperadas, impregnadas de cierto tono ingenuo y casi adulator. Sin embargo, había en ellas algo atrayente, un matiz vulnerable a la vez que genuino. Una de las cartas, de tres páginas, iba dirigida a Eleanor Roosevelt,

presidenta de un nuevo comité de derechos humanos creado en el seno de las Naciones Unidas, a quien Lemkin identificaba como una persona comprensiva porque entendía «las necesidades de los grupos menos privilegiados».⁹ Agradecía a la señora Roosevelt que hubiera apoyado sus ideas junto con su marido –«nuestro gran líder de guerra», lo llamaba–, y le informaba de que el juez Jackson había aceptado «mi idea de formular el genocidio como delito», una afirmación que solo era exacta en parte. La ley no era «la respuesta a todos los problemas del mundo», reconocía, pero ofrecía un medio para desarrollar principios clave. ¿Le ayudaría a crear una nueva maquinaria para prevenir y castigar el genocidio? Junto con la carta, Lemkin incluía unos cuantos artículos que había escrito.

Se envió una carta similar a Anne O'Hare McCormick, del consejo de redacción del *New York Times*, y otra al recién elegido secretario general de las Naciones Unidas, el jurista noruego Trygve Lie.¹⁰ Lemkin también envió cartas a personas con las que había encontrado un punto de conexión, por tenue que fuera: por ejemplo, Gifford Pinchot, un antiguo gobernador de Pensilvania a quien había conocido años antes a través de los Littell, pero con quien había perdido el contacto («Les echo mucho de menos a ambos», escribió Lemkin).¹¹ El responsable de organizaciones internacionales del Departamento de Estado recibió una carta que incluía una disculpa («una repentina llamada a Núremberg y a Berlín» se había interpuesto para impedirles continuar su conversación).¹² Lemkin, consumado experto en contactos sociales, estaba sentando las bases para una renovada campaña.



En la carta no se daban detalles sobre la «repentina llamada» a Núremberg. Lemkin partió rumbo a Europa a finales de mayo, armado con un documento de identidad recién emitido por el Departamento de Guerra, que podía abrirle puertas en Alemania pese a llevar impresas las palabras «No es un pase». ¹³

La fotografía presenta a Lemkin con aspecto de funcionario, con camisa blanca y corbata, tal como había aparecido en el artículo del *Washington Post* publicado dos meses antes. Lemkin mira atentamente a la cámara, con los labios apretados y el ceño fruncido, con aire resuelto y ausente. Según el documento tenía los ojos azules y el cabello de color «negro/gris», pesaba ochenta kilos y medía exactamente metro setenta y seis.

137

La primera parada de Lemkin fue Londres, donde se reunió con el responsable de la Comisión de Crímenes de Guerra de Naciones Unidas, Egon Schwelb, un simpático abogado checoslovaco que había representado a refugiados alemanes antinazis en Praga antes de la guerra y que paralelamente también estaba en contacto con Lauterpacht. ¹⁴ Estuvieron hablando sobre genocidio y responsabilidad, y Lemkin planteó la idea de producir una película para averiguar el paradero de criminales de guerra desaparecidos, una idea que al final se quedó en nada. Desde Londres, siguió rumbo a Alemania hasta Núremberg, adonde llegó a primeros de junio; no coincidió con Lauterpacht por solo unas horas. Aquel día estaba en el banquillo Fritz Sauckel, respondiendo a los cargos de responsabilidad penal por trabajos forzados en Alemania y hablando a los jueces de su reunión con Frank en Cracovia justo después de que este regresara de Lemberg en agosto de 1942. Frank le había dicho a Sauckel que había enviado ya a ochocientos mil trabajadores polacos al Reich, pero que podía encontrar fácilmente otros ciento cuarenta mil. Se trataba a las personas como mercancía barata. ¹⁵

El domingo 2 de junio se ofreció a Lemkin una reunión con Robert Jackson para que le explicara el objetivo de su viaje europeo, que era ayudar al Departamento de Guerra a evaluar el impacto de liberar a hombres de las

SS de los campos de detención. Lemkin le explicó a Jackson que se había liberado ya a más de veinticinco mil de ellos.¹⁶ El fiscal, que estaba acompañado de su hijo Bill, expresó su sorpresa, dado que se estaba juzgando a las SS como organización criminal. Los tres hablaron asimismo de la labor de Lemkin en los juicios de Tokio, y habría sido una auténtica sorpresa que este último no hubiera intercalado la palabra «genocidio» en la conversación. Lemkin, que oficialmente no formaba parte del equipo de Jackson, le describió a este su papel como «asesor jurídico», un modesto embellecimiento de la realidad. Le habían dado un pase que le daba acceso al comedor de oficiales de Núremberg, con los privilegios asociados al rango de coronel.¹⁷ Pero no encontré ningún pase oficial que le permitiera acceder a la sala, y nadie supo darme referencia de alguna foto en la que se constatará su presencia en la sala de justicia número 600. Pese a las muchas horas que pasé en los archivos de Getty Images, tampoco yo encontré nada.

Sin embargo, era obvio que estuvo presente en el Palacio de Justicia, porque se dedicó a perseguir a los abogados de la acusación, y también –lo que fue una gran sorpresa– a hablar con los de la defensa. Benjamin Ferencz, un abogado auxiliar del equipo de Jackson, describió a Lemkin como un personaje desgreñado y desorientado, que trataba constantemente de llamar la atención de los fiscales. «Todos estábamos sumamente ocupados», recordaba Ferencz, y no deseaban que se les molestara con la cuestión del genocidio, un tema que no era «algo en lo que tuviéramos tiempo de pensar». Los abogados de la acusación querían que los dejaran en paz para poder «condenar a esos tipos por matanzas masivas».¹⁸

Un fiscal que se reveló de más ayuda para Lemkin fue el doctor Robert Kempner, a quien el primero había regalado un ejemplar de su libro un año antes, en junio de 1945. Destituido por Hermann Göring de su puesto de abogado en Alemania y luego desterrado del Reich, Kempner era ahora un importante actor en el equipo de Jackson: en un giro insólito, había cambiado las tornas y ahora estaba procesando a Göring. Kempner le permitió a Lemkin utilizar su despacho, la sala 128 del Palacio de Justicia, como lista de correos, y el lugar desde donde este último pudo urdir el resurgimiento de su campaña.¹⁹

Tres días después de la reunión con los Jackson, Lemkin escribió un largo memorando en el que abogaba en favor del genocidio. No estaba claro si este se escribió en respuesta a una petición del fiscal estadounidense, aunque yo

personalmente lo dudaba. El trabajo –titulado «La necesidad de desarrollar el concepto de genocidio en el proceso»– le fue enviado a Kempner el 5 de junio. Argumentaba, con cierta extensión, que el de «genocidio» era el término apropiado para describir la intención de los acusados de destruir naciones y grupos raciales y religiosos. Otros términos de menor calado – como «matanza masiva» o «exterminio masivo»– resultaban insuficientes, puesto que eran incapaces de transmitir el elemento vital de la motivación racial y el deseo de destruir culturas enteras. Cómo nos habríamos empobrecido, escribía Lemkin,

si a las gentes condenadas por Alemania como los judíos no se les hubiera permitido crear la Biblia o engendrar a un Einstein [o] un Spinoza; si los polacos no hubieran tenido la oportunidad de dar al mundo a un Copérnico, un Chopin, un Curie; los griegos, a un Platón y un Sócrates; los ingleses, a un Shakespeare; los rusos, a un Tolstói y un Shostakóvich; los americanos, a un Emerson y un Jefferson; los franceses, a un Renan y un Rodin.²⁰

También dejaba claro que le preocupaba la destrucción de cualquier grupo, no solo de los judíos, y destacaba especialmente a los polacos, los gitanos, los eslovenos y los rusos. Recalcar «solo el aspecto judío» era algo que había que evitar, puesto que ello ofrecería una invitación a Göring y los demás acusados a «utilizar el tribunal para hacer propaganda antisemita». La acusación de genocidio había de formar parte de una estrategia procesal de mayor envergadura para mostrar a los acusados como enemigos de la humanidad, un «delito especialmente peligroso», que iba más allá de los crímenes contra la humanidad.

Lemkin envió una versión revisada del memorando a Thomas Dodd, el abogado estadounidense que acusaba a Frank. En esta versión añadió nuevo material, adaptando el documento a las necesidades de su receptor e incluyendo un par de nombres checoslovacos (Buss y Dvořák) en la lista de aquellos a quienes los alemanes habían intentado destruir. También escribió un nuevo apartado, en el que defendía el argumento de que el «pueblo alemán» era un «Caín que había matado a Abel» y al que había que hacer entender que los nazis destruían a individuos no en virtud de una criminalidad esporádica, sino con otro propósito intencionado, «el asesinato de naciones fraternas». Lemkin terminaba la carta con una advertencia: si el cargo de genocidio se excluía de la sentencia, daría la impresión de que «la

acusación no demostraba sus argumentos». No encontré evidencia alguna de que la carta influyera en Dodd, ni en un sentido ni en otro.²¹

Lemkin volvió a reunirse con Jackson a finales de junio, esta vez para persuadirle de que argumentara en favor de la consideración del genocidio como un delito claramente diferenciado.²² Tenía que hacer frente a objeciones políticas en Estados Unidos y en Gran Bretaña, derivadas respectivamente del trato histórico que los estadounidenses habían dado a los negros y de las prácticas coloniales británicas. Había asimismo dificultades de índole práctica sugeridas por Lauterpacht: ¿cómo se demostraba de hecho la intención de destruir a un grupo? Y había también objeciones de principios, del tipo planteado por Leopold Kohr, que afirmaba que Lemkin había caído en la trampa del «pensamiento biológico», centrándose en los grupos de una manera que propiciaba el antisemitismo y el antigermanismo. Los obstáculos seguían siendo elevados.

138

Pese a tales impedimentos, los esfuerzos de Lemkin tuvieron cierto éxito. En el plazo de cuatro días tras la segunda reunión con Jackson, la palabra «genocidio» pasó a reincorporarse al proceso. Ocurrió el 25 de junio, y el inesperado paladín de Lemkin fue Sir David Maxwell Fyfe, el escocés encargado del conainterrogatorio del canoso, elegante y distinguido diplomático Konstantin von Neurath, primer ministro de Exteriores de Hitler.²³ Von Neurath, que durante la masacre de los armenios era un joven diplomático alemán destinado en Constantinopla, se convertiría más tarde en *Reichsprotector* de la Bohemia y la Moravia ocupadas, y Maxwell Fyfe se centró precisamente en una nota que había escrito en calidad de tal. En agosto de 1940, Von Neurath escribió sobre el trato que había que dar a la población checa en el área ocupada. Una de las opciones que propuso –descrita como «la solución más radical y teóricamente completa»– sería evacuar a todos los checos del territorio y simplemente reemplazarlos por alemanes, asumiendo que pudiera encontrarse a un número de alemanes suficiente. La alternativa era lograr la «germanización mediante la reproducción selectiva individual» de algunos checos y la expulsión de otros. Con cualquiera de los dos planteamientos, el objetivo era destruir a la intelectualidad checa.

Maxwell Fyfe leyó en voz alta extractos del memorando de Von Neurath. «Ahora, acusado», añadió, hablando con voz entrecortada, ¿reconocía que se le acusaba «de genocidio, que según decimos es el exterminio de grupos raciales y nacionales»? La satisfacción de Lemkin debió de ser grande, y aún mayor unos momentos después, cuando Maxwell Fyfe aludió al «conocido libro del profesor Lemkin» y luego leyó para que constara en acta su definición de genocidio. «Lo que usted quería hacer», le dijo Maxwell Fyfe a Von Neurath, «era deshacerse de los profesores, escritores y cantantes de Checoslovaquia, a quienes usted denomina la intelectualidad, las personas que transmitirían la historia y las tradiciones del pueblo checo a otras generaciones.»²⁴ Aquello era genocidio. Von Neurath no dio ninguna respuesta. El viaje de Lemkin a Núremberg había marcado una inmediata diferencia.

Más tarde Lemkin escribió a Maxwell Fyfe, en tono eufórico, para expresarle su «muy cálido aprecio» por el apoyo del fiscal británico a la inclusión del cargo de genocidio.²⁵ La respuesta de Maxwell Fyfe, si es que la hubo, se ha perdido. Lo que sí escribió el fiscal, después del juicio, fue un prefacio al magnífico relato del proceso que hizo el periodista del *Times* R. W. Cooper, mencionando el genocidio y el libro de Lemkin. El delito de genocidio resultaba «esencial» para el plan nazi, escribió, y condujo a actos «terribles». Cooper dedicaba un capítulo entero al «nuevo delito» de genocidio, un término cuyo «apóstol» era Lemkin, un hombre cuya «voz clama en el desierto». Y señalaba asimismo que los detractores del término «genocidio» sabían que también podía aplicarse a «la extinción de los pieles rojas en Norteamérica», lo que constituía un reconocimiento de que las ideas de Lemkin ofrecían «una imperiosa advertencia a la raza blanca».²⁶

El periodista mencionaba a Haushofer, la «barbarie», el «vandalismo» y la conferencia de Madrid, de la que Lemkin se había visto apartado al ser «reclamado en Polonia» (lo que sugería que este último seguía adornando los hechos, como hiciera en Duke cuatro años antes).²⁷ Estaba claro que el jurista polaco utilizaba a Cooper para obtener acceso a Maxwell Fyfe, y esa era la vía probable por la que el término «genocidio» había vuelto a la sala de justicia.

Dado que en aquel momento ni Shawcross ni Lauterpacht estaban en Núremberg, Maxwell Fyfe era libre de actuar por su cuenta para llevar adelante el argumento del genocidio. La consecuencia era potencialmente

significativa: a diferencia del concepto de crímenes contra la humanidad, que abordaba la responsabilidad de actos vinculados a la guerra, el cargo de genocidio abría la puerta a toda clase de actos, incluyendo los ocurridos antes de que estallara el conflicto.

Mientras Lemkin hostigaba, presionaba y persistía, Lauterpacht escribía partes del discurso final de Shawcross. Trabajaba solo en el primer piso del número 6 de Cranmer Road, en lugar de dedicarse a estrechar manos de periodistas en el bar del Grand Hotel de Núremberg. Imagino *La Pasión según San Mateo* de Bach sonando de música de fondo mientras fluían las ideas y él las iba plasmando en el papel. Puede que de vez en cuando echara un vistazo por la ventana a la biblioteca universitaria y al campo de fútbol.

Lauterpacht trabajó en el borrador durante varias semanas. Completó una breve introducción, y la primera y tercera partes, más largas, del discurso del fiscal, exponiendo argumentos jurídicos (la segunda parte, sobre hechos y evidencias, se estaba redactando en Núremberg). Yo disponía de la versión mecanografiada del texto de Lauterpacht, pero tenía curiosidad por ver el original manuscrito, el que Lauterpacht le entregó a la señora Lyons para que lo mecanografiara. Eli lo tenía en Cambridge, de modo que volví una vez más para echarle una ojeada. La caligrafía me resultó familiar, así como la argumentación, tan clara y lógicamente expuesta, invitando al tribunal a rechazar el argumento de los acusados de que los cargos eran nuevos o carecían de precedentes. Las primeras páginas eran comedidas, despojadas de pasión y de emoción. Como en tantos otros aspectos, Lauterpacht era el extremo opuesto a Lemkin.

Pero este borrador tendría una conclusión distinta del que escribiera para la apertura del juicio, un final que resultaría a la vez crudo, absorbente y apasionado. No era así como empezaba, con una introducción de nueve páginas sobre el propósito del juicio y la necesidad de equidad. El objetivo del proceso no era la venganza, escribía Lauterpacht, sino hacer justicia conforme al derecho, realizando «una evaluación autorizada, minuciosa e imparcial» de los delitos. La tarea del tribunal era desarrollar la ley para proteger a los individuos, crear «el más valioso precedente para cualquier

futuro Tribunal Penal Internacional» (la observación resultaría profética, aunque habrían de pasar cinco largas décadas antes de que naciera la Corte Penal Internacional).²⁸

La segunda parte del borrador de Lauterpacht superaba las cuarenta páginas y aunaba muchas de las ideas a las que este había dedicado años de reflexión. En relación con los crímenes de guerra, se centraba en los temas del asesinato y los prisioneros de guerra, los intelectuales polacos y los activistas políticos rusos. Luego hacía una digresión para afirmar que el cargo de «crímenes contra la humanidad» no era nuevo en absoluto, contradiciendo así directamente lo que había declarado al Foreign Office tan solo unos meses antes. Lejos de ello, era un punto de partida para reivindicar «los derechos del hombre» y ofrecerle protección contra «la crueldad y la barbaridad de su propio Estado». ²⁹ Tales actos eran ilegales por más que el derecho alemán los permitiera. El borrador proclamaba que los derechos fundamentales del hombre estaban por encima de las leyes nacionales; un nuevo enfoque para servir a los intereses de los individuos, no de los Estados.

Así, cada ser humano individual tenía derecho a protección al amparo de la ley, una ley que no podía hacer la vista gorda ante la atrocidad. Cabe destacar que Lauterpacht mencionaba solo de pasada a Hitler y hacía una única referencia a los judíos, cinco millones de los cuales habían muerto asesinados «por ninguna otra razón que el hecho de ser de raza o de religión judía». ³⁰ Sobre los acontecimientos de Lemberg, abordados por los soviéticos en las jornadas iniciales del juicio, no escribía nada. Lauterpacht evitaba cualquier referencia a temas que pudieran considerarse personales, de modo que no escribía nada sobre el trato dado a los polacos, y, por supuesto, no utilizaba el término «genocidio». Seguía oponiéndose implacablemente a las ideas de Lemkin.

Luego pasaba a centrarse en los acusados, un grupo «patético» que invocaba el derecho internacional para salvarse. Buscaban refugio en ideas obsoletas; el concepto de que, de algún modo, el individuo que actuaba en nombre del Estado era inmune a la responsabilidad penal. De los veintiún acusados que había en la sala, identificaba a cinco por su nombre, destacando a Julius Streicher por sus teorías raciales y a Hermann Göring por participar en la «carnicería» del gueto de Varsovia.

El único acusado al que Lauterpacht mencionaba en repetidas ocasiones era Hans Frank. Quizá no fuera un hecho casual, dado que entre todos los

sentados en el banquillo él era el hombre más estrechamente vinculado al asesinato de su propia familia. Frank era «agente directo» de los «delitos de exterminio», escribía Lauterpacht, aunque no estuviera personalmente implicado en el acto de la ejecución.³¹ Lauterpacht hacía especial hincapié en Frank en las últimas páginas de su borrador, los compases finales de un texto cuasi sinfónico. La nueva Carta de las Naciones Unidas daba un paso hacia la entronización de los derechos del hombre. Anunciaba una nueva época, en la que se situaban «los derechos y deberes del individuo en el mismo centro del derecho constitucional mundial». Tal idea era puro Lauterpacht, el tema central de la labor de su vida. Pero en esas páginas encontraba también una voz distinta, liberando una fuente de emoción y energía contenidas. La caligrafía cambiaba; se añadían y tachaban palabras, y se proyectaba una cruda ira sobre los acusados que ni siquiera ofrecían «una simple admisión de culpa». Es cierto, había «confesiones abyectas», quizá algunas de ellas con cierto aire de sinceridad, pero eran falsas, nada más que «arteras evasiones».

Luego Lauterpacht pasaba a centrarse en el acusado más estrechamente vinculado a la suerte de su propia familia, un hombre que en abril había ofrecido una tímida expresión de responsabilidad. «Testimonio [...] acusado Frank», escribía, «confesando el más profundo sentimiento de culpa por las terribles palabras que había pronunciado; como si fueran sus palabras las que importaran y no el hecho terrible que las acompañó. Lo que podía haberse convertido en una declaración redentora de un vestigio de humanidad se revela como el ingenioso mecanismo de un hombre desesperado. Él, como otros acusados, han [sic] alegado, hasta el final, absoluta ignorancia de aquella vasta ramificación organizada y extremadamente intrincada de los crímenes más repugnantes que jamás han mancillado el historial de una nación.»³²

^{for instance,} defendant Frank comparing to a ~~single~~
sense of ~~possible~~ ^{deepest} guilt because of the terrible
words which he had uttered - as if it were
his words that mattered and not the terrible
28 deed which ~~followed~~ ^{accompanied} them. What might have become
a redeeming hope ~~claim~~ ^{claim} to a vestige of
~~humanity~~ ^{vestige of humanity} within
and other defendants ~~for~~ ^{for} they have all pleaded
ignorance - reveals itself as a crafty device
of degenerate men. He, like other defendants, have
yet this ~~trick~~ ^{trick} is ~~pleader~~ ^{pleader}, to the
very end, full ignorance of the ~~trick~~ ^{trick}, organized
and most intricate ^{and most intricate} ~~reminiscent~~ ^{reminiscent} of the foulest crimes that ~~have~~
ever sullied the record of a nation. These
crimes transcend any conceivable measure
of individual rehabilitation. They have raised

«Testimonio [...] acusado Frank»; borrador de Lauterpacht, 10 de julio de 1946
© Profesor Sir Elihu Lauterpacht QC

Era este un lenguaje sorprendentemente emocional para Lauterpacht. Interesante, me dijo Eli cuando llamé su atención sobre el pasaje. Él no había reparado en la importancia de las palabras; «mi padre nunca me habló de esos temas, ni una sola vez». Ahora, enfrentado al documento en el contexto que yo le expliqué, Eli reflexionó en voz alta sobre la conexión entre su padre y los acusados. Tampoco sabía, hasta entonces, que el gobernador Otto von Wächter, la mano derecha de Frank, un hombre directamente implicado en

las matanzas de Lemberg, había sido compañero de clase de su padre en Viena. Unos meses después se le presentó la oportunidad de conocer a Niklas Frank y a Robby Dundas en la que sería una reunión de los hijos del juez, el fiscal y el acusado. Eli rehusó.

A Lauterpacht le preocupaba la posibilidad de que Shawcross no utilizara lo que él había escrito. «Me siento naturalmente inclinado a pensar que es relevante y necesario», le dijo al fiscal general, recordándole la necesidad de llegar a la opinión pública más allá de la sala de justicia. Si el discurso resultaba excesivamente largo, Shawcross podía remitir el texto íntegro al tribunal pero leer en voz alta únicamente las «partes seleccionadas».³³

El 10 de julio, la secretaria de Lauterpacht metió aquellos pensamientos adjuntos y el borrador mecanografiado en un gran sobre y lo envió todo.³⁴

140

Mientras el borrador de Lauterpacht hacía su viaje en tren rumbo a Londres, Lemkin redoblaba sus esfuerzos, recibiendo la inesperada ayuda de una fuente improbable, Alfred Rosenberg. Yo no soy ningún *génocidaire*, declaró a los jueces el vecino de Frank en la primera fila del banquillo de los acusados, hablando por boca de su abogado. El doctor Alfred Thoma trató de persuadir al tribunal de que la contribución de Rosenberg a la política nazi había sido simplemente un ejercicio «científico», y no había conexión alguna con el «genocidio» en el sentido evocado por Lemkin.³⁵ Antes al contrario, Rosenberg había estado motivado por una «lucha entre psicologías», añadió el abogado, sin el deseo de matar o destruir. Aquel inesperado argumento lo había suscitado una línea del libro de Lemkin en la que se citaba una frase de la obra magna de Rosenberg, *El mito del siglo XX*, publicada en 1930.³⁶ Dicha obra afirmaba ofrecer un fundamento intelectual para las ideas racistas. Rosenberg se sentía agraviado porque consideraba que Lemkin había tergiversado sus palabras, afirmando que este había omitido una frase crucial de la obra original y que él no había abogado en favor de que una raza extinguiera a otra. El argumento era retorcido y desesperado.³⁷

Preguntándome cómo las ideas de Lemkin habían llegado hasta Rosenberg, encontré la respuesta sin buscarla, en los archivos de la Universidad de Columbia. Metido entre lo poco que quedaba de los papeles de Lemkin había

una copia de un largo alegato redactado por el doctor Thoma en defensa de Rosenberg. Thoma se lo había entregado a Lemkin junto con una nota manuscrita de agradecimiento personal. «Ehrrerbietig überreicht», escribía Thoma; «presentado con todos mis respetos».³⁸ El documento hacía patentes los incansables esfuerzos de Lemkin, dispuesto incluso a contactar con los acusados a través de sus abogados. En los días que siguieron también otros abogados defensores invocaron sus ideas, aunque solo fuera para discrepar de ellas.

Quizá debido al hecho de que había de soportar el peso de la falta de noticias sobre su familia, la salud de Lemkin empeoró una vez más. Tres días después del arrebato antigenocida de Rosenberg, Lemkin se vio postrado en la cama, donde permaneció durante seis días bajo sedación. El 19 de julio, un médico militar estadounidense diagnosticó que sufría de hipertensión aguda, náuseas y vómitos. Tras un nuevo examen se aconsejó su ingreso hospitalario, de modo que pasó unos días en el 385.º Hospital de Campaña del ejército estadounidense. Otro médico recomendó que regresara sin tardanza a Estados Unidos, pero él hizo caso omiso del consejo.³⁹

141

Lemkin estaba en Núremberg el 11 de julio, cuando el doctor Seidl presentó en el tribunal el alegato final en defensa de Frank. Dada la práctica admisión de culpa colectiva por parte de este en el mes de abril, y las evidencias emanadas de sus diarios, el abogado tenía ante sí una ardua tarea. No ayudó en nada que el tribunal estuviera irritado con Seidl, que también representaba a Rudolf Hess (los jueces se sentían molestos con Seidl porque este no les entregó una traducción inglesa del alegato que había hecho en defensa de Hess, y porque no paraba de insistir en que el Tratado de Versalles era la causa de los terribles actos de los que se acusaba a sus clientes).⁴⁰

El doctor Seidl intentó minimizar el testimonio anterior de Frank y descartar los numerosos pasajes, poco útiles, de los diarios. «Salvo una única excepción», les dijo Seidl a los jueces, las entradas de los diarios eran meras transcripciones administrativas, no palabras dictadas realmente por Frank.⁴¹ Nadie podía evaluar su exactitud porque Frank no había verificado personalmente dichas entradas, realizadas por taquígrafas. Eran solo palabras,

no evidencias de acciones o hechos. Aun así, Seidl tenía que aceptar que los discursos de Frank tendían a un determinado «punto de vista» sobre la cuestión judía y «no ocultaban sus opiniones antisemitas», lo cual era quedarse bastante corto. La acusación, argumentó Seidl, no había establecido ninguna «conexión causal» entre las palabras de Frank y las medidas perpetradas por la Policía de Seguridad, y la policía no estaba bajo el control de su cliente.

Además, prosiguió el doctor Seidl, los datos mostraban que Frank se había opuesto a los peores excesos. Ciertamente se habían cometido crímenes terribles en el territorio del Gobierno General, sobre todo en los campos de concentración. Frank no negaba ninguno de ellos; pero él no era el responsable. Antes al contrario: había librado «una lucha de cinco años contra todas las medidas violentas», quejándose ante el Führer, aunque sin éxito. Seidl presentó numerosos documentos en apoyo de sus argumentos.⁴²

Frank permanecía sentado en silencio mientras se exponían aquellos optimistas argumentos sin que su rostro mostrara expresión alguna. De vez en cuando se le veía moverse ligeramente, y algunos observaron que tenía la cabeza algo más inclinada que en anteriores jornadas del juicio. Frank, prosiguió el doctor Seidl, no podía investigar los rumores sobre Auschwitz, puesto que el campo estaba fuera de su territorio. Con respecto a Treblinka, que sí estaba dentro de este, el abogado adoptó una línea argumental distinta. ¿Podía la mera construcción y administración de un campo de concentración en el territorio de Frank considerarse un crimen contra la humanidad? «No», replicó Seidl. Como potencia ocupante, Alemania tenía derecho a dar los «pasos necesarios» para mantener el orden público y la seguridad.⁴³ Treblinka era uno de tales pasos, y no uno del que Frank fuera responsable. El doctor Seidl no tenía nada que decir sobre el testimonio de Samuel Rajzman.

Este planteamiento suscitó una intervención del fiscal Robert Kempner, visiblemente irritado. Los argumentos de Seidl eran «completamente irrelevantes», les dijo a los jueces, y carecían de ninguna evidencia que los sustentara.⁴⁴ El juez Lawrence aceptó el argumento, pero el doctor Seidl se limitó a continuar en la misma línea.

Los magistrados escucharon impasibles. Tres meses antes, en abril, Frank había pronunciado palabras que parecían reflejar cierto grado de responsabilidad colectiva, si no de responsabilidad personal o individual.

Ahora su abogado adoptaba un enfoque distinto. Los otros acusados habían acudido a él recalcándole la necesidad de ser solidario con el grupo.

142

Los abogados defensores completaron sus alegatos a finales de julio. Lo único que quedaba por hacer por parte de cada uno de los veintiún acusados era presentar una breve declaración personal final. Pero primero tenía que hablar la acusación.

Los cuatro equipos de fiscales tomaron la palabra en el mismo orden en que habían hecho los alegatos iniciales. Primero los estadounidenses, que se centraron en el primer cargo y la acusación de conspiración.⁴⁵ Luego los británicos, que lo hicieron en el segundo cargo, crímenes contra la paz, junto con una descripción de los aspectos jurídicos del caso en su conjunto, redactada por Lauterpacht.⁴⁶ Luego vinieron los franceses y los rusos, que abordaron respectivamente los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad.⁴⁷

Robert Jackson inició los alegatos de la acusación la mañana del viernes 26 de julio.⁴⁸ Lemkin seguía en Núremberg, impaciente por oír lo que pudiera decirse sobre el genocidio, mientras que Lauterpacht permanecía en Cambridge. Jackson guió de nuevo al tribunal hacia los hechos, la guerra, su gestión y la esclavización de las poblaciones ocupadas. El «más vasto y terrible de los actos» había sido la persecución y el exterminio de judíos, una «solución final» que había llevado a la matanza de seis millones de personas. Los acusados formaban un «coro» afirmando no ser conscientes de aquellos terribles hechos. Un argumento «ridículo», aseguró Jackson a los jueces. Göring decía que «no sabía nada» de ningún exceso, que no sospechaba de la existencia de un programa de exterminio pese a haber firmado un «montón de decretos». Hess era simplemente un «intermediario inocente» que transmitía las órdenes de Hitler sin leerlas. ¿Von Neurath? Un ministro de Exteriores «que sabía poco de asuntos exteriores y nada de política exterior». ¿Rosenberg? Un filósofo del partido sin «la menor idea de la violencia» que su filosofía incitaba.

¿Y Frank? Un gobernador general de Polonia que «reinaba, pero no gobernaba». Entre los niveles superiores del gobierno, él había sido un

«fanático», un jurista que había consolidado el poder nazi, llevado la anarquía a Polonia y reducido su población a unos «penosos restos». Recuerden las palabras de Frank, les dijo Jackson a los jueces: «pasarán mil años, y esta culpa de Alemania aún no se habrá borrado».⁴⁹

Jackson estuvo hablando durante media jornada. Se mostró potente, incisivo y elegante, pero el discurso tenía una gran brecha en su mismo corazón, al menos desde la perspectiva de Lemkin: Jackson no dijo ni una palabra sobre el genocidio. Lemkin supo advertir el peligro: si el fiscal jefe no subía a bordo, había pocas perspectivas de que los jueces estadounidenses del tribunal, Biddle y Parker, lo hicieran. Eso hacía que los ingleses resultaran aún más importantes; pero Lemkin no podía saber que el borrador que Lauterpacht había redactado ya para Shawcross no hacía mención alguna del genocidio.

143

Shawcross se dirigió hacia el atril después de la comida y habló durante toda la tarde y parte del día siguiente. Abordó los hechos, «crímenes contra la paz», y la inviolabilidad del individuo.⁵⁰

Cuando Shawcross se disponía a hablar, Lauterpacht sabía ya que su borrador había sido objeto de drásticas correcciones por parte de los juristas ingleses desplazados a Núremberg, a quienes les preocupaba el rumbo que estaba tomando el juicio. «Nos inquieta mucho el modo en que los jueces hablan de la condena y la sentencia», le había dicho a Shawcross el coronel Harry Phillimore. «De manera extraoficial, en la cena, etc., han señalado que pueden absolver a dos o tres, y que puede que a un gran número de ellos no los condenen a muerte.»⁵¹ Shawcross estaba muy preocupado por ello. Podemos concebir que «uno o dos escapen a la pena de muerte», añadió Phillimore, «pero la absolucón de alguno de los acusados, y cualesquiera penas menores para algunos de los demás, reducirían el juicio a una farsa».

Shawcross le había dicho a Lauterpacht que su largo borrador presentaba «una considerable dificultad». Para abordar las dificultades, y también a modo de autoprotección, el fiscal general dedicaría más tiempo a los hechos, lo que implicaba reducir los argumentos jurídicos de Lauterpacht. «Si yo no me dejaba guiar por el consejo de Fyfe y algo iba mal, obviamente se diría

que había sido por mi culpa.»⁵² Y él no estaba dispuesto a presentar al tribunal un largo discurso por escrito, para que constara en acta, pero luego leer en voz alta solo partes de él. Usaría lo que pudiera del borrador de Lauterpacht. Al final, tres cuartas partes de las setenta y siete páginas del texto de Shawcross estarían dedicadas a los hechos y a las evidencias de respaldo; eso dejaba solo dieciséis páginas para argumentos jurídicos, de las que doce habían sido íntegramente redactadas por Lauterpacht. Había cortes, pero, como Lauterpacht no tardaría en descubrir, también algún que otro añadido.

Shawcross comenzó con una cronología que iba desde el período previo a la guerra hasta la conspiración de los acusados para cometer crímenes durante el conflicto.⁵³ Siguió el curso de acontecimientos ocurridos en toda Europa, guiándose por el rastro de los decretos y papeles reunidos por Lemkin: empezó por Renania y Checoslovaquia, pasando luego por Polonia, para luego dirigirse hacia el oeste, a Holanda, Bélgica y Francia, después hacia el norte, a Noruega y Dinamarca, después hacia el sureste, a Yugoslavia y Grecia, y finalmente hacia el este, a la Rusia soviética. Los crímenes de guerra que expuso eran a la vez «el objetivo y el origen de otros crímenes», les dijo Shawcross a los jueces. También se cometieron crímenes contra la humanidad, pero solo en el curso de la guerra. Así, estableció la conexión que más temía Lemkin, guardando silencio sobre todos los crímenes cometidos antes de 1939.

Sin embargo, aquel discurso también ofreció un ejemplo único, brillante y decisivo de argumentación jurídica en un tribunal, por el que Shawcross supo guiar a los jueces hacia un solo acto de matanza, permitiendo que diez años de horror se reflejaran en un momento cargado de potencia. Shawcross leyó en voz alta la declaración del testigo Hermann Graebe, el director alemán de una fábrica situada en las inmediaciones de Dubno, en el territorio de Frank, que estaba cerca de la casa del panadero donde Lemkin se había refugiado durante unos días en septiembre de 1939. Al hacerlo, Shawcross adoptó un timbre de voz que expresaba toda la emoción de las palabras, hablando despacio y articulando cada vocablo con precisión cristalina:

Sin gritar ni llorar, aquellas personas desnudas, reunidas en grupos familiares, se besaron unas a otras, se dijeron adiós, y esperaron una señal de otro hombre de las SS, que estaba de pie junto a la fosa, también con un látigo en la mano.⁵⁴

Se hizo un silencio en la sala mientras el tiempo se ralentizaba y las palabras hacían su efecto. Mientras hablaba Shawcross, la escritora Rebecca West, que se sentaba en la galería de prensa, observó que Frank se movía inquieto en su asiento, como un niño pequeño al que reprendiera un maestro de escuela.

Durante los quince minutos en los que estuve cerca no escuché ni una sola queja ni súplica de piedad. Observé a una familia de unas ocho personas, un hombre y una mujer, ambos de unos cincuenta años, con sus hijos, aproximadamente de uno, ocho y diez, y dos hijas adultas de entre veinte y veinticuatro. Una anciana con el cabello blanco como la nieve sostenía al niño de un año en brazos mientras le cantaba y le hacía cosquillas. El niño gorjeaba de placer. La pareja miraba con lágrimas en los ojos. El padre sostenía la mano de un niño de unos diez años y le hablaba con suavidad; el muchacho luchaba por contener las lágrimas.

Shawcross hizo una pausa para echar un vistazo a todos los presentes, y luego miró en dirección a los acusados. ¿Observó a Frank, con la cabeza gacha, mirando al suelo de madera de la sala?

«El padre señaló al cielo, le acarició la cabeza y pareció explicarle algo.»

Fue aquel un momento de «vívida piedad», tal como lo definió Rebecca West.⁵⁵

Shawcross pasó a centrar su atención en Frank. Aquellos hechos se habían producido en su territorio, un hecho suficiente para condenarlo. Pero siguió presionando.⁵⁶

Hans Frank, el ministro de Justicia de Baviera, que ya en 1933 había recibido informes sobre asesinatos perpetrados en Dachau.

Hans Frank, el principal jurista del Partido Nazi, miembro del Comité Central que había ordenado el boicot de los judíos.

Hans Frank, un ministro que en marzo de 1934 habló por la radio para justificar la legislación racial.

Hans Frank, un acusado que pedía a los jueces que creyeran que las palabras que contenían sus diarios se habían escrito desconociendo los hechos.

«¡Maldito inglés!», exclamó Frank refiriéndose a Shawcross; una maldición proferida en voz lo bastante alta como para que se oyera en toda la sala.⁵⁷

Hans Frank, un abogado que hablaba y escribía en apoyo de una «horrible política de genocidio».

La palabra apareció inesperadamente; no estaba escrita en el texto redactado por Lauterpacht. Debió de haberla añadido Shawcross, y luego la repitió en voz alta. El «genocidio» como un objetivo general. El «genocidio» aplicado a los gitanos, a la intelectualidad polaca, a los judíos.⁵⁸ El «genocidio» utilizado «de distintas formas» contra otros grupos, en Yugoslavia, en Alsacia-Lorena, en los Países Bajos, incluso en Noruega.

Shawcross estaba en racha, y a continuación pasó a centrarse en las técnicas del genocidio. Describió la pauta de acción que terminaba con el asesinato deliberado de grupos, en cámaras de gas, mediante fusilamientos masivos, haciendo trabajar a las víctimas hasta la muerte... Habló de «mecanismos biológicos» para reducir la tasa de natalidad, de esterilización, de castración, de aborto, de la separación de hombres y mujeres. Las evidencias eran aplastantes, prosiguió; todos los acusados conocían la «política de genocidio», todos eran culpables del delito, todos eran asesinos. La única sentencia adecuada era «la pena máxima». Esta última frase causó una conmoción en el banquillo.

Shawcross había utilizado el término de Lemkin, pero se abstuvo de suscribir plenamente todo su significado. Lemkin quería criminalizar todas las matanzas de grupos ya desde 1933, antes de que estallara la guerra. Pero Shawcross dejó claro que él empleaba el término en un sentido más restringido. El «genocidio» era un «crimen contra la humanidad» agravado, pero solo si se cometía en conexión con la guerra. La restricción venía impuesta por el artículo 6(c) del Estatuto, debido a la infame coma introducida en el texto en agosto de 1945. Para que un determinado acto se considerara un crimen, había de estar vinculado a la guerra. Este era «un requisito muy importante», les dijo Shawcross a los jueces, quitando así con una mano lo que había dado con la otra, la plena expresión del concepto de «genocidio». Leyendo sus palabras, entendí cuál era la consecuencia: la exclusión del juicio de todos los actos ocurridos en Alemania y Austria antes de septiembre de 1939. Las acciones de empobrecimiento y de destierro perpetradas contra personas como Leon, en noviembre de 1938, y contra

varios millones más –confiscación, expulsión, detención, asesinato– quedarían fuera de la jurisdicción del tribunal.

En cambio, Shawcross sacó muchas cosas de Lauterpacht. En este caso no había problemas de retroactividad, ya que todos los actos implicados –exterminio, esclavización, persecución– se consideraban delitos en la mayoría de las legislaciones nacionales. El hecho de que fueran legales en el marco del derecho alemán no proporcionaba defensa alguna, puesto que se trataba de acciones que afectaban a la comunidad internacional. Eran «crímenes contra la ley de las naciones», no meros asuntos de interés nacional. En el pasado, el derecho internacional había permitido que cada Estado decidiera cómo trataría a sus ciudadanos, pero ahora esa idea se veía reemplazada por un nuevo enfoque:

En el pasado el derecho internacional ha afirmado en cierta medida que hay un límite a la omnipotencia del Estado y que el ser humano individual, la unidad última de toda ley, no pierde el derecho a la protección de la humanidad cuando el Estado pisotea sus derechos de un modo que ultraja la conciencia del género humano.⁵⁹

La guerra era justa y legítima si se libraba para impedir «atrocidades cometidas por tiranos contra sus súbditos». Y si el derecho internacional permitía la intervención humanitaria mediante la guerra, ¿cómo podía decirse que la «intervención mediante un proceso judicial» era ilegal? Shawcross estaba lanzado. Rechazó el argumento de los acusados de que «solo el Estado, y no el individuo», podía cometer un crimen en el marco del derecho internacional. Este último no contenía ningún principio semejante, de modo que quienes ayudaban a un Estado a cometer un crimen contra la humanidad no eludirían su responsabilidad; no podían refugiarse tras el Estado. «El individuo debe trascender al Estado.»⁶⁰

Todo esto recogía la esencia de las ideas de Lauterpacht, incluyendo también un breve guiño a las de Lemkin sobre el genocidio y los grupos. Pero Shawcross terminó exactamente donde Lauterpacht quería que lo hiciera, subrayando el papel del individuo como «unidad última de toda ley».⁶¹ Se había distanciado de Lauterpacht en la cuestión del genocidio, y también pude observar otro cambio: Shawcross había eliminado todas las referencias a Frank que había introducido Lauterpacht en las últimas páginas de su

borrador. Sin duda, resultaban demasiado personales y demasiado apasionadas.

145

A Shawcross le siguió el frágil y anciano fiscal jefe francés, Auguste Champetier de Ribes, que hizo una breve introducción antes de pasar el testigo a su ayudante.⁶² El tono de los argumentos de Charles Dubost fue menos duro, pero el francés siguió dejando claro que los acusados eran penalmente culpables; eran *cómplices* de las acciones de Alemania. Las palabras de Frank se lanzaron de nuevo contra él: ¿acaso no había admitido que la responsabilidad de quienes estaban en el gobierno era mayor que la de quienes ejecutaban las órdenes?

Los franceses se unieron a Shawcross a la hora de pedir una condena por genocidio. Los exterminios perpetrados eran «científicos y sistemáticos», se había matado a millones de personas simplemente porque eran miembros de un grupo determinado nacional o religioso, hombres y mujeres que se interponían en el camino de la «hegemonía de la raza germánica». El genocidio se había «logrado casi por completo», tanto en los campos como en otros lugares, a instancias de la Gestapo, con el apoyo de los acusados de una forma u otra.⁶³

El fiscal francés rechazó el argumento del doctor Seidl de que a los individuos que actuaban en nombre del Estado no se les podía hacer responsables de sus agravios. «Ninguno de los acusados era un “individuo aislado”», les dijo Dubost a los jueces.⁶⁴ Todos y cada uno de ellos habían demostrado su cooperación y solidaridad en las distintas acciones. «Sean duros, no tengan piedad», imploró, ni con Frank ni con todos aquellos que estuvieron encantados de decretar tan terribles actos. Son culpables, condénenlos, mándenlos a la horca.

Luego siguieron los soviéticos, como si formaran parte de un ataque coordinado. El general Roman Rudenko, tan duro y robusto en su argumentación como en su físico, pasó a centrarse en los acusados individuales. Él no tenía tiempo para los matices, las teorías intrincadas o la ironía.⁶⁵ Denunció a los alemanes por la invasión de Polonia, sin el menor asomo de ironía por la operación paralela realizada por los rusos desde el

este. Diseccionó el brutal gobierno de Frank, recordando al tribunal el caso de Lvov y los acontecimientos de agosto de 1942. Él había encontrado más evidencias, un nuevo informe soviético sobre los crímenes perpetrados en la ciudad de Lvov, el testimonio de Ida Vasseau, una mujer francesa que trabajaba en un orfanato. Vasseau describió cómo se había utilizado a niños pequeños como blanco para hacer prácticas de tiro, un «terror» que se prolongó hasta el último día de la ocupación alemana, en julio de 1944. El objetivo era ni más ni menos que la aniquilación completa.

«Cuán vano», les dijo Rudenko a los jueces, resultaba el intento de tratar de privarnos «del derecho a castigar a quienes hicieron de la esclavización y el genocidio su objetivo».⁶⁶ Volvió a llamar su atención sobre los diarios de Frank, sobre las anotaciones en las que este describía regodeándose el modo en que el territorio quedaría vacío de judíos. Frank conocía los campos; debía afrontar, pues, la «pena máxima». El gobernador general se había equivocado cuando en 1940 le había dicho a Seyss-Inquart que la memoria de su labor en Polonia «viviría para siempre». No había el menor legado positivo, ninguno en absoluto.

Recordé una imagen de Otto von Wächter que su hijo Horst había colocado junto a una foto de Seyss-Inquart, insertada en el marco de esta. «Seyss-Inquart era mi padrino», me dijo Horst en cierta ocasión. «Mi segundo nombre es Arthur.»

146

Más o menos en la época en que leí por primera vez el discurso de Rudenko, con su énfasis en los hechos de Lvov, me llegó un paquetito de Varsovia. Contenía las páginas fotocopiadas de un pequeño volumen, largo tiempo olvidado, escrito por Gerszon Taffet, un maestro de escuela que vivía en Żółkiew. Se publicó en julio de 1946, mientras Rudenko se dirigía al tribunal.⁶⁷

Taffet escribió un vívido relato sobre la historia de la ciudad, sobre la destrucción de sus habitantes judíos, sobre los desastrosos acontecimientos del 25 de marzo de 1943, que ya me había descrito Clara Kramer. Aquel día, escribía Taffet, se obligó a desfilar a tres mil quinientos residentes del gueto por la calle Este-Oeste de la población hasta el *borek*, el bosquecillo donde

antaño jugaran Lauterpacht y Leon. Los ocupantes dejaron la calle tapizada de cadáveres y sombreros, hojas de papel y fotografías. Taffet ofrecía un relato de primera mano de las ejecuciones:



Retrato de Otto von Wächter (imagen grande), con una foto de Arthur Seyss-Inquart (abajo a la derecha), Schloss Hagenberg, diciembre de 2012
© Horst von Wächter

Una vez que los despojaron de toda su ropa y los registraron a fondo (especialmente a las mujeres), los pusieron en fila ante las tumbas abiertas. Uno a uno, tuvieron que colocarse sobre el tablón que colgaba sobre la zanja, de modo que, cuando les disparaban, caían directamente en la tumba abierta [...]. Finalizada la operación, las tumbas se cubrieron [...] durante varios días después de la operación, la tierra que cubría las tumbas se estuvo moviendo; parecía susurrar.⁶⁸

Algunos decidieron rechazar otras opciones:

La conducta de Symcha Turk, un respetado ciudadano de Żółkiew, puede citarse como ejemplo del compromiso de un padre y esposo. Los alemanes le dijeron que él, como profesional, podía salvarse si abandonaba a su familia. Como respuesta, cogió de forma

ostentosa el brazo de su esposa por un lado y el de su hijo por el otro, y, así unidos, se dirigieron hacia la muerte con la cabeza alta.

Taffet describía la destrucción de un grupo entero de habitantes de Żółkiew cuyo origen se remontaba al siglo XVI. De los cinco mil judíos que vivían en Żółkiew en 1941, escribía, solo «sobrevivieron unas setenta personas». Daba una lista de supervivientes, entre los que se contaban Clara Kramer, el señor y la señora Melman, y Gedalo Lauterpacht. También estaba en la lista Patrontasch, el compañero de clase que viajó a Núremberg para buscar a Lauterpacht en nombre de Inka. Así descubrí que Patrontasch –que en Núremberg se había dedicado a susurrar a la gente «¿Hersch Lauterpacht? ¿Hersch Lauterpacht?»– se llamaba Artur. Entre los nombres de la lista no figuraba Leibus Flaschner, el tío de Leon, ni ninguno de los otros cincuenta o más Flaschner de la ciudad.

Taffet encontró el medio de ofrecer esperanza para el futuro, optando por mencionar a dos destacados contemporáneos de Żółkiew. Uno fue asesinado en Lemberg en *die Grosse Aktion*, en agosto de 1942. El otro era «el doctor Henryk Lauterpacht, un renombrado experto en derecho internacional, actualmente profesor en la Universidad de Cambridge».⁶⁹

147

Los fiscales de Núremberg concluyeron sus alegatos finales con la petición de que se impusiera la pena de muerte a todos los acusados. A los jueces les quedaba por delante un mes de discusiones sobre cuestiones en buena parte técnicas relacionadas con la criminalidad de diversas organizaciones del Tercer Reich. De manera importante, ello implicaba la responsabilidad colectiva de las SS, la Gestapo y el gabinete, pero aún resultaba más controvertida la inclusión del Estado Mayor y del Alto Mando de las fuerzas armadas alemanas. Luego cada uno de los acusados haría una breve declaración final, se levantaría la sesión y los jueces se retirarían a deliberar. Se esperaba la sentencia para finales de septiembre.

La brecha entre Lauterpacht y Lemkin se había agrandado. Las ideas del primero sobre los crímenes contra la humanidad y los derechos del individuo habían arraigado firmemente en el proceso, impregnando todo el juicio.

Parecía haber un apoyo creciente a la idea de que la jurisdicción del tribunal se limitara a los actos de guerra, excluyendo las Leyes de Núremberg, los asesinatos cometidos a partir de enero de 1933 y la *Kristallnacht*.

Lemkin se sentía afligido por aquella perspectiva. Todavía esperaba que pudieran cambiar las tornas, que los argumentos en favor del genocidio cobraran fuerza y, de ese modo, el tribunal pudiera juzgar hechos anteriores. Tenía cierto fundamento para el optimismo: tras meses de silencio, el cargo de genocidio había vuelto a las vistas gracias a David Maxwell Fyfe, que había hecho caso omiso de los escépticos, incluido Lauterpacht. Los únicos que todavía se resistían eran los estadounidenses, pero aun aquí parecía haber cierto grado de apertura, como pude descubrir en los archivos de la Universidad de Columbia.

Entre los papeles de Lemkin encontré un comunicado de prensa de la oficina de Jackson, publicado el 27 de julio, un día después de que este se dirigiera al tribunal pero sin hacer ninguna mención del genocidio.⁷⁰ El documento, que llevaba por título «Comunicado Especial n.º 1», señalaba que los británicos habían hecho referencia al «genocidio» al interrogar a Von Neurath, que el término había sido invocado por Shawcross («varias veces») y que iba a «emplearse en los alegatos francés y ruso».

El comunicado de prensa afirmaba que, si el tribunal condenaba a los acusados por genocidio, se establecería un precedente «para proteger a tales grupos de personas a escala internacional, aun en el caso de que el delito lo cometiera un gobierno contra sus propios ciudadanos». Había alguien en la delegación estadounidense que apoyaba a Lemkin, y este decidió conservar una copia del documento, que le alentaba a seguir adelante.

La oportunidad de defender su causa se presentó de manera inesperada en un congreso internacional que había de celebrarse en agosto en Cambridge, en el Reino Unido. Se sugirió a Lemkin que sus esfuerzos en favor del concepto de «genocidio» se verían reforzados si lograba que el congreso adoptara una resolución en apoyo de sus ideas.

La Asociación de Derecho Internacional es una venerable institución fundada en 1873, con sede en Londres, pero con raíces en Estados Unidos.

Sus congresos, que se celebraban regularmente, se habían suspendido a partir de 1938, reanudándose siete años después con el XLI Congreso, que dio comienzo en Cambridge el 19 de agosto de 1946. Trescientos juristas internacionales acudieron a la ciudad procedentes de toda Europa, con la excepción de Alemania, que no contó con ningún participante.⁷¹

Aquel regalo ofrecía una selección de la flor y nata del derecho internacional, incluidos muchos nombres con los que yo me había tropezado en el camino iniciado en Lemberg en 1919. Estaba allí Arthur Goodhart, que había descendido de la colina que dominaba Lwów. También estaban Sir Arnold McNair, mentor de Lauterpacht, y Egon Schwelb, con quien Lemkin se había reunido en Londres. Se esperaba asimismo la asistencia de Sir Hartley Shawcross, pero las inclemencias del tiempo impidieron su viaje desde el oeste de Inglaterra. Lauterpacht estaba presente: su nombre aparecía en la lista oficial ordenada alfabéticamente, cinco puestos por delante de Lemkin (que daba como dirección el «Tribunal Militar Internacional, Núremberg», sin mencionar ningún número de despacho). Era la primera vez que pude situar a Lauterpacht y Lemkin en la misma población y edificio al mismo tiempo.

La precaria salud de Lemkin casi le impidió asistir. Cuando su vuelo procedente de Núremberg aterrizó en el aeropuerto Croydon, en el sur de Londres, sufrió un colapso.⁷² Su tensión peligrosamente alta requirió atención inmediata, pero Lemkin hizo caso omiso del consejo de que descansara y se apresuró a dirigirse a Cambridge para estar presente en la jornada de apertura del congreso. Aquel día estaba prevista su intervención como tercer orador; le tocaba hablar tras los comentarios introductorios de Lord Porter, juez y presidente del congreso. Este instó a los juristas presentes a ser «viables» en su trabajo y a «refrenar su entusiasmo» a la hora de abordar los numerosos retos que tenían por delante. Recordó a todos los presentes que una abogacía mal ejercida tenía «tendencia a generar antipatías». Aquella era la clase de pragmatismo británico que Lemkin aborrecía.⁷³

Este último ignoró a Lord Porter, y habló con su pasión habitual sobre el genocidio, las evidencias del juicio de Núremberg, la necesidad de respuestas prácticas y el papel vital del derecho penal. Argumentó en contra de las declaraciones generales sobre los derechos humanos como las que se plantearían en la primera Asamblea General de las Naciones Unidas, que

había de celebrarse más tarde aquel mismo año. ¿Cómo podían considerarse delitos internacionales la piratería y la falsificación, preguntó retóricamente, pero no el exterminio de millones de personas? Defendió que el genocidio se «declarara crimen internacional», recordando a los presentes su libro *El dominio del Eje*. Cualquier persona implicada en «la filosofía criminal del genocidio», declaró a su audiencia, debería ser tratada como un criminal.⁷⁴

Tras ser cortésmente escuchado, Lemkin aguardó la reacción. Un par de oradores le ofrecieron un respaldo general, pero ninguno apoyó su petición de una acción drástica. Si Lauterpacht estaba allí (por entonces se disponía a viajar a Copenhague), las actas reflejan que no sintió la necesidad de intervenir en contra de Lemkin. Quizá supo percibir acertadamente la atmósfera general de la sala. Las resoluciones preliminares redactadas aquella semana no hacían referencia alguna al genocidio ni a cualesquiera otros crímenes internacionales.

Decepcionado, Lemkin volvió a Londres y envió una nota de agradecimiento a Maxwell Fyfe por su «inspiración moral y profesional». El congreso de Cambridge, escribió, había dado a sus ideas nada más que una «fría acogida», pero él no iba a rendirse:

No podemos seguir diciéndole al mundo en interminables frases: no mate a los miembros de grupos nacionales, raciales y religiosos; no los esterilice; no les imponga el aborto; no les robe a sus hijos; no obligue a sus mujeres a parir hijos para su país; etcétera. Pero debemos decirle al mundo ahora, en esta ocasión única: no practique el Genocidio.⁷⁵

Aquel fracaso suscitó un renovado arranque de frenética correspondencia. Lemkin escribió al juez Parker, el magistrado suplente estadounidense, en un tono vagamente optimista: «Creo que logré convencer a la audiencia en cuanto a la utilidad de tal concepto del derecho», le explicaba, siempre optimista.⁷⁶

Lemkin no era consciente de que sus anteriores esfuerzos en ese sentido habían persuadido a algunos de su punto de vista. El 26 de agosto, el mismo día en que Lemkin escribió a Maxwell Fyfe, el *New York Times* publicaba un editorial elogiándolo, reconociendo que el genocidio era un crimen de «técnica y consecuencias netamente diferenciadas». Lo que faltaba, informaba el periódico a sus lectores, era que el término se incorporara al

derecho internacional, una tarea que «el profesor Lemkin ha conseguido ya en parte».⁷⁷

Lemkin volvió a Núremberg a tiempo para oír las breves declaraciones finales de los acusados. El doctor Gilbert observó que aquel grupo de veintiuna personas se mostraba tenso y algo deprimido después de un mes escuchando historias de terror sobre las SS y sus organizaciones asociadas, con cierto aire de «dolida sorpresa por el hecho de que la acusación siguiera considerándoles criminales».⁷⁸ El discurso final de Maxwell Fyfe ofreció una vigorosa condena de los «planes demoniacos» de los nazis. Haciendo caso omiso de la contención de Shawcross, argumentó con una buena dosis de causticidad contra el «espantoso crimen de genocidio» reflejado en la ideología de Hitler y el mensaje de la lucha de grupos de *Mein Kampf*.⁷⁹

Lemkin creía que se había ganado a los ingleses para su causa, dejando a los estadounidenses aislados. Pese al comunicado de prensa de Jackson del mes de julio, su colega el fiscal estadounidense Telford Taylor no hizo mención alguna del genocidio cuando habló después de Maxwell Fyfe.⁸⁰ El francés, en cambio, sí invocó el «genocidio» como una especie de cajón de sastre para abarcar todos los delitos, de los campos de concentración a la esclavización.⁸¹ El fiscal soviético Rudenko describió las SS como una entidad genocida, de modo que cualquiera asociado a la organización era cómplice de genocidio.⁸² Aquella afirmación tendría consecuencias potencialmente importantes.

Finalmente, el último día del mes, el 31 de agosto, los acusados tuvieron su oportunidad de dirigirse a los jueces. Göring fue el primero en hablar, defendiendo que el pueblo alemán estaba libre de culpa y negando su propio conocimiento de los hechos más terribles.⁸³ Hess cayó en su acostumbrada incoherencia, recuperándose lo suficiente para asegurar a los jueces que, si tuviera que empezar de nuevo, «actuaría exactamente tal como lo he hecho».⁸⁴ Ribbentrop, Keitel y Kaltenbrunner fueron los siguientes, y luego vino Rosenberg, que sorprendió a Lemkin y a muchos otros al reconocer el genocidio como un crimen, pero un crimen que a la vez protegía al pueblo

alemán como grupo. Al mismo tiempo, negó su propia culpa en el genocidio y en cualquier otro delito.⁸⁵

Frank fue el séptimo en hablar. Muchos de los presentes en la sala número 600 se preguntaban qué diría, qué rumbo tomaría dada su anterior admisión de responsabilidad parcial. Esta vez empezó reconociendo que todos los acusados se habían alejado de Dios sin imaginar las consecuencias. De ese modo, él se había «involucrado cada vez más profundamente en la culpa», algo que sintió cuando los espíritus de los muertos atravesaron la sala, millones de personas que perecieron «sin que se les preguntara ni se les escuchara».⁸⁶ Intentó sacar partido de la decisión que había tomado de no destruir los diarios y «entregarlos» voluntariamente al final, en la hora en que perdió su libertad.

Volvió a invocar el sentimiento de responsabilidad colectiva expresado unos meses antes. Él, les dijo a los jueces, no deseaba «dejar tras de mí ninguna culpa oculta de la que no haya respondido en este mundo». Sí, él era responsable de los asuntos de los que tenía que dar cuenta. Sí, reconocía cierto «grado de culpa». Sí, él era «un paladín de Adolf Hitler, su movimiento, y su Reich».

A continuación venía el «pero», que era amplio y exhaustivo.

Sentía la necesidad de volver a llamar la atención de los jueces sobre algo que había dicho en abril, unas palabras que ahora le molestaban y exigían una rectificación. Se refería al reconocimiento de culpa implícito en su frase de los «mil años», unas palabras que Jackson, Shawcross y otros fiscales habían sabido aprovechar, pero que él entendía que se habían malinterpretado. Bien mirado, no había sido lo bastante cuidadoso y había cometido un error al pronunciar aquellas palabras. Con el paso del tiempo había observado una realidad distinta; una en la que Alemania había pagado ya un precio suficiente. En consecuencia, declaró, «Cualquier posible culpa en la que nuestra nación haya incurrido ha quedado ya completamente saldada».⁸⁷

Todos los presentes en la sala escuchaban con atención mientras Frank proseguía. La culpa de Alemania había quedado borrada «por la conducta de nuestros enemigos de guerra para con nuestra nación y sus soldados». Dicha conducta había sido completamente excluida del juicio, añadió, en lo que constituía una justicia sesgada. Se habían cometido crímenes masivos «de la clase más espantosa» contra los alemanes por parte de los rusos, los polacos y

los checos. Quizá inconscientemente, evocaba de nuevo la visión de un grupo contra otro.

Mirando en dirección a los demás acusados, planteó entonces una pregunta: «¿Quién juzgará esos crímenes *contra* el pueblo alemán?» La pregunta quedó en el aire. De ese modo, la anterior admisión parcial de culpa fue revocada de un plumazo.⁸⁸

Después de Frank, hablaron por turno otros catorce acusados. Ninguno de ellos admitió su responsabilidad.

Cuando terminó de hablar el último, el juez Lawrence anunció que el tribunal levantaba la sesión hasta el 23 de septiembre. Ese día se dictaría sentencia.

150

Cuando terminaron las vistas, Lemkin seguía sin tener noticias de su familia. Solo a mediados de septiembre, durante la suspensión, supo qué había sido de Bella y Josef. La información vino de su hermano Elias en el transcurso de un encuentro que tuvo lugar en Múnich. Allí se enteró de que su propia familia formaba parte de «los expedientes de los juicios de Núremberg».

Elias había sobrevivido gracias a un golpe de suerte, en circunstancias que me describiría su hijo Saul Lemkin. En junio de 1941, Saul tenía doce años, y vivía con sus padres en Wołkowysk, cuando la familia decidió tomarse unas vacaciones en la Unión Soviética. «Estábamos sentados en la dacha cuando mi tía nos dijo que había ocurrido algo con la guerra, de modo que encendimos la radio.» Entonces se enteraron de que Hitler había roto el pacto con Stalin, poniendo en marcha la Operación Barbarroja, de que los alemanes habían ocupado Wołkowysk una semana más tarde, y de que Bella y Josef habían quedado atrapados junto con el resto de la familia que habían dejado en casa.

Aquellas breves vacaciones se transformaron en tres años en el corazón de la Unión Soviética. Sabían que el «tío Rafael» estaba a salvo en Carolina del Norte, pero el asesinato de Bella y Josef, y la decisión de no haberlos llevado de vacaciones por problemas de salud, darían origen a fuertes tensiones entre los dos hermanos, Rafael y Elias. «Mi tío estaba hecho una furia por que los

hubiéramos dejado, pero, por desgracia, nosotros no sabíamos lo que iba a pasar.» Setenta años después de lo ocurrido, Saul parecía estar abatido y sentir la necesidad de disculparse. «Solo habíamos ido de visita; nadie sabía que estallaría la guerra, ni siquiera Stalin.»

Saul y su familia permanecieron en Moscú hasta julio de 1942. Cuando caducaron sus visados, cogieron un tren en dirección este hasta Ufá, la capital de la pequeña república soviética de Baskortostán.⁸⁹ Volvieron a Moscú en febrero de 1944. Después de la guerra regresaron a Polonia, y terminaron en un campo de desplazados en Berlín, que fue donde los encontró Lemkin. «Mi tío nos llamó a Berlín en agosto de 1946. Él estaba en Núremberg; estuvo hablando conmigo», explica Saul. «Le dijo a mi padre que no se quedara en Berlín demasiado tiempo, ya que los rusos podían bloquear la ciudad.»

Con ayuda de Lemkin, los estadounidenses organizaron el viaje de la familia de Berlín a Múnich, a otro campo. Saul estaba en el hospital recuperándose de una operación de apendicitis cuando Lemkin se reunió con ellos a mediados de septiembre.

«Vino a verme al hospital con su secretaria, Madame Charlet, que era americana, estaba en el ejército estadounidense. Ella hablaba un poco de ruso, era una mujer muy agradable. Mi tío tenía muy buen aspecto, llevaba buena ropa. Nos abrazamos. Me dijo: “Tienes que venir a América.”»

Compartieron la poca información que tenían sobre los acontecimientos de Wołkowysk. «Mi padre, Elias, se enteró de que, cuando llegaron los soviéticos, en el verano de 1944, solo quedaban unos cuantos judíos, quizá no más de cincuenta o sesenta.» Una repetición de los acontecimientos producidos en Żólkiew y Dubno y decenas de miles de otros lugares pequeños y grandes de toda Europa central, reflejados en las piedras de Treblinka. Saul hablaba del tema con voz serena, pero el brillo de sus ojos se atenuaba. «Al resto sabíamos lo que les había ocurrido. Un judío nos envió una carta. A mis abuelos se los llevaron a un destino desconocido. Habían muerto.»

¿Tenía Saul alguna fotografía de Bella y Josef? No. Se enteró de que el último transporte de Wołkowysk partió en enero de 1943 rumbo a Auschwitz, pero había sido un transporte anterior el que se había llevado a sus abuelos a otro lugar no muy alejado. «Bella y Josef fueron a Treblinka, porque no estaba lejos.»

Pronunció aquellas palabras con mucha tristeza, una tristeza cansada y

profunda, y luego se animó.

«¿Cómo se llama ese famoso periodista, el que escribió *Vida y destino?*», me preguntó.

Vasili Grossman.

«Eso es; él es el que escribió sobre Treblinka. Lo leí y pensé en mis abuelos.»

Saul creía que el tío Rafael nunca supo que habían ido a Treblinka. «Aquella información llegó solo más tarde, mucho después de que él se fuera.»

El relato de Saul ofrecía una especie de marco que encerraba otra historia. Fue así como descubrí que mi abuela Malke Flaschner, que vivió en Żółkiew en la misma calle que los Lauterpacht, había muerto en Treblinka en la misma calle que los Lemkin.

«Hay una cosa que debo decir sobre aquella época», me dijo Saul con una repentina expresión de alegría. «Los alemanes de la clínica fueron *muy* agradables conmigo, muy corteses. Comparada con la vida en Polonia, Alemania era un paraíso para los judíos.» Si Saul albergaba alguna clase de resentimiento, se lo guardó para sí.

«Obviamente, el tío Rafael tenía una opinión distinta», prosiguió. «En la clínica había muchos alemanes, pero mi tío no los miraba.» Saul fijó sus ojos en los míos. «Los odiaba. Para él eran veneno. Los odiaba.»

Lauterpacht pasó el mes de septiembre en Cambridge, aguardando una sentencia que él esperaba que pudiera ofrecer protección a los individuos y respaldo a una declaración internacional de derechos. Menos locuaz que Lemkin, y menos propenso a mostrar emociones visibles, no por ello era menos apasionado o afectuoso. El juicio le había afectado profundamente, pero no le gustaba exteriorizarlo, ni siquiera ante su hijo, que aquel mes pasó un tiempo con él, preparándose para iniciar su segundo año como estudiante universitario en el Trinity.

Mirando atrás, Eli se preguntaba ahora si por entonces algo cambió en su padre. El juicio y las noticias de la familia le pasaron factura y debieron de influir en el curso de su trabajo. Eli creía que había sido en aquella época

cuando había empezado a comprender mejor –o, al menos, a tener más conciencia– del trabajo de su padre.

«No es solo que hubiera una mayor implicación intelectual por mi parte; es que era consciente de algo más, de que aquel era un período particularmente difícil.» La inminente llegada de Inka a Cambridge vino a acentuar el sentimiento de pérdida, pero a la vez ofrecía esperanza.

«Emocionalmente, él estaba profundamente involucrado en el juicio», añadió Eli. No hablaba mucho de aquellos temas, y «a mí nunca me dijo nada sobre sus padres, ni una sola vez». Aquel era un reciente motivo de reflexión para Eli, que reconocía que hasta entonces nunca se había planteado las cuestiones que yo había estado explorando. Había aceptado la situación tal como era, adoptando el enfoque de su padre. Las dificultades y el dolor se reflejaban de otras formas, no se expresaban en palabras.

Le pregunté a Eli por las opiniones de su padre sobre el término «genocidio». Él me respondió que no debía de gustarle, dado que resultaba «demasiado poco práctico», y hasta es posible que lo considerara peligroso. Por entonces uno de los contactos de Lauterpacht era Egon Schwelb, el mismo hombre que en mayo de 1946 se reunió con Lemkin y lo alentó en su proyecto. Eli creía que Schwelb había sido un firme partidario del planteamiento de su padre con respecto a los derechos individuales, un admirador de su intelecto y de su trabajo. Había una carta en la que Schwelb señalaba la creencia de Lauterpacht en el «estrecho vínculo» entre los «crímenes contra la humanidad» en el juicio de Núremberg y «la idea de unos Derechos Humanos fundamentales y su protección en el derecho penal». La carta de Schwelb también confirmaba que Lauterpacht no estaba «demasiado a favor» del «llamado delito de Genocidio», y daba una explicación: Lauterpacht creía que, «si se hace demasiado énfasis en que matar a todo un pueblo es un crimen, ello puede debilitar la convicción de que ya lo es matar a un individuo».⁹⁰

Schwelb también sabía que Lauterpacht no estaba demasiado bien dispuesto hacia Lemkin en un sentido personal. Tampoco es que hubiera antagonismo, y sin duda Lauterpacht apreciaba «el empuje, el idealismo y la franqueza del doctor Lemkin». Estas eran palabras vagamente elogiosas. Pero el antiguo profesor de Cambridge no reconocía al antiguo fiscal polaco como un auténtico erudito o un hombre con serias capacidades intelectuales, y eso era importante. Lauterpacht y Schwelb coincidían en que lo «aconsejable»

era «corregir» la relación entre los conceptos de crímenes contra la humanidad y genocidio en favor del primero. «Corregir» significaba aquí silenciar: lo mejor sería que el tribunal no dijera nada sobre el genocidio.

152

En septiembre de 1946, Niklas Frank tenía siete años, lo bastante mayor para captar la atmósfera de ansiedad que flotaba en el hogar familiar en las semanas inmediatamente anteriores a la sentencia. Aquel mes hizo un viaje a Núremberg para ver a su padre, la primera vez en más de un año. La visita evocaba en él un recuerdo carente de sentimentalismo.

Por entonces la familia Frank se hallaba en una situación bastante precaria, obteniendo alimento e información sobre el juicio lo mejor que podía. Brigitte, más o menos distanciada de Frank, mantenía contactos con un periodista de Baviera, un hombre que cada tarde daba un resumen del juicio en la radio alemana. «Mi madre lo escuchaba cada tarde a las siete en punto», recordaba Niklas. De vez en cuando el periodista iba a visitarles, y a veces les llevaba chocolate, un raro placer para los niños. Buscaba retazos de información para utilizarlos en su programa de radio. Niklas recordaba un detalle, que el periodista era judío: «Mi madre escribió a mi padre a la cárcel diciéndole: “Me cae bien este señor Gaston Oulmàn, y me gustaría que os conocierais en prisión.”»⁹¹

Niklas soltó una risita al pensar en aquella descabellada idea.

«La carta de mi madre continuaba diciendo: “Es judío, pero creo que tiene algo de corazón.”» Niklas hizo una pausa. «¡Eso escribió!», exclamó. «¿Puedes creerlo?, ¿que “tiene algo de corazón”? Al final del proceso de Núremberg, mi madre sabía por la radio todos los crímenes que habían cometido los alemanes, y a pesar de ello todavía fue capaz de escribir una frase así.»

Meneó la cabeza.



Brigitte Frank con Niklas (izquierda), Núremberg, septiembre de 1946
© Niklas Frank

«¡Increíble!», me dijo, antes de hacer una nueva pausa.

«Estuvo bien que se juzgara a mi padre.» Él fue consecuente con esa opinión. Ciertamente, cuando su padre subió al estrado en abril, ofreció algo así como una confesión de culpa.

«Eso fue algo bueno, pero ¿era auténtico?» Niklas tenía sus dudas, confirmadas por su cambio de rumbo en agosto. «En aquella segunda declaración apareció su verdadero carácter», me dijo Niklas con franqueza; su padre era un hombre débil.

En septiembre toda la familia viajó a Núremberg. Niklas me mostró una fotografía en la que aparecía su madre con un gran sombrero negro, abrigo y falda negros y las piernas extremadamente delgadas, con expresión sonriente, y arrastrándolos apresuradamente a él y a su hermana.

«Era el 24 de septiembre, creo. Yo iba con mi madre; éramos cinco hermanos. Entramos en el Palacio de Justicia, en una gran sala, puede que de unos veinte metros de largo. En el lado derecho había ventanas; en el extremo opuesto de la sala reconocí a Göring, que estaba allí con su familia. Yo me

senté en el regazo de mi madre; hablamos con mi padre a través de una ventana de cristal con pequeños agujeros.»

¿Cómo estaba su padre?

«Sonreía, intentando mostrarse contento. También recuerdo que mi padre me mintió.»

¿A qué se refería?

«Me dijo: “Dentro de dos o tres meses estaremos celebrando la Navidad en Schliersee, en casa, y estaremos muy felices todos juntos.” Yo pensé: ¿por qué me mientes? Yo sabía lo que iba a pasar por la escuela, por lo que decían mis amigos. Nunca hay que mentirle a un niño de siete años; jamás se olvida.»

Eso ocurría una semana antes de la sentencia. Por lo que Niklas era capaz de recordar, él no le dijo ni una palabra a su padre. Nada.

«No le dije adiós. Todo esto no duró más de seis o siete minutos. No hubo lágrimas. Yo estaba muy triste, no porque fueran a colgarle, sino porque me había mentado.»

153

La sentencia llegó un poco más tarde de lo esperado, una semana después de la visita de los Frank, en el curso de dos magníficos y soleados días de otoño, el 30 de septiembre y el 1 de octubre. La ciudad estaba inquieta, y la seguridad y los tanques que rodeaban el Palacio de Justicia eran más visibles que de costumbre. La entrada a la sala de justicia, que estaba abarrotada, se hallaba sujeta a severas restricciones.

Frank no tuvo que andar mucho para desplazarse desde su celda del viejo edificio de ladrillo situado detrás del Palacio de Justicia, posteriormente demolido. Miembros de la policía militar con cascos blancos le escoltaron a lo largo de un pasillo cubierto, para luego subir en el ascensor, atravesar la puerta corredera y sentarse en medio de la primera fila del banquillo de los acusados. Llevaba sus acostumbradas gafas oscuras y la mano izquierda enguantada, que ocultaba deliberadamente de la vista.

Lauterpacht había viajado en avión desde Inglaterra, llegando dos días antes de la sentencia. Viajó junto a un grupo de importantes personajes ingleses, incluido Lord Wright, jefe de la Ejecutiva Británica de Crímenes de

Guerra. También les acompañaba Khaki Roberts, el abogado que liderara la lucha contra Lemkin y el cargo de genocidio un año antes.⁹² Todos ellos se alojaron en el Grand Hotel, por cuya recepción pasarían a recogerles a las nueve y cuarto de la mañana del día de la sentencia para ser trasladados en coche hasta el Palacio de Justicia.

El 30 de septiembre Lemkin estaba en París, asistiendo a la Conferencia de Paz.⁹³ Esperaba persuadir a los delegados de que incluyeran unas palabras sobre el genocidio en el texto final. Su salud no había mejorado, y una vez más hubo de hacer uso de los servicios de un hospital militar estadounidense. Fue allí donde se enteró de la sentencia, que escuchó en una radio que tenía junto a su cama.

También Leon estaba en París, no muy lejos, trabajando en el retorno de deportados y refugiados. Muchos de los presentes en el Hôtel Lutetia tenían un gran interés en el resultado del juicio.

La sentencia se dividió en dos partes. El primer día, el lunes 30 de septiembre, se dedicaría a los hechos y conclusiones generales en el ámbito del derecho; la culpabilidad de los acusados individuales no se abordaría hasta el segundo día.⁹⁴ En cuanto a los hechos, los jueces los dividieron en pequeños apartados claramente diferenciados, artificiales pero fidedignos, de un modo que suele hacer sentirse cómodos a los abogados. Las complejidades de la historia y la interacción humana se simplificarían en una narración que describiría claramente la toma del poder por parte de los nazis, los actos de agresión cometidos en toda Europa y la gestión de la guerra. Se habían expuesto doce años de caos, terror y matanzas en el curso de 453 vistas abiertas en la sala de justicia. Habían comparecido 94 testigos, 33 de la acusación y 61 de la defensa.

Los jueces dieron cuenta de las organizaciones con prontitud. Los líderes nazis, la Gestapo, el SD y las SS fueron todos ellos declarados culpables, junto con las Waffen-SS y el medio millón de hombres bajo su mando. Esto creaba un extensísimo grupo de criminales. En cambio, se perdonaba a las SA, el gabinete del Reich y el Estado Mayor y el Alto Mando de la Wehrmacht, en lo que constituyó una solución de compromiso judicial.

Luego los jueces pasaron a los actos de conspiración, agresión y crímenes de guerra. Los crímenes contra la humanidad ocuparon un lugar central en la sentencia, y, por primera vez en la historia, se reconoció que constituían una parte establecida del derecho internacional. La sala escuchó el relato en

silencio: asesinato, maltrato, pillaje, trabajo esclavo, persecuciones..., todo ello daba lugar a una criminalidad internacional.

Debió de resultar terrible para Frank y los demás acusados estar allí escuchando con la máxima atención a la espera de captar el menor indicio sobre sus perspectivas. La absolución de las tres organizaciones mencionadas disgustó a la acusación, pero ofreció alguna esperanza a los acusados, como la oscilación de un péndulo. ¿Qué lado le tocaría a Frank? ¿Había hecho lo suficiente para salvarse de la horca? ¿Bastaba la admisión inicial de culpa colectiva, o esta había quedado invalidada por su posterior retractación? Sin duda la ansiedad de Frank no debió verse mitigada en absoluto por lo que dijo el juez soviético Nikitchenko, que, de nuevo, invocó frases extraídas del diario de Frank para describir el último capítulo de la historia nazi y los crímenes contra la humanidad. Los «mil años», una y otra vez.

El tribunal adoptó la esencia de las palabras escritas por Lauterpacht, pero pronunciadas por Shawcross, sobre unos crímenes internacionales «cometidos por hombres, no por entidades abstractas». Solo castigando a los individuos que habían cometido tales crímenes, declararon los jueces, podían aplicarse las disposiciones del derecho internacional. Los individuos tenían deberes internacionales que «trascienden las obligaciones nacionales de obediencia impuestas por el estado individual».⁹⁵

En cambio, en aquella primera jornada no se hizo mención alguna del genocidio. Y eso a pesar del apoyo de los fiscales ingleses, franceses y rusos, y del comunicado de prensa de Jackson. Ninguno de los ocho jueces que hablaron aquel primer día utilizó el término de Lemkin, y ninguno evocó tampoco la función del derecho en la protección de los grupos. Lemkin debió de sentirse desolado, tendido en el lecho en un lejano hospital de París, y expectante por lo que podría deparar la segunda jornada.

No hubo una explicación propiamente dicha de la omisión; tan solo unas escuetas palabras del juez Nikitchenko. El juez soviético declaró que los únicos actos que podían constituir crímenes contra la humanidad eran los cometidos *después* de que estallara la guerra en septiembre de 1939.⁹⁶ Sin guerra no había crimen contra la humanidad. De ese modo, el tribunal excluía de su sentencia todo lo ocurrido antes de septiembre de 1939, por terribles que fueran dichos actos. El esfuerzo de Lemkin por proscribir las atrocidades en cualquier momento, se cometieran en tiempos de paz o de guerra, fue desechado debido a la coma insertada en el artículo 6(c) del Estatuto, era el

cambio de última hora que tanto temía Lemkin. La expulsión de Leon de Viena en enero de 1939, junto con todas las acciones emprendidas contra su familia y contra otros cientos de miles de personas antes de septiembre de 1939, no se trataba como un crimen.

Los magistrados reconocían la dificultad que ello entrañaba. El juez Nikitchenko recordó a los presentes que en Alemania se había asesinado a oponentes políticos antes de la guerra. Se había encerrado a muchas personas en campos de concentración, en condiciones de horror y de crueldad, y se había dado muerte a un gran número de ellas. Se había aplicado una política de terror a una escala enorme, de manera organizada y sistemática, y la persecución, represión y asesinato de civiles en Alemania antes de la guerra de 1939 había sido despiadada. Las acciones contra los judíos anteriores a la guerra habían quedado establecidas «más allá de toda duda». Pero, por «repugnantes y terribles» que resultaran tales actos, la coma insertada en el texto del Estatuto los excluía de la jurisdicción del tribunal. Nos vemos impotentes, declararon los jueces, para actuar de otro modo.⁹⁷

Así, la primera jornada de la sentencia asestó un golpe mortal a Lemkin. En cambio Lauterpacht, sentado en la sala de justicia, no debió de sentirse preocupado en absoluto. El telón que separaba septiembre de 1939 de lo ocurrido anteriormente era impermeable, consecuencia de las normas acordadas en el Estatuto de Núremberg, de la lógica del derecho. El práctico Lauterpacht había abogado en favor de ese mismo resultado en los borradores que había redactado para Shawcross en julio; en cambio, el mes siguiente en Cambridge, el apasionado Lemkin había argumentado en contra.

Finalizada la vista del primer día, los presentes se dispersaron a sus respectivos despachos, hogares, celdas y hoteles para diseccionar lo que se había dicho y predecir lo que podía traer el día siguiente. Rebecca West dejó el Palacio de Justicia para ir a visitar una pequeña aldea no lejos de Núremberg. Allí se encontró con una mujer alemana que, al enterarse de que la escritora inglesa asistía al juicio, lanzó una letanía de quejas contra los nazis. Estos habían instalado a trabajadores extranjeros cerca de su pueblo, «dos mil miserables caníbales, la escoria de la sociedad, rusos, balcánicos, bálticos, eslavos...».⁹⁸ Aquella mujer estaba interesada en el juicio, no se oponía a él, pero habría preferido que no hubieran nombrado a un judío como fiscal jefe. Al ser invitada a explicarse, la mujer identificó a David Maxwell

Fyfe como el individuo problemático. Cuando Rebecca West le advirtió de su error, la mujer respondió secamente: «¿Quién llamaría a su hijo David, sino un judío?»

154

El juez Lawrence entró en la sala exactamente a las nueve y media de la mañana del segundo día de la sentencia para pronunciar un veredicto independiente para cada uno de los veintiún acusados presentes. Llevaba consigo una nota que había escrito en un papel con membrete de la Ejecutiva Británica de Crímenes de Guerra, una «chuleta» en la que se enumeraba el veredicto y la sentencia para cada uno de los acusados. Marjorie Lawrence la añadiría más tarde al álbum de recortes de la familia.

Los jueces empezarían por exponer sus razones para declarar la culpabilidad o la inocencia de cada acusado. El juez Lawrence adoptó un tono grave.

Frank estaba sentado en el centro de la primera fila del banquillo, con los ojos ocultos detrás de sus gafas oscuras. Lauterpacht se sentaba en la mesa de los ingleses, a escasa distancia del acusado más directamente responsable del asesinato de sus padres, sus hermanos y sus tíos. Lemkin aguardaba en París, con una radio al lado.

Lawrence empezó por Göring, que a veces, durante el juicio, «recordaba a la madame de un burdel», observaría Rebecca West desde la galería de prensa, y que había entrado por la puerta corredera «con aire sorprendido». Culpable de todos los cargos.⁹⁹

Luego Sir Geoffrey Lawrence pasó a los cinco acusados siguientes. Todos culpables. El juez Nikitchenko condenó a Rosenberg.¹⁰⁰ No se dio credibilidad alguna a su intento de explicar el verdadero objetivo de su política racial. Culpable.

Llegó el turno de Frank. Este permanecía sentado sin moverse, mirando al suelo. El juez Biddle, que por entonces se había enredado en una turbulenta aventura amorosa con Rebecca West, leyó el texto previamente redactado.¹⁰¹ La decisión se había tomado tres semanas antes, aunque Frank no lo sabía. Biddle resumió el papel del jurista desde su incorporación al Partido Nazi, en 1927, pasando por la presidencia de la Academia de Derecho Alemán, hasta

su nombramiento como gobernador general. A falta de pruebas, Frank eludió la condena por el primero de los cargos: no se había probado su implicación en la decisión de librar una guerra agresiva. Un breve respiro.

Biddle pasó entonces a los cargos tercero (crímenes de guerra) y cuarto (crímenes contra la humanidad).¹⁰² Ambos estaban relacionados con hechos acaecidos en Polonia después de que estallara la guerra, y, en consecuencia, dentro de la jurisdicción del tribunal. Frank había participado en la destrucción de Polonia como entidad nacional. Había explotado sus recursos para apoyar el esfuerzo bélico alemán, aplastando a la oposición con extrema dureza. Había desencadenado un reinado de terror. Se habían creado campos de concentración en su territorio, incluidos los «tristemente célebres Treblinka y Majdanek». Se había liquidado a miles de polacos, entre ellos «destacados representantes» de la intelectualidad. Se había deportado mano de obra esclava a Alemania. A los judíos se les había perseguido, obligado a vivir en guetos, discriminado, privado de alimento y exterminado.

Los jueces reconocieron la expresión de «terrible culpa» de Frank por las atrocidades cometidas en el territorio sobre el que había reinado. Pero en última instancia su defensa había sido en gran parte un intento de probar que él no era el responsable porque aquellas actividades no estaban bajo su control o porque él las ignoraba.

«Bien puede ser cierto que algunos de los crímenes cometidos en el Gobierno General se cometieran sin el conocimiento de Frank», concluyó Biddle, «y hasta, en ocasiones, pese a su oposición.»¹⁰³ También era posible que no todas las políticas criminales tuvieran su origen en él. Sin embargo, participó de manera «voluntaria y consciente» en el terror, la explotación económica de Polonia y los actos que llevaron a la muerte por inanición de un enorme número de personas. Estuvo implicado en la deportación a Alemania de más de un millón de polacos. Y lo estuvo asimismo en un programa que comportó el asesinato de al menos tres millones de judíos.

Por tales razones, era culpable de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad.

Biddle no utilizó el término «genocidio».

Frank escuchaba con atención, sentado en silencio mientras se pronunciaban las sentencias restantes. De los veintiún acusados presentes, tres fueron absueltos.¹⁰⁴ Hjalmar Schacht, el expresidente del Reichsbank, fue absuelto porque no se pudo probar que conocía los agresivos planes de

guerra. Franz von Papen, que durante dieciocho meses había sido vicescanciller de Hitler, se libró por la misma razón. Hans Fritzsche, un segundón en el Ministerio de Propaganda de Goebbels e inadecuado sustituto de su jefe ausente, fue absuelto por falta de pruebas con respecto a su intención de incitar al pueblo alemán a cometer atrocidades. Varios de los demás acusados fueron declarados culpables de haber cometido crímenes contra la humanidad, pero ninguno de genocidio. El término no llegó a pronunciarse.

El tribunal hizo una pausa para el almuerzo. Después se impondrían las condenas. Frank fue uno de los que felicitaron a los tres que habían sido absueltos.

155

Después del almuerzo, todas las miradas se volvieron hacia la pequeña puerta de madera situada detrás del banquillo, aguardando a que cada uno de los acusados entrara y afrontara su condena. «Abierta, cerrada, abierta, cerrada», relataba de nuevo a los lectores del *Times* su corresponsal R. W. Cooper.

El tribunal volvió a reunirse a las tres menos diez. Por primera vez en el juicio, que había durado un año, los dieciocho acusados que habían sido declarados culpables y ahora solo aguardaban los detalles de su castigo fueron tratados individualmente, en lugar de hacerles entrar en la sala como grupo. Cada uno de ellos esperó su turno fuera de la sala de justicia número 600, al pie del ascensor. Fueron entrando en la sala de uno en uno para oír su condena, y luego volvían a salir.

Los que no estaban presentes en la sala de justicia número 600 aquella tarde no pudieron presenciar el que fue el momento más dramático del juicio. La imposición del castigo a cada acusado individual no se filmó para su visionado público a fin de proteger la dignidad de cada uno de ellos. Frank entró el séptimo. De los seis primeros, cinco fueron condenados a muerte: Göring, Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner y Rosenberg.¹⁰⁵ Rudolf Hess escapó de la horca y fue condenado a cadena perpetua.

Cuando le llegó el turno, Frank subió en el ascensor y atravesó la puerta corredera. Al entrar se desorientó y se quedó de pie de espaldas a los jueces;

los guardias tuvieron que hacerle dar la vuelta para encararse a ellos. Rebecca West observó aquel momento.¹⁰⁶ ¿Era una forma de protesta? No. Ella lo interpretó como una «extraña prueba» del estado de perturbación de Frank. De cara a los jueces, escuchó en silencio, y no sin coraje, como algunos advirtieron. El juez Lawrence declaró la condena en unas pocas palabras.

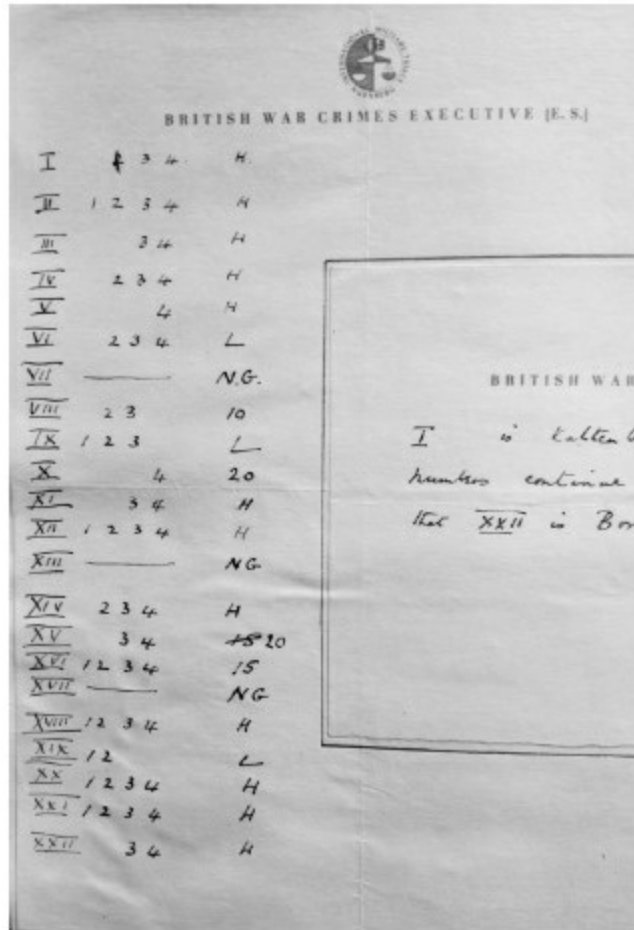
«Con respecto a los cargos de la acusación de los que ha sido declarado culpable, el tribunal lo condena a muerte por ahorcamiento.» A través de los auriculares, Frank escuchó: *Tod durch den Strang* («muerte en la horca»)¹⁰⁷

Frank nunca sabría que el hecho de haber conocido a Henri Donnedieu de Vabres le había ofrecido un resquicio de esperanza, que el francés había intentado ayudarle. Hasta el último momento, Donne dieu había abogado en favor de una pena de cadena perpetua, no de muerte, pero estaba solo y se había visto superado por los demás, por los otros siete. El juez Biddle se había mostrado sorprendido por su colega francés, «curiosamente tierno» con el jurista alemán definido ahora como un criminal internacional.¹⁰⁸ Posiblemente el juez estadounidense, al igual que Yves Beigbeder, ignoraba que en 1935 Frank había invitado a Donnedieu a Berlín.

Una vez escuchada la sentencia, Frank volvió a su celda. El doctor Gilbert se reunió con él, como hizo con todos los acusados. Frank sonrió cortésmente, incapaz de mirar al psicólogo a los ojos. La confianza que quedaba se había evaporado.

«Muerte por ahorcamiento.»

Frank pronunció aquellas palabras en voz baja. Mientras hablaba, asintió con la cabeza, como en un gesto de aquiescencia. «Lo merecía y lo esperaba.» No dijo más, no dio ninguna explicación al doctor Gilbert ni, más tarde, a ningún miembro de su familia de por qué había actuado como lo hizo.¹⁰⁹



«Chuleta» de Sir Geoffrey Lawrence, 1 de octubre de 1946
© Patrick Lawrence QC

La sentencia fue un alivio para Lauterpacht. Sus argumentos sobre los crímenes contra la humanidad, respaldados por el tribunal, se habían incorporado al derecho internacional. La protección del individuo, y la idea de la responsabilidad penal individual de los peores crímenes, pasarían a formar parte del nuevo orden jurídico. La soberanía del Estado ya no proporcionaría un refugio absoluto para los delitos de aquella envergadura, al menos en teoría.

Poco después de la sentencia, Hersch recibió una nota de Shawcross: «Espero que sienta siempre cierta satisfacción por haber tenido este destacado

papel en algo que puede ejercer una verdadera influencia en la futura gestión de las relaciones internacionales.»¹¹⁰ Si Lauterpacht sentía esa satisfacción, el caso es que nunca lo mencionó en público ni en privado. Ni a su hijo ni a Inka.

La reacción de Lemkin fue distinta. Quedó desolado por el silencio sobre el genocidio, que vino a acrecentar aún más su percepción de Núremberg como una «pesadilla».¹¹¹ No se hacía mención alguna en la sentencia ni siquiera del hecho de que se había argumentado, o de que contaba con el respaldo de tres de las cuatro potencias de la acusación (mi propia experiencia en los tribunales internacionales es que el resumen de los argumentos presentados, aunque sea sin éxito, ofrece cierto consuelo; y también abre la puerta a futuros argumentos en otros casos). Lemkin se sintió igualmente horrorizado por el hecho de que los crímenes cometidos antes de la guerra fueran completamente ignorados.

Más tarde Lemkin se reunió con Henry King, un ayudante de fiscal estadounidense, que luego describiría al polaco como un hombre «sin afeitar» y «desaliñado», vestido con andrajos. Lemkin le confesó que el de la sentencia había sido «el día más negro» de su vida. Había sido peor incluso que el momento en que se había enterado, un mes antes, de que Bella y Josef habían fallecido.¹¹²

Leon recibió la noticia de la sentencia en París. A la mañana siguiente Lucette, una muchacha que vivía cerca, pasó a buscar a mi madre, la hija de Leon –que por entonces tenía ocho años–, y la acompañó andando a la escuela. Lucette vio rezar a Leon, un ritual que realizaba cada mañana para mantener cierta sensación de conexión, según le diría a mi madre, la sensación de «pertener a un grupo que había desaparecido».

Leon nunca me dijo lo que pensaba del juicio o de la sentencia, si algo así podía llegar a bastar como medio de rendir cuentas. Sin embargo, se mostró encantado ante mi elección de carrera profesional.

Doce acusados fueron condenados a muerte sin derecho de apelación. Entre ellos se contaban Frank, Rosenberg y Seyss-Inquart, que no tendrían que esperar mucho para que se llevara a cabo su ejecución por ahorcamiento.

El Papa pidió clemencia para Frank, pero su petición fue rechazada.¹¹³ Al juez Lawrence la pena no le planteó ningún dilema moral: su hija Robby me dijo que su padre había condenado ya a varios criminales a la horca en Inglaterra.

«Él lo consideraba el justo castigo para las personas que habían hecho cosas muy malas», me explicó. «Se alegró cuando se abolió la pena de muerte en Gran Bretaña, pero no creo que dudara nunca de que resultaba adecuada en aquel caso, para aquellos acusados.»

Entre el día de la sentencia y el de la ejecución, el presidente Truman escribió al juez Lawrence expresándole su reconocimiento por los «leales servicios» que este había prestado al «fortalecimiento del derecho y la justicia internacional».¹¹⁴

Dos semanas después, la mañana del 16 de octubre, apareció el siguiente titular en el *Daily Express*: «Göring es ejecutado el primero a la una de la mañana», se informaba, seguido de otros diez acusados.¹¹⁵ Como es sabido, el artículo se equivocaba: Göring evitó la soga quitándose la vida poco antes de la hora prevista para su ejecución.

Ribbentrop fue el primero en ser ahorcado, y Frank subió al quinto lugar en la lista. La ejecución se llevó a cabo en el gimnasio del Palacio de Justicia, adonde le acompañó el capellán del ejército estadounidense Sixtus O'Connor. Frank atravesó el patio y entró en el gimnasio, cerrando los ojos y tragando saliva repetidamente mientras le ponían una capucha negra en la cabeza. Quiso pronunciar unas últimas palabras.¹¹⁶

El corresponsal del *Times* R. W. Cooper estaba en Francia cuando se publicó la noticia de los ahorcamientos, más tarde aquel mismo día. «El final llegó en un pequeño restaurante parisino», escribiría en sus memorias. Los músicos rasgueaban una pieza titulada «Insensiblement», que más tarde se convertiría en una de las melodías favoritas de Django Reinhardt. Las fotos de los ahorcados, incluido Frank, se publicaron en la contraportada del periódico de la tarde, que estaba en el restaurante a la vista de todos.

«Ça, c'est beau à voir», murmuró un cliente. «Ça, c'est beau.» Luego pasó despreocupadamente la página.¹¹⁷

A varios cientos de kilómetros de allí, y a cierta distancia del pueblecito bávaro de Neuhaus am Schliersee, los hijos más pequeños de Hans Frank estaban en el jardín de infancia. Más tarde, Brigitte Frank pasó a recogerlos.

«Mi madre vino con un floreado vestido de primavera para decirnos que ahora padre estaba en el cielo», recordaba Niklas. «Mis hermanas y mi hermano se pusieron a llorar, y yo me quedé callado, porque sabía cómo había ocurrido. Creo que fue entonces cuando nació un gran dolor, cuando se inició mi reacción de frialdad con aquella familia.»

Años después, Niklas conoció a Sixtus O'Connor, el capellán que había acompañado a Frank al gimnasio. Su padre fue a la horca sonriente, le dijo el capellán. «Incluso en la celda carcelaria de Núremberg», añadió, «su padre le tenía miedo a su madre.»

Niklas no había olvidado aquel día, en el que pensaba con frecuencia. Juntos, fuimos a visitar el ala penitenciaria, ahora vacía, del Palacio de Justicia de Núremberg y nos sentamos en una celda como aquella en la que estuvo encerrado su padre. «Lo gracioso», me dijo Niklas, «es que, cuando vinieron a llevarse a mi padre a la horca y abrieron la puerta, mi padre estaba arrodillado.» Niklas se arrodilló también para que lo viera. «Entonces le dijo al sacerdote: “Padre, mi madre, cuando yo era pequeño... solía hacerme la señal de la cruz cada mañana cuando me iba a la escuela.”» Niklas se hizo la señal de la cruz en la frente. «Por favor, hágalo usted ahora», le pidió Frank al sacerdote.

Niklas se preguntaba si había sido pura fachada. «Tal vez fuera uno de aquellos momentos, tan cerca de la horca, de la muerte..., él sabía que no sobreviviría a la noche del 16 de octubre, quizá fue realmente algo honesto, la única y última cosa honesta que hizo.»

Niklas guardó silencio un momento. «Quería volver a ser un chiquillo inocente, lo que era cuando su madre le hacía la señal de la cruz.» Hizo una nueva pausa, y luego añadió: «Es la primera vez que pienso en ello. Creo que quería volver a ser un niño pequeño que no había hecho nada de todos aquellos crímenes.»

En cambio, Niklas no tenía ninguna duda sobre la falta de sinceridad del reconocimiento parcial de culpa de su padre en la sala de justicia, y tampoco tenía reservas sobre su ahorcamiento. «Soy contrario a la pena de muerte», me dijo en un tono carente de emoción, «excepto en el caso de mi padre.» En el transcurso de una de nuestras conversaciones, recordó la carta que su padre

le escribiera al doctor Seidl, su abogado, la tarde antes de la ejecución. «Escribió: “Yo no soy un criminal.”» Niklas pronunció aquellas palabras con repugnancia. «Así que en realidad se retractó de todo lo que había confesado durante el juicio.»

Mientras hablábamos de su último encuentro, de la conversación con el capellán, de la silenciosa entereza de su madre, Niklas se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó unos papeles. «Era un criminal», dijo en voz baja, mientras extraía de entre ellos una pequeña fotografía en blanco y negro, desgastada y descolorida. Me la alargó. Era una imagen del cuerpo inerte de su padre tendido en un catre, tomada unos minutos después del ahorcamiento, con una etiqueta sobre el pecho.

«La miro cada día», me dijo Niklas. «Para acordarme, para asegurarme de que está muerto.»



Hans Frank después de ser ahorcado, 16 de octubre de 1946

© Ullstein Bild Archive

EPÍLOGO: HACIA EL BOSQUE

El juicio en Núremberg tendría consecuencias.

Unas semanas después de que finalizara, se reunió la Asamblea General de las Naciones Unidas en el norte del estado de Nueva York. En la agenda de aquel 11 de diciembre de 1946 había una serie de resoluciones preliminares que aspiraban a crear un nuevo orden mundial. Dos de ellas estaban relacionadas con el juicio.

Con el anhelo de sentar las bases para una declaración internacional de derechos, la Asamblea General afirmó que los principios jurídicos internacionales reconocidos en los Estatutos del Tribunal de Núremberg – incluidos los crímenes contra la humanidad– formaban parte del derecho internacional.¹ Mediante su resolución 95, la Asamblea General respaldó las ideas de Lauterpacht y decidió que en el nuevo orden internacional había que buscarle un lugar al individuo.

A continuación, la Asamblea General adoptó la Resolución 96,² que iba más allá de lo que habían decidido los jueces de Núremberg: señalando que el genocidio negaba el «derecho a existir a grupos humanos enteros», la Asamblea decidió ignorar su fallo y afirmar que «el genocidio es un crimen según el derecho internacional». Entrando en un terreno que los jueces no se habían atrevido a hollar, los gobiernos legislaban para dar origen a una norma que reflejaba la labor de Lemkin.

La resolución ayudó a este último a recuperarse del «día más negro» de su vida. Sus energías se reavivaron, preparó un proyecto de Convención sobre el Genocidio, y trató de persuadir a los gobiernos de todo el mundo de que respaldaran su instrumento. Fue un arduo trabajo a lo largo de dos años. El 9 de diciembre de 1948, la Asamblea General adoptó la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, el primer tratado sobre derechos humanos de la era moderna.³ El tratado entró en vigor algo más de dos años después, permitiendo a Lemkin dedicar la última década de su vida a alentar a los diversos países a unirse a la convención. Cuando murió –en Nueva York, en 1959, a causa de un infarto–, Francia y la Unión Soviética ya lo habían firmado. El Reino Unido se incorporó en 1970, y Estados Unidos lo

hizo en 1988, tras la polémica que siguió a la visita del presidente Reagan a las tumbas de oficiales de las SS en el cementerio de Bitburgo, en Alemania Occidental. Lemkin murió sin hijos. Se dijo que asistieron pocas personas a su funeral, pero Nancy Ackerly lo recordaba de manera distinta. «Allí había varias personas, no las cinco o seis que dijeron algunos, quizá buscando un efecto dramático», me comentó, y entre ellas había «bastantes mujeres con velo». Está enterrado en Flushing, Nueva York.

Hersch Lauterpacht volvió a Cambridge al día siguiente de la sentencia para dedicarse a las labores académicas y a su familia, y para estar con Inka. Su obra *An International Bill of the Rights of Man* inspiró la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, un día después de la Convención sobre el Genocidio. Decepcionado por el hecho de que la declaración no fuera legalmente vinculante, Lauterpacht esperaba que al menos pudiese abrir la puerta a un desarrollo más potente. Este llegó con el acuerdo sobre la Convención Europea de Derechos Humanos, firmado en 1950.⁴ El fiscal de Núremberg David Maxwell Fyfe desempeñó un papel clave en la elaboración del texto que dio origen al primer tribunal internacional de derechos humanos al que podría accederse a título individual. Luego vendrían otros instrumentos de derechos humanos de escala regional y global, pero hasta la fecha todavía no se ha adoptado ningún tratado sobre los crímenes contra la humanidad equivalente a la Convención sobre el Genocidio de Lemkin. En 1955, Lauterpacht fue elegido el juez representante del Reino Unido en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, pese a la oposición de algunas personas que lo consideraban insuficientemente británico. Murió en 1960, antes de completar su mandato, y está enterrado en Cambridge.

Lauterpacht y Lemkin eran dos jóvenes que vivían en Lemberg y Lwów. Sus ideas han tenido una resonancia global; su legado llegaría a todas partes. Los conceptos de genocidio y de crímenes contra la humanidad han evolucionado de la mano, en una relación que vincula al individuo y el grupo.

Habrían de pasar cincuenta años antes de que la idea de un tribunal penal internacional se hiciera realidad, en la medida en que los diferentes Estados se entregaron a un tira y afloja en distintas direcciones, incapaces de llegar a un consenso en torno al castigo de los delitos internacionales. El cambio se

produjo finalmente en julio de 1998, catalizado por las atrocidades perpetradas en la antigua Yugoslavia y en Ruanda. Aquel verano, más de ciento cincuenta Estados acordaron el estatuto de un tribunal penal internacional en una reunión celebrada en Roma.⁵ Yo disfruté de la oportunidad de desempeñar un papel secundario en las negociaciones, colaborando con un colega en el preámbulo, las palabras introductorias del tratado, que pretendían ser inspiradoras. Trabajando en la sombra, insertamos una sencilla línea en dicho preámbulo, que declaraba «es deber de todo Estado ejercer su jurisdicción penal contra los responsables de crímenes internacionales». La línea, aparentemente inocua, sobrevivió al proceso de negociación para convertirse en la primera ocasión en que los Estados reconocían dicho deber en el marco del derecho internacional. Tres generaciones después de que Henri Donnedieu de Vabres y Hans Frank debatieran la idea de un tribunal internacional en Berlín en 1935, finalmente se creaba una nueva corte internacional, con poder para dictaminar sobre el genocidio y los crímenes contra la humanidad.

Dos meses después de que se alcanzara el acuerdo sobre la Corte Penal Internacional, en septiembre de 1998, Jean-Paul Akayesu se convirtió en la primera persona condenada por el delito de genocidio por un tribunal internacional. Fue después de un juicio celebrado en el Tribunal Penal Internacional para Ruanda.⁶

Unas semanas después, en noviembre de 1998, la Cámara de los Lores dictaminó en Londres que el senador y expresidente chileno Augusto Pinochet no tenía derecho a reclamar inmunidad frente a la jurisdicción de los tribunales ingleses debido a que los actos de tortura de los que se decía que era responsable constituían un crimen contra la humanidad.⁷ Era la primera vez que un tribunal nacional emitía un fallo en ese sentido.

En mayo de 1999, el presidente serbio Slobodan Milošević se convirtió en el primer jefe de Estado en activo acusado de crímenes contra la humanidad por las acciones presuntamente cometidas en Kosovo.⁸ En noviembre de 2001, después de que dejara la presidencia, se añadieron al escrito de acusación los cargos de genocidio en relación con las atrocidades cometidas en Bosnia, concretamente en Srebrenica.⁹

Pasaron seis años. En marzo de 2007, un juez de Tribunal de Distrito de Estados Unidos despojó a John Kalymon de su nacionalidad estadounidense.¹⁰ ¿Por qué? Pues porque en agosto de 1942 había sido

miembro de la policía auxiliar ucraniana, participando en las redadas de judíos realizadas en el marco de *die Grosse Aktion*. Colaboró en la persecución de poblaciones civiles en un crimen contra la humanidad.

En septiembre de 2007, la Corte Internacional de Justicia de La Haya dictaminó que Serbia había violado sus obligaciones para con Bosnia y Herzegovina al no haber impedido un genocidio en Srebrenica.¹¹ Era la primera vez que un tribunal internacional condenaba a un Estado por violar la Convención sobre el Genocidio.

En julio de 2010, el presidente sudanés Omar al-Bashir sería el primer jefe de Estado en activo acusado de genocidio por la Corte Penal Internacional.¹²

Dos años después, en mayo de 2012, Charles Taylor se convirtió en el primer jefe de Estado declarado culpable de crímenes contra la humanidad.¹³ Fue condenado a cincuenta años de cárcel.¹⁴

En 2015, la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas empezó a trabajar activamente en el tema de los crímenes contra la humanidad, abriendo el camino a un posible equivalente de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio.¹⁵

Y los casos continúan, al igual que los delitos. Actualmente estoy trabajando en casos que implican genocidio o crímenes contra la humanidad en relación con Serbia, Croacia, Libia, Estados Unidos, Ruanda, Argentina, Chile, Israel y Palestina, Reino Unido, Arabia Saudí y Yemen, Irán, Irak y Siria. Las acusaciones de genocidio y crímenes contra la humanidad abundan en todo el globo, al igual que las ideas que inspiraron a Lauterpacht y Lemkin resuenan a lo largo de distintas trayectorias.

Ha surgido cierta jerarquía extraoficial. En los años inmediatamente posteriores a la sentencia de Núremberg el término «genocidio» cobró fuerza en los círculos políticos y en el debate público como el «crimen de los crímenes», elevando la protección de los grupos por encima de la de los individuos.¹⁶ Quizá fuera la propia potencia del término de Lemkin, pero el hecho es que, como temiera Lauterpacht, surgió una especie de carrera entre víctimas en la que el crimen contra la humanidad pasó a verse como el mal menor.¹⁷ No fue esta la única consecuencia imprevista de los esfuerzos paralelos de Lauterpacht y Lemkin. Probar el delito de genocidio resulta difícil, y litigando he podido ver por mí mismo cómo la necesidad de demostrar la intención de destruir a un grupo total o parcialmente, como requiere la Convención sobre el Genocidio, puede tener desafortunadas

consecuencias psicológicas. Ello potencia el sentimiento de solidaridad entre los miembros del grupo de las víctimas, reforzando a la vez los sentimientos negativos hacia el grupo de los verdugos. El término «genocidio», al centrarse en el grupo, tiende a acrecentar la percepción de un «ellos» y un «nosotros», refuerza los sentimientos de identidad de grupo y puede dar lugar sin pretenderlo a las mismas condiciones que pretende abordar: al enfrentar un grupo a otro, hace menos probable la reconciliación. Me temo que el delito de genocidio ha distorsionado el enjuiciamiento de los crímenes de guerra y de los crímenes contra la humanidad, en la medida en que el deseo de los afectados de ser calificados de víctimas de genocidio ejerce presión sobre los fiscales para que acusen de ese delito concreto. Para algunos, ser calificados de víctimas de genocidio se convierte en «un componente esencial de la identidad nacional»,¹⁸ sin que, por otra parte, ello contribuya a la resolución de disputas históricas o haga menos frecuentes las matanzas masivas.¹⁹ No resulta en absoluto sorprendente que un editorial de un destacado periódico, con ocasión del centenario de las atrocidades turcas contra los armenios, sugiriera que el término «genocidio» podría no ser de gran utilidad, puesto que «fomenta la indignación nacional antes que el examen implacable de los hechos que el país necesita».²⁰

Sin embargo, en contra de estos argumentos, no puedo por menos que admitir que la percepción de la identidad de grupo es un hecho. Ya en 1893, el sociólogo Ludwig Gumplowicz, en su libro *La lucha de las razas*, señalaba que, «cuando viene al mundo, el individuo forma parte de un grupo».²¹ Esa visión persiste aún. «Nuestra naturaleza sangrienta», escribiría un siglo después el biólogo Edward O. Wilson, «está arraigada porque [la lucha] grupo-contra-grupo fue una importante fuerza motriz que nos hizo lo que somos.»²² Parece ser que un elemento básico de la naturaleza humana es el hecho de que «la gente se siente obligada a pertenecer a grupos y, una vez incorporada a ellos, los considera superiores a los grupos rivales».

Esto plantea un serio reto a nuestro sistema de derecho internacional, que afronta una tensión tangible: por una parte, se mata a personas por el mero hecho de ser miembros de un determinado grupo; por otra, el reconocimiento de este hecho por parte del derecho tiende a hacer más probable la posibilidad de conflicto entre grupos al reforzar la percepción de la identidad grupal. Quizá Leopold Kohr tuviera razón en la carta, contundente pero privada, que

escribió a su amigo Lemkin, en la que afirmaba que el delito de genocidio terminaría por dar lugar a las mismas condiciones que aspiraba a mejorar.

¿Y qué hay de los otros protagonistas de esta historia?

Tras su liberación de Vittel, la señorita Tilney trabajó para el ejército estadounidense antes de regresar a París. Vivió allí durante otros dos años y luego regresó a Inglaterra. En la década de 1950 volvió a viajar una vez más, esta vez como misionera a Sudáfrica, y en 1964 emigró a Estados Unidos. Su último hogar fue en Coconut Grove, Miami, cerca de su hermano Fred, el ya jubilado culturista y vendedor de productos milagro cuyo círculo de conocidos, según me dijeron, incluía a Charles Atlas. La señorita Tilney murió en 1974. En 2013 envié el material que había descubierto sobre ella al Yad Vashem, la institución conmemorativa del Holocausto establecida en Jerusalén, junto con dos declaraciones juradas, una de mi madre y la otra de Shula Troman. El 29 de septiembre de 2013, la señorita Tilney fue oficialmente reconocida como «justa entre las naciones».

Sasha Krawec, a quien la señorita Tilney salvó de ser deportado a Auschwitz, emigró a Estados Unidos después de ser liberado de Vittel. Viajó en barco de Bremen a Nueva York en 1946. No he podido encontrar el menor indicio acerca de qué fue de él a partir de entonces.

Emil Lindenfeld permaneció en Viena. Pasó los últimos dos años de la guerra ocultándose en casa de amigos no judíos y de familiares. Volvió a casarse en 1961, y murió en 1969 en Viena, donde está enterrado.

Otto von Wächter se escondió al terminar la guerra, y con el tiempo sería acogido en el Vaticano. En 1949 actuó como extra en la película *La forza del destino*, rodada en Roma. Murió allí en circunstancias misteriosas aquel mismo año, estando bajo la protección del obispo austriaco Alois Hudal, todavía prófugo de la justicia y acusado por el gobierno de Polonia de la matanza de más de cien mil polacos en Lwów.²³ Su hijo Horst vive en Schloss Hagenberg en compañía de su esposa, convencido de que su padre era un buen hombre con un carácter decente, no un criminal, a pesar de que han aparecido nuevas evidencias de sus fechorías, incluido el aparente expolio de un cuadro de Brueghel y otras obras de arte del Museo Nacional de Cracovia en diciembre de 1939.²⁴

Niklas Frank creció y se convirtió en un distinguido periodista; a la larga llegó a ser responsable de la sección internacional de la revista *Stern*. En 1992 volvió a Varsovia y al edificio donde había vivido de niño para

entrevistar a Lech Wałęsa, recién elegido presidente de Polonia. No le dijo a Wałęsa que la habitación en la que se realizó la entrevista era la misma donde antaño su padre había estado persiguiéndole, mientras él daba vueltas alrededor de la mesa ante la que ahora se sentaban. Actualmente vive en un pueblecito al noroeste de Hamburgo junto con su esposa; tiene una hija y dos nietos.

En el verano de 2014 viajé a Lviv en compañía de Niklas Frank y Horst von Wächter. Durante el rodaje de nuestra película *–My Nazi Legacy: What Our Fathers Did* («Mi legado nazi: lo que hicieron nuestros padres»), fuimos a visitar la sinagoga, hoy destruida, de Żółkiew; una cercana fosa común, y el auditorio universitario donde Hans Frank pronunciara un gran discurso el primero de agosto de 1942, en presencia de Otto von Wächter. Niklas nos sorprendió al sacarse una copia del discurso del bolsillo trasero y leerlo en voz alta. Al día siguiente, los tres asistimos a una ceremonia conmemorativa en homenaje a los muertos de la División de Galitzia de las Waffen-SS, creada por Otto von Wächter en la primavera de 1943, y que todavía veneraba el grupo nacionalista marginal ucraniano que había organizado el evento. Horst me diría más tarde que aquella fue la mejor parte del viaje, porque jóvenes y viejos se acercaron a él para celebrar la memoria de su padre. ¿No le importaba, le pregunté, que muchos de aquellos hombres llevaran uniformes de las SS con esvásticas? «¿Por qué?, ¿acaso debería importarme?», me respondió Horst.

Leon y Rita Buchholz vivieron juntos en París durante el resto de su vida, en el apartamento que yo recuerdo de mi infancia, cerca de la Gare du Nord. Leon vivió hasta 1997, casi completando el siglo de vida. Su hija, Ruth, se casó con un inglés en 1956 y se trasladó a Londres. Tuvo dos hijos, de los que yo fui el primero, y más tarde regentó una librería de viejo en el centro de Londres especializada en libros infantiles ilustrados. Yo estudié derecho en la Universidad de Cambridge, y fue allí, en 1982, donde cursé la asignatura de derecho internacional impartida por Eli Lauterpacht, el hijo –ya adulto– de Hersch. En el verano de 1983, después de mi graduación, Leon y Rita vinieron de visita a Cambridge, y juntos asistimos a una recepción al aire libre celebrada en casa de Eli. Su madre, Rachel, la viuda de Hersch, estaba presente, y recuerdo con claridad que llevaba el pelo cortado al estilo paje. Desconozco si Leon y ella hablaron, pero si lo hicieron y surgió el tema de

las conexiones familiares con Viena, Lemberg y Żólkiew, entonces es que Leon no sintió ninguna necesidad de compartir aquella conversación conmigo.

En el otoño de 1983 viajé a Estados Unidos, donde pasé un año como profesor visitante en la facultad de derecho de Harvard. Eli Lauterpacht me escribió en la primavera de 1984, invitándome a solicitar un puesto académico en la Universidad de Cambridge como miembro investigador en un nuevo centro de investigación sobre derecho internacional que él estaba poniendo en marcha. Por entonces, y durante el cuarto de siglo siguiente, mientras la relación académica se transformaba en amistad, ambos ignorábamos que nuestros antepasados habían vivido en la misma calle más de un siglo antes. Habrían de pasar treinta años antes de que Eli y yo descubriéramos que su padre y mi bisabuela vivieron en Żólkiew en extremos opuestos de la ciudad, en la calle Este-Oeste.

Lo supimos gracias a la invitación recibida de Lviv.

¿Y qué hay de Lviv? Mi primera visita fue en 2010, y desde entonces he vuelto cada año. Un siglo después de su apogeo sigue siendo una ciudad maravillosa, aunque con un oscuro y secreto pasado, cuyos habitantes ocupan espacios abiertos por otros. La extensión de los edificios, el chirriar de los tranvías, el olor a café y a cereza..., todo ello sigue estando ahí. Las comunidades que se disputaron las calles de la ciudad en noviembre de 1918 han desaparecido en gran parte, y los ucranianos han surgido ahora como el grupo dominante. Aun así, la presencia de otros sin duda persiste. Se percibe en los ladrillos, con la ayuda de Wittlin, y se advierte si uno observa con mucha atención: se ve en las alas del león, que «mira hacia abajo en actitud desafiante» desde su atalaya sobre la entrada del número 14 de la plaza Rynok, a horcajadas sobre las páginas de un libro abierto en las que pueden leerse las palabras *Pax Tibi Marce Evangelista Meus* («La paz sea contigo, Marcos, mi evangelista»); se ve en los descoloridos letreros de calles polacos y en las angulosas y vacías hendiduras en las que antaño colgaba una mezuzá; se ve en la ventana de la antigua farmacia de la Corona Húngara en la plaza Bernardyński, antaño la más hermosa de toda Galitzia y Lodomeria, y todavía hoy, de noche, cuando está radiante y concurrida como siempre.²⁵

Después de estas visitas puedo entender mejor las palabras de la joven

estudiante que se me acercó en mi primer viaje para decirme con voz susurrante lo importante que había sido personalmente para ella mi conferencia. En la Lviv de hoy, que ha olvidado a Lemkin y a Lauterpacht, las cuestiones de identidad y genealogía son complejas y peligrosas. La ciudad sigue siendo una «copa de hiel», como lo fue en otro tiempo para tantas personas.

La conversación con aquella joven interesada en la genealogía no fue la única ocasión en la que se me transmitió ese mensaje en Lviv. En un restaurante, en la calle, después de una charla, en la universidad, en una cafetería, oí hacer alusión a cuestiones de identidad y de origen, siempre de formas sutiles. Recuerdo que me presentaron a Rabinovich, el extraordinario profesor de derecho de la facultad de Lviv que había enseñado derechos humanos durante la más oscura de las épocas. «Con él es con quien debería hablar», me dijeron varias personas. El significado estaba claro: era una discreta referencia a mi genealogía.

Alguien sugirió que quizá me gustaría comer en el Golden Rose, en el viejo centro medieval, entre el ayuntamiento y los archivos municipales, a la sombra de las ruinas de una sinagoga construida en 1582 y destruida por orden de los alemanes en el verano de 1941. Este se presentaba como un restaurante judío, lo que no dejaba de ser curioso dada la actual ausencia de residentes judíos en la ciudad.²⁶ La primera vez que pasé frente al Golden Rose, en compañía de mi hijo, estuvimos mirando por una ventana y observando a una clientela que daba la impresión, al menos a primera vista, de haber sido transportada allí desde la década de 1920: una serie de personas ataviadas con los grandes sombreros negros y el resto de la parafernalia asociada a la comunidad judía ortodoxa. Nos quedamos horrorizados; era un lugar para que se disfrazaran los turistas, que al entrar cogían las características prendas y sombreros negros de unos colgadores situados justo dentro de la entrada principal. El restaurante ofrecía comida judía tradicional –junto con salchichas de cerdo– en un menú en el que no figuraban los precios. Al final de la comida, el camarero invitaba a los comensales a regatear el precio.

Sentado en aquel restaurante, tras haber reunido finalmente el valor para entrar (un esfuerzo que se prolongó a lo largo de cinco años), volví a preguntarme si yo estaba más cerca de las ideas de Lauterpacht o de las de Lemkin, o bien me mantenía equidistante entre ellas, o bien simpatizaba con

ambas. Probablemente Lemkin habría sido el compañero de mesa más entretenido, y Lauterpacht el conversador intelectualmente más riguroso. Los dos hombres compartían una creencia optimista en el poder de la ley para hacer el bien y proteger a las personas, y en la necesidad de cambiarla para alcanzar ese objetivo. Ambos coincidían tanto en el valor de una vida humana individual como en la importancia de formar parte de una comunidad. Sin embargo, discrepaban de manera fundamental acerca de cuál era la forma más eficaz de lograr la protección de tales valores: centrarse en el individuo o en el grupo.

Lauterpacht nunca suscribió la idea de genocidio. Al final de su vida se mostró desdeñoso tanto hacia el concepto en sí como, quizá algo más cortésmente, hacia el hombre que lo concibió, pese a reconocer que no le faltaban aspiraciones. Por su parte, Lemkin temía que los proyectos separados de proteger los derechos humanos individuales, por un lado, y proteger a los grupos y prevenir el genocidio, por otro, estuvieran en contradicción. Podría decirse que los dos hombres se han anulado mutuamente.

Yo veía los méritos de ambos argumentos, oscilando entre los dos polos, atrapado en un limbo intelectual. De modo que aparqué el asunto y dediqué mi energía a persuadir al alcalde de Lviv de que diera algunos pasos para señalar los logros de los dos hombres, junto con la contribución de la ciudad al derecho y la justicia internacional. Dígame dónde deberíamos poner placas, me dijo el alcalde, y él se encargaría de que se hiciera. Muéstreme el modo; muéstreme la ruta.

Yo utilizaría a Wittlin, el poeta de los esperanzados idilios, imbuido de la idea de una armonía entre amigos capaz de superar la división entre grupos, del mito de Galitzia y la ciudad de la infancia perdida de mi abuelo. Empezaría en la Colina del Castillo, para luego dirigirme a donde empezó todo, en el centro de la plaza Rynok, con su león alado. Dejando atrás las facciones rivales, avanzaría con ligereza frente al hogar de Lauterpacht en la calle Teatralna, con su puerta de hierro enrejada, a lo largo de la calle Tres de Mayo hacia la casa de Inka Katz y la ventana desde la que vio cómo se llevaban a su madre, pasando junto a las oficinas del departamento de derecho internacional de la universidad, recién adornado con retratos de Lauterpacht y Lemkin, y luego por el viejo edificio de la facultad de derecho, para después empezar a subir y pasar junto a la casa de Julius Makarewicz,

seguir subiendo por las tortuosas calles en dirección a la gran catedral de San Jorge y detenerme en la plaza donde Otto von Wächter reunió a su División de Galitzia de las SS. Un poco más allá, a solo un tiro de piedra colina arriba, volvería a detenerme un momento ante la casa donde nació Leon, en la calle Szeptyckich.

Luego volvería calle abajo hacia el edificio donde vivió Lemkin el año en que debatió con un profesor sobre temas armenios y el derecho de los Estados a matar a sus propios ciudadanos, y después al viejo Parlamento de Galitzia, donde en agosto de 1942 Frank pronunció su mortífera conferencia, para descender luego hacia el Teatro de la Ópera, ante el que se concentraron grupos de niños con banderas y esvásticas, hasta el patio del instituto Sobieski, donde se mantuvo retenidos a los judíos, y, pasando bajo el puente del ferrocarril, llegar hasta el gueto y el primer hogar de Lemkin, una habitación en un bloque de pisos en la parte más pobre de la ciudad. Desde allí hay solo un paso hasta Janowska, donde Maurycy Allerhand cometió la imprudencia de preguntarle a un guardia del campo si tenía alma, unas breves palabras por las que pagó con su vida, y la gran estación de ferrocarril desde la que podría coger el tren a Żólkiew y, en caso de desearlo, seguir más allá hasta Bełżec y el fin del mundo.

De hecho, cogí ese tren a Żólkiew, donde vino a recibirme Lyudmyla, historiadora de esta triste y exhausta población. Fue ella quien me acompañó a un lugar en las afueras ignorado por las autoridades y por casi todos los habitantes. Partiendo de su despacho, en la vieja fortaleza Żólkiewski, recorrimos la calle Este-Oeste siguiendo una línea recta que nos llevaría hasta un claro del bosque. Empezamos en la zona de hierba del extremo occidental de aquella larga calle, donde antaño se alzara la casa de mi bisabuela Malke, pasando junto a las magníficas iglesias católica y ucraniana, y la entrañable y destartalada sinagoga del siglo XVII, hasta la casa con el entarimado donde se ocultara Clara Kramer, justo enfrente de la vieja iglesia de madera, para pasar luego por el cruce que señalaba lo que yo sabía ahora que había sido el lugar de nacimiento de Hersch Lauterpacht. Continuamos, primero un kilómetro y después otro, atravesando campos, cruzando una verja y enfilando un camino de fina arena triturada flanqueado de robles e impregnado del sonido de las cigarras y las ranas y del olor de la tierra, hasta llegar a un luminoso bosque de otoño, a una zona donde puede que jugaran antaño Leon y Lauterpacht.

Dejamos el camino de arena, caminamos sobre la hierba y los matorrales, y salimos a un claro del bosque.

«Hemos llegado.» Lyudmyla hablaba con voz queda. Allí estaban las charcas, dos grandes pozos de arena llenos de una extensión de agua oscura, lodo y cañas que se doblaban con el viento, un lugar marcado por una única piedra blanca, erigida no por el municipio como expresión de aflicción o de pesar, sino como un acto privado de rememoración. Nos sentamos allí, sobre la hierba, contemplando cómo el sol caía sobre el agua oscura y estancada que se extendía firmemente sobre aquellas bocas de la tierra. Más abajo, intactos durante más de medio siglo, yacían los restos de las tres mil quinientas personas sobre las que escribiera el largamente olvidado Gerszon Taffet en el verano de 1946, cada una de ellas un individuo, y a la vez un grupo en su conjunto.

Entre los huesos que yacían abajo se mezclaban los del tío de Leon, Leibus, y el tío de Lauterpacht, David, que descansaban el uno junto al otro en este lugar simplemente porque eran miembros del grupo equivocado.

El sol calentaba el agua; los árboles me elevaron hacia arriba alejándome de las cañas, hacia el cielo de color añil. Justo allí, durante un breve instante, comprendí.



© International Mapping, Ellicott City, Maryland

AGRADECIMIENTOS

En los últimos seis años he contado con la ayuda de numerosas personas e instituciones de todo el mundo. En algunos casos dicha ayuda fue sustancial y prolongada en el tiempo; en otros, la aportación fue más informal y se limitó a proporcionar un único recuerdo o, en un caso concreto, a utilizar una sola palabra. Estoy profundamente agradecido con todos los que han contribuido a un proyecto que creció más allá de lo que yo esperaba inicialmente cuando me invitaron a viajar a Lviv.

Tengo una deuda especial con los familiares de los cuatro principales protagonistas de esta historia. Mi madre, Ruth Sands, me ha dado un apoyo extraordinario y maravilloso frente a unos hechos dolorosos que herían en lo más vivo. Mi tía, Annie Buchholz, que estuvo muy cerca de mi abuelo durante dos décadas, fue igualmente generosa a la hora de recordar. Otros familiares –mi padre, Allan Sands; su amigo de la infancia Emil Landes, que era sobrino de mi abuelo, y otros como Doron Peleg y Aldo y Jeannette Naouri– ayudaron a dotar de mayor detalle una imagen difusa. La oportunidad de pasar tantas horas con Sir Elihu Lauterpacht, mi maestro y mentor, ha sido un gozo. Saul Lemkin, el último familiar vivo que conoció a Rafael, se ha mostrado constantemente generoso, al igual que Niklas Frank, un nuevo e insólito amigo. Doy también las gracias a Horst von Wächter por su generosidad al poner a mi disposición tanto material y tiempo.

En cierto sentido, podría decirse que la ciudad de Lviv es el quinto protagonista del libro, o puede que el primero. Dos personas han actuado como los más generosos guías a la hora de mostrarme los secretos de la ciudad, sus archivos y cafeterías, y se han convertido en íntimos amigos: en la Universidad de Lviv, el doctor Iván Horodyskyy ha sido milagroso, un inteligente, erudito y atento joven jurista del tipo que sin duda dará un gran crédito a la ciudad; y la doctora Sofia Dyak, directora del Centro de Historia Urbana de Lviv, me ha abierto las riquezas históricas y las complejidades de la ciudad de un modo a la vez sutil, honesto y entretenido. Entre otras personas, demasiado numerosas para mencionarlas, debo destacar a los profesores Petro Rabinovich y Oksana Holovko, que me han dado su

constante apoyo; el doctor Ihor Leman, que fue reclutado para hacer el servicio militar combatiendo a Rusia justo cuando acababa de terminar su propia obra sobre Lemkin y Lauterpacht; Alex Dunai; la profesora Zoya Baran; y Lyudmyla Baybula, la valerosa y generosa archivera de Zhovkva, sin la cual nunca habría sabido de la existencia del *borek* y sus secretos.

Mis colegas del University College de Londres (UCL) –empezando por mi decana, la profesora Hazel Genn, y la profesora Cheryl Thomas, jefa de investigación– han dado su apoyo sin escatimar esfuerzos a un proyecto literario que ha desbordado las previsiones, y asimismo me he beneficiado enormemente de la inteligencia y el trabajo de una serie de magníficos y brillantes ayudantes de investigación del UCL: Remi Reichhold, para quien no existe el concepto de documento ilocalizable; Mariam Kizilbash y Luis Viveros, que me ayudaron a deshacerme de las notas; David Schweizer, que me ayudó con la cultura y la lengua alemanas; Daria Zygmunt, que conquistó los temas polacos y descubrió el ejemplar original de *Moy Lwów* de Wittlin; y Hejaaz Hizbullah, que encontró oro entre los materiales de la Sociedad de Naciones. En otros lugares he contado con la ayuda de Tessa Barsac (París), Noa Amirav (Jerusalén), Melissa Gohlke y Shaun Lyons (Georgetown), Eric Sigmund (Siracusa) y Aseem Mehta (Yale).

He contado con una generosa asistencia en todo el mundo. En Francia, Lucette Fingerwaig me abrió una puerta más ancha y más personal a l'Armée du Crime, al tiempo que el pastor Richard Gelin me abrió los archivos de la Église Évangélique Baptiste en el distrito 14. Catherine Trouiller, de la Fondation Charles de Gaulle, me explicó una fotografía tomada en 1944; Danielle Greuillet me permitió acceder a los archivos de Meudon; y Jean-Michel Petit y Raymond Bétrémieux me instruyeron sobre la historia de Courrières.

En Polonia, Marek Kornat, del Instytut Historii Polskiej Akademii Nauk, me habló de la breve estancia de Lemkin en la Universidad Jaguelónica de Cracovia; el doctor Janusz Fiolka me ofreció una constante ayuda en y sobre Cracovia; Arkadiusz Radwan, Jan Fotek, Grzegorz Pizoń y Aleksandra Polak, del Instytut Allerhand, me proporcionaron una conexión directa con la familia de Maurycy Allerhand, que fue profesor de Lemkin y de Lauterpacht; y el doctor Adam Redzik, de la Universidad de Varsovia, es el principal historiador de la Universidad de Lwów desde la época sobre la que escribo. Ewa Salkiewicz-Munnerlyn me aportó valiosas ideas sobre la

comunidad polaca del derecho internacional en el período de entreguerras, mientras que Anna Michta y Joanna Winiewicz-Wolska fueron mis guías en el castillo real de Wawel. Agnieszka Bieńczyk-Missala revisó varias partes del manuscrito, y Antonia Lloyd-Jones me ofreció su ayuda con la traducción del polaco.

En Austria, tuve la gran suerte de encontrar a un genial detective privado genealógico en la profesora Katja-Maria Chladek. También obtuve ideas e información de la profesora Margaret Witek, actual directora del Brigittenauer Gymnasium, al que asistió mi abuelo; de los embajadores Helmut Tichy, Emil Brix y Elisabeth Tichy-Fisslberger; y de Karin Höfler, del Museo del Tercer Hombre. Max Wälde fue mi ayudante de investigación en la Universidad de Viena.

También en Alemania se me abrieron las puertas de varios archivos con la ayuda de Dirk Roland Haupt (Ministerio de Asuntos Exteriores) y Rainer Huhle (Centro de Derechos Humanos de Núremberg). Tuve ocasión de conocer la sala de justicia de Núremberg gracias al respaldo de la doctora Anne Rubesame, Michaela Lissowsky y el embajador Bernd Borchardt (de la Academia Internacional Principios de Núremberg), y de Henrike Zentgraf (del Memorial de los Juicios de Núremberg). El doctor Norbert Kampe me ofreció una introducción personal a la Casa de la Conferencia de Wannsee. Mis lagunas en la comprensión del alemán se llenaron en parte gracias a la ayuda de Daniel Alexander (consejero real del Reino Unido), el profesor Josef Bayer (Universidad de Constanza), Sabine Bhoose, David Cornwell, el doctor Klaus von Heusinger (Colonia), el doctor Geoffrey Plow y Eddie Reynolds.

En lo relativo a los juicios, me beneficié enormemente de los relatos de primera mano del doctor Yves Beigbeder, Enid, la honorable Lady Dundas, Benjamin Ferencz y Siegfried Ramler. Asimismo, pude disponer de los papeles privados de Sir Geoffrey Lawrence, recopilados en forma de diario por su esposa, Marjorie, gracias a Lord y Lady Oaksey, y al consejero real Patrick Lawrence.

En Washington, tuve la fortuna de disponer de los conocimientos y la experiencia que ofrece el Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, especialmente por parte de Raye Farr, Anatol Steck y Leslie Swift. En el Departamento de Justicia, Eli M. Rosenbaum y el doctor David Rich,

los últimos cazadores de nazis, encontraron evidencias documentales de lo más valioso.

Elsie Tilney se convirtió en un personaje más claro y definido gracias a la ayuda de Rosamunde Codling, de Surrey Chapel, que es una archivera modelo, y del pastor Tom Chapman. A la hora de precisar diversos detalles tuve una gran ayuda por parte de Susan Meister; Chris Hill; Elinor Brecher, responsable de las necrológicas del *Miami Herald*; Jeanette Winterson y Susie Orbach; Sylvia Whitman y Germaine Tilney.

Las complejidades de las pruebas de ADN me las explicaron Max Blankfeld, de Family Tree, y la doctora Turi King, de la Universidad de Leicester.

Los mapas fueron elaborados por Scott Edmonds, Tim Montenyohl, Alex Tait y Vickie Taylor, de International Mapping, los sultanes de la cartografía. Asimismo, recibí ayuda en materia fotográfica de mi querido amigo Jonathan Klein, el maestro del píxel, y Matthew Butson, ambos de Getty Images, y de Diana Matar, que es capaz de capturar casi cualquier instante.

La comunidad internacional de autores, eruditos, bibliotecarios, archiveros y conservadores de museos me ha prestado su ayuda con un gran espíritu colegial. Vaya mi agradecimiento a Elisabeth Åsbrink Jakobsen (Estocolmo); el profesor John Q. Barrett (Universidad de San Juan); John Cooper (Londres); el profesor David Crane (Facultad de Derecho de la Universidad de Siracusa); el profesor Jonathan Dembo (Biblioteca J. Y. Joyner, Universidad del Este de Carolina); Michelle Detroit (Centro Jacob Rader Marcus del Archivo Judío Estadounidense); Tanya Elder (Sociedad Histórica Judía Estadounidense); Kristin Eshelman (Centro de Investigación Thomas J. Dodd, Universidad de Connecticut); la profesora Donna-Lee Frieze (Universidad Deakin); la doctora Joanna Gomula (Cambridge); el profesor John-Paul Himka (Universidad de Alberta); el doctor Martyn Housden (Universidad de Bradford); el profesor Steven Jacobs (Universidad de Alabama); Valentin Jeutner (Cambridge); el doctor Yaraslau Kryvoi (Universidad de West London); Kristen La Follette (Centro de Historia Oral de Columbia); el profesor James Loeffler (Universidad de Virginia); Marguerite Most (Biblioteca Jurídica Goodson, Facultad de Derecho de Duke); Nicholas Penny (National Gallery); el doctor Dan Plesch (SOAS); el doctor Dieter Pohl (Universidad de Klagenfurt); el doctor Radu Popa (Universidad de Nueva York); Andrew Sanger (Cambridge); Sabrina Sondhi

(Biblioteca Jurídica Arthur W. Diamond, Universidad de Columbia); Zofia Sulej (Biblioteca William Cullen, Universidad del Witwatersrand); Francesca Tramma (Fundación Corriere della Sera); la doctora Kerstin von Lingen (Universidad de Heidelberg); la doctora Ana Filipa Vrdoljak (Universidad de Tecnología de Sidney) y el profesor emérito Arthur Wensinger (Universidad Wesleyana).

Muchos amigos y colegas, viejos y nuevos, me prestaron su apoyo y sus conocimientos. Stuart Proffitt ayudó a poner en marcha las ideas que se traducirían en este libro. James Cameron y Hisham Matar estuvieron ahí siempre que les necesité. Adriana Fabra, Sylvia Fano, Amanda Galsworthy, David Kennedy, Sean Murphy, Bruno Simma y Gerry Simpson revisaron versiones preliminares de diversos capítulos. Yuval Shany ayudó a encontrar a miembros de mi familia largo tiempo perdidos y un manuscrito largamente olvidado. James Crawford me ayudó a diferenciar el bosque de los árboles (una vez más). Las mentes de David Charap, Finola Dwyer, David Evans, Nick Fraser y Amanda Posey arrojaron nuevas y enigmáticas ideas justo cuando trabajábamos en nuestra película, *What Our Fathers Did: A Nazi Legacy*. Asimismo, las diversas representaciones de mi obra narrativo-musical *A Song of Good and Evil*, con Laurent Naouri, Guillaume de Chassy, Vanessa Redgrave, Emma Pallant, Valerie Bezancon y Katja Riemann, me ofrecieron revelaciones inesperadas. Eva Hoffman me ayudó a entender la traducción de vidas y experiencias, mientras que Louis Begley (cuya novela *Mentiras en tiempos de guerra* supuso una temprana inspiración para mí), Robby Dundas, Michael Katz (a quien conocí a través de Alex Ulam), Clara Kramer, Siegfried Ramler, Bob Silvers, Nancy Steinson (Ackerly), Shula Troman e Inge Trott tuvieron la amabilidad de compartir conmigo lo que ellos habían vivido de hecho. Anya Hurlbert ayudó a organizar una reunión con Cecilia Gallerani, mientras que Tom Henry me sugirió útiles lecturas sobre su larga vida; Liz Jobey me ofreció consejos estilísticos; Marco De Martino enriqueció mis conocimientos sobre Curzio Malaparte; Christine Jennings me ofreció material sobre antiguas conferencias; Sara Bershtel localizó lingüistas; Göran Rosenberg me presentó a varios suecos; Dennis Marks y Sally Groves me acercaron a Richard Strauss, y Jonathan Sklar me alertó de los peligros de una mente al borde del colapso. En Dartington, Celia Atherton y Vaughan Lindsay me ofrecieron un magnífico espacio donde escribir. Doy también las gracias a los lectores que se han tomado la molestia

de señalar errores menores y expresiones poco afortunadas que se colaron en la edición original.

No podría haber completado el manuscrito de este libro sin el cuidadoso y erudito mecanografiado de Louise Rands, mi colega y querida amiga a lo largo de tres décadas, que también tradujo una serie aparentemente interminable de entrevistas en palabras inteligibles negro sobre blanco susceptibles de ser utilizadas.

Mi generosa, maravillosa y alentadora agente Gill Coleridge dedicó más tiempo del previsto a la presentación de estas historias entrelazadas, antes de pasarle impecablemente el testigo a Georgia Garrett, de cuya orientación disfruto ahora. Vaya a ambas, y a todo el excelente personal de Rogers, Coleridge & White, mi más profundo agradecimiento. También se lo envió a través del Atlántico a Melanie Jackson en Nueva York, responsable de la identificación instantánea del único editor que podía hacer esto bien. Casualmente, Melanie tiene un interés familiar en estas páginas, ya que en ellas aparecen tanto su padre como su abuelo (lo que me permitió obtener una visión más informada acerca de en cuál de los dos posibles significados del término –«sodomita» o «cabrón»– pensaba su padre cuando aplicó a Lemkin el calificativo inglés *bugger* en una carta escrita en 1947).

Victoria Wilson, de la editorial Alfred A. Knopf, ha sido la editora perfecta. A la vez temible, estratega, atenta, afectuosa y escéptica, me insistió constantemente en los méritos de tomarse tiempo y escribir más despacio, por lo que le estoy enormemente agradecido. Más adelante en el proceso de elaboración de la obra tuve la fortuna de trabajar con Bea Hemming, de Weidenfeld & Nicolson, cuyas perspicaces e inteligentes ideas han mejorado sobremanera el texto pese a hallarse ya en una fase avanzada. Los defectos que aún puedan quedar son solo responsabilidad mía.

Por último, vaya el más profundo de los agradecimientos a mi familia más próxima, nuestro núcleo de cinco miembros, ahora plenamente (y demasiado) empapados de los gozos y las sombras de Lviv. Leo, el historiador, me instruyó sobre el pietismo; Lara, la socióloga, me recordó mi exceso de falsa conciencia; Katya, la artista, me alentó a ver los lugares y las cosas con una mirada distinta.

Y para Natalia, la que hace a nuestro pequeño grupo tan increíblemente feliz, aunque reconociendo y afrontando a la vez las rarezas que nos hacen ser tan distintos, y que se ha llevado la peor parte de mi obsesión, ninguna

expresión de gratitud o de amor podría resultar excesiva. Gracias, gracias, gracias.

FUENTES

En este libro he recurrido a una amplia y variada gama de materiales. Algunos de ellos son recién descubiertos y originales –procedentes de los archivos de Lviv, en relación con la vida de Lauterpacht y Lemkin–, pero con más frecuencia he podido recurrir al trabajo de otras personas, a recursos disponibles como resultado de prodigiosos esfuerzos. A este material se hace referencia en el capítulo dedicado a las notas, pero entre las numerosas fuentes utilizadas hay unas pocas que merecen especial atención por su interés y calidad.

El material perteneciente a la vida de mi abuelo Leon Buchholz se conserva en gran parte en archivos personales familiares y en los recuerdos de otras personas, especialmente mi madre y mi tía. Asimismo, me he beneficiado del acceso al Archivo Estatal Austriaco (Österreichisches Staatsarchiv); el Archivo Central de Documentos Históricos de Varsovia (Archiwum Główne Akt Dawnych); el Centro de Documentación de la Resistencia Austriaca (Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes) de Viena; el Archivo Municipal y Estatal de Viena (Wiener Stadt- und Landesarchiv); el sitio web de JewishGen; el Archivo de Yad Vashem, incluyendo la Base de Datos Central de Nombres de Víctimas de la Shoá; y las diversas colecciones del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos.

La ciudad de Lemberg/Lviv/Lwów es objeto de una rica bibliografía, que incluye material académico de naturaleza histórica y memorias personales. En cuanto al primero, he apreciado especialmente los ensayos recogidos en el excelente libro editado por John Czaplicka *Lviv: A City in the Crosscurrents of Culture* (Harvard University Press, 2005). En cuanto a las memorias, el lector habrá advertido mis numerosas referencias a la obra *Moy Lwów* de Józef Wittlin (Czytelnik, 1946), publicada en inglés con el título *City of Lions* (trad. Antonia Lloyd-Jones, Pushkin Press, 2016), con fotografías de Diana Matar [y en español con el título de *Mi Lvov*, trad. Elzbieta Bortkiewicz, Pre-Textos, 2006]. En lo relativo a los acontecimientos que siguieron a la ocupación alemana (1941-1944), la obra del historiador Dieter Pohl ha sido

una fuente primordial, incluyendo *Ivan Kalyomon, the Ukrainian Auxiliary Police, and Nazi Anti-Jewish Policy in L'viv, 1941-1944: A Report Prepared for the Office of Special Investigations, US Department of Justice* (31 de mayo de 2005), y *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944* (2.^a ed., Oldemburgo, 1997). He tenido la fortuna de contar asimismo con los siguientes trabajos: Philip Friedman, «The Destruction of the Jews of Lwów, 1941-1944», en Ada June Friedman (ed.), *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust* (Jewish Publication Society of America, 1980), pp. 244-321; Christoph Mick, «Incompatible Experiences: Poles, Ukrainians, and Jews in Lviv Under Soviet and German Occupation, 193-944», *Journal of Contemporary History*, 46, n.º 2 (2011), pp. 336-363; Omer Bartov, *Erased* (Princeton University Press, 2007) [trad. esp.: *Borrados*, Malpaso, 2016], y Ray Brandon y Wendy Lower (eds.), *The Shoah in Ukraine* (Indiana University Press, 2008).

Otras memorias a las que he recurrido son: Rose Choron, *Family Stories* (Joseph Simon / Pangloss Press, 1988); David Kahane, *Lvov Ghetto Diary* (University of Massachusetts Press, 1990); Volodymyr Melamed, *The Jews in Lviv* (TECOP, 1994); Eliyahu Yones, *Smoke in the Sand: The Jews of Lvov in the War Years, 1939-1944* (Gefen, 2004); Jan Kot, *Chestnut Roulette* (Mazo, 2008), y Jakob Weiss, *The Lemberg Mosaic* (Alderbrook, 2010). La extraordinaria colección cartográfica y fotográfica que alberga el Centro de Historia Urbana de Europa Centro-Oriental de Lviv (<http://www.lvivcenter.org>) constituye un rico recurso fácilmente accesible, y, rebuscando un poco, también se pueden encontrar muchas cosas en el Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv.

La cercana población de Zhovkva/Żółkiew no es objeto de una bibliografía tan abundante, aunque su larga historia sugiere que debería serlo. Para el material histórico relativo a los acontecimientos de las décadas de 1930 y 1940, he recurrido a Gerszon Taffet, *The Holocaust of the Jews of Zolkiew* (Lodz, Central Jewish Historical Committee, 1946); Clara Kramer, con Stephen Glantz, *Clara's War: One Girl's Story of Survival* (Ecco, 2009), y Omer Bartov, «White Spaces and Black Holes», en Brandon y Lower, *Shoah in Ukraine*, pp. 340-342.

Se ha escrito mucho sobre la vida de Hersch Lauterpacht. El punto de partida es la obra de referencia enciclopédica de su hijo Elihu, *The Life of Hersch Lauterpacht* (Cambridge University Press, 2010). También me he

beneficiado de una serie de ensayos publicados bajo el título de «The European Tradition in International Law: Hersch Lauterpacht», *European Journal of International Law*, 8, n.º 2 (1997). Eli Lauterpacht me ha dado acceso al archivo personal de su padre, incluyendo cuadernos, imágenes, correspondencia y otros documentos, en particular los borradores originales de los dos discursos de Núremberg que escribió para Sir Hartley Shawcross en 1945 y 1946.

Aún se ha escrito más sobre Rafael Lemkin y el término que acuñó. He recurrido especialmente a las memorias largamente inéditas de Lemkin, partiendo inicialmente de una copia del manuscrito disponible en la Biblioteca Pública de Nueva York, aunque más tarde pude contar con la versión editada para su publicación por Donna-Lee Frieze, *Totally Unofficial* (Yale University Press, 2013). También me he beneficiado del trabajo pionero de John Cooper *Raphael Lemkin and the Struggle for the Genocide Convention* (Palgrave Macmillan, 2008), que fue la primera biografía completa de Lemkin (recientemente reeditada en rústica), y he recurrido asimismo a William Korey, *Epitaph for Raphael Lemkin* (Jacob Blaustein Institute, 2001), y a una excelente colección de ensayos editada por Agnieszka Bińczyk-Missala y Sławomir Debski, *Rafal Lemkin: A Hero of Humankind* (Polish Institute of International Affairs, 2010). Igualmente rico es el maravilloso artículo de John Q. Barrett «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg, 1945-1946», en Christoph Safferling y Eckart Conze (eds.), *The Genocide Convention Sixty Years After Its Adoption* (Asser, 2010), pp. 35-54. Otras fuentes de las que he echado mano incluyen Samantha Power, *A Problem from Hell* (Harper, 2003) [trad. esp.: *Problema infernal*, FCE, 2005], y dos obras de Steven Leonard Jacobs, *Raphael Lemkin's Thoughts on Nazi Genocide* (Bloch, 2010) y *Lemkin on Genocide* (Lexington Books, 2012), además de echar un vistazo al manuscrito de Douglas Irvin-Erickson, *Raphael Lemkin and Genocide: A Political History of «Genocide» in Theory and Law* (University of Pennsylvania Press, en preparación), que constituye una importante aportación al tema. El archivo de Lemkin, si se le puede llamar así, está desperdigado por todo Estados Unidos, y se encuentra en la Colección Rafael Lemkin, P-154, de la Sociedad Histórica Judía Estadounidense de Nueva York; los Papeles de Rafael Lemkin, MC-60, del Archivo Judío Estadounidense de Cleveland; los Papeles de Lemkin de la Biblioteca Pública de Nueva York; la Biblioteca de Libros

Raros y Manuscritos de la Universidad de Columbia, y el Centro de Investigación Thomas J. Dodd de la Universidad de Connecticut.

El primer relato de la vida de Hans Frank con el que me tropecé, y el que me dejó una impresión más vívida, fue el que escribió su hijo Niklas, inicialmente publicado en alemán con el título *Der Vater* (Bertelsmann, 1987), y más tarde traducido al inglés en una versión abreviada (demasiado abreviada, según Niklas) con el título *In the Shadow of the Reich* (Alfred A. Knopf, 1991). También he recurrido a Stanislaw Piotrowski (ed.), *Hans Frank's Diary* (PWN, 1961), y, a través de diversos extractos traducidos, al manuscrito que escribiera el propio Frank en su celda de Núremberg, *Im Angesicht des Galgens* («A la sombra del patíbulo») (publicado póstumamente por su esposa en Múnich en 1953 y disponible solo en alemán); Piotrowski afirma que el manuscrito y la copia mecanografiada autorizada por Frank se alteraron, con algunas frases omitidas, y otras «dirigidas contra la nación polaca». Me he beneficiado sobremanera del concienzudo trabajo de Martyn Housden *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust* (Palgrave Macmillan, 2003); y asimismo de Dieter Schenk, *Hans Frank: Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur* (Fischer, 2006), y Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews: Conversations with the Defendants and Witnesses* (Alfred A. Knopf, 2004) [trad. esp.: *Las entrevistas de Núremberg*, Taurus, 2004]. Puede encontrarse una descripción detallada en alemán de la vida cotidiana de Frank en sus diarios (*Diensttagebuch*), y hay varios extractos traducidos al inglés en el volumen 29 de las actas del proceso de Núremberg, *Trial of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal*.

En cuanto al juicio de Núremberg, no hay nada que pueda sustituir a una atenta lectura de la transcripción del proceso y las evidencias documentales presentadas ante los jueces, todo ello recopilado en cuarenta y dos volúmenes bajo el título de *Trial of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal* (Núremberg, 1947) y disponible en varios sitios web (por ejemplo, (http://avalon.law.yale.edu/subject_menus/imt.asp)). He hecho un extenso uso del informe oficial de Robert H. Jackson *Report to the International Conference on Military Trials*, 1945; de los Papeles de Robert H. Jackson en la Biblioteca del Congreso, Sección de Manuscritos, de Washington; y de cuatro largos álbumes de recortes elaborados por Marjorie

Lawrence y conservados a título privado por la familia Lawrence en Wiltshire.

Destacan varios relatos contemporáneos del juicio. R. W. Cooper, *Nuremberg Trial* (Penguin, 1946), son las memorias personales del corresponsal del *Times* de Londres, casi tan apasionantes como *Nuremberg Diary*, del psicólogo del ejército estadounidense Gustave Gilbert (Farrar, Straus, 1947). Otros textos de obligada lectura incluyen tres artículos publicados en el *New Yorker* por Janet Flanner, y reproducidos en Irving Drutman (ed.), *Janet Flanner's World* (Secker & Warburg, 1989); el ensayo de Martha Gellhorn «The Paths of Glory», en *The Face of War* (Atlantic Monthly Press, 1994) [trad. esp.: *El rostro de la guerra*, Debate, 2000]; y el de Rebecca West «Greenhouse with Cyclamens I», en *A Train of Powder* (Ivan R. Dee, 1955) [trad. esp.: «Invernadero con ciclámenes I», en *Un reguero de pólvora*, Reino de Redonda, 2014]. También he echado mano de los escritos de dos jueces: Robert Falco, *Juge à Nuremberg* (Arbre Bleu, 2012), y Francis Biddle, *In Brief Authority* (Doubleday, 1962). Telford Taylor ofrece una rica historia en *The Anatomy of the Nuremberg Trials* (Alfred A. Knopf, 1993), que se ve provechosamente complementada por la obra de Ann Tusa y John Tusa *Nuremberg Trial* (Macmillan, 1983).

Por último, debo mencionar varias otras obras académicas: el importante artículo de Ana Filipa Vrdoljak «Human Rights and Genocide: The Work of Lauterpacht and Lemkin in Modern International Law», *European Journal of International Law*, 20 (2010), pp. 1163-1194; William Schabas, *Genocide in International Law* (Cambridge University Press, 2009); Geoffrey Robertson, *Crimes Against Humanity* (Penguin, 2012) [trad. esp.: *Crímenes contra la humanidad*, Siglo XXI, 2008]; M. Cherif Bassiouni, *Crimes against Humanity in International Law* (Martinus Nijhoff, 2012); Sévane Garibian, *Le crime contre l'humanité au regard des principes fondateurs de l'État moderne: naissance et consécration d'un concept* (Bruylant, 2009), y Gerry Simpson, *Law, War and Crime: War Crime Trials and the Reinvention of International Law* (Polity, 2007). En lo que se refiere a mis propias obras, he echado mano de dos que publiqué como editor, *From Nuremberg to The Hague* (Cambridge University Press, 2003) y *Justice for Crimes Against Humanity*, con Mark Lattimer (Hart, 2003), y una de mi autoría, *Lawless World* (Penguin, 2006).

Título de la edición original:
East West Street

Edición en formato digital: julio de 2017

© de la traducción, Francisco J. Ramos Mena , 2017

© Philippe Sands , 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3817-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

* Este era el nombre latino de la ciudad, y, de hecho, Lviv también se conoce en español como Leópolis. (*N. del T.*)

1. R. W. Cooper, *The Nuremberg Trial*, Penguin, 1946, p. 272.

2. Niklas y yo visitamos la sala de justicia número 600 el 16 de octubre de 2014, acompañados de un equipo de rodaje. El documental que filmamos, titulado *What Our Fathers Did: A Nazi Legacy* («Lo que hicieron nuestros padres: un legado nazi»), explora la relación de un hijo con su padre.

3. Nicolas Abraham, «Notes on the Phantom: A Complement to Freud's Metapsychology» (1975), en Nicolas Abraham y Maria Torok, *The Shell and the Kernel*, ed. Nicholas T. Rand, Universidad de Chicago, 1994, vol. 1, p. 171 [trad. esp.: *La corteza y el núcleo*, Amorrortu, 2005].

4. Joseph Roth, «Lemberg, die Stadt», en *Werke*, ed. H. Kesten, Berlín, 1976, vol. 3, p. 840, citado en John Czaplicka (ed.), *Lviv: A City in the Crosscurrents of Culture*, Harvard University Press, 2005, p. 89.

5. *Ibid.*

6. Jan II Kazimierz Waza (castellanizado como Juan II Casimiro Vasa), nacido el 22 de marzo de 1609 y fallecido el 16 de diciembre de 1672, fue rey de Polonia y gran duque de Lituania.

7. Józef Wittlin, *Mój Lwów*, Czytelnik, 1946; en alemán: *Mein Lemberg*, Suhrkamp, 1994; en español: *Mi Lvov*, Pre-Textos, 2006.

8. Iván Franko, nacido el 27 de agosto de 1856 en Nahuievychi (hoy Villa de Iván Franko), murió el 28 de mayo de 1916 en Lemberg.

9. Wittlin, *Mój Lwów*; versión inglesa: *City of Lions*, trad. Antonia Lloyd-Jones, Pushkin Press, 2016, p. 32. Los números de página hacen referencia a la versión inglesa.

10. *Ibid.*, pp. 7-8.

11. David Kahane, *Lvov Ghetto Diary*, University of Massachusetts Press, 1990, p. 57.

1. El 1 de abril de 2011, la Corte Internacional de Justicia dictaminó que no tenía jurisdicción para ver el caso.

2. Wittlin, *City of Lions*, p. 5.

3. Fue encarcelado en 1947, y murió en 1950; «Czuruk Bolesław – The Polish Righteous», <http://www.sprawiedliwi.org.pl/en/family/580,czuruk-boleslaw>.

4. Michael Melnyk, *To Battle: The History and Formation of the 14th Galicien Waffen-SS Division*, 2.^a ed., Helion, 2007.

5. Andrey Sheptytsky nació el 29 de julio de 1865 y murió el 1 de noviembre de 1944; Philip Friedman, *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust*, ed. Ada June Friedman, Jewish Publication Society of America, 1980, p. 191; John-Paul Himka, «Metropolitan Andrey Sheptytsky», en Yohanan Petrovsky-Shtern y Antony Polonsky (eds.), *Jews and Ukrainians*, Littman Library of Jewish Civilization, 2014, pp. 337-360.

6. Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv.

7. Archivo Central de Documentos Históricos de Varsovia.

8. Nacido en 1547 y fallecido en 1620.

9. Copia digital archivada.

10. Joseph Roth, *The Wandering Jews*, trad. Michael Hofmann, Granta, 2001, p. 25
[trad. esp.: *Judíos errantes*, Acantilado, 2013].

11. Fichero de propietarios de Żółkiew, 1879, Archivo Histórico de Lviv, fondo 186, opys 1, expediente 1132, vol. B.

12. Tratado de Londres, firmado el 30 de mayo de 1913 por Bulgaria, el imperio otomano, Serbia, Grecia, Montenegro, Italia, Alemania, Rusia y Austria-Hungría.

13. Tratado de Bucarest, firmado el 10 de agosto de 1913 por Bulgaria, Rumanía, Serbia, Grecia y Montenegro.

14. «Lemberg Taken, Halicz As Well», *New York Times*, 5 de septiembre de 1914.

15. Stefan Zweig, *Beware of Pity*, trad. Anthea Bell, Pushkin, 2012, p. 451 [trad. esp.: *La piedad peligrosa*, Debate, 2002].

16. Comunicación del director del Archivo Estatal Austriaco al autor, 13 de mayo de 2011.

17. Tratado de Saint-Germain-en-Laye, firmado el 10 septiembre de 1919, entre otros, por Austria, el imperio británico, Francia, Italia, Japón y Estados Unidos. Su artículo 93 establece lo siguiente: «Austria entregará sin tardanza a los aliados y gobiernos asociados los archivos afectados, registros, planos, títulos de propiedad y documentos de toda clase pertenecientes al ámbito civil, militar, financiero, judicial u otras formas de administración en los territorios cedidos.»

18. Roth, *Wandering Jews*, p. 55.

19. Nacido el 22 de enero de 1911 y fallecido el 29 de julio de 1990; canciller de Austria en 1970-1983.

20. Véase la nota 39 del capítulo II.

21. Wittlin, *City of Lions*, pp. 4, 28.

22. Roth, *Wandering Jews*, pp. 56-57.

23. *Neue Freie Presse*, 13 de mayo de 1933, p. 1, <http://anno.onb.ac.at/cgi-content/anno?aid=nfp&datum=19330513&zoom=33>.

24. Howard Sachar, *The Assassination of Europe, 1918-1942: A Political History*, University of Toronto Press, 2014, p. 202.

25. Otto Tolischus, «Polish Jews Offer Solution of Plight», *New York Times*, 10 de febrero de 1937, p. 6.

26. Guido Enderis, «Reich Is Jubilant, Anschluss Hinted», *New York Times*, 12 de marzo de 1938, p. 4; «Austria Absorbed into German Reich», *New York Times*, 14 de marzo de 1938, p. 1.

27. Friedrich Reck, *Diary of a Man in Despair*, trad. Paul Rubens, *New York Review of Books*, 2012, p. 51 [trad. esp.: *Diario de un desesperado*, Minúscula, 2009].

28. «Hitler's Talk and Seyss-Inquart Greeting to Him», *New York Times*, 16 de marzo de 1938, p. 3.

29. Doron Rabinovici, *Eichmann's Jews*, trad. Nick Somers, Polity Press, 2011, pp. 51-53.

30. *Curriculum vitae* de Otto von Wächter elaborado por Horst von Wächter, documento archivado, entrada del 11 de junio de 1938.

31. El Israelitische Kultusgemeinde Wien, aunque fundado en 1852, sigue funcionando en la actualidad (<http://www.ikg-wien.at>).

32. Rabinovici, *Eichmann's Jews*, pp. 57-59.

33. Base de datos de Yad Vashem (Julius Landes, nacido el 12 de abril de 1911), según la información encontrada en el Centro de Documentación de la Resistencia Austriaca.

34. Frederick Birchall, «Poland Repudiates Minorities' Pact, League Is Shocked», *New York Times*, 14 de septiembre de 1934, p. 1; Carole Fink, *Defending the Rights of Others*, Cambridge University Press, 2004, pp. 338-341.

35. Véase en términos generales Jean Brunon y Georges Manue, *Le livre d'or de la Légion Étrangère, 1831-1955*, 2.^a ed., Charles Lavauzelle, 1958.

36. Janet Flanner, «Paris, Germany», *New Yorker*, 7 de diciembre de 1940, en Irving Drutman (ed.), *Janet Flanner's World*, Secker & Warburg, 1989, p. 54.

37. Augur, «Stalin Triumph Seen in Nazi Pact; Vast Concessions Made by Hitler», *New York Times*, 15 de septiembre de 1939, p. 5; Roger Moorhouse, *The Devils' Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941*, Basic Books, 2014.

38. Robert Kershaw, *War Without Garlands: Operation Barbarossa, 1941/42*, Ian Allan, 2008.

39. Rabinovici, *Eichmann's Jews*, p. 103.

40. *Ibid.*

41. Documento archivado, disponible en
<http://www.bildindex.de/obj16306871.html#|home>.

42. Rabinovici, *Eichmann's Jews*, p. 104.

43. *Ibid.*

44. Museo del Tercer Hombre, <http://www.3mpc.net/englsamml.htm>.

45. Testimonio de Anna Ungar (de soltera Schwarz), deportación de Viena a Theresienstadt en octubre de 1942, USC Shoah Foundation Institute, <https://www.youtube.com/watch?v=GBFFID4G3c8>.

46. Testimonio de Henry Starer, deportación de Viena a Theresienstadt en septiembre de 1942, USC Shoah Foundation Institute, <https://www.youtube.com/watch?v=HvAj3AeKIc>.

47. Documento archivado.

48. Los detalles del transporte de Malke Buchholz están en <http://www.holocaust.cz/hledani/43/?fulltext-phrase=Buchholz&cntnto10origreturnid=1>; hay una lista de todos los nombres en <http://www.holocaust.cz/transport/25-bq-terezin-treblinka/>.

49. Sobre Franz Stangl, ninguna obra resulta más absorbente que la de Gitta Sereny *Into That Darkness*, Pimlico, 1995 [trad. esp.: *Desde aquella oscuridad*, Edhasa, 2009]; y sobre Treblinka, ninguna más auténtica que el relato de primera mano de Chil Rajchman *Treblinka: A Survivor's Memory*, trad. Solon Beinfeld, MacLehose Press, 2011 [trad. esp.: *Treblinka*, Seix Barral, 2014].

50. Puede verse la escena en <https://www.youtube.com/watch?v=JXweT1BgQMk>.

51. Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare*, trad. Frank Wynne, Farrar, Straus & Giroux, 2013, p. 424 [trad. esp.: *La liebre de la Patagonia*, Seix Barral, 2011].

52.
phrase=Buchholz&cntnto10origreturnid=1.

<http://www.holocaust.cz/hledani/43/?fulltext->

53. Clara Kramer, *Clara's War: One Girl's Story of Survival*, con Stephen Glantz, Ecco, 2009.

54. *Ibid.*, p. 124; Gerszon Taffet, *The Holocaust of the Jews of Żółkiew*, trad. Piotr Drozdowski, Central Jewish Historical Committee, Lodz, 1946.

55. Maurice Rajsfus, *La rafle du Vél d'Hiv*, PUF, 2002.

56. Conversación telefónica entre el autor y M. Bétrémieux, 2 de agosto de 2012.

57. La UGIF se estableció por ley el 29 de noviembre de 1941, por parte de la Oficina de Asuntos Judíos del gobierno de Vichy, para fusionar todas las organizaciones judías de Francia en una sola unidad; se disolvió el 9 de agosto de 1944.

58. Asher Cohen, *Persécutions et sauvetages: Juifs et Français sous l'occupation et sous Vichy*, Cerf, 1993, p. 403.

59. Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe*, Gallimard Folio, 2006, pp. 1209-1210 [trad. esp.: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, 2005].

60. El Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta se fundó en 1914 y todavía permanece activo (<http://www.jdc.org>); el Mouvement National des Prisonniers de Guerre et Déportés se creó el 12 de marzo de 1944 bajo la dirección de François Mitterrand, fusionando tres organizaciones preexistentes de la resistencia francesa. Véase Yves Durand, «Mouvement national des prisonniers de guerre et déportés», en François Marcot (ed.), *Dictionnaire historique de la Résistance*, Robert Laffont, 2006; el Comité d'Unité et de Défense des Juifs de France se creó hacia finales de 1943 en oposición a la UGIF. Véase Anne Grynberg, «Juger l'UGIF (1944-1950)?», en Helene Harter *et al.* (eds.), *Terres promises: Mélanges offerts à André Kaspi*, Publications de la Sorbonne, 2009, p. 509, n. 8.

61. La *brasserie*, fundada en 1927, fue un célebre lugar de reunión de escritores, pintores y cantantes, incluyendo a Picasso, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre.

62. Nancy Mitford, *Love in a Cold Climate*, Hamish Hamilton, 1949 [trad. esp.: *Amor en clima frío*, Libros del Asteroide, 2013].

63. La organización de los Franc-Tireurs et Partisans de la Main d'Œuvre Immigrée se creó en 1941. Véase en términos generales Stéphane Courtois, Denis Peschanski y Adam Rayski, *Le sang de l'étranger: Les immigrés de la MOI dans la Résistance*, Fayard, 1989. El proceso contra los veintitrés miembros ante un tribunal militar alemán se inició el 15 de febrero de 1944 en el Hotel Continental.

64. Puede verse el anverso y el reverso del cartel en http://fr.wikipedia.org/wiki/Affiche_rouge#/media/File:Affiche_rouge.jpg.

65. «Bonheur à tous, Bonheur à ceux qui vont survivre, Je meurs sans haine en moi pour le peuple allemande, Adieu la peine et le plaisir, Adieu les roses, Adieu la vie, Adieu la lumière et le vent.»

66. Max Kupferman a Leon Buchholz, 9 de mayo de 1945, documento archivado.

67. Robert Falco, jurista francés, nació el 26 de febrero de 1882 y murió el 14 de enero de 1960. Su tesis doctoral, completada en 1907, versaba sobre «los deberes y derechos del público del teatro».

68. Robert Borel, «Le crime de genocide principe nouveau de droit international», *Le Monde*, 5 de diciembre de 1945.

1. Hersch Lauterpacht, «The Law of Nations, the Law of Nature, and the Rights of Man» (1943), en *Problems of Peace and War*, ed. British Institute of International and Comparative Law, Transactions of the Grotius Society, 29, Oceana Publications, 1962, p. 31.

2. Elihu Lauterpacht, *The Life of Hersch Lauterpacht*, Cambridge University Press, 2010, p. 272.

3. Archivo Central de Documentos Históricos, Varsovia.

4. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, frente a p. 372.

5. *Ibid.*, p. 19.

6. «Lemberg's Derby», *Wanganui Chronicle*, 14 de julio de 1910, p. 2.

7. Charles Eldridge Griffin, *Four Years in Europe with Buffalo Bill*, University of Nebraska Press, 2010, p. xviii.

8. Wittlin, *City of Lions*, pp. 32, 26.

9. «Lemberg Battle Terrific», *New York Times*, 4 de septiembre de 1914, p. 3.

10. «Russians Grip Galicia», *New York Times*, 18 de enero de 1915.

11. «Great Jubilation over Lemberg's Fall», *New York Times*, 24 de junio de 1915.

12. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 20.

13. *Ibid.*, p. 19.

14. Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv, fondo 26, lista 15, caja 171, p. 206 (1915-1916, invierno); caja 170 (1915-1916, verano); caja 172, p. 151 (1916-1917, invierno); caja 173 (1917-1918, invierno); caja 176, p. 706 (1917-1918, verano); caja 178, p. 254 (1918-1919, invierno).

15. Manfred Kridl y Olga Scherer-Virski, *A Survey of Polish Literature and Culture*, Columbia University Press, 1956, p. 3.

16. Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv, fondo 26, lista 15, caja 393.

17. Timothy Snyder, *The Red Prince: The Secret Lives of a Habsburg Archduke*, Basic Books, 2010 [trad. esp.: *El príncipe rojo: Las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo*, Galaxia Gutenberg, 2015].

18. Fink, *Defending the Rights of Others*, p. 110 (y en general, pp. 101-130).

19. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 21.

20. El Tratado de Varsovia (conocido también como Acuerdo Petliura-Piłsudski) se firmó el 21 de abril de 1920, pero apenas tuvo impacto.

21. «1,100 Jews Murdered in Lemberg Pogroms», *New York Times*, 30 de noviembre de 1918, p. 5.

22. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 23.

23. Antony Polonsky, *The Jews in Poland and Russia, Volume 3: 1914-2008*, Littmann, 2012; Yisrael Gutman *et al.* (eds.), *The Jews of Poland Between Two World Wars*, Brandeis University Press, 1989; Joshua Shanes, *Diaspora Nationalism and Jewish Identity in Habsburg Galicia*, Cambridge, 2014.

24. Asher Biermann, *The Martin Buber Reader: Essential Writings*, Palgrave Macmillan, 2002.

25. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 21.

26. Nacido el 16 de noviembre de 1873 y fallecido el 22 septiembre de 1936.

27. Israel Zangwill, «Holy Wedlock», en *Ghetto Comedies*, William Heinemann, 1907, p. 313.

28. Stefan Zweig, *The World of Yesterday*, Pushkin, 2009, p. 316 [trad. esp.: *El mundo de ayer*, Acantilado, 2014].

29. *Ibid.*, p. 313.

30. Discurso pronunciado en el Congreso de Estados Unidos, 8 de enero de 1918; Margaret MacMillan, *Paris 1919*, Random House, 2003, p. 495 [trad. esp.: *París, 1919*, Tusquets, 2011].

31. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 20.

32. R. F. Leslie y Antony Polonsky, *The History of Poland Since 1863*, Cambridge University Press, 1983.

33. «Rights of National Minorities», 1 de abril de 1919; Fink, *Defending the Rights of Others*, pp. 203-205.

34. Fink, *Defending the Rights of Others*, p. 154, n. 136.

35. Norman Davies, *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-20*, Pimlico, 2003, p. 47.

36. David Steigerwald, *Wilsonian Idealism in America*, Cornell University Press, 1994, p. 72.

37. Puede verse una buena descripción en Fink, *Defending the Rights of Others*, pp. 226-231, 237-257.

38. El artículo 93 establecía lo siguiente: «Polonia acepta y acuerda incorporarse a un Tratado con las Principales Potencias Aliadas y Asociadas con las disposiciones que puedan juzgarse necesarias por las mencionadas Potencias para proteger los intereses de los habitantes de Polonia que difieren de la mayoría de la población en raza, lengua o religión.»

39. Tratado de Minorías entre las Principales Potencias Aliadas y Polonia, Versalles, 28 de junio de 1919, artículos 4 y 12, <http://ungarisches-institut.de/dokumente/pdf/19190628-3.pdf>.

40. Fink, *Defending the Rights of Others*, p. 251.

41. Henry Morgenthau, *All in a Lifetime*, Doubleday, 1922, p. 399.

42. Arthur Goodhart, *Poland and the Minority Races*, George Allen & Unwin, 1920, p. 141.

43. Morgenthau, *All in a Lifetime*, apéndice.

44. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 16.

45. Karl Emil Franzos, *Aus Halb-Asien: Land und Leute des ostlichen Europas*, vol. 2, Berlín, 1901, citado en Alois Woldan, «The Imagery of Lviv in Ukrainian, Polish, and Austrian Literature», en Czaplicka, *Lviv*, p. 85.

46. Bruce Pauley, *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*, University of North Carolina Press, 1992, p. 82.

47. Hugo Bettauer, *The City Without Jews*, Bloch, 1926, p. 28 [trad. esp.: *La ciudad sin judíos*, Periférica, 2015].

48. Pauley, *From Prejudice to Persecution*, p. 104.

49. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 26.

50. Hans Kelsen, «Tribute to Sir Hersch Lauterpacht», *ICLQ*, 10 (1961), reproducido en *European Journal of International Law*, 8, n.º 2 (1997), p. 309.

51. *Ibid.*

52. Norman Lebrecht, *Why Mahler?*, Faber & Faber, 2010, p. 95 [trad. esp.: *¿Por qué Mahler?*, Alianza, 2012].

53. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 22.

54. Arnold McNair, «Tribute to Sir Hersch Lauterpacht», *ICLQ*, 10 (1961), reproducido en *European Journal of International Law*, 8, n.º 2 (1997), p. 311; Paula Hitler, entrevista realizada el 12 de julio de 1945, en <http://www.oradour.info/appendix/paulahit/paula02.htm>.

55. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 31.

56. *Ibid.*, p. 32.

57. *Ibid.*, p. 41.

58. *Ibid.*, p. 43.

59. McNair, «Tribute to Sir Hersch Lauterpacht», p. 312.

60. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 330.

61. *Ibid.*, p. 44.

62. *Ibid.*, p. 55.

63. *Ibid.*, p. 49.

64. Philippe Sands, «Global Governance and the International Judiciary: Choosing Our Judges», *Current Legal Problems*, 56, n.º 1 (2003), p. 493; Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 376.

65. McNair, «Tribute to Sir Hersch Lauterpacht», p. 312.

66. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 40.

67. *Ibid.*, p. 157.

68. *Ibid.*, p. 36.

69. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Jaico Impression, 2007, p. 60.

70. Antony Alcock, *A History of the Protection of Regional-Cultural Minorities in Europe*, St. Martin's Press, 2000, p. 83.

71. Leyes de Núremberg (*Nürnberger Gesetze*), aprobadas por el Reichstag el 15 de septiembre de 1935; Anthony Platt y Cecilia O'Leary, *Bloodlines: Recovering Hitler's Nuremberg Laws from Patton's Trophy to Public Memorial*, Paradigm, 2005.

72. Martti Koskenniemi, introducción a *The Function of Law in the International Community* de Hersch Lauterpacht, reed., Oxford, 2011, p. xxx.

73. Lassa Oppenheim, *International Law: A Treatise*, vol. 2, *Disputes, War, and Neutrality*, ed. Hersch Lauterpacht, 6.^a ed., Longmans, 1944 [trad. esp.: *Tratado de derecho internacional público: controversias, guerra y neutralidad*, Bosch, 1966].

74. Reproducido en Hersch Lauterpacht, *International Law*, vol. 5, *Disputes, War, and Neutrality, Parts IX–XIV*, Cambridge University Press, 2004, pp. 728-736.

75. Papeles de Oscar Janowsky (sin fecha 1900-, y 1916-1933), cap. 17, p. 367 (documento archivado); véase James Loeffler, «Between Zionism and Liberalism: Oscar Janowsky and Diaspora Nationalism in America», *AJS Review*, 34, n.º 2 (2010), pp. 289-308.

76. Papeles de Janowsky (sin fecha 1900-, y 1916-1933), cap. 17, p. 389.

77. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, pp. 80-81 (la petición la formuló el profesor Paul Guggenheim).

78. *Ibid.*, p. 82.

79. *Ibid.*, p. 88.

80. *Ibid.*, p. 86.

81. *Ibid.*, p. 424.

82. «The Scenic View», *Times Higher Education Supplement*, 5 de mayo de 1995.

83. G. P. Walsh, «Debenham, Frank (1883-1965)», *Australian Dictionary of Biography*, 1993, p. 602.

84. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 85.

85. *Ibid.*, p. 95.

86. *Ibid.*, p. 104.

87. *Ibid.*, p. 106.

88. *Ibid.*, p. 105.

89. *Ibid.*, p. 134.

90. Lauterpacht a Jackson, diciembre de 1940; Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, pp. 131-132.

91. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 142.

92. *Ibid.*, p. 135.

93. «An Act to Promote the Defense of the United States», Pub.L. 77-11, H. R. 1776, 55 Stat. 31, promulgada el 11 de marzo de 1941.

94. «Text of Jackson Address on Legal Basis of United States Defense Course», *New York Times*, 28 de marzo de 1941, p. 12; el editorial está en la p. 22.

95. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 137.

96. David Lauterpacht a Hersch Lauterpacht, sin fecha, archivo personal de Eli Lauterpacht.

97. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 152.

98. *Ibid.*, p. 153.

99. *Ibid.*

100. *Ibid.*, p. 152.

101. *Ibid.*, p. 156.

102. *Ibid.*, p. 166.

103. Aron Lauterpacht a Hersch Lauterpacht, 4 de enero de 1941, archivo personal de Eli Lauterpacht.

104. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 152.

105. Christoph Mick, «Incompatible Experiences: Poles, Ukrainians, and Jews in Lviv Under Soviet and German Occupation», *Journal of Contemporary History*, 46, n.º 336 (2011), p. 355; Dieter Schenk, *Der Lemberger Professorenmord und der Holocaust in Ostgalizien*, Dietz, 2007.

106. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 176.

107. *Ibid.*, p. 180.

108. «Punishment for War Crimes: The Inter-Allied Declaration Signed at St. James's Palace», Londres, 13 de enero de 1942; «Nine Governments to Avenge Crimes», *New York Times*, 14 de enero de 1942, p. 6 (incluye el texto).

109. La creación de la Comisión de las Naciones Unidas para la Investigación de los Crímenes de Guerra se anunció el 17 de octubre de 1942. Dan Plesch, «Building on the 1943-48 United Nations War Crimes Commission», en Dan Plesch y Thomas G. Weiss (eds.), *Wartime Origins and the Future United Nations*, Routledge, 2015, pp. 79-98.

110. David Maxwell Fyfe, *Political Adventure*, Weidenfeld & Nicolson, 1964, p. 79.

111. «Poland Indicts 10 in 400,000 Deaths», *New York Times*, 17 de octubre de 1942.

112. «State Bar Rallied to Hold Liberties», *New York Times*, 25 de enero de 1942, p. 12; discurso disponible en <http://www.roberthjackson.org/the-man/bibliography/our-american-legal-philosophy/>.

113. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 184.

114. «*“Pimpernel” Smith* (1941): “Mr V”, a British Melodrama with Leslie Howard, Opens at Rivoli», *New York Times*, 13 de febrero de 1942.

115. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 183.

116. Hersch Lauterpacht (ed.), *Annual Digest and Reports of Public International Law Cases (1938-1940)*, Butterworth, 1942, vol. 9, p. x.

117. «Jurisdiction over Nationals Abroad (Germany) Case, Supreme Court of the Reich (in Criminal Matters)», 23 de febrero de 1938, en *ibid.*, vol. 9, n.º 294, p. x.

118. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 188.

119. *Ibid.*, p. 183.

120. *Ibid.*, p. 201.

121. *Ibid.*, p. 204.

122. *Ibid.*, p. 199.

123. Hersch Lauterpacht, «Law of Nations, the Law of Nature, and the Rights of Man», citado en *ibid.*, p. 252.

[124.](#) Documento archivado.

125. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 220.

126. *Ibid.*, p. 234.

127. *Ibid.*, p. 229.

128. *Ibid.*

129. *Ibid.*, p. 227.

130. *Ibid.*, p. 247.

131. *Cambridge Law Journal*, 9 (1945-1946), p. 140.

132. Serhii Plokyh, *Yalta: The Price of Peace*, Viking, 2010, p. 168.

133. Carta de las Naciones Unidas, San Francisco, 26 de junio de 1945, preámbulo.

134. Hersch Lauterpacht, *An International Bill of the Rights of Man*, Columbia University Press, 1944.

135. Hans Morgenthau, *University of Chicago Law Review*, 13 (1945-1946), p. 400.

136. Jackson a Lauterpacht, 2 de julio de 1945, Archivo de Hersch Lauterpacht («Le agradezco mucho sus numerosas atenciones de ayer, y a la Sra. Lauterpacht la deliciosa hora del té. Aprecié profundamente su idea sobre el joven Jackson»).

137. Robert H. Jackson, *Report to the International Conference on Military Trials*, 1945, p. vi (en adelante citado como *Jackson Report*).

138. «Redrafts of Definition of “Crimes”, submitted by Soviet Delegation, 23 and 25 July 1945», y «Redraft of Definition of “Crimes”, submitted by American Delegation, 25 July 1945», en *ibid.*, pp. 327, 373, 374.

139. «Revised British Definition of “Crimes”, Prepared by British Delegation and Accepted by the French Delegation, 28 July 1945», en *ibid.*, p. 390.

140. Katherine Fite a su madre, 5 de agosto de 1945, Archivo de Crímenes de Guerra, Papeles de Katherine Fite Lincoln, contenedor 1 (Correspondencia), Museo y Biblioteca Presidencial Harry S. Truman.

141. William E. Jackson a Jacob Robinson, 31 de mayo de 1961 (documento archivado); Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 272.

142. Dan Plesch y Shanti Sattler, «Changing the Paradigm of International Criminal Law: Considering the Work of the United Nations War Crimes Commission of 1943-1948», *International Community Law Review*, 15 (2013), p. 1, esp. 11 y ss.; Kerstin von Lingen, «Defining Crimes Against Humanity: The Contribution of the United Nations War Crimes Commission to International Criminal Law, 1944-1947», en Morten Bergsmo *et al.* (eds.), *Historical Origins of International Criminal Law: Volume 1*, FICHL Publication Series, 20, Torkel Opsahl Academic EPublisher, 2014.

143. Katherine Fite a su madre, 5 de agosto de 1945.

144. «Notes on Proposed Definition of Crimes, and Revision of Definition of “Crimes”, submitted by American Delegation, 31 July 1945», en *Jackson Report*, pp. 394-395; «Puedo decir que el término me lo sugirió un eminente estudioso del derecho internacional», *ibid.*, p. 416.

145. «Minutes of Conference Session of 2 August 1945», *Jackson Report*, p. 416.

146. «Charter of the International Military Tribunal», *Jackson Report*, p. 422.

147. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 274.

148. *Ibid.*, p. 272.

149. *Ibid.*, p. 266.

150. «Protocol to Agreement and Charter, 6 October 1945», *Jackson Report*, p. 429.

151. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 275.

1. Frederick Tilney, *Young at 73 - and Beyond!*, Information Incorporated, 1968. Frederick, que se convirtió en residente permanente de Estados Unidos el 20 de junio de 1920, recibió elogios por sus «eternos consejos sobre buena forma física» y por mostrarse «tan entusiasta de la verdura fresca y los zumos de frutas».

2. El archivo, localizado en la Biblioteca William Cullen de la Universidad del Witwatersrand (Johannesburgo, Sudáfrica), incluye seis cartas escritas o recibidas por la señorita Tilney, cuyas fechas van del 27 de agosto de 1947 al 6 de octubre de 1948; véase <http://www.historicalpapers.wits.ac.za/inventory.php?iid=7976>.

3. Documento archivado.

4. Robert Govett nació el 14 de febrero de 1813 y falleció el 20 de febrero de 1901; W. J. Dalby, «Memoir of Robert Govett MA», anexa a la publicación de «Galatians» de Govett, 1930.

5. <http://www.schoettlepublishing.com/kingdom/govett/surreychapel.pdf>.

6. Norfolk Records Office; el archivo se divide en tres colecciones: FC76, ACC2004/230 y ACC2007/1968. El catálogo online está disponible en [http://nrocat.norfolk.gov.uk/Dserve/dserve.exe?dsqServer=NCC3CL01&dsqIni=Dserve.ini&dsqApp=Archive&dsqCmd=show.tcl&dsqDb=\(CatalogueRef==«FC%2076»\)](http://nrocat.norfolk.gov.uk/Dserve/dserve.exe?dsqServer=NCC3CL01&dsqIni=Dserve.ini&dsqApp=Archive&dsqCmd=show.tcl&dsqDb=(CatalogueRef==«FC%2076»)).

7. *North Africa Mission Newsletter*, marzo/abril de 1928, p. 25.

8. *North Africa Mission Newsletter*, septiembre/octubre de 1929, p. 80.

9. Surrey Chapel, «Missionary Prayer Meeting Notes», mayo de 1934.

10. Surrey Chapel, «Missionary Notes», octubre de 1935.

11. Elsie Tilney, «A Visit to the Mosque in Paris», *Dawn*, diciembre de 1936, pp. 561-563.

12. *Trusting and Toiling*, 15 de enero de 1937.

13. *Trusting and Toiling*, 15 de septiembre y 15 de octubre de 1937.

14. *Trusting and Toiling*, 16 de enero de 1939.

15. André Thobois, *Henri Vincent*, Publications Croire et Servir, 2001, p. 67, donde cita un relato de primera mano publicado en *Le Témoin de la Verité*, abril-mayo de 1939.

16. Thobois, *Henri Vincent*, p. 80.

17. *Trusting and Toiling*, 15 de abril de 1940.

18. *Trusting and Toiling*, 15 de julio de 1940.

19. Surrey Chapel, nota redactada tras una reunión de fieles para rezar, 6 de agosto de 1940; «Foreign Mission Band Account», 1940; *Trusting and Toiling*, 15 de octubre de 1940.

20. Surrey Chapel, «Foreign Mission Band Account», 1941.

21. Sobre el campo de Vittel, véase Jean-Camille Bloch, *Le Camp de Vittel: 1940-1944*, Les Dossiers d'Aschkel, sin fecha; Sofka Skipwith, *Sofka: The Autobiography of a Princess*, Rupert Hart-Davis, 1968, pp. 233-236; Sofka Zinovieff, *Red Princess: A Revolutionary Life*, Granta Books, 2007, pp. 219-261 [trad. esp.: *La princesa roja*, Alfaguara, 2008]. El campo de Vittel es también el tema de un documental de Joëlle Novic, *Passeports pour Vittel*, Injam Productions, 2007, disponible en DVD.

22. Surrey Chapel, «Foreign Mission Band Account», 1942; *Trusting and Toiling*, 15 de marzo de 1943.

23. Bloch, *Le Camp de Vittel*, pp. 10 y ss.; Zinovieff, *Red Princess*, pp. 250-258; véase también Abraham Shulman, *The Case of Hotel Polski*, Schocken, 1981.

24. Bloch, *Le Camp de Vittel*, pp. 18, 22, y notas 12-13.

25. *Ibid.*, p. 20.

26. Zinovieff, *Red Princess*, p. 251 («El “Canto” se convirtió en uno de los poemas más preciados de Sofka, quien lo copió y distribuyó en repetidas ocasiones. “Ellos ya no están. No preguntes nada, en ningún lugar del mundo. Todo está vacío. Ellos ya no están”»).

27. Skipwith, *Sofka*, p. 234.

28. *Ibid.*

29. *Trusting and Toiling*, 15 de diciembre de 1944, p. 123.

30. *Ibid.*

31. Coronel A. J. Tarr a la señorita Tilney, 18 de abril de 1945; capitán D. B. Fleeman a la señorita Tilney, 22 de mayo de 1945.

1. Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe*, Carnegie Endowment for International Peace, 1944, p. XIII [trad. esp.: *El dominio del Eje en la Europa ocupada*, Prometeo, 2009].

2. Nancy Steinson, «Remembrances of doctor Raphael Lemkin» (s.f., documento archivado).

3. Raphael Lemkin, *Totally Unofficial*, ed. Donna-Lee Frieze, Yale University Press, 2013, p. xxvi.

4. *Ibid.*, p. 3.

5. *Ibid.*

6. John Cooper, *Raphael Lemkin and the Struggle for the Genocide Convention*, Palgrave Macmillan, 2008, p. 6.

7. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 17.

8. J. D. Duff, *Russian Lyrics*, Cambridge University Press, 1917, p. 75.

9. Paul R. Mendes-Flohr y Jehuda Reinharz, *The Jew in the Modern World: A Documentary History*, Oxford University Press, 1995, p. 410.

10. Hayyim Bialik y Raphael Lemkin, *Noach i Marynka* (1925), Wydawnictwo Snunit, 1926.

11. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. xi.

12. *Ibid.*, p. 19.

13. Vahakn N. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, Berghahn Books, 2003, p. 421 [trad. esp.: *Historia del genocidio armenio*, Imago Mundi, 2008].

14. Ulrich Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918*, Princeton University Press, 1968, p. 201.

15. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 19.

16. Archivo Gubernamental del Óblast de Lviv, fondo 26, lista 15, caja 459, pp. 252-253.

17. *Ibid.*

18. Marek Kornat, «Rafał Lemkin's Formative Years and the Beginning of International Career in Inter-war Poland (1918-1939)», en Agnieszka Bieńczyk-Missala y Sławomir Dębski (eds.), *Rafał Lemkin: A Hero of Humankind*, Polish Institute of International Affairs, 2010, pp. 59-74; profesor Kornat al autor, correo electrónico, 3 de noviembre de 2011.

19. Ludwik Ehrlich nació el 11 de abril de 1889 en Ternópil, y murió el 31 de octubre de 1968 en Cracovia.

20. «Says Mother's Ghost Ordered Him to Kill», *New York Times*, 3 de junio de 1921;
«Armenian Acquitted for Killing Talaat», *New York Times*, 4 de junio de 1921, p. 1.

21. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 20.

22. Herbert Yahraes, «He Gave a Name to the World's Most Horrible Crime», *Collier's*, 3 de marzo de 1951, p. 28.

23. Robert Silvers, entrevista con el autor, 11 de diciembre de 2011, Nueva York.

24. [Altuğ Taner Akçam v. Turkey](#) (solicitud n.º 27520/07), Tribunal Europeo de Derechos Humanos, sentencia del 25 de octubre de 2011.

25. El campo de Janowska se creó en octubre de 1941 en un barrio periférico del noroeste de Lemberg, junto a una fábrica situada en el número 134 de la calle Janowska. Leon Weliczker Wells, *The Janowska Road*, CreateSpace, 2014.

26. Roman Dmowski nació el 9 de agosto de 1864 y murió el 2 de enero de 1939.

27. Adam Redzik, *Stanisław Starzyński, 1853-1935*, Monografie Instytut Allerhanda, 2012, p. 54.

28. Zoya Baran, «Social and Political Views of Julius Makarevich», en *Historical Sights of Galicia (Materials of Fifth Research Local History Conference, 12 November 2010, Lviv)*, Ivan Franko Lviv National University, 2011, pp. 188-198.

29. Juliusz Makarewicz nació el 5 de mayo de 1872 y murió el 20 de abril de 1955.

30. Joseph Roth, *The Bust of the Emperor*, en *Three Novellas*, Overlook Press, 2003, p. 62 [trad. esp.: *El busto del emperador*, Acantilado, 2011].

31. Rafael Lemkin y Tadeusz Kochanowicz, *Criminal Code of the Soviet Republics*, en colaboración con el doctor Ludwik Dworzak, el profesor Zdzisław Papierkowski y el doctor Roman Piotrowski, prefacio del doctor Juliusz Makarewicz, Seminarium of Criminal Law of University of Jan Kasimir in Lwów, 1926.

32. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 16.

33. «Slayer of Petliura Stirs Paris Court», *New York Times*, 19 de octubre de 1927;
«Paris Jury Acquits Slayer of Petliura, Crowded Court Receives the Verdict with Cheers
for France», *New York Times*, 27 de octubre de 1927.

34. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 21.

35. *Ibid.*

36. <http://www.preventgenocide.org/lemkin/bibliography.htm>.

37. Raphael Lemkin, «Acts Constituting a General (Transnational) Danger Considered as Offences Against the Law of Nations» (1933), <http://www.preventgenocide.org/lemkin/madrid1933-english.htm>.

38. Vespasian Pella, informe del Tercer Congreso Internacional de Derecho Penal, Palermo, 1933, citado en Mark Lewis, *The Birth of the New Justice: The Internationalization of Crime and Punishment, 1919-1950*, Oxford University Press, 2014, p. 188, con la referencia: *Troisième Congrès International de Droit Penal, Palerme, 3-8 avril 1933, Actes du Congrès*, pp. 737, 918.

39. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 23. Aunque no se nombra a Rappaport, este encaja en la descripción que hace Lemkin de la persona que la llamó.

40. *Gazeta Warszawska*, 25 de octubre de 1933.

41. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. XII.

42. Keith Brown, «The King Is Dead, Long Live the Balkans! Watching the Marseilles Murders of 1934» (ponencia presentada en la VI Convención Mundial Anual de la Asociación para el Estudio de las Nacionalidades, Universidad de Columbia, Nueva York, 5-7 de abril de 2001), http://watson.brown.edu/files/watson/imce/research/projects/terrorist_transformations/The_

43. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 155.

44. *Ibid.*, p. 28.

45. *Ibid.*, p. 54.

46. A modo de interpretación, véase Charlton Payne, «Epic World Citizenship in Goethe's *Hermann und Dorothea*», *Goethe Yearbook*, 16 (2009), pp. 11-28.

47. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 64.

48. Lemkin a Monsieur le Directeur [identidad desconocida], 25 de octubre de 1939; transcripción proporcionada por Elisabeth Åsbrink Jakobsen.

49. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 65.

50. Simon Dubnow, *History of the Jews in Russia and Poland: From the Earliest Times Until the Present Day*, Jewish Publication Society of America, 1920.

51. Jean Améry, *At the Mind's Limits*, Schocken, 1986, p. 44 [trad. esp.: *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, 2001].

52. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 76.

53. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 37.

54. El decreto aparece en Lemkin, *Axis Rule*, p. 506; Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 77.

55. Lemkin, *Axis Rule*, p. 524.

56. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 78.

57. *Ibid.*, p. 82.

58. *Ibid.*, p. 86.

59. *Ibid.*, p. 88.

60. *Ibid.*, p. 96.

61. *Ibid.*

62. *Ibid.*, p. 100.

63. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 40.

64. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. vii.

65. Andrzej Tadeusz Bonawentura Kościuszko, nacido en febrero de 1746 y fallecido el 15 de octubre de 1817, líder militar.

66. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 106.

67. *Ibid.*, p. 108.

68. Correspondencia en yidis, 25 de mayo de 1941, caja 1, carpeta 4, Colección Rafael Lemkin, Sociedad Histórica Judía Estadounidense, Nueva York.

69. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 111.

70. Discurso pronunciado en la celebración del quincuagésimo aniversario del debut de Paderewski en Estados Unidos, 1941, en Ignacy Jan Paderewski, *Victor Recordings (selections) (1914-1941)*.

71. «The Legal Framework of Totalitarian Control over Foreign Economies» (trabajo presentado a la Sección de Derecho Internacional y Comparativo de la Asociación de Abogados de Estados Unidos, octubre de 1942).

72. Robert Jackson, «The Challenge of International Lawlessness» (discurso pronunciado en la Asociación de Abogados de Estados Unidos, Indianápolis, 2 de octubre de 1941), *American Bar Association Journal*, 27 de noviembre de 1941.

73. «Law and Lawyers in the European Subjugated Countries» (discurso pronunciado en la Asociación de Abogados de Carolina del Norte), *Proceedings of the 44th Annual Session of the North Carolina Bar Association*, mayo de 1942, pp. 105-117.

74. *Actes de la 5ème Conférence Internationale pour l'Unification du Droit Pénal*, Madrid, 1933.

75. Ryszard Szawłowski, «Raphael Lemkin's Life Journey», en Bieńczyk-Missala y Dębski, *Hero of Humankind*, 43; caja 5, carpeta 7, MS-60, Sociedad Histórica Judía Estadounidense.

76. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 113.

77. Norman M. Littell, *My Roosevelt Years*, University of Washington Press, 1987, p. 125.

78. Lemkin, *Totally Unofficial*, pp. 235, xiv.

79. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 53.

80. Franklin Roosevelt, declaración sobre crímenes, 7 de octubre de 1942.

81. Jan Karski, *Story of a Secret State: My Report to the World*, ed. actualizada, Georgetown University Press, 2014 [trad. esp.: *Historia de un Estado clandestino*, Acantilado, 2011].

82. Littell, *My Roosevelt Years*, p. 151.

83. Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia.

84. Lemkin, *Axis Rule*, p. 79.

85. Uwe Backes y Steffen Kailitz (eds.), *Ideokratien im Vergleich: Legitimation, Kooptation, Repression*, Vandenhoeck & Ruprecht, 2014, p. 339; Sybille Steinbacher y Fritz Bauer Institut, *Holocaust und Völkermorde: Die Reichweite des Vergleichs*, Campus, 2012, p. 171; Valentin Jeutner al autor, correo electrónico, 8 de enero de 2014.

86. Lemkin, *Axis Rule*, p. 89.

87. Proclama del 26 de octubre de 1939, en *ibid.*, p. 524.

88. Facultad de Derecho Georgetown, notas finales, 1944-1945, caja 1, carpeta 13, Colección Lemkin, Sociedad Histórica Judía Estadounidense.

89. Vasily Grossman, «The Hell of Treblinka», en *The Road*, MacLehose Press, 2011, p. 178 [trad. esp.: *El infierno de Treblinka*, Galaxia Gutenberg, 2014].

90. «Report to Treasury Secretary on the Acquiescence of This Government in the Murder of the Jews» (informe elaborado por Josiah E. Dubois para la Unidad de Control de Fondos Extranjeros del Tesoro de Estados Unidos, 13 de enero de 1944). El secretario Morgenthau, John Pehle y Randolph Paul se reunieron con el presidente Roosevelt el 16 de enero de 1944 y le presentaron una propuesta de orden ejecutiva para establecer una junta de refugiados de guerra encargada del «inmediato rescate y auxilio de los judíos de Europa y otras víctimas de la persecución enemiga». Rafael Medoff, *Blowing the Whistle on Genocide: Josiah E. Dubois, Jr., and the Struggle for a US Response to the Holocaust*, Purdue University, 2009, p. 40.

91. «US Board Bares Atrocity Details Told by Witnesses at Polish Camps», *New York Times*, 26 de noviembre de 1944, p. 1; «700,000 Reported Slain in 3 Camps, Americans and Britons Among Gestapo Victims in Lwow, Says Russian Body», *New York Times*, 24 de diciembre de 1944, p. 10.

92. *The German Extermination Camps of Auschwitz and Birkenau*, 1 de noviembre de 1944, American Jewish Joint Distribution Committee Archive.

93. «Twentieth-Century Moloch: The Nazi Inspired Totalitarian State, Devourer of Progress, and of Itself», *New York Times Book Review*, 21 de enero de 1945, p. 1.

94. Kohr a Lemkin, 1945, caja 1, carpeta 11, MS-60, Archivo Judío Estadounidense, Cleveland.

95. Lemkin a Jackson, 4 de mayo de 1945, caja 98, carpeta 9, Papeles de Jackson, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso, Washington.

96. Raphael Lemkin, «Genocide: A Modern Crime», *Free World*, 9 (1945), p. 39.

97. John Q. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg, 1945-1946», en Christoph Safferling y Eckart Conze (eds.), *The Genocide Convention Sixty Years After Its Adoption*, Asser, 2010, p. 36, n. 5.

98. Lemkin a Jackson, 4 de mayo de 1945.

99. *Washington Post*, 6 de mayo de 1945, B4.

100. Jackson a Lemkin, 16 de mayo de 1945, Papeles de Jackson; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 38.

101. H. B. Phillips (ed.), «Reminiscences of Sidney S. Alderman», Columbia University Oral History Research Office, 1955, p. 817; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 39.

102. Memorando de planificación preliminar, 14 de mayo de 1945, caja 107, carpeta 5, Papeles de Jackson; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 39.

103. «Planning Memorandum Distributed to Delegations at Beginning of London Conference», junio de 1945, en *Jackson Report*, p. 68.

104. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 40.

105. *Ibid.*, pp. 40-41.

106. Phillips, «Reminiscences of Sidney S. Alderman», p. 818; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 41.

107. Barrett, *Ibid.*

108. Phillips, «Reminiscences of Sidney S. Alderman», pp. 842, 858; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 41.

109. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 41, n. 27

110. «Declaración relativa a la derrota de Alemania y la asunción de la autoridad suprema con respecto a Alemania», Berlín, 5 de junio de 1945, artículo 11(a) («Los principales líderes nazis según especifiquen los Representantes Aliados, y todas las personas ocasionalmente nombradas o designadas por rango, cargo o empleo por los Representantes Aliados como sospechosas de haber cometido, ordenado o instigado delitos de guerra o análogos, serán detenidas y entregadas a los Representantes Aliados»).

111. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 42.

112. *Ibid.*

113. *Ibid.*

114. *Ibid.*, p. 43.

115. *Ibid.*, pp. 43-44.

116. Donovan a Taylor, memorando, 24 de septiembre de 1945, caja 4, carpeta 106, Papeles de Jackson; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 42.

117. William E. Jackson a Robert Jackson, 11 de agosto de 1947, caja 2, carpeta 8, Papeles de Jackson; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 53.

118. Sobre las posteriores objeciones de Estados Unidos, véase Samantha Power, *A Problem from Hell: America and the Age of Genocide*, ed. rev., Flamingo, 2010, pp. 64-70 [trad. esp.: *Problema infernal*, FCE, 2005].

119. Telford Taylor, *The Anatomy of the Nuremberg Trials*, Alfred A. Knopf, 1993, p. 103; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 45.

120. Phillips, «Reminiscences of Sidney Alderman», p. 818; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 45.

121. Escrito de acusación adoptado el 8 de octubre de 1945, *Trial of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal*, Núremberg, 1947, vol. 1, p. 43.

[122](#). Nota de dispensario del ejército estadounidense, 5 de octubre de 1945, caja 1, carpeta 13, Colección Lemkin, Sociedad Histórica Judía Estadounidense.

123. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 68; Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 46.

1. Milein Cosman, pintor, nacido en 1921 en Gotha, Alemania, llegó a Inglaterra en 1939.

2. Hans Keller, músico y crítico, nació el 11 de marzo de 1919 en Viena, y falleció el 6 de noviembre de 1985 en Londres. Puede verse un relato personal del *Anschluss*, y de su propio arresto, en Hans Keller, *1975 (1984 Minus 9)*, Dennis Dobson, 1977, pp. 38 y ss.

3. Inge Trott, activista social, nació en 1920 en Viena, y falleció en 2014 en Londres.

4. Alfred Seiler, *From Hitler's Death Camps to Stalin's Gulags*, Lulu, 2010.

5. *Ibid.*, p. 126.

1. Hans Frank, *International Penal Policy* (informe presentado el 21 de agosto de 1935 por el ministro del Reich en la sesión plenaria de la Academia de Derecho Alemán, en el XI Congreso Penal y Penitenciario Internacional).

2. *Jackson Report*, pp. 18-41.

3. Martyn Housden, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Palgrave Macmillan, 2003, p. 14.

4. *Ibid.*, p. 23.

5. *Ibid.*, p. 36.

6. *Neue Freie Presse*, 13 de mayo de 1933, p. 1; «Germans Rebuked Arriving in Vienna», *New York Times*, 14 de mayo de 1933.

7. Housden, *Hans Frank*, p. 49.

8. «Germans Rebuked Arriving in Vienna.»

9. «Austrians Rebuff Hitlerite Protest», *New York Times*, 16 de mayo de 1933, pp. 1, 8.

10. «Turmoil in Vienna as Factions Clash», *New York Times*, 15 de mayo de 1933, pp. 1, 8.

11. «Vienna Jews Fear Spread of Nazism», *New York Times*, 22 de mayo de 1933.

12. Howard Sachar, *The Assassination of Europe, 1918-1942: A Political History*, University of Toronto Press, 2014, pp. 208-210.

13. *Proceedings of the XIth International Penal and Penitentiary Congress Held in Berlin, August, 1935*, ed. Sir Jan Simon van der Aa, Bureau of International Penal and Penitentiary Commission, 1937.

14. Hans Frank, *International Penal Policy*. El Apéndice 1 enumera a los participantes.

15. Henri Donnedieu de Vabres, «La répression international des délits du droit des gens», *Nouvelle Revue de Droit International Privé*, 2 (1935), p. 7 (informe presentado a la Academia de Derecho Alemán, Berlín, 27 de febrero de 1935).

16. Reck, *Diary of a Man in Despair*, p. 42.

17. Geoffrey Bing, «The International Penal and Penitentiary Congress, Berlin, 1935», *Howard Journal*, 4 (1935), pp. 195-198; «Nazis Annoyed: Outspoken Englishman», *Argus* (Melbourne), 23 de agosto de 1935, p. 9.

18. Housden, *Hans Frank*, p. 78.

19. Decreto del Führer y canciller del Reich relativo a la administración de los territorios polacos ocupados, 12 de octubre de 1939, Sección 3(2).

20. Realizada el 3 de octubre de 1939; William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Arrow, 1991, p. 944 [trad. esp.: *Auge y caída del III Reich*, Caralt, 1971].

21. Housden, *Hans Frank*, p. 126, citando el Diario de Frank, 10 de noviembre de 1939.

22. Extractos del Diario de Frank, en *Trial of the Major War Criminals*, p. 29, y Stanisław Piotrowski, *Hans Frank's Diary*, PWN, 1961.

23. Durante el juicio, Frank hizo referencia a un total de cuarenta y tres volúmenes (*Trial of the Major War Criminals*, vol. 12, p. 7), si bien el delegado polaco en el juicio, Stanisław Piotrowski, señaló que se habían conservado treinta y ocho, pero resultaba «difícil determinar si algunos de los volúmenes no podían haberse perdido cuando el Tribunal Internacional empezó a trabajar en Núremberg». Piotrowski, *Hans Frank's Diary*, p. 11.

24. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 3, p. 580, 14 de diciembre de 1945.

25. Housden, *Hans Frank*, p. 119.

26. Diario de Frank, 2 de octubre de 1940; *Trial of the Major War Criminals*, vol. 7, p. 191, 8 de febrero de 1946.

27. Karl Lasch nació el 29 de diciembre de 1904 y murió el 1 de junio de 1942.

28. Diario de Frank, 16 de diciembre de 1941, reunión ministerial de los Gobiernos Generales; *Trial of the Major War Criminals*, vol. 22, p. 542, 1 de octubre de 1946.

29. Mark Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting: Wannsee and the Final Solution*, Allen Lane, 2002 [trad. esp.: *La villa, el lago, la reunión: La conferencia de Wannsee y la Solución Final*, RBA, 2002].

30. Las actas están disponibles en el sitio web de la Casa de la Conferencia de Wannsee, <http://www.ghwk.de/wannsee/dokumentezur-wannsee-konferenz/?lang=gb>.

31. Curzio Malaparte, *Kaputt*, New York Review of Books, 2005, p. 78 [trad. esp.: *Kaputt*, Galaxia Gutenberg, 2012].

32. Curzio Malaparte, «Serata a Varsavia, sorge il Nebenland di Polonia», *Corriere della Sera*, 22 de marzo de 1942.

33. Malaparte, *Kaputt*, p. 68.

34. Niklas Frank, *In the Shadow of the Reich*, Alfred A. Knopf, 1991, pp. 217, 246-247.

35. Malaparte, *Kaputt*, p. 153.

36. La visita se produjo el 25 de enero de 1942, aunque no está claro si le acompañó Frank; Maurizio Serra, *Malaparte: Vies et Légendes*, Grasset, 2011, p. 366.

37. Housden, *Hans Frank*, pp. 169-172. Los discursos se pronunciaron en Berlín (9 de junio), Viena (1 de julio), Múnich (20 de julio) y Heidelberg (21 de julio).

38. Niklas Frank, *Shadow of the Reich*, p. 219.

39. *Ibid.*, pp. 208-209.

40. *Ibid.*, pp. 212-213.

41. *Ibid.*, p. 213.

42. *Gazeta Lwowska*, 1 de agosto de 1942, p. 2.

43. Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien, 1941-1944*, 2.^a ed., Oldemburgo, 1997, pp. 77-78.

44. Diario de Frank, Conferencia del *Standartenführer* de Distrito del NSDAP en Cracovia, 18 de marzo de 1942, en *Trial of the Major War Criminals*, vol. 29, p. 507.

45. *Gazeta Lwowska*, 2/3 de agosto de 1942, contraportada.

46. *Ibid.*

47. Housden, *Hans Frank*, pp. 40-41, citando a Niklas Frank, *Der Vater*, Goldmann, 1993, pp. 42-44.

48. *Gazeta Lwowska*, 2/3 de agosto de 1942, contraportada.

49. Diario de Frank, 1 de agosto de 1942. Documentos presentados como prueba, en *Trial of the Major War Criminals*, vol. 29, pp. 540-542.

50. *Ibid.*

51. *Ibid.*

52. Decreto del 15 de octubre de 1941 firmado por Hans Frank, artículo 1, párrafo 4(b) («Los judíos que sin permiso abandonen el distrito en el que han sido confinados podrán ser castigados con la muerte»).

53. Diario de Charlotte von Wächter, sábado 1 de agosto de 1942, archivo personal de Horst von Wächter.

54. Dieter Pohl, «Ivan Kalymon, the Ukrainian Auxiliary Police, and Nazi Anti-Jewish Policy in L'viv, 1941-1944» (informe elaborado para la Oficina de Investigaciones Especiales del Departamento de Justicia estadounidense, 31 de mayo de 2005), p. 92; Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien*, pp. 216-223.

55. Otto von Wächter a Charlotte, 16 de agosto de 1942, archivo personal de Horst von Wächter.

56. Peter Witte, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers, 1941/42*, Wallstein, 2005, p. 521 (entrada correspondiente al domingo 17 de agosto de 1942, 18.30 horas).

57. Diario de Frank, 18 de agosto de 1942.

58. Karl Baedeker, *Das Generalgouvernement: Reisehandbuch*, Karl Baedeker, 1943.

59. *Ibid.*, pp. 157-164.

60. *Ibid.*, pp. 137, 10.

61. «Poland Indicts 10 in 400,000 Deaths.»

62. Simon Wiesenthal, *The Murderers Among Us*, Heinemann, 1967, pp. 236-237 [trad. esp.: *Los asesinos entre nosotros*, Noguer, 1967] («Le vi a comienzos de 1942 en el gueto de Lwów. Él estaba personalmente al mando el 15 de agosto de 1942, cuando 4.000 personas de edad avanzada fueron detenidas en el gueto y enviadas a la estación de tren. Mi madre estaba entre ellas»).

63. Narodne Archivum Cyfrove (NAC),
<http://audiovis.nac.gov.pl/obraz/12757/50b358369d3948f401ded5bffc36586e/>.

64. *United States v. John Kaymon, a.k.a. Ivan, Iwan, John Kalymon/Kaylmun*, Caso n.º 04-60003, Tribunal de Distrito de Estados Unidos, Distrito Oriental de Michigan, Jueza Marianne O. Battani, Opinión y orden revocando la orden de admisión a la ciudadanía y cancelando el certificado de naturalización, 29 de marzo de 2007. El 20 de septiembre de 2011 la junta de Apelaciones de Inmigración confirmó una orden de deportación, pero Kalymon murió el 29 de junio de 2014, antes de que se ejecutara la orden. Véase Krishnadev Calamur, «Man Tied to Nazis Dies in Michigan at Age 93», NPR, 9 de julio de 2014.

65. Dieter Pohl, «Ivan Kalymon, the Ukrainian Auxiliary Police, and Nazi Anti-Jewish Policy in L'viv, 1941-1944» (informe elaborado para la Oficina de Investigaciones Especiales del Departamento de Justicia estadounidense, 31 de mayo de 2005), pp. 16, 27.

66. Nota fechada el 10 de enero de 1942 relativa a la deportación de los judíos de Lemberg, firmada por el *Oberst* [coronel] [Alfred] Bisanz.

67. Orden del 13 de marzo de 1942 sobre el despliegue de mano de obra judía, cuya entrada en vigor estaba prevista para el 1 de abril de 1942.

68. Heinrich Himmler al secretario de Estado *SS-Gruppenführer* Stuckart, 25 de agosto de 1942.

69. Diario de Frank, 25 de enero de 1943, Varsovia, Tribunal Militar Internacional, *Nazi Conspiracy and Aggression*, US Government Printing Office, 1946, vol. 4, p. 916.

70. Diario de Frank, 16 de diciembre de 1941; *Trial of the Major War Criminals*, vol. 29, p. 503.

71. Amon Göth, nacido el 11 de diciembre de 1908, fue ejecutado el 13 de septiembre de 1946 tras ser juzgado y condenado por el Tribunal Supremo de Polonia, en Cracovia.

72. Informe Stroop («El gueto de Varsovia ya no existe»), mayo de 1943, disponible en <https://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/Holocaust/nowarsaw.html>.

73. Diario de Frank, 2 de agosto de 1943, citado en *Trial of the Major War Criminals*, vol. 29, p. 606, 29 de julio de 1946.

74. *Ibid.*

75. Diario de Frank, 25 de enero de 1943.

76. Michael Kennedy, *Richard Strauss: Man, Musician, Enigma*, Cambridge University Press, 1999, pp. 346-347.

77. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 4, p. 81, 18 de diciembre de 1945.

78. *La dama del armiño*, c. 1489-1490, es un retrato de Cecilia Gallerani (1473-1536), amante de Ludovico Sforza. El armiño es un símbolo de pureza, y se dice que Leonardo creía que el cuadro, que actualmente es propiedad de la Fundación Czartoryski, podía conmemorar e inspirar el amor.

79. Diario de Frank, 18 de marzo de 1944, Reichshof; *Trial of the Major War Criminals*, vol. 7, p. 469, 15 de febrero de 1946.

80. Housden, *Hans Frank*, p. 209; Diario de Frank, 11 de julio de 1944.

81. Timothy Snyder, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, Yale University Press, 2003, p. 177.

82. Norman Davies, *Rising '44: The Battle for Warsaw*, Macmillan, 2003 [trad. esp.: *Varsovia, 1944*, Planeta, 2005].

83. Diario de Frank, 15 de septiembre de 1944 (conversación con el doctor Bühler).

84. *Die Stadt ohne Juden* (1924, dir. Hans Karl Breslauer). Hans Moser encarnó al personaje Rat Bernart.

85. Housden, *Hans Frank*, p. 218.

86. *Ibid.*, p. 218; Diario de Frank, 2 de febrero de 1945.

87. Niklas Frank, *Shadow of the Reich*, p. 317.

88. El artículo 175a se adoptó el 28 de junio de 1935, incorporando el delito de «lascivia grave» (*Schwere Unzucht*) y redefiniéndolo como un delito mayor. Véase en general Burkhard Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung von Homosexuellen im Dritten Reich*, F. Schöningh, 1990. Frank había advertido de que la «epidemia de la homosexualidad» estaba amenazando al nuevo Reich. Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals*, Henry Holt, 1988, p. 26.

89. Housden, *Hans Frank*, p. 218.

90. La primera reunión de delegados británicos y estadounidenses, celebrada el 21 de junio de 1945, recibió una primera lista de diez posibles acusados presentada por David Maxwell Fyfe, seleccionados por el hecho de que sus nombres eran bien conocidos de la opinión pública. Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, pp. 85-86.

91. *Ibid.*, p. 89.

92. Ann Tusa y John Tusa, *The Nuremberg Trial*, Macmillan, 1983, pp. 43-48.

93. John Kenneth Galbraith, «The “Cure” at Mondorf Spa», *Life*, 22 de octubre de 1945, pp. 17-24.

94. Hans Frank, conversación con un oficial del ejército estadounidense, 4-5 de agosto de 1945, <http://www.holocaustresearchproject.org/trials/HansFrankTestimony.html>.

95. El 29 de agosto de 1945 los fiscales jefes anunciaron públicamente una «primera lista de criminales de guerra que serán juzgados por el Tribunal Militar Internacional». Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, p. 89 (en aquella lista había veinticuatro acusados).

96. Testimonio del interrogatorio de Hans Frank, realizado en Núremberg los días 1, 6, 7, 10 y 13 de septiembre, y 3 y 8 de octubre de 1945 (por el coronel Thomas A. Hinkel), <http://library2.lawschool.cornell.edu/donovan/show.asp?query=Hans+Frank>.

1. Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, pp. 132, 165.

2. *Ibid.*, p. 143; Tusa y Tusa, *Nuremberg Trial*, pp. 109-110.

3. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 1, p. 1 («Members and alternate members of the Tribunal»).

4. Francis Biddle, *In Brief Authority*, Doubleday, 1962; Praeger, 1976, p. 381.

5. *Ibid.*, pp. 372-373.

6. Tusa y Tusa, *Nuremberg Trial*, p. 111; Guillaume Mouralis, introducción a *Juge à Nuremberg*, de Robert Falco, Arbre Bleu, 2012, p. 13 (en la nota 2), pp. 126-127.

7. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 2, p. 30.

8. *Ibid.*, p. 64.

9. Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, p. 132.

10. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 2, p. 75.

11. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 277.

12. *Ibid.*

13. *Illustrated London News*, 8 de diciembre de 1945.

14. Gustave Gilbert, *Nuremberg Diary*, Nueva York, Farrar, Straus, 1947, p. 42.

15. Martha Gellhorn, «The Paths of Glory», en *The Face of War*, Atlantic Monthly Press, 1994, p. 203 [trad. esp.: *El rostro de la guerra*, Debate, 2000].

16. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 2, p. 97.

17. *Ibid.*, p. 98.

18. *Ibid.*, p. 99.

19. *Ibid.*, p. 120.

20. Rudyard Kipling, «The Old Issue», en *Collected Poems of Rudyard Kipling*, Wordsworth Poetry Library, 1994, pp. 307-309.

21. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 277.

22. *Ibid.*, p. 276.

23. Documento archivado.

24. Hersch Lauterpacht, «Draft Nuremberg Speeches», *Cambridge Journal of International and Comparative Law*, 1, n.º 1 (2012), pp. 48-49.

25. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 276.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*, p. 278.

28. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 66; véase también John J. Michalczyk, *Filming the End of the Holocaust: Allied Documentaries, Nuremberg, and the Liberation of the Concentration Camps*, Bloomsbury, 2014, p. 96.

29. Janet Flanner, «Letter from Nuremberg», *New Yorker*, 5 de enero de 1946, en Drutman, *Janet Flanner's World*, pp. 46-48.

30. Janet Flanner, «Letter from Nuremberg», *New Yorker*, 17 de diciembre de 1945, en Drutman, *Janet Flanner's World*, p. 99.

31. *Ibid.*, p. 98.

32. Sir Hugh Dundas nació el 22 de julio de 1920 y murió el 10 de julio de 1995.

33. Biddle, *In Brief Authority*.

34. Falco, *Juge à Nuremberg*.

* «Almiar», por la forma en que recogía su cabello rubio hacia arriba para poder llevar cómodamente los auriculares; y «apasionado», por la pasión que ponía en sus traducciones, que acompañaba de gestos y expresiones faciales. (*N. del T.*)

35. David Low, «Low's Nuremberg Sketchbook No. 3», *Evening Standard*, 14 de diciembre de 1945, disponible en <http://www.cartoons.ac.uk/record/LSE1319>.

36. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 3, p. 551.

37. Tusa y Tusa, *Nuremberg Trial*, p. 294.

38. Donnedieu a Lemkin, 28 de diciembre de 1945, caja 1, carpeta 18, Colección Lemkin, Sociedad Histórica Judía Estadounidense.

39. *Law Reports of Trials of War Criminals, Selected and Prepared by the UN War Crimes Commission*, vols. 7 y 14, http://www.loc.gov/rr/frd/Military_Law/law-reports-trials-war-criminals.html.

40. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 22.

41. Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, p. 548.

42. Gilbert, *Nuremberg Diary*, pp. 81-82, 22 de diciembre de 1945.

43. *Ibid.*, p. 116, 10 de enero de 1946.

44. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 8, p. 322.

45. *Ibid.*, p. 328.

46. Redzik, *Stanislaw Starzynski*, p. 55.

47. Grossman, *Road*, p. 174.

48. Flanner, «Letter from Nuremberg», 17 de diciembre de 1945, p. 107.

49. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 11, p. 553.

50. *Ibid.*, p. 415.

51. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 259.

52. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 12, pp. 2-3.

53. *Ibid.*, pp. 7-8.

54. *Ibid.*, pp. 19, 13.

55. *Ibid.*

56. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 277.

57. *Ibid.*

58. *Ibid.*, pp. 277-283.

59. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 12, pp. 14, 40.

60. Yves Beigbeder, conversación con el autor, 29 de junio de 2012.

61. Yves Beigbeder, «Le procès de Nurembourg: Frank plaide coupable», *Réforme*, 25 de mayo de 1946.

62. Hans Frank, *International Penal Policy*.

63. Falco, *Juge à Nuremberg*, p. 42.

64. Christopher Dodd, *Letters from Nuremberg: My Father's Narrative of a Quest for Justice*, Broadway Books, 2008, p. 289.

65. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 280.

1. Gabrielle Anderl y Walter Manoschek, *Gescheiterte Flucht: Der Judische «Kladovo-Transport» auf dem Weg nach Palästina, 1939-42* («Vuelo fallido: El transporte de Kladovo de camino a Palestina, 1939-1942»), Verlag für Gesellschaftskritik, 1993. Véase también «The Darien Story», en *The Darien Dilemma*, <http://www.dariendilemma.com/eng/story/darienstory/>; Dalia Ofer y Hannah Weiner, *Dead-End Journey*, University Press of America, 1996.

1. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 293.

2. *Ibid.*, pp. 285-286; Hersch Lauterpacht, «The Grotian Tradition in International Law», *British Year Book of International Law*, 23 (1946), pp. 1-53.

3. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 278.

4. Lauterpacht a Inka Gelbard, 27 de mayo de 1946, archivo personal de Eli Lauterpacht.

5. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 294.

6. Steven Jacobs (ed.), *Raphael Lemkin's Thoughts on Nazi Genocide*, Bloch, 2010, p. 261.

7. G. Reynolds, «Cosmopolites Clock the American Femme; Nice, but Too Honest to Be Alluring», *Washington Post*, 10 de marzo de 1946, S4.

8. Copias proporcionadas por Nancy Steinson.

9. Lemkin a Eleanor Roosevelt, 18 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 13, pp. 5-6, Papeles de Rafael Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

10. Lemkin a McCormick, 19 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 13, pp. 7-9, Papeles de Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

11. Lemkin a Pinchot, 20 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 13, pp. 15-16, Papeles de Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

12. Lemkin a Durward V. Sandifer, 20 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 13, pp. 13-14, Papeles de Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

13. Tarjeta de identificación emitida por el Departamento de Guerra, 22 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 12, Colección Lemkin, Sociedad Histórica Judía Estadounidense; Peter Balakian, «Raphael Lemkin, Cultural Destruction, and the Armenian Genocide», *Holocaust and Genocide Studies*, 27, n.º 1 (2013), p. 74.

14. Schwelb a Lemkin, 24 de junio de 1946, Papeles de Rafael Lemkin, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia.

15. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 15, p. 164.

16. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 48.

17. Lemkin, *Totally Unofficial*, p. 235.

18. Power, *Problem from Hell*, p. 50.

19. Papeles de Rafael Lemkin, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia.

20. *Ibid.*

21. «The significance of the concept of genocide in the trial of war criminals», Papeles de Thomas Dodd, Caja/Carpeta 387:8580, Centro de Investigación Thomas J. Dodd, Universidad de Connecticut.

22. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», pp. 47-48.

23. *Ibid.*, pp. 48-49.

24. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 17, p. 61.

25. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 70.

26. R. W. Cooper, *Nuremberg Trial*, p. 109.

27. *Ibid.*, p. 110.

28. Lauterpacht, «Draft Nuremberg Speeches», p. 68.

29. *Ibid.*, p. 87.

30. *Ibid.*, p. 74.

31. *Ibid.*, p. 76.

32. *Ibid.*, p. 110.

33. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 295.

34. *Ibid.*

35. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 18, pp. 90, 92-94.

36. *Ibid.*, pp. 112-113.

37. *Ibid.*, pp. 114-128.

38. Papeles de Lemkin, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia.

39. «Office of the Registrar 385th Station Hospital APO 124, US army, Abstract Record of Hospitalization of Raphael Lemkin», caja 5, carpeta 7, p. 23, Papeles de Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

40. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 17, pp. 550-555.

41. *Ibid.*, vol. 18, p. 140.

42. *Ibid.*, p. 160.

43. *Ibid.*

44. *Ibid.*, p. 152.

45. *Ibid.*, vol. 19, pp. 397-432.

46. *Ibid.*, pp. 433-529.

47. *Ibid.*, pp. 530-618; *ibid.*, vol. 20, pp. 1-14.

48. *Ibid.*, vol. 19, p. 397.

49. *Ibid.*, p. 406.

50. *Ibid.*, pp. 433-529.

51. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 295.

52. *Ibid.*, p. 296.

53. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 19, pp. 437-457.

54. *Ibid.*, p. 507.

55. Rebecca West, «Greenhouse with Cyclamens I», en *A Train of Powder*, Ivan R. Dee, 1955, p. 20 [trad. esp.: «Invernadero con ciclámenes I», en *Un reguero de pólvora*, Reino de Redonda, 2014].

56. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 19, p. 446.

57. Housden, *Hans Frank*, p. 231.

58. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 19, p. 497.

59. *Ibid.*, pp. 471-472.

60. *Ibid.*, p. 529.

61. *Ibid.*, p. 472.

62. *Ibid.*, pp. 530-535.

63. *Ibid.*, p. 550.

64. *Ibid.*, p. 562.

65. *Ibid.*, p. 570.

66. *Ibid.*

67. Taffet, *Holocaust of the Jews of Zólkiew*.

68. *Ibid.*, p. 58.

69. *Ibid.*, p. 8.

70. Papeles de Lemkin, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia.

71. International Law Association, *Report of the Forty-First Conference, Cambridge, 1946*, pp. XXXVII-XLIV.

72. Nota sobre Rafael Lemkin (sin fecha, redactada con información proporcionada por el propio Lemkin), caja 5, carpeta 7, MS60, Archivo Judío Estadounidense, Cleveland.

73. International Law Association, *Report of the Forty-First Conference*, pp. 8-13.

74. *Ibid.*, pp. 25-28.

75. Barrett, «Raphael Lemkin and “Genocide” at Nuremberg», p. 51.

76. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 73.

77. «Genocide», *New York Times*, 26 de agosto de 1946, p. 17.

78. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 417.

79. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 22, p. 229.

80. *Ibid.*, pp. 271-297.

81. *Ibid.*, p. 300.

82. *Ibid.*, p. 321.

83. *Ibid.*, pp. 366-368.

84. *Ibid.*, p. 373.

85. *Ibid.*, p. 382.

86. *Ibid.*, p. 384.

87. *Ibid.*, p. 385.

88. *Ibid.*

89. Conversación con Saul Lemkin.

90. Schwelb a Humphrey, 19 de junio de 1946, PAG-3/1.3, caja 26, Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas, 1943-1949, Grupo de Archivos Predecesores, Archivo de las Naciones Unidas, Nueva York; citado en Ana Filipa Vrdoljak, «Human Rights and Genocide: The Work of Lauterpacht and Lemkin in Modern International Law», *European Journal of International Law*, 20, n.º 4 (2010), p. 1184, n. 156.

91. Gaston Oulmàn, nacido como Walter Ullmann el 5 de enero de 1898, y fallecido el 5 de mayo de 1949, locutor y periodista; véase Maximilian Alexander, *Das Chamäleon*, R. Glöss, 1978.

92. Taylor, *Anatomy of the Nuremberg Trials*, p. 103.

93. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 73.

94. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 22, pp. 411-523.

95. *Ibid.*, p. 466.

96. *Ibid.*, p. 497.

97. *Ibid.*, p. 498.

98. West, «Greenhouse with Cyclamens I», pp. 53-54.

99. *Ibid.*, pp. 6, 58-59.

100. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 22, p. 541.

101. Lorna Gibb, *West's World*, Macmillan, 2013, p. 178.

102. *Trial of the Major War Criminals*, vol. 22, pp. 542-544.

103. *Ibid.*

104. *Ibid.*, pp. 574, 584.

105. *Ibid.*, pp. 588-589.

106. West, «Greenhouse with Cyclamens I», p. 59.

107. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 272.

108. David Irving, *Nuremberg: The Last Battle*, 1996, Focal Point, p. 380 (citando «Notes on Judgement – Meetings of Tribunal», «Final Vote on Individuals», 10 de septiembre de 1946, Universidad de Siracusa, Biblioteca de Investigación George Arents, Colección Francis Biddle, caja 14).

109. Gilbert, *Nuremberg Diary*, p. 432.

110. Elihu Lauterpacht, *Life of Hersch Lauterpacht*, p. 297.

[111](#). Carta de Lemkin a Anne O'Hare McCormick, 19 de mayo de 1946, caja 1, carpeta 13, Papeles de Lemkin, Archivo Judío Estadounidense.

112. William Schabas, «Raphael Lemkin, Genocide, and Crimes Against Humanity», en Agnieszka Bińczyk-Missala y Sławomir Debski, *Hero of Humankind*, p. 233.

113. «Pope Asks Mercy for Nazi, Intercedes for Hans Frank», *New York Times*, 6 de octubre de 1946.

114. Truman a Lawrence, 12 de octubre de 1946, álbum de la familia Lawrence, documento archivado.

115. Álbum de la familia Lawrence.

116. Kingsbury Smith, «The Execution of Nazi War Criminals», International News Service, 16 de octubre de 1946.

117. John Cooper, *Raphael Lemkin*, p. 301.

1. Resolución 95 de la Asamblea General de las Naciones Unidas («Confirmación de los principios de derecho internacional reconocidos por el Estatuto del Tribunal de Núremberg»), adoptada en la 55.^a reunión plenaria, 11 de diciembre de 1946.

2. Resolución 96 de la Asamblea General de las Naciones Unidas («El delito de genocidio»), adoptada en la 55.ª reunión plenaria, 11 de diciembre de 1946.

3. Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 9 de diciembre de 1948, en vigor a partir del 12 de enero de 1951.

4. Convención para la Protección de los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales, 4 de noviembre de 1950, *United Nations Treaty Series*, vol. 213, p. 221.

5. Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, 17 de julio de 1998, *United Nations Treaty Series*, vol. 2187, p. 90.

6. *Prosecutor v. Jean-Paul Akayesu*, Caso n.º ICTR-96-4-T, sentencia de la Sala de Primera Instancia (2 de septiembre de 1998).

7. *R v. Bow Street Metropolitan Stipendiary Magistrate, Ex Parte Pinochet Ugarte* (n.º 3) [1999], 2 All ER 97.

8. *Prosecutor v. Slobodan Milosevic et al.*, Caso n.º IT-99-37, escrito de acusación (ICTY, 22 de mayo de 1999).

9. *Prosecutor v. Slobodan Milosevic*, Caso n.º IT-01-51-I, escrito de acusación (ICTY, 22 de noviembre de 2001).

10. *United States v. John Kaymon*, opinión y orden, 29 de marzo de 2007.

11. «Case Concerning Application of the Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide» (*Bosnia Herzegovina v. Serbia and Montenegro*), sentencia, *ICJ Reports* (2007), párrafos 413-415, 471(5).

12. *Prosecutor v. Omar Hassan Ahmad Al Bashir*, ICC-02/0501/09, segunda orden de detención (Sala de Cuestiones Preliminares I, 12 de julio de 2010).

13. *Prosecutor v. Charles Ghankay Taylor*, SCSL-03-01-T, sentencia (Sala de Primera Instancia II, 18 de mayo de 2012).

14. *Prosecutor v. Charles Ghankay Taylor*, SCSL-03-01-T, imposición de pena (Sala de Primera Instancia II, 30 de mayo de 2012), p. 40.

15. Profesor Sean Murphy, «First Report of the Special Rapporteur on Crimes Against Humanity» (17 de febrero de 2015), Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, A/CN.4/680; véase también «Crimes Against Humanity Initiative», Instituto Jurídico Internacional Whitney R. Harris, Facultad de Derecho de la Universidad de Washington en San Luis, <http://law.wustl.edu/harris/crimesagainsthumanity>.

16. David Luban, «Arendt on the Crime of Crimes», *Ratio Juris* (2015), ssrn.com/abstract=2588537.

17. Elissa Helms, «“Bosnian Girl”: Nationalism and Innocence Through Images of Women», en Daniel Šuber y Slobodan Karamanic (eds.), *Retracing Images: Visual Culture After Yugoslavia*, Brill, 2012, p. 198.

18. Christian Axboe Nielsen, «Surmounting the Myopic Focus on Genocide: The Case of the War in Bosnia and Herzegovina», *Journal of Genocide Research*, 15, n.º 1 (2013), pp. 21-39.

19. Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Basic Books, 2010, pp. 405, 412-413 [trad. esp.: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Galaxia Gutenberg, 2001].

20. «Turks and Armenians in Shadow of Genocide», *Financial Times*, 24 de abril de 2015.

21. Cita extraída de la versión francesa de la obra: Ludwig Gumplowicz, *La lutte des races*, Guillaumin, 1893, p. 360 [trad. esp.: *La lucha de razas*, La España Moderna. s.a.].

22. Edward O. Wilson, *The Social Conquest of Earth*, Liveright, 2012, p. 62 [trad. esp.: *La conquista social de la Tierra*, Debate, 2012].

23. «Solicitud de entrega del Dr. Gustav Waechter para ser juzgado por un crimen de guerra», Wiesbaden, 28 de septiembre de 1946: «El sujeto es responsable de matanzas masivas (fusilamientos y ejecuciones). Bajo su mando como gobernador del Distrito de Galitzia, más de 100.000 ciudadanos polacos perdieron la vida.» Wächter fue incluido como criminal de guerra en la lista CROWCASS de las Naciones Unidas, expediente n.º 78416, 449, Exp. Bd. 176, en la colección del Instituto de Rememoración Nacional de Varsovia, disponible en el Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos (USHMM), RG-15.155M («Registros de investigación y documentación de la principal Comisión para Investigar los Crímenes Nazis en Polonia, Investigación contra el Dr. OTTO WAECHTER Gustaw, Gauleiter del distrito de Cracovia, luego del distrito de Galitzia, acusado de dar órdenes de matanzas masivas y acciones dirigidas contra el pueblo judío»).

24. Véase Diana Błońska, «O Muzeum Narodowym w Krakowiew czasie drugiej wojny ś wiatowej, 28 Klio», *Czasopismo poświęcone dziejom Polski i powszechnym* (2014), 85, p. 119, n. 82 («El Museo sufrió pérdidas graves e irreparables a manos de la esposa del gobernador del Distrito de Cracovia, Frau Wächter, una mujer vienesa de unos treinta y cinco años de edad y de cabello color castaño. Esta expolió todos los departamentos del Museo para decorar el palacio de Pod Baranami, que era la sede central del Distrito, llevándose las más exquisitas pinturas y los más hermosos objetos de mobiliario antiguo, parafernalia militar, etc., pese al hecho de que el director del museo le advirtió que no se llevara obras maestras con ese fin. Entre los objetos desaparecidos se incluyen cuadros como: *El combate entre don Carnal y doña Cuaresma*, de Brueghel; *El cortejo del cazador*, de [Julian] Fałat, y otros; muchos se devolvieron en un estado extremadamente deteriorado»; citado en: Archivo del Museo Nacional de Cracovia, Oficina de [Feliks] Kopera, carta al departamento de personal de la Administración Municipal de Cracovia fechada el 25 de marzo de 1946. «Ignoro si la lista de criminales de guerra incluye a Lora Wächter, esposa del gobernador de Cracovia, que residía en el palacio de Potocki conocido como “Pod Baranami”. Esta nos causó un gran perjuicio al llevarse para decorar la residencia de los Wächter obras entre las que se incluían obras maestras de Julian Fałat, además de un precioso cuadro de Brueghel, *El combate entre don Carnal y doña Cuaresma*, de las cuales se perdieron este último y los cuadros de Fałat. He dado su nombre a los tribunales locales, que me han pedido información sobre el expolio del museo, y al ignorar si el nombre de Frau Wachter se había incorporado a la lista, por la presente informo de sus perjudiciales actividades en nombre del museo»; citado en: *ibid.*, Dz. p. 407/46, carta a la Misión Militar Polaca para la Investigación de Crímenes de Guerra Alemanes en Bad Salzuflen, fechada el 9 de diciembre de 1946).

25. Wittlin, *City of Lions*, pp. 11-12.

26. Jan Kot, *Chestnut Roulette*, Mazo, 2008, p. 85.

PHILIPPE SANDS

Calle Este-Oeste



ANAGRAMA
Panorama de narrativas